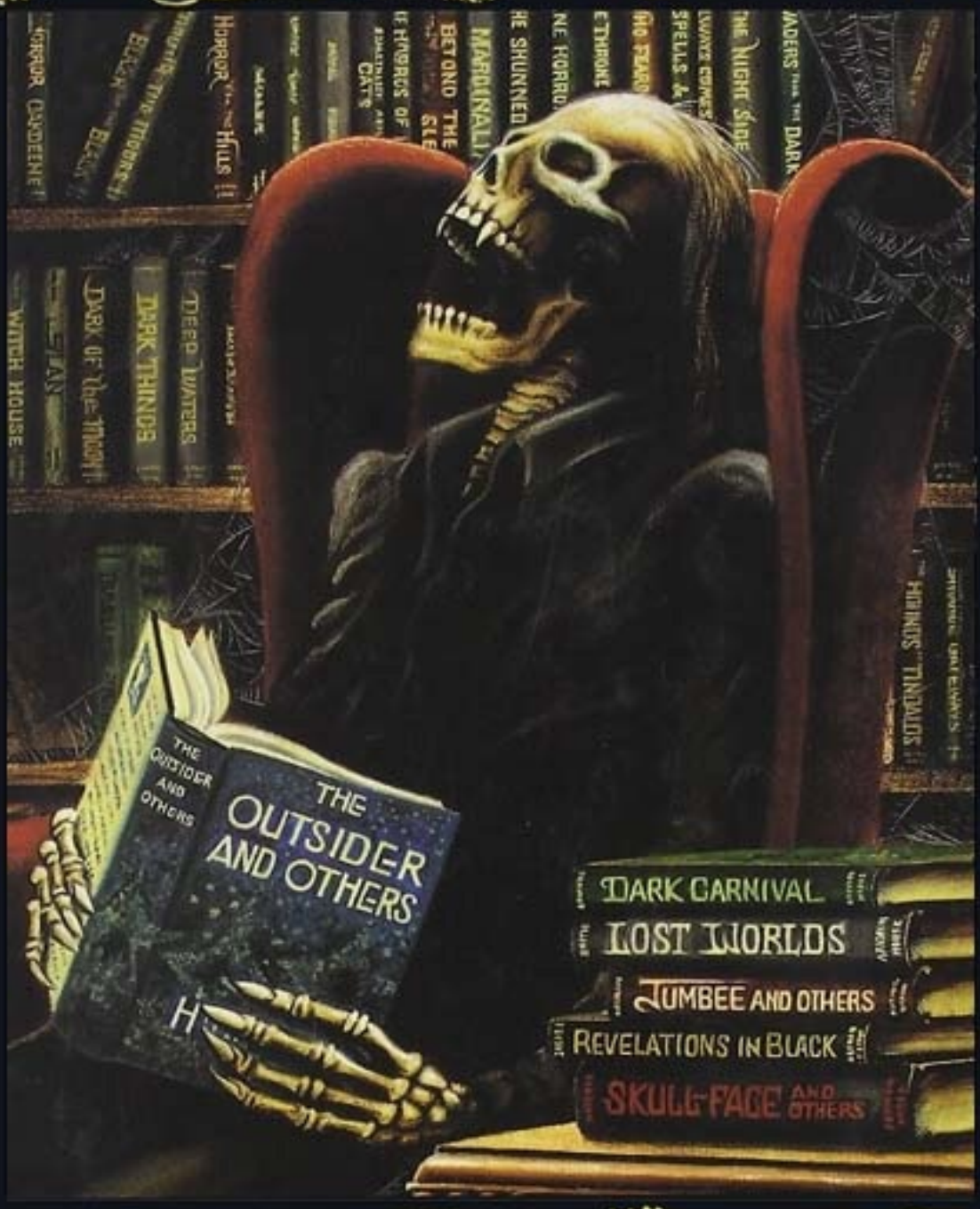


# Maestros del horror de Arkham House

edición con notas históricas de Peter Ruber

«Maestros del horror de Arkham House» es una antología conmemorativa de los sesenta años de la mítica editorial norteamericana especializada en literatura fantástica y de terror, fundada en 1939 por el escritor August Derleth con el propósito de rescatar del olvido la obra de su amigo y maestro H.P. Lovecraft. La antología reúne 21 relatos de otros tantos autores representativos de sucesivas épocas de Arkham House tales como H.P. Lovecraft, Clark Ashton Smith, Ramsey Campbell, Carl Jacobi, Donald Wandrei, August Derleth, Greye La Spina, y muchos otros seleccionados por el escritor y crítico especializado Peter Ruber, quien introduce generosamente a cada autor con una breve historia de su relación con la editorial, elaborada con materiales de primera mano, como la extensa correspondencia de August Derleth. «Durante años, Arkham House ha adquirido una especie de culto leal entre los aficionados a la literatura sobrenatural dentro y fuera de Estados Unidos. Escribir una historia definitiva de la Arkham House sería una empresa gigantesca reconoce Peter Ruber en el prólogo a esta edición. En ella debería estar incluida una biografía de su fundador, August Derleth, la historia de la evolución de revistas pulp, como Weird Tales, y varias otras biografías de los escritores clave que publicaron bajo su sello… La información contenida en este libro no intenta, de ninguna manera, ser una historia oficial o autorizada de Arkham House. Es, simplemente, el resultado de un trabajo de cuarenta años de investigación personal sobre la vida y la época de Arkham House, August Derleth y muchos otros escritores que me han interesado a lo largo de mi carrera».

AA. VV.

# Maestros del horror de Arkham House

**Una antología retrospectiva de los 30 primeros años de Arkham House en su 60 aniversario**
**Edición con notas históricas de Peter Ruber**

**Valdemar: Gótica - 50**

**ePub r1.2**
**lenny** 26.09.2018

Título original: *Arkham's Masters of Horror*
AA. VV., 2000

Editor digital: lenny
Corrección de erratas: Raul321, Watcher
ePub base r1.2

En los campos de los alrededores de Sauk City, Wisconsin, Verano de 1938. De izquierda a derecha: August Derleth, Robert Bloch, Henry Kuttner y Harold Gauer.

*–Foto de Harold Gauer*

# PRÓLOGO

Escribir una historia definitiva de Arkham House sería una empresa gigantesca. En ella debería estar incluida una biografía de su fundador August Derleth, la historia de la evolución de las revistas *pulp* como *Weird Tales* y varias otras biografías de los escritores clave que publicaron bajo su sello. Es un proyecto que he considerado durante muchos años y que mis colegas me han animado a realizar.

Las grandes editoriales siempre han sido la invención de individuos enérgicos: Frank y Nelson Doubleday, Charles Scribner, Bennett Cerf, Alfred A. Knopf, George H. Doran, E. P. Dutton, Pascal Covici, son algunos de los nombres que de inmediato nos vienen a la mente. Varios comenzaron su carrera como libreros; otros publicando pequeñas ediciones propias, o como editores de las revistas *pulp*. Su amor por los libros marcó las pautas que otros siguieron, y muchos acabaron realizando tareas más importantes.

Muchas de estas ediciones aún se pueden encontrar en las librerías, y son la marca sobre la que otras multimillonarias empresas editoriales se basan para vender sus productos editoriales con la misma indiferencia con la que podrían vender detergentes, desodorantes o comida congelada. Lo importante son los beneficios económicos, y se editan libros en serie para satisfacer las últimas demandas populares y seguir las pautas de unas modas pasajeras. Ésta es, supongo, la definición del progreso. Pero cuando aquellos pioneros desaparecieron, también lo hicieron los grandes editores que cultivaron y alimentaron el verdadero talento literario como si fuera un bien nacional, aupando a los escritores a unos niveles artísticos más altos. Si hoy en día sobresale un libro o escritor de entre toda la masa de cristales y cemento de esas oficinas situadas en enormes rascacielos, entonces uno puede llegar a creer fácilmente que se trata de un extraño accidente.

La época inicial de Arkham House encarna aquel viejo y pionero espíritu de edición. La firma estaba dirigida por el instinto de August Derleth, que creía ciegamente en los méritos literarios de un oscuro escritor de literatura sobrenatural, ya fallecido, llamado H. P. Lovecraft. A los pocos años de sacar al mercado *The Outsider and Others*, Arkham House comenzó a editar libros de los autores contemporáneos de Lovecraft, escritores que habían formado parte de un «círculo interno» de admiradores, camaradas intelectuales que nutrieron las futuras ambiciones literarias de August Derleth. La persistente presencia de Arkham House en la industria editorial durante los años cuarenta ayudó a legalizar los numerosos géneros de la ficción sobrenatural, incluyendo los de fantasía, horror, sobrenatural, macabro, espada y brujería, y ciencia ficción. Muchos de los escritores líderes en esos campos hoy en día, de una manera o de otra, directa o indirectamente, han sido influidos por August Derleth y Arkham House, al igual que gran parte de la prensa especializada que entró en el negocio con sus propias ideas. Y es a través de estas editoriales especializadas como ese viejo y pionero espíritu de edición aún persiste, y

es un signo muy alentador.

El objetivo de *Maestros del horror de Arkham House* es más ambicioso que el de ser una mera celebración del 60 aniversario de Arkham House. También aspira modestamente a preservar algunos detalles históricos de las primeras décadas de Arkham, especialmente los años comprendidos entre 1939 y 1971, durante los cuales Derleth dirigió la editorial con una determinación dogmática. Creo que también es la base fundacional sobre la que se sustentaría cualquier otra historia más detallada de Arkham House que yo, o algún otro, podría decidirse a escribir. Durante su mandato, Derleth editó y publicó 156 libros con el sello de Arkham y de sus hermanas Mycroft & Moran y Stanton & Lee. Los logros de Derleth son destacables porque tuvo éxito sin recurrir a ningún tipo de ayuda en la financiación y distribución, y además, en su tiempo libre, aún tuvo tiempo de escribir y editar otros 180 libros de su propia cosecha, a la vez que cientos de relatos y artículos para las revistas, e incontables críticas de libros para las columnas de los periódicos. También fue un lector asiduo e impartió varios cursos sobre literatura regional del Medio Oeste en la Universidad de Wisconsin.

Durante años, Arkham House ha adquirido una especie de culto muy leal entre los aficionados a la literatura sobrenatural dentro y fuera de Estados Unidos. Esa lealtad es, algunas veces, motivo de envidia entre otras pequeñas editoriales especializadas de la industria. Algunos historiadores han llamado a Arkham House «la editorial más inigualable de América». D. H. Olson escribió, en *Don't Dream* de Donald Wandrei (Fredogan & Bremer, 1997), «[Arkham House] marca el nacimiento del boom de una prensa especializada que comenzó a desarrollarse en la segunda mitad del siglo XX y que cambió para siempre la evolución de la literatura de terror americana». Pero el paso del tiempo tiene una tendencia a oscurecer y distorsionar los hechos reales de la historia, y así ha sucedido con Arkham House. También resulta curioso que, mientras que la propia casa editorial ha llegado a ser un icono, la historia de sus fundadores ha caído en el olvido. Sabiendo que siempre el éxito de la Arkham ha dependido de la habilidad para financiar la operación gracias a sus propios escritos, Derleth no esperaba que la editorial durara más que unos pocos años después de que él muriera; y predecía, en algunas entrevistas que hizo un poco antes de su muerte, que, como la mayoría de los escritores, él no sería más que una nota a pie de página en la historia de la literatura.

En breves momentos podrá pasar las páginas del tiempo y leer una serie de ensayos que intentan explicar los años iniciales de Arkham y algunas de las controversias sobre la figura de Derleth que le acompañaron durante los últimos 29 años. Podrá sacar sus propias conclusiones, si lo desea. La idea original de *Maestros del horror de Arkham House* era hacer una historia breve y general de la casa editorial, acompañando cada historia del escritor elegido con unas cuantas frases introductorias adecuadas. Después de escribirlas, decidí que eran tan inadecuadas como el de esas pequeñas entradas que pueblan las enciclopedias biográficas:

impersonales, no muy reveladoras y carentes de una perspectiva histórica. Considerándolos en su conjunto, los ensayos no explicaban por qué August Derleth decidió publicar los libros de sus amigos y colegas, por qué consideró que eran escritores importantes, ni tampoco aportan excesivos datos sobre cómo eran esos escritores en la vida real ni por qué no deberían ser ignorados hoy en día.

Mientras releía miles de cartas que Derleth intercambió con aquellos hombres y mujeres, se empezó a dibujar un cuadro más amplio, que me mostraba detalles fascinantes y hacía que aquellos escritores cobraran una vida más real. También tomó una forma más definida la historia de los primeros años de Arkham, así como la relación entre Derleth y sus colegas. Entonces los ensayos comenzaron a crecer a través de continuas revisiones y adiciones de nuevo material, hasta llegar a formar un manuscrito separado con la suficiente longitud para llegar a la categoría de libro.

Donde me fue posible, copie trozos significativos de las cartas que explican una historia, sin recurrir a especulaciones editorialistas, con la intención de asegurar la veracidad de los hechos a los que hacen referencia. Muchos acontecimientos controvertidos son abordados con frecuencia, lo cual requiere una profunda investigación y la confirmación de los hechos por diferentes opiniones. Se ha hecho un gran esfuerzo por ser imparcial y no herir los sentimientos ni la reputación de ninguna persona viva. Si, inconscientemente, he fallado en este propósito, ruego me sepan disculpar. También he recogido algunos acontecimientos de otras fuentes editoriales y documentos públicos que se hallan en diferentes bibliotecas. Debo señalar que la información contenida en el libro no intenta, de ninguna de las maneras, ser una historia «oficial» o «autorizada» de Arkham House. Es, simplemente, el resultado de un trabajo de 40 años de investigación personal sobre la vida y la época de August Derleth, Arkham House y muchos de los escritores que me han interesado a lo largo de mi carrera.

Lamento mucho que la falta de espacio me haya impedido incluir a escritores tan vinculados a Arkham House como Manly Wade Wellman, Fritz Leiber, Lord Dunsany, Joseph Payne Brennan, L. Sprague de Camp, Lady Cynthia Asquith, Brian Lumley, y quizás también M. P. Shiel, Algernon Blackwood, Walter de la Mare, y editores y críticos como Edward Wagenknecht.

De igual manera, fue muy difícil seleccionar los 21 cuentos de entre los miles que los escritores habían publicado, por lo que intenté fijar un criterio de selección muy riguroso. No deseaba, por ejemplo, reeditar ninguna historia publicada previamente en alguna antología o colección del autor publicada por Arkham House. Y lo he conseguido en todos los casos menos en uno: el cuento «El pequeño asesino» de Ray Bradbury. Resulta que es uno de mis favoritos y el señor Bradbury no intentó disuadirme de que lo utilizara. Otros cuentos fueron seleccionados por su rareza, particularmente aquellos que no habían sido editados de nuevo en ningún libro. También tuve problemas para seleccionar el material de H. P. Lovecraft y Clark Ashton Smith, autores ampliamente reeditados.

No pretendo que los cuentos elegidos representen la mejor obra de un autor en particular; tan sólo puedo decir que me atraen de una u otra manera. En el caso de Greye La Spina, por ejemplo, hubiera preferido reeditar su clásico cuento largo sobre licantropía «The Devil's Pool», pero era demasiado voluminoso. Elegí «El lobo de las estepas» (la primera historia publicada por la autora), que apareció en el número uno de *Thrill Book*. Jamás ha aparecido en ninguna antología y muy pocos coleccionistas han podido leer una copia del ejemplar.

Con mucha fortuna, logré descubrir seis cuentos inéditos, los de Carl Jacobi, Rampsey Campbell, Howard Wandrei, David H. Keller, H. Russell Wakefield y la colaboración entre August Derleth y Mark Schorer, todas y cada una de las cuales son muy entretenidas.

Ninguna antología/historia de estas características habría sido posible sin la ayuda, los consejos y las críticas de mucha gente, y quiero expresar mi gratitud en especial a las siguientes personas:

A April Derleth, por abrirme las puertas a un cúmulo de material inédito sobre August Derleth y Arkham House.

A S. T. Joshi, el especialista en Lovecraft, y Stefan Dziemianowicz, historiador de la cultura *pulp*, por suministrarme material adicional acerca de muchos escritores y por criticar varios apartados de este libro mientras estaba siendo escrito.

Al Dr. Kenneth B. Grant, de la Universidad de Wisconsin, que está escribiendo una biografía de August Derleth, por gastar incontables horas copiando cartas adicionales en los archivos de Derleth de la Wisconsin State Historical Society, y por confirmar muchos acontecimientos y opiniones.

A Joseph Wrzos, editor e historiador *pulp*, por responder numerosas preguntas, y por ofrecerme información y una perspectiva crítica.

A D. H. Olson, por suministrarme los cuentos de Donald Wandrei y Howard Wandrei, e información biográfica adicional sobre estos escritores. A Scott Connors, por rescatar del olvido el cuento de Clark Ashton Smith, y proporcionarme interesantes anécdotas de la vida de Smith. A Russell E. Burke, por conseguirme la rara historia de Robert E. Howard, copias de la correspondencia Howard-Derleth y otras informaciones afines.

A Rob Preston, por descubrir el relato inédito de Carl Jacobi en la biblioteca de la Bowling Green State University. A Ramsey Campbell, por prestarme un raro cuento inédito de entre sus archivos. A Nelson Bond, por ciertas informaciones personales y copias de cartas. A John P. Trevaskis III, por dejarme estudiar muchos manuscritos y legajos que pertenecían a su abuelo, el Dr. David H. Keller.

Y, por supuesto, gracias a muchas instituciones estatales, agentes literarios y poseedores de derechos comerciales que ayudaron a este proyecto concediendo los permisos necesarios para esta edición.

PETER RUBER

Oakdale, Nueva York
29 de septiembre de 1999

# LA «DESDEMONIZACIÓN» DE AUGUST DERLETH

PETER RUBER

«El tiempo da color a la historia de la misma manera
que a una pipa de espuma de mar».
VINCENT STARRET (A LITTLE ANTHOLOGY)

En los últimos veintiocho años ha habido una simiente de animosidad e insidia dirigida contra August Derleth por aquellos que escriben y editan pequeños *fanzines* dedicados a preservar la cultura popular de la literatura fantástica, de ciencia ficción y horror.

Curiosamente, este hecho tan sólo ha tenido lugar en Estados Unidos, no en Canadá ni Gran Bretaña, ni al otro lado del Atlántico, donde el nombre de Derleth y su contribución en esos géneros suscita un respeto considerablemente mayor. Tampoco sucede en los círculos dedicados a discutir sobre literatura contemporánea y regional (ni tan siquiera en los de misterio y detectivescos), áreas en las cuales Derleth produjo un significativo número de libros.

Lo que los *fanzines* de fantasía y ciencia ficción han escrito sobre Derleth es casi siempre pura tontería; muy pocas personas han intentado presentar una perspectiva equilibrada en base a una investigación o análisis académico. Con gran facilidad, uno llega a sospechar que algunos *fanzines* desaprobarían la publicación de cualquier crítica que pudiera contradecir sus nociones preconcebidas de la historia. La historia, después de todo, es lo que la gente escribe, y si esa gente habitualmente deforma la verdad, entonces aquélla también queda tergiversada.

Este hecho me causó gran impacto no hace mucho, cuando leí un e-mail intercambiado en un grupo de charla de Internet comandado por escritores y editores de ciencia ficción. Mostraba lo desinformada que aún puede llegar a estar la gente sobre August Derleth. El hilo de la conversación consistía en enumerar a los editores más influyentes e importantes del siglo. El director de una muy conocida editorial especializada en publicar literatura de misterio incluyó a Derleth en aquella pequeña lista, citando sus logros como editor de numerosas antologías y el acierto de haber hecho de Arkham House lo que es hoy en día.

«No puedo estar más en desacuerdo contigo», le contestó un editor-escritor igualmente conocido. Aseguró que Derleth dio muestras de poco juicio al publicar a ciertos escritores de su lista y, en particular, la numerosa edición de cierto escritor inglés que tardó años en venderse por completo. Siguió diciendo que Arkham House

casi nunca pagaba adelantos, e hizo otra serie de comentarios tan descaradamente inexactos y necios que yo no podía creer que aquellas palabras vinieran de una persona de semejante talla y conocimiento. Tras inventar otra serie de estúpidas teorías en los siguientes e-mails, finalizó diciendo: «Pero, por supuesto, todo esto es del dominio público».

Después de que mi asombro se hubiera enfriado, decidí que un gran número de personas, sin importar su nivel de erudición en las ramas de la literatura de la que son especialistas, son lo suficientemente ingenuas como para aceptar puntos de vista negativos por el simple hecho de haber tenido lugar una generación anterior. Si aquella persona hubiera sabido cuánto tenía que pagar Derleth por los derechos de edición en Norteamérica de un escritor británico, y si se hubiera tomado la molestia de hacer algunos cálculos, se habría dado cuenta de que Derleth necesitaba vender un número determinado de ejemplares para recuperar su inversión inicial y hacer algún beneficio. Releyendo mi archivo de cartas, descubrí, que, en la mayoría de los casos, Derleth pagaba adelantos que suponían entre un 50 y un 80 por ciento de los derechos totales del autor, y siempre pagaba un porcentaje por la publicación de los cuentos para sus antologías.

Derleth sabía muy bien lo que estaba haciendo al seleccionar sus libros. Como demostraremos claramente en este volumen, el principal propósito que movía a Derleth al crear Arkham House era el de publicar los libros de sus amistades. Conocía mejor que nadie las consecuencias comerciales de esta decisión, y lo podemos comprobar fácilmente al leer el texto de un breve párrafo que Derleth escribió a Celia Keller, la esposa de David H. Keller, cuando estaba leyendo la obra póstuma del Dr. Keller *The Folsom Flint and Other Curious Tales*. «Jamás será un buen negocio, sin embargo le hace sentir bien a uno». Es muy posible que sus detractores den prioridad al dinero por encima de los sentimientos.

Tanto en la muerte como en vida, August Derleth sigue siendo el foco de toda clase de controversias, y muchas de ellas se centran en los 32 años que estuvo al mando, como fundador y editor, de Arkham House, y también en la publicación de las obras de H. P. Lovecraft. Arkham House había llegado a ser de alguna manera una especie de institución en el campo de la prensa especializada durante la vida de Derleth, y muchos envidiosos se dedicaron a lanzar injurias sobre la explotación del legado literario de Lovecraft por motivos personales y con vistas a sacar algún provecho.

En realidad, durante treinta años, las finanzas de Arkham House fueron un lastre para Derleth. La casa editorial fue fundada en 1959 por August Derleth y Donald Wandrei con la idea de publicar los escritos y cartas de H. P. Lovecraft. Pero estas expectativas iniciales pronto se vieron ampliadas, pues Derleth comenzó a editar los cuentos de muchos de sus amigos y colegas de la revista *Weird Tales*.

Muchos de estos escritores eran totalmente desconocidos fuera del ámbito de los lectores de las revistas *pulp* y jamás habían publicado en libro; sin embargo, Derleth

pronto descubrió que los libros de literatura sobrenatural y fantástica eran difíciles de vender. En consecuencia, los gastos de edición solían superar a los beneficios que sacaba por la venta de los libros publicados, y para compensar estos costes de producción tenía que recurrir con frecuencia al dinero que le reportaban sus propios libros (incluso a la hipoteca de su casa) y así cubrir los gastos de Arkham House.

Después de la edición de «Of Donald Wandrei, August Derleth and H. P. Lovecraft», el excelente ensayo de D. H. Olson desenmascarando el litigio Wandrei-Arkham House, que apareció a manera de prólogo en la colección de cuentos de Donald Wandrei *Don't Dream* (Predogan & Bremer, 1997), yo había esperado que la mayoría de los demonios que acosan a Derleth por fin desaparecieran. Pero no fue así.

Aún tiene que pasar un nuevo capítulo para terminar con todo esto. Es una de esas historias extrañas que pueblan los anales de la historia de la literatura, una historia fascinante que debe ser contada.

Los rumores sobre August Derleth y el legado de Lovecraft parece que comenzaron en 1972, tras la publicación del segundo número de *The Dark Brotherhood Journal*, una revista aficionada de fantasía, horror y ciencia ficción. El editor, George H. Record, dedicó la mayor parte de ese ejemplar a una serie de artículos sobre August Derleth, el autor y editor que había destacado enormemente en el campo de lo sobrenatural desde hacía casi cuarenta años. Aunque era un intento «casi serio» de crítica literaria, varios de los artículos sobre Derleth no se hallaban por encima del nivel del mero periodismo sensacionalista.

Había una serie de confusos comentarios escritos por personas que no conocían lo suficiente a Derleth como para juzgarle tanto como persona como escritor, incluyendo un ensayo escrito por un antiguo conocido de Derleth llamado J. Vernon Shea. Si hacemos caso a su editor, Shea era reticente a escribir el artículo a menos que pudiera «contarlo todo». Para ser justos, Shea hizo varias observaciones muy astutas y equilibradas; pero bajo el barniz exterior, desaprovechó poco el tiempo para afilar su hacha, censurando ciertas cosas que le habían molestado durante sus cuatro décadas de correspondencia.

Shea se quejaba de que Derleth pocas veces le escribía más de una página por carta; de que no le importaba el acercamiento de Derleth al desarrollo de las antologías, y de lo poco que le gustaba la obra de éste. Shea ignoró por completo la cantidad de cartas de admiración que había escrito a Derleth ensalzando sus escritos. Luego Shea hizo unas astutas observaciones acerca de cómo Derleth había adquirido los derechos de publicación de la obra de Lovecraft (añadiendo «presumiblemente todo se hizo legalmente»). Para terminar, Shea especuló sobre por qué Lovecraft

había elegido a Robert Barlow y no a Derleth, su joven protegido al que tanto estimaba, como ejecutor literario.

En apariencia, a Shea nunca le convenció la explicación dada por Derleth asegurando que la tía de Lovecraft, Mrs. Annie Gamwell, le había legado sus derechos a Donald Wandrei y a él mismo, a pesar de estar acompañada de un montón de documentos legales. Sin embargo, en ninguna de sus numerosas cartas Derleth curioseó en los asuntos privados de Shea como éste lo hizo en los de Derleth.

La mayoría de las críticas en contra de Derleth han devenido de estas ideas expresadas en el artículo de Shea. Generalmente, conllevan dos premisas: que Derleth hizo una fortuna publicando a Lovecraft y que Derleth tuvo que valerse de ciertas argucias para adquirir sus derechos de edición.

Desafortunadamente, los editores de *fanzines* y sus colaboradores literarios que han perpetuado esta leyenda muestran claramente que un conocimiento incompleto de la materia puede llegar a ser peligroso. Suele ser muy común entre las personas carentes de una opinión formada que son propensas a venerar a alguien o, por el contrario, a vilipendiarle. En sus últimos años, E. Hoffman Price desarrolló una reputación de cascarrabias porque con frecuencia se quejaba del acoso de sus fans. Derleth también era un «cascarrabias», ya que escribió a Shea el 12 de septiembre de 1952:

«Creo que me malinterpretas cuando escribí que las convenciones son “adolescentes”. No me estaba refiriendo a los adolescentes en sí mismos, sino a la mente adolescente de algunas personas, y en esto, los recortes de periódico que te adjunté me reafirman. La mayoría de los autores son egocéntricos y gustan de los halagos [sic] pura y simplemente; les encantan las adulaciones del público; firmar con su nombre y sentir que son algo más que un pequeño grupo de escribientes dentro de un campo especial de la literatura. L. Sprague de Camp, cuando estuvo aquí de visita, lo dijo con sus propias palabras; admitió que le encantaba tener a la gente a su alrededor diciéndole con adoración “Oh, Mr. De Camp…”, etcétera. Bueno, eso es algo que me desagrada de manera casi psicópata. Sé cuáles son mis méritos, y no suelen ser los mismos que mis seguidores me adjudican».

He leído muy pocos artículos sobre la figura de Derleth que muestren tan siquiera un modesto intento de hacer un estudio serio. La mayoría de los documentos y la correspondencia sobre la increíble diversidad de las actividades literarias de Derleth pueden ser encontrados en la Wisconsin State Historical Society, en Madison, Wisconsin. Otros miles de cartas adicionales están archivados en la Universidad de Princeton, en la de Brown y en otras 50 diferentes bibliotecas de Estados Unidos. Todas están a la disposición de cualquiera que realmente quiera hacer un esfuerzo para entender los hechos.

Para ser justos en esto, debo decir, sin embargo, que un montón de cartas muy importantes entre August Derleth, Donald Wandrei, Robert Barlow, Mrs. Annie E. P. Gamwell (la tía de Lovecraft) y varios abogados, que son muy relevantes en todo lo

concerniente a esta introducción (y que tienen mucho que ver con las insinuaciones de Shea), estuvieron perdidas durante 25 años. Estas cartas vieron de nuevo la luz en junio de 1998, cuando el abogado y antiguo ejecutor de las propiedades de August Derleth, tras negar vehementemente la existencia de las mismas a la familia de Derleth, cometió el error de pasar unas copias a un colega mío. Este amigo se dio cuenta de la importancia de esta adquisición, pero sin llegar a saber que estos documentos afectaban a un oscuro incidente en la historia de Arkham House.

Más adelante se encontrará un resumen del contenido de esta correspondencia.

Para satisfacer mi curiosidad, mientras recopilaba material para este libro, puse en conocimiento de Stefan Dziemianowicz el contenido de este tópico sobre el *endemoniamiento* de August Derleth. Dziemianowicz, un excelente editor y notable historiador de la literatura *pulp*, es una de las pocas personas de la joven generación que creo está capacitada para dar una opinión objetiva.

Me contestó:

«Con respecto al *endemoniamiento* de Derleth, se trata de una comidilla familiar que ha circulado desde hace mucho por la prensa aficionada. El artículo de Shea fue uno de los primeros, y tuvo mucha influencia debido a la asociación entre las figuras de Shea y Lovecraft. Da la sensación de que la lealtad de Shea con Arkham House y Derleth se hubiera roto mientras aquél escribió su ensayo. Al mismo tiempo se aúnan los lamentos de los aficionados a Lovecraft que piensan que Derleth ha tergiversado la visión de Lovecraft al promocionar su propia imagen de los Mitos de Cthulhu (desarrollados por Derleth) y las colaboraciones póstumas. En apariencia, Derleth era el propietario del legado de Lovecraft, e incluso se dice que llegó a advertir a algunos escritores jóvenes que los cuentos de Lovecraft, y todos los elementos que conforman los mitos, eran propiedad de Arkham House, y que se exponían a problemas legales si escribían relatos en la tradición de Lovecraft sin el consentimiento de AH…

»Tengo entendido que Derleth se irritaba al final de sus días cuando alguien le preguntaba algo que tuviera que ver con lo expresado más arriba. Pero, con franqueza, yo también me irritaría si la gente me estuviera fastidiando constantemente con esas historias. Sin embargo, eso no habría mejorado su reputación.

»Admito haberme tragado al principio todas las habladurías sobre Derleth y que no tenía muy buena opinión de él. Pero cuanto más leía acerca del tema del legado literario de Lovecraft, cuanto más leía sobre la literatura *pulp*, cuanto más leía de la obra de Derleth y, por supuesto, cuanto más sabía del negocio editorial, mejor entendía la postura de Derleth. Me río mucho al oír a los lectores jóvenes quejarse de la manera en que Derleth contribuyó a arruinar la reputación de Lovecraft, cuando

todos sabemos que, de no ser por él, Lovecraft jamás habría alcanzado la reputación que tiene hoy en día».

Lo irónico es que Dziemianowicz está en lo cierto. Sin Derleth no tendríamos ningún Lovecraft que admirar. De la misma manera, sin Lovecraft no existiría Arkham House. Se trata de una extraña relación simbiótica de la mejor clase.

Los hechos son así de simples: Derleth y Wandrei crearon Arkham House porque ningún editor quería publicar las obras de Lovecraft a finales de los años 30, ni varias décadas más tarde. Hasta que Arkham House publicó toda la ficción de Lovecraft y la mantuvo en prensa durante 20 años de pérdidas económicas, los editores de libros en tapa blanda y extranjeros no empezaron a llamar a sus puertas para pedir permiso para reeditar su obra.

Durante su breve carrera como escritor semiprofesional, Lovecraft fue incapaz de vender mucho de su trabajo ni tan siquiera a las revistas *pulp*. Le disgustaba copiar a máquina sus manuscritos porque el esfuerzo le torturaba los dedos, y los editores se negaban a leer los manuscritos garabateados en la desgarbada caligrafía de Lovecraft. A muchos editores no les gustaban sus cuentos aun pasados a máquina, y los rechazaban sistemáticamente sin leerlos. Si Derleth y Wandrei (y en menor medida E. Hoffman Price) no se hubieran dedicado a la tarea, entre 1930 y 1936, de solicitar a Lovecraft sus casi ilegibles manuscritos, volverlos a escribir a máquina y enviarlos a los editores de revistas, la mayoría de sus historias publicadas durante estos años jamás habrían salido impresas. Probablemente, muy pocos de sus manuscritos habrían sobrevivido.

Como los estilos de vida, la ética y los comportamientos han cambiado de manera radical durante el último medio siglo, a la generación actual le cuesta entender semejantes actitudes de amistad y lealtad que existían entre los grupos de escritores durante la época dorada de las revistas *pulp*. El mundo, en verdad, cambió después de la Segunda Guerra Mundial. Es posible que la Gran Depresión también jugara un importante papel; todo el mundo estaba en el mismo bote, intentando sobrevivir de la mejor manera posible. Muchos empezaron a escribir para las revistas *pulp* con vistas a conseguir una ayuda económica que complementara sus escasos salarios. Algunos, como E. Hoffman Price, no tuvieron más remedio que dedicarse a ello por haber perdido sus trabajos y no tener otros a la vista.

Pero esta camaradería intangible parece haber tenido sus raíces en los primeros tiempos, cuando nacieron las primeras revistas *pulp* que harían de heraldo a la edad dorada de la narrativa y la legitimación de los géneros literarios: las historias duras de detectives, la literatura sobrenatural y sus diferentes ramales, la ciencia ficción, el horror, los cuentos del Oeste, etc., como la evolución de la época de la novela a diez céntimos. Los escritores que sustentaban las revistas *pulp* se agrupaban en pequeñas comunidades, aprendiendo los unos de los otros y ayudándose entre ellos en la apertura de nuevos mercados. Discutían abiertamente sus ideas sobre nuevos cuentos sin temer que sus colegas las utilizaran en beneficio propio. Intercambiaban los

manuscritos entre sus círculos de amistades con la esperanza de recibir una crítica constructiva, o por lo menos saber por qué ciertos relatos no agradaban a los editores.

En el pequeño círculo que admiraba a Lovecraft y lo consideraba como su mentor literario, nacieron muchas amistades que durarían toda la vida. Incluso antes de la muerte de Lovecraft en 1937, Derleth había llegado a ser un foco central en este grupo porque era el único que poseía la suficiente habilidad, ambición y determinación para elevarse por encima del nivel de los escritores de revistas *pulp*. Mientras cursaba estudios en la Universidad de Wisconsin en 1931 y escribía historias de detectives o de horror para las *pulp*, con vistas a pagarse su instrucción y gastos de mantenimiento, Derleth empezó a vender literatura normal a revistas respetables como *Scribner's*. Escribiría y editaría 180 libros de biografías, historia, ensayo, poesía, periodismo de la vida cotidiana en una pequeña comunidad del Medio Oeste, una pequeña biblioteca de detectives y literatura sobrenatural, y muchos libros para el lector adolescente. A finales de los años 30 Derleth era columnista habitual del *Capitol Times* de Madison (Wisconsin) y conferenciante de literatura regional en la Universidad de Wisconsin.

Nadie reconoció y apreció más la habilidad literaria de Derleth que el propio Lovecraft, como podemos leer en un párrafo de la carta que escribió a E. Hoffman Price el 20 de octubre de 1932:

«Te voy a enviar por correo una copia de *Pagany* con su "Five Alone" y, a lo mejor (o sea, si puedo encontrarlo) otra del *Midland* con su "Old Ladies"… Verás en estas cosas un escritor totalmente ajeno a la corriente general y facilona que inunda las páginas de *W.T.* [*Weird Tales*]. No hay nada en común entre Derleth A y Derleth B; ningún punto de contacto entre sus mundos mentales, aunque ambos cohabitan en el mismo cerebro… artista y hombre de negocios, ¡espalda con espalda y nunca se relacionan! La fuente real de Derleth está en escritores como Proust, y otros de tristes reminiscencias que simbolizan las cosas universales en recuerdos particulares. Casi todo el grupo piensa que el chico llegará muy lejos en literatura, seguramente más lejos que cualquiera de los demás. El resto —incluyéndome a mí mismo, maldita sea, a pesar de todos mis esfuerzos por permanecer libre de la contaminación— estamos más o menos influidos por los métodos baratos y fáciles de la escritura comercial. Derleth puede inclinarse ante la literatura fácil y, aun así, guardar intacta su vena de auténtico artista. No sé cómo lo hace, pero lo hace».

A pesar del éxito que logró en sus últimos años; Derleth jamás ignoró ni abandonó a sus viejos amigos. Tan sólo amplió su círculo de colaboradores. Cuando las revistas *pulp* empezaron a desaparecer en la década de los cuarenta y muchos escritores abandonaron el negocio, optando por otros trabajos de salario fijo para poder mantener a sus familias, siguieron escribiendo a tiempo parcial y carteándose con gran entusiasmo. Un número importante de escritores de historias detectivescas pasaron a trabajar para la radio, la televisión y Hollywood con gran éxito, pero tan sólo unos pocos escritores importantes de horror y fantasía, como Robert Bloch, Ray

Bradbury, Henry Kuttner, C. L. Moore y Nelson Bond, consiguieron salir adelante. En cierta manera formaban parte de una especie de fraternidad, pero sus miembros no se dispersaron a los cuatro vientos tan sólo por haber conseguido tener éxito.

Derleth necesitaba este núcleo tanto como sus propios amigos. Estaba decidido a pasar su vida en el lugar en el que creció, y muchas veces comentó a sus amigos que se desvanecería, de la misma manera que su creatividad, si se viera obligado a vivir en una ciudad. En sus mejores momentos, consiguió un precario equilibrio entre su talento y lo prolífico de su obra. Era el típico escritor profesional, no un hombre débil y desilusionado como Lovecraft, que adoptaba una posición distante y desdeñosa con todo lo que tuviera que ver remotamente con el simple hecho de escribir para conseguir dinero. Y sin embargo, Derleth llevó una vida tan retirada como su mentor.

En los años que siguieron a su muerte, mientras el estrecho mundillo de los críticos de literatura fantástica se encontraba convulsionado acerca de su figura, se asentaron los juicios sobre Derleth. La mayoría no sabía que había sufrido una extrema hipertensión y un tiroides que había condicionado su vida, aunque él lo había controlado lo mejor posible con la medicación y una rígida dieta; que durante años había desafiado las continuas advertencias de los médicos sobre sus problemas de hernia y vejiga. Por el contrario, todos los días daba largas caminatas por el campo y pasaba muchas horas sobre la máquina de escribir. En la mañana del 4 de julio de 1971, sin haberse recuperado por completo de una operación de vejiga, que le dejó en coma durante muchas semanas, Derleth perdió la batalla. Tras volver de un corto viaje a la ciudad, se derrumbó sobre el banco que había enfrente de su casa.

Derleth no era ajeno a la controversia en su ciudad natal de Sauk City, ni en su vida pública o literaria. Cuando la polémica no le seguía, muchas veces él mismo se encargaba de crearla. Tenía unas creencias muy fuertes y podía llegar a ser irascible cuando la ocasión lo requería. Hablaba frecuentemente de temas como los embustes en política, la corrupción académica, los derechos de la mujer, la censura, la necesidad de conservar adecuadamente los recursos naturales y la importancia de una mejor educación literaria en las escuelas. Siempre se ponía del lado del más débil cuando había evidencia de que se estaba cometiendo una injusticia; quizás porque él siempre había creído estar dentro del grupo de los oprimidos. Era un santo y un pecador, en el mejor y en el peor sentido de la palabra.

Para el mundo fuera de su estado natal, Derleth era un personaje de variadas lecturas que con frecuencia entraban en conflicto: el estamento crítico bajaba la vista ante la implicación de Derleth con la literatura *pulp*, ignorando sus trabajos más serios. Sencillamente, no entendían su versatilidad. Su reacción ante esto era típicamente derlethiana: «Prefiero ser un hombre corriente vivo que un genio

muerto».

De esta forma, con frecuencia era odiado y temido por dar rienda suelta a sus pensamientos. Tenía una gran facilidad para lastimar a las personas y se valía con la misma habilidad de su columna en el periódico y de sus contactos periodísticos para airear sus acusaciones. No era un sujeto habituado a dar marcha atrás en sus juicios y valoraciones. Debatir con él en una tarima podía ser una tarea ardua. Con su voz fuerte y culta de barítono, su inclinación por citar a Shakespeare y una descarada irreverencia que habría hecho las delicias de H. L. Mencken, Derleth podía hacer trizas a sus víctimas con un chasquido de la lengua. Poseía una memoria fotográfica para los acontecimientos y los detalles, y una enorme capacidad para recordar la mayoría de sus lecturas. No importaba lo bien que conocieras el tema, lo amplias que fueran tus propias lecturas, Derleth podía convencerte rápidamente de que tu punto de vista era insostenible. En una ocasión, cuando se le invitó a un acto público en la diócesis católica del lugar en honor a un sacerdote que había escrito una historia local que Derleth había criticado muy favorablemente, le dijo a un colega: «Me respetaban con la misma extraña curiosidad con la que respetarían a una serpiente de cascabel».

La gente que se sentía intimidada por Derleth, generalmente no era capaz de ver más allá de sus estrechos puntos de vista. Sus ataques casi nunca eran personales, excepto si era necesario. Y, a pesar de sus vigorosos argumentos, siempre escuchaba atentamente lo que tuvieran que decirle antes de replicar, aunque no estuviera de acuerdo. Para Derleth, el debate era una combinación de lucha y ajedrez, y era un maestro anticipándose al siguiente movimiento. Si te volvías hacia atrás en tus juicios perdías su respeto. Debo decir también que Derleth era un hombre con muchas obsesiones. Una de ellas era la honestidad a la hora de llevar un negocio, y era una obsesión tan fuerte como no he visto en ninguna otra persona. No se encontraba dentro de su naturaleza el ser una persona taimada o calculadora, cosa que le disgustaba profundamente.

Su gran amigo E. Hoffman Price, que compartía muchas de las cualidades de franqueza del propio Derleth, escribió unos perceptivos comentarios sobre esto en una carta fechada el 28 de agosto de 1944 a H. C. Koenig, un antiguo amigo de Lovecraft:

«AWD podría ser, y sin duda lo es, un poco arbitrario, dogmático y autócrata a veces, y es posible que también algo caprichoso, y quizás no del todo lógico al ciento por ciento; pero sus intuiciones son mil veces más correctas que las de Hitler… No intento explicar a AWD. Con seguridad él jamás se pondría a semejante tarea. Sé que molesta a mucha gente. Jamás lo hace conmigo, porque ninguna de esas cosas que tanto molestan a miles de personas honradas me afectan lo suficiente como para sentirme enfadado… Derleth no se mete con mis convicciones, yo no me inmiscuyo en las suyas, y de esa forma, amigablemente, podemos convivir en paz y sin controversias».

Price envió después una copia de la carta en carboncillo a Derleth, diciéndole:

«Hice una copia un poco como divertimento. No se trata de un intento de ir en tu ayuda, ya que te considero perfectamente capaz de hacerlo por ti mismo; como miembro honorífico de la sociedad internacional de egoístas, reconozco en ti un importante Sujeto Egoísta, ¡y nosotros pocas veces sentimos la necesidad de que nos defiendan!».

Una buena parte de la frialdad exterior de Derleth fue motivada por la necesidad de guardar las distancias entre él y los que podrían herirle. Era un fanático compulsivo en el cumplimiento de unos rígidos horarios, como si cada día estuviera escrito en las tablas de itinerarios de un tren: este tiempo para asuntos familiares, este otro para los negocios relacionados con Arkham House, sus escritos, las excursiones y contestar puntualmente todas las cartas que le llegaban (habitualmente unas 35-50 por día), llevando a cabo una actividad que podría equivaler a la de varias personas.

En una reveladora carta a Carroll Coleman, el editor de muchos de los elegantes libros de poesía y ensayo de Derleth, fechada el 13 de diciembre de 1967, le escribía:

«Sí, me parece totalmente correcto cómo he llevado a cabo mi vida. Jamás podría haber sido un buen trabajador por cuenta de otros. Hace tiempo aprendí que era más rápido en mis respuestas y generalmente más receptivo que la media de los trabajadores normales… También pienso… que soy razonablemente más feliz aquí que en cualquier otro sitio por muy famoso que fuera. Mirando hacia atrás no creo que sea una persona descontenta… También me di cuenta de que el ser diferente del resto de los vecinos de mi comunidad tarde o temprano me acarrearía acusaciones deshonestas y un protagonismo poco deseable; de manera que —a pesar de ir en contra de mi naturaleza— me tengo que mostrar agresivo y, muchas veces, amenazante, lo cual me ha asegurado un respeto conseguido no gracias a mi habilidad creativa sino al miedo, y también, de esta forma, he conseguido una razonable cantidad de independencia e intimidad. Después de una carrera en la cual he mantenido varias disputas públicas con algunos de los personajes más influyentes de la vida pública de una pequeña ciudad… venciéndoles a todos… me he quedado completamente solo ante la gente que puede hacer que mi camino sea un poco más espinoso.

»Como Udpike, jamás necesité hablar con nadie que desarrollase la misma tarea que yo. La escritura es, en cierta manera, una forma de comunicarse con uno mismo y, según he ido madurando, me he dado cuenta de que muy pocas personas pueden hablar con el medio con tanta experiencia y variedad como yo lo hago; en consecuencia, la mayoría no tienen nada que decir que realmente me interese escuchar. El diálogo conmigo mismo continúa, sin lamentaciones… Tarde o temprano mi creatividad declinará y, con ella, mi habilidad para seguir con el negocio, igual que le pasa a todo el mundo, pero entonces ya se tomará alguna medida acorde a las circunstancias, estoy seguro, y no me importa vivir en el pasado o en el futuro».

El tener que ser a un mismo tiempo escritor, editor y director de una editorial trajo consigo varios desafíos a August Derleth; sus cartas revelan que, con frecuencia, se vio obligado a seguir una delgada línea para mantener sus amistades personales y una integridad editorial. Estableció unas normas de calidad muy altas en la edición de libros de Arkham House y un modelo de empresa basado en términos contractuales similares a los de Scribner, Pellegrin & Cudahy, Coward-McCann, Duell, Sloan & Pearce y otras importantes firmas editoriales.

Esa delgada línea fue sufrida con frecuencia por ciertos autores de Arkham House que no tenían experiencias previas con los contratos editoriales. Aquellos que más se quejaron de las condiciones que imponía Derleth no cayeron en la cuenta de que ellos mismos también tenían sus propias obligaciones. No les importó entrar en contacto con otros editores dejando a un lado la ética profesional.

En otros ensayos dentro de este libro hay algunas cartas fascinantes que revelan la consternación y ansiedad que Derleth sentía al publicar los libros de ciertos amigos que no tenían ni una pizca de lógica comercial en la cabeza. Con frecuencia debía ponerse a la defensiva para no perder lo que tanto le había costado ganar, y muchas veces tenía que recurrir a su propio bolsillo, cuando Arkham House estaba experimentando una mala época, para adelantar algún dinero a un autor que se encontraba en dificultades.

Durante muchos años se ha mantenido la falacia de que la razón por la que Arkham House jamás publicó un libro de Henry Kuttner o de su esposa Catherine L. Moore fue porque la pareja de escritores creía que Derleth no era razonable. Cuando le pregunté a Derleth sobre el asunto, a mediados de los sesenta, me contestó que le gustaban mucho tanto Kuttner como la Moore, y también su obra, pero que Kuttner era muy poco realista en sus expectativas.

Al revisar su correspondencia se puede leer que, cuando Derleth expresó su deseo de publicar una colección de cuentos de Kuttner, el escritor objetó que las cláusulas del contrato de edición que daban a Arkham House un 50 % en derechos subsidiarios por la posible publicación del libro en tapa blanda, traducción a un idioma extranjero, etc., no eran lo suficientemente justas, a pesar de que el propio Derleth enseñó a Kuttner una copia de uno de sus contratos con una casa editorial de Nueva York que contenía exactamente las mismas condiciones. Derleth le explicó que ésa era la única forma en la que los editores podían recuperarse de los costes de producción. Más tarde, cuando Kuttner firmó con varias editoriales de Nueva York, se dio cuenta de que Derleth no le mentía. Por entonces, Derleth ya no tenía interés en publicar a los Kuttner.

Sacar al mercado editorial de dos a cuatro libros por año era, financieramente hablando, un riesgo. En aquellos días, incluso una pequeña edición de 2.500

ejemplares, venía a costar unos 3.000 $ (más de lo que solía ganar al año un escritor corriente de las revistas *pulp*). Con suerte, Arkham House podía conseguir unos beneficios de cerca de 1.000 $ si vendía la tirada por completo, cosa que a veces llegó a tardar más de 20 años. La venta de los derechos de la edición en tapa blanda y de la traducción a un idioma extranjero solía ayudar a que el libro cubriese gastos, de tal manera que la recuperación del dinero invertido proveía capital para la edición de un nuevo volumen. Derleth saldó unos cuantos títulos de Arkham House durante los cuarenta debido a que no se vendían, a pesar de que el propio editor creía en sus méritos. Vender estos volúmenes sobrantes al precio de quince centavos el dólar representaba una pérdida considerable. Pero, por entonces, la buhardilla y el sótano de su residencia estaban repletos de más de 75.000 volúmenes sin vender. (A finales de los sesenta se vio obligado a construir un almacén térmicamente acondicionado en su propiedad para reducir el número de libros que se estropeaban debido al clima húmedo de Wisconsin).

Yo mismo he leído en sus cartas cómo Derleth se veía obligado a firmar pagarés a 90 días con la George Banta Company, en Menasha, Wisconsin, la casa comercial que imprimió prácticamente todos los libros de Arkham House durante los primeros treinta años, y he llegado a la conclusión de que le hubiese resultado mucho más práctico invertir en el mercado de valores todo el dinero que ganaba con la escritura de sus propios libros… o simplemente depositarlo en un banco y acumular los intereses. Podía haberse evitado trabajar durante tres décadas para mantener a flote Arkham House.

Sospecho que el instinto natural de Derleth para sobrevivir y conseguir acabar lo que había comenzado no le permitió arrojar la toalla. Sabía que la carrera literaria de cualquier escritor solía ser variable y cíclica (había contemplado las subidas y bajadas de sus colegas de profesión, y las suyas propias), de manera que poseer una pequeña casa editorial le permitía publicar sus propios trabajos menores que no interesarían a las grandes editoriales.

También sabía Derleth que si su nombre estaba impreso en un libro de Arkham House la edición se solía vender más rápidamente que muchas en las que tan sólo figuraban el nombre de otros escritores que él publicaba, y que apenas daban para cubrir gastos y generar un pequeño capital para invertir en nuevos libros. Ésa fue la razón que lo llevó a crear el sello editorial Mycroft & Moran en 1945: para publicar su primera colección de los cuentos del detective Pons, que en un principio fue rechazada para su edición en tapa blanda por el editor de literatura *pulp* ZIF-Davis, a pesar de que, gracias a Ellery Queen, el género estaba en su apogeo. Mycroft & Moran llegó a publicar 19 libros, no todos de su cosecha, como complemento del catálogo de la Arkham.

Estos mismos razonamientos le llevaron a la creación del sello editorial Stanton & Lee. Sabedor de que Scribner no estaba por la labor de mantener en prensa sus novelas regionales e históricas, que nunca llegaron a agotar la tirada inicial, Derleth

negoció en su contrato una cláusula adicional que le permitía comprar los libros remanentes que habían quedado sin vender; la casa editorial también le permitió adquirir los derechos sobre las ilustraciones interiores.

Fue una idea muy afortunada, ya que muchas de sus novelas y colecciones de historias cortas llegaron a reeditarse varias veces bajo el sello editorial de Stanton & Lee, permitiendo que Derleth ganase bastante más dinero de lo que había conseguido en las ediciones originales de Scribner. Unos cuantos miles fueron adquiridos por las librerías de la Wisconsin State Historical Society. Con el tiempo, también se publicaron bajo el sello de Stanton & Lee otros libros y colecciones de poesía firmados por diversos autores. Las ganancias de las tres firmas comerciales se invirtieron por igual en pagar un chorro inacabable de facturas de imprenta.

Arkham House nació con problemas financieros incluso antes de publicar su primer libro; y de tal manera continuó durante la mayor parte de la vida de Derleth. Pero Derleth era un hombre resuelto y con recursos, y jamás dejó que la carencia de dinero se interpusiera en sus objetivos. Por casualidad, Derleth estaba construyendo su propia casa, el Paraje de los Halcones, en una propiedad boscosa de diez acres a las afueras de Sauk City, cuando Donald Wandrei y él mismo planearon la publicación de la primera colección de relatos de Lovecraft. La construcción estaba financiada en parte gracias a una hipoteca que había obtenido de un banco local, con la cual había comprado la tierra y comenzado la cimentación, ayudándose también de los 5.000 $ que la revista *Redbook* le había pagado por una historia romántica.

Así que Derleth usó una parte del dinero de la hipoteca para cubrir los costes de producción del libro de Lovecraft *The Outsider & Others*, pensando en restablecer después los fondos destinados a su casa. En sus memorias tituladas *Book of the Dead: Friends of Yesterday-Fictioneers & Orhers* (de próxima publicación en Arkham House), E. Hoffman Price rememora estos acontecimientos de la siguiente forma:

«Derleth había sido capaz de construir [sic] esta casa a fuerza de valor, descaro, tripas y gracias a su capacidad sobrehumana para el trabajo; y debo añadir aquí que, cuando hablo de “casa”, no sólo me estoy refiriendo al Paraje de los Halcones, sino también a Arkham House. Después de echarle un primer vistazo, su vecino Frank Lloyd Wright, que no vivía muy lejos, había resaltado su similitud con una cuadra.

»—Y ¿por qué no? —contestó Derleth—. ¡Un toro va a habitarla!

»No se dejaba impresionar por los grandes nombres. Veneraba a una sola persona, desde 1926, cuando empezó a cartearse con H. P. Lovecraft. Desde HPL, un personaje desconocido para todos excepto para los miembros de la prensa amateur y para los lectores de una revista de muy escasa circulación, no hubo más héroes, y Derleth se encomendó la tarea de hacerle uno de sus gurús.

»… A su debido tiempo, August volvió [al banco] y solicitó más dinero, un poco más de la mitad del préstamo original. Se esperaba que le contestaran algo así como: "¿Y qué diablos ha hecho con lo que ya le hemos prestado?".

»Derleth, a su vez, le respondió al banquero algo que jamás se hubiera imaginado: "He empleado una buena parte, más de la mitad, para crear Arkham House, una casa editorial, usted ya sabe".

»El rostro del banquero se tornó del color de las moras, y estuvo a punto de darle un ataque. Por fin pudo decir: "Usted… hizo… *¿qué?*… *Usted*… *Usted*"…

»"He puesto en marcha Arkham House. Ya he publicado *The Outsider and Others*".

»Un gemido inarticulado se convirtió, finalmente, en un grito: "Prestarle dinero a usted… *a usted*… Maldición… salga… de mi vista…".

»Acto seguido, August dijo con toda tranquilidad: "Entonces puede hacerse cargo de los cimientos de la casa que he comenzado a construir. A lo mejor le apetece acabarla usted mismo… Nadie se los va a comprar… O también puede prestarme el dinero necesario para construirla, y cuando la termine usted tendrá la seguridad de haber hecho un buen trato".

»Justo cuando el encargado de préstamos estaba a punto de sufrir un ataque, intervino el vicepresidente, que había estado escuchando la entrevista: "Dale el dinero. No es tan bobo como piensas".

»August consiguió el dinero, tanto para el Paraje de los Halcones como para Arkham House».

Mientras Derleth y Wandrei recopilaban los extraños relatos de Lovecraft y pedían prestados los miles de cartas que planeaban editar en una serie de volúmenes, decidieron que no había razón alguna que les impidiera publicar sus propios libros y los de los amigos que habían pertenecido al círculo de Lovecraft. El joven escritor, y editor en ciernes, pronto se dio cuenta de que también sería aconsejable expandir el campo literario de Arkham House y dar cabida a los escritores ingleses, si quería aumentar su credibilidad como editor de literatura sobrenatural, de horror y fantasía.

El segundo libro de Arkham House, *Someone in the Dark*, del propio Derleth, apareció en 1941. En 1942, *Out of Space and Time*, de Clark Ashton Smith, y *Beyond the Wall of Sleep*, de Lovecraft. Luego el ritmo editorial se vio interrumpido durante dos años debido al estallido de la Segunda Guerra Mundial y a que el papel estaba severamente racionado. Donald Wandrei fue llamado a filas, alistado en la Armada y enviado a Europa; Derleth, debido a su alta tensión arterial, fue declarado físicamente no apto para el servicio militar.

La producción de Arkham House volvió con vigor en 1944 con *The Eye and the Finger*, de Wandrei; *Jumbee and Other Uncanny Tales*[1], de Henry S. Whitehead; *Lost World*, de Smith, y *Marginalia*, tercera recopilación de la obra de Lovecraft. Los libros fueron financiados en gran medida por los propios escritos, conferencias y clases de Derleth. Hacia 1947 escribió a Clark Ashton Smith, confesándole que

arrastraba una deuda de 20.000 $ a causa de la editorial. Otros 5.000 $ se añadieron durante los siguientes dos años, y en 1950, con 34 libros en prensa y 8 números trimestrales de *The Arkham Sampler*, Derleth se hallaba en bancarrota, e incapaz de conseguir los 2.500 $ que debía pagar al impresor en menos de 30 días.

La enorme dedicación de ingentes cantidades de tiempo a las tareas editoriales durante la segunda mitad de la década de los cuarenta, influyó negativamente en la producción literaria de Derleth. Había roto con Scribner debido a diferencias de criterio en su contrato. El editor se negaba a notificarle el número de copias sin vender de su voluminosa novela —350.000 palabras— *Shield of the Valiant*; Scribner objetaba a Derleth el haber usado un agente exterior para vender los derechos de traducción a otros idiomas, a pesar de que el departamento comercial de Scribner no tenía competencias en esa área. El gerente de Scribner, William Weber, tras recibir una carta de Derleth comunicándole que no iba a enviarles ningún otro libro, escribió en la parte de arriba: «No sé si reír o llorar», antes de entregar la carta al director editorial Maxwell Perkins. Esa ruptura interrumpió la producción de literatura regional por parte de Derleth durante casi 15 años. Antes de llegar a semejante decisión meditó cuidadosamente las consecuencias que le acarrearía; se trataba de una cuestión de principios. Y él jamás ponía en juego sus principios.

Al caer la demanda de literatura de temas regionales después de la guerra, Derleth retomó la escritura de cuentos para las revistas *pulp*, la edición de antologías de ciencia ficción para otras casas editoriales, la enseñanza, las conferencias y la venta ocasional de relatos a *Redbook* y a otras revistas populares con la esperanza de obtener alguna inyección de dinero en su muy necesitada economía. Sobre su cabeza pendía un crédito hipotecario por un importe total de 16.000 $. Cuando la necesidad apremió, Derleth refinanció en varias ocasiones su crédito hipotecario y aceptó ciertos préstamos personales para mantener Arkham House a flote. A la hora de su muerte aún había un crédito hipotecario sobre su casa. Este hecho le fastidió constantemente durante toda su vida, ya que le causaba enorme malestar deber dinero a cualquiera (ni tan siquiera a los bancos).

Además, Arkham House estaba comenzando a experimentar una gran competencia por parte de las grandes casas editoriales, de los editores de libros en rústica y de un sinfín de pequeños editores aficionados especializados en los géneros de horror y fantástico que él mismo había ayudado a surgir. Los costes de impresión subían vertiginosamente; Derleth se obligó a sí mismo a mantener un furioso ritmo de escritura, pero las ventas se retrasaban, como él mismo revela en sus cartas. Arkham House no tenía una distribuidora verdadera, sino un grupo de leales clientes habituales y librerías. Era un trabajo llevado a cabo por una sola persona, sin los fondos necesarios para afrontar una campaña de publicidad, con la ayuda ocasional de un trabajador encargado de empaquetar y un mecanógrafo. Varios de los anuncios publicitarios de Arkham House aparecieron en *Weird Tales* entre 1949 y 1954, tan sólo por el simple hecho de que la revista no podía pagar los cuentos de Derleth que

ya había aceptado o estaban impresos, y éste aceptó aquel tipo de pago a cambio. «Estaremos encantados de incluir su anuncio en la tercera página del número de julio de *Weird*… los 75 $ serán el pago por *The Place in the Woods* y *Ferguron's Capsules*…», escribió la editora Dorothy McIlwraith el 3 de marzo de 1954.

La mala situación financiera por la que atravesaba Arkham House comenzó a finales de 1949 y continuaría durante los siguientes diez años. Entre 1950 y 1959, Derleth tan sólo pudo editar 12 libros y 3 más asociados, menos de la tercera parte de los que había publicado durante la primera década de vida de la editorial. Las ventas de sus propios libros se encontraban estancadas; su agente tenía un buen puñado de manuscritos sin vender pululando por distintas casas editoriales. Algunos de ellos no fueron editados hasta varias décadas después. En 1950, cuando no disponía del suficiente dinero para afrontar el pago de una factura de la imprenta, recibió la ayuda inesperada del escritor Dr. David H. Keller, en la forma de un cheque por valor de 2.500 $, hecho que Derleth detalla en su introducción a *Thirty Years of Arkham House* (AH, 1969). Keller envió el cheque después de que él, su esposa Celia y Sam Moskowitz pasaran una tarde con Derleth y descubrieran el porqué del aplazamiento de la publicación de sus *Tales from Underwood*. Fue un gesto bastante sorprendente debido a que Keller tenía fama de avariento en materia de dinero. Sin embargo, el cheque no se envió para ayudar a la publicación de su libro. (A Derleth le costó 13 años satisfacer el pago). Dos años después, en 1952, Derleth se las arregló para publicar *Underwood* por medio de un arreglo con la editorial Pellegrini & Cudahy, de Chicago. Otros manuscritos de los que disponía fueron devueltos a sus autores.

A pesar de tener a veces diferentes criterios de opinión con sus autores habituales, en general ellos valoraban las críticas que Derleth hacía de sus obras. Tenemos un típico ejemplo en la variada correspondencia de Derleth, como la siguiente que escribió a Clark Ashton Smith el 10 de marzo de 1958:

«Te devuelvo el manuscrito de *The Infernal Star* que me has enviado. Me parece que se trata sin lugar a dudas de un esbozo primario, y al pasarlo a máquina me he dado cuenta de los defectos que has cometido al escribirlo, a pesar de que el material promete. Estilísticamente está muy por debajo de la media a la que nos tienes acostumbrados. He marcado algunos párrafos del manuscrito y volveré a ellos —o a algunos de ellos— más adelante».

Acto seguido, Derleth describía los problemas de construcción, narrativa demasiado «verbosa», sintaxis y «repeticiones innecesarias», para ayudar a Smith a realizar una fantasía superior de la cual le consideraba muy capaz.

De la misma manera, a Howard Wandrei, el 26 de julio de 1953:

«He leído *The Man Who Had the Monster* con interés, pero, se mire por donde se

mire, me temo que no es una historia fácil de vender. ¡Ay! ¡Tiene mucho en su contra! Por mencionar algo, apenas trata de la historia del hombre que tenía el monstruo, sino más bien, de la historia de una chica que tuvo varias experiencias con el monstruo…».

Algunos de los comentarios más divertidos fueron enviados a Manly Wade Wellman durante la planificación de *Who Fears the Devil* (1963). El 19 de junio de 1965, Derleth escribió:

«El relato “Glimpse” me parecía muy bueno hasta leer su absurdo final; se trata de una historia original, fascinante, en verdad distinta, y sin embargo, a pesar de todo, degenera en la peor de las tramas de tipo *pulp* que uno pueda pensar. Tan sólo imagínate, si puedes (como ya lo has hecho), un mundo submarino, y en lo que se puede encontrar allí, y en contraste mira lo que le has dado a los lectores: las mismas viejas majaderías de doncellas en apuros y viejos puteros… ¡Por Dios!».

Luego le dice a Wellman: «Francamente, tu prólogo… no es muy inteligente», y sigue:

«Una historia sobrenatural es buena si, al menos al leerla, el lector cree en ella. Pero en muchos de tus relatos no se da el caso; la construcción general del cuento es correcta a simple vista, pero en ella se halla presente la típica estructura *pulp*, ofensivamente presente. Y hay muchas ocasiones en las que das la sensación de que por el mero hecho de decir algo vas a convencer al lector de que realmente es cierto. Y la elección de las palabras es frecuentemente inadecuada; por ejemplo como cuando describes el clásico de Maupassant como “insanamente horrible”, aunque esto es lo menos importante. Por el simple hecho de que quieres hacer un cuento corto y atiborrarlo de descripciones, pierdes verosimilitud. Un ejemplo típico es *The Golgota Dancers*, cuya efectividad habría sido mucho mayor si no hubieses intentado seguir al pie de la letra el dicho del pintor: “Vendería mi alma por ser capaz de realizar una pintura tan real como la vida misma”. ¡Qué infantil! Y la línea final de todo esto es tan típica, como las redacciones de un alumno de cuarto curso: “Todo lo que sabía es que la amaba”. ¡Por favor, Manly!».

Wellman sabía que le estaban tomando el pelo, pues respondió:

«Por ejemplo, en eso de que suena como “las redacciones de un alumno de cuarto curso” la frase “Todo lo que sabía es que la amaba”. Por supuesto, no soy consciente de todas las ventajas e inclinaciones de los alumnos corrientes de Wisconsin; a lo mejor resulta que has dado rienda suelta a tu precocidad, cosa menos rara de lo que en un principio me parecía. Pero yo estudié el cuarto curso en la ciudad de Cimarrón, Kansas, y si hubiese escrito en cualquier redacción un tema tan lleno de sexo como el que criticas, habría sido lapidado en la calle por mis propios compañeros, una pandilla bastante más crítica que tú mismo, y no estaríamos discutiendo acerca de mi proyecto de libro… Pero tengo que agradecer a las perversas deidades el haberme dado una oportunidad de devolverte la verborrea pinchante con la que me atacas… He disfrutado de tus indirectas… Me ha dado una visión del Sabio de Sauk City

contemplando con la mirada fija y un rostro sin expresión el carbón amarillo… no puede ser, se repetía a sí mismo. Debo renegar de lo que mis ojos dan fe. Tales escritos no pueden existir en la naturaleza tal y como yo la conozco… es increíble…».

Cuando sus colegas pasaban por un periodo de poca inspiración, o eran incapaces de escribir algo vendible, entonces Derleth iba un poco más allá y no se limitaba a criticar los defectos de la historia; podía llegar a reescribirla por completo y hacer que fuera aceptada en el mercado. Su correspondencia con Carl Jacobi entre finales de los 30 y principios de los 40 revela este tipo de ayuda.

En una de sus varias autobiografías inéditas, el Dr. David H. Keller (al menos escribió cinco autobiografías diferentes, cada una de ellas haciendo hincapié en su carrera médica, militar o literaria), existe un interesante párrafo dentro de un manuscrito que Keller escribió en tercera persona bajo el seudónimo de Jacobus Hubeliare. Trata sobre la colección de relatos de Keller titulada *Tales from Underwood*:

«Cuando Derleth finalmente devolvió al coronel los manuscritos y los relatos publicados en las revistas que había seleccionado, Keller pensó que había hecho una espléndida labor editorial. Había cambiado palabras; acortado párrafos; aclarado diálogos; realizado un montón de correcciones en cada página. El cuerpo de todas y cada una de las historias había sido pulido con gran brillantez por un verdadero maestro, y sin embargo el espíritu de los cuentos había quedado intacto. Esta labor, que debía de requerir horas y horas, había sido hecha con amor y sin cargo alguno».

No sabemos con exactitud por qué Derleth robaba una y otra vez su tiempo de creatividad. Yo sospecho que lo había hecho durante tantos años que ni tan siquiera se lo planteaba. Por otra parte, tampoco tenía reparos en reprender a esos mismos escritores cuando se metían en sus propios asuntos.

En una ocasión, Forrest Ackerman intentó apartar a Smith de Arkham House con una oferta que era poco ventajosa para el propio Smith. Derleth apuntó que qué clase de trato era poner dinero en el bolsillo de Ackerman «*a tu costa*», y añadió: «Mi postura siempre ha sido justa en el trato a mis autores. Por esa razón, espero que ellos me traten a mí de la misma forma. Si no actúan así, no quiero tener nada más que ver con ellos… Francamente, en el caso de algunos de nuestros autores, no me importaría tener que cortar mi conexión en tales asuntos; pero en este caso, tanto en el terreno personal como profesional, me disgustaría mucho ver cómo Arkham House, que, después de todo, nació en torno a la figura de HPL y su "círculo" de amigos y escritores, sufre económicamente y decae su prestigio si decides irte a otra casa editorial aun cuando sea con un libro de segunda fila».

El repentino interés de Ackerman por Smith fue irónico. En la década de los 30 criticó de manera tan negativa la obra de Smith que Lovecraft y otros se vieron obligados a echarle una mano desde las columnas de cartas de los *fanzines*.

En la misma carta del 5 de julio de 1947, Derleth añadía: «Lo peor de este

descorazonador negocio es que hay muchas personas a las que les importa un carajo la ética del asunto. No quiero decir que carezcan de moral; lo que pasa es que no respetan ninguna clase de ética. Por eso, [A.E.] Van Vogt nos dio a publicar Slan, y luego permitió que dos o tres de sus libros fueran publicados por otros editores de la competencia. No debería ser así. Nos dio *The World of A*, pero renunciamos a editarlo después de que se lo hubo mandado también a Simon & Schuster. Otra vez, algo que no debería haber hecho: mandarlo a dos editores diferentes al mismo tiempo. A resultas de lo cual —por favor, no digas nada—, jamás volveremos a publicar nada que venga encabezado por la firma de Van Vogt».

Aunque Derleth consideraba a Ackerman un excelente conversador y corresponsal, con frecuencia tenía que arrostrar algunas de sus prácticas. Ackerman fue una de las personas que habitualmente se inmiscuía en los asuntos de Derleth, y no tuvo reparos en decírselo a él y a otros de su mismo talante, como en la siguiente carta del 2 de agosto de 1955 remitida a Shea:

«El problema con Forry Ackerman es que es un bastardo sordo. Su idea de la ética en este negocio es así de simple: si es beneficioso para Ackerman, entonces está bien. Su versión de las diferencias que ha tenido con nosotros es muy divertida y, sin embargo, característica: deja de lado todos los hechos que le hacen quedar mal. Le creo cuando afirma que [S.] Fowler Wright le ofreció los derechos en segundas por la serie de relatos del libro que nosotros publicamos [*The Throne of Saturn*, AH, 1949]; W. es bastante conocido por su astucia con los editores, y yo dudé bastante a la hora de aceptar su libro. Pero, y es un pero muy grande, Forry sabía perfectamente, pues está impreso en todos y cada uno de los libros de AH, que nada de lo que se halla impreso en su interior puede ser reeditado sin permiso; se trata de una práctica habitual en las editoriales, y él es tan cuidadoso como nosotros mismos con respecto a ella. (En este punto, se trataba de una cuestión de fuerza en ver si nosotros reaccionábamos; no sucedió así; cuando le pillamos, se disculpó avergonzado diciendo que había recogido los cuentos de la edición inglesa; ¡como si eso importase una mierda!). Y además, cuando descubrimos lo que había hecho, le dijimos que, ya que no tenía ninguna autoridad para vender los derechos del libro por segunda vez, debía devolver al editor los 50 $ que había recibido en pago por “The Rat”. Se negó a hacerlo. Le hicimos ver que el único recurso que nos quedaba era el de emprender una acción legal contra el editor al publicar en su revista un cuento que aparecía en nuestro libro, y que entonces él tendría que hacer lo mismo con Forry por vender algo que no le pertenecía. Le enseñamos a Forry la copia del contrato con Wright, de manera que pudo ver con total claridad que teníamos jurisdicción sobre sus cuentos. Hizo todo lo posible para justificar su posición, para salir del atolladero sin reconocer su error. Intentó que Wright rompiera su contrato con nosotros y cosas por el estilo. Su conducta fue, en efecto, muy poco ética. En una ocasión escribí al editor de la revista que en seguida vio que nosotros teníamos la razón. Forry devolvió los 50 $; desafortunadamente para él, ya había pagado 45 $ a Wright por la venta. Le ofrecí a

Forry 100 copias de “The Throne of Saturn” al precio de 50 centavos el ejemplar para que las vendiera y recuperara su inversión, ya que sabía con seguridad que Wright no le devolvería a Forry su dinero. Forry escribió inmediatamente a Wright contándole mi oferta, sugiriendo que yo había “roto” o violado el contrato —a pesar de las muy visibles cláusulas acerca de los libros sobrantes que no afectaban al contrato de ninguna forma, y que él mismo había leído— y que por consiguiente yo ya no tendría ningún derecho sobre los cuentos que nosotros mismos habíamos editado. Pronto se desengañó, y mi oferta fue rechazada mientras intentaba en vano que Wright le devolviera el dinero. A pesar de todo, cuando recibimos los 50 $, le remitimos a Forry los 5 $ que legalmente le correspondían en concepto de comisión. De manera que le tratamos mucho mejor de lo que se merecía. Como imaginaba, jamás recuperó ni un penique de Wright.

»Wright, el viejo bribón, reconoció sinceramente que no creía estar haciendo nada ilegal cuando contactó con Forry. La posición de Wright estaba clara. De acuerdo con el contrato, Arkham tenía el 50% de los derechos de reedición del libro, fuera cual fuese la parte del mismo que se reprodujera. Wright recibió un generoso anticipo en derechos de autor por nuestra parte (500 $; el doble de lo que yo obtuve por *Country Growth*), y de acuerdo con el contrato cualquier ganancia posterior debería ser deducida del anticipo hasta equilibrar las cuentas. No sólo incumplió esta cláusula, sino que hizo imposible que nosotros recibiéramos la comisión que nos correspondía. Firmó el contrato con buena fe, pero lo incumplió, y Forry le ayudó deliberadamente y aun a sabiendas de que nuestros derechos habían quedado dañados».

Semejantes episodios solían ser escasos, pero se daban de cuando en cuando, sobre todo en la década de los 60, cuando Frank Belknap Long jugó el mismo papel con la reedición en tapa blanda de uno de sus libros. En su caso, Derleth transigió porque Long estaba atravesando problemas financieros. Aunque las sumas mencionadas parecen pequeñas hoy en día, en aquellos tiempos, hace 50 o 60 años suponían cantidades importantes. Muchos escritores sobrevivieron a la Depresión desarrollando un respeto escocés por el dinero, y no todos eran como S. Fowler Wright. Seabury Quinn, que examinó su contrato y sus derechos de autor por *Roads* [AH, 1948] con la atención del abogado que era, descubrió un día que Derleth le había pagado 5 céntimos de más, reintegrando a Derleth esta suma ridícula en sellos de correos.

Los autores y seudoagentes que intentaban burlar los términos del contrato eran llamados en seguida al orden por el propio Derleth, que mantenía un fantástico archivo de datos escritos a mano. En estos momentos, Arkham House necesita dos ordenadores para desarrollar las tareas empresariales.

Hasta ahora he evitado a propósito el debate sobre Donald Wandrei y su participación en la fundación y desarrollo de Arkham House.

Arkham House fue fundada al asociarse August Derleth y Donald Wandrei en 1939. La idea surgió y se planeó en 1938, después de que Derleth y Wandrei

intentaran sin éxito publicar *The Outsider and Others* en Scribner y otras editoriales. Por supuesto, todo lo que ambos no sabían sobre los mecanismos editoriales de por entonces podía haber llenado las páginas de todo un libro.

En cualquier caso, tampoco sabemos a ciencia cierta con cuánto pudo contribuir Wandrei a pagar los costes de producción de *The Outsider and Others*. Sospecho que lo hizo con muy poco o con nada. No era un escritor muy prolífico y tampoco disponía de las ganancias que Derleth generaba con sus abundantes escritos. Wandrei tan sólo publicó 100 cuentos, tres novelas cortas y apenas los suficientes poemas como para llenar dos finos libros durante toda su vida.

Se decidió que Derleth, al tener más experiencia comercial y numerosos contactos en el mundo editorial, se encargaría de llevar el negocio, pero que ambos compartirían la responsabilidad en cuanto al trabajo de mecanografía, edición y pruebas. Durante los primeros cinco años de vida de Arkham House, la contribución de Wandrei se dirigió exclusivamente a la preparación del material de Lovecraft y al desarrollo de varios de sus propios libros. Nada dentro de su extensa correspondencia hace suponer que Wandrei tuviera mucho interés en las actividades de Arkham House desde que fuera licenciado del servicio militar en 1945.

Desde los comienzos, a finales de 1937, y hasta 1942, cuando Wandrei fue reclutado, ambos hicieron un considerable esfuerzo recopilando y copiando miles de cartas de Lovecraft. De todas las que pudieron recolectar con la ayuda de la gente que intercambió correspondencia con Lovecraft, seleccionaron las de mayor interés y Derleth y una secretaria empleada a tiempo parcial se encargaron de pasarlas a máquina. Al devolver los originales de las cartas a sus dueños, Derleth les aconsejó que las donaran a la John Hay Library de la Brown University, en la cual el propio Derleth depositó una enorme cantidad de legajos de Lovecraft durante varias décadas.

Derleth y Wandrei no estaban solos en su perseverante tarea. Otros, como Robert Barlow y E. Hoffman Price, también ayudaron. Price no solo disponía de un voluminoso archivo de su correspondencia con Lovecraft, sino también de las cartas entre Lovecraft y Robert E. Howard, que el padre de este último le había enviado junto con una importante cantidad de manuscritos, folios desgarrados y revistas.

La búsqueda de la correspondencia de Lovecraft se alargó durante varias décadas. Finalmente, Derleth y Wandrei fueron capaces de compilar un total de 4.500 páginas de papel mecanografiado con las cartas de Lovecraft, que fueron encuadernadas en un total de 38 volúmenes. Éstos consistían en un original y dos copias al carbón. Un índice ordenaba las cartas al inicio de cada volumen, con una breve descripción de cada una para futuras referencias. Cada editor guardaba un original maestro de referencia, y otro de trabajo que iba de un lado a otro y fue utilizado para la edición y publicación, y de donde se copiaron a máquina los manuscritos para la imprenta.

Huelga decir que se trató de un esfuerzo sobrehumano y de amistad. Y si las cartas, ya publicadas, hubieran vendido decenas de miles de copias, generando unos beneficios proporcionales, la suma, por sí sola, no habría bastado para compensar

adecuadamente a Derleth y Wandrei por todos los años que le dedicaron a este solitario proyecto. Pero el primer volumen de las *Selected Letters of H. P. Lovecraft* tuvo que esperar hasta el año 1965 para que Arkham House pudiera afrontar el riesgo de publicar una edición de 2.504 ejemplares. En 1968 Arkham House consiguió reunir el capital suficiente como para publicar 3.041 copias de *Selected Letters II*, seguido de la edición de 2.513 copias de *Selected Letters III* en 1971. Se tardó entre 15 y 20 años en vender la totalidad de estas reducidas ediciones.

*Selected Letters IV y V* fueron publicadas en 1976. La edición de estos volúmenes se atribuyó a August Derleth y James Turner. Mi colega S. T. Joshi, en su admirable bibliografía de Arkham House, *Sixty Years of Arkham House*, se preguntó cuánto había contribuido Turner a la edición de estos volúmenes, aparte de escribir las introducciones y añadir algunas notas a pie de página.

Yo creo que es más importante preguntarse por qué el nombre de Wandrei no fue incluido, ya que los volúmenes IV y V estaban basados en las transcripciones que Derleth y Wandrei habían preparado muchos años antes. La respuesta es simple. Wandrei había interpuesto un pleito judicial contra Arkham House en 1974 y yo sospecho que el abogado Forrest D. Hartmann (del que también dependía el control de las operaciones empresariales de la firma editorial) decidió que Wandrei no recibiría ningún abono, aunque desde una perspectiva ética estaba en su derecho.

(Cuando Wandrei cortó su conexión editorial con Arkham House en 1974, el director comercial, Roderick Meng, y Hartmann contrataron a James Turner como editor. Turner había intercambiado una breve correspondencia con Derleth a finales de los sesenta acerca de sus propias ambiciones literarias y había mantenido algún que otro contacto ocasional con Meng).

El testamento de Derleth especificaba que, tras su muerte, Wandrei debería asumir el control editorial de Arkham House y que tendría derecho a ser el primero en pujar por la compañía de acuerdo a los precios del mercado. Junto con Meng, Wandrei corrigió un gran número de manuscritos que Derleth había planeado publicar durante la década de los setenta. Wandrei también había hecho un anuncio de libros escritos por él mismo y por su hermano Howard Wandrei, ante la posibilidad de posponer varios volúmenes que Derleth ya había preparado. Ninguno de los libros de los Wandrei fue jamás publicado; posiblemente aquel prematuro anuncio produjo algún tipo de fricción entre Donald Wandrei y el abogado.

Wandrei estaba interesado en la compra de Arkham House para continuar la tarea de su amigo. También tenía el presentimiento de que si no compraba Arkham House el abogado liquidaría sus acciones, proceso que ya estaba en marcha con el inventario de la editorial Stanton & Lee.

A pesar de que Wandrei había heredado algún dinero tras la muerte de su padre y estaba en condiciones de negociar la adquisición de Arkham House con Hartmann, el abogado, aparentemente, tenía su propia agenda. Las evidencias señalan que el abogado hizo todo lo posible para no llevar a buen término los deseos de Derleth y

que retrasó todo lo que pudo la preparación del inventario completo de los activos de la editorial. De acuerdo con las leyes, ambos peldaños debían estar concluidos antes de que Wandrei pudiera adquirir legalmente Arkham House.

Wandrei presionaba a Hartmann continuamente para que le informara sobre los detalles financieros, pero éste nunca le dio mucha información. A principios de 1974, Wandrei retiró su oferta de compra sobre Arkham House al sospechar que lo que su corazón le decía era completamente cierto: Hartmann no tenía ninguna intención de permitirle adquirir Arkham House. Hartmann se consideraba el dueño y señor, y planeaba hacer lo que le diera la gana cuando le diera la gana. Wandrei temía que el control que Hartmann ejercía sobre las propiedades de Derleth y la propia Arkham House fuera un truco para procurarse beneficios extras, y que los niños de Derleth serían sus víctimas finales.

Hartmann empleó una gran variedad de maniobras para retrasar la legalización del testamento. Hizo hincapié en la custodia de los niños de Derleth, se metió en un largo proceso de 3 años para limpiar el título de la casa de Derleth, el Paraje de los Halcones, y transferirlo a los niños. Y, finalmente, en 1974, incorporó Arkham House.

El abogado de Wandrei le advirtió de que lo único que podía hacer ante eso era impugnar el testamento. Tenía derechos legítimos para poder hacerlo. Estaba el acuerdo original entre Derleth y Wandrei sobre la fundación de Arkham House, y copias de documentos del legado de Lovecraft que otorgaban a ambos hombres los mismos beneficios sobre las ediciones de las obras de Lovecraft.

Como la demanda era contra Arkham House (aunque realmente estaba dirigida contra el poder de Hartmann) April Derleth, que técnicamente aún era menor de edad, se vio obligada a asumirla y dejar que el litigio siguiera su curso. Se encontraba en el colegio cuando comenzó el pleito y no conocía los verdaderos detalles del caso, excepto lo que Hartmann le había contado. Sin embargo, al pasar el tiempo, pudo darse cuenta de que el verdadero bribón no era Wandrei (el hombre al que llamó «tío» durante toda su vida), sino el abogado de su padre. Cuando aquella horrible experiencia finalizó y ambas partes llegaron a un acuerdo, Hartmann fue despedido de inmediato y otra firma de abogados se encargó de finalizar las negociaciones con Wandrei.

Al rememorar estos incidentes, D. H. Olson se preguntaba por qué Derleth, que era tan agudo al juzgar el carácter de las personas, pudo elegir a Hartmann como abogado. No fue algo premeditado. Hartmann había sido un joven socio de la firma Hill, Quale, Hartmann, fundada en la década de los cuarenta por el juez retirado James Hill. El juez Hill había sido el vecino de enfrente cuando el joven y futuro escritor era un niño. Más tarde, cuando Derleth estaba escribiendo su serie de novelas detectivescas sobre el juez Ephraim Peck (basado en el dicharachero Hill), el mismo juez Hill le proporcionó gran parte de la información médica y legal incluida en sus argumentos. Tras retirarse de la judicatura, Hill abrió un gabinete de abogados en

Sauk City y Derleth fue uno de sus clientes. Derleth rememoraba su cariño por «el viejo Jim» en una de las descripciones de *Return to Sac Prairie* (1970). Así que, cuando Hill murió, los otros socios se hicieron cargo del bufete.

Wandrei ganó el pleito en 1986 al llegar a un acuerdo de compromiso que consistía en la adquisición de un porcentaje sobre las ventas futuras de los libros de Lovecraft. Pero no fue una victoria completa. Durante los doce años que habían transcurrido se había hecho viejo, de carácter agrio, incluso irracional, y sus amigos más cercanos temían por su salud mental. Wandrei se hallaba al borde de la quiebra financiera. Incapaz de pagar los miles de dólares que se había gastado en pleitos, se vio forzado a asignar un porcentaje de sus beneficios futuros a la firma de abogados que llevó el caso. Wandrei murió en 1988, con el alma rota y casi desahuciado.

La situación financiera de Arkham House tampoco era muy boyante. Tras sacar al mercado una importante cantidad de libros durante los años setenta y conseguir unas ganancias significativas, sus fondos estaban casi agotados tras el largo pleito. Los libros que habían estado durante 20 o 30 años en catálogo comenzaron a agotarse más deprisa de lo que la editorial era capaz de reimprimir y sacar nuevos títulos que añadir a sus listas. La editorial había cubierto un ciclo; estaba abocada a reinventarse y comenzar de nuevo, como Derleth ya había hecho con tanta frecuencia.

Según April Derleth, al comienzo del pleito con Wandrei, el abogado Hartmann escondió una cantidad considerable de documentos de Arkham que contenían detalles sobre las adquisiciones del legado de Lovecraft por parte de Derleth-Wandrei. Hasta junio de 1988, la única persona que sabía de la existencia de estas cartas era el propio Hartmann.

Tras estudiar ahora esta correspondencia tanto tiempo perdida, he conseguido comprender mejor las circunstancias y hechos que rodean los derechos literarios de Lovecraft, y el papel que Robert Barlow desempeñó en este drama. Robert Barlow era un pequeño y extraño personaje. Tenía un talento intelectual y literario bastante considerable, y era un joven y fanático coleccionista que acosaba a los escritores de literatura fantástica para conseguir que le regalaran los manuscritos, cartas y demás adenda que ellos desechaban. Uno de sus blancos predilectos era Farnsworth Wright, el editor de *Weird Tales*, al cual suplicaba a la caza de manuscritos, portadas e ilustraciones interiores. Cuando Barlow vivía cerca de Dunedin, Florida, también acosaba al anciano clérigo Henry S. Whitehead y a muchos otros colaboradores de *Weird Tales*.

Está muy claro, para mí al menos, que ya que Barlow sentía verdadera admiración por Lovecraft, hizo todo lo posible por acercarse al solitario escritor para conseguir ser el heredero de todos sus manuscritos, tras prometer por escrito que él se

encargaría de su futura publicación y cuidado. Todo esto parece haber tenido lugar en febrero de 1936, cuando Lovecraft pasó unos días en Florida con la familia de Barlow. Sin embargo, nadie supo de este pacto justo hasta el día después del funeral de Lovecraft. Aquel día, Barlow fue a la casa de Lovecraft y empezó a remover una enorme cantidad de papeles ante una perpleja Mrs. Annie E. P. Gamwell, la tía de Lovecraft. Barlow le mostró un documento escrito a mano por Lovecraft que supuestamente le otorgaba la custodia de sus manuscritos.

S. T. Joshi me informa de que el título de ese documento era «Instrucciones en caso de fallecimiento» (en el cual nombra a Barlow su albacea literario), y que no tenía ningún valor legal. Annie Gamwell era consciente de ello y, en marzo de 1957, nombra legalmente a Barlow albacea literario de HPL. «Tengo un documento sobre el asunto legalizado adecuadamente por un notario», dijo Joshi.

Pero aun así, y siendo Barlow menor de edad, no disponía de capacidad legal para firmar contratos ni ningún tipo de transacción financiera a favor de Mrs. Gamwell. Tampoco hizo nada por normalizar su situación en los juzgados cuando el estado de Lovecraft y Gamwell se hallaba en curso de legalización.

Cuando Derleth y Wandrei fueron a Providence, Rhode Island, en 1938, para saludar a Mrs. Gamwell y llegar a un acuerdo comercial por la publicación de *The Outsider and Others*, se sintieron consternados al encontrar los papeles de Lovecraft expoliados de manera atroz. Por entonces, Barlow ya le había informado a Derleth de que estaba en posesión de algunos manuscritos de Lovecraft, y que le enviaría un paquete para que los corrigiese.

Mientras tanto, Barlow le había entregado al librero Claire Beck un número indeterminado de artículos pertenecientes a Lovecraft, que fueron vendidos, y también, el propio Beck sustrajo de la casa de Mrs. Gamwell varios libros que en su día fueron propiedad de Lovecraft. El escritor Donald Wollheim le escribía a Beck el 20 de diciembre de 1938: «… Algo radical sucede con el material de L[ovecraft] y se supone que tú te has largado con él mientras estabas en casa de Mrs. Gamwell. Sam Loveman perdió los estribos al enterarse de cómo has estafado con total frialdad a la vieja dama con respecto a las revistas. Ese sinvergüenza de Barlow otra vez…».

Completamente horrorizado por la crueldad con la que Barlow había tratado a Mrs. Gamwell con respecto a los papeles de Lovecraft, Clark Ashton Smith le escribió: «Por favor, no me escribas ni trates de ponerte en contacto conmigo de ninguna manera. No quiero verte ni oír hablar de ti tras conocer tu conducta con respecto al legado de un amigo tan querido».

August Derleth, haciendo hincapié en el asunto, fue algo más reservado al escribir a Barlow el 20 de septiembre de 1938:

«Sí, he recibido un gran paquete lleno de material que todavía no he tenido tiempo de revisar, y cuando estuve en Providence no hace mucho descubrí aún más; de hecho lo he traído también, y haré una selección de todo lo que pueda utilizar antes de devolvérselo a Mrs. Gamwell.

»Por cierto, me di cuenta de que Mrs. Gamwell estaba muy recelosa con respecto a la venta de la biblioteca de HPL. Tanto Donald como yo compramos un libro de Lovecraft como recuerdo, y le aconsejamos que hiciera caso del experto asesoramiento de Sam Loveman en cuanto al valor real de los libros. Nos dolió mucho, tanto a Don como a mí, descubrir que algunos de los objetos de Lovecraft habían desaparecido; no preguntamos cómo había sucedido ya que nos encontrábamos demasiado trastornados al ver de qué manera se había privado a Mrs. Gamwell de un dinero que podía haber conseguido por la venta de esos títulos ahora desaparecidos; y todos los números de la revista *WT* que HPL había recopilado, muchos de los cuales, los más antiguos, podrían tener un alto valor en el mercado».

El abogado Albert A. Baker, de la firma Baker & Spicer, en Providence, escribió a Barlow lo siguiente el 7 de octubre de 1938:

«Como albacea testamentario de Howard P. Lovecraft… se me ha informado de que [Mrs. Gamwell] le permitió llevarse los manuscritos de Mr. Lovecraft, la colección de *Weird Tales* y otras revistas sobrenaturales, y los libros de Dunsany, Clark Ashton Smith, Sam Loveman y Frank Belknap Long Jr., y muchos otros libros y revistas. Lo anterior ha sido hecho sin mi conocimiento ni consentimiento en calidad de albacea testamentario. Estoy al tanto de que dichos manuscritos, la colección de *Weird Tales* y otras revistas y libros del autor poseen un valor considerable, y que la situación económica de Mrs. Gamwell es tan delicada que necesitará todo el dinero que pueda derivar de su hacienda.

»Entiendo que haya podido entregar algunos de los manuscritos a los señores August Derleth y Donald Wandrei, ya que parecen decididos a editar los escritos en una o varias revistas sin obtener beneficios propios y entregando la remuneración total a Mrs. Gamwell sin ningún tipo de comisión. Esto la beneficiaría, y como usted es su amigo, entiendo que haría todo lo posible por ayudarla de algún modo. Recientemente, Mrs. Gamwell ha recibido la suma de 10 dólares por parte de Claire Beck, siendo ésta la única cantidad proveniente de usted que ella ha recibido desde que, hace un año y medio, usted se llevara los manuscritos.

»Entiendo que usted se encuentra en México o, posiblemente, en California, y no se halla en una buena posición para acometer la publicación de los escritos de HPL, y además, teniendo en cuenta que es menor de edad al contar sólo dieciocho años, tampoco puede firmar ningún tipo de contrato. De tal forma esto invalida cualquier tipo de contrato legal que haya podido hacer en el pasado.

»Por lo tanto, y en tales circunstancias, me veo obligado a solicitar y demandar que me devuelva, en calidad de albacea testamentario, todos los manuscritos, la colección de *Weird Tales* y demás revistas, y los mencionados libros del autor que ahora están en su poder…».

Después de enumerar una serie de disculpas en cuanto al modo en el que había actuado al llevarse los papeles de Lovecraft, Barlow contestó al abogado Albert A. Baker el 12 de octubre de 1958 en los siguientes términos: «Siento mucho que Mrs.

Gamwell crea —como me hace saber en su misiva— que yo la hice precipitarse de alguna manera al llevar a cabo las instrucciones de Howard. Mi intención era llegar a Providence antes de su muerte; pero al no poder hacerlo intenté ayudar todo lo que pude. Como ya le habrá dicho ella, yo conocía sus asuntos literarios mejor que nadie, y es bastante significativo que confiara en mí, y no en Mr. Derleth o Mr. Wandrei, o en cualquier otro, para que tuviera cuidado de ellos.

»Haré llegar a Mrs. Gamwell una copia de esta carta; me siento movido por el más entusiasta deseo de cooperar con ella; pero en vista de las circunstancias mencionadas arriba, quizás no del todo conocidas por usted, no creo estar obligado a cumplimentar sus demandas. Es terriblemente triste estar enfrentado por semejante actitud acerca de los regalos y deseos de mi difunto amigo… Sinceramente suyo, Robert Barlow».

La «ayuda y el consuelo» que Barlow prestó a la tía de Lovecraft fue intentar engatusarla para que firmara un acuerdo que le permitiera iniciar la publicación de algunos manuscritos de Lovecraft, quedándose él tan sólo con un porcentaje del 3% de comisión y prometiendo pagar todos los beneficios a Mrs. Gamwell. No existe ningún documento que haga sospechar que Barlow hizo algún esfuerzo por vender los manuscritos inéditos de Lovecraft. Las cartas que nos han quedado muestran que se los envió a Derleth para que los vendiera en nombre de Mrs. Gamwell.

Da la impresión de que Barlow no era más que un fan rabioso, obsesionado compulsivamente en poseer los libros y manuscritos de Lovecraft, cuya conducta podría ser mejor explicada por un psiquiatra. La afirmación de Barlow sobre el deseo expresado por Lovecraft en cuanto a que sólo Barlow se hiciera cargo de sus papeles, y no Derleth o Wandrei, o cualquier otro, es una mera suposición sin ninguna base. Ni Derleth ni Wandrei trataron jamás el asunto con el propio Lovecraft; estaban convencidos de que Lovecraft iba a vivir otros veinte o treinta años. Tampoco habrían tenido la osadía de intentar influir o sugerir a cualquier otro cómo actuarían con sus propios manuscritos.

Varios años después, E. Hoffman Price escribió una carta a Derleth comentando otro aspecto del asunto:

«No tengo ningún interés en cuestionar la herencia de Lovecraft. Si fue influido indebidamente, tan sólo puedo decir, *Nosotros* simplemente creemos que así fue; si vamos un poco más allá sería como decir que HPL no estaba capacitado para disponer de sus propiedades personales, y estoy seguro de que ninguno de los de “la cuadrilla” quiere pensar eso, no más de lo que tú o yo mismo queremos. En cuanto a la antipatía de Don Wandrei hacia Barlow… bueno, yo no conozco a Don, sinceramente; no sé mucho acerca de sus encuentros con Barlow ni por qué llegó a semejantes conclusiones, que también pudieran estar justificadas —¡o injustificadas! — como algunas de mis propias simpatías y antipatías. Clark Asthon Smith que, en apariencia, sabe mucho menos sobre los asuntos de Barlow que el resto de nosotros parece haber adoptado la posición más dura… lo cual considero que está en su

derecho y es totalmente inmune a mis dudas. En realidad no me importa en absoluto».

Más adelante, Price añadió: «Respeto profundamente la innegable inteligencia de Barlow como para sentir que él tenía motivos mercenarios al actuar de forma aparentemente tan rastrera».

No sabemos cuál pudo ser la contestación de Derleth a esta misiva. Esas cartas se hallan en poder de una persona tan patológicamente posesiva de los bienes de Derleth como Barlow lo fue de los de Lovecraft, pero que además carece del instinto para preservar importantes documentos literarios e históricos que pudieran ser de gran interés para los investigadores.

Si Barlow hubiera sido más ético habría presentado una copia de la(s) carta(s) en la(s) que Lovecraft le autorizaba a disponer de sus papeles al abogado y albacea testamentario, dejando que el juez decidiera acerca de los derechos literarios sobre la herencia de Lovecraft. De esta manera, seguramente Mrs. Gamwell habría estado económicamente más desahogada de lo que estuvo, especialmente al vender la biblioteca personal de Lovecraft y su colección de revistas sobrenaturales.

El resultado de todo este feo asunto fue que Derleth y Wandrei negociaron un acuerdo con Mrs. Gamwell para publicar *The Outsider and Others*. El contrato estipulaba que todas las ganancias de la publicación del libro irían a parar a manos de Mrs. Gamwell, una vez descontados los gastos de producción. Ninguno de los dos solicitó ningún porcentaje ni comisión. Derleth también consiguió vender varias historias inéditas de Lovecraft en diferentes revistas a un precio muy ventajoso, remitiendo los cheques en el acto a Mrs. Gamwell, como se puede apreciar en su correspondencia. Barlow no hizo absolutamente nada para ayudar económicamente a la tía de Lovecraft, y lo mejor que se puede decir de él es que conservó y archivó algo del legado literario de Lovecraft.

Mrs. Gamwell murió el 29 de enero de 1941. En su testamento legó los derechos y todas las futuras ganancias de *The Outsider and Others* a Derleth y Wandrei. Los otros dos herederos lejanos de Mrs. Gamwell, a través del albacea testamentario, Ralph M. Greenlaw, asesor legal, no impugnaron los deseos de Mrs. Gamwell. También estuvieron de acuerdo en otorgar los derechos de publicación y las demás propiedades de Lovecraft a los dos hombres. Esta correspondencia muestra también que el abogado quería devolver un cheque de 150 dólares por la venta de uno de los cuentos de Lovecraft que Derleth había hecho recientemente y que había abonado al legado de Mrs. Gamwell. Derleth se negó, argumentando que, hasta que el dinero no fuera de ayuda en los costos de producción del siguiente libro de Lovecraft, legalmente pertenecía a la herencia.

En octubre de 1947, Derleth adelantó copias notariales de estas disposiciones legales a Dorothy Mcllwraith, editora de *Weird Tales*, e hizo que los derechos de las obras de Lovecraft recayeran sobre él mismo y Donald Wandrei.

El fanatismo coleccionista de Barlow amainó tras la muerte de Lovecraft.

Posiblemente se dio cuenta de que no era capaz de asumir las responsabilidades de albacea literario con tan poca edad. Por entonces, Barlow entró en la University of Southern California, en Berkeley, y cada vez dispuso de menos tiempo para emprender la publicación de los escritos inéditos y dispersos de Lovecraft. Finalmente, dejó el asunto en manos de Derleth y Wandrei.

Después de graduarse a principios de los cuarenta, Barlow fue empleado en la universidad para trabajar en temas de arqueología en diferentes lugares de México; hacia 1944 (como él mismo escribió en una pequeña autobiografía inédita) empezó a sentir los primeros síntomas de una depresión que le hicieron acudir a un psiquiatra en busca de ayuda. Jamás volvió a salir del todo de semejante estado depresivo. En 1948 sufrió una crisis nerviosa. El 2 de enero de 1951, mientras trabajaba de nuevo en México, se suicidó. Tenía 33 años.

Este ensayo no pretende tener la última palabra sobre Derleth y los primeros años de vida de Arkham House. Las pequeñas viñetas que siguen a continuación sobre los diferentes autores completarán en cierta manera una historia fascinante que necesitará ser contada mucho más detalladamente en el futuro. Mientras tanto, es de esperar que ciertos historiadores y lectores con prejuicios encuentren en este libro un registro más imparcial de los sucesos que tuvieron lugar muchos años antes.

# HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT

# [1890-1937]

¿Qué misteriosa atracción ejerció la figura de H. P. Lovecraft sobre August Derleth, Donald Wandrei, Frank Belknap Long, E. Hoffman Price, Robert Bloch, C. L. Moore, Henry Kuttner, Clark Ashton Smith y otros jóvenes escritores aspirantes que empezaron su carrera literaria en *Weird Tales*? Se trata de un fenómeno literario difícil de entender y aún más complicado de explicar, especialmente al principio, cuando la reputación de Lovecraft, a finales de los años veinte, aún era nula.

Como miembro de la raza humana, Lovecraft poseía todos los títulos para ser etiquetado como un genuino chiflado. Poseía una personalidad esquizoide, era etnocéntrico hasta lo obsesivo y estaba lleno de teorías seudocientíficas acerca de la raza. Despreciaba a las «masas», como explica L. Sprague de Camp en su libro *Literary Swordmen and Sorcerers,* para Arkham House de 1976. Repudiaba la democracia y excusaba a Hitler y Mussolini.

Escribió: «… mi odio por los animales humanos se incrementa alocadamente cuanto más conozco de esa maldita sabandija», y sin embargo De Camp dice: «Todos sus amigos le describen como una de las personas más amables, generosas y desinteresadas que han conocido».

En abstracto», prosigue De Camp, «[Lovecraft] odiaba todas las etnias, especialmente a los judíos, latinos y eslavos: “enemigos amarillos y sin alma”, “retorcidas sanguijuelas de aspecto ratonesco del gueto”, “mestizos orientales con cara de rata y ojos diminutos”… junto con los negros, mexicanos, chinos y japoneses, que también formaban parte del conjunto. Cuando estuvo viviendo de alquiler solo en Brooklyn y descubrió que su vecino era sirio, reaccionó de la misma manera que si se hubiera encontrado una serpiente de cascabel en su bañera».

Sin embargo, daba buenos consejos literarios, concluye De Camp, que muchas veces él mismo no ponía en práctica. No enviaba sus cuentos a otra revista de ciencia ficción que no fuera *Weird Tales,* aun pagándole mejor, porque las consideraba demasiado «comerciales». Lovecraft llevaba la teoría de «el arte por el arte» hasta sus extremos. Era totalmente indiferente a los asuntos mundanos, como suele ocurrir con los que tienen una personalidad esquizoide. Tenía grandes dificultades para adaptarse a su entorno. Era tímido, recluido en sí mismo e hipersensible, y rechazaba el trato demasiado cercano y la competitividad que caracteriza a las relaciones humanas, excepto a través de su correspondencia. Cualquiera diría que llevaba sus ideas y estilo de vida sobrepasando un punto de excentricidad. Este retrato coincide un tanto con el de algunos otros autores que figuran en el libro, especialmente Clark Ashton Smith,

hombre desprovisto de ambición, y Robert E. Howard, que también era un personaje enormemente paranoico, con complejo de Edipo y tendencias suicidas.

No todos los escritores y artistas son completamente «normales», de acuerdo a los cánones de la sociedad, y las mentes más desarrolladas creativamente con frecuencia funcionan de manera un tanto extraña para el resto de nosotros, como en una cuarta dimensión, creo. Vincent Starrett se acercó mucho al describir a Lovecraft cuando escribió: «Él mismo era su más fantástica creación».

Sorprendentemente, a pesar de todo lo que sabemos acerca de este extraño individuo de Providence, Rhode Island, cada vez hay más personas interesadas por todo lo relacionado con Lovecraft. Los devotos de los Mitos de Cthulhu siguen escribiendo pastiches e imitaciones en un número cada vez mayor. Cualquiera puede encontrar docenas de páginas web dentro de Internet y grupos de chateo que tratan sobre las opiniones y conocimientos de Lovecraft. Y en las últimas dos décadas ha salido a la luz una nueva generación de estudiosos de la figura de Lovecraft, que ha producido biografías monumentales y un diluvio de estudios críticos que examinan con lupa cualquier palabra o pensamiento que Lovecraft pusiera por escrito. Tampoco debemos olvidar el ímprobo esfuerzo que se ha llevado a cabo durante al menos una docena de años: la transcripción de miles de las cartas de Lovecraft, escritas en una letra diminuta, para su posterior publicación.

¿Acaso los escritos de Lovecraft, y su propia vida, en realidad merecen semejante esfuerzo de investigación? No me importa dar una opinión acerca de los gustos literarios de otras personas, excepto para añadir que creo que la ficción de Lovecraft es algo que debe ser dejado para el disfrute de quien realmente obtenga placer en ella. Aún debo sentirme inspirado para, al menos, echar una cuidadosa mirada a todos sus cuentos. Los pocos que he leído poseen una fuerza innegable a la hora de describir el horror, mientras que otros son como malos sueños, o fragmentos de sucesos horripilantes que flotan en el limbo y no llevan a ninguna parte, como si Lovecraft intentara recordarlos tras una mala noche de indigestión. Desde un punto de vista estrictamente literario, los argumentos de Lovecraft no están siempre tan bien organizados y desarrollados como debieran. Sin embargo, con frecuencia contienen pasajes que hipnotizan al lector.

Aquí empiezan mis problemas con Lovecraft. Era un sujeto erudito y brillante que se había formado a sí mismo, pero su literatura primeriza es con frecuencia demasiado introspectiva para mi gusto ya que no hace gala de los valores de entretenimiento que busco para mis lecturas de ocio. Me resulta más atractiva en sus últimos años, a partir quizás de 1933 o 1934, cuando sus relatos empiezan a ser más largos y se pone más énfasis en la trama y menos en la típica imaginería introspectiva propia de Lovecraft.

La fama de Lovecraft en los años veinte tan sólo se debe a la escritura de varios artículos y relatos para las publicaciones de la prensa amateur, que tenían una circulación muy limitada. Los cuentos que publicó *Weird Tales* durante esa década

son una mezcolanza en la que se incluyen buenas y malas cosas. Algunas de sus primeras piezas publicadas en esa revista, después de que cambiara de formato mientras Edwin Baird ocupaba el sillón de director editorial, eran una especie de artículos fantasmas que aparecieron bajo el nombre del mago Harry Houdini.

Cuando Farnsworth Wright, escritor y crítico, se hizo cargo de los entresijos de la editorial en el verano de 1925, después de que la revista pasara a manos de otros dueños, las colaboraciones de Lovecraft comenzaron a ser más numerosas, llegando a aparecer dieciséis cuentos entre mayo de 1925 y abril de 1929, cuando se publicó «El horror de Dunwich». Después de aquello, no volvió a aparecer en la revista hasta el número de febrero / marzo de 1931. «El horror de Dunwich» era tan horrible por entonces que muchos lectores y grupos censores se quejaron a la revista. Wright tuvo tantos problemas con el asunto que se negó a revisar cualquier otro cuento de Lovecraft hasta pasados un año y medio, a pesar de las súplicas de sus colaboradores.

Todo esto nos lleva a la cuestión principal: qué era lo que hacía que tantos jóvenes escritores de ficción sobrenatural (y, en algunos casos, no tan jóvenes) se sintieran tan atraídos por la figura de Lovecraft. Desde luego no era a causa de su fama como literato. No tenía ninguna. Las primeras cartas de Lovecraft a Derleth eran simples respuestas a las preguntas que Derleth le hacía sobre ciertos libros que el hombre de Providence había mencionado en sus cuentos. Más adelante las cartas empezaron a tratar de los cuentos que cada uno escribía, de las ventas y rechazos de éstos por parte de las revistas, y de las críticas de libros y revistas que ambos leían.

Hacia 1927, cuando las fobias y prejuicios de Lovecraft comenzaron a reflejarse en su correspondencia, empezamos a darnos cuenta de su personalidad esquizoide. Es difícil saber si Derleth se dio cuenta de ello. La balanza no está equilibrada en la correspondencia que ha sobrevivido, ya que Lovecraft solía utilizar, por motivos económicos, la parte de atrás de las cartas para perfilar los primeros esbozos de sus manuscritos. Así que lo que nos ha quedado de su correspondencia con Derleth son 480 cartas de Lovecraft a Derleth en la Wisconsin State Historical Society, pero tan sólo 50 de Derleth a Lovecraft en la Biblioteca John Hay de la Brown University.

La impresión general que queda al revisar toda esta correspondencia es que Derleth parecía más interesado en la opinión de Lovecraft sobre su propio trabajo —como si lo utilizara de consejero sobre la literatura regional y la poesía que estaba escribiendo— y en estimularle para que le sugiriera nuevas tramas y le apartara de su estancamiento literario, pidiéndole que le dejara leer sus historias que luego intentaría enviar a Farnsworth Wright, el editor de *Weird Tales*. Las personalidades de ambos eran diametralmente opuestas. Derleth tenía grandes ambiciones literarias y trabajaba día y noche. Era realmente tenaz al respecto, y un trabajo rechazado le arruinaba el día. Derleth en seguida se dio cuenta de que Wright era voluble en sus decisiones, y pronto comenzó a dejar a un lado durante varios meses los relatos rechazados antes de volver a enviárselos; si en verdad creía que el juicio de Wright sobre el cuento no tenía sentido. Cuando Wright se tomaba el tiempo de explicar por qué había

rechazado un relato, entonces Derleth generalmente aceptaba las críticas y reescribía la historia. Pero muchas veces Derleth discutió largamente con Wright para que aceptara algunos de los cuentos de Lovecraft que él creía válidos.

Lovecraft era todo lo contrario. Se obsesionaba con los cuentos rechazados y aborrecía enviarlos a otros mercados. De hecho, odiaba escribir cualquier cosa con carácter comercial, argumentando que no era lícito ni caballeresco. En este asunto no mostraba ningún tipo de ambición y gastó la mayor parte de su tiempo libre escribiendo cartas. Era completamente ajeno a las realidades de la vida; incluso cuando se encontraba sin dinero, no le importaba que su tía, Mrs. Gamwell, le pagara el alquiler de su apartamento a pesar de la pequeña renta de la que ésta disponía.

Tampoco fue diferente el año que duró su absurdo matrimonio con Sonia Greene. Con frecuencia ella tenía que ir a trabajar lejos, a Cleveland por ejemplo, mientras él garabateaba en Brooklyn un material invendible. Cuando se acabó el dinero, Lovecraft vendió algunos muebles y libros. La única intentona que hizo por conseguir un trabajo temporal fue la lectura de un panfleto acerca de cómo encontrar uno. Podía hablar durante horas sobre la literatura del siglo XVIII, escribir cartas de 50 páginas llenas de su conocimiento arcano y sus prejuicios; pero nadie le habría contratado ni como simple escribiente. Era un verdadero extraño entre toda la humanidad a la que tanto decía despreciar.

Y sin embargo, a pesar de todos sus fallos, la influencia que Lovecraft ha ejercido en la literatura sobrenatural del siglo XX es en verdad profunda; por no decir única. Aunque no coincido con la opinión de los críticos en el sentido de que esta influencia es debida únicamente a sus escritos, sí lo hago en cambio con los que dicen que es debida gracias al estímulo que ejerció sobre los escritores jóvenes y *sus* propias aspiraciones literarias. Más de la mitad de los escritores presentes en esta antología deben a Lovecraft en alguna medida su éxito literario. Lo mismo se puede decir de muchos otros escritores que han publicado en Arkham House, y también de otros que lo hicieron en distintas editoriales.

¿Habría podido imaginarse Derleth que los treinta años de esfuerzos que empleó en publicar y mantener en prensa las obras de Lovecraft iban a suscitar semejante devoción y fanatismo? Lo dudo. Pues a la hora de su muerte aún hablaba de enviar su mensaje sobre un mundo indiferente. Sus mayores preocupaciones antes de caer enfermo por última vez eran recibir el tomo de *Selected Letters III* de la imprenta, encontrar el tiempo suficiente para escribir su largamente prometida biografía sobre H. P. Lovecraft y escribir el último volumen de su trilogía sobre Thoreau, *Annals of Walden West*.

Creo, sin embargo, que Derleth se hizo mucho más pragmático en sus juicios sobre su antiguo amigo, eligiendo concentrarse en la faceta de escritor de Lovecraft, y no en la de explorador de su extraña personalidad. Incluso es posible que retrasara todo lo posible su anunciada biografía para intentar ser lo más objetivo posible, como lo había sido en sus biografías de Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau,

cuyos escritos influyeron en su filosofía personal, su poesía y sus libros periódicos sobre ese pequeño lugar del Medio Oeste que él llamaba Sac Prairie.

Desde su muerte, Derleth ha sido criticado en repetidas ocasiones por los pastiches que realizó de los cuentos de Lovecraft. A este respecto, voy a finalizar citando un párrafo de Stefan Dziemianowicz sobre el perfil de Derleth en su *St. James Guide to Horror, Ghost & Gothic Writers*.

«Los cuentos de Derleth sobre los Mitos de Cthulhu y sus colaboraciones póstumas ayudaron a mantener el interés por la obra de Lovecraft en un tiempo en el que su trabajo era muy poco conocido, y a crear una plantilla que sería utilizada por un número considerable de nuevos escritores, entre los que se encuentran Ramsey Campbell y Brian Lumley, al centrar sus historias en el universo lovecraftiano. Desafortunadamente, su notoriedad eclipsó el interés por la ficción no lovecraftiana de Derleth de los años cuarenta, periodo en el que escribió sus mejores cuentos sobrenaturales… Es bien sabido que gran parte de la obra que Derleth sacó a la luz después de 1939 estaba hecha para conseguir dinero con vistas a la realización de su programa editorial. En la medida en que sus historias ayudaron a subvencionar Arkham House y a asegurar su continuidad, en esa misma medida sus cuentos se encuentran entre los más infravalorados de la literatura sobrenatural del siglo XX».

# EXTRACTOS DE LAS CARTAS DE H. P. LOVECRAFT A AUGUST DERLETH

## H. P. LOVECRAFT

[August Derleth comenzó a intercambiar una enorme correspondencia con H. P. Lovecraft a partir del 3 de agosto de 1926. Duró hasta el 17 de febrero de 1937. Durante esos 11 años intercambiaron unas mil cartas. Casi todas las escritas por HPL aún perduran, pero tan sólo quedan 50 de las de Derleth, ya que Lovecraft era poco cuidadoso en conservar las cartas que recibía. Con frecuencia utilizaba la parte de atrás para enviar su contestación o para escribir los bosquejos de sus cuentos. El número de cartas comenzó a disminuir después de 1935. La salud de HPL comenzaba a resentirse, se quejaba de ataques periódicos de gripe y a veces hay lapsos de varios meses entre carta y carta. El propio Derleth estaba ocupado con sus hercúleos compromisos literarios: columnas en periódicos y revistas, cuentos y la primera novela histórica de una larga serie para el editor Charles Scribner & Sons. Los siguientes extractos de las primeras cartas de HPL fueron entresacados de varias copias seleccionadas por S. T. Joshi y David E. Schultz. Es incierto que estas cartas completas vean la luz algún día debido al poco interés que despierta la correspondencia literaria. Son fascinantes y de gran importancia histórica y biográfica. No he seguido ningún criterio especial de selección. He recogido algunos de los pasajes que me parecieron más interesantes cuando los leí. La mayoría contienen consejos sobre los relatos que Derleth estaba escribiendo. Otras dejan entrever el trabajo que el propio HPL estaba llevando a cabo en esos momentos, acompañado de comentarios ocasionales sobre la obra de otros colaboradores de *Weird Tales*, todo ello salpicado con las observaciones excéntricas sobre política y sociedad de Lovecraft. Puede advertirse que no se ha hecho ningún esfuerzo por modificar el estilo literario pasado de moda de HPL].

*3 de agosto de 1926*

«Como asiduo seguidor de *Weird Tales*… he visto muchos de sus cuentos en la revista, y admiro la atmósfera de genuino terror y miedo que los pueblan. Espero que usted, al igual que Mr. [H. Warner] Munn, permanezcan devotos al ideal fantasmagórico, y traigan los frutos de su técnica en expansión y de su práctica cada vez mayor. Lo sobrenatural siempre me ha fascinado prodigiosamente».

*9 de agosto de 1926*

«Me alegro de que piense que mi obra merece leerse, y espero que continúe haciéndolo. [Farnsworth] Wright favorece a aquellos que emplean un estilo más prosaico, aunque yo tengo especial predilección por el tono de Dunsany. Lo poco que he escrito con motivos comerciales no ha sido para *Weird Tales*, y siempre ha sido miserablemente insatisfactorio para mí. Espero con interés su "Night Rider"… en enero aparecerá en su totalidad "El horror en Red Hook", en el cual me desahogo de esa ciudad más que desagradable llamada Nueva York y de las conexiones con lo que aparecía en el cuento "Él". Wright ha rechazado mi último relato, "Aire frío", aunque de verdad pienso que no es tan malo como muchos otros que sí ha admitido».

*13 de agosto de 1926*

«En cuanto a lo de los cuentos rechazados debido a su autor, me parece que, aparentemente, es un fenómeno bastante frecuente. Los patrones comerciales tienen fases y requiebros incomprensibles para el artista, y los ojos del editor están pendientes de ciertos puntos que el autor jamás imaginaria. La aceptación o el rechazo, está claro, no tiene nada que ver con el valor de la obra. Mi cuento de próxima aparición, "Red Hook", es uno de los más pobres y malos que he hecho nunca, y además tiene toques melodramáticos de mal gusto; pero Wright lo aceptó con la misma rapidez con la que me devolvió "La ciudad sin nombre", una fantasía arqueológica de la cual me siento más que orgulloso».

*11 de octubre de 1926*

«He estado demasiado ocupado con un trabajo de revisión especial como para poder leer el último número de *Weird Tales*, pero el joven [Frank Belknap] Long me enseñó "The Dog Eared God" en *MS* [*Mystery Stories*] varios meses atrás. No es de los mejores, pero tampoco de los peores. La ficción tan sólo es para él una forma de hacer dinero —es un poeta y asceta—, y ha puesto toda su alma en el pequeño volumen de versos que ha editado (gracias a la dote de una de sus tías) el invierno pasado. Es un buen chico, todos lo dicen, y seguro que despuntará literariamente tarde o temprano…

»Sus cambios en el currículo [sobre la Universidad de Wisconsin] están sin duda bien pensados, y me alegro de que tome clases de inglés superior. He sabido, por medio de Victor E. Bacon, que sólo tiene diecisiete años, cosa que me parece muy admirable que asista a la universidad y escriba tan buenas historias a esa temprana edad. ¡Estoy seguro de que no tendrá que esperar mucho antes de empezar a obtener

resultados impresionantes!».

*19 de octubre de 1926*

«No me sorprende que prefiera Sauk City a Madison, pues yo también me siento orgulloso de la atmósfera de los lugares más pequeños; de hecho, no puedo imaginar nada más delicioso en toda América que uno de esos pintorescos puertos coloniales de la costa de Nueva Inglaterra, que han estado soñando durante más de un siglo. Si no estuviera atado a Providence por nacimiento y residencia, me gustaría vivir en la antigua Marblehead, Mass. Lamento el crecimiento que está experimentando mi ciudad y que ya alcanza la estatura de una metrópoli de tamaño medio… y sin duda prefería la ciudad provinciana y pequeña que era en mi juventud… Lo que adoro son las antigüedades, las viejas casas de antes de la Revolución y las pintorescas callejuelas que se retuercen encaramadas a la vieja colina que se eleva sobre el río (o al comienzo de la Bahía del Narragansett). Las antigüedades, ése es mi verdadero *hobby*, y me gasto absolutamente todo lo poco que soy capaz de sacar en viajes a las viejas ciudades coloniales como Boston, Filadelfia, Newport, Bristol, Concord, Salem, Marblehead, Newburyport, Portsmouth y compañía, para dejarme absorber por su atmósfera y su arquitectura. Providence, sin embargo, también posee partes tan pintorescas como cualquiera de esos lugares, y tan sólo espero que la mano devastadora del moderno "progreso" no las arruine por completo antes de mi muerte.

»He leído "The Mill W/heel" con mucho interés, y aconsejaría su reelaboración poniendo más énfasis en la *atmósfera*. Tome de ejemplo a Machen antes que a Blackwood; Blackwood no tiene ningún estilo excepto accidentalmente de cuando en cuando, y algunas veces fracasa estrepitosamente. No haga tanta referencia a los sucesos inmediatos como al escenario sobrenatural, el horror latente acecha justo en el límite de lo conocido. Deje que la "gente pequeña" se insinúe apenas entre susurros furtivos y bruscos, y condúzcalo todo hacia la momentánea aparición de la cara del troll maligno gracias a una cuidadosa secuencia de escenas. Lo principal que debe evitar es incurrir en un tono brusco y como de cosa-ya-sabida. Esto es lo que ha arruinado muchas de las primeras obras góticas y hace que *El castillo de Otranto* sea más bien gracioso que terrorífico».

*11 de diciembre de 1926*

«Le estoy muy agradecido por los tres cuentos que me ha mandado, y los considero realmente buenos en sus propios temas. "The Grotto" es un poema en prosa de indudable mérito y muy conmovedor, y revela un dominio del lenguaje que habla muy bien del desarrollo de su estilo. "The Piece of Parchment" mantiene el interés

muy bien, pero carece de una trama más urdida. Por ejemplo, la existencia y desaparición de la sobrina Allegra no tiene, a mi modo de ver, ninguna relación con la trama en general, y en un cuento corto cualquier detalle debe ser un factor para la construcción del clímax. También se puede decir que el desenlace no es demasiado sorprendente, ni está lo suficientemente desarrollado como para que la mente del lector se sorprenda o sienta que algo inesperado tiene lugar. Pero el relato es excelente y el suceso de la *cera* particularmente potente… "The Pacer" es el mejor de los tres en cuanto a la *historia*, su atmósfera está llena de pavor y suspense. La idea es espléndida y todo lo que podría sugerir sería un pequeño toque hacia el final, la inclusión de algo espeluznante en la última línea».

*25 de enero de 1927*

«No se equivoca al usar la obra de [Oscar] Wilde como modelo a seguir. Su estilo está muy cerca de la perfección, y se adapta admirablemente a la literatura fantástica e imaginativa. El único motivo por el que no se le emplaza en el rango de genio es simplemente porque no tiene la primera clase de visión y concepción que "apoye" su estilo; pero ello no merma en absoluto la calidad de éste. "Dorian Gray" es sin duda una trascripción de la propia vida mental de Wilde… pero no de su aspecto externo, ya que él era más bien grueso y basto, y con la edad llegó a ser repulsivamente gordo y fofo, y como de aspecto grasiento… Esta deplorable apariencia de Wilde fue el resultado de algún tipo de enfermedad hereditaria o de una mala educación en su niñez, y a lo mejor la represión también tuvo parte de culpa. Aunque otros han sufrido el mismo tipo de represión sin resultados tan repelentes. Sus genes tampoco ayudaron. Su padre era un famoso, viejo y gordo réprobo, y su madre una afectada criatura romántica e inocentemente tonta. Era una mala combinación y el pobre Oscar cosechó los frutos. Su hermano William tenía un carácter exasperante y agrio; era un periodista de poco nombre y con escaso genio».

*2 de abril de 1927*

«Long admite sin tapujos que "Los sauces" y "El Wendigo" son dos grandes cuentos —de los mejores dentro de la literatura de terror—, aunque no le interesa la obra de Blackwood en su conjunto. Poco discutimos ambos sobre la figura de Blackwood, pues a pesar de sus últimos traspiés, de su ocasional necedad y afán didáctico, y de su exagerada producción, aún le considero uno de los mejores escritores de literatura fantástica de toda la literatura. Posee una visión y un entendimiento especial para describir las sensaciones humanas frente a lo irreal que no he podido hallar en ningún otro escritor, así que puedo llegar a perdonarle esa otra

gran cantidad de obras aburridas y malas… ¡Por Dios! ¡Si sólo ha leído cuatro cuentos de Bierce, aún le queda por delante el disfrute del mayor placer de su vida!».

*23 de abril de 1927*

«No, no he leído “The Sun Also Rises”, en parte porque he cesado en la búsqueda de nuevos libros, ya que mis intereses se encaminan cada vez más hacia las antigüedades. Pero puedo hacerme una idea de los personajes, puesto que en los últimos tiempos la literatura se rige por unos patrones fijos. Es una especie de patrón aburrido que me cansa, como un rebaño de ovejas idéntico a gran escala. Es muy difícil reflejar unos diálogos convincentes, y si el autor ha sido capaz de conseguirlo merece gran crédito. Lo cual me hace recordar que usted parece estar desarrollando por sí mismo el elemento del diálogo de una manera muy certera. Pocas veces uso esta forma de presentación en mis historias, ya que mis cuentos están concebidos con extrema objetividad e imparcialidad».

*22 de mayo de 1927*

«“Rebirth” es en verdad un relato espléndido, y quizás es de los mejores que ha hecho hasta ahora. Está bien desarrollado, el comienzo es bueno y los diálogos son la mayor parte del tiempo fáciles y vigorosos, incluso a pesar de estar impregnados aquí y allá con retazos de la década de los 90 [1890 en adelante]. El final es al mismo tiempo dramático y lógico, y todo el cuento posee una convincente unidad de escena, acción y clase que podríamos llamar atmósfera. El lenguaje va ganando en firmeza, aunque en algunos sitios ciertos pasajes se pueden mejorar aplicándoles una o dos correcciones de técnica, y en ésa, al final de la cuarta página, donde dice “el cambio que él mismo podía ofrecer sólo era un flojo diagnóstico”. Ese final de frase es torpe y debe ser cambiado… El único fallo destacable que podemos argumentar es una especie de estilo como de sala de conferencias en algunas partes, que se evidencia al intentar ser lo más científico posible… Deje que la historia se cuente a sí misma tanto como pueda».

*1 de octubre de 1927*

«El cuento “Red Brain” de [Donald] Wandrei es un excelente ejemplo de su producción media. Es un joven realmente notable, un poeta y fantasista de primer orden, a pesar de contar tan sólo 19 años de edad. Este otoño comienza su último curso en la U. de Minnesota. ¿Por qué no le manda unas líneas? Estoy seguro de que estará muy contento de oír hablar de usted, y el estímulo siempre anima a los

principiantes… Por cierto, Frank B. Long acaba de terminar una pequeña novela corta en la que *yo* soy el héroe [“The Space-Eaters”, *WT* 1/29]. En su relato mis historias monstruosas y blasfemas atraen a unas *cosas* innombrables y sin forma que vienen del espacio exterior y que me dejan como un cuerpo ennegrecido y deformado sobre el piso de mi habitación».

*8 de octubre de 1927*

«En cuanto a conciertos, me temo que no puedo aconsejarle, ya que la música no ocupa un lugar preferente en mi desarrollo estético. No tengo ningún tipo de gusto y no creo que tenga el suficiente valor como para pretenderlo. No quiero decir que no me guste silbar una melodía famosa, ¡pero sí que mi apego emocional por la música es tan profundo como el del típico chico de los recados por la literatura representada en el *Nick Carter Weekly*!».

*4 de noviembre de 1927*

«¡Por todos los cielos! ¡Qué semana de trabajo! ¡Y me echaba en cara mi poca productividad hace tan sólo una semana! Ya le dije que esta clase de cosas son intermitentes y que no hay que preocuparse cuando llegan los periodos de aridez. Estos periodos son incluso útiles, ya que le permiten a uno el solaz de la lectura. Es una lástima que muchas veces el incesante trabajo de escritura evite la propia expansión de la mente y los estudios, como le sucede a un avejentado trabajador que conozco. La aceptación por parte de Wright de tres de las cinco historias es una verdadera suerte, y le animo a que siga desarrollando esas dotes empresariales aunque no se adecuen mucho a la estética de la vida. Confío en que su trabajo más serio tendrá el mismo éxito, aunque no me siento inclinado a interesarme por el manido “asunto del sexo”, cuya abundante presencia literaria actual más me parece una fase cultural en decadencia basada en la confusión que atraviesa el arte y su mezcla con la filosofía, biología, sociología y medicina. No me interesa la “intelectualidad”, de hecho, jamás he sido capaz de sentirme a gusto en una de esas asambleas de miembros sin sentir una mezcla de desagrado y diversión que no ayuda nada a profundizar o cultivar sus gustos. En realidad creo que este grupo de gritones y semiconscientes “rebeldes” e “intelectuales” son esencialmente un reducido conjunto de, en mayor o menor medida, mentes ligeramente degeneradas e histéricas —al decir de los patólogos— rodeados por un grupo mucho más numeroso y gris de seguidores sin personalidad que, al no poseer sus propios ideales, se dejan arrastrar por el reflejo romántico de sus trastornados líderes… de la misma manera que se sentirían arrastrados por el reflejo brillante de los espíritus cívicos y de los promotores

empresariales si hubiese dado la casualidad de que éstos cayeran bajo su influencia, y no bajo la de la “intelectualidad”».

*Septiembre de 1928*

«“Death in the Crypt” suena realmente interesante y espero poder echarle un vistazo cuanto antes. Por fin he enviado “El horror de Dunwich” a Wright, y estoy esperando —sin excesivo suspense ni nerviosismo— su contestación. Tan pronto como me devuelvan el manuscrito se lo enviaré; pero ¡vaya cheque podrían hacerme ganar esas 48 páginas si milagrosamente las aceptaran! Su opinión sobre Wright es muy aclaradora. En cuanto a mí, un abstemio que jamás ha probado el alcohol, me siento inclinado a desenterrar uno de esos locales de contrabando (¡y bien sabe Dios que el barrio italiano de Providence es una miniatura del Chicago abarrotado de sirenas, peleas de bandas rivales y estafas!) y enviarle al Hermano Farnsworth una caja entera. ¡O —cuidado—, a lo mejor son los periodos secos y sobrios los de los intervalos lúcidos! Actualmente, Wright tiene grandes posibilidades de combatir la enfermedad. Me ha contado su problema —una especie de parálisis degenerativa llamada “enfermedad de Parkinson”, la cual no tiene una causa conocida, pero que amenaza con dejar inservible en el futuro su mano derecha—. Un amigo médico suyo cree que se podrá curar en los próximos cinco años, pero Wright (que pasa de los cuarenta) es bastante pesimista y aprensivo. Espero que pueda superarlo, pues realmente es una persona admirable, consciente y honorable, a pesar de sus limitaciones a la hora de hacer juicios críticos».

*5 de octubre de 1928*

«Mala suerte con “The Pacer”, pero me parece bien que no lo cambie para complacer a Wright. Nunca compensa mezclar ideas, salvo las de uno mismo. Los consejos están muy bien cuando tienes la capacidad de sopesarlos y aceptar aquellos que realmente crees que son los adecuados, pero no haga caso de ninguna otra sugerencia si tiene la sensación de que su versión original es la correcta. Me apuesto lo que sea a que Wright aceptará “The Pacer” tarde o temprano. Así es él. Por casualidad, acaba de aceptar mi “Horror de Dunwich” por 240 dólares, que es la cantidad más alta que he conseguido por cualquiera de mis cuentos. El manuscrito ocupaba 48 páginas, sin paja, pues se trata de una historia que debe ir desgranándose poco a poco.

En cuanto a la prohibición, estoy empezando a dudar de su importancia, aunque al principio era un defensor entusiasta. Sería estupendo que existiera algo para librarse completamente del alcohol, pero el asunto es si las medidas tomadas han causado

más beneficios que los daños generados por las mismas. Sin embargo, apoyo a Hoover, creo que es un hombre capaz, y que los Republicanos representan los más básicos principios gubernamentales. Mi *interés* real por la política es prácticamente nulo».

*12 de octubre de 1928*

«Estoy feliz al saber de su éxito en la nueva revista, y espero que siga colaborando en ella. Su versatilidad le hará ganar dinero, ya que el mercado de las historias de detectives es muy amplio y mucho más necesitado de manuscritos que el de la literatura sobrenatural. En cuanto logre granjearse las simpatías de varios editores, estará en condiciones de recibir un buen montón de cheques. Sí, he oído que se paga muy bien, pero creo que se necesita una cierta destreza, una especie de comprensión de la sicología del estrato más bajo de los sabuesos periodísticos, que los autores normales no suelen tener. Jamás lo he intentado, pero si fuera capaz de conseguir 1.000 dólares por cada cuento, confieso que describiría cualquier crimen de la manera más sensacionalista posible. ¡Por Dios! ¡Suponga que el mundo sabe lo que hay enterrado bajo cierta casa antigua que yo habité hace un tiempo! Por la noche… *eso* empieza a golpear… a golpear… Pero no, ¡supongo que a nadie le interesa el toque sobrenatural!

»Espero que las revistas le salven de la pedagogía [parece ser que Derleth, durante sus primeros años en la Universidad de Wisconsin, iba a dedicarse a la enseñanza], aunque un buen salario fijo es algo que te hace pensar, ¡a mí también me gustaría uno! Creo que se le daría muy bien lo de Oxford, lo asimila todo con capacidad enciclopédica, y la experiencia no se debe desdeñar. Muchos en mi familia estudiaron en Oxford, el último por línea directa fue mi tatarabuelo por parte materna de mi padre. Por mi parte, no me importaría haber estado en Oxford —como anticuario—, por no decir del resto de Nueva Inglaterra. También espero poder ir a Londres algún día, si no acabo en alguna casa para pobres.

»En cuanto a los asuntos de la política, no me siento atraído por las multitudes más jóvenes. Estoy más interesado en salvaguardar los últimos 300 años de la cultura americana que en probar cualquier otro experimento de “justicia social”. Desde mi punto de vista [Clark Ashton] Smith es un exponente directo de la nueva clase de inmigrante; las decadentes y no asimilables hordas del sur y este de Europa cuya presencia en tan alto número es una amenaza enorme y directa al crecimiento estable de la América Nórdica que conocemos. Es posible que a algunas personas les guste la idea de mezclar América de la misma manera que ocurrió en la decadencia del Imperio Romano, pero en cuanto a mí, prefiero morir en la misma América que conocí desde que vine al mundo. Además, estoy en contra de cualquier candidato que hable de dejar los mostradores de los bares en manos de achaparrados italianos

sureños, ruso-mongoloides con cara de rata, judíos polacos, ¡y toda esa maldita escoria! Usted, en el Medio Oeste, no puede concebir el *alcance* de esta amenaza. Debería ver toda la chusma que pulula por una típica ciudad del este; gente cetrina, de fisonomías aberrantes y gestos y lenguas chapurreadas producto de instintos extranjeros».

*12 de enero de 1929*

«El último *WT* está, en general, un poco por debajo de su nivel habitual, que tampoco es nada del otro mundo. Como usted señala, la manía de sacar damas semidesnudas en el departamento de "arte" se ha convertido en una molestia absoluta, especialmente cuando la imagen se publica como acompañamiento a un texto que requiere otra cosa. ¡Recordará que [Hugh] Rankin dibujó unas damiselas de grandes pechos en lugar de mi orgía *masculina* en el pantano de Luisiana en el que se desarrollaba la escena de "Cthulhu"! Supongo que Wright considera que este hábito incrementa las ventas. Edmond Hamilton se repite peligrosamente, me cuesta mucho interesarme por sus historias tan mecánicas y convencionales sobre "ladrones estelares". [Seabury] Quinn comienza a ser una lata, pero rentable, sin duda. Lo peor es que él mismo debe de *saberlo*, ya que es un hombre inteligente, cultivado y de amplios conocimientos, con una mente aguda, cuando decide ejercitarla».

*1 de abril de 1929*

«En verdad ha conseguido al fin obtener una "paga sucia" y ponerse por delante económicamente del resto de nuestros camaradas. Me gustaría poder hacerlo, pero me temo que no poseo ese don. He intentado muchas veces hacer una trama de literatura popular, pero parece que nunca lo consigo… Usted se las apaña muy bien para mantenerse ocupado: cuentos, artículos escolares y "Spring Death". Me siento particularmente interesado en la última parte que tiene que ver con la atmósfera de las casas y ciudades.

»… En verdad son buenas noticias sobre [M.P.] Shiel; me encanta releer "The Pale Ape" o "The Purple Cloud" cuando se presenta la ocasión. Espero que las nuevas historias sean tan buenas como las primeras; con frecuencia estos autores veteranos bajan la guardia y se vuelven insípidos. Shiel es un sujeto curiosamente desigual, sus mejores obras son maravillosas, las peores son igualmente maravillosas, ¡pero en el sentido opuesto! Creo que ha fabricado el detective más extravagante y necio de toda la literatura policíaca: Cummings King Monk. Alguien dijo de Shiel que se rumoreaba que tenía una gota de sangre negra, aunque se le cree de origen irlandés. Esa gota, creo, se supone que le viene de un antepasado indio occidental».

*5 de junio de 1929*

«… “The Wind” es espléndido, de entre sus mejores obras. Aunque el desenlace no es nuevo, el estilo y los incidentes relatados seguramente suplen con creces la originalidad que se le puede echar en falta. Las referencias de esos sones cósmicos —la Música de las Esferas— son muy efectivas, y realmente no puedo sugerirle ninguna mejora. La atmósfera es adecuada y embrujadora —del tipo que más llega a conmoverme— y el estilo es desacostumbradamente bueno, directo, simple y, sin embargo, provisto de una prosa amable y delicada que probablemente caracterizará a su obra futura cuando su escritura alcance la madurez. “Old Hanson” también es excelente. A pesar de servirse de un patrón de historia típica de fantasmas que usted suele usar con frecuencia, muestra una sincera atmósfera familiar que le da fuerza. Sin duda, su trabajo ha mejorado notablemente durante el último año. Tiene más sustancia y convicción, y se está desprendiendo con rapidez de esa temprana *precipitación* y falsa confianza que hacía que sus viejos cuentos parecieran mecánicos y un poco superficiales. “He Shall Come” emplea con dramatismo y efectividad el tema del diablo, y no desmerece de otros cuentos sobre temas diabólicos que recuerdo. No hay dudas sobre la identidad del extranjero, desde luego, ya que la descripción meridiana de la huella de pezuña deja *pocas* dudas al lector capaz de entender entre líneas. Yo me inclinaría más por *insinuar* que por *asegurar* la impronta de la pezuña, pues creo que sería mejor que el fenómeno quedara como algo misteriosamente *indefinido* que incluso el sacerdote sólo sintiera una *horrible sospecha*. Yo le daría a toda la historia un aire de fantasía y nebulosidad mística, armonizando con lo convencional y teológicamente prosaico, incluso con lo extravagante y grotesco; p. ej., la ascensión y desvanecimiento físico de Su Satánica Majestad en el cielo. Esa escena ascendente tiene un toque de la extravagancia gótica propia de los ingenuos escritores de horror de antaño, como cuando Walpole en “Otranto” describe la figura aumentada del bueno de Alonso disparada hacia el regazo de San Nicolás en mitad de la correspondiente y apropiada tormenta. Haga que la desaparición del demonio sea más sutil, más como una especie de *evaporación*… Hay muchas posibilidades y efectos dramáticos que se pueden aplicar, puede haber extraños cambios y deformaciones (o sugerencias de cambios) como en la muerte de Helen Vaughn en el cuento “El gran Dios Pan” de Arthur Machen.

»Ahora mismo estoy enfrentado a un detestable trabajo de revisión para el viejo [Adolphe] De Castro —el satélite y biógrafo de [Ambrose] Bierce—, ¡que ha hecho imposible mi retraso al pagar por adelantado! Considéreme, pues, perdido en el caos y la desgracia durante las dos siguientes semanas. Es como lo que le hice entre 1927-1928, arreglar una basura literaria que escribió en 1893».

*20 de julio de 1929*

«He leído sus dos nuevas obras con gran interés, y pienso que “Evening in Spring” es un trabajo vívido y notable. Como amante del cielo, he disfrutado de la parte astronómica con especial placer y espero que coteje los hechos descritos con precisión, en cuanto a la hora y estación del año. ¿Se ha percatado alguna vez de un halo *verdoso* alrededor de Venus? Admito que yo no, y si hay alguna referencia escrita en los textos comunes debo reconocer que lo he olvidado. Además, confío en que se dé cuenta de que los dos *Mirlos* y las dos *Osas* son la *misma cosa*, así que no debe referirse a ellas de las dos maneras. También supongo que sabrá que las Pléyades son agrupaciones de estrellas *otoñales* y que no se elevan en el cielo de verano hasta la medianoche o después. Y más aún, Betelgeuse es desde luego una brillante estrella de *invierno*, que no aparece hasta casi la aurora durante el periodo estival como su relato sugiere. Lo mejor es que se asegure de sus estrellas usando un planisferio de dos caras, si tiene alguno a mano».

*Agosto de 1929*

«Es difícil saber con exactitud qué es lo que necesita “Those Who Seek”, aunque a lo mejor el término “estiramiento general” no sería del todo inadecuado. Tensión, una *atmósfera* más trabajada desde el mismo principio, un tono menos alegre y normal, *menos conversación*. Que la reputación de abadía maligna esté *descrito* más vagamente. Hacer que el sueño de Phillip sea menos específico y *definido*, y también la parte en la que se sitúa la aparición de la Cosa negro-verdosa. No permita que Phillip oiga el canto después de levantarse ni tampoco que vea nada a través de la abertura. Tan sólo la negrura, el hedor y un *aullido* final que le haga huir alocadamente y perder su cordura. *Ése es el verdadero clima de acción*, así que intente conducir todo el entramado subsiguiente hasta el límite. Mantenga la escena de cómo se encontró el cuerpo de Arnseley. También la descripción del incidente. Es especialmente buena. Haga que el comentario de Fr. Richard sea *muy breve* y un poco atemorizado. Deje que sea él quien hable primero del monstruo, luego Phillips, y de esta manera se llegue a reconocerlo. El último párrafo es excelente, la duda sobre quién ha puesto la inscripción. En cuanto a “Bascom Hall”, haga que los incidentes sean precedidos por la llegada al campus de una extraña figura, un hombre pálido, de aspecto enfermizo y gafas, que camina como un autómata y pide (con una voz de lobo, curiosamente hueca, profunda y gelatinosa) permiso para inspeccionar el laboratorio y los cuerpos almacenados para su posterior disección. Dice ser un cirujano especializado en ciertos campos de la anatomía y, desde luego, sus

conocimientos quirúrgicos son enormes; pero resulta nauseabundo a los que le rodean y les inspira una inexplicable sensación de terror. Un estudiante (el joven Valens) piensa que guarda un curioso parecido con un famoso médico que murió 50 o 70 años antes, y que en vida era un devoto de ciertas teorías extrañas acerca de la unión entre el cuerpo y el alma. Se halla presente cuando Jones comete la torpeza de diseccionar y quitar la lengua sin necesidad de uno de los cuerpos, mientras echa una mirada maligna al joven que pocos podrían olvidar. Desde luego, se trata de un *hombre muerto*, el místico médico fallecido tiempo atrás, aún de una pieza y animado gracias a artes extrañas, que intenta vencer a la muerte por medio de las disecciones y demás. Mencione ciertos hechos inadecuados cometidos en laboratorios que cayeron en manos de la prensa, de manera que fechen la llegada a América de la Cosa Muerta. Haga que se le tienda una *trampa* a Jones en Bascom Hall… el cuerpo roba su cuaderno y falsifica deliberadamente una nota imitando la escritura de un amigo, diciéndole que puede encontrar el libro en la fatídica habitación. Haga que la escena de la lectura sea ligeramente más sutil. No describa con tanta claridad el texto de la lectura. Fabrique un velo neblinoso y de progresivo terror sobre el desarrollo de la acción. En este punto anteponga la *atmósfera* a todo lo demás. *Insinúe* en vez de *asegurar*. Cuando se encuentre a Jones, *haga que su lengua no aparezca por ningún sitio*. Asuma que se la ha cortado al morderse durante la lucha, pero deje bien claro que *la naturaleza tan limpia del corte* es más que extraña. También podría encontrar algo en su mano, fuertemente cogido por la rigidez de la muerte. La mano y la muñeca de un esqueleto, presumiblemente algún espécimen médico que ha estado usando, pero que los expertos dicen que es *muy viejo*. ¡Bueno, eso es todo! Espero que mis comentarios le sirvan de algo».

*26 de septiembre de 1929*

«Últimamente me siento bastante insatisfecho con mis productos, especialmente los primeros, así que al menos me siento feliz al saber que Wright ha desechado la idea del libro. Mi obra tiene un estilo de melodrama barato, extravagante, florido y pretencioso, que necesita un buen planchado, aunque está un poco mejor a partir del periodo en el que escribí “Hypnos” y “El Sabueso”. Sin embargo, aún estoy lejos del orgullo de los 30 artículos que residen en los libros frente a mí. Aún no sé si seré capaz de producir algo mejor, o si el intento de civilizar mi estilo redundará en una pérdida del contenido imaginativo. Pero, en cualquier caso, el trabajo de revisión que tanto odio también ha tenido su lado positivo, ya que me ha hecho ganar poco a poco un punto de vista crítico que, naturalmente, también aplico a mi propia obra, de la misma manera que a la de los demás. ¡Ahora necesito algo de tiempo para producir alguna tontería basada en ese nuevo punto de vista!».

*6 de octubre de 1929*

«Sí, el regreso de Wandrei a St. Paul ha sido bastante súbito, y supongo que eso anula el viaje a Providence que tanto deseaba. Pero me imagino que es lo mejor para él. El hogar es algo ideal para cualquiera que desee desarrollar su personalidad, y Nueva York no es un lugar adecuado para el hombre blanco. La metrópoli es una disonancia chillona y agitada de magnitud y prisas sin sentido, híbrida y extraña, sin raíces históricas ni tradición. Es una isla emocional y estética, una isla desierta en medio del camino. El hombre pertenece a donde tiene sus raíces, donde el paisaje y el medio tienen alguna relación con sus pensamientos y sus sentidos, por virtud de haberlos formado allí. Una verdadera civilización reconoce este hecho, y el caso es que América está empezando a olvidarlo, mucho más que el simple hecho de convertirse en un sitio lleno de inhibiciones burguesas y pensamientos únicos, que me convencen de que la fábrica general americana es cada vez menos una verdadera civilización y más un vasto, mecánico y emocionalmente inmaduro barbarismo de lujo. Pero aún queda buena parte de la antigua atmósfera y debemos disfrutarla mientras dure. Providence es mi lugar, y St. Paul lo es para Wandrei. No está mal ser Ulises de vez en cuando, pero todo Ulises debe tener su Ítaca».

*8 de noviembre de 1929*

«En cuanto a la escritura mecánica de cuentos ingeniosos, pues puede estar bien para aquellos que les gusten, pero a mí no me causan más interés que los engañabobos de los malabaristas del vodevil; aunque, por supuesto, ¡también hay muchos a los que les encantan los malabarismos del vodevil! Prefiero el arte, algo que es mitad reflejo de la realidad (ya sea objetiva o subjetiva) y mitad emanación de la propia personalidad del artista. ¡El cuento “Los sauces” es un vagón de acompañamiento de “La zarpa del mono”! Sobre sus poemas, si usted no los defiende, ¿quién lo va a hacer? Sus trabajos siempre poseen un afilado sentido poético, y aún es demasiado pronto para saber cómo se reflejará esta facultad en su última expresión. Los rechazos no quieren decir nada.

El otro día Belknap tuvo una visita que a usted le habría divertido mucho, un personaje jactancioso, tosco y grueso que decía ser amigo de Wright, Henneberger, Vincent Starrett y todos los demás de *WT* Asegura que Wright saca 800.000 dólares al año de la revista y que se excusa con cinismo de pagar tan mal a los autores diciendo: “¿Por qué pagarles más? ¡No venderían semejantes historias en ninguna otra parte!”. Este adiposo sujeto empezó después a alardear de que él conseguía 15.000 al año “escribiendo para las revistas *pulp*” —es decir, las revistas más baratas cuyo papel es una pasta de madera mal acabada— y que despreciaba a los artistas o literatos, o a cualquiera que no trabajara con la intención de hacer dinero. Se quedó

en casa de Long hasta las 4 de la madrugada, hablando sin cesar; ¡Belknap dice que aún no se ha recuperado por completo! Así son los típicos plutócratas de la literatura».

# CLARK ASHTON SMITH

# [1893-1961]

August Derleth le dijo una vez a Mary Elizabeth Counselman que escribir literatura sobrenatural no era una «profesión» sino un «culto». Para H. P. Lovecraft, Clark Ashton Smith y otros, escribir literatura sobrenatural *sí era* una profesión. Crearon una imaginería fantástica y terrorífica a partir de unas vidas introspectivas, solitarias y disfuncionales, alejados de la sociedad y sin interés aparente en los beneficios materiales. Smith compartía muchas de las características de Lovecraft: era un recluso, su carrera literaria apenas duró más que una década e ignoraba, como ha subrayado un crítico, la mayoría de las convenciones por las que se rigen los géneros de fantasía, horror y ciencia ficción.

Sin embargo, también había algunas diferencias notorias entre ambos personajes. La literatura de Lovecraft tenía sus raíces en la prosa decadente de Edgar Allan Poe; la de Smith era con frecuencia sensual y casi erótica, motivo por el que muchos editores se veían obligados a censurar algunas de sus historias. Durante la última docena de años se han ido publicando las versiones originales de estos manuscritos, sin censurar, en pequeñas ediciones limitadas.

Generalmente, se considera a Smith como el segundo escritor, después de Lovecraft, más importante del siglo XX, con un pequeño, pero considerable, número de seguidores incondicionales. Hay algunos devotos de la literatura sobrenatural, incluyéndome a mí mismo, que pensamos que los cuentos de Smith son más entretenidos y atrayentes que los de Lovecraft. La carrera literaria de Smith finalizó más o menos a la muerte de Lovecraft en 1937, cuando éste contaba 47 años de edad. Aunque Smith vivió hasta los 68 años y continuó escribiendo nuevos cuentos y poemas, dedicó la mayor parte de su tiempo a la escultura y el dibujo.

Muy poco después de la muerte de Lovecraft, Smith cayó en una depresión que duró cuatro años. Aquélla no fue la causa directa, pero sí el detonante de una serie de reveses que Smith había ido acumulando. Su padre murió en diciembre tras una enfermedad que duró dos años, *Weird Tales* y otras revistas habían comenzado a rechazar sus relatos con creciente frecuencia. También tenía que convivir con la insatisfacción que le provocaba su propia existencia (marcada por la constante necesidad de dinero), todo lo cual le llevaba a recurrir a unos prolongados periodos de tiempo en los que se dedicaba a la bebida.

Sus cartas, si llegaba a contestarlas, apenas consistían en más que uno o dos cortos párrafos de respuesta. Escribió poco, apenas nada durante varios años después de 1938, concentrándose en la jardinería y modelando unas pequeñas esculturas

únicas de los seres de los Mitos de Cthulhu que vendía a los amigos y coleccionistas. Poco después, Derleth se convirtió en su principal promotor literario, de igual forma que lo era de Lovecraft, publicando todos los cuentos y poemas más notables de Smith.

Clark Ashton Smith nació en Long Valley, California, el 13 de enero de 1893. A los pocos años, su padre, Timeus Smith, adquirió una granja de 44 acres situada en las afueras de Auburn, a una milla de distancia, y construyó con sus propias manos una casita de campo con cuatro habitaciones que carecía de electricidad y agua caliente. Una cantera rocosa en la que muchos años antes se había cavado un pozo de prospección minera servía a la familia de nevera. Había que descender por una larga escala hasta llegar al fondo, cosa que fascinó enormemente a E. Hoffman Price cuando visitó la casa de Smith. A causa del carácter rocoso del terreno, la granja nunca fue capaz de producir lo suficiente para mantener a la familia de Smith, viéndose éstos obligados a subsistir prácticamente en la pobreza. Smith vivió allí hasta 1954.

Smith fue un autodidacta que abandonó la escuela a los 14 años para poder ayudar a sus padres en la granja y escribir literatura fantástica y poesía. E. Hoffman Price, uno de los pocos escritores de *Weird Tales* que conoció en persona a Smith, nos dejó esta breve reseña:

«Tan sensible como un caballo de carreras o un duelo de pistolas, el joven Clark no soportaba la confusión y el barullo de los colegios. Tras comprobar y compartir cuatro o cinco años de tormento, los Smith sacaron a su hijo del colegio y se dedicaron a impartirle una educación casera. Con frecuencia se ha hablado de la habilidad de Clark en el manejo del inglés. Lo dominaba de tal manera que a veces era el propio lenguaje el que lo manejaba a él mismo… Además del inglés, Smith tenía el suficiente dominio del francés como para traducir a Baudelaire, y del español como para ser capaz de hacer versos en ese idioma».

Durante la primera fase de su carrera (entre 1907-1910), llamado por sus historiadores periodo de las «Noches Árabes», Smith escribió el cuento «El príncipe Alcouz y el hechicero», que aparece en este volumen, y algunas otras fantasías de similar catadura. También escribió su primera y única novela, una fantasía de 90.000 palabras al estilo de las *Noches Árabes* titulada «The Black Diamonds». Aunque se trata de una obra inmadura, inconexa y episódica, contiene muestras de lo que está por llegar. Por lo que sabemos, Smith jamás reescribió esta novela, y de ella sólo nos queda el original escrito a mano y prácticamente ilegible.

Smith dedicó los siguientes veinte años a escribir poesía, aprendiendo al mismo tiempo a esculpir y dibujar, mientras sacaba de la granja a duras penas lo suficiente para subsistir de una manera espartana durante unas cuantas décadas más. En 1911, y aconsejado por un profesor, Smith envió algunas muestras de su poesía al poeta George Sterling (íntimo amigo de Jack London y Ambrose Bierce) y llegó a convertirse en el protegido de Sterling. Al año siguiente se publicó su primer libro de

poesía, *The Star-Treader and Other Poems*, editado en San Francisco por Robertson.

Al contrario de lo que ocurre hoy en día, en que la poesía es evitada por los críticos, la primera colección de Smith obtuvo una repercusión notable de costa a costa. William Stanley Braithwaite, el influyente aunque severo crítico del *Evening Transcript* de Boston, escribió: «Aunque la imaginación de la infancia aún sigue en él, tiene destellos de esas presencias que, según Wordsworth, yacen alrededor de la niñez como una atmósfera… Muestra la suficiente imaginación en su libro como para desbancar a un buen número de poetas». Tras analizar con mayor calma el libro y dar una serie de consejos, Braithwaite se lanza a la carga contra el primer libro de Ezra Pound, Rzpostes, que obviamente le disgustaba.

Edwin Markham, de la revista *California the Wonderful*, dijo; «Ashton Smith es un verdadero poeta, ha logrado captar las maravillas que se esconden detrás del mundo real, la visión que nunca nos deja de fascinar». *Current Literature* proclamaba: «[los poemas de Smith] revelan un talento genuino y un dominio del lenguaje notable en un escritor tan joven». Y el San Francisco Chronicle afirmaba que la poesía de Smith figuraba entre la mejor de Keats y Byron.

Por supuesto, también contaba con detractores, como Wittner Bynner in *The Pacific Weekly*, que llamaba a George Sterling y Clark Ashton Smith «las estrellas de polvo gemelas». Boutwell Dunlop, que diseñó una explosiva campaña de publicidad el año anterior para hacer creer que había sido él, y no George Sterling, el descubridor de Smith, y que luego se volvió en su contra.

El apoyo de Sterling aumentó la confianza de Smith; algunos de los muchos poemas que recibió del joven poeta le parecieron lo suficientemente buenos como para recomendarlos y enviarlos a ciertos editores de revistas, aun a costa de su propia reputación. «No he oído nada del North American Review», escribió Smith en una de esas ocasiones. «Me ha sorprendido descubrir que ha enviado mi “Ode to the Abyss” a una publicación tan importante. Si la aceptan, seguramente me olvidaré de todos los prejuicios que siempre he tenido».

Poco después de que *The Star-Treader* fuera publicado, Smith escribió a Sterling contándole que el Consejo de Educación había decidido poner su libro en las bibliotecas de todos los colegios del país. «¿No le parece divertido? La cosa tiene su miga; uno de los ciudadanos más notables del lugar tuvo finalmente que admitir que yo sería capaz de escribir bien si había recibido una buena educación… Les cuesta digerir el hecho de que jamás haya asistido al Instituto».

Leer las cartas de Smith a Sterling es una experiencia estimulante, ya que muestran un notable dominio del lenguaje para tratarse de una persona que había dejado de asistir al colegio en octavo grado. También muestran que Smith era un lector voraz de toda la literatura clásica y contemporánea, y de los periódicos de la época. Le gustaban en particular los libros de Edgar Saltus («“The Philosophy of Disenchantment”: un relato fascinante y muy bien escrito sobre la historia y teoría del pesimismo»), Lafcadio Hearn, Dostoievsky, Oscar Wilde, De Quincey, Poe y Bierce;

sus últimas obras revelan gran afinidad con De Quincey y Poe.

Smith también tenía una visión muy sofisticada sobre la realidad política de su época, como se puede apreciar en una carta suya a Sterling fechada el 28 de abril de 1912:

«Su amigo Ross intentaba que yo escribiera algún verso de corte socialista, pero no puedo. El principal problema es que no puede ser otra cosa que verso, y para que éste sea efectivo uno tiene que sentir de la misma manera que ese animal de miras únicamente económicas que es la Masa. Edwin Markham es un ejemplo, y hay algunos otros. Tengo un amigo poeta que trabaja en un periódico de San Francisco que está siguiendo esa trayectoria descendente. Además, ¿de qué serviría? Aunque pudiera impulsar la causa socialista (en la que en teoría creo), el ir y venir de las cosas es tan previsible que todo volvería a lo mismo con el paso del tiempo, cosa que nos sentaría aún peor. Eso que llamamos civilización, como la historia del pasado se empeña en demostrarnos convenientemente, es tan sólo un perro que persigue su propio rabo».

Hubo un considerable intervalo de tiempo antes de que *Odes and Sonnets*, la segunda colección de poesía de Smith, se publicara en 1918 en el Book Club de California. Durante esos años la producción poética de Smith decayó un tanto. Se hallaba delicado de salud y su raquítica apariencia empezó a preocupar cada vez más a su familia y a Sterling. Pasaba largas horas trabajando en la pequeña granja de sus padres, ayudando también en los huertos y granjas vecinas por lo que él llamaba «salario de esclavo de 3 dólares y medio». Las ganancias que obtenía trabajando fuera complementaban los magros beneficios que se sacaban de la granja familiar y ayudaban a pagar los gastos de la hipoteca. En 1917 aún faltaban por pagar 700 dólares de la hipoteca, y Smith preguntó a Sterling si sabía cómo poder conseguir entre 1.500 y 2.000 dólares para liquidar la hipoteca y tener un pequeño remanente para poder abrir un negocio de producción de huevos. Sterling persuadió a un amigo de la familia para que le enviara un pequeño salario mensual.

En 1922 y 1925, Smith editó por su cuenta dos pequeñas colecciones de poesía en rústica, *Ebony and Cristal: Poems in Verse and Prose* y *Sandalwood*. Sabiendo que Smith no podía hacerse cargo del importe de la edición, el impresor se quedó con varias copias para vender a sus clientes, confiando en la reputación que Smith tenía en el lugar.

Pero la fama de Smith como poeta ya era importante en varios enclaves literarios a lo largo del país y su correspondencia bastante variada. Se carteaba, entre otros, con Benjamín De Casseres, notable poeta y crítico, y había trabado amistad con Donald Wandrei gracias a los poemas que *Weird Tales* le había publicado. Fue entonces cuando se enteró lleno de tristeza de que George Sterling se había suicidado en noviembre de 1926, al ingerir un veneno. Smith siempre sospechó que se había tratado de un asesinato, hecho que nunca fue probado.

De acuerdo con ciertos investigadores de la vida de Smith, éste contribuyó en

*Weird Tales* con sus poemas durante cinco años hasta que tuvo la suficiente confianza como para enviar a Farnsworth Wright una selección de sus cuentos cortos. Wright adquirió «The Ninth Skeleton» para el ejemplar de septiembre de 1928, siendo el primero de los 65 relatos de Smith que fueron publicados en esa revista. Contaba entonces treinta y cinco años.

El descubrimiento reciente de varias cartas inéditas de Clark Ashton Smith a Genevieve Sully ha sacado a la luz ciertos detalles del aspecto más turbio de la vida de Smith. La descripción que L. Sprague de Camp hace de Smith en *Literary Swordsmen and Sorcerers* habla de que su falta de educación formal y su frágil condición física le imposibilitaban o le hacían más difícil conseguir otro trabajo más lucrativo que no fuera coger fruta y atender los jardines de la gente que conocía en las cercanías de Auburn, un lugar del que, por otro lado, se quejaba con frecuencia.

Las afirmaciones de De Camp son parcialmente ciertas. Lo que él no sabía ni sospechaba es que Smith era básicamente una persona vaga y sin ambiciones. Le disgustaba permanecer en cualquier ambiente en el que hubiera más de media docena de personas juntas, incluso aunque sólo fuera por unas pocas horas, ya que le atacaba los nervios. Scott Connors, que está trabajando en una biografía sobre Smith, me cuenta: «Oh sí, me creo que aunque CAS estaba flaco y hambriento, no era ningún CASio desbordado por la ambición. En gran medida dependía de las ayudas que le daban ciertos mecenas adinerados, como Crocker y Bender. Leer las cartas de Smith a Albert Bender a veces resulta un poco embarazoso, ya que Smith le trata de una manera demasiado “pelotillera”».

Otra mecenas que ayudaba a Smith entregándole una cantidad fija de dinero era Genevieve Sully. Smith conoció a la señorita Sully en 1919, cuando ella vivía en Auburn. Se convirtió en su carpintero y amante, y ambos mantuvieron una relación de «ida y vuelta» durante más de treinta años. Más adelante ella se trasladó a Berkeley, al decir de Connors, lugar en el que era visitada con frecuencia por Smith, «aunque aún mantenía la casa de Auburn, y Smith se encargaba de la limpieza y el jardín».

La señorita Sully fue la responsable de que Smith retomase la escritura en 1927. Después de una acampada en Bounder Ridge, según Connors, el escenario de «The City of the Singing Flame», básicamente ella le dijo a Smith que iba a necesitar una cantidad fija de dinero para el cuidado de sus padres, y que tendría que dejarle a no ser que fuera capaz de hacer dinero, sugiriéndole que escribiera cuentos como lo hacía su amigo Lovecraft. El ciclo poético «The Jasmine Girdle» de Smith le fue dedicado a Genevieve Sully. Más adelante también le dedicó *Out of Space and Time*.

La obra de Smith era en verdad muy característica y personal, y hacia 1929 o 1950 se carteaba con otros miembros del grupo de *Weird Tales*, tales como August Derleth y E. Hoffman Price, que vivía en San José, California, y que ocasionalmente bajaba en coche a visitar a Smith, acompañado a veces de algún amigo como Henry Kuttner.

Los amigos más cercanos y duraderos de Smith fueron sin duda E. Hoffman Price y August Derleth (además de los ocho años de amistad con H. P. Lovecraft), y a lo largo del tiempo adoptaron una actitud protectora para con Smith. Buena parte de la reputación literaria de Smith en nuestros días viene dada en gran medida por los 11 libros que publicó Arkham House. Connors escribe: «Admito que no soy uno de los mayores admiradores de Derleth, pero su trato para con CAS fue ejemplar y le hacen merecedor de toda clase de elogios. Incluso me encantaría ver uno o dos volúmenes gruesos con las mejores historias sobrenaturales de Derleth, ya que escribió algunas muy buenas».

Al igual que casi toda la obra de Lovecraft, los cuentos de Smith están desarrollados con extremo cuidado y lentitud, no alcanzando su forma definitiva hasta tener completamente estructurados los recovecos de la trama y los personajes. El periodo más productivo de Smith comenzó entre 1928-1930. Las cartas que escribió a Lovecraft durante este periodo están llenas de detalles sobre esas historias primerizas tales como «The Venus of Azombeii», «The Tale of Zatampra Serios», «The Monster of the Prophecy», «The Planet of the Dead», que no llegaron a publicarse en *Weird Tales* hasta que pasaron tres o cuatro años y fueron reescritos varias veces; algunos de ellos fueron rechazados también por *Amazing Stories* y *Science Wonder Stories*.

Se suele decir que el periodo más productivo de Smith tuvo lugar desde entonces y hasta 1935, el año en el que inventó las regiones de Zothique, Hyperborea y Averoigne. A su manera, rivalizaron con los Mitos de Cthulhu de Lovecraft, y tienen mucho que ver con el culto que aún se le tiene a la obra de Smith hoy en día. De la misma manera que ya antes hablé de las similitudes filosóficas entre Smith y Lovecraft, y de un cierto grado de reclusión por parte de ambos, en esto, sin embargo, tienen claros contrastes. El pragmático y, muchas veces, profético E. Hoffman Price conoció y comprendió a ambos personajes mejor, quizás, que cualquier otro escritor de nuestros días, e hizo esta acertada observación sobre Smith:

«Cavaba pozos. Trabajaba en los huertos que florecían en las laderas de Auburn. Aserraba y cortaba maderos. Usaba sus manos con lo que tuviera más cerca, y era capaz de escribir como quisiera y lo que quisiera, sin importarle los editores o los lectores a los que no les gustaba su obra. Clark jamás envidió la fama, ni quiso ser un escritor profesional, ni le importaba que le considerasen un simple “cortador de leña”. Nunca se degradó en aras de conseguir unos ingresos constantes y sustanciales. Una vez satisfecho, jamás pensaba en “sacrificar” algo para conservar la “integridad artística”. Ni entonces ni ahora he escuchado algo equivalente por parte de los lectores compulsivos y los editores con poco gusto de Lovecraft.

»Nunca estuvo a disgusto con la civilización o con lo que le rodeaba; simplemente ignoraba lo que no era de su gusto. ¡Era demasiado libre, a su manera interior, como para dejarse impresionar por la sociedad y asustar por el monstruo de la realidad!

»Si tenías que esforzarte para vivir, entonces cava y comienza a luchar. Nadie necesitaba preguntar a Smith lo que pensaba del suicidio como un medio de escapar a la futilidad de la vida… En lo esencial, Smith era mucho más realista que Lovecraft o [Robert E.] Howard; su visión del mundo era distinta a la de HPL o REH. Estos dos últimos eran hombres muy íntegros y capaces de llegar hasta el final con tal de ser fieles a sus principios, pero vivían en un mundo de sueños, unos sueños inventados por su propia imaginación. El mundo de Smith era un mundo de mujeres, de bebida y de manos encallecidas, un estilo de vida que le permitía esculpir pequeñas estatuillas, dibujar fantásticas pinturas, componer poemas, escribir relatos y hacer lo que le apetecía sin los límites impuestos por los buenos deseos de no perjudicar a los demás».

Price aceptaba a muchos de sus colegas escritores por su valor real. Jamás criticaba sus estilos de vida ni cuestionaba sus motivaciones. Si le disgustaba la dependencia económica de Smith para conseguir dinero (como un medio para no tener que trabajar), Price no era de la clase de sujetos que descubre tales indiscreciones en un medio impreso.

De la misma manera que la ficción de Smith jamás rebasó los estrechos confines de su mundo fantástico, tampoco lo hizo su propia vida. Se ocupaba de la pequeña granja familiar de 40 acres; cuidaba de sus padres que ya rebasaban los 80 por aquel entonces; recolectaba la fruta de los huertos de sus vecinos; escribía cuando le llegaba la inspiración o se veía forzado a ello por su constante necesidad de ingresos. Luego, hacia 1937, su ficción comenzó a declinar visiblemente, y con frecuencia tardaba más de dos meses en contestar su correspondencia. «Debería haberte respondido hace tiempo», escribió al artista Virgil Finlay, el 13 de junio de 1957, «pero me siento afectado por una especie de fatiga nerviosa, cansado incluso para llevar a cabo las tareas más placenteras. De hecho, esta condición ha llegado a ser tan problemática que me he visto en la necesidad de tomar medidas terapéuticas».

Finlay y Smith estaban discutiendo sobre el proyecto de Derleth para incluir varias ilustraciones en el libro conmemorativo de Lovecraft *The Outsider and Others* «… ya que Derleth tiene que aportar una considerable cantidad de dinero para su publicación, supongo que tenemos que perdonarle por no querer incrementar los costos».

A Robert Barlow, un mes más tarde, «Mis escritos progresan tan despacio como un caracol con la concha partida». En mayo de 1938 hablaba de sentirse obligado a escribir «de cualquier manera»: «La pobreza y las deudas me están llevando a la literatura barata. Acabo de comprar y leer detenidamente una nueva revista de ciencia ficción, *Marvel Science Stories*, que sondea nuevos abismos en el estiércol de la imbecilidad. Sin embargo, creo que paga aceptablemente».

Una buena parte del letargo mental de Smith fue producido por el hecho de que tuvo que encargarse de los costos del funeral de su padre, que no podía afrontar, y por la pérdida del estipendio que el Coronel Crocker le procuraba, al morir éste en 1940.

Smith se encontraba muy deprimido cuando, el 5 de septiembre de 1941, escribió a Derleth: «La soledad de mi vida aquí, desde que murieron mis padres, me está matando poco a poco, y tengo que tomarme un respiro». Pero aquél no era el único problema. Los gastos del funeral le obligaron a gastarse los 107 dólares que aún poseía desde 1938, y estuvo a punto de perder la granja.

El 22 de octubre preguntó a Derleth si le podía prestar algo de dinero hasta que pudiera resolver sus problemas financieros. Derleth le envió un cheque por un valor indeterminado, diciéndole a Smith que lo considerase como un anticipo por su próximo libro de relatos que quería publicar, una recopilación en la que tendrían que trabajar más tarde. *Out of Space and Time* se publicó en 1942, siendo el tercer libro de Arkham House. Fue seguido por *Lost worlds*, en 1944, y *Genius Loci*, en 1948, y otros muchos.

Pero Derleth no fue la única persona a la que Smith solicitó ayuda económica. Albert Bender, un viejo mecenas suyo, también se encontraba en la lista, y otro amigo, Rudolph Blatter, le procuró ayuda legal para quitarse de encima al director de la funeraria. Fue por aquel entonces cuando Smith vendió casi todo el terreno de la granja, excepto un par de acres, a una inmobiliaria.

Smith siguió escribiendo de manera discontinua y, tras la muerte de Farnsworth Wright, el nuevo editor de *Weird Tales*, William J. Delaney, comenzó a devolverle relatos que ya habían sido aceptados por Wright al considerarlos «desagradables». Más tarde, sin embargo, la nueva editora, Dorothy Mcllwraith, volvió a rescatar varios de ellos. La vida de Smith durante la década de los cuarenta fue relativamente tranquila y solitaria. Visitaba de vez en cuando a sus amigos de Carmel y Berkeley, pasando largas temporadas en casa de Genevieve Sully. Finalmente, en 1953, ambos rompieron su relación. Posiblemente fue a causa de una aventura entre Smith y Carol Dorman, a la cual había conocido durante una visita a Eric Barker y Madelaine Green en Carmel. O también podría tratarse de un asunto de dinero.

Carol Dorman disponía de un pequeño fondo de inversión, pero trabajaba como publicista y reportera. Se casó con Smith en 1953. Él se encargaba de su jardín, y del de otros vecinos, a cambio de una pequeña cantidad de dinero, y pasó el resto de los años de su vida con un cierto desahogo, incapaz de volver a prender los creativos fuegos de su juventud.

Tras enterarse de la muerte de Smith, Frank Belknap Long envió una carta conmovedora a Derleth el 30 de agosto de 1961, que bien puede servir como su epitafio:

«La muerte de Clark me ha entristecido en un… sentido más trágico, pues se encontraba tan unido al Círculo de Lovecraft desde el comienzo, y yo intercambié mucha correspondencia con él al principio. [Era] un poeta delicado que jamás recibió el reconocimiento que merecía y cuya vida, en general, se vio ensombrecida por la frustración que uno puede sentir en casi todo lo que escribió… siempre es algo muy trágico. Si hubiera nacido en la Inglaterra victoriana, en tiempos de Swinburne, se

hallaría encumbrado junto con los poetas ingleses… pues su imaginación y su sensibilidad para la poesía eran de un rango superior. Sin duda era tan buen poeta como John Clare —incluso mejor— y, como Clare, se vio perjudicado por cierta falta de juicio crítico o, si lo prefieren, de visión intelectual. Pero supo compensar esas carencias de otras maneras. Nadie puede esperar mucho de un poeta. Aquellos cuya naturaleza aún conserva viva la infancia pueden, muchas veces, tocar los cielos».

# EL PRÍNCIPE ALCOUZ Y EL HECHICERO

# CLARK ASHTON SMITH

Alcouz Khan era hijo único de Yakoob Ullah, sultán de Balkh. Persona disipada y viciosa por naturaleza, se enorgullecía del lujo y el poder que le otorgaba su posición. Creció autoritario, cruel y disoluto, y con el paso de los años y la llegada de la madurez sus vicios no hicieron más que incrementarse. Era todo lo contrario de su padre, un gobernante justo y sabio que supo granjearse el cariño de sus súbditos.

El príncipe pasaba el tiempo entregado a deportes censurables y disipados, en unión de malas compañías. Su padre se lo recriminaba con frecuencia, pero sin resultado alguno. Se entristecía al pensar en el día, no muy lejano ya pues se estaba haciendo viejo, en el que Alcouz se encaramaría al trono. El príncipe heredero era, desde luego, universalmente temido, pues la gente sabía muy bien qué clase de sultán sería aquel joven cruel y disipado.

Entonces llegó a Balkh un hechicero que procedía de la India y cuyo nombre era Amaroo. Pronto se hizo famoso por sus habilidades a la hora de predecir el futuro. Sus clientes eran muchos y de todas las condiciones, ya que el deseo por descorrer el velo que oculta el futuro es algo universal.

Alcouz, siguiendo el impulso común, acudió a visitarle. El hechicero, un hombre pequeño, de ojos brillantes y fieros, que vestía una túnica amplia y suelta, se levantó del sofá en el que había estado sentado meditando e hizo una profunda reverencia.

—He venido a ti —dijo Alcouz—, para que me desveles los caminos ocultos e insondables del destino.

—En tanto me lo permitan mis habilidades, haré todo lo posible por complacerle —contestó el hindú.

Rogó al visitante que se sentara y procedió con sus preparativos. Pronunció varias palabras en una lengua que Alcouz no pudo entender y la habitación se oscureció, quedando iluminada tan sólo por la luz fluctuante y débil de los carbones que ardían en un brasero. Amaroo arrojó al fuego algunas maderas perfumadas que llevaba en la mano. Un humo espeso y negro surgió de las brasas, y su figura, medio oculta entre los vapores, pareció hacerse más alta y poderosa mientras recitaba encantamientos en una lengua extraña y desconocida.

La habitación se iluminó y, envuelta en el vapor negro, pareció ensancharse indefinidamente. Alcouz ya no podía ver las paredes y la estancia era como una enorme caverna que se perdía en la distante oscuridad. El humo se retorcía sobre sí mismo, dibujando fantásticas formas que rápidamente fueron tomando una apariencia humana. Al mismo tiempo, los muros de oscuridad se contrajeron hasta dibujar los

límites de la sala del trono del sultán. Del brasero salieron nuevos vapores que fueron tomando la forma de los pilares y la tarima donde se hallaba el trono. Una figura en sombras estaba sentada en el trono ante la que otras figuras más se reunían e inclinaban. Pronto se hicieron más nítidas y claras, y Alcouz pudo reconocerlas.

Se encontraban en el recinto del trono real, y la figura sentada era él mismo. El resto eran oficiales de la corte y sus amigos personales. Alcouz portaba sobre su cabeza una corona y sus cortesanos se arrodillaban en pleitesía. La escena se mantuvo durante un tiempo y luego las figuras se disolvieron de nuevo en el vapor negro.

Amaroo permaneció a su lado.

—Lo que has visto sucederá algún día —dijo—. Ahora podrás ver otros acontecimientos.

Se irguió otra vez delante de la columna ondulante de humo y comenzó a recitar encantamientos, y el vapor dibujó de nuevo las columnas y el trono ocupado por la figura solitaria de Alcouz. Estaba sentado con la mirada perdida, absorto en sus pensamientos. Anon, un esclavo, entró y pareció hablar con él, retirándose acto seguido.

Luego apareció una nueva figura que Alcouz reconoció como la de Amaroo, el hechicero hindú. Se arrodilló delante del trono y asemejó pedir algo. La figura sentada iba a responder algo, cuando el hindú, poniéndose repentinamente en pie, sacó un largo cuchillo de su túnica y le asestó una puñalada.

Justo en ese instante, Alcouz, que estaba mirando horrorizado la escena, emitió un grito terrible y cayó muerto, acuchillado en el corazón por el hechicero, que se había acercado a su espalda sin ser visto.

# DONALD WANDREI

# [1908-1987]

Era un viernes por la tarde, víspera del Día de los Caídos, en mayo de 1962, un día insano y húmedo, tal y como lo recuerdo. Estaba charlando con Vincent Starrett en su apartamento repleto de libros de Chicago. «Así que, ¿cómo es Derleth?», le pregunté al viejo amante de los libros. Él sabía que yo iba a coger un tren a primera hora de la mañana hacia Madison, Wisconsin, desde donde Derleth me llevaría a su casa de Sauk City, unas veinte millas al oeste.

Starrett sonrió de oreja a oreja y mordió con más fuerza lo que le quedaba de su cigarro. «Augie es único; no hay nadie parecido. Prefiero que antes lo veas por ti mismo. Cuando vuelvas la próxima vez hablaremos largo y tendido».

Al día siguiente, mientras Derleth conducía como un loco por la autopista hacia Sauk City, dijo que me había reservado una habitación en un hotel, ya que el cuarto de invitados estaba ocupado por Donald Wandrei. Había llegado hacía dos semanas de St. Paul, Minnesota, para participar en la recogida anual de setas. El nombre no significaba nada para mí. Más tarde me enteré de que Wandrei siempre venía a la temporada de setas que tenía lugar en mayo. Era una costumbre.

Tras llegar a su casa, el Paraje de los Halcones, Derleth me presentó a Wandrei, un hombre alto, huesudo, de voz suave y pelo canoso. Los tres empezamos a buscar las escurridizas setas de inmediato; Derleth no reparaba en decir una y otra vez que había perdido un tiempo precioso al ir a recogerme a Madison por la mañana. Durante la mayor parte de la tarde fui completamente ignorado mientras husmeábamos por los riscos boscosos cercanos a Sauk City. La charla se centraba en la recogida de hongos, que era llevada a cabo con gran seriedad. Los dos hombres parecían conocer la historia del árbol bajo el cual crecía la seta en cuestión. Me hicieron saber que la colmenilla[2] sólo crece en la base de determinados árboles que, a su vez, están en un determinado modo de decadencia, y además sólo lo hace durante unos pocos años. Cada vez que alguno de los dos cogía una colmenilla y la metía en la cesta, Derleth anotaba meticulosamente en un cuadernillo el lugar exacto de su localización. La intensidad de la caza era realmente sorprendente.

En el transcurso de la tarde, observé que Wandrei estaba taciturno y melancólico. Tenía la extraña costumbre de acercarse a la ventana del estudio de Derleth y mirar al exterior, y con frecuencia insertaba la palabra «bucólico» en sus conversaciones. Apenas miraba a la persona con la que estaba hablando y su voz apenas era un susurro. Aunque tuviera invitados, Derleth no acostumbraba dejar sin contestar su correspondencia, y pulsaba las teclas de la máquina de escribir alegremente y con

gran concentración mientras hablaba con Wandrei o conmigo. Los pensamientos de Wandrei y Derleth siempre parecían estar en consonancia. Cuando uno empezaba alguna frase o comentario, el otro la continuaba hasta el final. Era como escuchar un partido de ping-pong oral, con saques y servicios rápidos, mientras los dedos de Derleth volaban entre las teclas de la máquina eléctrica con la velocidad de una ametralladora.

Wandrei se fue dos días después, y Derleth aclaró mis dudas haciendo una breve semblanza de la vida y carrera literaria de Wandrei. Antes de volver a Chicago, adquirí un ejemplar de la novela de Wandrei, *Web of Easter Island*, que milagrosamente aún no estaba agotada después de treinta años. Pero pronto perdí de vista el libro en mis estanterías y lo olvidé, al igual que al hombre que lo había escrito.

Pasaron bastantes años antes de que empezara una investigación seria de las vidas de muchos de los escritores primigenios de las revistas *pulp*. Durante el proceso, pude saber mucho más sobre la vida de Don Wandrei, sus cuarenta y cuatro años de amistad con Derleth (cimentada en la común admiración que ambos sentían por H. P. Lovecraft), su participación en la creación de Arkham House en 1939, y las circunstancias que provocaron la larga década de litigios contra la editorial.

Jamás volví a ver a Wandrei, pero aún recuerdo aquel encuentro accidental, y con frecuencia pienso que lo que ocurrió en los años siguientes no fue del agrado de ninguno de los dos. Fue como si la sombra de Lovecraft les hubiese envuelto en una especie de maldición. Sus vidas acabaron como en una tragedia isabelina, con personajes ocultos y externos llevando a cabo las intrigas y el juego sucio.

Se solía decir que Donald Wandrei tenía un considerable futuro como escritor. Sin embargo, se centró demasiado en la literatura *pulp* —o demasiado poco en la poesía, según a quién se le pregunte— y esto posiblemente influyó de manera negativa en su talento. Se dio por vencido demasiado pronto cuando intentó cambiar su florido estilo de prosa. Su carrera profesional comenzó con el relato «The Red Brain», publicado en el número de octubre de 1927 de la revista *Weird Tales*, mientras preparaba el graduado para la Universidad de Minnesota. Al año siguiente, la revista publicó una serie de poemas agrupados bajo el encabezamiento de «Sonnets of the Midnight Hours», que nos descubren a un poeta maduro, sensible y de gran imaginación. No publicó nada más hasta 1930. Wandrei fue al este haciendo autostop en el verano de 1928, permitiéndose un alto en Chicago para visitar a Farnsworth Wright, el editor de *Weird Tales*, y recopilando información de primera mano acerca de las oportunidades editoriales en Nueva York. Había comunicado sus planes a Lovecraft, con el que intercambiaba correspondencia desde 1926, y que le había invitado a visitarle en Providence, R. I. Lovecraft también informó a los miembros de lo que él llamaba «la vieja pandilla» de que Wandrei iba a ir a Nueva York para que le diesen la bienvenida. Allí se encontró con Frank Belknap Long, Samuel Loveman, James F. Morton, Vrest Orton, Seabury Quinn… un grupo bastante variado, por decir algo.

Wandrei pasó dos semanas con Lovecraft, visitando a otros miembros afines a «la vieja pandilla». El año siguiente volvió a Nueva York y consiguió un trabajo como director de publicidad para la editorial E. P. Dutton & Co., aunque se despidió del mismo un año después por motivos personales. De vuelta en St. Paul, comenzó su trabajo de posgrado para conseguir el doctorado en la Universidad de Minnesota, pero lo abandonó en 1932 al no haber trabajos académicos accesibles durante la Gran Depresión.

Otra vez en Nueva York, compartió apartamento con su hermano menor, Howard, también escritor de revistas *pulp*, y un extraordinario artista de lo fantástico, y encontró trabajo como promotor publicitario para Lockhart International. Mientras seguía escribiendo para *Weird Tales*, procuró abrirse nuevos mercados, como *Astounding Stories*, *Clues Detective*, *Black Mask* y *Argosy*. En 1934, volvió a casa de vacaciones y realizó su primer viaje a Sauk City para encontrarse con August Derleth, con quien Lovecraft le había puesto en contacto siete años atrás. Wandrei siempre decía que, durante aquella visita, le había enseñado a Derleth cómo encontrar las escurridizas colmenillas, y a su madre cómo cocinarlas.

Donald Wandrei se encontraba en St. Paul en marzo de 1937 cuando su hermano le comunicó la muerte repentina e inesperada de Lovecraft. Aquello hizo que tanto Donald Wandrei como August Derleth se comprometieran a hacer un gran esfuerzo para encontrar a algún editor que publicara la obra de Lovecraft. Wandrei ya había fracasado en 1932 al intentar involucrar a Dutton en el proyecto; Derleth tampoco lo consiguió con Alfred A. Knopf, Inc., ni con su propio editor, Loring & Mussey, en 1935.

Ambos se volvieron a encontrar en Nueva York, en 1938, cuando Derleth viajó a la casa de Lovecraft en Providence para dar sus condolencias a las tías del escritor desaparecido. Derleth tuvo varias entrevistas con Bill Weber de Charles Scribner & Sons, editores de sus novelas históricas y regionales. Weber conocía la obra de Lovecraft, pero pensaba que sus libros no eran comerciales. Nunca dijo que sus cuentos eran demasiado estrafalarios para ser publicados por una editorial tan conservadora, aunque seguramente este era el verdadero motivo. Tras diversas intentonas sin éxito en otras casas editoriales, Derleth y Wandrei decidieron asumir la responsabilidad de publicar ellos mismos las obras de Lovecraft.

Se ha discutido mucho acerca de cuánto participó Wandrei en la creación y mantenimiento de Arkham House, tras servir en el ejército de Estados Unidos durante la II Guerra Mundial, aparte de ayudar a la edición de varios proyectos sobre Lovecraft. En su epílogo al *Don't Dream* de Wandrei, D. H. Olson asegura que Wandrei estaba «intensamente» implicado en todos los asuntos, sobre todo durante la década de los sesenta. No estoy seguro de cómo Olson llegó a esa conclusión, pero un detenido examen de las más de 150 cartas que Wandrei envió a Derleth entre 1963 y 1971 revela que no era así. Wandrei siguió editando las *Selected Letters* de Lovecraft junto con otros libros del autor, y leyendo las galeradas de dos de sus Compilaciones

para Arkham House, *Poems at Midnight* (1964) y *Strange Harvest* (1965).

No se trató en aquellas cartas de ningún otro libro de Arkham House. Y tampoco hay ningún dato que me haga pensar que Wandrei colaboró alguna vez en pagar las facturas de la precaria economía de la editorial. Desde 1952 en adelante, Wandrei pasó la mayor parte de su tiempo viajando, recibiendo un sinfín de visitas y huéspedes, y llevando semanalmente a su madre y hermana al doctor y a centros médicos. Aquellas cartas a Derleth eran con frecuencia melancólicas y depresivas.

La carrera literaria de Wandrei no fue muy prolífica; se calcula que publicó alrededor de cien cuentos. La mayoría de su producción sobrenatural y de ciencia ficción apareció en los primeros números de *Weird Tales*, aunque más tarde insertó muchos elementos de horror en sus relatos tardíos de ciencia ficción y policíacos. En vida le fueron publicados un total de seis libros: una novela, dos colecciones de cuentos y tres recopilaciones de poesía, sin contar las colaboraciones de Lovecraft con Derleth. Tres nuevas recopilaciones de las obras de Wandrei se han publicado de manera póstuma durante la última década. Varias más están en preparación, y en ellas se incluirá todo el material restante. También se anuncia un volumen con la correspondencia escrita que mantuvo con Lovecraft.

Donald Wandrei no fue una persona ambiciosa. Su padre había sido un abogado notable y muy conocido. Él llegó a ser editor jefe de West Publishing, la primera firma editorial de textos legales en Estados Unidos. Donald Wandrei no se casó, y jamás sintió la necesidad urgente de galvanizar su vida con un propósito determinado, más que el de ayudar a recopilar y editar los relatos y las cartas de Lovecraft. Durante la década de los treinta fracasó al intentar escribir literatura comercial, no de género, y guiones; jamás hizo un serio esfuerzo por lograrlo. Después de la guerra escribió historias para una serie de cómics, algo que se quedaba claramente por debajo de sus habilidades intelectuales; y en 1950 se trasladó a Hollywood, donde pasó dos años escribiendo canciones líricas y trabajando ocasionalmente en los diálogos de alguna película. La muerte en 1952 de una tía rica dejó el suficiente dinero a los hermanos Wandrei como para no tener que trabajar nunca más. Donald Wandrei volvió a St. Paul y se diluyó en las sombras del pasado, tras consumir una vida insatisfecha.

# CAZA DEL HOMBRE

# DONALD WANDREI

Una luz, indirecta iluminaba suavemente la superficie pulida de la mesa de nogal que separaba a los dos hombres. Uno de ellos sujetaba una automática. La luz se reflejaba sobre el cañón azulado, y suavizaba el rostro tenso de su propietario. El arma se antojaba incongruente con su portador. Se trataba de un hombre tranquilo, al final de la treintena, de cabello abundante rojizo oscuro, hirsuto y espeso. Él mismo parecía enjuto, como con la fuerza oculta del corredor de fondo, pero en su rostro se dibujaban unas líneas de cansancio y tensión, como si hubiese llegado al fin. Un hombre tranquilo. Alguien dijo una vez que era mejor no tener encontronazos con hombres como aquél.

El otro hombre pensaba en aquel comentario y se lamentaba de su retraso. Demasiado tarde. Una semana más y habría estado a salvo. Pero allí estaba, atrapado en la mismísima casa del hombre al que había engañado traicionado. Sus nudillos estaban blancos sobre la madera de nogal. También él estaba tan tenso como un muelle a punto de saltar. Sus pequeños ojos, tan carentes de brillo como los de un pez muerto, vigilaban el arma como un halcón. La punta de su nariz se estremecía como la de un sabueso olfateando su pista.

Se escuchaba una especie de tictac a lo lejos, un sonido apagado que tenía el efecto acumulativo de un tom-tom en el opresivo silencio que les rodeaba.

—Uno de nosotros debe morir —dijo el hombre de la pistola. Habló como si estuviera recitando una frase hecha, sin ningún tipo de entonación. Sus ojos de color gris pizarra eran sombríos y le miraban fijamente, sin pestañear. Para Leonard Sape, aquellos ojos eran terribles. Los había mirado tiempo atrás al otro lado de la mesa de conferencias y de la mesa del almuerzo. Había visto cómo lo observaban en su mesa de trabajo. Había contemplado durante días aquella figura austera y dura que los portaba con una tranquila seguridad. Aquellos ojos no albergaban ahora ninguna duda. La automática que le apuntaba era real. Y Leonard Sape sabía que las palabras que acababa de escuchar eran ciertas, sin ningún tipo de intención melodramática.

Baird Walker habló de nuevo. No era de los que le daban al pico con frecuencia y jamás mantenía largas conversaciones, pero entonces pronunció el párrafo más largo que Sape había oído jamás salir de su boca. Y cada sentencia sonaba como una condena. Sus ojos se estrecharon aún más. Se pasó la mano por el cabello, tan amarillo como la piel de un plátano. Su cerebro trabajaba apresuradamente bajo los párpados medio cerrados que casi ocultaban unos ojos de color azul pálido. Pero incluso su vivo genio no era capaz de sacarle del enredo al que le había llevado.

—Uno de nosotros debe morir, pero te voy a dar una oportunidad que tú nunca me has dado a mí ni a nadie —dijo Walker como el mismo frío tono de voz—. Te he descubierto gracias a ese telegrama trucado a nombre de mi esposa. Nadie sabe que estamos aquí, y aunque lo supieran me da igual. Ahora estamos a la par.

»He sido un ciego, Sape, ciego y estúpido. Jamás debería haberte dejado a cargo de la empresa mientras me tomaba esas largas vacaciones. He sido un estúpido al darte plenos poderes. Ya fui lo bastante tonto al hacer caso de la prescripción del médico que me recomendaba unas vacaciones, pero entonces no sabía que se trataba de tu hermanastro. Fui un primo al dejar que mi mujer se quedara después de pedírmelo insistentemente. Lo único que he hecho bien es volver de mis vacaciones una semana antes y descubrir la nota de mi esposa que se suponía que yo debería encontrar después de que vosotros dos estuvierais muy lejos de aquí. Las investigaciones privadas que realicé a continuación desentrañaron todo el asunto. Dentro de dos días, os habríais marchado.

»Has arruinado mi empresa. El día uno del próximo mes la bancarrota será inevitable. Y no hay ningún recurso legal. Los cheques son perfectamente válidos. Has escondido el dinero en una cuenta fantasma. En eso sí ganas.

»Mi mujer está en Reno arreglando los papeles del divorcio. Conseguirá lo que se propone, aunque sea gracias a su belleza. Y luego ambos os encontraréis, algún día, en algún lugar. También en eso ganas. No puedo probar nada. Todo lo que he descubierto es simplemente circunstancial, no tengo pruebas de lo que habéis estado tramando durante mi ausencia.

»Me has arruinado financieramente y has roto mi matrimonio. Cuando todo se sepa, mi crédito y mi buen nombre también desaparecerán. Sólo al volver una semana antes de lo previsto he evitado que tu plan sea un éxito rotundo. Me has quitado todo lo que más valoro: el hogar, la seguridad, mi nombre.

»Ahora estás aquí, Sape, en mi casa, y no hay ninguna otra edificación en casi un kilómetro de distancia en esta parte de Long Island, ni ninguna manera de que puedas conseguir ayuda. Es tu ingenio contra el mío, en terreno neutral. Sólo uno de nosotros saldrá vivo de esta casa.

El hombre de pelo rubio intentó mostrarse tan calmo como su acusador. Se trataba de un enfrentamiento. Lo sabía. No valía de nada negar los cargos. Walker jamás actuaba a no ser que estuviera completamente seguro. Si al menos no le apuntara con aquella desagradable pistola, pensó Leonard. Le ponía nervioso. Encendió un pitillo con innecesario cuidado.

—Se trata de un asesinato, ¿no?

—No. Un juego. A lo mejor has oído hablar de él: Oculto en la Oscuridad. Ya jugaste contra mí, a mis espaldas, y ganaste. Ahora jugaremos de nuevo, pero en igualdad de condiciones.

»Esta casa está bien protegida. Todas las ventanas están enrejadas, todas las puertas, cerradas. Ayer puse un candado de tiempo en la puerta principal. Está

programado para el amanecer, a las cuatro y nueve. Cuando sea exactamente esa hora, la cerradura se abrirá automáticamente. Hasta entonces, como sin duda sabes, tan sólo la nitroglicerina podría abrir una puerta de acero con un candado de tiempo. A las cuatro y nueve minutos el mecanismo encenderá una pila de desperdicios en la habitación que hace las veces de almacén. A las cuatro y diez, el fuego llegará hasta los explosivos que arrasarán todo el interior. Después, las llamas destruirán todo lo que aún quede en pie.

Sape exhaló una nube de humo. Se le marcaban los pómulos, tensos y blanquecinos.

—¿Y luego qué?

—Uno de los dos saldrá fuera en el transcurso de ese minuto entre las cuatro y nueve y las cuatro y diez. El otro estará muerto.

—En el sótano, en una mesa que hay al fondo, encontrarás una linterna y una pistola cargada. Ve a por ellas y tómalas. Cuando te oiga bajar las escaleras del sótano, yo subiré a la parte delantera del edificio, donde hay otra linterna. Ambos emplearemos el mismo tiempo en encontrar las linternas. Entonces empezará el juego.

Sape aplastó el cigarrillo en un cenicero que había en la mesa.

—¿Supongo que se trata de algo parecido al «escondite»?

—Si quieres llamarlo así. Puedes esconderte, tratar de salir de la casa o emboscarme. El que primero vea al otro intentará matarle de un disparo. Si ninguno de los dos ha encontrado al otro cuando sean la cuatro y nueve, entonces ambos moriremos cuando la puerta se abra. Uno, o los dos, debe perder. Sólo uno puede escapar.

Sape encendió un segundo cigarrillo. Su mente se iba iluminando en la misma medida en la que el color desaparecía de su rostro. Los largos años de sociedad con Walker le habían hecho conocer bastante bien el carácter de superioridad del hombre de ojos grises. Sabía con absoluta certeza que Walker no estaba bromeando ni era un loco. Tenía que salir de este embrollo de alguna manera, al igual que había salido de muchos otros en el pasado. Por suavizar un poco las cosas, eso era exactamente lo que tenía que hacer. Había hecho una apuesta muy arriesgada. Aún podía ganar… y mañana. Si había algún mañana. Pero esta noche…

—¿Cómo sé que me vas a dar las mismas oportunidades? —preguntó.

—No lo sabes. Yo lo digo. Tendrás que aceptar mi palabra en todo lo que te he dicho.

—Supongo que será inútil intentar llamar por teléfono.

—Completamente. Los cables están cortados.

—No conozco la casa tan bien como tú. ¿No habrá panales falsos ni pasadizos secretos?

—Ninguno

—He olvidado la disposición de la casa. ¿Me la podrías enseñar por encima para

refrescar mi memoria?

—Lo siento pero no. Últimamente has estado aquí demasiadas veces como para que se te haya olvidado tan pronto. En la planta del sótano se encuentran la bodega, el cuarto de las calderas, el lavadero, el cuarto del gasóleo, el taller, el almacén y la despensa. El almacén está cerrado. Allí empezará el fuego.

»En esta planta se encuentran el salón de baile, el cuarto de estar, el conservatorio, la biblioteca, el comedor, la sala de fumar, la cocina, la despensa y el invernadero. Arriba están los dormitorios principales, ocho en total, y los aposentos de los criados. La buhardilla está clausurada. Estaremos limitados al sótano, esta planta y la del segundo piso.

Sape aplastó el cigarrillo con el tacón de su zapato. Examinó con ojos distraídos la pistola. No vio ninguna posibilidad de poder hacerse con ella por las bravas.

—¿No hay nada que me impida golpear una puerta o ventana si quiero hacerlo?

—Tú sabrás. Por supuesto, el ruido me indicará tu posición y no podrás escapar. ¿Quieres saber alguna otra cosa antes de que comencemos el juego?

Los ojos de color pizarra se posaron en él pesadamente.

—La luz ¿tiene que estar encendida o apagada?

—Apagada. Los interruptores se encuentran a la derecha de las puertas. Puedes encenderla cuando quieras, o puedes usar la linterna, o puedes apañártelas en la oscuridad. No necesito recordarte que la luz es traicionera, ¿verdad?

—Esto ha ido demasiado lejos, Walker, no puedes seguir con esta farsa. ¿Qué vas a conseguir? Encontrarán un cuerpo bajo las ruinas, sospecharán que algo está mal y descubrirán la bala, y entonces empezará una investigación en toda la regla.

—Ya lo he pensado. Vacíate los bolsillos.

Sape ya se lo imaginaba. Obedeció a regañadientes. Walker se vació los suyos. Cuando sobre la mesa había dos montoncitos de objetos personales, incluyendo los relojes de ambos, ordenó a Sape que diera un paso atrás. Cambió ambos montones.

—Ahora yo tengo tus cosas y tú las mías —dijo con frialdad—. Si yo muero, se creerán que el cuerpo es el tuyo, y comenzarán a buscarme a mí mientras tú escapas como tenías planeado. Si mueres tú, pensarán que es mi cuerpo y te buscarán a ti mientras yo me las ingenio para desaparecer.

—Estás desquiciado, Walker, hablemos con tranquilidad del asunto. Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo sin derramamiento de sangre —Sape empezó a suplicar.

Pero no había ningún signo de esperanza en la expresión sombría y gélida que se dibujaba en el rostro de Walker.

—Si no tienes más que decir —esperó—, declaro comenzado el juego.

Sape tembló visiblemente. Sus nudillos se pusieron blancos, como si los huesos estuvieran a punto de aparecer entre la piel. El lejano tictac sonó curiosamente fuerte.

—Vamos, Walker, no pienso seguir esta broma de mal gusto…

—Tienes diez segundos para empezar a andar. Es tu única oportunidad. Si no lo

haces te pegaré un tiro, ahí mismo. Has estado engañándome a escondidas, me has quitado, me has robado todo. Ahora, los dos vamos a movernos en la oscuridad también, pero en igualdad de condiciones. Por lo menos, te doy una oportunidad. Vete.

Sus palabras terminaron en una especie de susurro cortante que hería más que un rito, tan lleno estaba del tormento, del dolor, de la amargura del hombre que una vez había confiado en él y al cual había arruinado la vida.

Leonard Sape miró aquellos ojos agónicos. Eran como dos carbones. Tan implacables como la muerte. La expresión que se dibujaba en aquel rostro rígido y marmóreo le hizo reaccionar más que cualquier palabra. Retrocedió hacia la parte trasera del cuarto, buscando con desesperación una vía de escape. No la había. Walker le observaba, indicándole que fuera por la puerta del sótano. Sape palpó la pared hasta encontrar el interruptor de la luz y, aún fascinado por aquel rostro sombrío, dio media vuelta y descendió precipitadamente por los escalones presa del pánico. Sospechaba algún tipo de trampa. Conocía la casa bastante bien.

Conocía todas las plantas casi tan bien como su propietario. La había visitado con frecuencia los últimos dos meses… Al instante rechazó el pensamiento, recriminándose a sí mismo. Iba a pagar el precio de tanta locura.

Encontró la linterna y el arma. Temiendo ser descubierto o cogido por sorpresa, apagó las luces con un movimiento brusco.

Permaneció completamente quieto durante un rato, en medio de la oscuridad, escuchando, intentando oír el más mínimo sonido, aguardando a que sus ojos se acostumbraran a las tinieblas. No pudo escuchar nada más que su propia respiración y el golpear rítmico del corazón. La oscuridad seguía siendo absoluta. No podía distinguir ninguna cosa. Lo intentó con tantas fuerzas que pronto comenzó a ver reflejos imaginarios de luz danzando en las tinieblas. Le daba miedo el monótono tictac. Los segundos y los minutos volaban con rapidez.

Se le ocurrió pensar que aquel tictac podría delatar su posición. Sabía que las ropas amortiguaban el débil sonido del reloj, pero su sentido del oído se encontraba extrañamente sensible y el miedo prevaleció a la lógica. Con gran lentitud y sigilo sacó el viejo reloj de Walker del interior de su bolsillo, y lo dejó encima de la mesa. El tictac se hizo más fuerte. ¿Y si Walker le acechaba al borde de la puerta que daba a las escaleras del sótano? La oscuridad y el silencio alteraban sus nervios. Los destellos de luz volvieron a danzar delante de sus ojos.

Se arrodilló y desabrochó los cordones de los zapatos, sintiéndose a salvo al tocar el suelo con los calcetines. Sobre todo, tenía que permanecer en silencio. De repente se le ocurrió algo, ató ambos cordones entre sí y se echó los zapatos al cuello. La lógica le decía que Walker aún no había tenido tiempo de llegar al sótano. Sin embargo, cuando dirigió la luz de la linterna, en un rápido arco, sobre la zona de los escalones, se hizo a un lado como medida de precaución. No sucedió nada. Todo estaba despejado. Las tinieblas lo envolvieron de nuevo.

Con la escena claramente dibujada en su cerebro, caminó sigilosamente en dirección a las escaleras. Se paró delante del muro de abajo y escuchó durante un lapso de tiempo que parecía un siglo. No se oía nada. Tras convencerse al fin de que Walker no estaba en las escaleras, levantó la linterna todo lo que pudo, y luego, agachando la cabeza, apretó el interruptor al mismo tiempo que levantaba los ojos para echar un rápido vistazo. Había oído que si alguien disparaba desde arriba, generalmente solía apuntar un poco por encima del blanco.

Las escaleras estaban despejadas. La puerta seguía cerrada.

Andando ahora con mayor rapidez, subió los escalones, dejó los zapatos en el umbral de la puerta superior y volvió corriendo al sótano. Respiraba con menos dificultad. Todas las puertas de la casa se abrían hacia adentro. Si Walker abría la puerta del sótano, golpearía con ella los zapatos y su sonido le alertaría.

Siempre atento a cualquier ruido de aproximación, Sape pasó la siguiente media hora en una cuidadosa exploración de la planta inferior. Investigó todos los rincones hasta admitir la derrota. Había cuatro ventanas pequeñas, todas ellas selladas por recios barrotes de acero. Aunque dispusiera de una lima, le llevaría horas de duro trabajo poder abrir una brecha, más de las que faltaban hasta el amanecer. Y no tenía ninguna lima. Tampoco había ninguna barra, ni pica, ni ninguna clase de herramienta que pudiera usar para hacer palanca. Walker lo había planeado con sumo cuidado. Parecía no haber olvidado ni el más mínimo detalle.

Sape perdió muchos minutos examinando vanamente la puerta del almacén con la esperanza de encontrar algún medio de entrar o inutilizar el mecanismo de encendido. La puerta de acero era infranqueable. No podía hacer absolutamente nada más que disparar a través de una pequeña rejilla que había en el medio. Con sólo seis balas en el cargador, era prácticamente imposible que pudiera acertar a desconectar el programador de encendido. No podía arriesgarse. Además, el aire estaba tan saturado de los efluvios de la gasolina que sería bastante fácil que, al disparar, se produjera prematuramente el encendido o, incluso, la explosión.

Examinó la caldera y las salidas de humos. Ninguno de los tubos, aberturas o ventiladores eran lo suficientemente grande para dejarle pasar.

Al pasar delante de la mesa, dirigió el haz de luz sobre el reloj de Walker. Eran las once pasadas. Le quedaban menos de cinco horas para intentar escapar, o para encontrar a Walker o que éste le encontrara.

Por primera vez la desesperanza hizo presa en él. No creía que los minutos pudieran pasar con tanta rapidez. Es más, tan sólo había tenido tiempo de comprobar que en el sótano no existía ninguna vía de escape. Walker lo había planeado bien, endiabladamente bien. La casa era una trampa y el juego mortal no había hecho más que empezar.

¿Dispondría de tiempo suficiente para investigar el resto de la mansión antes del amanecer?

No conseguiría nada quedándose en el mismo sitio, con la esperanza de que

Walker no le encontrara. Walker era listo. No vendría hasta aquí a buscarle. Entonces Sape estaría condenado en cuanto llegara la aurora, ya que no tenía ninguna posibilidad de alcanzar la entrada principal antes de que se produjera la explosión. Su rostro se cubrió de un sudor frío. Tembló. Su mente hizo que la habitación se llenara de invisibles Walker que le acechaban. Las bellas facciones de su esposa se dibujaban delante de él con muecas de burla. Maldijo para sus adentros. El frío se arrastraba desde los cimientos de hormigón y atravesaba los calcetines que cubrían sus pies. Tan sólo pudo salvaguardar su control gracias a un poderoso ejercicio de autodominio. Tenía que mantenerse atento. Tenía que actuar con un cuidado metódico.

El silencio y la oscuridad que envolvían el sótano eran espeluznantes. Los latidos de su corazón le parecían inusualmente fuertes gracias a la intensidad de su vigilia. ¿O acaso era el reloj marcando los segundos? Un curioso cambio le hizo confundir su sentido del tiempo. Cada minuto era como un siglo de lenta espera y, sin embargo, al mismo tiempo, parecía volar con la rapidez del viento, acercándole cada vez más a la salida del sol. Esta extraña combinación de rapidez y lentitud le desquiciaba. Durante un momento, le daba la sensación de que el tiempo no existía, al rato le entraba el pánico al descubrir que había pasado inadvertido.

¿Estaba esperándole Walker al otro lado de la puerta del sótano?

Escuchó durante uno, cinco, diez minutos, sin moverse. Después de poner los zapatos un escalón más abajo, aguzó el oído intentando descubrir algún sonido.

Abrir la puerta fue la decisión más dura que jamás había tomado.

Abrió lentamente la manija y tiró suavemente de la puerta hasta que estuvo un poco abierta. Con el pulso latiéndole fuertemente y la pistola lista, intentó vislumbrar algo a través de la rendija. Afuera estaba tan oscuro como en el interior. Seguía sin detectar ningún sonido.

*¡Clonc!*

El repentino tañido hizo pedazos su autocontrol. La pistola se agitó en sus nerviosas manos hasta que se dio cuenta de que se trataba de la campana de un reloj de pared. Tembloroso y agitado esperó a que diera la hora. Cuando llevaba seis campanadas se le ocurrió una idea. Abrió del todo la puerta y, agachándose como un gato, atravesó el umbral. Dominado temporalmente por el pánico, sin saber qué dirección tomar ni atreverse a utilizar la linterna, esperando escuchar en cualquier momento el estampido de la pistola de Walker, se arrastró a ciegas hasta la cocina. Estaba acurrucado en una de las esquinas cuando el reloj acabó de dar la última campanada de las doce.

El eco de la última nota desapareció. El silencio era de nuevo absoluto. Curiosamente, ya no sudaba por la frente, y sus ojos le escocían de tanto esforzarse por ver algo. Pronto distinguió la silueta de las ventanas, aunque no había luna y la luz de las estrellas era tan tenue que apenas servía de algo. Pero se convenció a sí mismo, a pesar de lo poco que podía hacer y de lo desesperado que se sentía, de que estaba solo. ¿Dónde se hallaba Walker? Sape intentó ordenar sus pensamientos. La

escalera del sótano terminaba justo al lado de los escalones posteriores que subían a la segunda planta. Intentó ponerse en el lugar de Walker. Seguramente él no se había quedado en el segundo piso, ya que ambos sabían la posición del otro. Walker tenía que estar en alguna parte de la planta principal, o en las escaleras. Había muchas posibilidades de que Walker evitase las escaleras posteriores debido a su proximidad con el sótano. Lo más probable era que, si Walker se había desplazado, estuviese en algún lugar próximo a la escalera principal. Siempre y cuando no le hubiera engañado o utilizado alguna salida secreta.

Lo más inteligente era ir por la escalera trasera, pero antes exploró la cocina. Allí también estaban cerradas todas las puertas y había fuertes verjas de acero en las ventanas. Difícilmente una prisión sería más infranqueable que esta casa. Prisión… El pensamiento le produjo un nuevo escalofrío. Y sin embargo, no había hecho nada malo. Nada por lo que pudiera ser legalmente acusado. Pero allí estaba prisionero, como si le rodeasen los muros de Sing Sing.

Escuchó durante largo rato a los pies de la escalera. Lo único que tenía que hacer era esperar a que Walker llegara, o a que el cerrojo de tiempo de la puerta principal se abriera. Un pasillo comunicaba directamente la cocina con la puerta de salida. Podía atravesarlo en muy pocos segundos. Además, cuando la luz grisácea del amanecer hiciera acto de presencia, podía vigilar las entradas a las otras habitaciones y la escalera principal desde el lugar en el que se encontraba. Si al final era una cuestión de tiempo y rapidez, tenía una pequeña desventaja en cuanto a la distancia, pero su posición era idónea para disparar.

La vigilia era dura… Escuchando el golpeteo del reloj… Tratando de descubrir el ruido de pisadas o de cualquier sonido que pudiera ser producido por un ser humano… Siempre al borde de una tensión que podía explotar en cualquier momento… Además, a lo mejor podía encontrar otra salida abajo, a lo mejor incluso podía descubrir una posición aún mejor.

Empezó a erguirse lentamente en la oscuridad, amortiguando sus pasos sobre la espesa alfombra. Agradecía su protección, hasta que se dio cuenta de que Walker también contaba con ella. Se paró al llegar al descansillo que torcía a la derecha, justo a mitad de camino, aguzando el oído en medio de la oscuridad y el miedo, y tuvieron que pasar muchos minutos antes de que se decidiera a seguir subiendo.

Algo rozó su tobillo en el siguiente escalón.

Sus dedos bailaron alrededor del gatillo, un sudor frío le cubrió la frente y el corazón comenzó a latirle desbocadamente. Se le inflamaron los ojos por el esfuerzo al intentar ver algo mientras esperaba el chasquido de una pistola. Incapaz de aguantar más aquella situación, encendió la linterna y alumbró sus pies.

Había un cordel atado a través de la escalera.

—Muy listo —pensó, aunque sus manos temblaban y tenía los nervios a flor de piel. Uno de los extremos de la cuerda estaba atado al mango de una sartén llena de pequeños objetos metálicos colocada en el borde del escalón—. Un poco más de

fuerza y habría delatado mi posición.

Pasó por encima de la trampa con sigilo. Estuvo a punto de volverse atrás, pero la luz de su linterna parecía haber pasado inadvertida y la existencia de aquel cordel probaba que Walker se encontraba en otro sitio. Siguió andando con enorme cautela.

Al llegar al final de la escalera, Sape volvió a detenerse en busca de algún sonido sospechoso. A su izquierda, lo sabía bien, se encontraba el dormitorio principal, el dormitorio de Walker. El vestíbulo estaba tan negro como la tinta. No podía ver nada. Arrastrándose sigilosamente por el suelo, pudo descubrir tanteando con los dedos que la primera puerta estaba abierta. Sintió un alivio momentáneo. Aquélla era la habitación en la que Walker había empezado, y el lugar más improbable de toda la casa en el que ahora pudiera encontrarse.

Sape se irguió lentamente. El corazón le latía apresuradamente. Tenía el oído inusualmente aguzado. Pero cualquiera podía haber escuchado el repentino susurro que se produjo en medio de la oscuridad, al otro lado de la habitación. Se quedó completamente helado. La sangre latía en sus venas, la excitación le devoró y casi fue bienvenida al ocupar el lugar de los nervios que le atenazaban llegado el momento de la verdad. La muerte no sería peor que aquella terrible y angustiosa caza del hombre en la oscuridad. Se arrodilló y apuntó el arma en dirección al sonido.

Volvió a escuchar aquel susurro escalofriante y una ráfaga de aire le rozó. Acostumbrado a la oscuridad total, sus ojos pudieron distinguir los contornos alargados de una ventana. La persiana estaba levantada, y la brisa nocturna ondulaba las cortinas produciendo un suave murmullo.

Se sintió engañado. Comenzó a temblar con violencia, los nervios rotos. Había encarado con frialdad un peligro inmediato, pero aquella espera interminable por una confrontación que podía darse en unos minutos o en varias horas estaba destrozando su control. La oscuridad, la culpa, el miedo, la expectación, aunque le mantenían alerta, también le hacían perder los nervios.

Sin embargo, aún atinó a preguntarse por qué la puerta de la habitación permanecía entreabierta. Sospechando algún tipo de trampa, se arriesgó a alumbrar con su linterna.

Los zapatos de Walker estaban en un equilibrio precario encima de la puerta.

La más mínima presión sobre la hoja habría hecho que cayeran golpeando al suelo. Sape los quitó con gran sigilo. Cualquier actividad le ayudaba a recuperar su control. Puso los zapatos sobre la cama antes de cerrar la puerta. Se tomó su tiempo en pasar el pestillo, intentando no hacer ningún ruido para no alertar a Walker. Por lo menos ahora podía usar libremente la linterna. Todas las ventanas tenían sus correspondientes rejas.

Jamás ningún hombre se ha sentido tan ansioso o melancólico dentro de una prisión. La brisa nocturna venía cargada del salitre y la humedad del mar, y le refrescaba el rostro. Observó las estrellas, apenas visibles por la bruma que cubría la atmósfera. Una masa negra y susurrante de hojas delineaba el contorno de los robles

que se erguían un poco más allá. A lo lejos se oía el rugir monótono y rítmico de las olas, y el constante bullir del océano.

Los sonidos de los espacios abiertos; un viento húmedo del este azotó libremente su rostro. Decidió coger algún objeto contundente con el que golpear los barrotes. ¡Totalmente inútil! No había nada a mano, ni aunque tuviera todo el tiempo del mundo para buscar.

El tiempo… ¿Qué hora era? ¿Las dos? ¿Las tres? No lo sabía. Se dio la vuelta con gravedad, dispuesto a continuar su vigilia. Ejecutor o presa, cazado o cazador, ¿qué le tocaría ser a él? ¿Ambas cosas quizás?

Volvió a la puerta y tomó las precauciones de siempre antes de salir al pasillo sin iluminar. Caminó por la alfombrilla que había en el medio, ya que lo normal hubiera sido que marchara pegado a la pared.

A pesar de que avanzaba con sumo cuidado, tras dar media docena de pasos sintió un agudo dolor en el pie derecho. Emitió un leve siseo intentando que las palabras no salieran de su boca. Aterrado ante la posibilidad de ser oído, retrocedió renqueante hasta la habitación de Walker. A salvo tras cerrar la puerta, se examinó el pie a la luz de la linterna.

¡Chinchetas!

Intentó serenarse mientras se las iba quitando. Gracias a la suerte y al sigilo ya había conseguido superar tres trampas. Sería como tentar al destino el seguir merodeando por aquellas tinieblas tan oscuras como el carbón. Volvería a su posición original al pie de las escaleras y esperaría la llegada del amanecer. Ya no tardaría mucho. Escuchó al reloj dar una campanada de media hora mientras descendía.

Durante el resto de aquella noche, durante el resto de su eterna y, a la vez, breve vigilia, poblada de miedos y terrores a lo que se escondía en las tinieblas, su cerebro funcionó como una cosa aparte. Los pensamientos, las visiones imaginarias terminaron por imponerse a la realidad. La tortura a la que le sometían sus nervios desquiciados siempre estaba al borde de la línea entre la cordura y el colapso. La consecuencia de la oscuridad era el silencio, y la consecuencia del silencio era el miedo, el miedo incontrolable de los que se sienten culpables y atrapados, pero cuyo juicio se ha retrasado. Un soplo de viento, el crujido de un roble, el susurro de las cortinas, el rechinar de un tablón del suelo, todo ello se magnificaba por la sensación de que algo trágico iba a ocurrir.

Le dio por pensar que, a lo mejor, Walker también había decidido quedarse a la expectativa. Por la posición en la que estaban colocadas las trampas, era casi seguro que Walker se encontraba también en algún lugar próximo a las escaleras. Ahora ya no tenía valor para seguir acechando. El tañido regular del reloj al mismo tiempo le relajaba y aumentaba la desesperación que le hundía en los más profundos abismos del pánico y en los más oscuros pozos del miedo.

En algún lugar, en un momento determinado, bajo la terrible monotonía del tictac, dieron las cuatro; y con el desvanecimiento de la última campanada Leonard Sape

recordó que el acto final, la confrontación definitiva, era inminente. La impenetrable oscuridad comenzó a hacerse menos profunda, y los contornos de sillas, mesas y esculturas empezaron a tomar forma a la luz grisácea del amanecer. Hubo un silencio profundo y espectral, la quietud indescriptible que se desparrama por el mundo al llegar la aurora; un silencio lleno de presagios y suspense.

Aplastado contra una pared, vigilaba a través de la rendija abierta en la puerta de la cocina, intentando descubrir el más mínimo movimiento en el amplio corredor, apuntando la pistola en dirección al pomo de la puerta principal, cuando escuchó el sonido que con más terror había esperado, un *¡plaf!* repentino, violento y profundo que procedía del sótano, como el estallido de una nube de gas inflamable. Fue seguido de un chisporroteo siniestro.

¿Un minuto? Menos de un minuto. Los ojos se le salían de las órbitas mientras esperaba ver la figura de Walker corriendo hacia la puerta. El hombre debía de haber estado posponiendo su huida hasta el último momento, para tener una oportunidad de esquivar las balas de Sape y que éste no tuviera ninguna posibilidad de escapar. El sudor volvió a cubrir su frente. El horrible chisporroteo se incrementó. Los segundos pasaban y Walker seguía sin aparecer. Y ahora, aquella puerta se convirtió para Sape en el símbolo de la vida y la libertad, su única esperanza, y en el temor de una muerte cierta si se retrasaba. Eligió entre una muerte posible a manos de Walker, o la oportunidad de escapar, y echó a correr hacia la puerta como un conejo que huyera del fuego en la pradera.

A medio camino de la salvación, el suelo se levantó en una explosión de fuego rugiente. Las llamas brincaron todo alrededor, pero una oscuridad aún más profunda que la que le había acompañado durante toda aquella noche cubrió a Sape con un manto de misericordia y olvido…

Conduciendo por el campo, de camino a una nueva existencia con un nuevo nombre y otra personalidad, un hombre taciturno leía la noticia que daba cuenta de la destrucción de la mansión Walker. Habían encontrado el cuerpo de Baird Walker entre las ruinas. Baird Walker estaba oficialmente muerto.

—Me pregunto —pensó aquel hombre taciturno— si en algún momento intentó abrir la puerta principal para ver si estaba cerrada.

# ROBERT E. HOWARD

# [1906-1936]

Pocos discutirían que H. P. Lovecraft es (o era, dependiendo del punto de vista de cada cual) el maestro supremo del cuento de terror en el siglo XX. Sin embargo, debido a que su obra deriva en gran medida del pasado y está firmemente arraigada en la tradición literaria de Edgar Allan Poe, no puede afirmarse que sus historias fueran experimentales, o que trajeran alguna innovación al género. El único escritor del Círculo de Lovecraft que puede presumir de haber influido en el futuro de la literatura sobrenatural —o más específicamente, en la fantasía heroica— es Robert E. Howard.

Los críticos han dicho que Howard revolucionó el género fantástico-terrorífico al mezclar elementos de aventuras, historia y horror sobrenatural, para dar lugar a la historia de espada y brujería. «Aunque haya cientos de vampiros, zombis, demonios, brujas, hombres-serpiente o hechiceros, sus héroes, como Conan, Kull o Solomon Kane, pueden enfrentarse a ellos con la fuerza de su espada, y la evocación de lo sobrenatural tan sólo es algo casual en la mayor parte de los cuentos de Howard; la crónica y la descripción de esas titánicas aventuras es la fuerza motriz de los relatos de Howard». Así se describe en una enciclopedia la entrada que hace referencia a Howard y sus escritos.

Esas «aventuras titánicas» se desarrollan en distintas regiones y escenarios: África, tierras míticas, los pantanos plagados de serpientes de Luisiana y el sur de Norteamérica, leyendas célticas, Sudamérica y cualquier otro lugar que tuviera cabida en su imaginación. No le importaba mezclarlo todo en un popurrí de pesadillas, fantasmas, vudú, asesinato, licantropía, lo sobrenatural, horror y otros diversos elementos si todo ello contribuía a elevar el clímax de la historia; o cambiar lo que en un principio era un cuento convencional de vaqueros, en el que el protagonista huía del sheriff, para descubrir luego, dentro de una cueva subterránea, una raza perdida de demonios que había llegado del espacio exterior, o de otra dimensión. Nunca sabe uno a ciencia cierta por qué Howard se inventaba semejantes situaciones para estirar los límites del género.

Robert E. Howard fue un escritor relativamente prolífico de las revistas *pulp*. En tan sólo once años, de 1925 a 1936, vendió 160 relatos y novelas cortas, incluyendo varias series. Casi la tercera parte, la mayoría fantasía heroica y espada y brujería, aparecieron en *Weird Tales*. Las aventuras protagonizadas por Conan el Bárbaro, que décadas después fueron llevadas al cine encarnadas por el actor Arnold Schwarzenegger, fueron de las más populares de Howard, a pesar de que en aquella

época se las comparaba con las tiras de cómics, en cuanto a calidad literaria. Entre 1930 y 1936, la obra de Howard era más numerosa que la de Seabury Quinn en la revista *Weird Tales*, y eso que Quinn fue el escritor que más publicó en la revista. Pero a los lectores no les importaba que Quinn fuera un escritor más cuidadoso y disciplinado, tan sólo querían dejarse arrastrar a las aventuras más salvajes de sus vidas de mano de la pluma de Howard.

A pesar del tosco estilo de Howard, jamás dejó de evolucionar en su escritura. Fue un escritor autodidacta; careció de la disciplina de una educación formal (cosa de la que se arrepentía con frecuencia), pero era una persona inteligente y un gran lector. Cuando no estaba metido en alguna de sus extravagantes aventuras fantásticas, escribía historias de boxeo y relatos del Oeste. Estos últimos eran una mezcla de las típicas historias de pistoleros y una buena dosis de humor. Aunque muchas veces fallaba a la hora de situar geográficamente sus relatos; incluso se servía de su propio entorno para las historias del Oeste. Tampoco puso mucha atención a la hora de describir las diferentes formas de hablar de sus personajes. Sus diálogos eran forzados o excesivamente cursis, lo cual hizo que no pudiera vender sus cuentos a otros editores que pagaban mejor dentro del mercado de literatura *pulp*.

A principios de los treinta, Howard consiguió los servicios de un agente literario llamado Otis Adelbert Kline. Kline era un respetado escritor *pulp* que se había convertido en uno de los mejores vendedores de manuscritos del negocio. Convenció a Howard para que escribiera historias del Oeste ya que los editores las demandaban. Esto agradó mucho a Howard, ya que en los últimos años de su vida había desarrollado una enorme pasión por la historia de Texas y de la frontera. Se suele comentar mucho que, durante este periodo, Howard reescribió un buen número de cuentos de espada y brujería, que estaban sin vender, convirtiéndolos en historias del Oeste al cambiar, tan sólo, los nombres de los personajes y de los lugares en los que se desarrollaba la trama. A veces, si el elemento sobrenatural del cuento era bueno, lo mantenía, creando así otros géneros aún más híbridos.

Además de estos 160 relatos publicados, Howard dejó otros ochenta manuscritos inéditos, algo de poesía y cuadernos de notas, y un montón de cuentos inacabados que fueron completados por otros escritores, como L. Sprague de Camp y Lin Carter. La mayor parte de los cuentos que quedaron sin vender también fueron finalmente publicados. Aunque Howard vendió bastantes relatos, sus ganancias no eran muchas. Entre 1925 y 1929 las ventas le aportaron un total de 1.300 $. De 1930 a 1934, la media era de 1.000 $ al año; y entre 1935 y 1956, ganó unos 2.000 $ al año; es decir, algo más de 10.000 $ durante toda su carrera literaria. No vivió lo suficiente para cobrar los 1.350 $ que *Weird Tales* le debía; otras varias revistas *pulp* para las cuales había escrito en los primeros años, también quebraron antes de pagarle.

L. Sprague de Camp escribió que August Derleth fue el primero en hacer un intento serio para rescatar a Howard del olvido, primero con *Skull-Face and Others* (1946), una antología de 475 páginas, y su colección de poesía *Always Comes*

*Evening* (1957), y finalmente con otra recopilación de cuentos, *The Dark Man and Others*, en 1963. Este último incluía «Las Palomas del Infierno», que fue adaptado con éxito para la serie de televisión *Thriller*, en los sesenta, y del cual un crítico dijo: «La historia de Howard es una amalgama de pesadillas grotescas, fantasmas, vudú, asesinato, hipnotismo, e incluso con un toque de licantropía, mezclada con los mitos gaélicos y los cuentos de hadas que escuchamos en la niñez». Durante los siguientes años se sucedieron muchas otras recopilaciones, reediciones y traducciones, hasta hacer un total de dos millones de ejemplares vendidos. Si Howard hubiese vivido más y seguido escribiendo, con toda seguridad no habría tenido problemas financieros. En el prólogo al libro *Skull-Face and Others*, de Howard, E. Hoffman Price escribe: «Howard era totalmente natural, instintivo e impulsivo a la hora de expresarse. No era consciente en cuanto a la forma o la técnica. Decía que, o la historia era buena desde el principio, o si no la hacía pedazos; decía que casi la mitad de lo que había escrito le había sido devuelto, pero que eso no le preocupaba, ya que lo único que tenía que hacer era escribir dos o tres veces más de lo que esperaba vender, ¡y así lo arreglaba todo!».

Añade Price: «No tenía paciencia para las sutilezas. Le gustaban los héroes robustos y bien armados. —Son simples —solía decir—. Les pones en un aprieto y nadie espera que te devanes los sesos inventando alguna complicada salida para que salgan del apuro. Son demasiado estúpidos para hacer otra cosa que no sea dar tajos, disparar o liarse a tortas entre ellos mismos».

Este acercamiento a los caracteres y tramas de la obra de Howard pone de relieve su falta de madurez emocional para conseguir que sus personajes traspasaran los clichés del típico héroe invencible. Según De Camp, Howard se veía a sí mismo como poseedor del mismo tipo de coraje. Al recordar su primer encuentro con Howard en 1954, E. Hoffman Price se dio cuenta de que el joven tenía algún tipo de paranoia; estaba convencido de que cientos de enemigos le acechaban por los alrededores de la pequeña ciudad de Cross Plains, Texas, lugar en el que vivía, y jamás iba a ningún sitio sin la compañía de un revólver atado a su cintura o en una funda debajo de la axila. Esa paranoia probablemente fuera debida a ciertos problemas que Howard tuvo durante su juventud.

Nació el 22 de enero de 1906, en el pueblo de Peaster, Texas. Su padre, el doctor Isaac Mordecai Howard, un médico fronterizo, trasladó a su familia varias veces a lo largo de Texas y Oklahoma, antes de instalarse en Cross Plains en 1919. L. Sprague de Camp, en su biografía sobre Howard en *Literary Swordsmen and Sorcerers* (AH, 1976), escribe:

«De niño, Robert Howard era enclenque y un ratón de biblioteca. Para juzgar sus posteriores actitudes y conducta, debió de haber tenido al principio, como en el caso de H. P. Lovecraft y muchos otros escritores, una personalidad un poco esquizofrénica… cuando a un carácter tan introvertido se le unen un cuerpo raquítico y un gusto exagerado por los libros, el individuo en cuestión puede ser el blanco de

toda clase de burlas. Para un chico tan desafortunado, la vida es como una jungla… Todos los días son una serie de encuentros terribles con monstruos esclavizantes y torturas inquisitoriales… En una ciudad, Howard intentaría no salir de su territorio para poder evitar así el encuentro con algún grupo de gamberros. Durante aquel tiempo su madre le leía muchos libros, sobre todo de poesía. El resultado de aquella unión entre ambas personas, influyó de igual manera en la carrera literaria de Howard y en su trágica destrucción».

Mientras Howard fue madurando, se dedicó con constancia a coger peso, entrenarse en boxeo y otras calistenias. Pronto se convirtió en un fanático del deporte y la gimnasia, rellenando su metro y ochenta centímetros de altura con 90 kilos de músculo. Las burlas que había soportado durante tanto tiempo cesaron de inmediato, aunque él tampoco se dedicó a burlarse de los demás. Pero la niñez, según palabras de De Camp, le dejó una reminiscencia de cinismo y misantropía. «Siempre sintió rencor y un odio inmortal hacia todos aquellos que habían abusado de él». Howard también odiaba el colegio, a pesar de que no le resultaba difícil avanzar en los estudios; le disgustaba la rutina y la disciplina, y a los 15 años decidió que la escritura era la única tarea que le daría la deseada independencia y libertad. En 1921, aprovechando que el colegio público de Cross Plains sólo llegaba hasta el décimo grado, sus padres le enviaron a la Escuela Superior Brownwood durante un año. Volvió a casa por dos años, se empleó en trabajos bastante curiosos y comenzó a escribir. Luego se apuntó a la Academia Howard Payne, un centro de preparación para el Howard Payne College.

En 1927 dio varios cursos de tipografía, mecanografía, aritmética empresarial y leyes comerciales. Por entonces ya era bastante conocido en la revista *Weird Tales*. «Howard adoptó un punto de vista comercial acerca de su trabajo», escribe De Camp. Ello contrasta fuertemente con el estilo de amateur y caballeresco de Lovecraft, y su actitud de el-arte-por-el-arte. La mayoría de la ficción de Howard escrita entre 1924 y 1929 (incluyendo la poesía) no es muy buena, siendo rechazada con frecuencia. Sólo *Weird Tales*, una de las revistas *pulp* que peor pagaban, le procuraba ciertos ingresos, aunque siempre se retrasaba a la hora de enviar los cheques.

Howard era un hombre de sentimientos extremos. Era muy violento en lo que le gustaba y en lo que no, también era taciturno e introvertido, aunque con frecuencia irascible. Sus pocas amistades le veían como un hombre lleno de paradojas. August Derleth escribió acerca de él: «… vivía en un mundo casi creado por sí mismo». Para Howard, lo que leía e imaginaba era más real que lo que le rodeaba. Su apariencia externa era la de un tejano vigoroso, y con frecuencia se hacía fotografiar en poses de boxeo, incluso con los guantes, o blandiendo una espada como su creación Conan. Pero en su interior, era un joven lleno de problemas que tenía grandes dificultades para amoldarse a la cruda realidad de la vida.

Ya hay indicios en 1930 de que Howard comenzaba a hablar del tema del suicidio. Varios escritores que han investigado la vida de Howard aseguran que si su

padre, el doctor, hubiera sido más sensible a las necesidades familiares, podría haber observado la trágica obsesión de su hijo y haberle ayudado a evitar su acto final. Pero reconocen, al mismo tiempo, que es pura especulación. Con toda seguridad, Howard tenía un complejo de Edipo con su madre, a la que adoraba, y seguramente a causa de ello demostró muy poco interés en relacionarse con mujeres de su edad.

Cuando la salud de su madre empeoró drásticamente en 1934, Howard se encargó de llevarla a multitud de hospitales y clínicas, durante casi dos años, con la esperanza de conseguir un tratamiento adecuado al cáncer. También éste fue el periodo más intenso y productivo de la carrera de Howard. El trabajo médico de su padre se había visto afectado negativamente por la Depresión; los pacientes le pagaban con animales y productos de granja, de forma que Howard se encargó de pagar las facturas del hospital y hacer la mayor parte de las labores caseras.

En la mañana del 11 de junio de 1936, la señora Howard sufrió un colapso y entró en coma. Howard preguntó a la enfermera si volvería a recuperar la conciencia. La enfermera contestó: «Me temo que no».

Howard se sentó delante de la máquina de escribir y tecleó:

> Todo pasa… todo acaba, arrojadme en la pira;
> La fiesta ha terminado y las lámparas ya no lucen.

El joven salió afuera hasta el coche, sacó el revólver que llevaba y se disparó un tiro en la cabeza. Murió hacia las cuatro de aquella tarde. Su madre le sobrevivió hasta el día siguiente. Ambos fueron enterrados en el cementerio Brownwood.

La correspondencia de Robert E. Howard con August Derleth fue esporádica. Sólo quedan 32 cartas; tres eran de Derleth. La última carta que Derleth recibió de Howard data del 9 de mayo de 1936. Comienza de la siguiente manera:

«Realmente siento mucho lo de las muertes en tu familia. La muerte de la gente mayor es inevitable, y sin embargo, de alguna manera, con frecuencia pienso que es una tragedia mayor que la muerte de un joven. Cuando un hombre muere joven se evita muchos sufrimientos, pero los viejos sólo tienen la vida como su más preciada posesión, y de alguna manera me parece más triste y trágica esa pobre existencia que el saqueo de una vida si está llena del primigenio vigor. No quiero vivir para llegar a viejo. Quiero morir cuando llegue mi hora, rápida, repentinamente, en la flor de mi juventud y de mi vida».

Un mes más tarde llevó a cabo sus mórbidos deseos.

«Su suicidio», escribió E. Hoffman Price a Francis T. Laney en 1944, «no fue una acción generosa en relación al bienestar de su padre… fue el acto de una persona madura con la mentalidad de un chiquillo de 5 años acostumbrada a las armas de fuego y a la violencia».

# EL VALLE DE LO PERDIDO

# ROBERT E. HOWARD

Como el lobo que espía a su presa, John Reynolds acechaba a sus perseguidores. Permanecía agachado en un saliente de la colina, un odio salvaje latiendo en su corazón. Había cabalgado sin descanso; más arriba, detrás de él, por donde la apenas visible senda escalaba saliendo del Valle Perdido, le esperaba su caballo, con la cabeza gacha y agitado después de la larga cabalgada. Por debajo de él, a menos de ochenta metros, estaban sus enemigos, recién llegados tras haber asesinado a sus parientes.

Habían desmontado a la entrada de la Cueva Fantasma y estaban discutiendo entre ellos. John Reynolds los conocía a todos, y su odio era profundo y amargo. La negra sombra de las rencillas y las venganzas familiares les acompañaban desde hacía tiempo.

Estas disputas que tuvieron lugar en la recién creada Texas fueron ampliamente superadas, según las crónicas, por las de las montañas de Kentucky, aunque los primeros hombres que se asentaron en el suroeste procedían de la misma semilla que los montañeros. Pero existía una diferencia: en el país de las montañas, las rencillas se prolongaban durante generaciones, mientras que en la frontera de Texas solían durar poco, habitualmente eran feroces y terminaban en un baño de sangre.

La disputa entre los Reynolds y los McCrill fue larga, tanto como suelen ser en Texas: habían pasado quince años desde que el viejo Esau Reynolds apuñaló al joven Braxton McCrill hasta matarle con su machete en el bar de Antelope Wells, en una reyerta sobre derechos adquiridos. Durante quince años, los Reynolds y sus familiares —los Brill, Allison y Donnelly— habían estado en una guerra abierta contra los McCrill y los suyos —los Killiher, los Fletcher y los Ord—. Se habían producido emboscadas en las colinas, asesinatos en campo abierto y duelos a pistola en medio de las calles de pequeños pueblos ganaderos. Ambos clanes habían robado el ganado a sus enemigos. Ambos habían contratado pistoleros y forajidos a sueldo en sus filas, e impuesto un reinado de terror y caos en la vecindad. Los colonos estaban aterrorizados; la disputa había entorpecido enormemente el desarrollo y el progreso, haciendo retroceder la economía y deprimiendo toda la región.

Al pequeño John Reynolds le influyó mucho. Había crecido en medio de la disputa, y se había convertido en toda una obsesión. La guerra se había cobrado muchas víctimas entre ambos clanes, pero los Reynolds se habían llevado la peor parte. John era el último de los Reynolds en disposición de luchar, pues Esau, el viejo y fiero patriarca que había mandado el clan, jamás volvería a andar ni a montar a

lomos de un caballo, ya que tenía las piernas inválidas a causa de las balas. John había visto cómo sus hermanos habían muerto en las frecuentes emboscadas o en alguna de las batallas a campo abierto.

Ahora, el último golpe casi había acabado con el clan. John maldecía al pensar en la emboscada que les habían tendido en el bar de Antelope Wells; sus enemigos habían disparado sin previo aviso. Allí cayeron su primo, Bill Donnelly; el hijo de su hermana, el joven Jonathon Brill; su cuñado, Job Allison; y Steve Kerney, el pistolero a sueldo. Apenas sabía cómo había podido escapar sin daño entre la lluvia de balas. Habían estado tan cerca de atraparle que no tuvo tiempo de coger su propio caballo, sino el primero que se encontró: el potro de la mancha en el ojo, veloz aunque no muy resistente, que había pertenecido al difunto Jonathon Brill.

Había conseguido distanciar a sus perseguidores durante un rato y logrado alcanzar las colinas deshabitadas entre las que se abría el misterioso Valle Perdido, con sus laderas silenciosas y sus farallones de piedra desmembrados, en un esfuerzo por cruzar las colinas y llegar al territorio de los Reynolds. Pero el potro le había fallado. Le ató en la pendiente, a cubierto de las miradas desde el valle, y se arrastró un poco hacia abajo para ver cómo sus enemigos entraban en el valle. Eran cinco: el viejo Jonas McCrill, con esa mueca perpetua dibujada en sus labios; Saul Fletcher, el de la barba negra, que andaba medio cojo a causa de una caída del caballo que sufrió en su juventud; los hermanos Bill y Peter Ord, y el pistolero Jack Solomon.

La voz de Jonas McCrill rompió el silencio.

—Ya te dije que se había escondido en algún sitio del valle. Iba a lomos de ese potro que nunca ha sido demasiado resistente. Apuesto lo que sea a que no ha podido ir demasiado lejos.

—Bueno —sonó la voz de Saul Fletcher—, ¿a qué estamos esperando aquí? ¿Por qué no le cazamos?

—No tan deprisa —gruñó el viejo Jonas—. Recuerda que tan sólo se trata de John Reynolds. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Los dedos de John Reynolds se cerraron sobre la culata de su 45. Había dos cartuchos en la recamara cilíndrica. Sacó la boca del arma entre los arbustos que le protegían y amartilló el percutor. Entornó sus grises ojos hasta hacerse tan opacos como un trozo de hielo mientras apuntaba con el cañón del arma. Por un instante sopesó sus odios y eligió a Saul Fletcher. Todo su rencor se centró en aquel rostro brutal y barbudo, y en los pasos renqueantes que había escuchado aquella noche en la que yacía herido en el corral asediado por Saul y sus hermanos, con el cuerpo de su propio hermano acribillado a balazos junto a él.

John Reynolds apretó el gatillo y el eco del disparo quebró el silencio que imperaba en las dormidas colinas. Saul Fletcher se inclinó hacia adelante mientras la negra barba le colgaba sobre el pecho hasta caer de bruces boca abajo. Los demás, acostumbrados a las escaramuzas de la frontera, se ocultaron rápidamente detrás de las rocas, y los disparos de respuesta rebotaron ciegamente a lo largo de la cuesta. Las

balas pasaron a través de los matorrales, silbando por encima de la cabeza del asesino invisible. Más arriba, el potro, lejos de las miradas de los perseguidores, pero asustado por los disparos, relinchó nervioso, deshaciendo el nudo que lo sujetaba y huyendo colina arriba. El repiqueteo de sus cascos sobre las rocas se fue perdiendo en la distancia.

El silencio reinó por unos instantes, hasta que se oyó la voz enfurecida de Jonas McCrill:

—¡Os dije que estaba por aquí! Vamos o se nos escapará.

El viejo y larguirucho luchador salió de detrás de la roca en la que se había refugiado. Reynolds, sonriendo ferozmente, apuntó con cuidado; entonces, el instinto de autoconservación hizo que bajara la mano. Los demás también salieron de sus escondites.

—¿A qué estamos esperando? —aulló el joven Bill Ord, con lágrimas de rabia en los ojos—. Ese coyote acaba de disparar a Saul y seguro que huye al galope, y nosotros estamos aquí parados. Voy a… —se encaminó hacia su caballo.

—¡Lo que vas a hacer es escucharme! —bramó el viejo Jonas—. Os dije que fuerais con cautela, pero vosotros no me hicisteis caso y habéis actuado como una pandilla de zopilotes ciegos, y ahora Saul está muerto. Si no vamos con cautela, John Reynolds nos matará a todos. ¿No os dije que estaba aquí? Probablemente ha parado un rato para dar descanso a su caballo. No puede ir lejos. Va a ser una larga cacería, como ya os dije al principio. Dejémosle que se adelante. Tenemos que estar prevenidos contra cualquier emboscada. Intentará alcanzar las tierras de los Reynolds. Bien, pues nosotros le seguiremos con precaución, teniendo siempre a la vista su estela de polvo. Formaremos un semicírculo y él no podrá escapar, no con ese potro paticorto. No tenemos más que seguirle y alcanzarle cuando su caballo no pueda más. Y estoy seguro de hacia dónde se dirigirá, al Cañón del Caballo Ciego.

—Tenemos que hacer que salga —gruñó Jack Solomon.

—No —sonrió el viejo Jonas—. Bill, regresa a toda prisa a Antelope y coge seis o siete cartuchos de dinamita. Luego monta un caballo de refresco y sigue nuestro rastro. Si logramos alcanzarle antes de que llegue al cañón, todo irá bien. Si él consigue atrincherarse allí, esperaremos tu regreso y le volaremos en mil pedazos.

—¿Y qué hacernos con Saul? —masculló Peter Ord.

—Está muerto —gruñó Jonas—. Ya no podemos hacer nada por él. No hay tiempo de regresar.

Echó una mirada al cielo, que empezaba a cubrirse de puntitos negros. Luego dirigió su vista a la boca de la caverna cubierta con piedras que se abría en el acantilado rocoso por donde ascendía la senda.

—Quitaremos las piedras y le pondremos ahí —dijo—. Luego volveremos a sellarla y los lobos y buitres no podrán coger su cuerpo. A lo mejor pasan unos días antes de que podamos recogerle.

—Pero esa cueva está encantada —musitó Bill Ord, inquieto—. Los indios dicen

que si pones un hombre muerto en su interior, saldrá caminando por su propio pie a medianoche.

—Cállate y ayúdanos a llevar al pobre Saul —sentenció Jonas—. Es tu pariente, y su asesino pone tierra de por medio cada segundo mientras tú te dedicas a hablar de encantamientos.

Mientras transportaban el cuerpo, Jonas sacó de la pistolera el largo revólver de seis balas y se lo metió en su cinturón.

—Pobre Saul —masculló—. Está bien muerto. El disparo le ha atravesado el corazón. Muerto antes de llegar al suelo, lo reconozco. Bueno, ya haremos que ese maldito Reynolds pague por ello.

Llevaron el cuerpo a la entrada de la caverna y le dejaron boca arriba; después comenzaron a quitar las piedras que cegaban la entrada. Pronto estuvo despejada y Reynolds vio cómo lo metían en el interior. Salieron de inmediato, ya sin la carga, y montaron a caballo. El joven Bill Ord tomó dirección valle abajo y pronto desapareció entre los árboles, mientras que el resto golpeteaba entre los pedruscos de la senda colinas arriba. Pasaron a menos de treinta metros de su escondrijo y John Reynolds se aplastó a la tierra, temiendo ser descubierto. Pero no miraron en su dirección. Escuchó el repiqueteo de los cascos de los caballos sobre la senda rocosa, y después el silencio volvió a adueñarse del antiguo valle.

John Reynolds se irguió con cautela, mirando a su alrededor como un lobo acorralado, y luego se dirigió valle abajo. Tenía una idea muy precisa en la cabeza. Tan sólo disponía de una bala, pero en el cuerpo de Saul Fletcher había un cinturón repleto de cartuchos del calibre 45.

Mientras quitaba las piedras amontonadas en la boca de la caverna, se le vinieron a la mente todas esas curiosas y extrañas preguntas que la cueva y el propio valle siempre le habían sugerido. ¿Por qué los indios lo llamaban el Valle de lo Perdido, mientras que los hombres blancos se referían a él como el Valle Perdido? ¿Por qué los pieles rojas lo evitaban? Una vez una banda de kiowas que huían de la venganza de Granpie Wallace y sus *rangers* la habían habitado durante un tiempo con funestas consecuencias. Los supervivientes de la tribu habían escapado, y contaban extrañas historias de canibalismo, asesinatos, fratricidios, locura, vampirismo y matanzas. Más tarde, seis hombres blancos, los hermanos Stark, se instalaron en el Valle Perdido. Volvieron a abrir la caverna que los kiowas habían sellado. El horror cayó sobre ellos, y una noche cinco de ellos murieron a manos del sexto. El superviviente cerró de nuevo la entrada de la cueva y huyó hacia nadie sabe dónde. Se dice que un hombre llamado Stark dio con el resto de los kiowas que habían habitado en el Valle Perdido tiempo atrás y que, después de una larga charla con los indios, él mismo se había degollado con su machete.

¿Cuál era el misterio del Valle Perdido? ¿Nada más que una sarta de mentiras y leyendas? ¿Cuál es el significado de todas esas piedras resquebrajadas que, diseminadas a lo largo del valle, medio ocultas entre los matojos, guardan una curiosa

simetría, especialmente bajo la luz de la luna, de tal forma que alguna gente cree a los indios que juran que se trata de los restos de las columnas de una ciudad prehistórica que tiempo atrás se erguía en medio del valle? Antes de que se desmoronase en un montón de polvo gris, el propio Reynolds había visto un cráneo medio enterrado junto a los pies de un acantilado. No tenía el aspecto de ser indio ni de raza caucásica, sino más bien un extraño cráneo picudo que, a excepción de los huesos de las mandíbulas, bien podía haber pertenecido a un desconocido animal antediluviano.

Semejantes pensamientos rondaban la mente de Reynolds de una manera vaga y pasajera mientras quitaba los pedruscos que los McCrill habían colocado de manera precipitada, lo justo para evitar que algún lobo o zopilote pudiera entrar en la cueva. Pero lo que más le preocupaba en aquellos momentos eran los cartuchos del cinturón del difunto Saul Fletcher. ¡Una oportunidad para poder defenderse! ¡Una oportunidad para vivir! Aún podría abrirse paso a través de las colinas, y contrataría a más pistoleros y asesinos a sueldo para vengarse. Regaría los campos de sangre y arruinaría toda la región si con ello conseguía la revancha. Durante años él había sido el miembro más activo del clan. Cuando el viejo Esau se hizo más débil y deseaba la paz, John Reynolds había mantenido viva la llama del odio. Aquella rencilla había sido su modo de vida, lo único que le motivaba y la razón de su existencia. Los últimos pedruscos cayeron a un lado.

John Reynolds dio unos pasos hacia el interior de la caverna. No era muy grande, pero las sombras parecían acumularse de una manera casi tangible. Poco a poco, sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, y una exclamación involuntaria escapó de sus labios: ¡la cueva estaba vacía! Soltó un juramento de sorpresa. Había visto cómo los hombres transportaban el cuerpo de Saul Fletcher al interior y cómo volvían a salir sin ningún bulto. Y sin embargo, no había ningún cuerpo en el suelo polvoriento de la cueva. Se dirigió al fondo de la caverna, observando la pared recta e inclinándose para examinar el suelo rocoso y liso. Sus agudos ojos, acostumbrados a la oscuridad, pudieron descubrir un rastro de sangre sobre la piedra. Finalizaba abruptamente en la pared del fondo, en la que no había ninguna otra mancha de sangre.

Reynolds se acercó un poco más, apoyándose con una mano en el muro de piedra. Y de repente, increíblemente, la sensación de solidez y estabilidad desapareció. La pared se abría ante él por el peso de su mano; una sección de roca se movió hacia adentro, haciendo que cayera de cabeza a través de la negra abertura. Su agilidad felina no pudo salvarle. Era como si las sombras emergentes surgieran del interior mientras que unas manos invisibles lo arrastraban de cabeza en la oscuridad.

La caída no fue larga. Sus manos pronto chocaron con lo que parecían una especie de escalones excavados en la piedra, en donde pudo ponerse a duras penas de pie. En seguida se dio la vuelta para mirar la abertura por la que había caído. Pero la puerta secreta se había vuelto a cerrar, y sus manos tan sólo pudieron acariciar una suave superficie de piedra. Luchó contra el pánico que empezaba a apoderarse de él.

No tenía ni la más mínima idea de cómo los McCrill habían tenido conocimiento de aquel recinto secreto, pero lo que estaba claro era que allí habían puesto el cuerpo de Saul Fletcher. Y allí, atrapado como una rata, se encontrarían con John Reynolds cuando volvieran. Una mueca sombría se dibujó en los finos labios de Reynolds. Cuando abrieran la puerta secreta, él les esperaría escondido en la oscuridad, de tal manera que podría ver perfectamente sus siluetas recortadas contra la luz que entraba por la puerta de la cueva. ¿Qué mejor lugar para una emboscada? Pero primero tenía que encontrar el cuerpo y hacerse con los cartuchos.

Bajó a tientas por los escalones y pronto llegó al nivel del suelo. Se trataba de una especie de túnel estrecho, ya que, aunque no podía tocar el techo, si daba un paso a la izquierda o a la derecha y extendía los brazos podía tocar la pared con las manos, aparentemente demasiado simétrico y nivelado como para ser producto de la naturaleza. Avanzó con cautela, andando a tientas en medio de la oscuridad, tocando las paredes y esperando tropezar en cualquier momento con el cuerpo de Saul Fletcher. Pero como el tiempo pasaba y esto no sucedía, un terror vago comenzó a crecer en sus entrañas. Los McCrill no habían estado el tiempo suficiente en el interior de la caverna como para ser capaces de transportar el cuerpo tan adentro en medio de toda aquella oscuridad. La sensación de que, después de todo, los McCrill realmente no habían entrado en el túnel empezó a tomar más fuerza, incluso pensó que ni tan siquiera sospechaban de su existencia. Y entonces, ¿dónde, en el nombre de la cordura, estaba el cuerpo de Saul Fletcher?

Se detuvo y echó mano del revólver. Algo subía por entre la oscuridad del túnel, algo que caminaba erguido y con torpeza.

John Reynolds sabía que se trataba de un hombre, alguien que calzaba botas de tacones; ningún otro calzado produce semejante sonido. Percibió el tintineo de unas espuelas. Una negra ola de un terror innombrable comenzó a devorar el cerebro de Reynolds mientras oía cómo se aproximaban los pasos, y se le vino a la memoria la noche en la que yacía herido en el viejo corral, con su hermano más joven muerto a su lado, y escuchó aquel andar renqueante y medio cojo dando vueltas alrededor de su escondite, afuera, en medio de la noche, cuando Saul Fletcher y sus lobos buscaban la manera de caerle por la espalda.

¿Acaso estaba tan sólo herido? Las pisadas sonaban inseguras y entumecidas, como las de un hombre herido. No. John Reynolds había visto demasiados cadáveres; sabía que la bala había atravesado limpiamente el corazón de Saul Fletcher, causándole la muerte de inmediato. Además, había oído al viejo Jonas McCrill decir que el hombre estaba muerto. No. Saul Fletcher yacía sin vida en algún sitio en medio de las tinieblas de la cueva. Se trataba de algún otro lisiado que subía por el silencioso pasadizo.

Las pisadas cesaron. El hombre estaba enfrente, separado apenas por unos centímetros de oscuridad. ¿Acaso aquello iba a hacer templar el pulso de acero de John Reynolds, que había afrontado la muerte en innumerables ocasiones? ¿Acaso

iba a echarse a temblar, dejar que su lengua se quedara congelada al paladar? ¿Iba a despertar el miedo que cualquier hombre siente ante la presencia de una serpiente invisible, a hacerle pensar que, de alguna manera, aquel extraño era consciente de su presencia porque podía penetrar la oscuridad con sus ojos?

En medio del silencio reinante, John Reynolds escuchó el latir de su propio corazón. Y de repente y sin previo aviso el hombre arremetió contra él. Los oídos de Reynolds captaron en seguida el primer movimiento y disparó a ciegas. Aullaba, como un animal horrible. Unos brazos poderosos se cerraron a su alrededor mientras que unos dientes invisibles se acercaban a su cuerpo; pero, impulsado por el frenesí de la lucha, su propia fuerza se hizo sobrehumana. Y que, al resplandor del disparo, había podido ver un rostro barbudo sobre una boca fláccida y el brillo de unos ojos muertos. *¡Saul Fletcher!* ¡El muerto había regresado del infierno!

Como en una pesadilla, Reynolds se enzarzó en una pelea cuerpo a cuerpo en medio de la oscuridad, donde lo muerto pugnaba por llevarse a rastras a lo vivo. Fue empujado por una fuerza salvaje contra las paredes de roca. Al caer al suelo, el horror silencioso se arrojó sobre él como un *gul*, clavando profundamente sus terribles dedos en la garganta de Reynolds.

Dentro de aquella pesadilla, John Reynolds ni tan siquiera tuvo tiempo de hacerse preguntas acerca de su propia cordura. La piel de su enemigo estaba tan fría como un lúgubre osario. Pudo percibir el agujero provocado por la bala bajo la chaquetilla arrugada, con la sangre coagulándose. Ni el más leve sonido salió de aquellos labios.

Medio asfixiado, John Reynolds consiguió zafarse de las manos que lo estrangulaban y empujar a la cosa. Durante unos momentos la oscuridad volvió a separarlos; acto seguido, el horror arremetió de nuevo contra él. Mientras la cosa embestía, Reynolds se preparó en la oscuridad y, empeñando toda su fuerza en el golpe final, se lanzó de cabeza sobre la cosa cargando con todo el peso de su cuerpo. La columna vertebral de Saul se partió como una ramita mientras las manos caían a un costado y las piernas se le doblaban. Algo emergió del cuerpo fofo, susurrando en la oscuridad como un viento fantasmal hasta desvanecerse por completo, y entonces John Reynolds supo que Saul Fletcher al fin estaba realmente muerto.

Reynolds se levantó jadeante y tembloroso. El pasadizo permanecía en la más absoluta oscuridad. Pero de abajo, de la dirección por la que había venido caminando el cuerpo, surgía un débil susurro, apenas entendible, pero que más bien parecía una especie de música salvaje y pulsante. Reynolds sintió escalofríos mientras el sudor se congelaba en su cuerpo. El cuerpo del hombre muerto yacía a sus pies en medio de una oscuridad impenetrable, y en sus oídos resonaba con claridad un sonido insoportablemente dulce, maligno, como el eco de diabólicos tambores batiendo en las profundidades de aquellas cavernas oscuras e infernales.

La razón le urgía a volver hacia atrás e intentar abrir a golpes la puerta invisible hasta romper la piedra, si ello era posible con la fuerza de un hombre; pero comprendió que la razón y la cordura habían quedado atrás. Un simple escalón le

había transportado de un mundo normal hecho de realidades tangibles a una región de pesadilla y sinrazón. Decidió que estaba loco, o que había muerto y se encontraba en el infierno. Aquellos tenebrosos *tams-tams* le atraían, tiraban de él de forma inquietante. A un mismo tiempo le repelían, llenando su alma de pensamientos monstruosos y sombríos, pero su llamado parecía irresistible. Luchó contra el lunático impulso de gritar y extender los brazos y salir corriendo túnel abajo en la oscuridad, como el conejo que corre huyendo del perro de presa y cae en las fauces abiertas de una serpiente de cascabel.

A tientas encontró su revólver y cargó la recamara con los cartuchos que había en el cinturón de Saul Fletcher. No sintió más asco al tocar el cuerpo del que habría sentido al coger cualquier otro tipo de carne muerta. Cualquiera que fuese el satánico poder que había animado al cadáver, lo abandonó cuando su columna vertebral se partió, rompiendo las conexiones con el sistema nervioso central que impulsaba los músculos.

Luego, revólver en mano, John Reynolds marchó túnel abajo, guiado por una fuerza que no podía entender, en busca de una maldición que no imaginaba.

El batir de los tambores aumentó muy poco mientras avanzaba. No sabía a qué profundidad en el interior de las colinas tenía su origen, pero el pasadizo se hizo más empinado y ya llevaba un buen trecho andando. Con frecuencia sus manos encontraban otras aberturas y puertas, pequeños corredores que desembocaban en el túnel principal. Por fin creyó encontrarse en un vasto espacio abierto. Era incapaz de ver nada, pero por algún motivo sentía la vastedad del lugar. Una tenue luz comenzó a crecer en medio de la oscuridad. Latía al mismo son de los tambores, brillando y desvaneciéndose con igual ritmo, pero poco a poco fue creciendo en intensidad, arrojando un grotesco destello más parecido al verde que a cualquier otro color que Reynolds había visto nunca, aunque tampoco era verde, ni de ningún otro color sano o terrestre.

Reynolds se acercó. La luz se extendió. Emitía un resplandor tembloroso sobre el liso suelo de roca, iluminando unos mosaicos fantasiosos. Arrojaba su luz hacia arriba, penetrando en las sombras, aunque no alcanzaba a ver el techo. Por fin pudo verlo, muy alto y abovedado, inquietantemente alto, como un cielo neblinoso de medianoche, y los muros tan altos como bastiones, brillantes y negros, irguiéndose a alturas inconmensurables, en cuya base se arremolinaban las sombras, sombras en las que brillaban otras luces, pequeñas y chispeantes.

Descubrió cuál era la fuente de la luz, un extraño altar de piedra esculpida en el que parecía reposar una gigantesca joya de un color extraterrestre, como la luz que emitía. Una llama verdosa emergía de su interior, ardía como un pequeño trozo de carbón, pero nunca se consumía. Justo detrás había esculpida la figura de una serpiente enrollada sobre sí misma, una figura fantástica tallada en una especie de material cristalino, y cuyos reflejos siempre cambiaban bajo aquella luz grotesca, aunque, sin embargo, latían al mismo son, al mismo ritmo, al mismo pulso de los

tambores… al igual que él mismo.

De repente, una cosa viva se movió cerca del altar y John Reynolds retrocedió, aunque estaba seguro de que algo iba a suceder. Al principio pensó que se trataba de un reptil enorme que se deslizaba alrededor del altar, luego se dio cuenta de que se sostenía en pie como cualquier hombre. Disparó a ciegas al encontrarse con el resplandor de sus ojos, y la cosa cayó al suelo como un buey sacrificado, el cráneo hecho añicos. Reynolds dio media vuelta al oír un siniestro crujido —al menos podía matar a aquellas cosas— y examinó el cargador del revólver. Las sombras retrocedían en la base de los muros y parecían cercarle como en una especie de anillo. Aunque a primera vista tenían apariencia humana, él sabía que no era así.

Aquella luz grotesca danzaba sobre ellas, mientras que detrás, en las tinieblas más profundas, el suave y maligno batir de los tambores continuaba sonando sin cesar. John Reynolds se quedó aterrorizado ante lo que veían sus ojos.

No eran aquellas achaparradas figuras las que le hacían estremecerse, ni las manos y pies inhumanos, sino sus cabezas. Ahora sabía a quién pertenecía el cráneo que encontró el minero. Como aquél, estas cabezas estaban mal formadas y eran extrañamente picudas y aplanadas en ambos lados. No había rastro de orejas, como si los órganos del oído estuvieran ocultos bajo la piel, al igual que las serpientes. La nariz era similar al hocico de una pitón, la boca y las mandíbulas mucho menos humanas de lo que la visión de aquel cráneo le habían hecho suponer. Los ojos eran pequeños, brillantes y semejantes a los de un reptil. Los labios escamosos se retorcían hacia atrás, dejando entrever unos caninos puntiagudos, y John Reynolds pensó que su mordedura debía de ser tan mortal como la de una serpiente de cascabel. No llevaban encima ninguna prenda de vestir, ni tampoco arma alguna.

Se preparó para la lucha final, pero esta no se produjo. Los hombres serpiente se sentaron con las piernas cruzadas formando un gran círculo a su alrededor, y más allá pudo distinguir a muchos otros. Y entonces sintió una especie de agitación dentro de su conciencia, un batir casi tangible de voluntades que atravesaba sus sentidos. Se dio cuenta con suma claridad de que su mente estaba siendo invadida, y pensó que aquellos fantásticos seres estaban intentando que obedeciera sus órdenes o deseos por medio del pensamiento. ¿En qué lugar de este mundo se podrían encontrar semejantes criaturas inhumanas? Sin embargo, de una manera vaga, extraña y telepática le hicieron comprender algo sobre sí mismos; y comprendió, conmocionado, que, fueran lo que fuesen ahora aquellos seres, en otros tiempos habían sido al menos parcialmente humanos, aunque jamás fueron capaces de cruzar el abismo entre lo completamente humano y lo completamente bestial.

Supo que él era el primer hombre vivo que había llegado a su reino escondido, el primero en contemplar aquella serpiente brillante, la Terrible Innombrable, más vieja que el mundo; supo que, antes de morir, iba a conocer todo lo que se había denegado a los hijos de los hombres en relación al misterioso valle, y que se llevaría consigo a la Eternidad todos esos conocimientos, y que allí podría discutir con los que ya

habían ido antes que él.

Los tambores redoblaron, la extraña luz brincó y se estremeció, y delante del altar se irguió una figura que parecía embebida de autoridad, una primigenia monstruosidad de piel blanquecina y similar a la de una vieja serpiente, y que portaba una corona dorada cubierta de extrañas gemas sobre su picuda cabeza. El ser se inclinó e hizo una reverencia ante el ídolo con forma de reptil. Luego, con una especie de material que dejaba un rastro fosforescente, dibujó un triángulo críptico sobre el suelo, delante del altar, y arrojó a la figura una especie de polvo brillante. Entonces se formó una delgada espiral que poco a poco fue convirtiéndose en una gigantesca y sombría serpiente, emplumada y horrible, y luego cambió y se desvaneció hasta transformarse en una nube verdosa. El humo fue ampliándose delante de los ojos de John Reynolds, ocultando el círculo de ojos de reptil que lo rodeaba, el altar y la mismísima caverna. Todo el universo se diluyó en medio de aquella nube verdosa, dentro de la cual aparecían, brillaban y volvían a desvanecerse paisajes alienígenas y escenas titánicas en las que bullían una multitud de miradas lascivas.

De repente, el caos se cristalizó. Estaba contemplando un valle que no reconocía. De alguna manera sabía que se trataba del Valle Perdido, aunque ahora se erguía una gigantesca ciudad de piedra que brillaba con fulgor apagado. John Reynolds siempre había vivido en espacios abiertos y tierras salvajes. Jamás había contemplado las grandes ciudades del mundo, pero sabía que no existía ahora mismo ninguna otra urbe como aquélla elevándose en los cielos.

Sus torres y murallas pertenecían a una época alienígena. Sus contornos antinaturales le desconcertaban; para la mirada de un ser humano se trataba de una ciudad lunática, construida desde un punto de vista extraterrestre, bajo extrañas dimensiones y anómalos principios arquitectónicos. Unas figuras insólitas se movían de aquí para allá; eran humanas, pero de una humanidad muy distinta de la suya. Iban cubiertas por túnicas, sus pies y manos no parecían tan raros, su boca y sus oídos tenían cierta similitud con las de cualquier humano; existía cierto parentesco entre ellos y los monstruos de las cavernas. También tenían aquel curioso cráneo picudo, aunque era menos pronunciado y bestial en la gente de la ciudad.

Los vio andar por las retorcidas callejas, y en sus edificios colosales, y se estremeció ante la inhumanidad de su existencia. La mayor parte de lo que hacían estaba fuera de su entendimiento; comprendía tan poco sus motivos y acciones como un zulú de la selva puede entender el ritmo de vida de la moderna ciudad de Londres. Pero sabía que aquella gente era muy vieja y maligna. Los contempló llevando a cabo rituales que helaban su sangre de terror, obscenidades y blasfemias más allá de su entendimiento. Se sintió enfermo y contaminado. De alguna manera supo que aquella ciudad era la reliquia de una edad pasada, que aquella gente representaba el último vestigio de una época perdida y olvidada.

Entonces alguien más entró en escena. Sobre las colinas aparecieron unos

hombres vestidos con pieles y plumas, que portaban arcos y armas de piedra. Reynolds comprendió que eran indios, pero no los indios que él conocía. Tenían los ojos rasgados, y su piel era de un color amarillento y no cobrizo. De alguna manera supo que se trataban de los antepasados nómadas de los toltecas, que se dedicaban a vagabundear y conquistar durante su larga caminata hasta los asentamientos de los valles altos, muy lejos al sur, donde desarrollaron su propia civilización. Aún estaban próximos a la rama evolutiva primaria de la que descendían, los mongoles, y John Reynolds ahogó un grito de asombro ante las colosales imágenes del tiempo que esta visión evocaba.

Vio a los guerreros moviéndose como una gigantesca ola sobre los altos muros. Vio a los defensores en las torres matando a sus atacantes de una manera extraña y espeluznante. Vio a los invasores volviendo a la carga una y otra vez, con la ciega ferocidad de lo primitivo. Aquella ciudad maligna y extraña, habitada por un pueblo misterioso de costumbres diferentes, se hallaba en su camino, y no podrían pasar hasta aplastarlos.

Reynolds se maravilló ante la furia de los invasores, a los que no les importaba perder la vida con tanta facilidad, valiéndose tan sólo de un coraje ciego y unas armas primitivas contra la ciencia cruel y terrible de una civilización desconocida. Sus cuerpos cubrían la llanura, pero ni todas las fuerzas del Infierno podrían haber detenido su avance. Avanzaron como una ola sobre las torres. Escalaron los muros a golpes de espada y flechas, muriendo de formas espantosas; llegaron a los parapetos; encararon a sus enemigos cuerpo a cuerpo. Las mazas y hachas se abrieron paso entre lanzas y espadas. Las altas figuras de los bárbaros se elevaron por encima de las más pequeñas de los defensores.

Un infierno rojo se desató en la ciudad. Reynolds contempló muros calcinados y resquebrajados de los que aún salía humo. Los invasores habían vencido; los supervivientes se refugiaron en el templo rojizo delante de su extraño dios, una serpiente cristalina que se alzaba en un fantástico altar de piedra. Su tiempo había pasado; su mundo caía hecho pedazos repentinamente. Eran los restos de una raza extinta y alienígena. No podían reconstruir su maravillosa ciudad y temían permanecer entre sus muros quebrados, una presa fácil para cualquier otra tribu. Reynolds vio cómo cogían el altar y a su dios, y seguían a un viejo con una túnica de plumas, que portaba una corona de oro con gemas en la cabeza. Les condujo a través del valle hacia una caverna oculta. Allí entraron y se deslizaron por una grieta que se abría al fondo de la cueva, llegando a un vasto laberinto de túneles y cavernas que hollaban la colina como si de una colmena se tratase. Reynolds les vio trabajar y explorar aquellos laberintos, excavando y ensanchando las galerías y recintos, labrando y aplanando las paredes, agrandando el pasadizo que llevaba a la caverna exterior y colocando con gran astucia una puerta giratoria que tapaba la grieta de entrada, de tal manera que parecía de roca sólida.

Luego, una sucesión de imágenes, hicieron ver el paso de muchos siglos. La gente

vivía en las cavernas, y, según el discurrir del tiempo, se fueron adaptando cada vez más a su entorno; cada generación nueva se aventuraba menos y menos a salir al exterior. De alguna manera estremecedora aprendieron a conseguir la comida de la tierra. Sus orejas se hicieron más grandes, sus cuerpos menguaron, sus ojos se aguzaron como los de los gatos. John Reynolds estaba aterrorizado mientras contemplaba los cambios genéticos de aquella raza con el discurrir de las edades.

Afuera, en el valle, la ciudad desierta fue desmoronándose y convirtiéndose en ruinas, y pronto fue pasto del liquen, la maleza y los árboles. Los hombres llegaron y meditaron un poco acerca de aquellas ruinas, altos guerreros mongoles y pequeñas gentes de tez cetrina e inescrutable que los hombres llamaban Hacedores de Montículos. Y con el discurrir de los siglos, los visitantes cada vez se parecían más a los indios de hoy en día, hasta que al fin, los únicos hombres que merodeaban por la región eran los pieles rojas de pies sigilosos y tiras de plumas en la cabellera. Nadie volvió a demorarse jamás mucho tiempo en aquel lugar encantado cubierto de extrañas ruinas.

Mientras tanto, el Viejo Pueblo habitaba en las cavernas, y sus moradores se convirtieron en algo extraño y terrible. Cada vez fueron degradándose más en la escala de la humanidad, olvidando primero el lenguaje escrito y, más tarde, la comunicación oral. Pero ensancharon sus habilidades de otros modos. En aquel reino nocturno descubrieron cavernas más viejas que se perdían en las entrañas de la tierra. Aprendieron secretos perdidos, tiempo atrás olvidados o nunca conocidos por los hombres, durmiendo en las profundas tinieblas que se abrían bajo las colinas. La oscuridad es portadora del silencio, así que pronto perdieron la facultad del habla, y una especie de comunicación telepática ocupó su lugar. Y, con cada nueva y terrible adquisición, perdían más y más sus atributos humanos: sus orejas desaparecieron, su nariz se convirtió en hocico, sus ojos eran incapaces de soportar la luz del sol o, incluso, las estrellas. Tiempo atrás dejaron de usar el fuego, y la única luz de la que disponían provenía de los grotescos destellos que emanaban de la gigantesca joya que había sobre el altar, y ni tan siquiera eso necesitaban ya. También cambiaron en otras cosas. Mientras John Reynolds los observaba, se percató del sudor frío que se condensaba en sus cuerpos. Pues la más leve transmutación del Viejo Pueblo era horrible de contemplar, y adoptaban muchas y grotescas formas antes de convertirse en su definitiva naturaleza.

Sin embargo, aún recordaban los hechizos de sus antepasados, y a ellos les añadieron su propia magia negra aprendida en lo más profundo de las colinas. Y por fin alcanzaron la cima de aquella necromancia. John Reynolds ya había tenido horribles insinuaciones de ello en las fragmentadas escenas del pasado que habían desfilado ante sus ojos, cuando los brujos del Viejo Pueblo habían ordenado a sus espíritus que abandonasen sus cuerpos dormidos y susurrasen cosas malignas en los oídos de sus enemigos.

Una tribu formada por altos guerreros cubiertos de pinturas llegó al valle,

portando el cuerpo de un gran jefe, muerto en una refriega tribal.

Eones inacabables habían pasado. De la antigua ciudad tan sólo quedaban unas pocas columnas resquebrajadas y cubiertas de vegetación. Un derrumbe de piedras había tapado la entrada de la caverna. Los indios la encontraron y depositaron en su interior el cuerpo de su jefe junto con sus armas rotas. Luego volvieron a tapiar la entrada con rocas y continuaron la marcha, pero la noche los sorprendió en el valle.

Durante todo aquel tiempo, el Viejo Pueblo no había encontrado ninguna otra entrada o salida de aquellos abismos más que la grieta que se abría en la pequeña caverna; era la única vía de comunicación entre aquella región tenebrosa y el mundo que habían abandonado mucho tiempo atrás. Entonces, ellos atravesaron la grieta escondida y salieron a la cueva exterior, cuya tenue luz eran capaces de soportar; el cabello de John Reynolds se erizó ante lo que vieron sus ojos. Tomaron el cuerpo y lo transportaron hasta el altar de la serpiente emplumada, y un viejo hechicero se irguió ante él y puso su boca sobre la boca del cadáver. Los tambores vibraban y unos fuegos extraños destellaban, mientras los adoradores sin habla entonaban unos cánticos silenciosos con los que invocaban a unos dioses olvidados mucho antes del nacimiento de Egipto, hasta que unas voces inhumanas aullaron en la oscuridad y el batir de unas alas monstruosas llenó las sombras. La vida fluyó del hechicero y rozó los labios del guerrero muerto. El brujo se echó rápidamente hacia un lado y el jefe indio se irguió con rigidez; con paso impreciso y ojos vacuos y brillantes se encaminó túnel arriba y atravesó la puerta secreta que daba a la caverna exterior. Con sus manos muertas apartó las rocas que sellaban la entrada, y el Horror se abrió paso bajo la noche estrellada.

Reynolds lo vio caminar con rigidez bajo los árboles sacudidos por el viento, mientras los seres de la noche huían atropelladamente. Le vio aproximarse al campamento de los guerreros. Lo que sucedió después fue una vorágine de horror y locura, mientras la cosa muerta perseguía a sus antiguos compañeros y los iba descuartizando uno tras otro. El valle fue un paraje caótico hasta que uno de los bravos, sobreponiéndose al horror, hizo frente a su perseguidor y traspasó con su hacha de piedra la espina dorsal de la cosa muerta.

Y mientras el cuerpo del hombre muerto dos veces se derrumbaba, Reynolds vio sobre el suelo de la caverna, delante de la serpiente esculpida, la figura del hechicero que volvía a la vida mientras su espíritu retornaba a él tras abandonar el cuerpo que había animado.

Los gritos jubilosos de los demonios sacudieron la impenetrable oscuridad de aquellos pozos, y Reynolds retrocedió ante los diablos verminosos que se regocijaban de su recién adquirido poder para provocar el horror y la muerte a los hijos de los hombres, sus antiguos enemigos.

Pero los rumores se extendieron de una tribu a otra, y los hombres evitaron el Valle de lo Perdido. Permaneció desierto y soñoliento bajo los cielos durante la mayor parte del siglo. Luego llegaron unos indios a caballo con pinturas de guerra, a

la manera de los kiowas, guerreros del norte que no sabían nada del misterioso valle. Levantaron sus tiendas a la sombra de aquellos extraños monolitos que no eran otra cosa que piedras sin forma.

Enterraron a sus muertos en la caverna. Y Reynolds contempló el horror que de nuevo se desató cuando éstos salieron por la noche para matar y devorar a los que estaban vivos… y para llevarse a rastras al interior de las tenebrosas cavernas, donde la maldición demoníaca los esperaba, a sus aterrorizadas víctimas. Las legiones del infierno tomaron el Valle de lo Perdido, y el caos, la pesadilla y la locura reinaron a sus anchas. Aquellos que conservaron la vida y la razón escaparon de la cueva y cabalgaron enloquecidos más allá de las colinas como hombres que huyen del infierno.

Una vez más, el Valle Perdido permaneció desolado y desnudo bajo la luz de las estrellas. Después, otra vez el paso de los hombres rompió la primitiva soledad, y el humo se elevó por entre los árboles. Y John Reynolds contuvo la respiración horrorizado al descubrir que esta vez eran hombres blancos, vestidos con prendas muy antiguas. Eran seis, tan parecidos entre sí, que Reynolds supo que eran hermanos.

Vio cómo talaban los árboles y construían una cabaña en el claro. Los vio cazar en las montañas y desbrozar un terreno para plantar maíz. Y durante todo ese tiempo sintió cómo las alimañas que habitaban bajo las colinas esperaban con mal contenida gula en el interior de su tenebroso reino. No podían mirar la luz de afuera a causa de sus ojos nocturnos, pero sabían esperar con la paciencia de la noche y de los lugares silenciosos.

Reynolds vio cómo uno de los hermanos descubría la caverna y la abría. Entró y la puerta secreta quedó al descubierto. El hombre se internó por los pasadizos. No podía ver, en medio de aquella oscuridad, las figuras horribles que le acechaban pero, dominado por un terror súbito, se puso a disparar su rifle ciegamente, aullando ante las figuras infernales que aparecían a su alrededor iluminadas por el resplandor de los disparos. Se abalanzaron sobre él cuando cesaron los latigazos de aquellos disparos inútiles, amparados en su superioridad numérica, hundiendo sus colmillos de serpiente en la carne del hombre. Mientras moría, consiguió despiezar a media docena de aquellos seres con su machete, pero el veneno actuaba con rapidez.

Reynolds vio que arrastraban el cuerpo detrás del altar; volvió a contemplar la horrible transmutación del muerto, que se irguió a trompicones y sin alma, y comenzó a caminar hacia el exterior. El sol se había puesto envuelto en un crepúsculo escarlata. La noche era dueña del valle. El muerto se encaminó hacia la cabaña en la que dormían sus hermanos, cubiertos por mantas. Con sigilo, se encaminó a tientas hacia la puerta. El Horror se arrastró en medio de la penumbra, con un brillo en sus desnudos dientes, con ojos que emitían destellos glaucos bajo la luz de las estrellas. Uno de los hermanos se revolvió en el camastro, sentándose y contemplando la figura que se recortaba en el umbral. Pronunció el nombre de la cosa muerta, luego aulló

aterrorizado. El Horror saltó…

De la garganta de John Reynolds brotó un grito de intolerable terror. De repente, las imágenes se desvanecieron junto con el humo. Se hallaba en medio de aquella luz grotesca que emanaba del altar, el batir de los tambores seguía sonando suave y malignamente, los rostros endiablados lo rodeaban. Y entonces, sobre ellos, se arrastró sobre su vientre, como la serpiente que era, la cosa que llevaba una corona de joyas, mientras el veneno le goteaba de sus mandíbulas desnudas. Se deslizó repugnantemente hacia John Reynolds, el cual se preparó para saltar por encima del ser y tratar de conservar su vida. Pero no había posibilidad de escape; podría disparar todas sus balas y acribillar a todos los que tenía enfrente, pero aquello no serviría para nada teniendo en cuenta la enorme cantidad de seres que le rodeaban. Moriría bajo aquella luz apagada, y luego enviarían su cuerpo al exterior, imbuido en una vida artificial manejada por el espíritu del hechicero, como antes habían hecho con Saul Fletcher. John Reynolds se puso tan tenso como el acero mientras su instinto vital de lobo crecía dentro del laberinto de horror en el que había caído.

Y de repente, su cerebro humano se elevó por encima del de las alimañas que lo amenazaban, como si una idea luminosa se hubiera abierto paso a manera de inspiración. Con un fiero e inarticulado grito de triunfo, saltó a un lado justo en el momento en el que la monstruosidad reptante arremetía contra él. El ser falló su carga, y Reynolds cogió rápidamente el ídolo serpiente que había sobre el altar, y, manteniéndolo en lo alto, puso el cañón de la pistola sobre él. No necesitó decir nada. Sus ojos brillaban salvajemente en la luz mortecina. El Viejo Pueblo retrocedió. Ante ellos yacía el cráneo agujereado del ser al que Reynolds había disparado antes. Sabían que si pulsaba el gatillo de la pistola su fantástico dios quedaría reducido a pequeños trocitos relucientes.

Durante un tenso espacio de tiempo la escena permaneció inamovible. Luego Reynolds sintió el silencio que le rodeaba. La libertad a cambio del dios. De nuevo se abrió paso en su mente la sensación de que aquellas criaturas no eran tan bestiales, ya que las bestias verdaderas no saben nada de dioses. Y ese pensamiento fue aún más terrible, pues implicaba que aquellos seres habían evolucionado a un estado que no era ni completamente humano ni completamente bestial, un estado que se hallaba muy lejos de toda cordura y naturalidad.

Las serpentinas figuras se hicieron a un lado y la mortecina luz volvió a brillar. Mientras subía por el pasadizo, los seres le seguían pegados a sus talones, y en la engañosa luz no estaba seguro de si caminaban como los hombres o, por el contrario, se arrastraban como las serpientes. Tenía la impresión de que era una terrible mezcla de ambas formas de caminar. Se apartó para evitar el bulto que una vez había sido Saul Fletcher, y de aquella manera, con el cañón de su revólver apretado contra el resplandeciente ídolo que portaba en la mano izquierda, llegó a los pequeños escalones que conducían a la puerta secreta. Los seres se pararon allí. Él los encaró. Ellos formaron un semicírculo a su alrededor, y Reynolds supo que les daba miedo

que abriera la puerta secreta y escapara con su ídolo al exterior, donde ellos no podrían seguirlo. Pero él tampoco podía dárselo mientras no estuviera la puerta abierta.

Por fin se apartaron unos metros, y depositó cuidadosamente el ídolo a sus pies, sobre el suelo, donde podía volver a recogerlo con rapidez. Jamás supo cómo abrían la puerta, pero lo cierto es que ahora estaba al descubierto, y él subió cautelosamente los escalones de espaldas, apuntando al ídolo resplandeciente con su revólver. Casi había alcanzado la abertura —con una de sus manos podía tocar la superficie de piedra— cuando la luz se apagó de repente y se produjo un súbito ataque. Con un esfuerzo sobrehumano pudo traspasar la puerta, que ya casi se había cerrado de golpe. Mientras se arrastraba hacia atrás vació el cargador de su revólver sobre los rostros demoníacos que de repente habían surgido de entre la oscuridad que llenaba la abertura. Se disolvieron en un caos rojo, y mientras corría salvajemente por la caverna exterior pudo escuchar el suave sonido que producía la puerta secreta al cerrarse por completo, aislando aquella región de horror del mundo humano.

John Reynolds se tambaleó bajo el resplandor del sol poniente, tocando las piedras y los árboles como un hombre que no está en su sano juicio. Toda la tensión que había sentido mientras luchaba por su vida cayó ahora sobre él haciendo que todos sus nervios vibraran. Una risa lunática surgió de entre sus labios y rebotó por el valle como una carcajada espantosa e incontenible.

Luego, el sonido de unos cascos de caballos sobre las piedras hizo que se escondiera detrás de unos arbustos. Algún instinto oculto le había llevado a buscar refugio, su mente consciente estaba tan confundida y caótica que aún era incapaz de actuar o razonar.

John McCrill y su pandilla aparecieron en el claro, y John Reynolds tuvo que sofocar un sollozo que pugnaba por salir de su garganta. No los reconoció al principio, ni tan siquiera se dio cuenta de que ya los conocía de antes. Iba rencilla, como el resto de las otras cosas naturales y sanas, yacía perdida y olvidada muy lejos, entre un laberinto de imágenes en las tinieblas que reinaban en aquellos túneles de locura.

Otras dos figuras cabalgaban al otro lado del claro: Bill Ord y uno de los pistoleros contratados por los McCrill. Sujetos a la silla de montar de Ord había varios cartuchos de dinamita, formando un paquete compacto.

—¡Vaya! —saludó el joven Ord—. No esperaba encontraros aquí. ¿Le pillasteis?

—No —espetó el viejo Jonas—. Ha vuelto a despistarnos. Dimos con su caballo, pero él no estaba allí. No sé dónde está, pero le cogeremos. Me dirijo a Antelope para reunir a unos cuantos muchachos más. Vosotros, sacad el cuerpo de Saul de la caverna y seguidme tan rápido como podáis.

Agitó las riendas y desapareció entre los árboles, mientras Reynolds, con el corazón saliéndosele por la boca, vio cómo los otros cuatro se dirigían a la caverna.

—¡Bueno, por Dios! —exclamó Jack Solomon con furia—. ¡Alguien ha estado

rondando por aquí! ¡Mirad! ¡Las rocas están removidas!

John Reynolds se quedó petrificado. Si se dejaba ver y les llamaba ellos le dispararían antes de que pudiera advertirles. Y sin embargo no era eso lo que no le dejaba actuar, se trataba de un horror más profundo que le incapacitaba para pensar o hacer algo, y que hacía que su lengua permaneciera congelada, pegada al paladar. Abrió los labios pero no salió ningún sonido. Como en una pesadilla vio a sus enemigos adentrarse en la cueva. Podía escuchar sus voces que llegaban hasta él muy apagadas.

—¡Caray! ¡Saul se ha ido!

—¡Mirad aquí, muchachos, hay una puerta en la parte de atrás!

—¡Por todos los truenos, se ha abierto!

—¡Echemos un vistazo!

De repente, de los intestinos de las colinas, surgió un estrépito de disparos y horribles aullidos. Acto seguido, el silencio volvió a adueñarse del Valle de lo Perdido.

John Reynolds, que por fin había recuperado el habla, gritó como una bestia herida y se golpeó las sienes con los puños cerrados. Luego los agitó ante el cielo, aullando blasfemias impronunciables.

Corrió hacia el caballo de Bill Ord que pastaba tranquilamente con los demás bajo los árboles. Con manos temblorosas desató los cartuchos de dinamita, y sin separarlos hizo un pequeño agujero con una ramita en el que estaba en el centro. Luego cortó un trocito de mecha, uno muy corto, y lo insertó en el agujero que había abierto en el cartucho. Encontró unos fósforos en uno de los bolsillos del impermeable que había en la silla de montar y, tras encender la mecha, arrojó los cartuchos dentro de la cueva. Apenas había tenido tiempo de echarse hacia atrás cuando rugió una explosión ensordecedora.

La sacudida casi le levantó en vilo. Toda la montaña se estremeció, y el techo de la caverna se desmoronó con un estrépito de rocas. Cientos de toneladas de piedras borraron todo vestigio de la Caverna Fantasma, cerrando para siempre la puerta que comunicaba con aquellos abismos.

John Reynolds caminó lentamente, y de repente todo el horror se abalanzó sobre él. La tierra parecía espantosamente viva bajo sus pies, el sol algo nauseabundo y blasfemo sobre su cabeza. La luz era enfermiza, amarillenta y maligna, y todas las cosas parecían contaminadas por el infame conocimiento que guardaba en su cerebro, como esos ocultos tambores que batían incesantemente en la oscuridad que habitaba debajo de las colinas.

Había cerrado para siempre una de las Puertas, pero ¿qué más pesadillas acechaban en los lugares ocultos de la tierra y en los abismos tenebrosos, regodeándose de las almas de los hombres? Lo que sabía era una blasfemia que jamas le dejaría descansar; en su espíritu siempre resonaría el batir de aquellos tambores en los negros pozos donde acechaban unos demonios que antaño habían sido hombres.

Había contemplado la infamia, y su conocimiento era una mácula que jamás le permitiría mirar a los hombres con naturalidad, ni tocar la piel de cualquier cosa viva sin sentir un escalofrío. Si el hombre, moldeado a imagen y semejanza de Dios, podía llegar a caer en ese estado de infame obscenidad, ¿quién podría contemplar con alegría su propio destino? Y si cosas tales como el Viejo Pueblo existían, ¿qué otros horrores podrían acechar bajo la superficie visible del universo? De repente sintió miedo al pensar que había visto un destello de lo que realmente se ocultaba bajo la máscara de la vida, y que ese destello hacía que la misma existencia fuera algo intolerable. Toda certeza y estabilidad habían sido barridas, dejando tras de sí un maremágnum de locura, pesadilla y horror.

John Reynolds sacó el revólver y lo amartilló. Puso el cañón sobre su sien y apretó el gatillo. El chasquido del disparo restalló entre las colinas, y el último de los Reynolds que aún estaba en condiciones de luchar cayó prematuramente.

El viejo Jonas McCrill regresó al galope tras oír el sonido de la explosión. Encontró a Reynolds en el mismo lugar, y se quedó totalmente asombrado al ver que su rostro parecía el de un anciano y que su cabello estaba tan blanco como la escarcha.

# ROBERT BLOCH

# [1917-1994]

Todos esos vampiros, hombres lobo, momias y extraterrestres espaciales que se han abierto paso a través de las pantallas cinematográficas jamás han sido capaces de obtener un protagonismo tan sumamente terrorífico como la escena de la sombra de Norman Bates apuñalando una y otra vez a la inocente huésped del Motel Bates. La inmortal secuencia de la ducha fue un verdadero *shock* cinematográfico en su tiempo, y muchos aún piensan que la película es una de las más importantes de toda la historia del género de horror, y el mayor logro en la extensa carrera profesional de Alfred Hitchcock.

Se trata, como todo el mundo sabe, de *Psicosis*, basada en un libro escrito por Robert Bloch. No se necesitó de ningún efecto especial para mantener a los espectadores pegados a sus asientos con los corazones en vilo, tan sólo una banda sonora entrecortada, intensa y disonante que subía de tono cuando Janet Leigh se ponía a gritar aterrorizada. Y luego el silencio. Muy pocos escritores de literatura de horror pueden competir con Bloch en cuanto a su dramática facilidad para crear personajes marginados y dementes, ni igualar su habilidad para entretener y asustar a los lectores gracias a ese sentido del humor negro tan característico.

El crítico Stefan Dziemianowicz ha escrito que «la trilogía *Psicosis* de Bloch es el estudio más completo de las enfermedades sociales y del mal que inculca la propia sociedad» y que «Norman Bates es uno de los personajes literarios más creíbles en lo que tiene que ver con la escisión de personalidades y las terribles consecuencias a las que se puede llegar al intentar mantener un cierto equilibrio mental». Añade que, en particular, la obra más tardía de Bloch siempre está llena de una aguda crítica hacia la sociedad y los valores corruptos que, él cree, han contribuido a la insensibilización ante la violencia y los horrores de la vida real, pero que se trataba de un escritor más humorista que moralista.

Se trata de una valoración interesante y que tiene cierto mérito, ya que algunas de las novelas que siguieron a Psicosis se centran en una gran variedad de caracteres psicópatas. Se me viene a la mente *The Dead Beat*, que apareció en 1961, dos años después de *Psicosis*. Estos libros contrastan enormemente con la multitud de cuentos primigenios que satirizan los temas típicos de las historias sobrenaturales y de terror, y en los que se denota claramente una mesurada vena humorística. Un relato característico de lo dicho anteriormente es «El murciélago es mi hermano», que pronto podrá leer. Pero, sobre todo, Bloch hace gala de una gran versatilidad y destreza para la escritura, la de alguien que posee una habilidad sobrenatural para

reinventar el género de horror y adaptarlo al cambio de los tiempos y a los nuevos gustos literarios.

La crítica literaria es bastante subjetiva y, de hecho, puede tener múltiples y variadas interpretaciones. Que un escritor de revistas *pulp*, como Bloch, tocase el campo de lo social en sus libros y cuentos es algo bastante discutible. Sin embargo, no he encontrado esas evidencias en su biografía, *Once Around the Bloch* (1993), a no ser porque Bloch (como Raymond Chandler antes que él) en ocasiones lanzaba alguna que otra pulla contra los valores que imperaban en Hollywood, su frívolo estilo de vida y los pocos escrúpulos de los que se hacía gala a la hora de emprender algún negocio, a pesar de que gracias ellos había conseguido un buen dinero durante muchos años. Como análisis final, quizás es más correcto decir que Bloch fue un escritor profesional que se entregó conscientemente a ese juego y que produjo la clase de historias que los editores y productores pensaban que podrían interesar a la audiencia.

Robert (Albert) Bloch nació en Chicago (Illinois), el 5 de abril de 1917. Acudió a las escuelas públicas de Maywood, Illinois, y Milwaukee, Wisconsin. A los diecisiete años publicó su primer cuento en *Weird Tales*. Entre 1935 y 1952, *Weird Tales* editó 66 cuentos suyos, convirtiéndose en el cuarto escritor más prolífico que colaboró en la revista, tan sólo superado por Seabury Quinn, August Derleth y Edmond Hamilton, en ese mismo orden, y superando a Clark Asthon Smith por un relato.

Al igual que muchos de sus colegas que escribían para las revistas *pulp*, Bloch creció y vivió durante los duros años de la Depresión. Se empleaba en trabajos menores, a los que acudía después del colegio, para ayudar a sus padres, antes de descubrir que su talento natural para escribir historias podía reportarle un mayor beneficio. Rechazó una beca que, al igual que a su hermano, se le había ofrecido para completar sus estudios. En lugar de ello, empezó a relacionarse con una agencia de publicidad que representaba a varios candidatos políticos de la zona de Milwaukee, al tiempo que seguía escribiendo cuentos por las noches.

Una invitación casual para asistir a una reunión de la agrupación local de escritores aficionados de Milwaukee le dio la oportunidad a Bloch de codearse con otros escritores y aprender algo más sobre el desarrollo de la trama, la caracterización de personajes y la clase de historias que los editores preferían comprar. En esta asociación había profesores universitarios, hombres de negocios, esposas y otros tipos de personajes cuyo segundo empleo era el de escribir para las revistas *pulp*, incluyendo un abogado de empresa llamado Roger Sherman Hoar, conocido mayormente como Ralph Milne Farley, prolífico escritor de literatura sobrenatural y de ciencia ficción.

A veces, durante sus primeros años como escritor, rememora Bloch en su autobiografía que August Derleth le aconsejaba encarecidamente que «no pasara su vida sin publicar algún libro». Luego, en el siguiente capítulo, Bloch constata: «Tras una década como escritor profesional, nadie estaba especialmente interesado en mi

obra o en mí mismo… excepto August Derleth», ya que Derleth le pidió a Bloch que recopilara una colección de cuentos para Arkham House. El libro se publicó en 1945, con el título de *The Opener of the Way*. Todos los relatos eran reediciones aparecidas previamente en revistas, excepto el que daba título al libro, el cual escribió especialmente para aquella edición con la esperanza de que pudiera darle un empujón definitivo a su carrera literaria.

Durante las siete décadas durante las cuales permaneció en activo, Bloch escribió un total de 24 novelas y un interminable número de cuentos. Entre 1945 y 1998 se han publicado la increíble cantidad de 33 antologías con sus relatos cortos (sin contar los tres gruesos volúmenes que incluyen las colecciones previamente publicadas), y aún quedan relatos suyos que todavía no han sido editados. Sin duda, un logro envidiable. Bloch fue uno de los primeros escritores que dio el salto de la literatura *pulp* a los primeros puestos de las listas de ventas de libros, al mismo tiempo que obtenía un gran éxito como escritor de seriales radiofónicos, de televisión y guiones cinematográficos. Además, un número significativo de sus cuentos y novelas ha sido adaptado al cine y la televisión.

Bloch empezó a intercambiar correspondencia con Lovecraft dos años antes de que le publicaran su primer cuento en *Weird Tales*, y el maestro del horror le confesó que tenía un cierto parecido con Derleth, que vivía a muy poca distancia del propio Bloch. Les separaban tan sólo tres horas de autobús, y Bloch visitó con frecuencia la ciudad de Sauk City. Un día del verano de 1938, Bloch llegó acompañado de su amigo el fotógrafo Harold Gauer, y ambos visitaron a Henry Kuttner. Gauer hizo una serie de fotos inmortales a los escritores mientras caminaban por la cubierta del ferry contemplando el río Wisconsin. Lovecraft fomentaba en gran medida los encuentros entre sus colegas. Sin saberlo, Lovecraft estaba sembrando las semillas que harían florecer su propia inmortalidad como escritor, algo que jamás habría imaginado en vida.

Más o menos cuando *The Opener of the Way* fue publicado, el trabajo de copista que Bloch desarrollaba en la agencia publicitaria le ayudó a entrar en contacto con varias cadenas de radio de la zona de Chicago que transmitían seriales dramáticos para las emisoras del sindicato. Durante la media docena de años que siguieron, Bloch combinó el trabajo en la agencia con la escritura para revistas Puán y la creación de guiones de misterio semanales y seriales de horror, incluyendo algunos para el show de *Weird Tales*, que tuvo una muy corta duración. La creciente reputación de Bloch hizo que Hollywood le invitara para escribir guiones de televisión. No sin cierta preocupación por el futuro, Bloch se trasladó a Los Ángeles, mientras que su esposa e hija permanecían en su lugar habitual de residencia a la espera con la esperanza de que el triunfo les sonriera. Con la ayuda de Henry Kuttner y de su esposa, Catherine L. Moore, de Leigh Brackett (la mujer de Edmond Hamilton), y de otros escritores formados en *Weird Tales* que ahora estaban trabajando para la televisión y el cine, Bloch se embarcó en una lenta y errática

aventura en la liga de los guionistas.

La segunda recopilación de cuentos de Bloch para Arkham House, *Pleasant Dreams*, vio la luz en 1960. Le ayudó a sobrevivir durante todo un año de magros ingresos. Los 600 dólares que Arkham House pudo adelantarle por los derechos de autor, junto con los 750 que Simon & Schuster le habían adelantado por una novela recién terminada, llegaron justo a tiempo, según palabras de Bloch. Pero la publicación de Pleasant Dreams casi echó por la borda sus 25 años de amistad con Derleth.

Con el paso del tiempo, los relatos de Bloch han aparecido en tantas antologías de Arkham House y en tantas antologías de Derleth para otras casas editoriales, que las relaciones comerciales entre ambos hombres llegaron a ser sumamente complejas. Si se les sigue la pista a todos los cuentos que Arkham House vendió a otras editoriales para sus antologías, reimpresiones en tapa blanda, ediciones foráneas, traducciones y a la radio y televisión, ello requeriría un enorme esfuerzo de selección y filtrado, y la lista tendría unas proporciones exageradas, al igual que lo tendría la correspondencia de Derleth con escritores, agentes y otros editores con vistas a la aclaración de permisos literarios, pagos y el desembolso de cheques y cuentas.

Siempre puede haber errores, y también diferencias concretas de interpretación de las cláusulas contractuales. Pero la mayor parte eran resueltas con rapidez. «No quiero tener ninguna clase de disputa por carta, y no creo que sea necesaria en el tema que nos ocupa», escribió Bloch en el caso de la venta de su cuento «The Cheaters» a una productora de televisión. Pero este incidente casi se le fue de las manos.

Al principio, Bloch y Derleth tuvieron numerosos problemas con el grupo editorial que había comprado *Weird Tales*. Los nuevos propietarios proclamaban ser los propietarios de todos los derechos (incluidos los derechos de emisión en radio y televisión) de los relatos de Bloch publicados en la revista. Esta situación complicaba las negociaciones entre Bloch y los productores de *Thriller*, que estaban interesados en filmar varios de los cuentos que iban a ser incluidos en *Pleasant Dreams*. Derleth, aparentemente, había conseguido pruebas de que la revista tan sólo había adquirido los derechos del primer serial, allanando el camino para que Derleth continuase con sus planes.

Entonces Derleth encontró un problema con la Oficina de la Propiedad Intelectual, y el 3 de abril de 1961 le escribió a Bloch: «He perdido un montón de tiempo en la Oficina de la Propiedad Intelectual tratando el tema de PD [*Pleasant Dreams*]. Siguen insistiendo en que no puedo registrar los derechos de autor si todos los relatos ya han sido previamente publicados. Finalmente, he tenido que decirles que haré una revisión completa del texto, etc. A veces pienso que todos los tontos del culo del Estado han acabado trabajando para el gobierno».

El 10 de enero de 1962 Derleth recibió el siguiente telegrama remitido por Bloch: «Mi interpretación del acuerdo al que ambos llegamos el 23 de mayo de 1960 es que si yo vendo algo para el cine la televisión o la radio o para publicarse en el extranjero

con tu mediación tú te llevas un 10 % de las ganancias mientras que yo recibo el 90 % y que si yo vendo cualquier cosa por mi cuenta sin tu mediación yo me llevo el ciento por ciento de las ganancias en ningún caso puedes vender mis derechos de autor sin mi previo consentimiento ya que sólo yo soy el propietario final».

Derleth le contestó el mismo día: «No me ha sorprendido recibir tu telegrama hoy, ya que he oído a Molson mientras hablábamos por teléfono. [Gordon Molson era el agente de Bloch en HollyWood]. El caso es que no hay ninguna cláusula en tu contrato que haga referencia a la venta de tus cuentos a la televisión, la radio, el cine, el teatro o las editoriales foráneas. Tampoco hay nada en el contrato que haga referencia a cuando nosotros nos encargamos de esa venta, y si se da el caso, esperamos la colaboración del autor. El tema es así de simple.

»Nosotros no te exigimos el 10 % de las ventas que hagas, pero lo esperamos. Piensa en el contrato estándar de las editoriales de Nueva York». Aquí Derleth describe con todo lujo de detalle las cláusulas contractuales de los editores de aquella ciudad, añadiendo: «… los editores se reservan un tercio de las ganancias en la venta de los derechos a los países foráneos. Contrasta bastante con nuestras propias cláusulas. Sentimos que en nuestros contratos y acuerdos existe algo más que el valor monetario, pero aún tengo que encontrar a un agente que coincida conmigo».

La carta sigue: «Podías haber especificado —si lo hubieras querido— que los cuentos incluidos en *Pleasant Dreams* estaban exentos de derechos para la televisión; podías haber estipulado que sólo tu agente de Hollywood podía vender esas historias; pero no lo hiciste. No puedes esperar que ahora estemos de acuerdo con tus demandas, o que rehusemos esperar la cooperación del autor.

»Si ahora te sientes insatisfecho con el contrato que redactamos para Pleasant Dreams, tan sólo tienes que comprar al 50 % de su valor el resto de los libros de la edición que permanecen sin vender. Quedan 1.300 ejemplares, con 2.600 dólares podrías comprarlos, así como tu contrato y todos los derechos de autor exceptuando aquellos que previamente habían sido acordados por nosotros. Estoy convencido de que, si no tienes suficiente dinero para comprar esos libros, tus agentes, que demuestran un gran celo en la defensa de tus intereses, estarán dispuestos a prestarte esa suma con toda la satisfacción del mundo.

»Además, según los contratos estándar de hoy en día, y después de otorgar los derechos editoriales en cualquier otro medio, el autor también se asegura un 20 % de todas las ganancias y los porcentajes comerciales de la venta. Nadie podrá decir que las demandas de Arkham House con sus autores son exorbitantes».

Bloch respondió que no estaba de acuerdo con todos los juicios de Derleth. «Creo que lo mejor es que dejemos que el contrato hable por sí mismo. Es lo suficientemente claro en los puntos expuestos. Por ejemplo, no hay ninguna cláusula en la que se diga que Arkham House tiene facultad para disponer como guste de mis derechos de autor. Lo más que se dice es que tú puedes atender las ofertas de compra que se hagan y que, una vez aprobadas por mí, podrían generar determinadas

ventas… pero mi aprobación siempre será necesaria. No creo que haya más diferencias importantes entre nosotros, pero lo mejor es dejar las cosas bien claras».

La carta de Derleth fechada el 27 de febrero dio fin al asunto:

«No, no tiene que haber una disputa entre nosotros, ya sea en cuestiones laborales o de cualquier otro tipo. Si nos atenemos estrictamente al contrato, los siguientes puntos son obvios: a) Nosotros nos quedamos con 100 dólares a los que AH no tenía derecho por la venta de *The Cheaters*; b) por otra parte, tampoco ingresamos 100 dólares que sí eran de AH por la venta a Girard de la nueva historia. Así que, en realidad, estamos en paz. Sin embargo, a) ninguna cláusula del contrato habla del tema de las ganancias, por tu parte o por la nuestra, con respecto a la venta de tales derechos de autor; b) nada nos impide ofrecer a la venta los cuentos de PD para la televisión. Ésta es "mi visión" del negocio, y esperamos que tú estés de acuerdo; puedes elegir tu precio, pero esperamos que sea igual al del resto de nuestros autores, de la misma manera que mis editores tienen derecho a esperar lo mismo de mí. Ellos lo saben. Y ningún agente se ha interpuesto jamas entre mis editores y yo…».

Este incidente jamás habría tenido lugar si el agente de Bloch no se hubiera molestado con el agente de la Arkham que hizo la venta. Su enfado fue producido por la pérdida de la comisión por la venta del relato. Derleth le hizo saber a Bloch que la interferencia de su agente «había puesto en peligro los acuerdos con otros autores de Arkham House que no habían sido tan afortunados de escribir *Psycho* y necesitaban hacer dinero. [La historia de Bloch se filmó primeramente como el episodio piloto de una serie que se iba a titular *Nightmare*[3]]. Los dos somos amigos desde hace tiempo, y no debemos consentir que nuestra amistad se ponga en peligro por una simple cuestión monetaria, pero esta experiencia me ha enseñado que un editor que intenta hacerlo lo mejor posible y que cuida de sus autores, no siempre puede fiarse de ellos. He tirado a la basura todos los viejos contratos de AH, y los que hagamos a partir de ahora serán exhaustivos y abarcarán todos los supuestos, y cualquier autor que los firme no podrá vender sus derechos sin recurrir antes a AH. No hará que ganemos más dinero, pero tampoco nos llenará de ataduras, y de esta manera los agentes literarios no podrán echarnos nada en cara».

El nuevo modelo contractual de Arkham House molestó a varios de sus autores, a pesar de que seguía siendo mucho más favorable que los contratos que tenían firmados con las grandes casas editoriales. Bloch menciona este asunto brevemente en su autobiografía, diciendo que Derleth «se había pasado de listo». Sin embargo, en su correspondencia y en las cartas con sus agentes, parece una simple cuestión de interferencias sin mala intención entre los agentes que se ocupaban de conseguir lo mejor para los intereses comerciales de Bloch. Sin embargo, el incidente hizo que Derleth se mostrase mucho más a la defensiva y que fuera más inflexible en sus acuerdos contractuales.

A partir de entonces no parece que hubieran nuevas disputas entre Bloch y Derleth. El agente de Derleth continuó vendiendo de vez en cuando los cuentos de

Bloch ya impresos en Arkham House, y cuando el agente de Bloch vendía una antología o cuento a los países foráneos, éste le enviaba automáticamente a Arkham House el porcentaje estipulado por la venta.

En varias ocasiones, durante la década de los sesenta, cuando Derleth recibía un premio en la Costa Oeste otorgado por algún grupo literario, Robert Bloch siempre acudía a recoger las placas o diplomas, y pronunciaba el correspondiente discurso de agradecimiento; por supuesto, con su inimitable estilo. Si no podía enviarle a Derleth una cinta grabada de su discurso, entonces le procuraba una copia al carbón con sus palabras. A Derleth aquello le venía al pelo, ya que odiaba viajar, y sentía casi el mismo recelo por las fiestas de entrega de premios que por las convenciones de aficionados.

Aunque Bloch trabajó frecuentemente para la televisión, colaborando en programas como *Thriller, Alfred Hitchcock Presents* y *I Spy*, fue la venta de *Psycho* a Hitchcock la que le reportó un mayor beneficio. En una ocasión le confesó a Derleth que había sido demasiado ansioso al elegir los términos del contrato que Hitchcock le ofreció por los derechos de *Psycho* para el cine: «50.000 dólares o el 2 % del total de los beneficios de la película». Si hubiera escogido el porcentaje en vez del pago en mano, habría ganado casi cinco veces más.

# EL MURCIÉLAGO ES MI HERMANO

## ROBERT BLOCH

*Alguna vez te has preguntado cómo es posible que no haya más vampiros…*
*¡pues cada víctima del vampiro se convierte en uno de ellos!*

### I

Comenzó en el crepúsculo… un crepúsculo que no pude contemplar.

Mis ojos se abrieron a la oscuridad, y durante unos instantes me pregunté si aún estaba dormido y soñando. Entonces deslicé las manos hacia abajo y sentí el forro barato del ataúd, y supe que la pesadilla era real.

Quise gritar, pero ¿quién iba a oírme a través de los dos metros de tierra que cubrían la fosa del cementerio?

Lo mejor era reservar el aliento e intentar conservar la razón. Yacía boca arriba, rodeado de una impenetrable oscuridad. Las negras, frías, húmedas tinieblas de lo muerto. No podía recordar cómo había llegado aquí, ni qué terrible error había hecho que me enterraran prematuramente. Lo único que sabía era que estaba vivo pero que, incapaz de huir, pronto mi estado sería consustancial con todo lo que me rodeada.

Entonces sucedió algo que no puedo recordar con detalle. La madera astillándose, un excavar desenfrenado entre la tierra poco apelmazada de la fosa, mi respiración sofocada por la histeria mientras me abría paso hacia la superficie y la cordura del mundo que había encima.

Por fin salí. Tengo que agradecer mi liberación a la pobreza, la pobreza que había hecho que me enterraran en un ataúd poco sólido y sin sellar dentro de una fosa común.

Cubierto de pegajoso barro, empapado de un sudor frío, sacudido por un profundo asco, pude escapar a rastras de las garras de la muerte.

La bruma se deslizaba entre las tumbas y, un poco a mi izquierda, la luna espiaba a las legiones de sombras que conquistaban el mundo en el nombre de la Noche.

Me erguí jadeando bajo la mirada deslumbrante de la luna, y desee abandonar aquel lugar antes de que los árboles revelasen mi secreto a los innumerables muertos

sin nombre.

A pesar de mis deseos, tuvieron que pasar varios minutos antes de que reuniera las fuerzas necesarias para permanecer en pie sin estremecerme.

Di una bocanada llena de niebla y putrefacción; luego me dirigí hacia la senda.

En ese momento apareció la figura.

Se deslizaba como una sombra entre las sombras más profundas que habitaban debajo de los árboles, y cuando la luz de la luna iluminó un rostro humano sentí que mi corazón explotaba de alegría.

Corrí hacia la figura, las palabras pugnaban por salir de mi boca a borbotones.

—¿Puede ayudarme? —farfullé—. Mire lo que ha pasado… me han enterrado vivo… Estaba atrapado… dentro de la fosa… He salido… lo entenderá… No puedo recordar cómo ha sucedido… ¿me ayudará?

Asintió con la cabeza en completo silencio.

Me detuve, intentando recuperar la compostura, buscando mi razón perdida.

—Esto es muy embarazoso —dije, más tranquilo—. En realidad, no tengo derecho a solicitar su ayuda. Ni tan siquiera sé quién es.

La voz que surgió de las tinieblas tan sólo era un susurro, pero todas y cada una de sus palabras resonaron como un trueno en mi cerebro.

—Soy un vampiro —dijo el desconocido.

*Locura*. Me di la vuelta para huir, pero la voz me persiguió.

—Sí, soy un vampiro —dijo—. Y… ¡tú también!

## II

Entonces debí de desmayarme. Debí de desmayarme y él tuvo que sacarme del cementerio, pues al abrir de nuevo los ojos yacía en un sofá de su casa.

Las paredes cubiertas de paneles eran muy altas y las sombras se agrupaban más allá de la luz de la vela. Me senté, parpadeando, y contemplé al desconocido que se inclinaba hacia mí.

Ahora podía verle bien y me sentía asombrado. Era de mediana estatura, el pelo gris, bien afeitado y vestía un discreto traje negro. A primera vista parecía alguien perfectamente normal.

Mientras su rostro se acercaba pude observarle desde más cerca, e intenté traspasar la máscara de su aparente cordura, pugnando por descubrir la locura que se ocultaba tras aquella prosaica apariencia exterior de ropas y piel.

Le contemplé y descubrí algo peor que la simple locura.

A aquella distancia su semblante se hallaba iluminado cruelmente por la luz. Vi la palidez cerúlea de su piel y, lo que era aún peor, unas peculiares ondulaciones. Tenía toda la cara y la garganta cubiertas por una red de diminutas arrugas, y cuando sonreía parecía una momia.

Sí, su rostro era blanco y estaba cubierto de arrugas; blanco, rugoso y muerto hace mucho tiempo. Sólo los ojos y los labios parecían vivos, eran rojos… *demasiado rojos*. Un rostro tan blanco como la carne muerta, unos ojos y labios tan rojos como la sangre.

Olía a *moho*.

Todas estas sensaciones se me hicieron patentes después de que hablara. Su voz sonaba igual que el aullido del viento sobre las coronas de flores que colocan en las tumbas.

—¿Estás despierto? Eso es bueno.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres? —Hice las preguntas aunque me aterrorizaban las posibles respuestas. Estas no se hicieron esperar.

—Te encuentras en mi casa. Aquí estarás a salvo, creo. En cuanto a mí, soy tu guardián.

—¿Guardián?

Sonrió. Vi sus dientes. Nunca había visto nada igual, excepto en las fauces de las bestias carnívoras. Y aun así, ¿no era eso la respuesta?

—Estás desconcertado, amigo mío. Es completamente normal. Y por eso necesitas un guardián. Hasta que conozcas las sendas de tu nueva vida yo debo protegerte —asintió—. Sí, Graham Keene, yo te protegeré.

—Graham Keene.

Era mi nombre. *Ahora* lo sabía. Pero ¿cómo lo sabía él?

—¡Por todos los santos, dime que es lo que me ha pasado! —grité.

Me dio unas palmaditas en el hombro. Incluso a través de la ropa pude notar el contacto helado de sus pálidos dedos. Se deslizaron por mi cuello como gusanos, como escurridizos gusanos blancos…

—Cálmate —me dijo—. Ya sé que es un terrible *shock*. Entiendo que estés confuso. Si puedes tranquilizarte un poco y me escuchas, creo que podré explicártelo todo.

Le escuché.

—Para empezar, tienes que aceptar ciertas evidencias. La primera es que eres un vampiro.

—Pero…

Frunció los labios, esos labios *demasiado* rojos, y asintió.

—Desgraciadamente, no hay dudas acerca de eso. ¿Puedes decirme cómo te las arreglaste para salir de la tumba?

—No. No lo recuerdo. Debo de haber sufrido un ataque cataléptico. El *shock* hizo que entrase en un estado de amnesia. Pero me recuperaré. Estoy bien, debo estarlo.

Las palabras parecían huecas, a pesar de haber salido de mi garganta.

—Quizás. Pero yo creo que no —suspiró—. Puedo probar tu condición con suma facilidad. ¿Podrías decirme qué ves detrás de ti, Graham Keene?

—¿Detrás?

—Sí, en la pared.

Miré.

—No veo nada.

—Exactamente.

—Pero…

—*¿Dónde está tu sombra?*

Miré de nuevo. No había ninguna sombra, ninguna silueta. Durante unos instantes perdí el juicio. Luego le miré.

—Tú tampoco tienes sombra —exclamé triunfante—. ¿Qué prueba eso?

—Que soy un vampiro —dijo con calma—. Y que tú también lo eres.

—Eso no tiene sentido. Se trata de un efecto de la luz —me burlé.

—¿Todavía escéptico? Explícame entonces esta ilusión óptica —dijo, ofreciéndome un objeto brillante con su mano huesuda.

Lo cogí, sujetándolo. Se trataba de un simple espejo de mano.

—Mira. Miré.

El espejo resbaló de entre mis dedos y cayó al suelo.

—¡No refleja nada! —murmuré.

—Los vampiros no se reflejan en los espejos. —Su voz era suave. Parecía que estuviera razonando con un niño.

—Si dudas aún —insistió—, te recomiendo que te tomes el pulso. Intenta sentir los latidos de tu corazón.

¿Alguna vez has intentado escuchar el sonido de la esperanza dentro de tu interior… sabiendo que es lo único que puede salvarte? ¿Alguna vez lo has hecho y no has podido oír nada? ¿Nada, excepto el silencio de la *muerte*?

Entonces lo supe, sin ningún género de dudas. Era un No-Muerto… un No-Muerto que no tiene sombra, cuya imagen no se refleja en los espejos, cuyo corazón está en silencio para siempre, pero cuyo cuerpo vive, vive, y camina y se alimenta.

¡Se alimenta!

Pensé en los labios rojos de mi acompañante y en sus dientes afilados. Pensé en la luz que llameaba en aquellos ojos. El fulgor del hambre. ¿Hambre de qué?

¿Cuándo empezaré a sentir hambre?

Él debió de intuir la pregunta, ya que en seguida volvió a hablar.

—Finalmente te has dado cuenta de que te digo la verdad. Eso está bien. Debes aceptar tu nueva condición y prepararte luego para llevar a cabo los ajustes necesarios. Tienes que aprender muchas más cosas para poder sobrellevar los siglos que te quedan por delante.

—Para empezar, tengo que decirte que muchas de las supersticiones comunes sobre nosotros —la gente como nosotros— son falsas.

Igual podía haber estado hablando del tiempo atmosférico por la expresión que mostraba su cara. Pero yo no pude evitar un escalofrío de asco ante sus palabras.

—Dicen que no soportamos el ajo. Eso es mentira. Dicen que no podemos

atravesar los cursos de agua. Otra mentira. Dicen que, durante el día, tenemos que reposar bajo la tierra de nuestras sepulturas. Una estupidez pintoresca y sin sentido.

»Tan sólo estas cosas, y sólo éstas, son ciertas. Recuérdalas, pues serán muy importantes para ti en el futuro. Tenemos que dormir por el día y sólo podemos levantarnos al caer el sol. Al amanecer, un aletargamiento insuperable se adueña de nuestros sentidos y caemos en una especie de coma hasta el crepúsculo. No tenemos por que dormir dentro de un ataúd, eso es una estupidez melodramática, ¡te lo aseguro! Pero es mejor reposar en la oscuridad, a salvo de ser descubiertos por los hombres.

»No sé por qué es así, como tampoco sé mucho más de lo relativo a la enfermedad. Pues, como ya sabes, el vampirismo es una enfermedad.

Sonrió al decirlo. Yo no. Yo gemía.

—Sí, es una enfermedad. Y además, contagiosa, que se transmite de manera clásica, con una mordedura. Como la rabia. Nadie sabe por que el cuerpo vuelve a la vida después de la muerte. Ni tampoco por qué necesitamos un alimento especial para subsistir. El coma en el que entramos durante el día tiene una explicación médica más sencilla. Quizás se trata de algún tipo de alergia a los rayos directos del sol.

—Estoy interesado en esas cuestiones y las he investigado.

—En los siglos venideros podré investigar el problema a conciencia. Seguramente ayudará a perpetuar mi existencia, y también la tuya.

Su voz era ahora más severa. Sus finos dedos se agitaban en el aire con nerviosismo.

—Piensa un momento en ello, Graham Keene —susurró—. Olvida esas morbosas y terroríficas supersticiones y encara la realidad.

»Recuerda cómo eras antes de despertar bajo el crepúsculo. ¡Imagínate que aún sigues ahí dentro, en el ataúd, dormido para siempre! ¡Muerto, muerto para toda la eternidad!

»¡Sí, piensa y da gracias! Ya nunca morirás. Las armas no pueden hacerte daño, no estás expuesto a las enfermedades ni al paso del tiempo. Eres inmortal. ¡Te enseñaré a vivir como un dios!

Se puso serio.

—Pero eso puede esperar. Primero tenemos que atender nuestras necesidades. Quiero que me escuches atentamente. Deja a un lado tus prejuicios estúpidos y escúchame. Voy a revelarte todo lo necesario sobre nuestra alimentación.

—No es sencillo, ya lo sabes.

»No existen colegios en los que puedas aprender lo que tienes que hacer. No hay cursillos a distancia ni libros que puedan informarte. Tienes que aprenderlo todo por tu propia cuenta. Todo.

»Incluso algo tan sencillo y vital como morder una garganta, usando correctamente los incisivos, es un asunto completamente personal.

»Tómalo como un pequeño detalle, un simple ejemplo. Para empezar tienes que

seguir a pies juntillas la trinidad clásica: el tiempo, el lugar y la muchacha.

»Cuando estés preparado, debes hacerle creer que vas a besarla. Las manos detrás de sus orejas. Esto es importante, sujetar su cuello con fuerza y en el ángulo adecuado.

»Debes sonreír todo el tiempo, sin permitir que tu expresión o el brillo de los ojos te traicionen. Luego inclinas la cabeza, le besas el cuello. Si está relajada, acercas los labios a la base del cuello, los abres sigilosamente y dejas los incisivos en posición.

»Al mismo tiempo —*tiene* que ser al mismo tiempo— deslizas la mano izquierda hacia arriba para taparle la boca. Con la derecha coges sus manos y se las pones detrás de la espalda. Ya no es necesario sujetarle el cuello. Los dientes se encargan de eso. Entonces, y sólo entonces, el instinto vendrá en tu ayuda. Tiene que ser entonces porque, una vez que has empezado, todo lo demás desaparece en medio de un remolino rojo y brumoso colmado de satisfacción.

No puedo describir el tono de su voz mientras hablaba, ni los movimientos inconscientes que acompañaron su increíble alocución. Pero era muy fácil nombrar el sentimiento que apareció en sus ojos.

Hambre.

—Vamos, Graham Keene —susurró—. Debemos irnos.

—¿Irnos? ¿Adónde?

—A cenar —exclamó—. ¡A cenar!

## III

Me guió a través de la casa y de una senda que serpenteaba por el jardín más allá del cercado.

La luna estaba alta en el cielo y, mientras caminábamos sobre un acantilado sacudido por el viento, unas figuras aladas tejían una especie de tela de araña sobre la brillante faz de la luna.

Mi acompañante se encogió de hombros.

—Murciélagos —dijo. Y sonrió—. Dicen que tenemos el poder de cambiar de forma. Que podemos convertirnos en murciélagos o lobos. Ay, tan sólo es otra superstición. Ojalá fuera cierto. Nuestras vidas serían mucho más sencillas. En cambio, la búsqueda del sustento que nos proporcionan los mortales es dura. Pero pronto lo entenderás.

Me eché hacia atrás. Su mano sujetó mi hombro con fría resolución.

—¿Adónde me llevas? —pregunté.

—A comer.

La indecisión me abandonó. Emergí como de una pesadilla, intentando asirme a la razón.

—No… no quiero —murmuré—. No puedo…

—Debes hacerlo —dijo—. ¿Quieres volver a la tumba?

—Lo prefiero —musité—. Sí, prefiero estar muerto.

Sus dientes brillaron a la luz de la luna.

—Eso es lo malo del asunto —dijo—. Ya no puedes morir. Si no te alimentas te sentirás débil, sí. Y parecerá que estás muerto. Si alguien te encuentra entonces, volverá a enterrarte.

»Pero seguirás vivo ahí abajo. ¿Cómo podrás resistir el permanecer tumbado para siempre en esa oscuridad eterna… retorciéndote de dolor mientras te debilitas cada vez más… sufriendo los tormentos de un apetito feroz y los calambres de la desintegración?

»¿Cuánto tiempo crees que podrás aguantar? ¿Cuánto tiempo antes de que tu cerebro se pudra? ¿Cuánto tiempo soportarás el conocimiento carnal del gusano devorador? ¿Acaso cuando seas simple polvo seguirás sufriendo la agonía?

Su voz estaba llena de espanto.

»—Ése es el destino al que has escapado. Pero ese destino aún te aguarda si no vienes a cenar conmigo.

»Además, créeme, no está tan mal. Y estoy seguro, amigo mío, de que empiezas a sentir las punzadas del hambre.

Yo no podía, no me atreví a responder.

Pues era cierto. Aun mientras él seguía hablando. Tenía hambre. Un apetito más voraz del que nunca había sentido antes. Llámese ansia, llámese deseo, llámese gula. Lo sentía, me roía las entrañas. La repugnancia desapareció, barrida por una necesidad creciente y espeluznante.

—Sígueme —dijo, y yo le seguí. Le seguí por el acantilado y a través del desierto camino comarcal.

Paramos repentinamente en la carretera. Un cartel de neón reluciente parpadeaba incongruentemente un poco más adelante.

Leí el absurdo letrero.

AUTOSERVICIO DANNY

Mientras miraba el anuncio parpadeó.

—Bien —susurró mi guardián—. Se acerca la hora. Deben de estar saliendo ahora.

—¿Quién?

—El señor Danny y su camarera. Ella sirve a los clientes en los automóviles. Siempre salen juntos, sé que es la hora de cerrar. Ven y haz lo que te he dicho.

Le seguí carretera abajo. Sus pies sonaban en la grava que había delante del mostrador en tinieblas del autoservicio. Mi andar era nervioso. Me adelante como impulsado por una mano gigantesca. La mano del hambre…

Llegó a la puerta del mostrador. Sus dedos rasparon el cristal.

Sonó una voz irritada.

—¿Qué quiere? Estamos cerrando.

—¿Puede atendernos?

—No. Demasiado tarde. Váyase.

—Pero estamos muy hambrientos.

Casi sonreí. Sí, estábamos realmente hambrientos.

—¡Fuera! —Danny no se sentía hospitalario en ningún sentido.

—¿No podemos pedir nada?

Danny permaneció en silencio durante un rato. Evidentemente, estaba considerando el asunto. Luego llamó a alguien que se encontraba en el interior de la casucha.

—¡Marie! Hay un par de clientes aquí afuera. ¿Crees que podrás tomarles una nota rápida?

—Oh, supongo que sí —La voz de la muchacha era suave y complaciente. ¿Sería ella también tan suave y complaciente?

—De acuerdo. ¿Piensan comer afuera?

—Mejor no.

—Abre la puerta, Marie.

Los zapatos de tacón alto de Marie repiquetearon en el suelo de madera. Abrió la puerta y parpadeó bajo la oscuridad exterior.

Mi compañero dio un paso. De repente atrajo a la muchacha hacia fuera.

—¡Ahora! —rugió.

Arremetí contra ella en la oscuridad. Ya no recordaba sus instrucciones sobre eso de sonreírle todo el rato, o lo de poner las manos detrás de sus orejas. Lo único que veía era su cuello blanco, suave y liso, excepto en el sitio en el que una delgada vena sobresalía un poco.

Quería tocar ese lugar de su cuello con los dedos, con los labios, con los dientes.

Así que me la llevé a la oscuridad, y mis manos estaban sobre su boca, y podía oír el roce de sus tacones sobre la grava mientras tiraba de ella. Del interior de la casucha tan sólo surgió un largo gemido, y luego nada.

Nada… excepto la palidez que iba cubriendo sus mejillas mientras mi rostro se afanaba sobre la palpitante vena…

## IV

El sótano estaba helado, helado y en tinieblas.

Me removí inquieto en el camastro y mis ojos parpadearon abriéndose a la oscuridad. Intenté ver algo mientras me sentaba y el frío abandonaba lentamente mis huesos. Me sentía débil, pesado, como un reptil aletargado. Bostecé, intentando recordar algo entre el laberinto rojo que envolvía mi mente.

¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Qué había estado haciendo?

Bostecé. Una mano se acercó a mi boca. Mis labios estaban cubiertos de una sustancia seca y descascarillada.

Lo sentía… y entonces el recuerdo me invadió.

La noche anterior, en el autoservicio, me había dado un banquete. Y luego…

—¡No! —exclamé.

—¿Has dormido? Bien.

Mi huésped se erguía frente a mí. Me incorporé precipitadamente y le planté cara.

—Dime que no es cierto —supliqué—. Dime que estaba soñando.

—Lo estabas —respondió—. Cuando salí de la caseta estabas tumbado bajo los árboles, inconsciente. Te traje a casa antes de que saliera el sol y te acosté. Has estado soñando desde la aurora hasta el crepúsculo, Graham Keene.

—¿Pero la noche anterior…?

—Fue real.

—¿Quieres decir que cogí a aquella muchacha y…?

—Por supuesto —asintió—. Pero, vamos, debemos ir arriba y hablar un poco. Hay ciertas cosas que debo preguntarte.

Subimos las escaleras lentamente hasta llegar a la planta baja. Ahora podía observar lo que me rodeaba con mayor objetividad. La casa era grande, y vieja. Aunque estaba amueblada en su totalidad, parecía, de alguna manera, deshabitada. Era como si nadie hubiera vivido en ella desde hacía mucho tiempo.

En seguida recordé quién era mi huésped, y lo que era. Sonreí tristemente. En realidad era cierto. Nadie vivía en aquella casa.

El polvo se acumulaba por todas partes y las arañas tejían sus decadentes diseños en las esquinas. Las sombras se apelotonaban en la oscuridad y trepaban por las decrépitas paredes. Pues las tinieblas y la decadencia formaban parte de aquel lugar.

Entramos en el estudio en el que había despertado la noche anterior y, mientras tomaba asiento, mi guardián ladeó la cabeza hacia mí en una actitud interrogativa.

—Hablemos con franqueza —empezó—. Quiero que me contestes una pregunta muy importante.

—¿Sí?

—¿Qué le hiciste?

—¿Que qué le hice?

—A la muchacha, la noche anterior. ¿Qué hiciste con su cuerpo?

Me llevé las manos a la sien.

—Todo está borroso. No puedo recordarlo.

Apuntaba la cabeza hacia mí, los ojos llameantes.

—Yo te diré lo que le hiciste —bramó—. Arrojaste su cuerpo al pozo. Vi cómo flotaba.

—Sí —musité—. Ahora lo recuerdo.

—Estúpido, ¿por qué lo hiciste?

—Quería ocultarlo… Pensé que así no lo encontrarían…

—*¡Pensaste!* —el desprecio llenaba su voz—. No pensaste nada. ¿No te das cuenta? Ahora jamás volverá a levantarse.

—¿Levantarse?

—Sí, como tú. Levantarse para convertirse en uno de los nuestros.

—Pero no lo entiendo.

—Eso está muy claro —dio unos pasos por la habitación, luego me encaró de nuevo—. Ya veo que tengo que explicarte ciertas cosas. Quizás no debo maldecirte pues no te das cuenta de la situación. Ven conmigo.

Me hizo una seña. Yo le seguí. Atravesamos el salón y entramos en una habitación grande y llena de estanterías. Obviamente, se trataba de la biblioteca. Encendió una lámpara y se detuvo.

—Echa un vistazo —invitó—. Mira lo que quieras, amigo mío.

Observé los títulos que había sobre las estanterías, todos ellos estampados en letras doradas, apenas visibles en los lomos de piel avejentada. Allí estaban los últimos tratados científicos y médicos, flanqueados por vetustos incunables.

Los volúmenes más modernos versaban sobre psicopatología. Los más antiguos trataban claramente sobre magia negra.

—Aquí está mi colección —susurró—. En ella encontrarás todo lo que se sabe, todo lo que se ha escrito sobre nosotros.

—¿Una biblioteca sobre vampirismo?

—Sí. Tarde décadas en completarla.

—Pero ¿por qué?

—Porque la sabiduría es poder. Y es el poder lo que yo busco.

De repente, la cordura pareció abrirse paso en mi interior. Me sacudí la pesadilla que parecía envolverme y luché por encontrar un punto de vista objetivo. Una pregunta me rondaba el cerebro, y no hice nada por retenerla.

—¿Quién eres? —inquirí—. ¿Cuál es tu nombre?

Mi huésped sonrió.

—No tengo nombre —respondió.

—¿Ninguno?

—Es triste, ¿verdad? Cuando me enterraron no hubo ningún amigo que se molestara en poner una lápida con mi nombre. Y al salir de la fosa nadie se encargó de guiarme y hablarme de mi pasado. Aquéllos eran unos tiempos brutales en la Prusia del Este de 1777.

—¿Falleciste en 1777? —musité.

—Por lo que puedo recordar —replicó, haciendo una mueca de desprecio—. Por eso es por lo que no sé mi nombre. En apariencia, debí de fallecer lejos de mi región natal, pues todas las investigaciones que llevé a cabo para saber quiénes eran mis padres fueron vanas, y tampoco encontré a nadie que pudiera reconocerme después de mi… mmm… resurrección.

—Y por eso no tengo nombre, aunque sí muchos seudónimos. Durante las últimas diecisiete décadas he viajado lejos y conocido todas las costumbres de los hombres. No me apetece contarte ahora mi biografía.

»Baste decir que, lentamente y de una manera gradual, mi conocimiento de las cosas del mundo se ha ido haciendo más vasto. Y que he desarrollado un plan. Con ese fin he acumulado riquezas y reunido una gran biblioteca como base de mis operaciones.

—Espero que mis planes te interesen. Cuando los sepas te darás cuenta del porqué de mi enfado cuando arrojaste el cadáver al pozo.

Se sentó. Yo le imité. Sentía que algo iba a acontecer. Estaba a punto de contarme algo, algo que yo ansiaba conocer, aunque también me daba miedo. Desveló el misterio con astucia, lentamente.

—¿Alguna vez te has preguntado —comenzó— por qué no hay más vampiros en la tierra?

—¿Qué quieres decir?

—Piénsalo. Se dice, y es cierto, que las víctimas de los vampiros se convierten a su vez en nuevos vampiros. Estos hacen sus propias presas. ¿No sería razonable suponer que, en un corto lapso de tiempo y por pura progresión aritmética, el virus del vampirismo se extendería como una epidemia por el mundo? En otras palabras, ¿nunca te has preguntado cómo es posible que el mundo no esté lleno de vampiros a estas alturas?

—Bueno, sí… aunque jamás he pensado en esas cosas. ¿Por qué es así? —pregunté.

Me miró mientras levantaba un blanco dedo. Luego lo puso sobre mi pecho, acusadoramente.

—Por culpa de estúpidos como tú. Estúpidos que arrojan a sus víctimas a un pozo, estúpidos cuyas víctimas son enterradas en ataúdes sellados, que ocultan los cuerpos o los hacen pedacitos para que nadie sospeche ni los encuentre.

»Por eso pocos logran madurar. Y los más antiguos, como yo mismo, estamos sujetos a los estragos del tiempo. Podemos desintegrarnos, ya lo sabes. Que yo sepa, tan sólo existen unos cientos de vampiros hoy en día. Y sin embargo, si las nuevas víctimas tuvieran la posibilidad de desarrollarse, dispondríamos de un ejército en tan sólo un año. ¡En tres más habría millones! ¡En tan sólo diez podríamos conquistar el mundo!

»¿Te das cuenta? Si no existiera la cremación, si se tuviera un poco de cuidado, podríamos dar por terminada nuestra existencia como criaturas nocturnas… ¡los hermanos de los murciélagos! ¡Ya no volveríamos a ser una leyenda, una minoría marginada, ni atenderíamos cada uno a nuestras propias leyes individuales!

Su voz se elevó. También el pelo de mi nuca. Estaba empezando a comprenderlo…

—Supón que aprovechamos los humildes instrumentos del destino —sugirió—.

Esos tristes, despreocupados, ignorantes y despreciables hombrecitos… vigilantes de cementerios y tumbas.

Una sonrisa retorcida iluminó su semblante.

—Supón que los eliminamos. Que tomamos su puesto. Que ponemos vampiros en su lugar… hombres que irán a los cementerios y liberarán a las víctimas de sus mordeduras antes de que los cuerpos estén fríos y sin vida.

»Podríamos salvar la mayor parte de los nuevos reclutas que hagamos. ¿No es razonable?

A mí me parecía una completa locura, pero asentí.

—Supón que hacemos un séquito de víctimas. Los rescatamos, los reanimamos, los educamos y permitimos que sean nuestros aliados. Sólo trabajarán por la noche… nadie se enterará.

»Es sólo una pequeña idea, ¡pero tan obvia! ¡Y significaría tanto!

Su sonrisa se ensanchó.

—Lo único que necesitamos es organización. Conozco a muchos hermanos. Mi deseo es reunirlos pronto a todos y exponerles mis planes. Nunca antes hemos trabajado en cooperación, pero cuando les muestre los beneficios ellos no podrán negarse.

»¿Puedes imaginarlo? Un mundo que podríamos gobernar y aterrorizar a nuestro antojo, un mundo en el que los seres humanos serían de nuestra propiedad, nuestro ganado.

»Es muy sencillo. Deja a un lado tus absurdos conceptos sobre *Drácula* y todas las demás supersticiones artificiales que enmascaran la realidad a las mentes del público. Admito que somos algo… antinaturales. Pero no tenemos por qué ser estúpidos, inútiles creaciones de la fantasía. ¡Existe algo más para nosotros que andar acechando por ahí envueltos en capas negras y retrocediendo ante los crucifijos!

»Después de todo, somos una forma de vida, una raza aparte. La biología aún no nos ha reconocido, pero existimos. Todavía no se ha evaluado ni catalogado nuestra morfología y metabolismo; tampoco nuestras acciones y reacciones. Pero existimos. Y somos superiores a los simples mortales. ¡Demostremos nuestra superioridad! La simple inteligencia humana, unida a nuestros poderes sobrenaturales, nos ayudará a imponernos a todas las criaturas vivas. Pues somos más poderosos que la Vida… ¡somos Vivos-en-la-Muerte!

Me incorporé a medias. Él me empujó hacia atrás, jadeante.

—Supón que nos agrupamos y hacemos planes. Supón que elegimos nuestras víctimas de acuerdo a nuestros intereses. En vez de considerarlas un simple vehículo de alimentación, pensemos en ellas como los nuevos reclutas de un ejército. Seleccionemos mentes inteligentes, cuerpos fuertes y jóvenes. Hagamos que nuestras presas sean lo mejor que la tierra nos puede ofrecer. Entonces seremos fuertes y ningún hombre se escapará de nuestras manos… ¡o dientes!

Se acurrucó como una araña negra que teje su telaraña, nublando mi juicio. Sus

ojos relampagueaban. Era grotesco contemplar cómo una criatura surgida de entre las supersticiones de terror urdía con toda calma una sociedad dictatorial basada en la muerte.

Y sin embargo, yo era uno de ellos. Todo era real. Ese ser sin nombre podía conseguirlo.

—¿Te has preguntado en algún momento por qué te cuento todo esto? ¿Te has preguntado por qué eres mi confidente en esta aventura? —prosiguió.

Sacudí la cabeza, negando.

—Porque eres joven. Yo soy viejo. Durante años he estado solo trabajando en este proyecto. Ahora que mis planes están depurados, necesito ayuda. Juventud, un punto de vista actual. Te conozco, Graham Keene. Te he espiado antes… antes de que fueras uno de los nuestros. Has sido elegido con ese propósito.

—¿Elegido? —De repente me di cuenta. Luché porque un grito ahogado no saliera de mi garganta mientras hacía la pregunta—: ¿Entonces sabes quién… quién me hizo esto? *¿Sabes quién me mordió?*

Sus colmillos putrefactos se abrieron en una sonrisa. Asintió lentamente.

—Por supuesto —susurró—. *Yo* lo hice.

## V

Seguramente él estaba preparado para cualquier cosa excepto para la calma con la que me tomé aquella revelación.

Desde luego, se sentía complacido. El resto de aquella noche, y de la siguiente, la pasó hablando de sus planes, con todo detalle. Supe que aún no se había llegado a comunicar con otros vampiros para exponerles sus ideas.

Pronto celebrarían una reunión.

Luego empezaríamos a poner en práctica los planes. Como él mismo había dicho, ahora era el momento adecuado. La guerra, un mundo lleno de agitación… podríamos movernos sin ser advertidos y encontraríamos más facilidades.

Yo estaba de acuerdo. Incluso me atreví a añadir ciertas sugerencias. Él estaba encantado con mi cooperación.

Luego, la tercera noche, volvió el hambre. Se ofreció a servirme de guía, pero yo lo rechace.

—Deja que lo intente por mí mismo —sonreí—. Después de todo, más tarde o más temprano tendré que aprender. Y te prometo que seré muy cuidadoso. Esta vez me encargaré de que el cuerpo quede intacto. Luego investigaré el lugar en el que lo entierran y llevaré a cabo un pequeño experimento. Seleccionaré a alguien con posibilidades, luego podemos ir a abrir el sepulcro y comprobar el resultado de nuestro plan en miniatura.

Sonrió abiertamente. Aquella noche fui solo en busca de una presa.

Volví cuando la aurora comenzaba a intuirse en los cielos orientales, y pasé el resto el día sumido en un profundo sueño.

Aquella noche hablamos y yo le hice partícipe de mi éxito.

—Su nombre es Sydney J. Garrat —dije—. Profesor universitario, más o menos 45 años. Le encontré paseando solo por un camino próximo al campus. Los árboles se cerraban sobre sí oscureciendo el desierto camino. No opuso resistencia. Le dejé allí. No creo que lleguen a hacerle la autopsia, pues las marcas en su cuello eran totalmente invisibles y todo el mundo sabía que padecía del corazón.

»Vivía solo y no tenía parientes. Tampoco tenía dinero. Eso significa un ataúd de madera y un entierro rápido mañana en Everest. Por la noche podremos acercarnos al lugar.

Mi compañero asintió.

—Lo has hecho muy bien —dijo.

Pasamos el resto de la noche perfeccionando nuestros planes. Iríamos a Everest, localizaríamos al vigilante nocturno y nos desharíamos de él, y luego visitaríamos la nueva tumba del profesor Garrat.

Y así fue, y así volvimos al cementerio la noche siguiente.

De nuevo una luna nocturnal vigilaba desde la órbita ciclópea del cielo. De nuevo el viento susurraba a nuestro paso y los árboles se inclinaban, sumisos y tenebrosos, a lo largo de la senda.

Nos acercamos sigilosamente hasta la casucha del guardia del cementerio y vigilamos su quieta figura a través de la ventana.

—Yo golpearé la puerta —sugerí—. Entonces, cuando se acerque…

Mi compañero asintió con la cabeza.

—Nada de colmillos —murmuró—. Ese hombre es viejo y no nos sirve. Utilizaré armas más mundanas.

Me encogí de hombros. Luego llamé. El anciano abrió la puerta, parpadeando ante mí con ojos de reumático.

—¿Qué sucede? —resolló, curioso—. Se supone que nadie puede permanecer en el cementerio a esta hora de la noche…

Unos delgados dedos se cerraron en torno a su tráquea. Mi compañero lo sacó del interior de la caseta, arrastrándole hasta unos arbustos. Su brazo libre subió y bajó, dibujando un arco plateado. Había utilizado un cuchillo.

Luego nos apresuramos por la senda, antes de que el aroma de la sangre nos pudiera distraer de nuestra verdadera misión… Bastante lejos, en la colina reservada a los últimos y más pobres enterramientos, vi los bordes cortantes y mullidos de una fosa recientemente cubierta de tierra.

Él corrió de vuelta a la caseta para coger las picas que habíamos olvidado con las prisas. La luna nos servía de linterna mientras llevábamos a cabo nuestro espeluznante cometido bajo una brisa susurrante.

Nadie nos descubrió, nadie nos oyó, pues sólo las cuencas vacías y los oídos

destrozados yacen en lo profundo de la tierra.

Picamos duro, y luego paramos y sacamos la tierra. La fosa era profunda, muy profunda. En el fondo estaba el ataúd y tiramos hasta dejar al aire libre la caja de madera de pino.

—Qué trabajo más malo —dijo mi compañero—. Una fosa muy poco profesional, según mi opinión. No estaba cavada correctamente. Y este ataúd es de pino, pero muy grueso. Jamás habría conseguido salir. Es imposible romper los tablones. Y la tierra estaba apelmazada a conciencia. ¿Por qué gastar tanto tiempo en la fosa de un miserable?

—Ya no importa —susurré—. Abrámosla. Tenemos que darnos prisa.

También había traído un martillo de la caseta del guardia y se metió dentro de la fosa para quitar los clavos de la caja. Oí cómo desprendía los tablones de madera y me incliné para mirar desde el borde.

Él se agachó para mirar en el interior de la caja, su rostro era una máscara de muerte bajo la luz de la luna. Le oí sisear entre dientes.

—Pero… ¡el ataúd está vacío! —jadeó.

—¡No por mucho tiempo!

Saqué una llave inglesa de mi bolsillo, la levanté, y la hice descender con todas mis fuerzas hasta que golpeó sobre su cráneo.

Luego salté al interior de la fosa y cogí el cuerpo gimiente y aún tembloroso, y lo metí dentro del ataúd, puse la tapa encima y fijé sobre ella los recios clavos. Pude oír cómo sus lamentos se iban transformando en unos gritos sordos, pero éstos fueron aumentando de tono mientras echaba paletadas de tierra sobre la caja de pino.

Seguí trabajando hasta que no pude oír ningún sonido del interior de la fosa. Aplasté la tierra a conciencia, mucho mejor de lo que lo había hecho la noche anterior cuando cavé la fosa por primera vez.

Y luego, por fin, el trabajo estaba completado.

Allí yacía, el que no tenía nombre, el inmortal; cubierto por dos metros de tierra y en el interior de una recia caja de madera de pino.

Sabía que le sería imposible salir. Y aunque pudiera, le había colocado boca abajo dentro de su prisión de madera.

No tenía escape posible. Que yazca ahí dentro, tal y como él lo describió: ni vivo ni muerto. Que sea consciente de su descomposición, y de la descomposición de la madera y de los gusanos en su festín. Que sufra hasta que lleguen por fin a su corrupto cerebro y devoren sus malignos pensamientos.

Podía haberle clavado una estaca en el corazón. Pero sus terribles planes le hacían merecedor de un destino semejante.

Ya estaba hecho, y ahora podía regresar antes de ser descubierto, regresar a su enorme mansión, que era el único hogar que me quedaba en la tierra.

Regresé, y durante las últimas horas he estado escribiendo esto para que todo el mundo sepa la verdad.

No soy muy hábil con las palabras, y al releer lo escrito aquí me parece estar ante un melodrama barato. El mundo es un lugar supersticioso y, aun así, cínico, y lo más seguro es que este relato sea considerado el desvarío de una mente loca o estúpida; incluso aún peor, como una simple broma.

Así que te imploro: si quieres comprobar la veracidad de lo que he escrito, ve al cementerio Everest mañana y busca una fosa recientemente cavada sobre la colina. Díselo a la policía cuando encuentren el cuerpo del guardián, convénceles de que vayan al pozo que hay cerca del autoservicio de Danny.

Luego, si quieres, puedes ir hasta el cementerio y desenterrar la fosa, y comprobarás que, en el interior, aún hay algo que se agita retuerce. Cuando lo veas, creerás en mis palabras y, en justicia, no aliviarás los tormentos del ser monstruoso que hay dentro clavándole una estaca en el corazón.

Pues esa estaca representa la paz y el descanso.

Me gustaría que luego te acercaras hasta aquí… y que trajeras una estaca para mí…

# H. RUSSELL WAKEFIELD

# [1890-1964]

Algunos lo llamaron la invasión británica de Arkham House; otros dijeron que August Derleth se había hecho un anglófilo al editar las colecciones de cuentos de Algernon Blackwood, M. P. Shiel, Lady Cynthia Asquith, H. Russell Wakefield, Sheridan Le Fanu y William Hope Hodgson que fueron apareciendo en la lista de libros de la Arkham. Pero, como el mismo Derleth explicaba a uno de sus corresponsales, si Arkham House pretendía ser respetada en el género de la literatura sobrenatural, no podía ignorar la obra de los maestros británicos, de reconocido prestigio y, con frecuencia, «superiores».

También se puede afirmar que los libros que publicaba Derleth reflejan sus propios gustos literarios. Es bien conocido que era un gran admirador de la literatura de misterio y sobrenatural británica, y en particular de las obras de sir Arthur Conan Doyle, Sax Rohmer, Edgar Wallace, E. Phillips Oppenheim, Arthur Machen, Algernon Blackwood, «Saki» (H. H. Munro), William Hope Hodgson… y otra serie de escritores que empezó a leer y recopilar desde muy temprana edad.

Aunque la mayoría de sus contactos con los escritores británicos fueron estrictamente profesionales, Derleth tuvo una admirable y muy amistosa correspondencia con Lady Cynthia Asquith, otra bastante corta con Blackwood y Shiel, y soportó (es la palabra adecuada) una muy rara relación editor-autor durante más de 20 años con un malhumorado y desagradable escritor llamado H. Russell Wakefield. Derleth hizo de agente literario con muchas de las historias de Wakefield durante los años 40 y 50, encargándose de venderlas a *Weird Tales* y otras revistas del género, libros de antologías, e incluso a programas de radio y televisión. Una de ellas fue la clásica «Ghost Hunt», producida por la radio CBS para su serie Suspense.

Derleth publicó muchos cuentos suyos a pesar de que muchas veces pensaba que no eran lo suficientemente buenos para los estándares de Wakefield, y reescribió los manuscritos hechos pedazos que le enviaba, algunos de ellos medio mecanografiados y a los que les faltaban párrafos. Media docena de estos manuscritos abominables de Wakefield, con las correcciones de Derleth, se guardan aún en Arkham House, y son ciertamente unos especímenes muy interesantes para todo aquel que sea a la vez escritor experto y editor experimentado de cualquier casa editorial.

Existen periódicas interrupciones en la correspondencia Derleth-Wakefield, sobre todo como consecuencia del tratamiento de desintoxicación al que Wakefield se veía sometido de cuando en cuando por su adicción a la bebida, o cuando sus cartas a Derleth eran demasiado abusivas. Es difícil entender por qué Derleth soportó la

irritable actitud de Wakefield durante tantos años, especialmente sabiendo que, de vez en cuando, el propio Derleth renunciaba a sus comisiones para ayudar financieramente a Wakefield. Incluso después de la muerte del escritor, Derleth siguió enviando a la viuda, Jessica Russell Wakefield, las cantidades que había recibido por la publicación de alguno de sus cuentos en antologías y por las ventas que su agente en Londres había hecho para la BBC. Supongo que Derleth toleraba los defectos de carácter de Wakefield de la misma manera que procuraba que las rencillas empresariales no dieran al traste con las viejas amistades.

Derleth era un purista en el tema contractual con sus autores, y sin embargo muchas veces lo dejaba pasar por alto para ayudarlos, en la medida de sus posibilidades, cuando se encontraban en apuros financieros. Siempre hacía caso a ciertos principios que otros editores ignoraban: no publicaría ningún cuento, aunque ya fuera de dominio público, sin pagar al autor, o a la esposa o hijo, su correspondiente comisión. Un ejemplo típico fue el libro *Eight Tales* de Walter de la Mare, que no se publicó hasta principios de 1971, veintitrés años después de que Derleth se interesara en el proyecto.

El renombrado historiador literario y crítico Edward Wagenknecht sugirió a Derleth en 1948 la publicación de una pequeña colección de cuentos raros de De la Mare que llevaban el título de *Three Tales*. Las indagaciones de Derleth revelaron que sus derechos no habían sido renovados en Estados Unidos. Explicó a Wagenknecht que Arkham House podría publicar legalmente el libro, pero que no lo haría hasta que De la Mare firmara un contrato y pudieran pagarle. Por la razón que fuera, De la Mare ignoró durante mucho tiempo la oferta del editor, a pesar de que Derleth y Wagenknecht siguieron en contacto con él. En 1970, varios años después de la muerte del escritor, el hijo de De la Mare, un editor ejecutivo de Londres, accedió. El libro se amplió y fue editado. Siempre que había algún conflicto entre un buen negocio y la ética, Derleth optaba invariablemente por la ética. Jamás pudo hacer entender esta lección a Wakefield y a otros pocos escritores de su plantilla.

Herbert Russell Wakefield nació en 1890, según la nota biográfica que el escritor envió a Arkham House (no en 1888, como otros habían asegurado). Era el tercero de un total de 4 hermanos, hijos de Henry Russell Wakefield, obispo de Birmingham. Se educó en el Marlboro College y en la Universidad de Oxford, consiguiendo honores de segunda clase en Historia Moderna. Según la mencionada nota autobiográfica allí «jugó, más o menos, en la primera clase de críquet, golf, hockey, fútbol y lo lamentó desde entonces». Fue el secretario de Lord Northcliffe desde 1912 hasta 1914; luego combatió en Francia y los Balcanes durante la Primera Guerra Mundial con el rango de capitán.

Wakefield fue secretario del obispo en 1920, durante un largo viaje que su padre hizo por América. Allí conoció y desposó a Barbara Stando Waldish, una mujer americana cuyos padres tenían fama de ser ricos. Los Wakefield se establecieron en Londres y Herbert Russell Wakefield comenzó a trabajar como editor jefe para la

casa Collins Ltd., mientras que ella lo hacía de enfermera. Sus experiencias en el mundo editorial le suministraron el material de fondo para varios cuentos poco corrientes y fantasmagóricos, incluyendo «Messrs. Turkes and Talbot».

La mayor parte de la vida privada de los Wakefield está envuelta en el misterio, pero parece ser que empezó a escribir hacia los años veinte, produciendo un total de seis recopilaciones de cuentos, cuatro novelas, dos ensayos sobre el crimen y muchos artículos para varias revistas y periódicos. Su sobrina, Irene Back (citada por Bárbara Roden en la introducción a la antología de Wakefield, *Old Man's Beard*), recuerda que su tío era una persona bien parecida y elegante, con una maravillosa voz de actor, atributos de los que se aprovechó para ganarse una notable fama de donjuán. Back dice que su tío tenía numerosas amistades femeninas de entre el personal de secretaría de Collins, que tuvo muchas aventuras con otras mujeres, que bebía abundantemente y que destrozó su primer matrimonio. El padre de Beck, el general Edward Archibald Beck, que estaba casado con la única hermana de Wakefield, Mary, llamaba a su cuñado «un mierda».

Wakefield escribió a Derleth sobre sus gustos políticos: «Donde la extrema derecha se encuentra con el futuro»; religiosos: «Ninguno»; región preferida: «Erewhon»; aversiones particulares: «La caza, disparar y pescar, y cualquier acto de crueldad sobre los animales». Pero su sobrina dice que tenía una vena sadista contra las mascotas de la casa y los familiares más cercanos. Roden añade: «Lo que dice Wakefield sobre los animales en papel impreso no siempre coincide con su vida privada».

Hacia la mitad de los años treinta, Wakefield había escrito el grueso de su ficción sobrenatural y se dedicó a emplear sus dotes creativas a escribir guiones radiofónicos para la BBC, tarea que llevó a cabo hasta finales de los cincuenta, fecha en la que su adicción al alcohol le dejó incapacitado para escribir. La correspondencia de Wakefield con Derleth carece curiosamente de toda discusión literaria, y en general versa sobre materias comerciales, su propio ego personal, las rencillas insignificantes con los editores de Londres y una necesidad constante de dinero. Era con frecuencia, por decirlo de algún modo suave, bastante crispada.

Derleth, que casi nunca hacía copias de sus propias cartas (excepto por cuestiones comerciales que afectaban a Arkham House), adoptó el hábito de copiar con carboncillo muchas de las cartas de Wakefield. Se había dado cuenta de que Wakefield no tenía vista para los negocios, de que era capaz de llegar a acuerdos rápidos con tal de conseguir dinero (que luego olvidaba puntualmente) y que no le preocupaba deshacerse de los derechos comerciales por sus nuevas obras. Derleth tenía que recordarle con frecuencia que Arkham sólo había adquirido los derechos de sus obras para Estados Unidos y Canadá, y que él era libre para venderlas en otros mercados del resto del mundo, aunque hubieran aparecido en cualquier antología o reedición de cuentos hecha por Derleth bajo contrato.

Aun así, Wakefield no siempre estaba satisfecho. En una ocasión se quejó

sarcásticamente sobre la comisión que había recibido por la reedición de dos de sus cuentos, creyendo que eran mucho más largos de lo que en realidad eran, por lo que esperaba unos honorarios más jugosos. Derleth le contestó: «Siento que el pago de 65 dólares por sus dos relatos no sea de su agrado, y estoy dispuesto a enviarle mi propia comisión si eso consigue hacerle más feliz». Pero luego le recuerda a Wakefield: «Escribir fantasía en América nunca ha sido muy rentable… además, sus cuentos tienen un estilo narrativo muy pausado que yo admiro, al igual que muchos de sus lectores… pero la realidad es que a la mayoría de los editores no les interesan los relatos lentos, ni tan siquiera en el campo de la imaginación fantástica, y prefieren las llamadas "historias de acción" o los romances de desarrollo fácil. No he sido capaz de vender un número muy considerable de mis mejores relatos y actualmente los he ofrecido gratuitamente a ciertas antologías de relatos muy respetables aunque de poca rentabilidad comercial».

Después de la edición en 1946 de *The Clock Strikes Twelve*, el primer libro de Wakefield para Arkham House, en una respetable edición de 4.040 copias, Derleth se mostró demasiado entusiasta y adquirió los derechos de publicación para Norteamérica de *Strayers From Sheol* pagando un anticipo de 600 dólares y esperando que saldría al mercado entre 1948 y 1949. A finales de aquel año, sin embargo, las finanzas de la Arkham estaban en franca recesión. Derleth había ido editando libros más rápidamente de lo que su limitado mercado era capaz de consumir, y, acuciada por la drástica subida de los costes de producción de los libros que tuvo lugar después de la guerra y por el cambio en los gustos literarios, Arkham estuvo al borde del colapso financiero. *Strayers From Sheol* tuvo que ser retrasado y eso irritó enormemente a Wakefield.

En una carta del 9 de diciembre de 1958, Wakefield hacía una serie de comentarios sarcásticos acerca de las pequeñas casas editoriales, y luego añadía: «Le concedo otro año, pero si no lo publica a lo largo de 1960 tendré que hacer algo al respecto». Luego se dedicaba a atacarle personalmente, sugiriendo que, si Arkham House hubiese publicado menos libros de Lovecraft y del propio Derleth, su obra ya estaría en prensa.

«En cuanto a versatilidad», seguía diciendo, «he publicado más de un millón de palabras antes de que usted mismo haya escrito ni una sola. Mis artículos se pueden ver en los mejores periódicos ingleses, y tratan de muchos y variados temas, desde el golf a la economía, desde los deportes acuáticos a la crítica de la obra de Shakespeare, desde el uranio a las granjas de cría zorros», Y unas pocas páginas después escribe una melodramática reprimenda: «Hace aproximadamente 6 meses un admirador me escribía: "¿Por qué no le enseña al pobre y viejo Derleth a escribir cuentos? ¡Es malísimo!"… No estoy diciendo que yo sea nada del otro mundo, ¡pero seguro que escribo mucho mejor que usted!… ¡Ya basta! Esto es el adiós. No escribiré de nuevo…».

Derleth le contestó: «La grosería es cosa de niños o de necios. Por favor, recuerde

mi carta. Nuestro acuerdo no especifica ninguna fecha concreta de publicación. Si usted cree que poseo un manuscrito de gran valor en mis archivos, no tiene más que volver a comprarlo; envíeme los 600 dólares que antes yo pagué por él. He intentado explicarle antes que la única razón por la que existe Arkham House es porque las grandes editoriales son muy reacias a editar cualquier otra recopilación de cuentos macabros que no sea en antologías. Incluso las pequeñas casas editoriales tienen que intentar publicar a autores que se vendan fácilmente, y, para ser francos, Wakefield no se vende fácilmente. Su libro ha tenido, y tiene, exactamente la misma publicidad que cualquier otro de nuestros libros. A pesar de todo, es una triste realidad que los aficionados americanos a la literatura macabra prefieren comprar los libros de los escritores patrios que los de otros escritores británicos con frecuencia superiores. Aún necesito ganar otros 600 dólares para cubrir el desembolso de 750 que le adelante por *The Clock Strikes Twelve*. No es culpa suya ni mía, pero lo cierto es que el nombre de Lovecraft (e incluso el de Derleth, a pesar de que su ingenio sea bastante inferior) es más familiar para los lectores americanos que el de Wakefield».

Después de un prolongado silencio que duró casi un año, Wakefield reanuda su correspondencia, que, de cuando en cuando, adorna con sarcasmos. No parece que Derleth contestara a la mayoría de estas cartas. Luego, en agosto de 1960, Wakefield vuelve a la carga y Derleth escribe: «Tengo que admitir que, al menos en una cosa, usted es único: ¡nadie es capaz de superarle en su total y auténtica grosería!».

En junio de 1961, después de que Wakefield recibiera las copias que le correspondían por la edición de *Strayers From Sheol*, dijo: «¡Buen trabajo! Espero que esto rescate de algún modo a mis libros del *olvido*». ¿Se creería Derleth que Wakefield de repente había suavizado su «grosería»? Lo dudo, ya que las escaramuzas prosiguieron hasta la muerte de Wakefield en 1964.

Wakefield era a un mismo tiempo un escritor sinvergüenza y brillante de relatos sobrenaturales y cuentos de fantasmas, una combinación muy interesante para cualquier biografía literaria. Desafortunadamente, poco después de su muerte, la esposa de Wakefield le escribió a Derleth contándole que éste había destruido toda la correspondencia, manuscritos y sus propias fotografías. A lo mejor no quería ser recordado como la clase de persona que fue en la vida real.

Aparte de Frank Belknap Long, Wakefield fue el escritor más exasperante de todos con los que tuvo que tratar Derleth para temas relacionados con Arkham House. A pesar de no dejarse intimidar por Wakefield, Derleth jamás se retractó de su opinión personal al considerar al viejo y malhumorado inglés el mejor escritor de cuentos de fantasmas desde M. R. James.

# LA LLAVE DEL CERROJO

## H. RUSSELL WAKEFIELD

Malgreen contemplaba la espalda de su esposa Mabel mientras descendía las escaleras, y un dolor agudo le atravesó el corazón y las entrañas. Aplastó el cigarrillo con una mano temblorosa. Con la otra no paraba de darle vueltas al trozo de cuerda encerada que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Había llegado la espantosa hora. ¡Tenía que hacerlo! ¡Tenía que hacerlo! Cuando sus pasos se hicieron inaudibles, esperó el portazo en la entrada principal. Los segundos se sucedían. ¡Cuánto tardaba! ¿Qué estaba haciendo? Seguramente estaría abriendo y leyendo el correo. ¡De todas las mañanas, precisamente en ésta! Se apoyó contra la pared para tranquilizarse. Tenía los ojos dilatados, su respiración era entrecortada y rápida. El sudor le corría por el vientre y las costillas mientras escuchaba con suma atención. De pronto se oyó un lejano y sordo portazo. ¡Se había ido! Esperaría dos minutos por si acaso volvía, para estar completamente seguro. Cerró los ojos. ¿Cómo *podía* hacerlo? ¡Tenía que hacerlo! Puso los brazos por encima de la cabeza y se estiró con violencia. Apenas podía soportar la crisis nerviosa. Quería gritar, golpearse la cabeza contra la pared. Luego se enfundó el sombrero, tomo su bloc de notas y empezó a andar de puntillas escaleras abajo.

El antiguo edificio había sido convertido apresuradamente en un bloque de varios pisos, dos por nivel, que daba a una especie de descansillo. El de los Malgreen estaba en el último piso. Llegó al rellano inferior y se paró a escuchar. Todo estaba tranquilo; se habrían ido a trabajar. Luego al tercero; sí, todo despejado. El segundo; ni un ruido. Y luego llegó al primer piso. Se detuvo un rato, se sacudió los brazos, golpeó la puerta que tenía enfrente y entró.

—Bueno, aquí estás, Lois —dijo con voz chillona—, lo he traído.

Y sacando el cordel encerado del bolsillo avanzó hacia delante. No hubo ningún movimiento, ninguna respuesta por parte de la figura que estaba en la silla. Desconcertado, rodeó a la mujer hasta que pudo mirarla de frente, y luego emitió un grito de asombro.

La muchacha, que tan sólo vestía el pijama, estaba despatarrada. Sus ojos, ahora vidriosos, sobresalían de las órbitas. La lengua, cubierta de sangre, aparecía de manera horrible por entre sus labios. Unas marcas de color rojo oscuro se dibujaban a lo largo de las tres cuartas partes de su garganta. Estaba muerta. La observó unos instantes, luego salió a hurtadillas de la habitación y corrió escaleras abajo hasta el piso bajo. Tenía que irse de la casa. *¡Afuera! ¡Afuera!* Eso era todo lo que podía pensar, además de que *tenía* que controlar la expresión de su cara.

Fue capaz de dibujar una sonrisa en el semblante y, con la cabeza gacha, corrió a la parada del autobús de Earl's Court Road. Acababa de llegar uno y, diez minutos después, entró en el Museo Albert. Saludó al portero, miró su reloj de pulsera y dijo:

—¡Esta mañana llego pronto!

Luego se dirigió a la galería en la que estaban expuestas los bocetos de Rafael. Se sentó enfrente de *El milagro de los peces*, se puso el bloc de notas en las rodillas e intentó ser lo más crítico posible mientras observaba el dibujo.

En esos momentos su cerebro era una confusa sucesión de pensamientos y emociones. Hizo un gran esfuerzo por aclarar su mente. Lo primero de todo era que estaba salvado, ¡salvado! ¡Salvado! ¿Quién la había asesinado? Alguien al que ella estaba chantajeando, lo mismo que a él. ¡Qué suerte! Se lo merecía. Le envolvió un intenso sentimiento de relajación. Debía pensar bien en todo. Aclarar su mente. Tranquilizarse.

Ella tenía, así se lo dijo, un doble y equivoco trabajo. Era modelo de la famosa firma Couturier's Dellbos, Sports & Bathing. Como tal, era vista con frecuencia por los ricos compradores del país y de fuera de él. A todos les encantaba salir con ella, ya que era bonita, elegante y tenía un cuerpo espléndido. ¡Y *ella* se los *llevaba a casa* al final de la tarde! Su jefe la animaba y al caballero de turno no le importaba. Algunos de ellos pronto descubrirían *lo elegante* que era, ya que, si andaban bien de dinero, se dedicaba a chantajearlos.

Era una avariciosa insaciable, de otra manera no le hubiera molestado por unas cinco míseras libras mensuales. ¡Qué estúpido había sido! Podía haberlo perdido todo, ya que dependía económicamente de Mabel. Aquel día, después de comer con Eccles, estaba un poco borracho. Tropezó y cayó por las escaleras, y ella le estaba esperando abajo, como una araña seductora.

—¿Se ha hecho daño? Entre un rato.

¡Tan dulce, suave y hospitalaria! Y prácticamente con nada encima del cuerpo. Había caído como un patán en medio de la red. Bueno, ahora ya había pasado todo, y él no se había visto obligado a matarla. No existía otro camino; él *no podía* seguir pagándole aquellas cinco libras mensuales, y seguramente ella se lo habría contado todo a Mabel. ¡Qué suerte! ¡Justo en el último momento! Con toda probabilidad, había llevado a alguien a su casa, alguien que la había asesinado. Se lo merecía sin duda, pero eso no salvaría al asesino de la horca, si lo pillaban. Seguramente lo había planeado todo con sumo cuidado, como él mismo lo había hecho. Bueno, todos esos planes ya no servían de nada.

Se puso a dibujar un rato para disimular delante de los encargados que pasaban cerca de él. Entonces su cerebro se puso a pensar de nuevo. ¿Realmente todo lo que había planeado era ahora innecesario? Todavía podía ser un sospechoso. ¡Qué desagradable ser colgado por el crimen de otro! Lo mejor era seguir con su historia sobre el hombre alto, bien vestido y de mediana edad que había visto salir de piso de Lois y bajar las escaleras. Mabel no sospecharía de él. Aún le atraía locamente. La

había *conseguido* por su *físico*; en todos los demás aspectos le despreciaba, y también a ella misma, por haberse casado con él. Era algo totalmente normal, pues a él nunca le había importado Mabel, y sólo se había casado con ella por su dinero. Recordó con claridad lo que le había dicho Eccles.

—¿Por qué no le das un revolcón, viejo? Ella está encaprichada contigo. Es por tu atractivo fatal. Nunca vas a sacar mucho dinero vendiendo esos dibujos para las portadas de alguna estúpida editorial. No es Pauline Goddard, pero tiene un pequeño y bonito negocio de masajes. Y sus brazos y manos son fuertes y encantadores, ¿no es así? Además, está deseando estrecharlos alrededor de tus huesos. Tú no eres muy buen partido, ¡a pesar de tu atractivo físico! ¡Madura un poco! ¡No se te va a presentar otra oportunidad igual! Tiene 35 años, ¡pero los violines viejos también suenan bien!

Eccles, vulgar canalla, pero entretenido a pequeñas dosis.

Bueno, lo haría, y de esa forma cayó en las garras de una esposa rezongona y celosa hasta unos límites insanos. Ella no pretendía que él fuera todo un *éxito*, ni tampoco demasiado independiente. Con que no fumara en exceso, bebiera poco, jamás mirara a otra mujer y estuviera siempre listo para los asuntos del amor, ella estaba satisfecha. ¡Y sin embargo aún había problemas! Con frecuencia muchas mujeres daban cuerda a sus maridos una vez estaban aburridas o saciadas, ¡pero Mabel no! Ella le había comprado y le pagaba, pagaba por *todo* lo suyo. Si alguna vez le sorprendía eludiéndola o defraudándola, le echaría a patadas sin una palabra ni un penique en los bolsillos. Así se lo había dicho, y hablaba en serio.

En estos momentos ella le asustaba, pues era fuerte y débil a un tiempo. No *creo* que sospeche nada, se decía a sí mismo, aunque últimamente había estado un poco rara. Estuvo a punto de descubrir todo el pastel cuando volvió para recoger el talonario de cheques mientras yo estaba discutiendo con Lois en su piso. Pero no *creo* que sospeche ni haya oído nada. ¡Y no debería! La policía investigará el modo de vida de Lois y descubrirá que había sido una pequeña y avariciosa arpía, y llegará a la conclusión obvia. Pero no hay ninguna conexión entre nosotros. Ella siempre insistía en que le pagara en metálico, y jamás registraba sus transacciones, cosa totalmente normal. Él negará haber hablado nunca con ella, y nadie podrá refutarlo. La casa siempre había estado vacía cuando se veían. No, no había motivo de preocupación. Los policías detendrán al asesino o renunciarán finalmente a su captura.

Ahora su mente estaba clara. Lo único que tenía que hacer era sentarse tranquilamente, escoger con sumo cuidado sus palabras y pronto pasaría todo. A lo mejor su suerte iba a cambiar. El terrible esfuerzo que había tenido que hacer para conseguir el dinero cada quince días y dárselo a ese pequeño diablo estaba arruinando su trabajo. Ahora podía volver a dedicarse a él en cuerpo y alma. *Tenía* talento. En realidad *no era* un mal hombre. Jamás dejaría a Mabel, aunque ganase cincuenta mil libras en las apuestas. Se sentía *agradecido* con ella, y ella le había dado una buena ración de placer y él había disfrutado complaciéndola. ¡Ahora que la suerte le sonreía

conseguiría arreglarlo todo!

Metió la mano en el bolsillo y ésta se enredó en la cuerda encerada. ¡Maldita sea! Tenía que deshacerse de ella. Corrió hacia el lavabo y la echó por el retrete. Ya eran las once y media, más que suficiente para echarse un trago. Así que cogió el autobús que iba al pequeño Club de los Artistas de Chelsea. Pronto se desarrollarían los acontecimientos, y necesitaba un par de güisquis dobles. Había hecho que le enviaran su correspondencia de trabajo a aquel lugar, de manera que Mabel no pudiera verla, y había una carta de un editor aceptando un boceto que le había mandado. ¡Bien de nuevo! *Tenía* talento. ¡La suerte le *sonreía*! Después de almorzar se sintió muy cansado. Apenas había dormido ni comido nada desde hacía cuarenta y ocho horas, y había bebido más de lo que debía y podía soportar, así que cayó en un profundo sueño del que no despertó hasta las seis en punto. Mejor iría directamente a casa, como siempre. Todo como siempre.

Cogió el autobús de Earl's Court y dio un paseo hasta casa. Mientras se acercaba metió la mano en el bolsillo en busca de la llave. Hurgó el fondo una y otra vez. ¡No estaba! Lo intentó en el otro bolsillo. ¡No! Luego en los bolsillos de los pantalones. ¡No! Volvió a revolver el interior de todos, varias veces. La habría olvidado en algún sitio de la casa. No importa; Mabel estaría dentro. Llamó al timbre y ella apareció.

—Siento haberte molestado —dijo con una sonrisa—, me he dejado la llave en el piso.

—¿Dónde? —dijo ella—. No la he visto.

Después de atravesar la primera habitación se le vino a la mente algo horrible. ¡Se me habrá caído *allí*! ¡No! ¡No! Es una idea espantosa. Tiene que haber sido en casa. Pero no estaba; había buscado por todas partes. ¿A lo mejor había resbalado de su bolsillo mientras estaba dormido en el club? Llamó. Tampoco estaba allí. Y entonces empezó a sentir un pánico terrible, aunque tenía que mantener una apariencia normal, pues le daba la sensación de que Mabel lo estaba observando y se preguntaba dónde había dejado la llave. No tenía que parecer preocupado, eso sería peligroso. Ella tenía un sexto sentido para saber cómo se sentía. La llave debía de haber estado en el mismo bolsillo que la cuerda encerada. ¿La había sacado también en la habitación de *ella*? ¿O sólo en el museo? No, no le cabía duda de que no estaba en el museo; ahora lo recordaba. ¡Dios mío! Todo apuntaba a que se le había caído *allí*. Tenía que asegurarse y, después, recuperarla. Pero ¿cómo entraría en la habitación? Se puso a pensar unos instantes.

—Debe de habérseme caído en la calle —dijo, con la mayor tranquilidad de la que fue capaz—. Creo que voy a bajar a echar un vistazo.

—Es una pérdida total de tiempo —dijo Mabel—. Alguien la habrá cogido.

—Es igual, echaré un vistazo por si hay suerte.

—No —dijo Mabel con frialdad—, quiero que hagas algunas tareas. He estado trabajando todo el día. Tú has estado bebiendo en el club. Puedo olerlo. ¿Has ido a algún otro sitio?

—Sólo al museo. Será un momento.

—Entonces iré contigo —dijo Mabel—. Cuatro ojos ven mejor que dos.

—Está bien —accedió.

Tendré que esperar a la mañana, pensó.

Buscaron inútilmente durante un rato. Mientras volvían pudo oír, desesperado, que el teléfono estaba sonando en la habitación de Lois. ¿Quién sería? ¿Su jefe, que se preguntaba por qué no había ido a trabajar? ¿Se acercaría hasta aquí? ¿O un amigo? Se irían cuando ella no respondiera a las llamadas en su puerta. Mientras ayudaba a Mabel a preparar la cena, sus ojos buscaban vanamente la llave por todos sitios.

Según pasaba el tiempo fue tranquilizándose poco a poco. Si nadie se acercaba hasta allí aquella noche, estaba salvado. Podría deslizarse dentro por la mañana. ¡Lo que daría por un trago! Y en el camino de ida o de vuelta podría deslizarse dentro. No tenía nada que perder hasta mañana.

—Hoy he vendido una portada a Mintors —dijo—. Siete libras. ¿Y si lo celebramos? Iré a por una botella de ginebra. Pareces cansada. Te vendrá bien.

—Espera a que tengas el dinero —contestó Mabel—. Todavía no lo tienes, ¿verdad?

—No, pero han aceptado el boceto.

—Espera a que te paguen —dijo Mabel con frialdad.

Malgreen la miró de reojo; de cualquier manera, *había* algo raro en su forma de actuar. Sus pensamientos volvieron a centrarse en la llave. Poseía una «memoria táctil» muy poderosa y llegó a convencerse de que, después de todo, la llave no estaba en su bolsillo cuando sacó la cuerda encerada en la habitación de Lois. Recordó que, cuando lo hizo, había metido la mano en el bolsillo y revuelto bien su contenido, y la llave no estaba. Pero si la había puesto allí la tarde anterior. Luego tenía que haberla perdido en algún momento entre aquella tarde y la mañana siguiente. Pero ¿cómo? ¿Y dónde estaba ahora? Era un rompecabezas, y sin embargo también era un consuelo, pues eso significaba que no se le había podido caer en la habitación de Lois. Se había estado preocupando por nada. Pero ¿dónde estaba la maldita llave? Cierto desasosiego persistió en su interior.

Estaba ayudando a fregar los platos cuando se escucharon unos gritos agudos desde abajo.

—¡Un asesinato! ¡Un asesinato! —gritaba alguien.

—Dios mío, ¿qué pasa? —dijo Malgreen, y un leve malestar se le metió dentro.

Mabel salió al descansillo y escuchó.

—¡Un asesinato! ¡Un asesinato! —se repitieron los gritos.

Bajaron al primer piso, donde un hombre gordo y pequeño agitaba los dedos llenos de anillos de diamantes. Otros inquilinos comenzaban a rodearle. Parecía destrozado. De pronto se precipitó dentro del piso de Lois y empezó a marcar frenéticamente los dígitos del teléfono. Malgreen intentó entrar.

—¡No pase! —gritó el hombre al teléfono—. ¡Ha habido un asesinato! ¡Llamaré a la policía!

—Vayámonos —dijo Mabel bruscamente—. No podemos hacer nada, y estamos estorbando.

—Pero ¿qué ha pasado? —exclamó Malgreen, intentando mirar dentro de la habitación.

El pequeño personaje corrió hasta la puerta y la cerró de golpe en sus narices.

—Ya lo has oído, ¿no? —dijo Mabel—. La chica ha sido asesinada, aparentemente. Qué desagradable que tengan que ocurrir estas cosas aquí… Vamos…

De nuevo subieron las escaleras y, justo cuando llegaron a su piso, Malgreen escuchó la sirena de un coche de policía que paraba al lado. No pasará nada, se dijo a sí mismo. Creo que no tengo que decir nada acerca de ese hombre en el descansillo de su piso. Lo mejor es hacer como que no sé nada. Si lo hubiera hecho en la realidad, todo sería diferente. Se sentó y simuló estar leyendo el periódico de la tarde. Mabel miraba por la ventana.

Entonces se oyó a alguien que subía por las escaleras.

—Hola —dijo Malgreen—, ¿quién es?

Salió al descansillo y se encontró con la mirada de serpiente de un joven que le observaba impertérrito.

—Soy el sargento detective Moss —dijo—. Quisiera hacerle unas preguntas.

—Por supuesto. Entre —dijo Malgreen—. Ésta es mi esposa.

El detective asintió a manera de saludo.

—¿Alguno de ustedes —dijo— puede identificar esta llave? —y la mostró para que pudieran verla.

—Sí —dijo Mabel—, es de mi marido. ¿Dónde la ha encontrado?

—Una muchacha ha sido asesinada en el primer piso —contestó el policía con brusquedad—, y yo la he encontrado al lado de la silla en la que estaba sentada.

—Será mejor que se lo pregunte a mi marido —dijo Mabel—. Sé que ha estado visitando su piso. Hace poco le sorprendí mientras salía.

—¿Es eso cierto, señor? —inquirió el detective.

—Sí —contestó Malgreen.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo allí?

—Esta misma mañana. La encontré muerta.

—¿Por qué no dijo nada?

—No quería verme mezclado en todo este asunto.

—¿Por qué?

—Ella había estado chantajeándome.

—¡Me lo imaginaba! —dijo Mabel.

—No voy a preguntarle nada más, señor —dijo el detective—. Creo que lo mejor es que nos acompañe a la comisaría de policía de Chelsea y haga su declaración allí.

—De acuerdo —dijo Malgreen.

Miró un instante a Mabel. A su rostro implacable, a esas manos y brazos elegantes y fuertes. Supo lo que había pasado… con Lois y con su llave.

—Dos pájaros de un tiro, ¿eh Mabel? —dijo con una medio sonrisa.

—Vamos, señor —apuntó el detective—. Yo en su lugar no diría nada más.

Mabel no contestó, tampoco cambió la expresión de su rostro hasta que los otros abandonaron la habitación, pero después sus facciones se relajaron y, durante un rato, su aspecto fue el de una mujer envejecida y rota.

# CARL JACOBI

# [1908-1997]

«No hay testimonio más elocuente de la permanencia del cuento original de literatura de terror que la obra de Carl Jacobi», escribe Stefan Dziemianowicz en la *St. James Guide to Horror, Ghost & Gothic Witers*. «La fama de Jacobi está basada casi por completo en el tratamiento simple de los temas sobrenaturales desarrollados en pequeñas historias que no pasan de varios miles de palabras. Su estilo ha evolucionado poco desde que publicó su primer cuento en 1932, y sin embargo las cinco recopilaciones de cuentos que agrupan su obra están repletas de ese tipo de historias sin edad que configuran el meollo del género».

Lo mismo puede decirse del propio Jacobi, una persona amigable y poco complicada que, en una fotografía tomada en la década de los treinta (en la que llevaba un sombrero ancho de fieltro echado a un lado de manera desenfadada), tiene un increíble parecido con William Powell en el papel de Nick Charles, en la versión cinematográfica de *The Thin Man*[4], de Dashiell Hammett. Jacobi pareció existir en un mundo que jamás avanzó más allá de los años treinta; década durante la que aparecieron 50 de los 108 relatos que publicaría en las revistas *pulp* durante toda su vida. Aunque lo intentó, Jacobi no pudo escapar a la literatura de género, ni tan siquiera escribir las típicas historias de misterio y aventuras que gustaban a los editores de las más importantes revistas *pulp* y de las publicaciones banales.

Carl Jacobi nació en Minneapolis, Minnesota, el 10 de julio de 1908. Se graduó en la Universidad de Minnesota en 1931, donde llegó a ser compañero de clase de Donald Wandrei. Gracias a éste, conoció a August Derleth, Frank Belknap Long, Clark Ashton Smith, H. P. Lovecraft, E. Hoffman Price y otros miembros de la plantilla de *Weird Tales*.

Sus primeros cuentos publicados aparecieron en *The Quest*, la revista estudiantil de la Central High School. El último de ellos, un relato científico y extraño titulado «Moss Island», fue vendido varios años después a *Amazing Stories Quarterly* (Invierno, 1932). «The Mive», su primera aparición en el *Minnesota Quarterly* de la Universidad de Minnesota, fue el primer cuento que Jacobi vendió a *Weird Tales* (enero, 1932) por un total de 25 dólares.

Jacobi se vio con August Derleth en enero de 1931. Fue en el interludio semestral en la Universidad de Wisconsin, y Derleth había cogido el tren de Minneapolis para visitar a Don Wandrei, con quien se había estado carteando desde hacía varios años. Como conocía los relatos de Derleth en *Weird Tales* y los cuentos de detectives de Solar Pons en *The Dragnet*, Jacobi le pidió a Wandrei que le presentara al joven

escritor. Se reunieron una tarde en el Café Rainbow. Jacobi rememoraba aquel encuentro en «Memories of August», un artículo que hizo para Is en 1972:

«Lo primero que me viene a la mente de Derleth es su tamaño. Era un hombre grande y parecía irradiar un terrible poder físico y mental. Muchos escritores son de constitución delicada o, al menos, introvertidos, y me resultó bastante extraño encontrarme con alguien de semejante profesión que más parecía estar indicado para hacer trabajos duros con las manos».

Jacobi, en el mismo artículo, también dice:

«… sus cartas se habían convertido en parte de mi vida. Sin embargo, durante los cuarenta años que estuvimos intercambiando correspondencia, tan sólo le vi unas cuantas veces cuando iba a Minneapolis o a St. Paul a visitar a Don Wandrei. Ahora me arrepiento de no haber ido nunca a verle a Sauk City».

En el siguiente verano, mientras Derleth trabajó brevemente como editor para Fawcett Publications, en los alrededores de Minneapolis, los tres se juntaban con frecuencia para visitar los lugares típicos de la zona. Derleth felicitó a Jacobi después de leer «The Mive» en el ejemplar de enero de 1932 de *Weird Tales*. «Realmente aciertas en una trama que todos los lectores y escritores de *Weird Tales* adoran; algo muy poco corriente. Acabo de recibir esta mañana una carta de Clark Ashton Smith en la que me comenta el ejemplar de enero, y dice que “Mive”, por extraño que parezca, sobresale sobre todo lo demás».

Aquél fue el comienzo de la época más fértil y creativa de Jacobi, durante la cual escribió algunos de sus más recordados cuentos: «Revelations in Black», «The Satanic Piano», «The Haunted Ring», «The Tomb from Beyond», «Satan’s Roadhouse» y otros. Pero en un negocio en el que la rapidez importaba tanto como una imaginación muy desarrollada —si el escritor aspiraba a ganar un dinero para poder subsistir—, Jacobi fue una excepción. Tenía imaginación, pero carecía de la habilidad para producir unos bocetos aceptables que luego requirieran unas pocas correcciones.

Elaboraba sus cuentos con mimo, reescribiendo cada frase hasta lograr sacar el máximo de su habilidad. Situó sus relatos de aventuras en los alrededores de Borneo y el Pacífico Sur, estudiando escrupulosamente el terreno, la cultura y la política del lugar. Incluso escribió al cónsul de Borneo para preguntarle aspectos concretos acerca de varias materias, con la esperanza de que sus historias fueran aún más realistas.

Aunque todos estos cuidados podían ayudar a Jacobi a escribir unos cuentos de superior calidad que, con frecuencia, eran alabados por sus colegas, tan sólo uno de cada cuatro manuscritos era admitido para publicación en la primera entrega. No era demasiado extraño que alguno de sus cuentos acumulara hasta un total de media docena de rechazos antes de encontrar un hogar. Muchos terminaron sus días en el archivo de Jacobi sin ser finalmente publicados. Al igual que otros escritores, en ciertas ocasiones Jacobi se las apañaba para salvar algunos de los relatos rechazados por los editores. Si se le devolvía un manuscrito con alguna anotación sobre cómo

podría mejorarlo, lo aparcaba durante unos meses y luego se lo volvía a enviar al editor con una nota explicativa en la que aseguraba haber hecho los cambios aconsejados por éste, incluso aunque no hubiese tocado ni una sola palabra. El engaño solía salir bien. Así lo hizo varias veces, tan sólo cambiando el título y mandándolo de nuevo. Los editores de las revistas *pulp* no eran infalibles, como puede verse. Cientos de títulos morbosos llenaban sus mesas de redacción, y los editores luchaban por conseguir cuentos de los escritores más populares, o aquellos que eran completamente distintos.

Sin embargo, Jacobi no era el único autor que tenía este tipo de problemas. Y es muy difícil encontrar la razón por la cual no tuvo más éxito. Muchos de sus cuentos sobrenaturales, incluso los de aventuras que se desarrollan en Extremo Oriente, aún se leen bien hoy en día. Creó unos personajes bastante reales y los situó en unos parajes exuberantes, aunque como el mismo Derleth le dijo en varias ocasiones, sus primeras páginas eran poderosas, pero «con frecuencia la trama se sustentaba en una premisa frágil, haciendo que el final fuera endeble y poco satisfactorio».

Es normal que a August Derleth le gustara la obra de Jacobi. Muchos de sus cuentos eran, podríamos decir, historias «tranquilas», que carecía de toda violencia física innecesaria. También podemos afirmar que Jacobi no fue lo suficientemente prolífico en el género como para que los editores le recordaran al primer momento. Arthur J. Burks, a pesar de tener una habilidad menor, era bien recordado por lograr mantener el suspense desde la primera a la última página, aunque con frecuencia muchos de sus cuentos dejaban a los lectores en el aire. Esto es muy corriente en la literatura contemporánea de acción: montones de efectos especiales, gore y ni un ápice de sustancia.

A principios de 1935, numerosos cuentos de Jacobi estaban siendo rechazados, lo cual comenzó a minar su confianza. Aquella misma década, después de pasar varios años como periodista del *Star* de Minneapolis, dejó de escribir a jornada completa en la pequeña oficina que había alquilado en la ciudad. Durante unos años, presionado por los problemas financieros y por la necesidad de ayudar a sus padres durante la Depresión, trabajó escribiendo guiones para la radio local por un sueldo de 50 dólares semanales. El 19 de abril de 1935 escribió a Derleth:

«Definitivamente algo ha ocurrido al final de todo. Sigo escribiendo, pero la calidad de mi trabajo ha caído en picado, o acaso me he tropezado con una racha de increíble mala suerte. Sea lo que sea, y la verdadera razón me tiene desconcertado, mi situación económica me ha obligado a buscar otro trabajo. Es algo muy curioso, cuando alguien ha puesto toda su alma, como yo lo he hecho, para perfeccionar su obra. Sin embargo, supongo que no sirve de nada quejarse y cuanto antes consiga superarlo mejor que mejor.

»Con los manuscritos volando de vuelta a una velocidad increíble y sin apenas comentarios al margen, incluso he llegado a rebajarme al enviar una historia para la revista *True Confessions* de Fawcett. El nivel es tan bajo aquí que pensé que con toda

seguridad obtendría una pequeña cantidad de dinero. Pero ni tan siquiera tuve suerte en ello, y aunque no me gusta airear mis problemas, debo confesar que en estos momentos me siento totalmente deprimido».

Y es que las estadísticas de Jacobi eran en verdad deprimentes. Tan sólo vendió cinco historias durante 1935, y el mismo número en 1936. Las cosas mejoraron en 1937, con once ventas; luego volvieron a bajar a seis en 1938, ocho en 1939, tres en 1940, tres en 1941 y una en 1942. Apenas lo suficiente para que un escritor se mantuviera a flote. Pero durante todos estos años mantuvo una gran actividad produciendo nuevos cuentos. Sus cartas siempre eran optimistas acerca del trabajo que se traía entre manos. Recibía pedidos de varios editores solicitándole relatos y cuentos largos, aunque al final también eran rechazados. En 1940 Jacobi fastidió su trabajo en la radio y fue despedido. Se las arregló para recobrarse rápidamente y consiguió un nuevo empleo en una de las plantas de defensa de la Honeywell Corp., trabajo que mantuvo durante la Segunda Guerra Mundial y después.

Allí trabajaba en el turno de noche, siete días a la semana, lo cual impactó considerablemente en su obra escrita y en su salud. Su corazón no funcionaba bien y el mero hecho de subir unas cuantas escaleras le dejaba agotado. A Jacobi le preocupaba tanto escribir un material vendible, que empezó a enviarle a Derleth los cuentos rechazados para que éste se los criticara. Derleth hacía pequeños ajustes y, con frecuencia, los reescribía por completo; y se vendían. Envió bastantes a varios editores que conocía y que sabía que iban a publicarlos. Más tarde, Jacobi recordaría aquellos años difíciles:

«… permanece en mis recuerdos como un amigo leal que dejó a un lado sus quehaceres diarios para animarme y aconsejarme, que comentó y criticó una y otra vez mi obra cuando tenía miles de cosas por hacer y que hizo todo lo posible por mejorar mis cuentos fantásticos y por ayudar a su traducción y edición en muchos lugares del mundo».

A partir de los inicios de 1940, cuando Derleth comenzó a editar un gran número de antologías de horror y ciencia ficción (incluyendo algunas para la misma Arkham House), siempre que pudo eligió algún cuento de Jacobi. A resultas de ello, Jacobi aparece en casi dos docenas de antologías editadas por Derleth. El dinero que Jacobi recibió por la aparición en estas antologías, junto con el de las ediciones en rústica y las ventas a países extranjeros, parece que fue más que el que había ganado en las revistas *pulp*. También escribió unos cuantos relatos originales para las antologías, y todas estas apariciones dieron a Jacobi más credibilidad que todo lo que había publicado en los *pulp*; de fama-hoy-olvido-mañana.

Además, Derleth publicó tres recopilaciones con los cuentos de Jacobi: *Revelations in Black* (1947), *Portraits in Moonlight* (1964) y *Disclosures in Scarlet* (1972). *Revelations in Black* fue especialmente exitoso. Ha sido reeditado por tres editoriales británicas diferentes y también en tapa blanda por la sección Jove Publications de Harcourt Brace.

Cuando las revistas *pulp* desaparecieron, Jacobi aún tenía 68 cuentos inéditos. La mayoría fueron publicados con posterioridad en varias revistas y libros de aficionados, y en algunas antologías. Al final de su vida, quizás debido a su continuada presencia durante varias décadas, nació una especie de culto hacia la obra de Jacobi entre los lectores jóvenes y los coleccionistas de literatura fantástica y sobrenatural. R. Dixon Smith escribió una breve pero interesante biografía y bibliografía de Jacobi, *Lost in the Rentharpian Hills* (Bowling Green State University Popular Press, 1985), que ayudó mucho a reforzar la reputación de Jacobi durante la última década de su vida.

Otro libro que sirvió a incrementar la fama de Jacobi es el excelente *Magazines I Remember* (Tattered Pages Press, Chicago, 1994), de Hugh B. Cave. Jacobi y Cave intercambiaron una voluminosa correspondencia desde 1932 hasta la muerte del primero en 1997, y en el libro copia libremente algunas cartas fascinantes que ambos hombres intercambiaron.

El cuento de Jacobi «La recompensa dyak» (*Dyak Reward*) se publica aquí por primera vez.

# LA RECOMPENSA DYAK

# CARL JACOBI

Desde que le vimos por primera vez parecía destinado a la tragedia. Estaba colgado boca abajo sobre una caña de bambú situada horizontalmente entre dos rocas, cerca de la orilla del río. Sus ojos se le salían de las órbitas y tenía el rostro hinchado y reluciente por el sudor.

No sé cuánto tiempo llevaba así colgado. Si hubiéramos llegado media hora más tarde, seguramente habríamos tenido que ocuparnos de enterrarle.

El *kampong* estaba desierto. En el claro, rodeado por un bosque verde, la alargada casa construida sobre pilotes meditaba bajo el sol de Borneo. Miré a Belly-boy[5], el nativo encargado de los botes, y su ausencia de emociones despertó una oleada de horror en mi interior.

—¡Desátale! —ordené.

Cuando las crueles cuerdas de ratán cayeron, Van Rudin y yo le llevamos a la sombra, lavamos su rostro y muñecas, y le introdujimos un poco de brandy entre los labios. Poco a poco empezó a recobrar las fuerzas. Para ser un punan dyak, se trataba de un joven apuesto y bien parecido.

Pero su historia no era nueva.

—Tuan —dijo lentamente en malayo—, era un ciempiés. Un ciempiés, Tuan.

El ciempiés había caído sobre él mientras estaba cazando. Cuando volvió a la aldea, varios hombres, incluyendo su propio padre, lo habían visto sobre su hombro. Para un punan el ciempiés era el peor de los presagios, un heraldo de la muerte. Le habían atado, dejándole allí para que apaciguara a los espíritus, y su pueblo se había ido en busca de otros campos más sagrados.

El muchacho se puso de rodillas y me suplicó que le llevara conmigo.

—Seré un buen chico, Tuan —dijo—. Trabajaré muy duro para ti.

Nos encontrábamos a veintinueve días de la costa. Un mes más río Kayan arriba y llegaríamos a Apo Kayan, y a la guarnición de Long Nawang, donde pensaba tomarme un prolongado periodo de descanso antes de regresar. Hasta ahora todo había ido bien. Las prospecciones geológicas que estábamos haciendo para el Gobierno estaban casi listas y mostraban tres yacimientos de estaño que podían ser rentables.

Van Rodin, que extraoficialmente realizaba estudios sobre las orquídeas para los Jardines Batavia, había recolectado un número considerable de especímenes curiosos, la mayoría de los cuales estaban aún sin catalogar.

Pero no necesitábamos otro nativo. Viajábamos ligeros de equipaje, tres *prahus* y

un limitado número de provisiones.

—Si me deja, Tuan —suplicó el muchacho—, no tendré adónde ir.

Le miré. Sus labios temblaban. Tenía los ojos abiertos y llenos de desesperación. Y, en contra de toda consideración juiciosa, asentí. Podía venir con nosotros, si ése era su deseo.

Al amanecer levantamos el campamento y proseguimos río arriba. Un fino miasma flotaba sobre el agua. Mientras nos deslizábamos por la corriente, dos monos probóscides aparecieron entre la vegetación selvática de la orilla opuesta y se quedaron quietos contemplándonos. Se trataba de una hembra y su cría, pero parecían dos enanos viejos en medio de la bruma.

El sol fue elevándose en el cielo y la neblina se dispersó. Un calor infernal se cernía sobre nosotros. Seguimos deslizándonos lentamente entre las densas orillas.

A mediodía nos detuvimos para almorzar en una especie de ensenada que sobresalía en la ribera izquierda. Era un lugar triste, desolado e insalubre, una muestra de las crecidas periódicas del río a principios de año. El barro seco aún colgaba de los troncos de las palmeras de sagú.

Bebí mi taza de te y después, sin darme cuenta, empecé a observar a Belly-boy. El guía nativo estaba comiendo arroz pero, de tanto en tanto, miraba con disimulo al recién llegado, Meraka. Una de las veces sus labios se separaron, como si estuviera hablando consigo mismo.

Desde luego, Belly-boy no era su nombre verdadero. En lengua dyak era Belleh-poi. Pero un antiguo empleado se lo había cambiado en un momento de inspiración, y desde entonces siempre le habían llamado así. Era un kayan, como todos nuestros nativos, de constitución robusta, boca ancha, frente estrecha y ojos pequeños. Vestía unos viejos pantalones de pato, de los que se sentía muy orgulloso.

Mientras remábamos durante toda aquella tarde siguió espiando a Meraka. Sin embargo, hasta que no llegó la noche y levantamos la tienda a la luz de una lámpara de carburo, no se me ocurrió pensar que algo andaba mal. Entonces Van Riden encendió un puro y lo describió con sus propias palabras.

—Un punan trabajando con un montón de kayans —dijo—. ¿Crees que funcionará?

Yo dije:

—¿Por que no? Nadie se atreverá a hacer daño a Meraka, a no ser que Belly-boy se lo sugiera. Él los domina con mano de hierro. Y Belly-boy es una persona civilizada.

—¿Lo es?

—Bueno… ha vivido en la costa durante un tiempo. Ha estado embarcado en el

navío de línea a Samarinda. Ha viajado por todo el distrito con los transportes militares. Eso es todo lo civilizados que pueden llegar a estar, ¿no es así? Además, olvidas que nos encontramos dos punan de los *kampongs* la semana pasada y fueron muy amistosos entre ellos.

Van Rudin sacudió la cabeza.

—Parar en una aldea punan no es lo mismo que poner a uno de ellos dentro del mismo bote. Ya sabes el concepto que tienen ambas tribus entre ellas.

Lo sabía, y en la pausa que siguió a continuación medité sobre ello. Los punan y los kayans eran enemigos declarados aquí. Desde el más lejano pasado se dedicaron a cortarse las cabezas entre ellos, hasta que los gobernantes actuales tomaron cartas en el asunto y erradicaron esa costumbre salvaje.

Por algún motivo no podía conectar a Belly-boy con la barbarie.

A la mañana siguiente continuó su cuidadoso escrutinio de Meraka. Podía estar mirando al frente, sobre la superficie reluciente del río, en busca de cocodrilos o algún tipo de obstáculo, y de repente darse la vuelta y mirar al joven punan de la cabeza a los pies. A mediodía le dio un trozo de su propio coco y le sonrió cuando Meraka musitaba las gracias.

Más tarde, en el río, tomó el remo de las manos del muchacho, sacudió la cabeza y señaló al sol.

—El chico debe descansar un rato —se limitó a decir.

El punto culminante de toda esta extraña paradoja tuvo lugar al caer la tarde, cuando llegamos a la zona de los rápidos.

No diría que Meraka se hallaba por entonces en peligro. Los nativos del interior de Borneo, aunque quizás no tanto como los polinesios, son muy capaces de valerse por sí mismos dentro del agua. Desde la niñez tan sólo han conocido tres medios diferentes: la casa larga, el claro del *kampong* y el río. Pero Belly-boy no pensaba así.

Van Rudin estaba solo en su *prahu*, y yo en el mío. La tercera canoa, cargada con el equipo, se agitaba entre ambas. Los nativos se encontraban unos veinte metros por delante, con el agua por la cintura, guiándonos sobre una cadena de rocas parcialmente sumergidas.

De repente dejé de ver a Meraka. Y luego, después de un rato, volví a verle. Se hallaba en medio del agua, girando alocadamente en un burbujeante remolino que le azotaba una y otra vez como a una astilla flotante.

Belly-boy se arrojó en medio de la espuma burbujeante y empezó a mover sus brazos y piernas como pistones. Llegó hasta el costado del muchacho y le cogió del pelo. Luego contemplé una verdadera batalla, una lucha entre el hombre y el rugiente río.

Cuando finalizó, Meraka yacía sobre la orilla, tosiendo y dando arcadas. Belly-boy estaba a su lado, escurriéndose los pantalones, con una sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro. Miraba a Meraka como la hembra del leopardo miraría a un cachorro que acabara de salvar.

Aquella noche, Van Rudin habló largo y tendido sobre la civilización occidental y sus efectos sobre los salvajes. Se detuvo en la religión y la filosofía animista propia de aquellas tribus, y me relató sus contactos mientras vivía en una misión británica en Sarawak.

—En Sarawak, por supuesto —dijo—, están los iban. Pero los iban no son muy diferente de los kayan. También allí, en el interior, la gente caza y se cortan las cabezas unos a otros. La futura esposa dyak no va en busca de un marido a no ser que éste tenga una cabeza disecada colgando de su cinturón de guerra.

Los tres días siguientes trabajamos hasta la extenuación. Nos hallábamos en medio de los terribles rápidos B'em Br'em y Belly-boy ya no era precisamente el objeto de nuestra curiosidad, sino el destino al que iban a parar nuestras imprecaciones y maldiciones.

Al cuarto día llegamos a salvo de nuevo a aguas despejadas y, como era domingo, Van Rudin insistió en que nos quedáramos en el campamento. Me dediqué a poner al día mi libro de anotaciones y tomé varias fotografías. Belly-boy se buscaba alguna tarea que hacer por el campamento, intentando, como siempre, parecer importante.

Al mediodía, uno de nuestros nativos volvió para informarnos de que a media milla en el interior había un campo bajo repleto de orquídeas. Van Rudin partió inmediatamente con el resto de los nativos, mientras que Belly-boy, Meraka y yo nos quedamos solos en el campamento.

Meraka se quejó todo el día de sentirse mal. Tenía ciertos signos de disentería y yo le había hecho tomar una dosis de polvo de Dover. Estaba sentado con la espalda apoyada en un árbol, masticando una baya de betel.

Belly-boy se puso rígido, echó la cabeza a un lado y se puso a escuchar como hacen los pájaros. Con una brusca inhalación de aire, sacó bruscamente el *parang* de su estuche de tela y se arrojó sobre Meraka.

Se trataba de una serpiente dríade de dos metros de largo. El reptil se deslizaba a través de la hierba *lalang*, sus ojos como dos botones de fuego.

En un santiamén Belly-boy se transformó en un demonio aullante y enloquecido. Movía el *parang* de un lado a otro, a la vez que saltaba, mientras que Meraka, completamente inmovilizado, miraba la escena con horror.

Encarando al inesperado enemigo, la serpiente dríade atacó con sus fauces abiertas, estirándose y golpeando tres veces.

Pero Belly-boy se las arregló para esquivar todos los embates. Cuando el guía dejó de aullar, sobre el campamento se hizo un silencio total, como si la naturaleza se hubiera detenido para observar el combate.

La dríade intentó llegar a su oponente una vez más. Belly-boy giró sobre su talón desnudo. Tan sólo debía de haber unos centímetros entre aquellas fauces y sus desprotegidas piernas, pero era suficiente. El kayan vio su oportunidad. Asestó un poderoso golpe en arco con el *parang*.

El cuerpo seco y liso de la serpiente se dobló como un cable. Durante unos

instantes se contrajo sobre la hierba, luego todo movimiento cesó. Meraka se puso en pie tembloroso y expresó su agradecimiento a gritos. Pero Belly-boy, tan frío como siempre, ya se alejaba caminando a la otra punta del campamento.

Continuamos río arriba. Empecé a pensar en la cama limpia que me esperaba en la guarnición cuando llegáramos. El río se hizo más estrecho, el calor era sofocante. Había puesto una hoja de nipa en la parte superior de mi casco, pero apenas si ayudaba a mitigar el calor.

Poco a poco la jungla comenzó a aclararse. El río perdió su color marrón y legamoso, y en algunos sitos era tan transparente como el cristal, tanto que incluso podía ver cientos de peces nadando perezosamente en el interior del agua. Siempre salían huyendo cuando la sombra de nuestros *prahus* pasaba sobre ellos.

Acampamos en las cercanías de Apo Kayan, sobre una pequeña isleta formada por la bifurcación de la corriente. Belly-boy supervisó el levantamiento de la tienda y ajustó las mosquiteras. Luego se puso a pasear lentamente por la orilla y comenzó a cantar.

Entonaba una melodía suave y temblorosa, una especie de canto fúnebre dyak que cualquiera puede oír en sus aldeas durante la fiesta del arroz. Estuve escuchándola por más de una hora antes de irme a la cama. Incluso mientras estaba acostado seguí escuchándolo.

Pensé que Belly-boy era un sujeto realmente extraño. A veces parecía más animal que hombre y, aunque sabía que me apreciaba, jamás me desvelaría los secretos de su alma.

Van Rudin me despertó al amanecer. Sus ojos tenían una mirada extraña. Dijo:

—Belly-boy se ha ido. Y también Meraka.

¿Que se habían ido? ¿Adónde? Los tres *prahus* seguían varados en el mismo lugar. Un guía jamás desertaría cuando estaba tan cerca de la meta. Se quedaría contando los días que quedaban para cubrir la mitad de la empresa y luego recibiría la mitad de su paga.

Me calcé en silencio las zapatillas de tenis y seguí a Van Rudin. La isleta era estrecha pero la vegetación crecía profusamente y la maleza nos llegaba hasta las rodillas. Los rayos rojizos del nuevo día se abrían paso entre la vegetación circundante.

De repente, Van Rudin se detuvo. Justo delante se abría un claro en medio de la jungla. Había una orquídea, entrelazada alrededor del tronco de un árbol de Gaharu. Pero Van Rudin no miraba la orquídea.

Contemplaba dos figuras que había en el claro. Y entonces un tremendo escalofrío me recorrió todo el cuerpo. De pronto sentí náuseas y ganas de vomitar. El cuerpo salpicado de sangre de Meraka yacía en el suelo. Tenía los brazos desnudos y completamente extendidos, las piernas estaban extrañamente dobladas hacia arriba. Belly-boy se inclinaba encima de él, con el *parang* en la mano.

Con calma y parsimonia, sin ningún tipo de emoción o señal de triunfo, Belly-boy

se afanaba cortando la cabeza de Meraka.

# HENRY S. WHITEHEAD

# [1882-1932]

Tengo la sospecha de que August Derleth publicó las obras de Henry S. Whitehead *Jumbee and Other Uncanny Tales*[6] (1944) y *West India Lights* (1946) a causa del aprecio que sentía por los sosegados relatos sobrenaturales que el autor había situado en la isla caribeña de Santa Cruz (St. Croix). Quizás también ayudó a ello el agradecimiento por las críticas que el viejo clérigo había dado a un joven y extrovertido escritor muchos años atrás. El nombre de Whitehead sobre la portada de un libro tiene, desde luego, mucho menos valor comercial que el de Lovecraft, y su obra publicada apenas si llega a cincuenta o sesenta relatos, ninguno de los cuales ha sido reeditado desde hace una docena de años. Cerca de la mitad de los cuentos escritos por Whitehead entre 1924 y 1953 aparecieron en las páginas de *Weird Tales*, el resto se diseminaron entre las revistas Adventure, *Black Mask*, *Strange Stories* y algunas otras publicaciones *pulp*.

H. P. Lovecraft apreciaba las historias de Whitehead por su atmósfera y por «el encanto y la erudición de su estilo, algo muy placentero en medio de la crudeza y mediocridad de la literatura que puebla las revistas populares». Muchos cuentos de Whitehead versan sobre diferentes aspectos del poder del vudú, sobre lo cual un crítico dijo que lo trata «con una especie de cauteloso respeto» como rival de su propia religión, ya que, entre 1921 y 1929, se le conoció formalmente como el Reverendo Henry S. Whitehead, archidiácono del Episcopado de las islas Vírgenes.

Whitehead no fue el primer sacerdote en escribir literatura sobrenatural y cuentos de fantasmas, sin embargo conocemos demasiado poco de su vida como para ayudarnos a entender el porqué de esta elección literaria. Podría haber sido una vía de escape de su relativamente solitaria vida, o porque sintiera una fascinación especial por las culturas primitivas, los ritos religiosos y las supersticiones tribales inherentes a la población nativa negra de aquellas islas.

Henry S. Whitehead nació en Elizabeth, New jersey, el 5 de marzo de 1882. Jugó al fútbol en Harvard y se graduó en 1904, en la misma clase que Franklin D. Roosevelt. En una carta a Derleth también menciona que había asistido a la Universidad de Columbia. Whitehead editó un periódico de reforma democrática en Port Chester, Nueva York, luego ocupó brevemente el cargo de comisionado de la American Athletic Union, antes de entrar en la escuela de teología de Connecticut en 1909. Fue ordenado diácono en 1912. En los años venideros conseguiría el doctorado.

En 1929 la iglesia le destinó a Dunedin, Florida, y fue por entonces cuando

Whitehead empezó a cartearse con Lovecraft y otros escritores cercanos a *Weird Tales*. Lovecraft visitó a Whitehead durante varias semanas en 1931, y dijo de él: «Poco o nada tenía del típico y desfasado clérigo, sino que vestía ropas deportivas, soltaba palabrotas de vez en cuando como cualquiera y estaba bastante alejado de todo tipo de fanatismo y mojigatería». Curioso comentario teniendo en cuenta que provenía de un personaje tremendamente mojigato e intolerante. Robert Barlow decía que Whitehead espantaría las reuniones sociales rompiendo una baraja de cartas en dos mitades y luego, cada una de ellas, en otras dos, añadiendo: «Sus amigos iban desde cirujanos de navío hasta ladrones de cajas fuertes».

Aunque los únicos registros bibliográficos de los cuentos de Whitehead están limitados a lo que publicó durante los ocho últimos años de su vida, en una ocasión le confió a Lovecraft que había vendido su primer relato a una revista sin nombre «en noviembre de 1905 y que le birlaron los 75 dólares de paga… un comienzo de carrera muy corriente en aquella época, antes de que naciera la Liga de Autores». Sólo podemos hacer conjeturas acerca de lo que publicó desde entonces y hasta 1924.

Parecía molestarle, aunque quizás sólo un poco, el hecho de que tan sólo pudiera vender sus historias a las revistas *pulp*, e incluso también le fueron rechazados esporádicamente algunos de sus trabajos para ese mercado. El 3 de diciembre de 1930 le comentó a Derleth que Farnsworth Wright, el editor de *Weird Tales*, había rechazado hacía poco uno de sus cuentos porque era «demasiado sutil»:

«Siempre he pensado que estaba un poco por encima del nivel de todos esos tarados de *WT*. Sin embargo, como mucha gente ya ha señalado, el hecho de escribir un relato es una cosa, y el mercado otra muy diferente. La edad mental media de los lectores habituales de revistas se ha estimado de entre doce y catorce años de edad. No conozco a ningún crítico competente que ronde los catorce años. Los editores tienen que saberlo. Como sabes, yo mismo fui editor (por mis pecados) durante cuatro aburridos años. Gente “como ésa” son de la típica clase de personas rencorosas de las cuales sentimos lástima, como tú mismo; y aún más, si carecemos de tu sentido de la caridad, a las cuales podríamos llegar a despreciar e, incluso, repudiar. Sin embargo, gracias a ellas, revistas como *Weird Tales*; pueden ser editadas, y si queremos vender nuestros productos… tenemos que tener en mente varias reglas básicas, y la primera de ellas es quizás que debemos ser total e inequívocamente entendidos. Otra es que la “zona protestante[7]”, que no está limitada a ninguna región concreta de Estados Unidos, está, *por definición*, llena de prejuicios. ¡De otra manera no serían fundamentalistas protestantes! Así, y puedo ponerte dos ejemplos que me han ocurrido personalmente, lo mejor es *no* meterse con ellos si puedes evitarlo.

»1. A Wright le gustaba mucho mi cuento “The Tabernacle” para *Weird Tales*, pero me lo devolvió porque alegaba, con sabiduría, que la mayoría de sus lectores, protestantes de lo más recio y variado, no entenderían de que trataba. Así que me acerqué a la biblioteca del Harvard Club, en Nueva York, e indagué en todas esas referencias que tú mismo recordarás si has leído el cuento, y también adjunté una

“nota del autor” que salvó la historia y mi correspondiente cheque.

»2. Mi relato titulado “Dos Pesos” fue rechazado varias veces por el simple hecho de mencionar a los jesuitas. Un editor en particular me rogó que suprimiera toda referencia a los jesuitas en el cuento. “Mis lectores”, escribió (o por lo menos algo parecido) “seguramente no soportarían un relato que mencionara a los jesuitas”… Tenía que tomar una decisión entre publicarlo, como editor que era, o guardarse el manuscrito para leerlo él mismo y a sus amistades».

Hacia 1931 la salud de Whitehead empeoró. Había dejado Santa Cruz dos años antes y, tras llegar a Dunedin, Florida, empezó un tratamiento médico contra una enfermedad intestinal que había contraído en las islas. El 22 de julio de 1931 escribió a Derleth: «Estoy reservando todas mis energías para soportar el drástico tratamiento médico al que me veo sometido cuatro o cinco veces por semana. Esta mañana, en menos de una hora, he tenido que aguantar más de 15 litros de un caliente fluido medicinal que habían bombeado a través de mis intestinos…». Una gran parte de su último año de vida la pasó postrado en una cama del hospital. Su correspondencia se tornó desganada y breve, generalmente dictada a su secretaria, o escrita con su elegante letra, ya que le resultaba muy doloroso sentarse delante de la máquina de escribir. Finalmente, la desconocida enfermedad le llevó a la tumba prematuramente, el 23 de noviembre de 1932, a la edad de cincuenta años.

Si hubiera vivido más, la habilidad literaria de Whitehead habría crecido notablemente, ya que había empezado a explorar otros temas aparte de los propios sobre las leyendas del vudú. Experimentó con todo tipo de manifestaciones fantásticas y fenómenos fantasmales, así como con mitos clásicos tales como la leyenda del Gran Dios Pan en su relato «The People of Pan» (*WT*, marzo de 1929), una historia muy efectiva y sobrecogedora; incluso llegó a tocar temas de ciencia ficción terrorífica en cuentos como «Sea-Change» (*WT*, febrero de 1925). Demostró una considerable capacidad para escribir aventuras históricas, y su novela corta «The Intarsia Box» (*Adventure*, 10 de noviembre de 1923), una oscura historia de piratería que se desarrolla en el Caribe durante el siglo XVIII, es uno de sus trabajos más satisfactorios.

La correspondencia de Derleth con Whitehead revela que era muy dado a participar en el juego de mandar sus manuscritos a muchos otros autores del círculo de Lovecraft. En correspondencia, Whitehead recibía copias de los primeros intentos de Derleth por escribir literatura regional. Después de leer «Dream of Strange Things» y «Atmosphere of Houses», en diciembre de 1930, Whitehead comentó: «Me gustaría muchísimo más “Dream of Strange Things” si utilizaras párrafos más cortos… Es verdad que Sherwood Anderson siempre elude este tipo de cosas. Es uno de sus inconvenientes. Ha tenido éxito a pesar de no escribir correctamente… No tenemos por qué escribir de esa manera que el viejo George Du Maurier ha dado en llamar “telegráfica”, pero, maldita sea, ¡podemos usar el idioma inglés!».

Cuando Derleth argumentó que estaba intentado construir un estilo propio,

Whitehead no quiso verse envuelto en una discusión interminable acerca del lenguaje y reprochó al joven escritor que suprimiera deliberadamente un porcentaje sustancial de verbos en sus frases. Le dijo que la lengua inglesa era como las piezas de un Ford (el automóvil): «Están estandarizadas. Si no fuera así sería un rompecabezas infernal…».

Y continuó: «Lo que podemos discutir ambos es qué cosas pueden ser estandarizadas y cuáles no. Yo creo que "aceptar el uso del inglés" está lo suficientemente estandarizado en el mejor de los sentidos (permitiendo siempre un desarrollo razonable, que suele ser gradual a la propia naturaleza de las cosas), y sé desde hace más de un cuarto de siglo que llevo como escritor profesional que cortar los nudos gordianos (que es lo que yo critico de tu trabajo) es un camino muy fácil de seguir, cuando alguien quiere expresar algo bello, extraño o particular. Escribir correctamente el inglés lleva su tiempo… En ello, imagino, está el poder expresar las cosas con pocas palabras. ¿Quieres tener que sudar para escribir lo que realmente quieres contar al mundo en inglés?».

Tras leer las cartas de Whitehead varios años después, he estudiado las numerosas revisiones y evoluciones del relato de Derleth «Atmosphere of Houses» y de su novela «Evening in Spring» (una versión primitiva que Whitehead también había leído), y pude ver que Derleth comenzaba a asimilar los consejos de Whitehead. En 1941 varios colegas expresaron su asombro por el hecho de que Derleth pudiera escribir una novela tan impecable como *Evening in Spring* en tan sólo veintiún días. La realidad era bien sencilla: había reescrito la novela tantas veces y con estilos tan diferentes durante los últimos once años que, cuando los jugos de la inspiración fluyeron definitivamente por su interior, fue capaz de producir una obra realmente memorable de un simple plumazo. Jamás volvió a conseguir semejante triunfo, pero continuó escribiendo numerosas novelas y cuentos largos de su Saga de Sac Prairie, que en cierta manera evocan la prosa tranquila y sencilla de Whitehead.

Excepto por la reedición en tapa blanda de *Jumbee* y *West India Lights*, ninguna otra recopilación de cuentos de Whitehead ha sido publicada en el último medio siglo. Como tantos otros escritores a tiempo parcial que llenaron las páginas de *Weird Tales*, Whitehead disfrutó de un reconocimiento casi clandestino entre los conocedores de la literatura sobrenatural. Tan sólo es una cuestión de tiempo el que sea redescubierto.

# TIGRE MARINO

# HENRY S. WHITEHEAD

El primer presentimiento que Arthur Hewitt tuvo sobre la terrible tormenta que azotaría al *Barbadian* en Hatteras, en ruta a las Indias Occidentales, fue un ruido estrepitoso que le despertó de un sueño intranquilo en la estrecha litera de su cabina. Cuando subió tambaleándose a la cubierta donde se encontraba el salón después de pasar una noche terrible y en vela, contempló a través de las portillas un mar que no se parecía a nada de lo que había visto antes. El *Barbadian*, medio escorado y sacudido de uno a otro lado, se bamboleaba en medio de un mar embravecido que azotaba salvajemente la cubierta del puente.

Un camarero, que luchaba denodadamente por mantener la verticalidad, le trajo un bocadillo y una taza de café. Al rato aparecieron otros dos pasajeros para desayunar: un vendedor británico y un oficial de navío americano que estaba fuera de servicio y se dirigía a Antigua para encargarse de una plantación de caña de azúcar. Los tres hombres, animados por el café y la confortable seguridad de la sala, se enzarzaron en una charlar familiar.

Sin embargo, un presentimiento siniestro parecía cernirse sobre todos. Por lo menos Matthews, el americano, lo expresó sin tapujos:

—¡Espero que pueda llegar a St. Thomas! Bueno, siempre he oído decir que el capitán Baird conoce su oficio; dicen que es un buen marino.

—¿Cree que mejorará cuando entremos en la Corriente del Golfo? —dijo el inglés, rompiendo un largo y sombrío silencio.

—Más bien todo lo contrario, creo —contestó el pesimista Matthews—. Sera peor, según mi humilde juicio.

La poco halagüeña predicción se hizo realidad a la mañana siguiente. El *Barbadian* había entrado en la Corriente del Golfo, y la furia maligna del mar se incrementó con el discurrir del día. Hewitt subió al puente y se inclinó sobre la jamba de una escotilla medio abierta a sotavento; desde allí pudo contemplar un mundo de agua gris verdoso, embargado por esa sensación de espanto que el mar, en sus más variadas formas, puede llegar a transmitirnos. Una ráfaga de viento sacudió su abrigo sin abotonar, haciendo que se le cayese del bolsillo en medio de la cubierta empapada de agua una Biblia encuadernada en tafilete que su madre le había regalado varios años atrás.

Salió con sumo cuidado por la escotilla, caminando precariamente a través de la cubierta en dirección a donde yacía la Biblia, que estaba atascada en un imbornal metálico. Consiguió llegar sano y salvo a la barandilla, la cual agarró firmemente con

una mano, mientras se inclinaba para recoger el libro con la otra. Pero cuando estaba en esa posición, el extremo de una ola enorme que había entrado por la aleta de barlovento del navío, le dio de lleno, levantando su cuerpo como si fuera una pluma por encima de la barandilla.

Pero Hewitt no cayó al mar. Con un movimiento rápido e instintivo se agarró a la barandilla mientras su cuerpo chocaba violentamente contra el costado del barco.

Cuando el *Barbadian* volvió a enderezarse se vio a sí mismo colgando al borde de una muerte sombría, con el cuerpo a pocos centímetros de las enfurecidas aguas y la Biblia fuertemente agarrada en la otra mano.

Intentó poner los pies en una de las batayolas exteriores y de esa manera poder enganchar las piernas a través de los montantes. Estuvo a punto de conseguirlo, y sin duda al rato habría estado de nuevo en la relativa seguridad de la cubierta de no ser porque la siguiente ola arrancó de la barandilla la mano con la que se sujetaba a ella. El mar enfurecido lo recibió, mientras el barco, estremeciéndose en medio de la tempestad, prosiguió su marcha, sin que nadie se diera cuenta de su repentina y poco ceremoniosa partida.

Las escenas de la vida de Hewitt se sucedieron en su mente con una rapidez increíble. Recordó a su madre con dolor, su madre muerta desde hacía ocho años, y una lágrima salada se mezcló con la vasta extensión de sal de un océano inhóspito y frío que le había arrastrado a aquella desastrosa situación.

Se fue hundiendo poco a poco en un infierno acuoso, arrastrado por el peso de las botas de invierno y el grueso abrigo. Curiosamente, no tenía miedo, aunque respondía a los principales impulsos mecánicos de cualquiera que esté ahogándose: la rigidez que se adueñaba de su respiración, los intentos desesperados de mantener la cabeza por encima de la superficie del agua, la consabida y mecánica plegaria a Dios.

Sus pulmones parecían a punto de estallar. Un dolor ardiente le quemaba, el dolor al verse sometido a una presión insoportable. Debía resistir mientras conservara la conciencia. Apretó los dientes con desesperación.

Allí abajo estaba tranquilo, ¡y oscuro! No había ningún rastro de la tempestad que rugía en la superficie, una superficie agitada por una furia salvaje. El agua cada vez parecía más densa, más opaca, de una vasto y opresivo color azul.

El dolor y la lacerante presión ahora habían desaparecido. Ya no parecía seguir hundiéndose. Pero tampoco subía, aparentemente. Seguramente no podría respirar, si intentaba hacerlo. Pero tampoco tenía esa intención. Ya no hacía frío. Se hallaba en un mundo sosegado, de una calma perfecta. Ahogarse, después de todo, es una muerte placentera…

Deseó que el *Barbadian* pudiera llegar a St. Thomas…

Su última sensación consciente fue la de hundirse suavemente a través de un profundo, imponderable y vasto azul, que parecía llenar todo el universo, un relajante azul al que cualquiera podría dejarse caer con facilidad. Se relajó, abandonándose a sí mismo, sin deseos de luchar. Se hundía, se hundía… o eso le parecía a él.

Estaba recostado sobre una playa, con el mentón sobre las manos y los codos hundidos profundamente en la cálida arena. Gracias a ese calor pudo volver a la conciencia. Una suave brisa marina, revigorizada por el largo contacto con las ilimitadas extensiones del mar del trópico, le azotaba. Se encontraba muy cansado y daba la sensación de que se acababa de despertar de un sueño profundo. Volvió la cabeza al oír un pequeño ruido y se encontró mirando el rostro de una muchacha que yacía a su lado en la arena.

Pensó, tras rememorar los sucesos que acababan de tener lugar, que debía de haber traspasado las puertas de la muerte. Así que éste era ese mundo posterior del que había oído hablar vagamente durante toda su vida. En cierta forma, era muy desconcertante. Estaba muerto. Sabía que tenía que estar muerto. Pero ¿cómo es que los muertos reposan en playas tropicales, bajo la trasparente luz de la luna, y piensan, y sienten la brisa fresca del mar? Los muertos, seguramente, no sueñan. A lo mejor sí. Él no lo sabía, ni tenía ninguna experiencia anterior. Había leído relatos sobre la vida después de la muerte. La mayoría, según recordaba, describían la sorpresa del héroe ante lo inesperado del lugar en el que se encontraba.

La muchacha le tocó con suavidad en el hombro, y su mano era increíblemente fría y relajante. La tenue luz de la luna desapareció de repente cuando se volvió a mirarla con una especie de horror. Luego apareció el borde del astro sol sobre el horizonte, rojizo y afilado, como una espada curva llena de reflejos. Las hojas de un sinfín de árboles tropicales se estremecieron, dando los buenos días a la mañana tropical. Pequeños simios saltaban de aquí para allá y parloteaban por encima de sus cabezas. Un guacamayo enorme y llameante cruzó a toda velocidad, como una flecha, su campo de visión. La muchacha le habló:

—Debemos ir al mar.

La chica se movió con delicadeza hacia el lugar en el que, muy cerca de ellos, el mar turquesa lamía suavemente las rocas cubiertas de algas y la arena fresca, resplandeciente y blanca. Mientras él también se acercaba, acuciado por un impulso que no podía entender, en busca del refugio de las olas, contempló claramente a su compañera por primera vez. Asombrado, incrédulo, observó su propio cuerpo, y vio una especie de cola enorme y reluciente que brillaba iridiscente bajo la luz virgen del nuevo día, como la de un ser de fábula, maravilloso, de las profundidades encantadas. Y entonces, su asombro se transformó en un inmenso júbilo, y siguió a su sirena al interior de las luminosas y acogedoras aguas…

Al puntear la tarde —el sol aún estaba alto en el cielo— emergió del mar a la orilla de aquella playa arenosa en la que se había despertado, lo que parecían siglos atrás, a una existencia anfibia. Se arrastró con lentitud y dolor sobre la arena cálida. Se encontraba muy cansado, ya que había estado nadando durante largo rato, muy

lejos, en un lugar en el que, ahora lo recordaba vagamente, había entablado combate con un monstruo de las profundidades abismales del cálido océano. Su compañera que, durante todas estas largas y difusas eras, había sido muy querida para él, se había ido. Ella no pudo sobrevivir a la funesta lucha con la bestia marina. La pena le hizo olvidar todo el dolor y la fatiga de su cuerpo herido y cansado.

Pero había conseguido vengarse. Al lado del cuerpo de ella yacía el de la horrible bestia marina, una especie de crustáceo al que había conseguido vencer tras una lucha titánica…

Por fin podía descansar, tendido boca abajo sobre la arena blanda y calentada por el sol. La luz inalterable y brillante del astro le molestaba, y comenzó a moverse con impaciencia. También podía oír un vago murmullo que le perturbaba. Decidió, cansinamente, cambiar de lugar y trasladarse bajo las sombras de un bosquecillo de palmeras. Se volvió, lenta y dolorosamente.

Entonces la luz del sol le dio de lleno en los ojos, deslumbrándole, pues ya se había adaptado a las tinieblas gélidas de las profundidades marinas, y mientras se arrastraba hacia la sombra de las palmeras se llevó una mano a la frente. Aquel murmullo desagradable tomó forma de repente y se hizo inteligible. De alguna manera le resultaba familiar, como el de unas voces humanas. Bajó la mano, con asombro y malestar, y se encontró a sí mismo mirando una bombilla eléctrica. Bajo su resplandor pudo ver a tres hombres sentados en un sofá de cuero. Se irguió, todavía dolorido, pues seguía sintiéndose muy cansado después de aquel terrible combate, y les observó. Primero fijó su aturdida mirada en Matthews, que se encontraba en el medio y musitaba una serie de palabras incoherentes. El hombre que estaba sentado en un extremo del sofá se levantó apresuradamente y se acercó a él. Reconoció a Hegeman, el doctor del *Barbadian*.

—Ya despierta, ¿eh? —se trataba de la voz apresurada de Hegeman. El doctor puso una mano sobre el pulso de Hewitt—. Lo conseguirá —añadió confiado.

Matthews estaba al lado del médico. Hewitt podía ver las lentes del vendedor sobresaliendo por encima del hombro de Matthews. Éste decía:

—Entramos en la Corriente del Golfo ayer, y el sol se había ido. ¡Apenas oímos el grito! El viejo Baird merece la Medalla de Salvamento por haber conseguido rescatarle. ¡Creíamos que no iba a salir de ésta!

—¡Un poco tocado pero tan fresco como la lluvia! —añadió el inglés, animoso.

—En uno o dos días podrá valerse por sí mismo —dijo el doctor—. De momento, es mejor que descanse.

Hewitt asintió. No quería hablar. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. ¡Aquellas experiencias! O al menos, todos esos sucesos, todas esas quimeras del inconsciente.

—Uno de los asistentes le vio salir —añadió Hegeman—. Tiene dos dientes astillados, debido a la fuerza con la que cerró sus mandíbulas para aguantar la respiración. Muy valiente por su parte. Eso le salvó la vida.

Hewitt extendió la mano pesadamente. El médico se la cogió y la depositó sobre

la cama con suavidad.

—Vuélvase a dormir —ordenó, y los tres salieron de la habitación.

Hewitt se fue recobrando lentamente del impacto producido por la larga inmersión en las aguas invernales durante el resto de la travesía. Pero no podía dejar de pensar en los extraños sucesos que le habían ocurrido y que seguían apareciendo con claridad en el interior de su mente. No podía quitarse de encima la sensación de que, de alguna manera, se había tratado de una experiencia *real*. Podía recordar perfectamente todos los detalles de un día para otro. Parecía haber adquirido una especie de conocimiento único sobre las abismales profundidades marinas: la tenue fosforescencia de los animales que pueblan aquellas tinieblas, los extraños monstruos, el frío increíble de aquel mundo sometido a la presión y cubierto de un lodo muerto, los movimientos fluidos del cuerpo al bucear en el agua y, por encima de todo, la misteriosa y austera compañía de la mujer sirena y aquel combate definitivo y terrible… Su cerebro estaba lleno a rebosar de detalles íntimos de lo que parecía haber sido una larga, definitiva y natural vida anfibia.

Permanecieron allí, de forma permanente, incluso después de que el tiempo hiciera su trabajo borrando de la mente la mayoría de los demás detalles. Seguía sintiendo una terrible atracción por el mar, una urgencia irresistible por hundirse en las aguas, por nadar distancias inconmensurables, por yacer recostado sobre las profundidades cenagosas y oscuras mientras contemplaba la luz, azulada y tenue, muy arriba, sobre los multitudinarios, encendidos, inofensivos peces de colores. Y, aún más, entre toda aquella urgencia por encontrarle un sentido, surgía un deseo básico y medio enterrado de escapar, de desgarrar, de romper algo, una sensación persistente, curiosa, inexplicable, repleta de nuevos instintos, que perturbaban su mente cuando se permitía profundizar en ellos. Deseaba llegar cuanto antes a Santa Cruz, en las islas Vírgenes, para poder bañarse en el Caribe nada más pisar tierra.

Una vez recuperado por completo su vigor físico, fue a una fiesta la tarde siguiente de su llegada a Frederiksted. Había rumores sobre la existencia de tiburones en la playa en donde se celebraba el convite, pero sus anfitriones se apresuraban a tranquilizar a los huéspedes. ¡No! Los tiburones eran algo insignificante. Los tiburones eran criaturas cobardes que se asustaban fácilmente de un grupo de personas nadando. Si se tratara de una barracuda… ésa sería otra cuestión. Se decía que en Puerto Rico una barracuda había atacado a un profesor americano, y que le había causado terribles heridas. Un montón de meses en el hospital, pobre hombre.

Pero las barracudas casi nunca se acercaban a las playas pobladas. A veces, sí, robaban el cebo de algún pescador negro que se encontraba mar adentro en su pequeño bote, pero si este era ágil podría cortar el sedal y remar de vuelta a la costa,

asustado, y quizás no volvería a hacerse a la mar en unos días. Las barracudas eran los tigres marinos.

Su ataque era algo endiablado. Con sus fauces de más de cincuenta centímetros cubiertas de aserrados dientes, podía embestir una y otra vez a su víctima, haciéndola jirones y devorando la carne hasta los huesos con una insaciable avidez. Si la bestia se decidía a embestir, no había salvación posible. Atacaba con tanta rapidez que la huida era imposible, a no ser que la víctima se encontrase cerca de la orilla. Sí, ¡que la Providencia les salvara de la barracuda!

Los invitados, un grupo bullicioso, se metieron en el agua cuando el sol declinaba. La playa descendía bruscamente en aquel lugar, de manera que, en tan sólo cuatro o cinco pasos, se podía nadar con todo el cuerpo dentro del agua. El mar era tan cristalino, por encima del fondo de arena blanca, que un nadador que flotara boca abajo podía verlo claramente, y contar los peces de colores que pasaban a su alrededor como relucientes rayos de sol, en apariencia lo suficientemente cerca como para poder alcanzarlos con sólo estirar los brazos; una curiosa pero falsa ilusión.

Hewitt nadaba con facilidad y pereza, sintiéndose satisfecho en el interior de las aguas claras y estimulantes que, en estas latitudes, son como un bálsamo para el cuerpo.

Nunca antes se había sentido tan bien dentro del agua. Ahora le parecía algo perfectamente connatural consigo mismo. Encajaba con las sensaciones y deseos que le habían asaltado durante los últimos días que pasó en el barco. Era como si unas fuerzas desconocidas que latían en su interior se hubieran despertado a causa de la extraña experiencia mental que había tenido lugar las pocas horas que había estado inconsciente. Se sumergió profundamente, y todos los procesos involucrados —contener la respiración, ajustar las acciones y reacciones musculares, sincronizar los movimientos dentro del agua— eran tan naturales y sencillos como se había imaginado y, se dijo a sí mismo, muy similares a los de cualquier ser anfibio.

Sin darse cuenta, el resto de los invitados que habían estado nadando, de los que sólo se había tropezado con media docena, abandonaron la playa y se juntaron en pequeños grupos sobre la orilla arenosa para charlar. Muy pocos permanecieron en el borde del mar.

Flotaba de espaldas, mientras las suaves olas de aquel mar calmo chocaban contra sus mejillas, cuando escuchó el grito terrible y agudo de una muchacha. Se giró en el agua y miró en dirección a la playa, donde varios invitados de la fiesta corrían a toda prisa hacia una mujer joven en la que antes no se había fijado. La muchacha era una de las que se había quedado al borde del mar y, mientras miraba, vio que un montón de manos se extendían hacia ella, arrastrándola hasta la arena, y también pudo ver una pequeña mancha rosada de sangre fresca alrededor del sitio en el que había salido del mar.

Algo pareció saltar dentro de su cerebro. Le invadió ese atávico, terrible sentido de la lucha, y un deseo incontrolable por desgarrar y romper. Embargado por aquella

sensación primitiva, extraña y salvaje, se revolvió bruscamente y buceó en dirección a una temblorosa sombra gris que acababa de pasar; una barracuda inmensa aminoró su marcha y se dio media vuelta para embestir a su segunda víctima de la noche. Hewitt se lanzó en picado hacia abajo como una plomada, exultante…

Un rato después, el grupo que estaba en playa desvió su atención de la muchacha cuyo pie había sido cruelmente desgarrado por las fauces del tigre marino, y dirigió su mirada a un ser furioso y batiente, que surgió a través de la tranquila superficie del mar a unos treinta metros de distancia de la playa, agitándose furiosamente en las espumosas aguas durante unos segundos, y desapareciendo luego en medio de la burbujeante espuma. Un médico joven de la Armada, quemado por el sol, vendaba el pie de la muchacha, pero los demás, asombrados, silenciosos y estupefactos, miraban con atención la superficie del mar en busca de alguna otra señal de la titánica lucha.

—¿Qué es eso? ¿Qué puede ser eso? —Las preguntas iban de boca en boca.

La barracuda surgió de nuevo, esta vez a diez metros de la playa, y Hewitt estaba firmemente sujeto a la espalda de color gris acero del animal, con las manos abrazando férreamente aquellas terribles fauces y los músculos tensos a causa del tremendo esfuerzo. Hombre y pez continuaron luchando de un lado para otro, hacia delante, hacia atrás y hacia los lados, moviéndose como si fueran un mismo ser, abrazados el uno al otro, sumergiéndose, nadando y agitándose, suscitando el asombro de los que miraban, confusos e intrigados, desde el borde de la playa. Y siempre, arremetiendo con los puños, los pies o las rodillas, arriba, abajo, pero sin soltar jamás esa presa mortal, ya fuera en la superficie burbujeante o en las tranquilas profundidades, Hewitt forzaba a aquel demonio en dirección a la playa.

Cuando emergieron de las aguas por cuarta vez, ambos, revolcándose una y otra vez sobre las arenas de los bajíos, llegaron a la playa, y Hewitt, haciendo pie, de un fuerte tirón, cogió al tigre marino en sus manos y con un poderoso movimiento que dobló la cabeza de acero y las crueles fauces sobre la rígida cola de la bestia, rompió la columna vertebral del gigante asesino y luego arrojó a la barracuda sobre la arena donde yació deshecha y rota mientras la vida se le escapaba en súbitas convulsiones.

Hewitt respiró profundamente varias veces, y el ansia asesina desapareció, ese extraño impulso parecía satisfecho tras su victorioso combate. Los invitados de la fiesta se aproximaron a él. No parecía que hubiera mucho por decir. Uno de los hombres empujó suavemente con el pie el cuerpo de la barracuda. Hewitt levantó los ojos y miró a la muchacha, que ahora estaba erguida, con la ayuda del doctor de la Armada, y el pie vendado.

Miró a Hewitt y sus ojos azules se llenaron de asombro. La brisa fresca agitó sus cabellos cobrizos, ahora sueltos tras quitarse el gorro de baño.

Haciendo caso omiso de las exclamaciones de admiración y asombro que pronunciaban el resto de los invitados a la fiesta, Hewitt la miró, turbado, vencido, sintiéndose repentinamente cansado. Pues —¡maravilla de las maravillas!—, apoyada en el hombro del solícito doctor de la Armada, se erguía frente a él la encarnación

exacta de su compañera acuática, aquella extraña y seductora criatura que le había acompañado en su experiencia inconsciente, en su extraordinario sueño.

Volvió a respirar profundamente para tranquilizarse. Ahora comenzó a oír los comentarios de los invitados a través de su nublada conciencia, y por fin se tranquilizó del todo. Se acercó a la muchacha herida, intentando musitar alguna expresión de simpatía ahora que su mente empezaba a aclararse…

De pronto, los invitados guardaron silencio, como si se sintieran espectadores de algún drama inexplicable, sutil y vago, pero que aún no había llegado a su desenlace, a un final apropiado.

—Espero que no la haya herido seriamente —fue todo lo que Hewitt pudo decir.

La muchacha no le respondió ni una palabra pero siguió mirándole fijamente a los ojos, y Hewitt supo que se encontraba en el comienzo de su verdadera vida.

# FRANK BELKNAP LONG, JR.

# [1903-1994]

Una de las valoraciones más interesantes de la carrera literaria de Frank Belknap Long apareció en la *St. James Enciclopedia of Horror, Ghost & Gothic Writers*. Dice así: «De todos los escritores de literatura sobrenatural que aparecieron en las revistas *pulp* bajo la sombra de H. P. Lovecraft, Frank Belknap Long fue el que menos se apartó de ese pastiche. Protegido y, más adelante, biógrafo de Lovecraft, Long fue considerado durante gran parte de su carrera literaria como un mero imitador de Lovecraft y del tipo de literatura sobrenatural que éste hacía, a pesar de que los cuentos lovecraftianos de Long tan sólo son un pequeño porcentaje del total de su obra encuadrada en el género de lo sobrenatural, ya que la mayoría de lo que escribió se adscribe a la literatura de misterio y ciencia ficción».

No estoy seguro del todo de entender el punto de vista que el autor de este ensayo quería mostrarnos; es, como poco, bastante ambiguo. No se explica, a lo largo del resto del artículo, por qué Long fue incapaz de escapar de la sombra de Lovecraft, y concluye diciendo que Long fue uno de los pocos escritores que «se adaptó fácilmente al género de la ciencia ficción durante los años de la guerra».

Si Frank Belknap Long es culpable de algo, como una vez escribió un poeta fallecido, es de haber sobrevivido a su tiempo y a su fama sin escribir esa gran novela que le habría hecho entrar con todos los honores en la posteridad. La carrera de escritor de Long fue bastante productiva, aunque no muy comercial, y se desarrolló durante más de ocho décadas. Cerca de la mitad del total de cuarenta libros que componen su obra fueron escritos y publicados después de que cumpliera los sesenta años, demostrando que la edad no había mermado su habilidad para escribir una novela entretenida, lo mismo que E. Hoffman Price, el cual volvió a la escena literaria después de haber estado veinticinco años ausente.

Long suele ser recordado por los cinco libros que publicó Arkham House: *The Hounds of Tindalos* (1946), *The Horror from the Hills* (1963), *Rim of the Unknown* (1972), recopilación de sus cuentos primigenios, la mayor parte de los días en los que escribía para *Weird Tales* y otras revistas *pulp* de ciencia ficción; su biografía, *Howard Phillips Lovecraft: Dreamer on the Nightside* (1974), y el volumen de poesía *In Mayan Splendor* (1977). A lo mejor es a consecuencia del valor de los libros de Arkham House como objetos de coleccionismo, pero los lectores podrán descubrir en esas antologías algunos relatos muy entretenidos de horror, misterio y ciencia ficción si no conocen o han leído las novelas originales en rústica que Long escribió durante los años sesenta y setenta, firmados por él mismo o con el seudónimo de Lyda

Belknap Long (el nombre de su mujer).

Es bastante difícil condensar la vida y la carrera literaria de Frank Belknap Long, Jr. Existe una gran escasez de información que haya sido editada, y su *Autobiographical Memoir*, publicada por Necronomicon Press en 1985, no es demasiado personal y carece de información concreta. Su lectura es más bien metafísica o filosófica, dependiendo del punto de vista de cada cual, y trata de una vida anterior; cuando intenta ser más conciso y dar detalles específicos, la memoria le falla claramente. El único ensayo importante acerca de su figura es *Long Memories*, de Peter Cannon. En él se describe una imagen muy depresiva de la última década de la vida del escritor: sus intentos desesperados por sobrevivir en la pobreza mientras perdía por completo la noción de la realidad.

Podemos decir que la vida de Frank Belknap Long comenzó como un cabaret y terminó en franca cuesta abajo. Nació en Nueva York, el 27 de abril de 1903, hijo único de una familia relativamente bien acomodada; se cree que su padre poseía una próspera clínica dental en Park Avenue. Long se educó en los colegios públicos de la urbe y asistió al Colegio Universitario de Periodismo de Nueva York. Empezó a escribir a temprana edad y era lo suficientemente bueno como para que sus trabajos fueran publicados en varias publicaciones de la prensa amateur.

Sus cuentos sobrenaturales, «The Eye Above the Mantel» e «In the Tomb of Semenses», publicados cuando todavía era un adolescente, atrajeron la atención de H. P. Lovecraft, que también produjo una cantidad enorme de material para la prensa amateur. Ambos personajes comenzaron una larga correspondencia que duró hasta la muerte de Lovecraft en 1937. En sus múltiples cartas, Lovecraft siempre trataba a Long con el apelativo de «hijo», una típica relación filial que el maestro aplicaba a la mayoría de sus amigos más cercanos. Aunque esto puede parecer un poco excéntrico a las generaciones de hoy en día, en aquellos tiempos era una señal de afecto y respeto. (H. Bedford-Jones, el escritor más prolífico de las revistas *pulp*, siempre llamaba «tío Bill» a William Wallace Cook, su mentor literario).

Como escritor novato y protegido de Lovecraft, Frank Belknap Long pronto ingresó en un grupo de diletantes literarios de Nueva York que se hacían llamar el «Kalem Club», debido a que los apellidos de todos sus miembros empezaban siempre con K, L o M. El club fue originalmente fundado por Rheinhart Kleiner, Everett McNeil, Long y James E Morton. «Luego entró Lovecraft», según S. T. Joshi, «luego Samuel Loveman, Arthur Leeds, Wilfred Blanch Talman (un miembro poco corriente) y Vrest Orton. Los dos últimos, evidentemente, rompieron el molde en el tema de la letra del apellido, pero, por entonces, el nombre del club estaba muy arraigado y nadie quiso cambiarlo».

La vida debió de ser bastante idílica para el joven Frank Belknap Long a comienzos de los años veinte. Vivía en casa, le mantenían sus padres, tenía la protección literaria de Lovecraft y su círculo, el propio Lovecraft había recomendado sus cuentos a Farnsworth Wright, el editor de *Weird Tales*, comparando la obra de

Long con la de Kipling y Daudet. Seguramente se encontraba suspendido en las nubes. El primer cuento de Long, «The Desert Lich», apareció en noviembre de 1924. Se trataba de una historia de aventuras que se desarrollaba en unas cavernas por debajo de la tierra que había en Extremo Oriente, y consiguió que la gente lo considerara un escritor con talento, como escribió un crítico: «Da vida a lugares exóticos y a las personas que los habitan».

Pero la economía quebró en 1929 y la Depresión castigó con dureza a la familia de Long. Todos los ahorros que Frank Long, Sr. había conseguido reunir se perdieron con la quiebra de los bancos, influyendo negativamente en su práctica odontológica. Por primera vez en toda su vida, ya cercana a los treinta años, Frank Belknap Long, Jr. tuvo que ayudar económicamente a sus padres.

Con el mercado de la literatura sobrenatural prácticamente estancado, Long dedicó su talento a otros géneros *pulp* y comenzó a producir una gran cantidad de cuentos de detectives y de misterio. A finales de los años treinta centró su actividad en el cada vez más importante mercado de la ciencia ficción, pero su futuro no parecía muy halagüeño, como le comentaba a August Derleth en una carta fechada el 12 de julio de 1941:

«Debería haber contestado antes tu muy bienvenida carta de hace varias semanas, pero he estado enfermo y deprimido, y llevo varias semanas con la espalda contra la pared en cuestiones económicas.

»Jamás he escrito ni vendido tantos cuentos —*Unknown* tiene seis, *Astounding* tres, *Thrilling Wonder* cuatro, *Weird* [*Tales*] tres, *Comet* uno, *Planet Stories* dos, *Astonishing* dos y yo tengo otros doce relatos de policías que aparecerán en diversos libros de misterio— pero lo que cobro parece esfumarse antes de que pueda equilibrar mi cuenta bancaria y quitarme esa sensación de miedo y angustia, y a veces me pregunto si el esfuerzo merece la pena.

»Jamás me he preocupado seriamente en mantener a flote a FBL —hay cientos de lugares en los que puedes sobrevivir con unas cuantas bayas, colonias de artistas en México y en los Cayos de Florida, etc.—, pero tengo que pensar en mi madre y no puedo coger el primer tren “a cualquier parte”.

»Jamás he escrito cuentos mejores, aunque tengo una pronunciada morbosidad por sobresalir del triste panorama social, la sensación de que me estoy haciendo viejo y un sentimiento de pérdida que se supone que el tiempo debería aliviar, pero que, de alguna manera, no lo ha hecho. He echado el resto con cuatro o cinco cuentos de fantasía que escribí para *Unknown*, y tengo la sensación de que dos o tres sobrevivirán al tiempo. Son realmente buenos, mejores de lo que jamás llegué a pensar que podría escribir…».

Cualquiera puede ver la vida y los tiempos que corrían reflejados en los cuarenta años de correspondencia entre Derleth y Frank Belknap Long, sobre todo su inquebrantable optimismo acerca de la calidad y cantidad de sus cuentos, y las ventas que conseguía con ellos, y, por otra parte, una urgencia desesperada por conseguir

dinero. Tras ser rechazado para el servicio militar durante la Segunda Guerra Mundial, a causa de su deficiente visión y de no oír bien por un oído, Long continuó produciendo toda clase de literatura *pulp*. También escribió muchos guiones para los editores de comic-books —*Captain Marvel, Green Marvel, Congo Bill* y *Planet Comics*—, con vistas a conseguir un sobresueldo.

Durante aquella década hizo de editor «fantasma» (sin acreditar) de la revista *The Saint Mystery Magazine* y, durante los cincuenta, de *Fantastic Universe*. En los años sesenta también estuvo asociado a otras revista de misterio y ciencia ficción como *Mike Shayne Mystery Magazine*, en la que su nombre llegó a aparecer en la cabecera de la editorial. Sin embargo, y a pesar de toda esta actividad extraordinaria, Long siempre anduvo escaso de medios. También carecía de cierto sentido común para comercializar sus cuentos y seguir la pista a su obra publicada. De acuerdo a numerosas cartas que intercambió con Derleth sobre la selección de los cuentos que integrarían su primer libro de Arkham House, *The Hounds of Tindalos*, parecía no disponer de manuscritos ni copias, ni ningún tipo de anotación sobre dónde había vendido los derechos de autor para varios editores de revistas. Derleth tardó casi dos años en conseguir los permisos necesarios para publicar *The Hounds of Tindalos*.

A causa de la total falta de organización de Long y los aún mayores problemas financieros que experimentó en sus últimos años de vida, periódicamente vendía sus libros y cartas personales a los coleccionistas y anticuarios de libros. Sólo las cartas de Derleth permanecieron intactas, incluyendo varias copias de unos documentos sobre cuestiones financieras escritos por Derleth.

Una carta realmente curiosa de Frank Long a Derleth, datada en: «Luna Alta / 26 de junio de 1947», tiene unas interesantes conjeturas: «Me acerqué a ver a [Hannes] Bok hace un par de semanas, y me contó un secreto que me dejó desconcertado. Me reveló que tú eras Allison [V.] Harding. Durante dos o tres años he admirado la calidad en la creación de la atmósfera de la que siempre hace gala Harding, ¡sin sospechar que Stephen Grendon le había apadrinado!» [Stephen Grendon era el seudónimo que Derleth usaba para varios de sus cuentos de horror, también era el personaje central y el narrador de muchas de las novelas regionales de Derleth, su álter ego en la saga de Sac Prairie, y el protagonista de los relatos de misterio juveniles que escribió en los sesenta, en los que figuraban Steve Grendon y Sim Jones].

Nadie sabe cómo Bok había conseguido esa información, y es totalmente imposible cotejarla. Derleth tuvo que divertirse mucho al recibir la carta, especialmente porque hacía muy poco, el 5 de mayo de 1947, había recibido otra de Lamont Buchanan, el editor asociado de *Weird Tales*, en la que se citaba un trozo de una carta que la revista había recibido de Allison V. Hatding, felicitando a «Grendon» por su cuento «Mr. George». Todo lo que se sabe de Allison V. Garding es que se suponía que [ella] era abogada, que escribió 36 interesantes, trabajados y muy técnicos relatos policíacos para *Weird Tales* entre 1943 y 1951, y que jamás se volvió

a oír hablar de ella. Los lectores pueden sacar sus propias conclusiones.

En septiembre de 1960, Long, que por entonces tenía 57 años, sorprendió a sus amistades y colegas con la noticia de que, después de haber estado cortejando y pidiendo en matrimonio a Lyda Arco, ambos se habían ido a Maryland y se habían casado. Si Long ya tenía problemas financieros antes de su matrimonio, con Lyda éstos se incrementaron. Ella enfermaba con frecuencia, comenzó a tener ciertos problemas mentales y una tendencia a hacer comentarios vulgares y embarazosos cuando se encontraban en compañía de amigos o en lugares públicos. El 20 de agosto de 1963, Long le escribió a Derleth que Lyda estaba en una cura psicológica y antidepresiva, y que recibía un tratamiento a base de *shocks* eléctricos; a lo cual Derleth contestó: «La sola mención de la terapia eléctrica me llena de aprensión».

En esa misma carta también se revela que Long había vendido los derechos de reedición en rústica de *The Hounds of Tindalos* a Belmont Publishing Co. por una cantidad total de 500 dólares, sin consultar antes a Derleth sobre el contrato con Arkham House.

«… Necesitaba con suma desesperación esos quinientos dólares que me pagaron. Quinientos, sin ningún tipo de comisión posterior. Lyda ha estado gravemente enferma y ha tenido que someterse a un tratamiento a base de *shocks* eléctricos que son muy costosos, y yo estaba contra las cuerdas, al borde de un *desastre financiero total y absoluto*. Y todavía lo estoy, y pasarán muchos meses antes de que la situación mejore, al menos hasta que la edición en rústica se haya distribuido por completo, y ahora es virtualmente imposible conseguir unos pocos cientos de dólares como anticipo por alguna novela, no importa que su autor sea bien conocido en el género. Belmont me compró el libro con la mejor de las intenciones y su venta me urgía, y llevamos el negocio a término sin intención de defraudar a Arkham House o violar ninguna de las cláusulas contractuales. Sam Post es un buen muchacho y muy ético a la hora de tratar con escritores y editores. No es un grupo editorial demasiado importante y quinientos dólares era todo lo que podían ofrecerme… Si crees que tengo alguna obligación financiera con Arkham House, que he violado sin mala intención al hacer esta venta, te cederé gustosamente *todos los derechos* sobre *The Horror from the Hills*, y todas las ganancias sobre futuras ventas y posibles reediciones en rústica, así como los derechos para televisión, etc. Por favor, dime qué piensas sobre todo esto tan pronto como puedas, ya que he estado muy preocupado desde que hablé con Post ayer».

Si Derleth hubiera recibido aquella carta de cualquier otro escritor, se hubiera enfurecido al momento. No le complacieron lo más mínimo las noticias de Long, pero su respuesta del 22 de agosto expresaba cierta comprensión del asunto y una especie de vía de escape para que Long pudiera salir del aprieto:

«Sí, lo siento, pero la venta de tus derechos de autor para la reedición en tapa blanda de *The Hounds of Tindalos* a Belmont ha sido una violación del contrato… y siento especialmente que te hayas comprometido personalmente en la venta, puesto

que habíamos ofrecido el libro a Scott Meredith [Literary Agency] y, naturalmente, él se lo había mandado a las mejores casas editoriales. Vendió a Belmont nuestro libro de [Robert] Bloch por un anticipo sobre los derechos de autor de 1.000 dólares, y no 500, y una venta completa de esos derechos a Belmont no sólo es muy poco práctica, sino también imposible que tú puedas llevarla a cabo legalmente. Meredith está redactando ahora mismo otro contrato para cubrir *The Hounds of Tindalos*.

»Francamente, si no fuera por los ingresos que obtenemos por las comisiones sobre posibles ventas, no sería editor, ya que los beneficios que ingresamos por la edición de cualquier recopilación de cuentos no dan más que para cubrir gastos. He sido editor durante casi 25 años y hasta hace dos —¡22 años de mi vida!— no he conseguido que nuestro catálogo sea algo más rentable, y todo gracias a que pago nuestras facturas a mes vencido. Este año ya he gastado 10.000 dólares en costes de impresión, y aún tendré que pagar igual suma…

»He revisado el archivo cuando recibí tu carta y he visto que en más de la mitad de tu correspondencia te quejas de problemas financieros; así que supongo que todos los que escribimos nos encontramos en el mismo barco. Le dije por teléfono a Morrison [un agente de Meredith] que no había ninguna posibilidad de recuperar directamente los 500 dólares, pero que nos las apañaríamos para conseguir algún pago futuro. La suma que se le debe al agente es de 50 dólares, y la que se me debe a mí es de 225 dólares. Así que la cantidad total de 275 dólares te será deducida de tus ingresos futuros por *The Horror* y los derechos de autor de las reediciones individuales que se hagan de *The Haunds*, y espero que con ello se consiga pagar la deuda, por lo cual no tomo en consideración la aceptación de tu oferta sobre *todos* los derechos de *The Horror* ni nada parecido. No podemos aceptar el contrato que has firmado con Belmont en el sentido de permitirles que tengan todos los derechos de autor sin una cláusula adicional, pero Post lo aceptará y entenderá que no poseen los derechos de publicación de los cuentos por separado. Arkham House no quiere otra cosa que el cumplimiento del contrato en cuanto a los derechos de reedición. También daremos una pequeña suma de dinero por la publicación del trabajo sobre HPL que nos habías prometido para el volumen sobre Lovecraft, así que deberás enviarnos una copia, y también podemos deducir de la deuda tus honorarios si escribes un nuevo cuento macabro para nuestra antología *Over the Edge*, una colección de relatos inéditos en conmemoración del 25 aniversario de Arkham House; así que podemos encontrar vías para conseguir esos 275 dólares sin mucha tardanza.

»En otras palabras, no te preocupes demasiado por ello…».

Sin embargo Long seguía preocupado, especialmente por el hecho de que podía haber dañado una amistad de más de treinta años, y volvió a escribir a Derleth el 29 y el 30 de agosto. Éste le contestó: «Estoy seguro de que nadie que conozca el tema pensará que has actuado con mala fe… Oh, y además sé que voy a recuperar esos 275 dólares en un plazo muy corto de tiempo, y te repito que, por favor, no te preocupes

más por el asunto».

Lyda no mejoró. La economía de Frank Belknap Long siguió en un estado precario. Pronto los dos hombres comenzaron a hablar sobre otra recopilación de cuentos, *The Rim of the Unknown*, pero Derleth murió antes de poder preparar su edición. Donald Wandrei se encargó de la publicación del libro en 1972, junto con la de otros volúmenes que Derleth había comprometido para futuras ediciones.

Frank Belknap Long murió a la avanzada edad de 91 años, solo, empobrecido y desesperado, excepto por una docena de fans que intentaron ayudarlo económicamente con sus magros salarios. Quizás el poeta tenía razón: los escritores siempre son más interesantes en la manera en la que se describen a sí mismos a través de su obra que en cómo viven su existencia real.

# EL DIOS DE OREJAS DE PERRO

## FRANK BELKNAP LONG, Jr.

### 1

—¿Qué piensas sobre ello? —preguntó el profesor Dewey.

El tamaño colosal del sarcófago que albergaba a la momia acentuaba la pequeñez de mi amigo. Por algún motivo (no sé por qué la imagen se me vino a la cabeza) pensé en De Quincey, el alucinado fumador de opio, caminando perezosamente por las calles de Londres, un personaje grotesco y diminuto calzado con pantuflas que llevaba el mundo dentro de su cabeza. El profesor Dewey tenía un increíble parecido con De Quincey. Su frente era alta y estrecha, y estaba llena de arrugas; tenía las mejillas chupadas y la piel allí estaba tirante y amarillenta. Apenas podríamos describir su nariz como de tipo romano, era tan exageradamente hebrea que no había ninguna duda de que por sus venas corría algo de sangre judía. Su sonrisa, cuando sonreía, era sombría y sin vida, y muy poca gente se sentía atraída por su persona. Pero debajo de este aspecto repulsivo y exterior, el pequeño sujeto tenía un buen corazón, y yo encontraba su compañía deliciosamente estimulante.

El hobby del profesor Dewey era la arqueología y compraba importantes cantidades de momias todos los años; ilegalmente, me temo. Jamás ningún oficial de aduanas curioso ha puesto sus manos gubernamentales en las adquisiciones del profesor Dewey. Ningún empleado administrativo impertinente y de ojos azules ha cuestionado al profesor Dewey por el valor de sus extrañas y, con frecuencia, repulsivas propiedades. El profesor ha hecho arreglos con una docena de oficiales taimados y pillos para no ser interrogado, y como resultado de estas cuidadosas negociaciones jamás ha perdido una momia, ni un escarabajo, ni una piedra preciosa. En tan sólo un año ochenta y tres momias han sido introducidas clandestinamente en su majestuosa mansión de piedra pardusca situada en Riverside Drive.

Nos encontrábamos en la habitación de las momias del profesor Dewey, una sala enorme alfombrada de terciopelo rojo y cubierta por unas más que siniestras cortinas negras. Me parecía ridículo que el profesor adornara esta estancia con los tópicos de un melodrama de misterio, pero siempre me ha resultado imposible entender los divertidos caprichos de mi amigo. Debajo de su excentricidad era un personaje razonablemente genuino y no es justo esperar mucho sentido común o compostura en los hombres de genio.

La momia que estaba ante nosotros era excepcionalmente alta. Destacaba con claridad en las tinieblas amarillentas de la enorme habitación y tenía indudables señales de ser muy vieja. Su forma era realmente rara, el pecho le sobresalía curiosamente y su nariz era gigantesca. Efectivamente, este último miembro casi sobresalía por entre las vendas aromáticas y malolientes.

—Un Cyrano egipcio —señalé, permitiéndome una sonrisa en mi rostro, generalmente adusto y severo (el profesor aseguraba que mis facciones eran solemnes y, al ser muy joven, me sentí bastante orgulloso de esta observación).

—¡Seguro que las damas le rehuían! —añadí, al ver la mueca de mi amigo.

—Estamos tratando un asunto serio —dijo, tras una pausa que pareció interminable—. Jamás ha llegado de Egipto nada igual. ¡No me agrada!

La voz de mi amigo era angustiosamente hueca. Me ponía nervioso e intenté calmarle.

—No veo nada extraño en esta momia —repliqué—. Está claro que, entre los egipcios, también existían distintos tipos de personas. Me atrevería a decir que tenían sus propios espectáculos y circos en los que actuarían los típicos «bichos raros». Este pobre sujeto debió de haber sido el rey de los bufones; no está nada bien burlarse de él ahora, después de tantos años. Estoy seguro de que su vida fue bastante desdichada.

El profesor frunció aún más el ceño.

—Hay que ser serios —dijo—. Esta momia es muy poco corriente. No soy ningún sensacionalista, mi querido amigo, pero puedo afirmar que a mis enemigos les encantaría usar esta cosa para desacreditarme. Tenemos que ser muy cautelosos a la hora de publicar los resultados de nuestros experimentos.

—¿Experimentos? —repetí. Poseía un entusiasmo casi infantil y ridículo por cualquier variedad de investigación.

—Tengo unos cuantos experimentos en la cabeza que van a demandar gran cantidad de coraje. Si crees que no estás capacitado para llevarlos a cabo te agradecería que me lo dijeras con toda franqueza. Pero antes tengo que avisarte y prepararte, y describir lo que vamos a hacer.

El profesor encendió un panetela[8] absurdamente largo y fumó en silencio un rato. El humo ascendía en espirales y formaba una nube extraña de color grisáceo sobre el cajón en el que reposaba la momia. Ésta parecía destacar en medio de las tinieblas como si fuera la vengadora de las otras desdichadas e indefensas ochenta y tres que el profesor había diseccionado y destruido.

Cuando mi amigo volvió a hablar su voz había adquirido un tono más calmado. Habló lentamente, interrumpiéndose de cuando en cuando con una tos ocasional.

—Hay algunos mitos entre las ricas tradiciones de la humanidad que no están del todo basados en hechos objetivos y sólidos. No creo que la imaginación de los pueblos primitivos sea capaz de crear por sí sola castillos en el aire. La ciencia moderna muchas veces no nos deja ver con claridad y se burla con demasiada

frecuencia de las leyendas sobre dioses y diosas que han llegado hasta nosotros. Es absurdo pensar que los egipcios crearon sus dioses monstruosos a partir de la mera observación del reino animal. Existe algo tan inmenso, tan psicológicamente terrible acerca de los dioses egipcios que es difícil creer que tan sólo sean un simple producto de la imaginación humana. O bien son entes creados por algún soñador con una fantasía inaudita, un Edgar Allan Poe egipcio, o…».

El profesor Dewey se calló antes de terminar su sentencia. Supongo que le costaba decir en voz alta tan aventurado juicio, pues hizo una pausa antes de proseguir:

—Esos dioses con forma de cocodrilo, aquellos con cabeza de gato o las divinidades de orejas de murciélago, son entes más extraños y envilecidos que cualquier otra cosa que podamos encontrar en el mundo moderno. Incluso los negros salvajes de África o Australia serían incapaces de desarrollar algo tan maligno. Y sin embargo, si hacemos caso a los historiadores, el pueblo egipcio alcanzó un nivel muy alto de cultura ética. No serían capaces de mostrar con tanta alegría semejantes horrores…».

Mi amigo dudó de nuevo, como si le molestara poner en palabras su teoría. Mi entusiasmo le animó a hacerlo por fin.

—*Con frecuencia he pensado que esos monstruos existieron en la realidad*. ¿Por qué tenemos que suponer que los hombres son los únicos seres inteligentes que moran en este planeta? Hay tantas evidencias de lo contrario, tantísimas, que siento que mi teoría es cierta. No me considero un estúpido. Mis enemigos —creo que el profesor tenía complejo de persecución— darían con gusto varios años de su vida por escuchar esta conversación. Pero tan sólo conocerán los resultados, *si estos no son demasiado repugnantes*.

El profesor Dewey se hundió en su silla como si estuviera exhausto. Tenía la frente amarilla cubierta por completo de cientos de gotitas de sudor. Le temblaban los labios.

—George —tartamudeó—, tenemos que probarlo. Esta noche dormiremos aquí. A no ser, claro, que tengas miedo a dormir con eso en la misma habitación.

—Pero, en realidad, ¿qué es *eso*? —pregunté, señalando con horror la colosal momia.

Mi amigo no me respondió directamente, pero sus palabras fueron terriblemente perturbadoras.

—Hace veinte o treinta mil años los egipcios enterraron a su primer rey. *Existían extraños reyes en los albores del mundo*.

## 2

El profesor Dewey estaba durmiendo profundamente, pero algo hizo que me

incorporara. No sé si oí el ruido en sueños o si realmente provenía de la esquina de la habitación en la que la gigantesca momia yacía solemnemente envuelta en sus vendajes. Pero viniera de donde viniera, resultó bastante inquietante escucharlo a las tres de la madrugada.

Quizás hayas escuchado a los perros aullando en la noche en medio de algún páramo solitario, o a lo mejor has oído en los trópicos los terribles gemidos de los monos cuando despiertan de un sueño sin alma y ven las estrellas que les espían con maldad. Si has oído semejantes sonidos podrás hacerte una vaga idea de lo viles que resultan estas exhibiciones siniestras y del terror que provocan en cualquier persona normal.

El primer gemido que escuché (y que en ocasiones parecía subir de tono hasta convertirse casi en un aullido) no me asustó. Pero si la incómoda silla que tenía debajo de mis posaderas se hubiera puesto a charlar con el sofá, o el reloj hubiera comenzado a andar por la alfombra, no me habría horrorizado tanto.

Me incorporé y esperé. Durante un rato no sucedió nada, pero luego empecé a oír un tenue sonido, como si alguien arañase y rasgase la madera, intentando salir de un armario. Unas zarpas, fueran del tipo que fueran, estaban sin duda ocupadas en alguna parte.

—¡Ratas! —reflexioné, y me agarré desesperadamente a esa respuesta. Seguro que había ratas en un caserón en el que se llevaban a cabo unas prácticas impías y desagradables.

»En realidad el profesor puede considerarse afortunado de que las ratas le hagan el trabajo sucio —pensé—. Gracias a ellas no necesita enterrar los desperdicios sobrantes. Tiene que ser muy difícil deshacerse de todos los huesos de los dedos, los pelos y esas cosas, a no ser que los queme, y, desde luego, las ratas le evitan esa incómoda tarea. El profesor es realmente afortunado. ¡Adorables y juguetonas ratas!

Luego me di cuenta de lo necias que eran mis deducciones y me pasé la mano por el rostro. Tenía la frente terriblemente caliente, estaba nervioso, enfebrecido.

—Seguramente me he dejado influir —pensé—. No tenía que haber dormido jamás en esta fría habitación.

Recordé que había estado estornudando y tosiendo toda la tarde anterior. La más pequeña sensación de fiebre me hacía delirar; en ese aspecto no he sido muy afortunado.

Enrollé las mantas alrededor de mi cuello y me di la vuelta. Creo que me dormí, pero estoy convencido de que lo que vi después tenía una cierta trascendencia externa. Fue algo más que un simple sueño y, con total seguridad, algo más que una mera alucinación. Fue, creo, una *serie completa de recuerdos* que se proyectaron sobre la habitación. Cuando lo vi me hallaba sentado y oí que el reloj de fuera daba las cuatro.

Una inmensidad blanca se desplegó delante de mí y me cegó por completo durante unos instantes. Era como una sucesión de luces sobre una pantalla plateada.

La sustancia blanca cambiaba continuamente, menguando y engordando, mientras unas formas horribles y distorsionadas se movían en su superficie. Se trataba de figuras amorfas y al principio no pude distinguirlas con claridad. No eran del todo humanas. Parecían tener cuerpo de hombre, pero *cabezas de animales*.

Cuando la visión, o como quieran llamarlo, se hizo más clara, vi que esas criaturas innombrables se habían unido en una sólida formación y que desfilaban con solemnidad delante de mí. Transportaban un objeto indescriptible que no hacían ningún esfuerzo por ocultar.

Las figuras de los que desfilaban eran repulsivas, pero la forma de esa *cosa* larga y distorsionada resultaba infernal. Estaba cubierta de pelo, pero jamás había visto nada semejante bajo las estrellas. Tenía la cara hundida como la de un murciélago y unas enormes orejas de perro; los colmillos amarillentos brillaban ominosos bajo aquella luz extraña y antinatural. La cosa estaba muerta y tenía las mejillas hundidas y vacías.

Los portadores llevaban antorchas que movían de un lado a otro con alegría, como si estuvieran felices de que la cosa hubiera muerto. Yo sentía una extraña simpatía por ellos, pero los cielos saben cuán malvados eran. Las antorchas despedían una misteriosa luz azulada, incluso, pensé, un hedor satánico; mientras miraba, otros nuevos se unían a la bamboleante y blasfema procesión, y ésta avanzaba poco a poco con mayor velocidad.

Y entonces comenzaron el canto y las invocaciones, y los terribles himnos en honor a los muertos crecieron y resonaron por toda la habitación hasta que tuve que taparme los oídos con las manos para dejar de escuchar aquellos cantos antiguos y obscenos.

—¡Nuestro señor de más allá de los cielos ha muerto! —gemían—. En lo más hondo, en lo más hondo de la tierra enterraremos a nuestro rey. Durante largo tiempo nos ha gobernado, y horribles males ha hecho caer sobre nosotros, pero era nuestro rey de más allá de los cielos y veneramos su memoria. Terrible era su negra lengua que escupía fuego, terrible fue cuántas doncellas devoró, terrible la sangre que bebió, pero era nuestro rey. En el libro de los muertos está escrito que será juzgado por los dioses, por sus iguales será juzgado. Aparecerá como una serpiente, como un reptil ante sus pares, pero por sus orejas le conocerán.

Entonces la imagen se aclaró por completo, y vi que el cortejo pisaba unas arenas calientes y rojizas, y una enorme estatua de piedra que asomaba por detrás de ellos. Se trataba de una esfinge, pero mucho más antigua que la que nosotros conocemos, y sus ojos brillaban funestos. Enterraron a su rey en el interior de una profunda fosa excavada en la tierra, redonda y perfecta, al pie de la estatua, y arrojaron polvo de oro sobre él, y ungieron sus labios con el aceite que portaban en unos jarros de pórfido veteado.

Indescriptibles fueron los ritos que realizaron ante él, y las últimas palabras del repugnante sacerdote mayor, *que tenía cabeza de lagarto*, sonaron letales, y yo

temblé al darme cuenta de a quién iban dirigidas.

—Dormirás durante treinta siglos, pero una criatura pequeña, sin pelo y desvergonzada, te arrastrará porque en su época él es como un dios. Pero su maldad no perdurará mucho tiempo bajo el sol. Él también volverá al polvo, y una criatura insignificante sin pies ni ojos jugará con sus resecos huesos. Está escrito. Descansa en paz, ¡y recuerda a los que te adoramos!

La visión se hizo más difusa y las figuras parecían fusionarse unas con otras. Luego, poco a poco, la oscuridad fue haciéndose dueña del lugar y me vi a mí mismo contemplando aterrorizado la monstruosa adquisición del profesor Dewey. Sobresalía apenas entre toda aquella oscuridad y parecía estar removiéndose y retorciéndose sobre sí misma.

Miré fascinado mientras las vetustas vendas caían al suelo y *dos largas manos rosa* aparecían y se agitaban en el aire ceremoniosas y eclécticas. Las manos estaban descarnadas y cubiertas de un vello rojizo y suave.

Intenté incorporarme, pero los ojos de la cosa me miraban con vileza y me ordenaban permanecer en silencio. Le enfadaba que cuestionara su supremacía espiritual. Tenía los ojos al descubierto, pero aquella nariz gigantesca y repugnante permaneció misericordiosamente oculta por varias capas de las casi desintegradas vendas. Resultaba espantoso ver los esfuerzos que hacía la cosa por liberarse. Se retorcía y contraía continuamente, y en su malignidad se asemejaba a un gran gusano rollizo que intentara escapar de un agujero excavado en la tierra.

Lo que sucedió a continuación siempre quedará confuso en mi cerebro. Creo recordar que el profesor Dewey yacía tumbado de espaldas con los ojos cerrados, y que algo se erguía delante de él en medio de la penumbra reinante, como un vengador de tiempos remotos. Creo que vislumbré unas facciones terriblemente espantosas, dos orejas enormes que sobresalían de un cráneo estrecho y verdoso, y la silueta de una nariz gigantesca, tan larga como la trompa de un elefante, que permaneció breves momentos de perfil.

Después fuego… un diluvio de fuego que salió de la nariz y de la boca de la criatura, un fuego salido del infierno, de más allá de Arturo. Vi que los ojos del profesor se abrían, y descubrí que contemplaba a la cosa con una momentánea mirada de triunfo. El júbilo de su rostro fue rápidamente reemplazado por la agonía y la desesperación. Extendió los brazos como si intentara rechazar una terrible maldición y, mientras yo miraba, su rostro se marchitó y ennegreció.

—Tenía razón —gritó—. Los egipcios no veneraban a los hombres. ¡Dios tenga piedad de mi alma!

No me quedé para reconfortar a mi malherido amigo. Salí gritando de la habitación y corrí hasta abandonar la casa y llegar al exterior. Miré hacia arriba y pude ver un hilillo de humo que salía de una de las ventanas superiores, pero me di la vuelta. Corrí alocadamente a través de avenidas solitarias y retorcidas callejuelas, y finalmente encontré la entrada de una boca de metro.

Me precipité salvajemente escaleras abajo y pasé por delante de la taquilla sin pagar el peaje. Por suerte nadie me vio. Al rato me hallaba en el interior de un rugiente convoy, con los hombros apoyados en un desgraciado que estaba borracho, a cuyos oídos susurré una historia que le hizo lanzar una exclamación y negar con la cabeza.

—A vosotros los jóvenes siempre os pasan cosas —hizo una mueca—. Ya me gustaría tener tu suerte.

Siempre he pensado que los periódicos son excesivamente prosaicos a la hora de relatar las noticias. El siguiente recorte, aparecido en un periódico de Nueva York, demostrará lo que digo:

> Un incendio en el West Side causó serios problemas ayer por la mañana, cuando tres dotaciones de reserva de la policía tuvieron que ayudar a los bomberos para cerrar el paso a los excitados transeúntes que querían acercarse al edificio en llamas. Durante dos horas treinta o cuarenta hombres encapuchados se esforzaron por rescatar al inquilino y causaron serios inconvenientes. La policía no se podía explicar por qué unos extraños se tomaron tantísimo interés en un pobre y moribundo desdichado, hasta que luego se descubrió que el edificio estaba habitado por un profesor excéntrico y misántropo al que se cree envuelto en ciertas operaciones de contrabando. El agente Henley, de la comisaría de la Calle Oeste 93, asegura que uno de los rescatadores se quitó la capucha un instante, y que su rostro estaba cuarteado y *comido por los bordes*. Por suerte para la reputación del agente Henley se sabe que sufre de migrañas, y lo más probable es que lo que ha imaginado ver no tenga ninguna base real.
>
> Los intentos alocados y nerviosos de los desconocidos por entrar en el edificio dieron al traste con las operaciones de rescate. Se le vio un instante en una de las ventanas, y todos los que permanecían mirando desde la calle declararon que su pelo y su barba estaban ardiendo.
>
> La parte superior del edificio quedó destruida por completo. Se encontró una serie de huesos bastante curiosos diseminados por la habitación, incluyendo el esqueleto de un perro gigantesco. Ya se han declarado tres incendios más durante las tres semanas anteriores y la policía está investigando los rumores sobre un posible pirómano.

# DAVID H. KELLER

# [1880-1966]

A mediados de los años noventa John P. Trevaskis fue en coche hasta Strousburg, Pennsylvania, para volver a echarle un vistazo a la casa del número 55 de Broad Street donde su abuelo, el Dr. David H. Keller, había vivido durante muchas décadas. Mientras estaba allí, un joven de la vecindad se acercó a él en su bicicleta y le dijo: «No debería acercarse demasiado a esa casa, señor».

«¿Y por qué no? ¿Está encantada?», preguntó Trevaskis, un poco asombrado.

«Bastante», contestó el muchacho con seriedad. «Aquí vivía un hombre muy raro. Se dice que mataba gente y luego enterraba los cuerpos en el patio».

A Keller seguramente le habría asombrado mucho ser recordado de esta manera. Trevaskis recuerda que su abuelo era «un personaje especial… un hombre extraño que odiaba a las mujeres y evocaba la típica frase de "el autócrata sentado a la mesa del desayuno"». Y sin embargo se casó dos veces, tuvo tres hijas y, por lo que parece, cuidó bien de ellas. Por otra parte, Trevaskis, que vio a Keller por última vez cuando él aún era un adolescente, recuerda que su abuelo trataba con deferencia a sus hijas y nietas, pero que se interesaba mucho más por sus nietos. Quizás siempre había deseado un hijo propio.

Los críticos con frecuencia se refieren al miedo de Keller por «la mujer devoradora» como base para explicar su misoginia. Everett F. Bleiler apunta que este hecho está tipificado en la alegoría «The Bride» (*WT* septiembre de 1942) y en cuentos como «Tiger Cat» (*WT* octubre de 1927), «Bindings De Luxe» (*WT* enero de 1943), la novela «The Eternal Conflict» y otros relatos.

Bleiler tampoco se equivoca cuando dice; «Keller escribió literatura de horror simbólica… [fue] un americano primitivo, con todo lo bueno y lo malo que ello implica. Tenía una fe sin límites en todo lo que escribía y un sentido para la autocrítica muy desarrollado; era indiferente a lo que los demás opinaran de su trabajo y el principal motivo por el que escribía era para mitigar la tensión psicológica».

Muy poca gente conoce lo suficiente de la vida de Keller como para entender los motivos de su miedo a la «mujer devoradora» y su manera compulsiva de escribir. Si John Trevaskis no me hubiera enseñado los manuscritos de varias autobiografías inéditas de Keller, yo seguiría en la oscuridad acerca de su mundo interior, al igual que el resto de mis colegas. Los siguientes párrafos que escribió sobre su hermana, nacida en 1879, un año antes que él mismo, son particularmente conmovedores:

«Anna Ruth era una niña guapa, inteligente y adorable. Todos los que la conocían

quedaban cautivados por su encanto. Aprendió a hablar desde muy pequeña y pronto empezó a recitar poesías en la Infant Sunday School. En abril de 1885 cogió la difteria. En aquella época las antitoxinas eran desconocidas y le disolvían la membrana aplicándole jugo de piña. Parecía haberse recuperado por completo, pero un día se sentó en la cama, tuvo un ataque al corazón y murió antes de que pudiéramos llamar al médico. Su muerte fue algo terrible para los padres, una pérdida de la que su madre jamás llegó a recuperarse.

»El segundo hijo nació el 23 de diciembre de 1880 y tomó los nombres de sus abuelos, David Keller y Henry Whitesell… Aquel chico era totalmente diferente a su hermana. Su tía Ella le echó un vistazo y dijo: "Es el bebé más feo que he visto en mi vida". Disfrutó repitiendo esta afirmación durante el resto de su vida, siempre riéndose a carcajadas, como si fuera una broma muy graciosa.

»No hay ninguna duda de que se trataba de un niño no deseado. Su madre le alimentó y le mantuvo limpio, pero los cuidados que le daba eran más bien producto de la obligación que del cariño. Dedicaba todo su afecto y tiempo libre a la niña. Durante la mayor parte del tiempo él fue un niño tranquilo y silencioso…».

De niño, Keller fue incapaz de aprender a hablar y siempre parloteaba en lo que él calificaba como «charla de bebé». Sólo su hermana podía entender lo que quería y, de esta manera, transmitir sus pensamientos a los padres. Cuando su hermana contrajo la difteria, aislaron a Keller en una habitación bajo los cuidados de su tía Clara Whitesell. «Por primera vez en su vida estaba separado de su hermana. Luego, un día, le dijeron que un ángel había entrado por la ventana y se había llevado al cielo a su hermana. El niño era consciente de ese hecho aunque no podía entender su significado… Tenía cinco años y cinco meses, y era un extraño en un mundo de adultos con los que no podía comunicarse».

A la edad de seis años mandaron a Keller al «colegio público, pero le enviaron de vuelta a casa por considerarlo retrasado mental». Entonces sus padres le ingresaron en una escuela privada dirigida por tres hermanas, donde aprendió a hablar el inglés correctamente como si se tratara de un extranjero que estuviera aprendiendo un nuevo idioma. Aprendió con rapidez y consiguió ingresar en la escuela superior a los 14 años de edad. Después de graduarse pasó once años en la escuela de medicina, finalizando sus estudios el tercero de la clase.

Keller continúa: «Durante todo el tiempo jamás olvidó ni dejó de amar a su hermana. Escribió sobre ella en su relato *The Lost Language*. Tenía su fotografía colgada en la pared de al lado de la cama. Conservaba la pequeña hucha de porcelana en la que ella había puesto una moneda de plata de tres centavos poco antes de morir. Fue la primera mujer a la que amó y, sin lugar a dudas, ella fue la primera, de las muchas que vendrían después, que lo amó a él».

Cuando Keller empezó a hablar, la actitud de la madre cambió con respecto a él; le ayudó en sus estudios y por las noches le leía historias de la Biblia y le enseñaba poesía. La misa de los domingos era rutinaria y era entonces una de las pocas

ocasiones en las que Keller tenía la posibilidad de estar en compañía de su padre. Pero «el cuidado del niño y las enseñanzas morales y religiosas estaban al cargo de la madre, y no hay ninguna duda de que ella hizo todo lo posible por que el niño llegase a ser un buen hombre… Ella sabía que en el interior de su hijo moraba un demonio personal que estaba empleando todo su poder para llevar al niño al Infierno y durante años luchó para sacar a este diablo del cuerpo del muchacho, sometiéndole al hambre, zurrándole o encerrándole en su habitación».

Al pasar el tiempo, Keller fue acumulando más y más resentimientos en contra de su madre. Después de que su padre muriera la ayudó económicamente, pero sin el cariño que había demostrado por su hermana. Al leer la autobiografía de Keller se ve claramente que la muerte de su hermana jugó un papel importante a la hora de su elección de ser médico. A principios de la década de 1910, Keller ejerció como doctor de «caballo y calesa» en la campiña de Pennsylvania, pero al sentirse incapaz de dar una vida decente a su esposa e hijas se trasladó a Filadelfia, donde trabajó como pediatra en un hospital de beneficencia de la ciudad. Se quejaba mucho de las condiciones terribles del centro y del trato que se daba a los pacientes, con lo cual se ganó la antipatía de sus administradores.

Sirvió en el cuerpo médico durante la Primera Guerra Mundial, entrenando a los demás médicos, y permaneció en la reserva el resto de su vida. Se alistó voluntario en la Segunda Guerra Mundial y fue asignado a las bases de Georgia y Texas, siendo el único psiquiatra clínico de la Armada. Durante el conflicto de Corea entrenó a los médicos en la Harvard Medical School y sin duda era el coronel más viejo cuando fue obligado a retirarse a la edad de 73 años.

Tras la despedida del servicio militar, Keller decidió no volver a la práctica de la medicina. Aprendió psiquiatría de manera autodidacta y aprobó los exámenes médicos en varios estados, y durante el resto de su carrera profesional trabajó en instituciones mentales de Luisiana, Chio y Pennsylvania.

Aunque escribió varios volúmenes de poesía y cuentos cuando era un médico joven, fue para escapar de sus demonios personales y del estrés mental al que se veía sometido por su trato con los deficientes mentales. A mediados de los años veinte, cuando Keller tenía 46 años, empezó a enviar y vender historias a las revistas *pulp*. Sus escritos jamás se beneficiaron de la crítica editorial y carecían de autocrítica, sin embargo él pensaba que cualquier historia nueva era la mejor que había escrito hasta entonces. Era consciente de sus faltas y atribuía su poco elegante estilo a las muchas veces que su madre le había leído relatos de la Biblia, y al hecho de no haber aprendido a hablar y a escribir hasta casi los diez años.

Tuvo una larga amistad con Hugo Gernsback, el editor de *Science Wonder Stories* y de otras muchas revistas de ciencia ficción. Keller editó varias publicaciones de Gernsback sobre salud y sexología, y escribió más de 800 artículos para ellas, incluyendo enciclopedias médicas sobre esos temas, mientras continuaba trabajando como psiquiatra y escritor de incontables cuentos para otras revistas. Pero se trató de

una relación de amor-odio que duró 15 años. Aunque ahora encumbrado como el padre de la ciencia ficción por muchos de sus devotos, Gernsback fue, en la vida real, un hombre de negocios bastante desagradable.

Hugo y su hermano vivían magníficamente exprimiendo su imperio editorial y estafando a sus escritores e impresores. Cuando el cierre fue inminente, Hugo cambiaría de ciudad y crearía una nueva firma editorial con un nombre distinto. Keller era totalmente consciente de la clase de persona que era Gernsback, y sólo estuvo al lado de éste porque su revista daba salida a sus cuentos. Pero sabía cómo tratarle, y tan sólo le enviaba material nuevo cuando ya le había pagado el anterior. Años más tarde, en una carta a un amigo, Keller decía con orgullo que él había sido el único escritor al que Gernsback le había pagado todos sus trabajos, pero que necesitó de un abogado para que soltara el dinero.

La correspondencia de Keller con August Derleth comenzó en 1947 y duró hasta la muerte del autor en 1966. Con frecuencia se trató de un fascinante intercambio de ideas y filosofías, pues ambos tenían mucho en común. Los dos eran hombres fuertes y terriblemente disciplinados, y también necesitaban compulsivamente expresarse a través de la escritura. Sin embargo, por debajo, eran personas muy sensibles hacia la vida, aunque con frecuencia lo ocultaban con lo que algunos llaman «una actitud distante». Keller era casi 50 años más viejo que Derleth, y en unos pocos años se desarrolló entre ambos una especie de relación padre-hijo, doctor-paciente. Derleth confiaba al médico sus más profundos sentimientos y problemas románticos, y Keller asumía el rol de psiquiatra.

Esta correspondencia se hizo más notable porque Derleth también se carteaba con Celia, la esposa de Keller. Con frecuencia ella jugó un papel de intermediaria a la hora de tratar los problemas de Derleth que su marido no deseaba comentar. El 31 de agosto de 1948 Celia escribió:

«Quizás no tiene sentido, pero ambos nos hemos sentido confusos y heridos por las noticias que nos han llegado a través de varios canales y comentarios. Desde luego, es mejor conocer la realidad que aceptar como válido lo que se rumorea, y sin embargo qué mundo más triste sería si, ante un gesto amistoso, uno se diera la vuelta e hiciera oídos sordos… La gente ha venido a nosotros con actitudes amistosas, con un interés evidente en todas las cosas que tienen algo que ver con nuestra casa y con el doctor y su trabajo. Si no conseguían información por nuestra parte, entonces éramos acribillados a preguntas. Más adelante nos han dicho que estos individuos nos han calificado de egoístas y de personas que no saben hablar más que de ellos mismos. Otros han llegado en busca de ayuda, información y otro tipo de cosas para su interés personal, y, después de obtenerlas, han callado por completo la fuente de su ayuda. David es bastante más filosófico que yo sobre todo este asunto, pero creo que él también se siente herido. ¿Son los fans distintos del resto de los humanos? Algunas veces pienso que sí».

Derleth le contestó el 2 de septiembre:

«Muchas gracias por su amable carta. Sin embargo, me siento bastante molesto al comprobar que usted y David han sido acosados por los chismorreos maliciosos de los fans. Creo que lo mejor es adoptar la actitud filosófica de David con respecto a este tema. Desde luego, existe; y existirá siempre, hagamos lo que hagamos las personas que somos vilipendiadas. Debes tener presente, Celia, que mucha, mucha gente es muy estrecha de mente; a esas personas no las motiva la amabilidad, el amor, la caridad ni, tan siquiera, la amistad, sino la envidia, la malicia y la codicia. Desafortunadamente, la mayoría de los fans se encuentran dentro de ese tipo de personas. La gente responsable que ha estado en algún momento unida a los fans ha ido llegando a la conclusión de que no existe, en la mayoría de ellos, ni un ápice de honestidad, ni integridad, ni nada. Jamás he tenido nada que ver con los fans desde los inicios de Arkham House; por supuesto, ellos albergan un resentimiento especial hacia mí desde entonces. Me he ganado su inquina más de una docena de veces, al negarme a editar a alguno de sus escritores mascota por no encontrarles ningún mérito literario, al rehusar conceder un crédito ilimitado a determinadas librerías de su ámbito, al no querer hacer caso de sus consejos y, actualmente, por negarme a contestarles. Sin embargo, se puede reconocer, por mucho que uno quiera hacerse el humilde, que hay distintos grados de inferioridad, y que un hombre para el que no exista la caridad ni la tolerancia es claramente inferior a otro que sí cree en ellas. La doctrina de la desigualdad existe y se extiende por todos los niveles de la escala social».

David Keller no vivió lo suficiente para ver la edición de su segundo libro de Arkham House, *The Folsom Flint & Other Curious Tales*. Murió en 1966. Al año siguiente, Celia, mostró su preocupación por el retraso en la edición del libro, y Derleth se ofreció a cancelar el contrato y devolverle todo el material por si acaso prefería «manejar el libro por sí misma».

El 29 de junio de 1967 escribió: «Entiendo su consternación al saber que no se publicará hasta 1969… pero no se puede hacer otra cosa. Como supongo que sabrá, estoy solo en la división editorial, no hay nadie que me ayude ni que haga mi trabajo, y hay un montón de cosas por hacer. El año pasado, por ejemplo, pudimos publicar por fin el libro de Arthur Burks *Black Medicine*, ¡más de 25 años después de que fuera anunciado! Y otros han tenido que esperar 15 o 20 años antes de ser editados, y algunos que ya han sido anunciados todavía no han entrado en el proceso de edición…

»Desde luego, a veces he tenido que alterar el programa para intentar vencer a la muerte. Greye La Spina contaba 80 años cuando por fin publiqué su primer libro, *Invaders From the Dark*. Afortunadamente, aún está viva, en la flor de sus ochenta y tantos años. Adelanté la edición de *The Phantom Fighter*, de Seabury Quinn, porque Q. está perdiendo la vista lentamente y yo quería que viera el libro. Ambos volúmenes concedieron magras ganancias a Arkham House… Este negocio nunca es muy bueno, sin embargo puede hacer que uno se sienta bien».

Keller dejó sin publicar un gran número de manuscritos y memorias. Ninguno fue escrito con vistas a su publicación y fueron el resultado de un sentimiento compulsivo por vencer a los demonios que poblaban su mente, expresando clínicamente en papel sus propias sensaciones. ¿Un americano primitivo? Desde luego que sí, pero también un hombre original que seguramente será más recordado por su lado oscuro que por la persona que en realidad fue. Con frecuencia motivo de escarnio para el estamento crítico, Keller consiguió llegar a buen término con su incapacidad para crear un cuerpo de literatura que puede ser valorado. El nieto de Keller ha conservado varios de estos volúmenes de manuscritos. La Pennsylvania Authors Collection del Swarthmore College también conserva ejemplares de la mayoría de ellos.

El cuento de Keller que viene a continuación está inédito y fue seleccionado de uno de esos volúmenes de manuscritos.

# LA HERMOSA DAMA

# DAVID H. KELLER

Mi hermano y yo éramos ricos, pero en todo lo demás no teníamos nada en común. A él le encanta viajar, coleccionar joyas y siempre estaba enamorado aunque nunca se casara. Después de la guerra yo me hice un ermitaño, tenía una inmensa biblioteca y me pasaba meses y meses sin intercambiar palabra alguna con las mujeres. Estaba la mayor parte del tiempo en el ático, leyendo, y trabajando en el pequeño jardín. Mi rostro había quedado destrozado en la guerra y, a pesar de la cirugía facial, era horrible de ver. Por suerte, mis ojos estaban intactos. John vagabundeaba alrededor del mundo y, con frecuencia, pasaba muchos meses sin oír hablar de él. Un día, para mi sorpresa, el cartero trajo a mi Torre de Marfil una carta con sellos españoles. Cuando abrí el sobre descubrí que era de John. Decía:

> Mi querido hermano:
>
> Durante tres semanas he sido el huésped de la mujer más hermosa del mundo, la condesa Peroni. Ella ha sido muy amable conmigo y yo estoy completamente enamorado. Realmente se ha comportado de una manera muy tierna y comprensiva, pero se ha negado a casarse conmigo; pero ayer me dijo que si permanecía otra semana con ella podría cambiar de idea. Mide un metro y setenta centímetros, y tiene una hermosa figura. Siempre se protege la piel del sol con crema y con una sombrilla de seda. Sus manos harían las delicias de un escultor como Rodin, y es una delicia contemplar sus pies calzando zapatos de tacón alto. El Castillo Peroni se encuentra a los pies de los Montes Pirineos. Es muy viejo y está cubierto de hiedra. Te remito un mapa de España en el que se muestra la carretera desde Madrid al castillo. Te escribiré de nuevo la semana que viene. Si me caso me gustaría que te reunieras con nosotros y fueras mi padrino.
>
> Tu hermano,
>
> *John*

Yo conocía lo suficiente de la vida como para saber que todo hombre enamorado siempre piensa que su dama es la más bella del mundo. Por lo menos lo creen así hasta varias semanas después de la boda; pero John era como una abeja zumbadora, volando de una flor femenina o otra, incapaz de permanecer mucho tiempo con la

misma. Pensé que abandonaría el Castillo Peroni con el corazón roto, pero que se recobraría a las pocas semanas cuando encontrara la siguiente mujer más hermosa del mundo.

No volví a recibir noticias suyas en un mes. Empecé a preocuparme y finalmente decidí viajar a España para intentar descubrir qué le había ocurrido a John. En Madrid llamé al embajador norteamericano y me presenté ante él, mostrándole la última misiva que me había enviado John. Leyó la carta y luego me la devolvió.

—Es muy interesante, señor Morgan —dijo—. Su hermano es el sexto hombre que ha sido huésped de la condesa Peroni durante este último año. Todos eran americanos, ricos y aficionados a las joyas. Van al castillo, permanecen allí varias semanas y se van; destino desconocido. Sus familiares no han vuelto a tener noticias suyas. Yo he contactado con todas las embajadas de Europa pero no he podido localizarles.

—¿Cree usted que ella tiene algo que ver con sus desapariciones?

—No. La llamé un día y ella me contó su historia. Uno tras otro la visitaron, se enamoraron, le regalaron joyas y la pidieron en matrimonio. Marcharon hacia Francia cuando ella se negó a casarse. Entiendo por qué se enamoraron de ella, ya que es la mujer más hermosa del mundo, por detrás de mi esposa, que ha sido una maravillosa compañera desde hace veinte años.

—La haré una visita —dije—. Quiero saber algo más sobre mi hermano.

El embajador se rió.

—Vaya con cuidado, señor Morgan. Puede ser el séptimo.

—No hay peligro. Ninguna mujer, después de ver mi rostro, querrá que yo sea su huésped. Compraré un coche, me acercaré al castillo, pasaré una hora con ella y luego regresaré a Madrid para informarle.

Me acerqué a una joyería y elegí un collar como presente para la condesa. Luego compré el coche, consulté mi mapa e inicié el viaje al castillo. Estábamos en verano y aquella región de España era muy hermosa. Recordé el viejo dicho que afirmaba que incluso los harapos de los mendigos parecían bonitos. Era bien cierto, pero debajo de los harapos veía pobreza y hambre.

El Castillo Peroni era muy viejo. La hiedra que cubría sus muros le ayudaba a camuflarse con las cercanas y sombrías montañas. Estaba rodeado por una alta muralla, y entre ésta y el castillo se erguía un bosque de árboles perennes. El foso estaba seco. Por encima había un puente levadizo y el portón estaba abierto. Enfilé el coche al interior de un patio cubierto de piedras blancas y lisas entre las que crecía el musgo. Por todo alrededor había jardines y árboles verdes. El canto de las aves rompía el silencio y algunas palomas blancas se elevaron en el aire y planearon alrededor de la torre mayor. Me sentía impresionado por la paz y la belleza del lugar.

—Qué lugar más adorable para una dama hermosa —pensé.

Una mujer gigantesca salió del castillo y me preguntó lo que quería.

—He venido a presentarle mis respetos a la condesa Peroni —respondí—. Dígale

que Peter Johnson ha viajado desde Nueva York para verla.

—Espere en el banco de mármol —dijo—. Anunciaré su llegada a la condesa.

Me senté en el banco mientras una brisa suave me traía aromas de flores, y el canto de los pájaros y el murmullo de un arroyuelo cercano. A los pocos minutos oí el golpeteo de unos zapatos de tacón sobre las piedras del patio y vi a la condesa Peroni. Los desvaríos de mi hermano sobre su belleza no eran nada exagerados. Tenía el pelo negro, cubierto con una mantilla de encaje, y una piel suave que protegía del sol con una sombrilla. En seguida entendí por qué todos sus huéspedes se enamoraban de ella. Se sentó a mi lado, esbozó una sonrisa y dijo:

—Estoy encantada de conocerle, señor Johnson. Llevo una vida solitaria y aislada del mundo. Los visitantes siempre son bienvenidos.

—He viajado hasta aquí, condesa, para ensalzar su belleza. Poseo un pequeño jardín en la azotea de mi casa pero no es ni mucho menos tan grande y hermoso como el suyo. Está a treinta y cinco pisos por encima de la calle, así que no oigo el ruido del tráfico. Al otro lado de la calle se eleva otro edificio de apartamentos. Todos los años anidan en el tejado una pareja de águilas y sacan adelante una familia. Los colibríes revolotean por mi jardín y toman el néctar de las flores. Muchas veces descansan sobre una rama y me hablan de su belleza. Mientras les escuchaba me preguntaba si estarían diciendo la verdad. Creía que ninguna mujer podía ser tan hermosa como ellos proclamaban pero ahora sé que sus cantos eran verdaderos.

—Qué bonito, señor Johnson. Ningún hombre me ha dicho nada tan hermoso. ¿Es usted poeta?

—No, pero mirándola siento que podría escribir un poema sobre usted, un hermoso poema sobre una dama cuya belleza supera con creces a la de Helena de Troya. Cuando esté de vuelta en mi jardín escribiré ese poema y se lo enviaré. No le ofreceré mi amor pues sé que ninguna mujer querría mirar dos veces a un hombre con el rostro desfigurado. Sólo me quedaré una hora, ya que cada minuto de más sería frustrante y doloroso.

—Pero Vulcano enamoró a Afrodita a pesar de su deformidad.

—Pero yo jamás conseguiré el amor de una dama como lo hizo Vulcano. Le he traído un presente, un collar con una perla. Ésta se formó con las lágrimas de los hombres que se fueron cuando descubrieron que no podían romper el anillo de fuego que la rodea. Cuando me vaya, dejaré mis propias lágrimas.

—Es un collar muy hermoso, pero si permanece más de una hora conmigo no tendría por qué derramar ninguna lágrima. Otros hombres han pretendido mi amor, pero nadie me ha hablado como usted lo ha hecho. Por favor, quédese y cánteme una canción. ¿Sabe tocar el laúd?

—Tenía uno pero las cuerdas estaban rotas.

—Yo dispongo de uno que puede usar.

—El tiempo pasaría alegremente pero terminaría de manera dolorosa. Una parte de mí quiere quedarse, pero otra más poderosa me dice que me vaya antes de que se

me rompa el corazón.

Durante un instante ella pareció triste y el sol se ocultó tras una nube blanca y alargada. Luego volvió a sonreír y el jardín se llenó de nuevo del resplandor del sol.

—Antes de que se vaya —dijo—, debo contarle una historia, una historia sobre mi vida. ¿Se la han relatado ya los pájaros de su jardín?

—No. Ellos sólo cantan su hermosura.

—Sabias aves que no han querido revelar mi secreto. Mis padres murieron cuando yo era muy joven. Después, la mujer gigantesca que usted ya ha visto se encargó de mí. Ella ha sido mi niñera desde que yo era un bebé, por lo tanto es una parte muy importante de mi vida. Cuando contaba diecisiete años tuve un amante. Le entregué mi cuerpo, desinteresada y poco prudentemente. Cuando le comuniqué que íbamos a tener un niño él dijo que me abandonaría y marchó a ensillar su caballo. Le dije que esperara mientras le traía una copa de vino. Se la bebió y murió. ¿Cree usted que una mujer hermosa con un alma cándida podría envenenar al padre de su hijo? Ana le enterró en una zona apartada del jardín sin las bendiciones del cura.

»Después de aquello despedí a todos los criados varones y los reemplacé por mujeres, y la que un día amó a un hombre empezó a odiarlos a todos, con un odio profundo y devorador. Unos meses después mi hijo nació y murió en el transcurso de una simple hora. Ana y yo misma le enterramos cerca de su padre y pusimos una cruz de mármol blanco sobre el sepulcro, aunque la tumba del hombre no tenía ninguna marca.

»Todo esto sucedió hace un año. Desde entonces he tenido seis huéspedes. Me cortejaron y me regalaron joyas. Yo les engañé con palabras dulces. A las pocas semanas me aburría del amante de turno y me deshacía de él. Me deshice de seis hombres, pero no los maté, simplemente quería venganza. Usted es diferente de los otros seis, un hombre bueno y amable, y estoy segura de que entenderá por qué hice lo que hice, y me juzgará con simpatía. Siento que tenga que irse tan pronto, pero antes de que se vaya le contaré el resto de la historia. Sé que no me traicionará y que le interesará mucho lo que va a ver.

Me llevó a una zona apartada del jardín, rodeada en tres de sus lados por unos altos árboles de cicuta y, en el otro, por un banco de mármol. A un lado del banco se erguía una pequeña cruz blanca. Se sentó en el banco, protegiéndose el rostro con la sombrilla.

—Siéntese a mi lado —dijo— y dígame lo que ve.

—Hierba y seis bolas de unos veinte centímetros de diámetro y separadas unos cuarenta centímetros entre sí. Las bolas parecen estar cubiertas de pelo.

Ella rió y se palmeó las manos.

—Una respuesta casi perfecta. Tan sólo ha errado en una cosa. Las bolas son cabezas; es todo lo que sobresale de la tierra de mis seis amantes. Llegaron, me hicieron el amor, me regalaron joyas y cuando me cansé de ellos los puse a dormir. Ana cavó un profundo agujero y los emplazamos dentro. Cuando despertaban podían

verme, oírme y hablar conmigo. Le sorprendería los insultos que me lanzaban. Un lenguaje tan soez que ninguna mujer respetable debería oír. Quería que vivieran todo lo posible, así que cada día les alimentaba y les daba vino. Por la noche les cubría con una manta pues no quería que se resfriaran. Para que sintieran que estaba cerca de ellos caminaba sobre sus cabezas durante todo el día. Le mostraré cómo lo hago.

Fue hasta un extremo de la hilera, puso un pie sobre la primera cabeza y comenzó a andar de una a otra, portando el parasol en una mano y tratando de mantener el equilibrio con la otra. Mientras andaba no paraba de reír. Luego regresó y se volvió a sentar a mi lado.

—Me llevó algún tiempo aprender eso —dijo—. Al principio me resbalaba y a lo mejor clavaba la punta de mis tacones en un ojo. Siempre lo sentía mucho cuando ocurría, ya que en realidad no quería lastimarlos. Además, cuando murieron ya no sentían dolor. Los pobrecitos están ahora todos muertos y mañana le diré a Ana que los cubra con un montón de estiércol y que plante violetas sobre ellos. Espero que ya no venga ningún otro hombre a herirme. Después de hacer tanto el amor una dama se cansa y quiere que la dejen sola.

»¿Qué piensa de mi historia, señor Johnson? Espero que no me eche una reprimenda, pues tan sólo soy una niña y eso me haría llorar.

—Jamás he escuchado ni leído una historia similar. No hay duda de que ha hecho lo que tenía que hacer. Creo que es hora de partir.

—Gracias por ser tan amable y comprensivo. Le acompañaré hasta el coche.

Caminamos sobre las losas de piedra y sus pequeños pies repiqueteaban y repiqueteaban. Cuando llegamos al coche le dio una patadita al guardabarros.

—Qué coche más bonito. Jamás he montado en uno. Debe de ser muy excitante.

—Permita que le dé una vuelta en él; quince kilómetros de ida y otros tantos de vuelta.

—Estoy segura de que me encantará.

La ayudé a subir al coche, di media vuelta y dirigí el automóvil hacia el puente con mucha lentitud pues deseaba tener tiempo para pensar. Pronto llegamos al paraje en el que la carretera se abría paso por entre una ladera escabrosa. A la izquierda la montaña se erguía casi horizontal mientras que a la derecha caía en un abrupto precipicio. A lo lejos, en el fondo, se levantaba una pequeña casita de cuya chimenea salía una ondulante columna de humo. No había quitamiedos.

—Qué vista más hermosa —dije—. Salgamos para disfrutar de ella. Seguro que aquella casa está habitada por campesinos.

Nos paramos al borde de la carretera.

—Eche su brazo a mi alrededor, señor Johnson. No me gustaría caerme. Conozco a la familia que habita aquella casita. Se trata de dos niños y sus padres. Les mando comida dos veces al año. Siempre he querido visitarles pero nunca lo he hecho.

La llevé al mismísimo borde de la carretera.

—¿Y por qué no les visitamos ahora? —sugerí—. No tardaremos casi nada en

llegar. Pero antes de bajar debo decirle algo que le interesará. Mi verdadero nombre es Morgan y no Johnson. Uno de los hombres que usted ha enterrado es mi hermano.

Le di un pequeño empujón y me quedé mirando cómo caía, rebotando de roca en roca como un balón de goma. La última vez que la vi seguía llevando en la mano la sombrilla de seda.

De vuelta en Madrid hablé con el embajador.

—Estuve una hora con la condesa —le dije—. Su jardín era muy hermoso. Aquí tiene un mapa de una parte de él. Creo que si va allí con algún policía español sabrá lo que le ocurrió a mi hermano y a los otros cinco hombres. Permaneceré en Madrid hasta su regreso. La condesa es una dama muy hermosa y amable. Cuando la dejé iba a visitar a una familia de campesinos, la mujer, su esposo y dos niños. Muchas veces les ha mandado comida y quería conocer a los pequeños.

David H. Keller M. D.
Acabado en Underwood,
Octubre de 1962

# EDGAR HOFFMAN PRICE

# [1898-1988]

Varios historiadores de las revistas *pulp* han señalado que E. Hoffman Price prostituyó su talento al escribir demasiados cuentos genéricos para revistas *pulp* de ínfima calidad como *Horror* y las del grupo *Spicy*, que se centraban en el «gore» y bordeaban el voyeurismo. También dicen que Price debería haber hecho un mayor esfuerzo para desarrollar su talento como escritor de cuentos de aventuras y literatura policíaca.

Las críticas positivas sobre lo que un autor debería o no haber escrito siempre son buenas, pero tienen poca sustancia y valor si no se basan en el conocimiento de las circunstancias personales y de las prioridades que le motivaron a escribir en primer lugar.

En el caso de E. Hoffman Price, su afición a la escritura comenzó como un *hobby*. Su verdadera ambición era seguir la carrera militar. Durante la Primera Guerra Mundial sirvió como soldado de caballería en el Decimoquinto Regimiento de los Estados Unidos, prestando sus servicios en Filipinas y Francia, y siendo ascendido al rango de teniente del Cuerpo de Artillería Costera. Superó los exámenes de ingreso para la escuela de oficiales y fue admitido en la Academia Militar de West Point, Nueva York. Sin embargo, tras graduarse en 1923, descubrió que había muy pocas posibilidades de hacer carrera militar ahora que la guerra había terminado.

Se despidió de su cargo y entró a trabajar como capataz de una planta química de Union Carbide cerca de Nueva Orleans, Luisiana. Allí no había mucho que hacer, incluso menos durante las horas nocturnas de aquella atrasada región, excepto leer en la pequeña habitación que había alquilado. Un día compró una máquina de escribir y empezó a escribir relatos para distraerse. En 1924 vendió su primer relato a *Droll Stories*, un cuento titulado «Triangle with Variations». Siguieron algunas más que le ayudaron a completar su magro salario. Pronto sus miras se dirigieron a las numerosas revistas *pulp* que proliferaban en aquellos momentos y, como tantos otros, aprendió el arte de su trabajo reescribiendo y corrigiendo los numerosos manuscritos que le eran devueltos.

A finales de 1924 se produjo un avance importantísimo al aceptar Farnsworth Wright para el número de enero de 1925 de *Weird Tales* su relato «The Rajah's Gift». Price continuó escribiendo a tiempo parcial durante los siguientes ocho años, creándose una pequeña reputación entre los lectores de *Weird Tales* y de otras revistas *pulp*, hasta que perdió su trabajo durante los negros días de la Gran Depresión. Sin ninguna otra opción de trabajar, y encarando un incierto futuro, Price se vio

empujado al precario mundo laboral del escritor a tiempo completo.

Es muy probable que Price hubiese llevado a cabo este cambio sin los condicionantes que lo hicieron necesario. Había descubierto que le gustaba la estimulación mental que le proporcionaba el hecho de escribir y encontrarse con otros escritores durante sus viajes de vacaciones a Chicago para hablar con el editor Farnsworth Wright. Allí se vio con Jack Williamson y Edmond Hamilton mientras viajaban de un lado a otro del país en busca de mejores oportunidades, con el ilustrador *pulp* Hugh Rankin, con el escritor Robert Carr y con Otis Adelbert Kline, un empresario y escritor de relatos de fantasía y ciencia ficción a tiempo parcial que más tarde llegaría a convertirse en un famoso agente literario de Nueva York, y con quien colaboraría en tres cuentos. En Nueva Orleans había entrado en contacto con W. K. Mashburn (alias, Kirk Mashburn). Comenzó una prolífica correspondencia con H. P. Lovecraft, quien le presentó a August Derleth, Clark Ashton Smith, Seabury Quinn y Robert Barlow. Ser un escritor a tiempo completo también significaba no estar atado a ningún trabajo fijo, y como el automovilismo era uno de sus *hobbies*, dispuso de la libertad suficiente para viajar a donde le apeteciera, y de tal manera se dedicó a visitar al numeroso círculo de escritores con los que había entrado en contacto.

Price no tenía grandes ambiciones por llegar a ser un escritor famoso. Escribía literatura de entretenimiento para mantenerse a sí mismo y a su familia, y se amoldaba a lo que los editores le demandaban, ya fueran historias de policías, misterio, horror, fantasía, ciencia ficción o del oeste. Tuvo un éxito relativo porque era bastante prolífico, produciendo alrededor de un total de 500 relatos y novelas cortas en el espacio de 20 años. Sabía que una parte importante de su obra no era más que material de relleno, pero algunos de sus cuentos son memorables gracias a su habilidad para crear personajes extraños, paisajes exóticos, tramas y contenidos estrafalarios, y una gran facilidad para el diálogo escrito. Con frecuencia sus relatos están impregnados de un humor negro y sardónico que indican que Price jamás se tomó muy en serio a sí mismo ni al mundo que le rodeaba.

Al final de sus días empezó a registrar en papel sus memorias acerca de los encuentros y la amistad que había desarrollado con muchos de sus colegas escritores de las revistas *pulp*. Había conservado escrupulosamente todas sus cartas, había hecho copias al carboncillo de sus propias contestaciones y registrado en varios diarios todos aquellos encuentros. Su libro de memorias, que se publicará en breve, sobre las vidas y la época de aquellos escritores, es una obra histórica y fascinante que eclipsa a cualquier otro libro editado sobre los días dorados de la narrativa de imaginación americana.

Incluso es aún más rica la información que existe en las cartas que escribió a sus contemporáneos. Llenas de opiniones y a veces escritas en un gracioso tono de riña, rebosan de detalles fascinantes sobre su vida nómada y los sucesos que influyeron en las vidas de los que conocía. De igual importancia, proporcionan una idea muy real

de los sufrimientos y decepciones que conlleva la vida del narrador, detalles únicos acerca de las revistas para las que escribió y los buenos y malos editores que eran una parte de la cultura popular americana.

Las cartas de Price con frecuencia están teñidas de una especie de humor cáustico que recuerda al de H. L. Mencken. En un intercambio de cartas con Derleth, en el que ambos hombres discrepan sobre algún comentario que W. Paul Cook había escrito sobre H. P. Lovecraft, Price se inclinaba más hacia las críticas de Cook y envió esta divertida nota a Derleth el 31 de mayo de 1945:

«En cuanto a las obras publicadas de HPL: las valoro, sin ajustarme para nada a su valor literario o la carencia de él, simplemente porque conocía a HPL y le estimaba como persona. Me es indiferente si *Las ratas en las paredes* o *El extraño* son o no son paparruchas. HPL escribió varias piezas que, de acuerdo a mis gustos, podrían perfectamente no haber sido escritas nunca; pero mi gusto es un criterio que sólo puede ser aplicado a mí mismo, y esas pocas piezas que menosprecio bien podrían ser del agrado de otros lectores. Eso no lo discuto.

»La crítica es, y tiene que ser, la expresión de lo que piensa un crítico sobre una determinada obra. Es muy parecido a las preferencias de ambos con respecto a las mujeres: yo adoro a mis plúmbeas rubias y tú a tus larguiruchas pelirrojas. Ambos tenemos razón. El único espacio para el conflicto en cuanto a la validez de mis preferencias con respecto a las tuyas podría venir si a uno de nosotros le gustaran las bizcas, o las de pies deformes, o las que sólo tienen un brazo (¿y quién puede explicar los gustos de cada uno?), intentando convencer al otro de que esos defectos no sólo son fascinantes, sino armoniosos y simétricos estructuralmente hablando. Justo entonces, la validez del gusto dejaría de ser legítima. Está claro que lo incompleto, lo deforme, lo retorcido *no* está completo ni equilibrado. Pero es más difícil aplicar este ejemplo a la literatura. Así que, como un observador imparcial (aunque interesado) dudo que haya una buena causa para esa violenta discusión entre tú y Cook por el simple hecho de expresar diferentes gustos y opiniones».

Se estima que Price escribió millones de palabras en sus cartas. Sólo un pequeño porcentaje de su voluminosa correspondencia ha sido archivado, sobre todo las cartas a H. P. Lovecraft, Clark Ashton Smith, August Derleth, Carl Jacobi y Jack Williamson. Nos es completamente desconocida la cantidad de cartas que podrían haber sobrevivido en colecciones particulares y en manos de sus propios familiares. Otras misivas y copias al carboncillo que seguramente se han perdido o destruido podrían completar un número tan vasto que es imposible de evaluar. Si estuvieran accesibles a los investigadores, serían suficientes por sí solas para escribir un gran número de biografías y estudios críticos. Price dejó una autobiografía titulada *Trooper of the 15th Horse*. Sería muy bueno que algún día llegara a editarse. También debería publicarse al menos un volumen con las cartas escogidas de Price. Y existen rumores de que Price estaba trabajando en otras memorias acerca de sus experiencias como narrador y el significado de escribir para las revistas *pulp*. El título previsto era:

*Worm's Eye View: The Pulp World*. No puedo confirmar si el libro está acabado. Price también dejó otras obras inéditas: una novela del Oeste, una de policías y otra que es una aproximación al barrio chino de la ciudad de San Francisco, titulada *Foreign Devil in Chinatown*.

Price fue miembro de la honorable fraternidad de las urracas cuando se redactaron sus estatutos, y siempre reconoció el futuro valor histórico de las cartas que había recibido de H. P. Lovecraft. Donó estos originales (y las copias al carbón de sus respuestas) a la Biblioteca John Hay de la Brown University. Allí fueron microfilmados y distribuidos a otras tres bibliotecas universitarias. De igual importancia, Price ayudó a Derleth y Donald Wandrei a rescatar y preservar otros cientos de cartas de Lovecraft que, de otra manera, habrían ido a parar a la basura. También fue el responsable de la salvación de las cartas que nos han quedado de Robert E. Howard, así como de los manuscritos y cuadernos de notas que le entregó el padre del joven.

E. Hoffman Price dejó de escribir cuando la industria de las revistas *pulp* empezó a disolverse a principios de los años cincuenta. Se reincorporó al mundo de los asalariados gracias a su habilidad como fotógrafo y técnico de microfilm. Aunque proclamaba que se alegraba mucho de haber dejado el mundillo de la escritura, siempre se lamentó de la desaparición de las revistas *pulp* y de los viejos días. Siguió carteándose con sus antiguos colegas, encontrándose con ellos cuando se acercaban a la zona de San Francisco y procurando llevarles, siempre alegremente, al encuentro de otros miembros que pertenecían a la hermandad de narradores de imaginación locales.

Estos recuerdos y amistades eran más importantes para Price que todos los cuentos que había escrito, y siempre los revivía una y otra vez, incluso en los últimos años de su vida siguió zigzagueando en su coche por el país al encuentro de aquellos viejos amigos. Durante estos viajes hizo miles de fotografías. Lo que fue de ellas, y de los negativos, es otro misterio insondable.

A la edad de 79 años, ya retirado pero mentalmente tan despierto como siempre, E. Hoffman Price volvió a la carga: reanudó su carrera de escritor, produciendo seis novelas en tan sólo siete años. La primera, *The Devil Wives of Li Po*, llamó la atención de Lester del Rey, por aquel entonces la cabeza visible de la división Del Rey Books de la editorial Ballantine. Del Rey se acordaba de haber leído los relatos de Price en las revistas *pulp* cuando era un muchacho. Se arriesgó y publicó *Devil Wives* en 1979. Animado por el éxito, Del Rey sacó la segunda novela de fantasía de Price, *The Jade Enchantress*, y luego cuatro *space-operas* en una serie cuyo título era *Operation Misfit*. Más tarde Del Rey diría que los libros de Price no sólo cubrieron el dinero adelantado a su autor, sino que se vendieron mucho más de lo que él esperaba. Varias fueron reeditadas por segunda vez.

La primera colección de relatos de Price consistía principalmente en una selección de cuentos de sus años de *Weird Tales* y fue editada por Arkham House en

1967 con el título de *Strange Gateways*. Al igual que con muchos otros editados por aquella época, los planes de publicación de la obra se comenzaron a discutir mucho antes. Este retraso jamás hizo que Price se preocupara demasiado; entendía perfectamente las razones y lo que Derleth quería decir al afirmar: «Trabajo 18 horas al día escribiendo unas estupideces vergonzosas para que Arkham House no se hunda económicamente». Price también había escrito su propia sarta de estupideces. Su término para describirlas, sin embargo, era un poco menos elegante.

Ambos se encontraron por fin en 1963, treinta y dos años después de haber comenzado a cartearse. Price y su esposa Loriana hacían escala en Chicago durante uno de sus periódicos viajes a través del país y aprovecharon la oportunidad para cubrir las tres horas que les separaban de Sauk City, Wisconsin. Volvieron a visitarle en 1969, y en esta ocasión se quedaron varios días.

La vida de Price fue bastante pintoresca. Admitía que le encantaban la belleza y las mujeres exóticas, y adoraba los licores extraños que siempre bebía con moderación. No fue un lector demasiado ávido, excepto de los libros de viajes e historia, y de los que trataban de la religión y la filosofía oriental, que le interesaban enormemente. Decía que casi nunca leía las revistas *pulp*. En casa siempre vestía túnicas orientales, a veces un fez, y fumaba en pipas de agua turca cuando le apetecía. También coleccionaba alfombras orientales que con frecuencia describía en sus relatos.

Fue durante largo tiempo un budista no confesional, afiliado a varios grupos budistas de China, Japón y Corea, y también estuvo afiliado a varios grupos taoístas debido a su prolongado interés por la filosofía asiática. Siempre admitió haber sido un excéntrico y un egotista, y disfrutaba de la compañía de todos los que estaban cortados por el mismo patrón.

Aunque Price con frecuencia decía sentirse alegre por haber abandonado el barullo de los *pulp*, como él siempre lo llamaba, también es cierto que lo echó de menos. De cuando en cuando escribía pequeñas piezas sobre los escritores que conocía para los *fanzines pulp*. De esta manera llegó a ser una especie de figura de culto entre los coleccionistas de fantasía y los fanáticos de las revistas *pulp*, por los que Price pronto empezó a sentir una profunda aversión. También le sentaba muy mal que afirmaran que, por el mero hecho de haber escrito para *Weird Tales*, ya no era más que otro escritor a la manera de Lovecraft.

Nada más lejos de la verdad. Tan sólo escribió 24 relatos para *Weird Tales*, y la mitad de ellos se publicaron antes de que Lovecraft y él entraran en contacto. En esa revista se publicaron otros tres cuentos de fantasía sobrenatural que Price había escrito en colaboración con Otis Adelbert Kline, y otro en colaboración con Lovecraft, titulado «A través de las puertas de la llave de plata». La mayor parte de la obra de Price se centraba en las historias de crímenes y aventuras.

Edgar Hoffman Price siguió escribiendo hasta que le sorprendió la muerte el 18 de junio de 1988. Como su hijo J. Dan Price hacía constar en una carta abierta a sus

amigos escrita el 7 de julio: «Murió, pero no sin antes vivir: soldado, escritor, astrólogo, estudioso, fotógrafo, filósofo, viajero, gourmet, amigo leal. ¡Acumuló más vivencias en sus 90 años de vida que la mayoría si viviesen 120!… Hablamos por teléfono a la una de la tarde, y quedamos para tomarnos un coñac a las cuatro, sobreentendiendo que la puerta estaría abierta para no molestarle en el caso de que estuviese echándose una siesta. Cuando entré en su estudio diez minutos más tarde contemplé una escena que sólo podía haber sido dispuesta por el escritor entregado y gran amigo que él era:

»Sobre la mesa del café había una botella de coñac Grand Fine, otra del excelente Armagnac y otra de un brandy corriente de California de los que se usan para cocinar; allí estaba mi copa. Con todo aquello se resumía nuestra búsqueda científica e intelectual de los diferentes grados de destilación de los licores de Francia y América, una actividad que jugó un papel muy importante en la colección completa de 42 años de encuentros.

»Edgar estaba sobre la mesa de trabajo, un poco inclinado hacia delante, con las manos sobre el brillante monitor que emitía reflejos, unas palabras destacaban perfectamente centradas en la pantalla:

“Adiós, amigos”».

Como graduado por West Point, Edgar Hoffman Price fue enterrado con todos los honores militares el viernes 24 de junio de 1988, en el Skylawn Memorial Park, San Mateo, California.

# AMANTE DESDE LA TUMBA

# EDGAR HOFFMAN PRICE

## Capítulo Uno
## MANOS DE MOMIA

Había pasado varios años exhumando cuerpos, pero allí parado, a cubierto del ardiente sol egipcio, y al encontrarse uno en el suelo de su oficina, Howard Fenwick no pudo evitar retroceder hacia el umbral.

Su padre yacía al lado de la larga mesa en la que habían extendido los mapas de la zona arqueológica de Saqqara. Su rostro, habitualmente rubicundo, tenía un color violáceo; la boca estaba entreabierta y la lengua asomaba por ella, tenía los ojos desorbitados y miraban las vigas y juncos que sostenían el techo de barro. Había sido estrangulado hacía unas horas, mientras su hijo se encontraba en El Cairo; el enfermizo zumbido de las moscas que revoloteaban alrededor del cuerpo corroboraba aquella suposición. Pero ese zumbido no podía penetrar el estruendo que bullía en los oídos de Howard Fenwick.

Topó con la jamba de la puerta mientras retrocedía. Se pasó la lengua por sus secos labios, parpadeó, habló con voz ronca:

—Maldita sea… es imposible… Papá… qué ha sucedido… qué…

Pero era más que posible, lo era tanto que Fenwick no podía ni maldecir bajo aquel sol ardiente. Las manos de su padre muerto aún agarraban las muñecas del estrangulador, en un intento por romper el abrazo de los dedos que habían cortado su respiración. Eran los brazos de una momia, ennegrecidos y ásperos, con tiras de vendajes andrajosos y oscurecidos por el tiempo colgando aún de la apergaminada piel.

Un hombre muerto había asesinado al más viejo de los Fenwick. Un hombre enterrado cuarenta siglos atrás había venido a vengarse de la intromisión sacrílega de los arqueólogos. El suelo estaba cubierto con tiras de vendas y especias de embalsamar. El estómago de Howard Fenwick se revolvió al imaginarse los esfuerzos de su padre por evitar a la muerte. Seguramente había forcejeado con aquel cuerpo animado por todo el suelo. Una de sus piernas aún permanecía doblada hacia arriba, como si hubiera intentado alejar a la momia, arrancando de esta forma los horribles brazos de su asaltante. De los amarillentos huesos aún colgaban trozos de carne marchita y arrugada.

Fenwick se sentía incapaz de gritar ni pensar correctamente. Tan sólo la jamba de la puerta le mantenía en pie. Permaneció allí, contemplando la pavorosa evidencia que se calentaba bajo la luz del sol que entraba a través de la ventana que había en la pared de enfrente. Quería avanzar, apartar aquellas espeluznantes manos del cuello de su padre, pero no podía. De sus labios aún surgía un murmullo de negación ante la cosa que yacía delante de sus ojos.

—Es imposible… no puede suceder algo así… no puede…

Luego empezó a reaccionar. Fenwick se forzó a sí mismo a calmarse. Miró lo que tenía delante. La ligera camisa tropical que llevaba su padre estaba rota, la chaqueta color crema llena de manchas de tierra y las punteras de los zapatos arañadas por la refriega. El chaleco estaba roto. Una de las sillas se encontraba tirada en el piso y por todo el suelo había marcas de pies…

El joven Fenwick aún se sentía enfermo y débil, pero poco a poco iba controlando sus emociones. Un hombre no debe dejarse dominar por ellas, no en Egipto, donde el ardiente sol y su voz susurrante minan el cuerpo y la mente de los extranjeros. Los americanos no se dejaban asustar por las supersticiones insanas que acosan a los nativos, convirtiéndoles en bestias. Fenwick se arrodilló y meditó sobre el siguiente hecho: que dos manos habían cortado la respiración de su padre.

—La muerte —razonó— no quiere decir que no tengan el poder para moverse. Fuera lo que fuese que atacó a mi padre, podía moverse con plena libertad. Y lo hizo. Lo cual quiere decir que no estaba muerto. Era algo vivo. Alguien que está vivo puso las manos de la momia en el cuello de mi padre después del crimen.

Hablaba en voz alta. Su voz le tranquilizaba. Se levantó y se sacudió el polvo de las rodillas con cuidado.

—¡Se trata de una maldita y macabra trampa! —Habló con una calma deliberada. No existían otras palabras para describir un asesinato tan morboso—. ¿Por qué se tomaría tantas molestias? Para asustar a los vivos. Eso podría hacer que mis árabes se sublevaran. Un motín. Negarse a cavar.

Creyendo haber encontrado el motivo, Fenwick dejó de pensar. Contuvo las lágrimas mientras contemplaba el cuerpo de aquel hombre bondadoso.

—Padre —dijo—, les cogeré. Aunque sea lo último que haga en mi vida.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podría arreglar este macabro asunto que llenaba de horror todos y cada uno de los rincones de su cerebro?

Se giró, con la intención de coger el coche y acercarse a la aldea para que el cabecilla, Shaykh Ismail, lo notificara a las autoridades de El Cairo.

Entonces vio la sombra que se acercaba lentamente a una puerta interior que comunicaba con la habitación. Se trataba de la silueta de una mujer que se dibujaba sobre la pared encalada. Pudo ver la forma del pecho, redondeado y firme, el contorno de la barbilla, el arco altivo de una nariz aquilina, y llevaba la alta corona doble del antiguo Egipto con el *aureus* mortal dispuesto para ser usado. Todo ello presagiaba a una mujer de la familia real y los Fenwick habían estado buscando la

tumba de una reina. Sus delgadas manos aparecieron formando un gesto que ya había visto pintado en las paredes de los mausoleos, un gesto de imprecación, la llamada sorda de lo condenado.

No había lugar para el error. Su larga familiaridad con el arte egipcio y sus propias convicciones no dejaban duda de que aquella aparición estaba invocando una maldición. Y aquel gesto borró por completo de la mente de Fenwick la cordura que tanto le había costado recuperar, dejando en su lugar todas las murmuraciones que había oído de boca de los supersticiosos trabajadores mientras supervisaba su trabajo. Poco a poco, día tras día, se había ido endureciendo contra aquellas morbosas tradiciones, aquellas historias acerca de las terribles maldiciones que caían sobre los profanadores de tumbas, sobre muertes extrañas, desapariciones, seres monstruosos que moraban en el interior de la tierra en compañía de los muertos, y que salían de noche para caer sobre los vivos.

Nadie puede olvidar por completo lo que antes ha oído, simplemente cree que lo ha olvidado. Y todas esas cosas, esas cosas insanas e intangibles, estaban evocadas en aquel gesto sombrío, desfilaban ante él, nublaban su razón, hacían perder el juicio a un hombre ya de por sí atormentado por la pena y el horror.

Desapareció con la misma rapidez con la que se hizo presente. No como algo que se mueve hasta desaparecer sino como una presencia que se desvanece de pronto, total e instantáneamente.

Un chillido salió bruscamente de los labios grises de Howard Fenwick. No se acordó del coche que estaba aparcado al lado de la achaparrada edificación. Corrió con la cabeza descubierta hacia la aldea, rodeado por campos desiertos. No se paró ni un momento a pensar; tenía que seguir moviéndose, no fuera que su rugiente cerebro acabara por estallar.

Las negras manos que se enroscaban en el cuello de su padre parecían estar ahora alrededor del suyo, y la sombra de aquellas manos que se elevaban en una maldición final emborronaban la luz del desierto, oscureciendo el camino. Fenwick tropezó, cayendo sobre la ardiente arena.

Las poderosas manos lo agarraron. Se retorció, pateó, luchó contra lo que intentaba tirar de su pie, pero finalmente una voz tranquila se abrió paso entre la histeria. Pudo darse cuenta de que media docena de árabes, atraídos por sus gritos, habían dejado el trabajo y acudían en su ayuda. El caudillo de la aldea, Shaykh Ismail, estaba diciendo:

—Las prisas son malas, *sahib*. No es bueno andar descubierto bajo este sol.

La voz calmosa y sonora del árabe hizo que Fenwick recuperara sus sentidos. Se sintió como un idiota, un loco. Había salido corriendo de un lugar en la sombra, había salido al exterior sin protegerse la cabeza, lo peor que podía hacer a los ojos de los nativos, mucho peor incluso que salir completamente desnudo.

Ismael se acarició su negra barba, contemplando al americano con inquietud. Hizo un gesto a los trabajadores para que se dispersaran. Fewick, el blanco que había

mancillado la dignidad que la tradición prescribía, balbuceó una explicación:

—Mi padre. Muerto. Un ladrón le ha matado. Ve a El Cairo a avisar a la policía.

La expresión de Ismail cambió. La muerte de un padre o de un pariente cercano no sólo permite sino que demanda demostraciones de gran pena. Un árabe se habría quitado el turbante de la cabeza y lo habría arrojado a la arena. La explicación de Fenwick había restituido el aprecio de Shaykh, de cuyo buen juicio dependía la expedición.

—*Sahib* —Ismail expresó sus condolencias—, ¡Alá siempre hace lo que considera oportuno! ¡No existe otro poder ni otra majestad más que Alá! Pero lo mejor es que usted mismo vaya a El Cairo.

Sin duda lo era; pero Fenwick aún estaba luchando con los miedos que le habían paralizado. Tenía que volver a aquella casucha maldita y encarar lo que contenía. Todas aquellas tradiciones y supersticiones durante tanto tiempo negadas habían hecho presa en él, alarmándole y encorajinándole a la vez. Había una respuesta racional, alguien había urdido una venganza macabra, la venganza de alguien que había ido acumulando su odio contra el viejo arqueólogo. Fenwick necesitaba saber la respuesta o, de otra manera, la grotesca imagen del hombre estrangulado por las manos de una momia acabaría por hacerle perder el juicio.

—Ve tú, Ismail —ordenó Fenwick con firmeza—. Yo esperaré. Es lo correcto. Yo, mi familiar muerto y mi pena permaneceremos bajo el mismo techo.

—Está bien, *sahib* —asintió el árabe—. Usted es un hombre valiente. Como su padre. Les advertí sobre la búsqueda de la tumba de la reina Nefertiti. Ella no es como cualquier otro muerto. El tiempo de su resurrección está cerca y su espíritu camina bajo la luz de la luna, buscando un amante con cuyos besos podrá revivir su carne marchita. Y si los ladrones asesinaron a su padre, entonces es una maldición de los que duermen en sus tumbas.

—¡Tú, hombre supersticioso! —gruñó Fenwick en árabe—. ¡Padre de la locura!

El árabe se encogió de hombros.

—Sabemos todas esas cosas gracias a nuestros hermanos coptos cuyos antepasados reinaron en estas tierras. Se lo aviso, si su tumba es profanada, ella no podrá resucitar su cuerpo.

Estas palabras eran un eco de lo que los trabajadores murmuraban continuamente, trabajadores que ya se habían amotinado varias veces, retrasando las obras de prospección.

—¡Cállate! —cortó Fenwick—. ¡Si los hombres te oyen repetir ese cuento jamás podré organizarles de nuevo!

Se dio la vuelta lleno de ira. Y antes de que Fenwick ni tan siquiera pudiera pensar en pedir al árabe que le ayudara a mover el cuerpo de su padre, Ismail desapareció sin querer oír nada más.

Fenwick se dijo a sí mismo que aquella extraña sombra en la pared había sido causada por alguna muchacha nativa que rondaba por la parte trasera de la caseta, y

que la silueta distorsionada de la corona que había visto sobre su cabeza podría haber sido la de una simple jarra de agua que se balanceaba mientras andaba.

Se obligó a sí mismo a tapar el cuerpo con una sábana. Una vez hecho llevó los demás restos a un catre que había en el estudio. Pero se sintió feliz de que la ley prohibiese quitar aquellas manos muertas que aún persistían en su abrazo mortal.

Fenwick se dejó caer en una silla y se sirvió un vaso de whisky. Luego se levantó con las piernas temblorosas y se acercó a la mesa de su padre.

El polvo de Egipto supuraba de las vendas de la momia, estaba mezclado con la carne desmenuzada que el viento levantaba, como si soplara entre las tumbas desmoronadas. Egipto era un gigantesco cadáver; los árabes y los arqueólogos no eran más que gusanos que se arrastraban sobre él y hurgaban su carne putrefacta. Siempre había sentido que algo muerto moraba en esta negra tierra, algo que florecía y terminaba por devorar a la humanidad desde incontables generaciones. Su padre siempre se mofaba de esas sensaciones.

Fenwick rebuscó sobre la mesa. Tenía que saber los detalles de todo aquel asunto, de manera que pudiera tratar con Eustace Beggs, el inspector de antigüedades británico. Beggs supervisaba el trabajo de todos los arqueólogos, permitiendo o denegando la exportación de sus descubrimientos.

Encontró un sobre dirigido a él. La página mecanografiada comenzaba: «La sociedad arqueológica cree que estoy loco». Se trataba de una vieja historia; durante varios años se habían burlado del mayor de los Fenwick tras la publicación de una nota en la que se intentaba probar la existencia de la momia de la reina Nefertiti. Fenwick pasó por alto los argumentos reiterativos que tantas veces había oído. La carta finalizaba de la siguiente manera: «Así que, si nada me ocurre, la llevaré y probaré que no eres el hijo de un loco. Para estar seguro de que lo harás he puesto todo mi capital en un fondo que no podrás tocar para ninguna otra cosa hasta que no encuentres la tumba de Nefertiti».

Pero fue la posdata, escrita de igual manera, lo que más impactó a Fenwick. Las palabras parecían bailar ante sus ojos mientras leía: «*No prestes atención a los tambores. Ignora a Nefertiti si intenta hablar contigo. No puede hacerte daño. Ni tampoco los tambores. Jamás te he hablado de ello. Supongo que no la has oído ni visto. Ella me inquieta mucho, pero está realmente muerta. Debería saber que no puede resucitar en el mismo cuerpo. Le dije que parara la música, que no podía asustarme*».

El papel resbaló de las temblorosas manos de Fenwick. Se las sujetó con violencia mientras una brisa vagabunda las acariciaba. ¡Así que su padre *había* visto y oído cosas de las que nadie tenía conocimiento! Eso explicaba sus taciturnos silencios, sus ataques de ira, aquel temperamento irracional que había hecho que los árabes trabajaran con desgana.

Fenwick tenía que resolver el acertijo, probar que no era el hijo de un hombre cuyo cerebro había sido trastornado por el sol. ¡La memoria de su padre tenía que ser

vindicada!

Se echó en el catre de campaña. Aquel extraño mensaje daba vueltas en su cerebro una y otra vez hasta que el cansancio le venció, borrando sus esfuerzos por intentar explicar unos hechos que no tenían explicación posible…

Al principio pensó que el golpe sordo provenía de su propio corazón. Pero cuando se irguió, temblando a causa del sudor que le cubría, supo que se trataba de tambores. Aquel vago e insistente latir era la voz del negro Egipto, cuyos muertos maldecían, susurraban y se levantaban a la búsqueda de los vivos. Fenwick se puso en pie, buscando enfebrecidamente unos fósforos. Encontró uno y lo encendió, acercando la llama a una vela. No quería esperar a prender la lámpara de gasóleo que había sobre la mesa.

Sus pies desnudos sentían la vibración que sacudía el suelo. Eso hizo que la llama de la vela se agitara y que las sienes de Fenwick se acomodaran a su cadencia. Cogió la escopeta.

—Son esos malditos árabes otra vez —musitó para sus adentros mientras se humedecía los labios—. Por Dios que les haré parar.

Trastabilló por la senda que ondulaba en dirección a la aldea. Ya no se oía ningún sonido. Estaba solo en medio del silencio y del frío mortal del desierto de Libia. Fenwick emitió un suspiro trémulo. Su alta figura parecía indefensa.

—No hay tambores en la aldea. Están en mi cabeza. Eso es todo. El sol me ha afectado. O quizás un poco de fiebre.

Eso tenía sentido.

¡Al infierno con los tambores! Se dio la vuelta para emprender el camino de regreso.

Un llanto espantoso le detuvo. Desde algún lugar cercano en medio de aquel enorme sepulcro le llegó la voz de una mujer, una voz repleta de ecos que parecía provenir de una cripta subterránea. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Se le puso carne de gallina y se le erizó el pelo de detrás de la nuca. En su mente se dibujó la figura de una mujer que gritaba mientras luchaba por deshacerse de los vendajes de embalsamar que le cubrían el rostro.

Se limpió el sudor de la frente.

—¡Un chacal! —se dijo a sí mismo—. Está cavando la tierra. Lo mismo que hacemos papá y yo.

Corrió de vuelta a la caseta. La llama vela se había apagado. La brisa vagabunda debía de haberla extinguido. Pero cuando Fenwick cruzó el umbral, sus exaltados nervios parecieron adormecerse. Quería gritar, pero no pudo. Tan sólo fue capaz de permanecer en pie y lamer con su lengua la dulzura venenosa que la brisa vagabunda había depositado sobre él.

Pudo descubrir el sabor del lino viejo y curtido, el de la mirra y la casia, y un olor a putrefacción que hacía unos minutos no estaba allí presente. Sabía que ya no estaba solo. Durante su ausencia, un invasor había venido de más allá del borde para

buscarle. Sus dedos se congelaron alrededor del cerrojo del rifle.

Una figura indeterminada apareció de entre las sombras y se perfiló de luz sobre el claro de luz de luna que entraba por la puerta. Se trataba de una mujer. Sus ropajes sin forma se inflaban a su espalda mientras se movía, revelando claramente unas curvas voluptuosas que ascendían y descendían bajo sus delicadas prendas.

A través de aquel frágil velo pudo ver unos pechos firmes, tan redondos como los capullos de un magnolio. Tan sólo se veía una sombra ondulada en la zona de su vientre, y la estrechez de su cintura contrastaba con la esbelta, aunque deliciosamente femenina, curva de sus caderas.

Según iba acercándose, el pulso de Fenwick aumentaba de ritmo, y no por causa del miedo; aquella muchacha tenía las formas de Hator, la diosa egipcia del amor. Pudo ver el estremecimiento de sus pechos, la firme curva de los muslos que se percibía a través de la falda transparente que se pegaba a sus piernas. Y sin embargo, esta criatura exquisita se parecía tanto a las pinturas de las tumbas que no podía estar viva; tenía el mentón, una nariz aguileña y una boca imperiosa como las de aquellos que llevan largo tiempo muertos y sólo pueden ser ya contemplados en las pinturas que adornan desmoronados templos. Aquel rostro entrevisto era el terror puro envuelto en un cuerpo hermoso. Y sin embargo lo más terrible era que sentía un irresistible deseo de estrechar aquella figura entre sus brazos.

—*Sahib* —susurró ella, ahora tan cercana a él que podía sentir la redondez de sus miembros y de su figura—, te llevaré al pasaje secreto que se abre ante la tumba de Nefertiti.

## Capítulo Dos
## LA TUMBA DE LA LUJURIA MORTAL

Su piel exhalaba el aroma del jazmín y el almizcle, y de su pelo emanaba el perfume del aceite que lo hacía brillar bajo la luz de la luna. Fenwick empezó a dejar de temblar. Puso el rifle a un lado. No podía tratarse de un fantasma; aquel calor que emanaba de su cuerpo y la firmeza del pecho que se aplastó unos instantes contra él antes de que ella se apartara… Aquella mujer estaba hecha para el amor.

—¿Quién eres? —tartamudeó.

—Malakah —murmuró ella—. Soy descendiente de la reina Nefertiti. Jamás encontrarás su tumba si no te digo dónde buscar. Pero yo te mostraré el camino.

La respiración de Fenwick era entrecortada. Ninguna de las curvas de Malakah tenía desperdicio. Incluso en aquella luz tenebrosa, su rostro era perturbador, de una palidez impactante.

—¿Dónde? Vamos. Ahora.

Malakah sonrió enigmáticamente.

—¿Me llevarás contigo a tu país cuando regreses? Llévame con el cuerpo de mi

antepasada, de manera que pueda hacer las ofrendas de la muerte, las ofrendas que demandan los ritos ancestrales. Esos árabes fanáticos sospechan de mí. Me lapidarían por visitar a los muertos.

¡Todo era tan lógico! En pocas palabras me explicó por que los árabes habían murmurado acerca del cuerpo de una mujer que se paseaba por las noches en busca de amantes. La belleza sobrenatural de Malakah había estimulado sus supersticiones; a lo mejor ella pretendía ahuyentarles de la tumba de sus antepasados. Los coptos del moderno Egipto eran descendientes directos de los faraones y sus creencias cristianas tan sólo son una máscara para encubrir su antigua fe.

A lo mejor algún árabe había visto a Malakah, así que ahora ella estaba en peligro del fanatismo musulmán. Era perfectamente lógico que solicitara la ayuda de un hombre blanco. Seguramente intentaría engañarle para que no pudiera descubrir la tumba de la reina embalsamada… pero ese problema lo encararía más adelante.

Los brazos de Malakah se deslizaron sobre él con un movimiento lento y sensual, más tentador que cualquier otra caricia más fuerte. A través del semitransparente camisón sintió las formas de un cuerpo que parecía hecho de una infinidad de llamas ardientes. El deseo le inundó; ella se rendía a sus besos, suspirando con éxtasis. De repente, sus brazos ansiosos abrazaban el vacío. Se dio la vuelta, justo para ver cómo su figura resplandecía en el umbral de la puerta. Se había quitado la túnica y sus piernas desnudas brillaban bajo la luz de la luna mientras se adentraba en el desierto. La prenda que había quedado en el suelo apenas dibujaba las curvas de su exquisito cuerpo.

Se deslizó rápidamente, como un fantasma en la noche, y pasó al lado de una pirámide semienterrada en la arena. Caminaba presurosa, como un espejismo, pero sus largas zancadas pronto le permitieron alcanzarla. Sofocada y riéndose a carcajadas, se detuvo en una hondonada en medio del torturado paisaje, pero Fenwick no tenía la menor idea de adónde le había llevado su persecución. Ya no sabía si la aldea estaba delante o atrás, o en uno de sus costados.

Fenwick se echó sobre ella, pero Malakah se escurrió con un movimiento de caderas. Sólo pudo abrazar el vacío, trastabilló y cayó de cabeza en una mohosa oscuridad. Los escalones cubiertos de desechos no le fueron de ninguna ayuda, pero finalmente cayó sobre la arena suave y tamizada.

Las tinieblas eran atravesadas por estrechos parches de luz de luna que se introducían entre las grietas del techo. Sobre las paredes pudo distinguir vagamente las figuras de unos dioses con cabeza de perro y de otras entidades sentadas en tronos que portaban la doble corona de Egipto. Fenwick supo que se hallaba en el interior de una tumba real, pero tuvo que hacer grandes esfuerzos para proseguir. Olía el perfume tenue de la decadencia. El polvo que se había levantado tras su caída era asfixiante, enfermizo, cargado del aroma de la carne putrefacta que, a la luz del día, había cobrado vida para estrangular a su padre.

Malakah, como si tuviera ojos de gato, le guió a través de la profunda oscuridad.

Ella sentía su miedo, que ni tan siquiera su presencia cercana y la sensualidad de su cuerpo podían aplacar.

—Éstos son mis muertos —murmuró a su oído—. Mi gente. No te maldecirán. Ya no puedo procurarles la comida que precisan, pues el día de su resurrección está cerca… ¡Malditos árabes!

Siguieron adentrándose en las tenebrosas profundidades. Malakah hablaba en voz baja, pero la estrechez de las paredes aumentaba su sonido y llegaba a sus oídos como el rugir de un trueno.

—Quizás sería mejor no perturbar el reposo de Nefertiti. Los árabes están acostumbrados a tus devaneos nocturnos. Así que podrías traerme aquí las cosas que necesito para su resurrección. Hay una vieja magia en este lugar; a lo mejor puedes quedarte aquí conmigo, en este hogar eterno que mis antepasados pronto abandonarán.

Aquella voz dulce de morbosa entonación heló la sangre en las venas de Fenwick. De nuevo pensó en los moradores de las tumbas, las criaturas medio humanas, medio bestias que encierran a los merodeadores en criptas solitarias y devoran su carne. Incluso en Estados Unidos había habido casos de canibalismo, una apetencia antinatural por la carne humana, un ansia que ningún otro alimento podía satisfacer. No se trataba de una superstición, sino de un hecho espantoso que durante el último año había aterrorizado a la policía de su país. En Egipto podría suceder lo mismo, o incluso peor; caníbales atávicos y rituales que se valían del miedo que suscitaban las tumbas para protegerse. ¡A lo mejor uno de ellos había asesinado a su padre! Fenwick estaba perdido en un laberinto subterráneo. No podía volver atrás.

—No tengas miedo —susurró la muchacha—. Nuestras tumbas son como nuestra casa. No son como las vuestras, que sirven para ocultar a los muertos de los que permanecen vivos. No tienes por qué estar conmigo, si no lo deseas. Puedes dejarme aquí sola, si…

Sus brazos se enroscaron alrededor de él, su esbelto cuerpo bloqueó el camino de huida. Los labios encontraron los de él en la oscuridad y Fenwick, instintivamente, la estrechó con más fuerza. El tacto de su carne sobre él, las curvas de su cuerpo presionando el suyo y los gemidos que ella soltaba, todo aquello hizo que Fenwick se reafirmara.

Los labios de Malakah besaban, no devoraban carne humana. Era una mujer normal, ardiente y apasionada, y su único misterio era el de la tierra en la que moraba. Los egipcios se referían a las tumbas como «hogares eternos». Su carne palpitante no le dejaba otro pensamiento que el de aceptar el amor que le ofrecía.

La acarició, y la apasionada respuesta llenó de fuego sus venas. Entonces, bruscamente, se deshizo del abrazo y jadeó.

—No deberíamos, no aquí… Ven, te enseñaré…

Fenwick prendió una cerilla. La luz trémula hizo resplandecer sus pechos palpitantes y medio desnudos. Tenía los ojos borrosos, los labios semiabiertos. Le

hacía señas en busca de su mano.

Pero por el rabillo del ojo pudo ver la pared. Sobre ella, tan nítidos como si hubieran sido dibujados ayer, había unos jeroglíficos con el sello real, el símbolo familiar de la reina Nefertiti. Aquélla era su tumba, la misma que los eruditos decían que había sido destruida, saqueada siglos atrás. Por un momento el triunfo y el reconocimiento de las vindicaciones de su padre hicieron que Fenwick se olvidara del deseo ardiente que aquella extraña muchacha le había inflamado.

Ella sonrió, con cierta tristeza, como si la molestara la competencia de los jeroglíficos. Luego dijo:

—Veo que puedes leerlos y entenderlos. Eres uno de nosotros. Créeme.

Luego le hizo una seña y Fenwick fue tras ella. La cogió por la cintura y se dirigieron al recinto en el cual ella no podía rechazarle nada. La misteriosa muerte de su padre era algo lejano e irreal. Algún trabajador contrariado que había sido azotado con demasiada frecuencia. Aquellas manos muertas habían sido una idea diabólica, pero podían explicarse.

Prendió otro fósforo. Malakah le miró con un brillo en los ojos lleno de promesas que hicieron temblar de excitación a Fenwick.

Pronto se encontraron en un recinto espacioso, de cara a un enorme sarcófago de color rojo. Habían quitado la tapa. Muy cerca, sobre el suelo, se encontraba el envoltorio de una momia que había sido abierto con gran habilidad. Estaba vacío, excepto por un montón de vendas de lino enredadas.

No había sido cortadas, sino *desenrolladas*. Y la máscara dorada, esculpida en la tapa del sarcófago en representación de su ocupante, heló a Fenwick hasta la médula. Se trataba de la imagen de Malakah. Se volvió y, a la luz de la cerilla, vio que los labios de ella se retorcían con la misma sonrisa críptica que destacaba en la imagen dorada.

Por vez primera se percató de que llevaba el místico *ushekh*, un collar que se ponía alrededor del cuello de las momias para darles el poder suficiente de volver a la vida cuando llegara la hora de la resurrección. Contempló el sarcófago vacío y a la mujer que lo miraba; intentó vencer el horror que crecía en su cerebro, pero no pudo.

La sonrisa de Malakah, la suave inclinación de su cabeza, le afirmaron que ella sabía la pregunta que no podía salir de sus labios.

—Por fin lo sabes —dijo—. Soy Nefertiti. Nefertiti y la muchacha copta son la misma persona. No tenía otra forma de traerte a su morada eterna. No pude engañar a tu padre, así que le maté. Pero tú, que compartes su secreto, vivirás con nosotros y lo preservarás.

Hizo aquel gesto simbólico que le había aterrado cuando lo vio por primera vez en su sombra. La belleza de Malakah se tornó cruel y triunfante. El fósforo se apagó. Su risa suave resonó en medio de la escalofriante oscuridad, convirtiéndose en una carcajada burlona que provocaba ecos en lejanas criptas.

Pero todo sonido fue engullido por el grito inarticulado y lleno de repugnancia de

Fenwick. Tras besar a una mujer que, después de treinta siglos de muerte, había salido del sepulcro sentía un veneno abrumador en sus labios; pero el saberse perdido en la morada de los muertos era peor. Corrió a ciegas en dirección a un débil rayo de luz que debía de provenir de la carcomida escalera. Intentaba decirse a sí mismo que todo era un truco, que Malakah estaba viva y Nefertiti muerta.

Pero las palabras escritas por su padre danzaban en letras de fuego delante de sus ojos y los ciegos aullidos de terror eran aplastados por unas voces aún más sonoras. Emitían un canto triunfal en un lenguaje antiguo y grandilocuente, la lengua sacra de los dioses y sacerdotes que le condenaban a la locura y la sed, ofreciendo su carne a los moradores de las tumbas. ¡El lugar bullía de unas presencias que no había visto antes! Estaban cerca. ¡Oía sus pasos!

Intentó agarrarse, pero las furtivas partículas de arena resbalaban entre sus dedos con mayor rapidez de la que podía emplear para subir. Ya no se sentía capaz de gritar ni de rezar, el polvo le sofocaba, el polvo de los muertos, el venenoso polvo de Egipto.

La cabeza de Fenwick era como una ola de rugiente fuego. Y, antes de que perdiese por completo la conciencia, escuchó la suave risa de la mujer y una voz susurrante que se deslizaba dentro de su mente:

—Ahora permanecerás aquí y me amarás, y no revelarás al mundo la situación de mi morada eterna…

El resplandeciente sol de Egipto y un terrible dolor de cabeza despertaron a Fenwick. Estaba tendido en el suelo de la caseta. El zumbido nauseabundo de las moscas le recordó que aún no había tapado por completo el cuerpo de su padre que descansaba en la otra habitación. Maldijo a Shaykh Ismail por su tardanza en notificar a los oficiales el grotesco crimen que había tenido lugar el día anterior.

Sabía que no podría encontrar el camino maldito que había seguido por el desierto la noche anterior. El viento habría borrado todas las huellas. Se dijo a sí mismo que Malakah tenía que ser una muchacha de la aldea y que se había golpeado la cabeza contra una pared de piedra en su precipitada huida del horror.

Pero si Malakah era una muchacha árabe, ¿por qué los aldeanos no habían saqueado la tumba tiempo atrás? Fenwick no pudo quitarse de encima la cada vez más firme convicción de haber estado intercambiando besos con una mujer muerta y que, por algún extraño motivo, había escapado a la venganza que acabó con su padre.

Por fin llegó la policía egipcia. Ismail les llevó a la caseta, y Eustace Beggs, el inspector de antigüedades, iba con ellos. De su delgado rostro sobresalía un gran mostacho de cuyos extremos tiraba constantemente, de tal manera que la cabeza estaba siempre inclinada hacia delante y tenía los hombros un poco cargados.

Después de oír las murmuraciones de los policías que habían destapado el cuerpo del más mayor de los Fenwick, dijo:

—Pero afirmo que es completamente imposible que una momia sea capaz de estrangular a un hombre.

Sin embargo, los oficiales de la policía no parecían tan escépticos. Asintieron lúgubremente cuando Shaykh Ismail dijo:

—¡Por Alá! Advertí a este hombre acerca de la búsqueda de su tumba. Está especialmente maldita.

Se negaron con vehemencia a tocar las manos marchitas que se cerraban en torno al cuello hinchado del padre de Fenwick. Eustace Beggs resopló y, tragándose su asco, con ciertas dificultades, quitó las manos de la momia.

—¿Puedo preguntar —añadió, después de que la policía se hubo llevado el cuerpo del viejo arqueólogo— cuáles son ahora tus planes?

—Voy a seguir —declaró Fenwick—. Cueste lo que cueste.

Beggs sacudió la cabeza.

—Mi querido amigo, está completamente equivocado. Nefertiti fue enterrada en Biban-ul-Molouk. Y esa tumba fue saqueada hace varios siglos.

—¡Está loco! —gritó Fenwick lleno de ira—. Seguramente usted nunca ha oído que muchas momias eran trasladadas a criptas secretas para prevenir los saqueos. Mi padre tenía pruebas…

—Sí, sí, claro —le tranquilizó Beggs—. Era un hombre de mucho talento, pero estaba un poco perdido en todo este asunto. Debería olvidar a Nefertiti.

Fenwick enrojeció y se puso muy furioso, conteniéndose a duras penas para no desvelar los increíbles sucesos de la noche anterior, pero sabía que, de hacerlo, acabaría internado en un manicomio. Cerró los puños y avanzó un paso.

—Como vuelva a decir eso…

Beggs retrocedió.

—No se lo tome así. Tan sólo pretendía…

—¡Váyase! Y no vuelva a aparecer a no ser que sea por algún asunto oficial —interrumpió Fenwick.

—Lo mejor sería —Beggs arrastraba las palabras— que pensase en esas dos manos de momia que… ah… se cerraban fuertemente sobre la garganta de su padre. Las momias ya no son tan abundantes como hace unos años cuando se las utilizaba para alimentar el fuego de las hogueras de los árabes. Y, escuche —su tono se hizo amenazador—, usted y su padre discutían con frecuencia. He oído…

—¡Chismorreos de los trabajadores! —gruñó Fenwick, pero se puso pálido ante aquella terrible sugerencia: ¡que él mismo podía haber asesinado a su padre!

—De cualquier manera —prosiguió Beggs, despectivo—, esas manos de momia delatan un descubrimiento que no ha sido declarado. Jamás pensé que su padre pudiera actuar tan mal en sus excavaciones, aunque no hubiera encontrado la verdadera tumba de Nefertiti.

Aquella frase fue la gota que colmaba el vaso, considerar al padre de Fenwick un ladrón que ocultaba ilegalmente sus descubrimientos. Una mano callosa y delgada

quitó de un guantazo el monóculo del pálido ojo de Beggs. Al mismo tiempo, el americano le golpeó con el puño cerrado, lanzándole a una esquina.

Beggs se incorporó dispuesto a luchar, pero la mayor envergadura de Fenwick prevaleció. El inspector salió despedido por la entrada y cayó sobre la arena del desierto.

—¡Fuera! —gritó Fenwick—. ¡Y no vuelva, a no ser por asuntos oficiales!

El chofer árabe de Beggs ayudó a su grogui patrón a entrar en el coche, que estaba aparcado bajo la sombra de las palmeras. Fenwick se dejó caer en la silla y se sirvió un vaso de whisky. Lo necesitaba. Ahora sus problemas se habían duplicado, además del terrible final de su padre y de su propia locura, ahora se enfrentaba también a la sospecha del parricidio. ¡Y todo gracias a Beggs!

¡Tenía que tranquilizarse! ¡Era preferible perder el honor de su padre! Egipto les había maldecido a ambos con la locura. Leyó la carta de su padre de nuevo y ahora sí entendió plenamente las alusiones sobre Nefertiti.

## Capítulo Tres
## LA SENDA DEL AMOR

La proximidad de la noche hizo que el miedo de Fenwick volviera a aumentar. Aún no quería irse, pues sabía que sería una especie de huida para evitar los interrogantes que rodeaban a la muerte de su padre. Pero tampoco se atrevía a quedarse, no con aquel resplandor demencial de la luna y con lo que el desierto podía depararle.

Encendió una lámpara y se mantuvo ocupado empaquetando. Cualquier actividad era preferible a estar quieto, esperando el sonido de aquellos tambores que habían sacudido el cerebro de su padre.

Cogió una carpeta que estaba llena de hojas de papel escritas a máquina. Maldijo y las arrojó a una esquina. Quemaría todas las pruebas antes de irse. Se acercó para recoger la carpeta. Al ver las hojas al descubierto se puso a temblar. Estaban fechadas el día después de la terrible muerte de su padre y contenían una descripción detallada de todos los increíbles y tenebrosos acontecimientos que habían tenido lugar. Estaban narrados en primera persona; ¡se había anticipado a los besos de Malakah!

—¡Yo no lo escribí! —jadeó—. ¿Cómo podría haberlo hecho?

Pero tenía que haber sido así. ¿Quién si no habría descrito el reflejo de la sombra en la pared, los engaños de Nefertiti, el descubrimiento de su tumba…? Respiraba con dificultad y le temblaban los dedos mientras iba pasando las páginas. Lo descrito encajaba a la perfección. Respiró profundamente; parecía estar hablando sobre la locura de otra persona cuando decidió:

—Lo escribí… cuando regresé de la tumba… antes de recuperar los sentidos. Algo hizo que me pusiera a escribir… lo mismo que con papá… sobre los

tambores… y Nefertiti…

Arrugó las hojas mientras derramaba el whisky sobre la mesa tras llenar el vaso hasta el borde. Necesita valor para soportar la espera, el redoble de los tambores, la visita de la mujer que sin duda llegaría esa noche. Era adorable. ¿Por qué no iba a vivir con ella en la tumba? Besar unos labios muertos no resultaba tan espantoso. Cualquiera podría acostumbrarse. Tan sólo hay que olvidar que las momias son seres horribles, marchitos… carne acartonada que emana el aroma de la lenta descomposición.

Y son diferentes cuando regresan a la vida. Cuando el místico *ushekh* les da fuerzas para poder desprender las vendas de sus cuerpos embalsamados por sí solas; vuelven a ser cuerpos puros, dulces y adorables, amantes apasionados dispuestos a compartir su morada eterna.

Se rió de aquella idea. Luego se dio cuenta de que se estaba clavando las uñas en las palmas de las manos con los puños fuertemente cerrados. Estaba perdiendo el juicio… El sudor empezó a resbalar sobre sus mejillas mientras luchaba desesperadamente contra la locura…

Luego se quedó quieto y su piel se erizó como el lomo de un caballo al ser picado por un tábano. Había un sonido de pasos en el umbral, un taconeo vago, indeciso, furtivo y sigiloso. Ella había vuelto.

Sus sentidos se embotaron. Sabía que no podía ocultarse ni negar a Nefertiti. Ni tan siquiera se corregiría a sí mismo llamándola Malakah. Trastabilló hasta la puerta, avanzando como un ser recientemente revivido y que aún no estaba habituado a su cuerpo. Se detuvo ante la puerta.

Una mujer estaba tendida a lo largo un poco hacia la izquierda de la entrada. Era blanca. La falda dejaba entrever unos muslos esbeltos y bien torneados. Fenwick, aliviado aunque perplejo, se arrodilló. Vio que tenía los zapatos sucios y que la blusa que dejaba ver su cuello y el comienzo de los pechos estaba desgarrada, dejando entrever atisbos de seda y piel blanca. Tenía la frente manchada y se tocaba la sien con una mano, como intentando soportar un dolor profundo.

La piedad conmovió a Fenwick. Como también lo hizo su rostro adorable y pálido enmarcado en una negra cabellera. Aquí, en medio de aquel endiablado desierto, existía alguien aún más desamparado que él mismo, alguien que necesitaba ayuda. La cogió en brazos y la llevó al camastro de campaña. Pero, mientras se volvía en busca del whisky para reanimarla, ella abrió los labios y le habló completamente desconcertada.

—¿Dónde estoy…? ¿Quién…? —Estaba perpleja, aturdida, y de nuevo hizo aquel vago gesto del templo.

El nombre de Fenwick no significaba nada para ella. Cuando le preguntó quién era, gimió:

—No lo sé. No me mire así… No estoy loca… Tan sólo no puedo recordar… No puedo recordar nada… Estoy perdida… terriblemente perdida…

Algún acompañante sin alma, pensó Fenwick, debía de haberla arrojado del coche en la carretera de Fayyum, que se dirige hacia el sur, adentrándose en el desierto, a unos ocho kilómetros al Oeste de la necrópolis. Pero ella no podía pensar ni recordar nada, ni había forma de que recuperase la memoria. Finalmente, decidió ponerle un nombre. Fenwick dijo:

—De momento, la llamaré Miss Amnesia.

Ella forzó una sonrisa desvaída y contestó:

—Al menos es preferible a no tener ninguno.

Fenwick comenzaba a olvidar su inminente locura. Amnesia había perdido el bolso, así que sugirió:

—¿Tiene algún objeto en el que vengan sus iniciales? ¿Cualquier cosa?

Los ojos azules de Amnesia se entrecerraron.

—Ahora que lo dice… —Se levantó un poco la falda y mostró el broche de una liga que brilló sobre su blanco muslo a la luz de la luna. Sus torneadas piernas eran tan hermosas como sus pechos.

—«*A*» —dijo.

—¡Eso encaja perfectamente con Amnesia! —suspiró—. No, no puedo recordar. Me duele la cabeza pero no sé por qué.

—La llevaré en coche a El Cairo —propuso Fenwick—. Hablaremos con la policía…

Amnesia se estremeció.

—No, no por favor… resolvámoslo entre nosotros. Sea quien sea no quiero preocupar a mis amigos, si es que tengo alguno. Háble me de usted. De su trabajo. Debe de haber alguna razón por la que yo me dirigía aquí. Qué está haciendo aquí. Recuerdo algo sobre tumbas… osarios… pirámides…

—Soy arqueólogo. Pero hablemos de otras cosas.

Pero Amnesia insistió. Le contó la horrible muerte de su padre y las sospechas injustas del inspector, aunque no fue capaz de mencionarle a Malakah. ¡Aquello sería demasiado! Fenwick concluyó:

—Me he quedado aquí. Entre los muertos. Ahora ellos sospechan que yo he asesinado a mi padre. Por Dios, en el fondo usted tiene suerte… ¡Yo *no puedo* olvidar!

Sus ojos se llenaron de compasión.

—Me gustaría ayudarle.

Estuvieron hablándose y conociéndose mutuamente durante más de una hora, pero el hombre que no podía olvidar y la muchacha que no podía recordar nada se sentían irresistiblemente atraídos el uno por el otro, como dos mentes atormentadas y solitarias que buscasen ayuda. La cogió entre sus brazos. Ella gimió y durante un momento se resistió instintivamente a su abrazo. Luego emitió un suspiro, le devolvió el beso y se abrazó más fuerte.

—Ya no me siento tan espantosamente perdida —murmuró—. Pero temo ir a El

Cairo y sentirme observada por la gente que intente reconocerme —echó una mirada a la habitación adyacente—. Me pregunto si podría quedarme. Sé que pronto empezaré a recordar… Sé que estoy a punto de recobrar la memoria…

Un suspiro emergió de su garganta y cerró los párpados.

—Por supuesto —respondió Fenwick—. Arreglaré el camastro de mi padre. No, mejor quédese en el mío… Yo me acostaré en el de mi padre. —Ella hizo un gesto ante sus palabras—. Estoy acostumbrado a la muerte. Siento decírselo. Ellos no la molestarán.

Un gritó despertó a Fenwick de un sueño inquieto y perturbador. Saltó de su camastro y abrió la puerta que comunicaba con el cuarto adyacente. Una fosforescencia fantasmagórica iluminaba la habitación. En aquella luminosidad sobrecogedora y verdosa, la muchacha desconocida estaba forcejeando con tres captores inhumanos. Tenía los cabellos despeinados y su vestido de seda estaba hecho jirones: su pálida piel brillaba bajo la luz sobrenatural mientras se retorcía en medio del abrazo de aquellas tres monstruosas figuras.

Los cuerpos eran humanos, pero uno de ellos tenía cabeza de chacal, mientras que las de los otros dos eran de ibis y halcón. ¡Los dioses del viejo Egipto gustaban de merodear en la noche! Aquel pensamiento increíble heló por unos instantes a Fenwick. Luego se le ocurrió algo más, aún peor. Aquéllos eran los cazadores bestiales de tumbas de las leyendas árabes; los *gules*, ni totalmente humanos ni totalmente animales, habían hecho presa en la muchacha desconocida para llevársela a sus cubiles subterráneos.

El aullido inarticulado de Fenwick borró los gritos de la chica. Empujado por la impresión, se movió sin voluntad propia. Cogió una silla, se lanzó al ataque…

Pero jamás llegó a descargar el golpe sobre el dios con cabeza de halcón. Un tremendo impacto chocó contra su cabeza. Trastabilló hacia atrás, conmocionado, paralizado, mientras los gritos de Amnesia eran engullidos por la misma oscuridad que emborronaba su cuerpo retorcido y desnudo…

Cuando Fenwick recuperó los sentidos se vio envuelto por las tinieblas familiares y horribles, impregnadas de ese aroma a decadencia mezclado con otros perfumes más dulces y aromáticos. De nuevo se encontraba en la tumba de Nefertiti; lo supo cuando unas manos suaves y frías acariciaron su frente, y sintió los esbeltos contornos de una mujer cuya piel cubierta de velos exhalaba el sensual aroma del jazmín.

Se sentía confuso. No podía recordar por entero lo que había sucedido. No sentía ningún dolor, no tenía las náuseas que suelen producirse tras la pérdida del conocimiento. Fenwick parecía estar flotando entre nubes aromáticas, sentía una especie de incorporeidad que apenas le permitía percibir las cosas externas.

Entonces empezó a tener conciencia de la mujer que estaba a su lado. Palpó a tientas. Tenía el pelo liso, un cuello suave y terso. Pero en su cerebro se confundían dos mujeres distintas. Una le iba a ayudar a luchar contra la maldición de Egipto. La

otra era una moradora de tumbas, una *lamia* espantosa que destruía cuerpos y almas.

Si al menos pudiera ver algo. Si tuviera el sentido del tacto tan desarrollado como los ciegos… Sus hombros eran adorables… pero las dos mujeres tenían…

La delicada túnica de seda que cubría aquel cuerpo exquisito no le decía nada. La otra muchacha también llevaba un vestido de seda muy suave… Luego acarició sus pechos, redondos y tersos. Su mano retrocedió de inmediato como si fuera una serpiente: ¡acariciando aquellos montículos firmes sobresalían los colgantes de *ushekh*, el collar de la resurrección!

—No estás muerto, querido —susurró mientras se estremecía, como si sus caricias hubieran dado vida a algo inanimado—. Los dioses te han traído de vuelta a mi morada eterna.

Habría gritado de horror, pero el beso de ella bloqueó sus labios. Su cabello le sofocaba. Su excitante cuerpo presionaba contra el suyo y sus brazos parecían como un sinfín de serpientes. La odiaba, pero tembló y se agarró a ella.

Luego, desde las profundidades de aquella cripta tenebrosa, se escuchó el roce metálico de un *sistrum*, el instrumento sagrado y terrible que portaban los altos sacerdotes cuando invocaban la presencia de los dioses. Malakah se zafó de sus brazos.

—Me llaman de vuelta a mi ataúd —gimió—. Luchaste contra ellos, así que ambos seremos castigados.

Fenwick se tambaleó hasta conseguir ponerse en pie. Una luminosidad verdosa danzaba entre las sombras lejanas. Se dirigió hacia ella, luego se detuvo como si se hubiera acordado de algo… Amnesia… la muchacha que no podía recordar…

Pero el dios con cabeza de ibis y sus otros dos bestiales compañeros no se recortaban contra la luz espectral. Tan sólo vio un rostro dorado, la cara de la reina Nefertiti, sonriendo tras la tapa de un ataúd de sicómoro. Sus brazos se agitaron frenéticamente en la oscuridad, pero Malakah ya no estaba a su lado. Se encontraba solo.

No podía apartar la vista del ataúd, era como un remolino de horror que le estuviera succionando lentamente a su interior. Estaba paralizado por el espanto pero, al mismo tiempo, tembloroso y agitado, sin apenas darse cuenta, pronunció en voz alta:

—Mira si está vacío… Nefertiti… Malakah… Por Dios, ese maldito ataúd tiene que estar vacío… Si no lo está…

Fue dando tumbos hacia delante. Se paró, aturdido. La caja, que antes estaba vacía, contenía ahora una momia: la piel reseca, marchita y renegrida espantosamente pegada a los huesos. Los labios, entreabiertos en una sonrisa macabra, dejaban ver unos dientes blancos, ¡tan blancos como los de Malakah! El cadáver marchito era la burla macabra del cuerpo de una mujer. ¡Y alrededor de sus hundidos pechos estaba el *ushekh*, el místico collar que Malakah llevaba colgado del cuello!

La noche anterior, con Malakah a su lado, el ataúd estaba vacío; sin embargo

ahora, tras su desaparición, se encontraba ocupado. Se dijo a sí mismo que se escondía en la misma cripta; sin embargo, la lógica no siempre salva a los hombres de la locura. Su mente estaba llena de interrogantes.

Pero no fueron contestados. De detrás le llegó un grito escalofriante. No podía reconocer la voz. Pero esperaba que fuera la de Malakah, de tal forma que pudiera saber de una vez por todas que Malakah estaba viva. La posibilidad de que aquel cuerpo marchito hubiera estado vivo y lleno de pasión, palpitante por el deseo, tan sólo un momento antes, era demasiado horrible para que su destrozado cerebro pudiera soportarlo.

## Capítulo Cuatro
## MALDICIÓN OLVIDADA

Se giró, rezando para ver simultáneamente la figura de ella y la de la momia espantosa que había dentro del ataúd. Pero mientras se movía, unas manos poderosas lo agarraron y la fuerza de unos seres irresistibles lo empujaron contra el suelo arenoso.

La mujer que gritaba era Amnesia. Pudo ver de refilón su rostro contraído por el terror, el cuerpo pálido y desnudo, y las piernas caídas mientras era arrastrada al interior de aquella luminosidad verdosa. Intentó abrirse paso entre los seres que lo rodeaban, pero eran demasiados. Rodó hasta una esquina en tinieblas y ya no pudo ver a sus atacantes. Mientras forcejeaba vio que Malakah salía de entre las sombras. Llevaba el *ushekh* abrochado alrededor del cuello, el místico collar que acababa de ver en la momia. A su lado estaba Tot, el místico dios de la magia con cabeza de ibis. Pudo ver toda esta escena antes de derrumbarse, jadeante y casi sin sentido. Podía ver y oír, pero era incapaz de moverse.

—Reina Nefertiti —dijo el dios con cabeza de ibis—, todo sarcófago demanda su inquilino. Puesto que tenemos a esa mujer para ocupar su puesto, está libre de las leyes de la muerte. Puede pasar todas las noches con su amante.

Mientras Tot hablaba, varios hombres que parecían haber salido de las pinturas que adornaban las tumbas sacaron el ataúd de sicómoro del interior del sarcófago. Ahora estaba vacío. ¡La momia de Nefertiti se había ido! Cogieron las vendas de lino y empezaron a envolver con ellas a la muchacha del mundo exterior. Vuelta tras vuelta, aprisionaron su cuerpo pálido que aún seguía forcejeando. Ya casi no podía gritar, y poco a poco los sucios vendajes envolvieron su rostro.

Fenwick, enfermo de horror, tambaleándose ante la proximidad de la locura, observaba cómo tapaban sus caderas y pechos. La depositaron en la caja de sicómoro y luego introdujeron ésta en el sarcófago; después, los seis *gules* se acercaron para levantar la enorme tapa de granito. Una mujer viva iba a ahogarse entre el polvo de las tumbas y los vendajes de una momia. Fenwick forcejeó y gimió, pero apenas si

pudo moverse. Y Malakah, la mujer de la noche, se deslizó hacia él. Su cuerpo bronceado se contorsionaba, sus labios se entreabrían seductores. Sus tersos pechos reflejaban aquella luz verdosa y sobrenatural, y la doble corona de Egipto brillaba sobre su negra cabellera.

Los esclavos de Tot desfilaban hacia la oscuridad, dejándole solo con el fantasma del amor, aquella mujer muerta hace dos mil años, y con la otra muchacha viva que se asfixiaba lentamente bajo varias toneladas de granito. ¿Qué sucedería si él escapaba? Ella moriría antes de que pudiera conseguir ayuda.

Sus captores se detuvieron para escuchar las palabras guturales de Tot.

Entonces Fenwick pudo echarle un vistazo al pasadizo, se iluminó cuando un soplo de aire vagabundo hizo que la luz de las antorchas se agitara.

El sepulcral grupo estaba cogiendo algo del suelo: una momia. Vio los pies rígidos y marchitos. Aquella simple imagen reunió toda la rabia apabullante que lo embargaba. Aquella visión dejó a la vista la jugarreta tan simple que el horror le había impedido detectar. Cuando le arrastraron lejos del sarcófago ocupado ellos aprovecharon para sacar a la momia. Un detalle insignificante, pero necesario para construir toda aquella horripilante escena y hacerle creer que Malakah y aquel cuerpo marchito eran dos manifestaciones distintas del mismo ser.

Su ira, nacida repentinamente tras darse cuenta del engaño, cogió por sorpresa a sus captores. Se echó sobre ellos antes de que pudieran pararle. Derrumbó a uno de un puñetazo. Malakah gritó:

—¡Dejadle ir! ¡Volverá!

¡Por supuesto que volvería con ayuda para liberar a la muchacha desconocida! Y se pasaría el resto de su vida repitiéndose que los dioses del antiguo Egipto la habían enterrado en un sarcófago de piedra. Desvaríos de un hombre loco…

Los que portaban la momia dejaron caer el bulto. Por unos instantes el oscuro pasadizo se convirtió en una confusión de hombres a los que Fenwick golpeaba con sus puños. Cuando pudo escapar de aquella muchedumbre, Fenwick cogió el hueso del fémur de la momia.

Un grito, y Malakah escapó. Una de las antorchas, derribada en la refriega, había prendido entre los despojos de piel marchita y cabellos, y en las inflamables resinas de embalsamar. Entonces Fenwick chocó con Tot, el dios con cabeza de ibis.

Hubo un aullido y el destello del metal. Sintió el silbido de la espada, se echó a un lado y golpeó hacia abajo con el hueso amarillento. La monstruosa cabeza de ibis se abolló como el cartón. Fenwick reconoció la cara que se ocultaba bajo aquella máscara grotesca.

¡*Shaykh Ismail*: el caudillo de la aldea!

Fenwick cargó con los hombros sobre su estómago. Ismail cayó al suelo y Fenwick, poniéndose encima de él, acercó la espada a su cuello.

—¡Llámalos! ¡Saca ese ataúd o te rebanaré la garganta! —amenazó Fenwick.

—*¡Por Alá!* —aulló el árabe mientras intentaba recuperar la respiración—. Se

han ido…

—¡Me da igual! —Fenwick hundió la espada lo justo para que penetrase un poco en la carne—. ¡Llámalos o te mataré y luego iré tras ellos!

El grito de Ismail fue atendido por los dos que estaban poniéndose en pie a duras penas. Amenazado por la espada de Fenwick, el *shaykh* les suplicó que le ayudaran a abrir el sarcófago.

—Si está asfixiada te cortaré en trocitos lentamente.

—¡Alá es testigo! —protestó el *shaykh*—. La tapa no está lo suficientemente ajustada para asfixiarla. Mire las pequeñas piedras que puse para prevenirlo. No quería arriesgarme a matar a nadie… lo juro…

Con la espada lista a sus espaldas, el trío empujó la tapa. Ésta pronto cayó al suelo. Y luego, mientras Shaykh Ismail desenrollaba con dedos temblorosos los vendajes que cubrían el rostro de la muchacha desconocida, se escucharon las voces de protesta de una mujer que provenían de la entrada. Unos rayos de luz hendieron el aire lleno de polvo.

Eustace Beggs y una patrulla de la policía egipcia entraron en el recinto. Un sargento que iba al lado de Beggs arrastraba consigo a Malakah que apenas ocultaba su delicioso cuerpo por la doble corona y unos cuantos brazaletes.

—¿Qué significa todo esto, Fenwick? —escupió Mr. Beggs, mirando a los cuatro hombres que había delante del sarcófago—. ¿Dónde está mi sobrina? ¿Qué…?

Amnesia, casi histérica y cubierta con los restos del vendaje de la momia, salió del sarcófago de piedra.

—¡Tío Eustace! —gritó, y luego se volvió a Fenwick.

—¡Annette! —tosió Beggs, sofocado por el polvo de la cripta.

—Annette —dijo Fenwick, tomándola en sus brazos mientras la policía llevaba a los prisioneros a la superficie—, no es tan distinto de Amnesia. El *shock* te ha hecho recuperar la memoria…

No fue hasta muy tarde, al regresar a la casa de campaña de Fenwick, cuando éste descubrió toda la verdad. Malakah, bajo la acusación de conspiración con intento de asesinato, había confesado todo el plan, traicionando a Ismail.

—Es realmente simple, Fenwick —resumió Eustace Beggs—. Ismail descubrió la tumba de la reina Nefertiti hace varios meses. La estaba saqueando en secreto y vendía pequeños objetos a los turistas que tenían derecho a llevarse de Egipto cosas genuinas aunque no demasiado importantes. De esta manera podían comprar valiosos especímenes a Ismail y declararlos legítimamente, con los permisos oficiales. Todo funcionaba de maravilla hasta que yo empecé a sospechar. Por eso pensaba que usted había hecho un descubrimiento que no había declarado.

—Eso lo explica todo —admitió Fenwick—. Incluyendo por qué Ismail intentaba ponerme en una situación en la que acabaría siendo considerado un loco; suponiendo que realmente no llegase a serlo. Pero Annette…

La sobrina del inspector le interrumpió.

—La treta de la pérdida de memoria fue para investigar un poco mientras tú notificabas a las autoridades el descubrimiento de una mujer que no podía recordar su nombre. Funcionó a las mil maravillas hasta que aquellas terribles criaturas me capturaron. Al principio pensé que estabas loco, sobre todo cuando leí las anotaciones de tu diario y del de tu padre. Se hablaba tanto de ello. Pero, tras demostrarse la existencia real de la tumba de Nefertiti, su buen nombre será reivindicado.

Fenwick ya no quería saber nada de aquella tierra maldita, pero aún había ciertas cosas que le intrigaban.

—Me gustaría que me lo aclararan: ¿la tumba donde estuvimos era la de la reina?

—No —contestó Beggs—. Esa tumba había sido saqueada varios siglos antes. Ismail la acondicionó para poder llevar a cabo sus planes. Falsificaron el rostro de la momia para que se pareciera al de Malakah, la muchacha copta. Se las ingeniaron para que usted creyera que en realidad se trataba de un lugar secreto. Lo mismo que hicieron con la macabra muerte de su padre. La muchacha insiste en que Ismail le estranguló y que luego puso alrededor de su cuello un par de manos de momia de las que habían conseguido quitar temporalmente la rigidez gracias al uso de unos disolventes que suavizaban el efecto de los líquidos de embalsamar. Tras secarlas y enfriarlas las cerraron alrededor del cuello de su padre, quedando tan firmes y rígidas como si fueran las causantes del abrazo mortal.

—Pero ¿y la tumba de Nefertiti? —se interesó Fenwick.

—La verdadera tumba —explicó Beggs— está justo debajo de nuestros pies. Lo cual explica ese golpeteo invisible.

Le enseñó un montón de hojas sueltas. Eran de Fenwick y estaban repletas de frases descabelladas escritas a máquina sobre una reina que caminaba por las noches. Beggs prosiguió.

—La muchacha o Ismail se encargaron de escribir todas estas majaderías en su máquina de escribir. Lo encontré todo cuando decidí acercarme hasta aquí, alarmado por la tardanza de mi sobrina.

—¡Así que eso es todo! —Fenwick frunció el ceño—. Y la presencia inesperada de Annette le dio la oportunidad a Ismail de acabar conmigo. ¡Me habría acusado de meterla dentro del sarcófago! Pero ¿por qué no me mató desde el primer momento?

Eustace Beggs se llevó los dedos a la punta del mostacho y dijo arrastrando las palabras:

—Mi querido amigo, tenía que conseguir que le declarasen loco, completamente chiflado, o de otra manera las últimas notas que escribió su padre podrían ser aceptadas como válidas por algún otro arqueólogo antes de que Ismail terminara de saquear la tumba.

—Los americanos son realmente burros —añadió Annette en son de burla—. Mira que contar todos sus asuntos a una mujer totalmente desconocida…

Pero cuando Fenwick la tomó en sus brazos, ignorando por completo a Beggs, y la besó en los labios, ella gimió y admitió que, afortunadamente, tampoco eran unos

timoratos.

—Tú no eras una mujer totalmente desconocida. Eras exactamente lo que había estado buscando desde siempre… y tu amnesia me dio la esperanza de que olvidaras a cualquier otro que te hubiera dicho lo mismo.

# GREYE LA SPINA

# [1880-1969]

Pocas de las personas que visitaron la Pennsylvania holandesa durante las primeras décadas del siglo pasado y se acercaran al Windy Knoll Studio de Greye La Spina podrían haber sospechado que aquella abuela amable y de pelo blanco, que tejía tapices merecedores de premios, cortinajes, alfombras, mantelerías y cobertores, se dedicaba también, la mayoría de las tardes, a escribir truculentas historias de horror.

Su reputación la precedía, sin embargo, cuando, en compañía de su esposo Robert, adquirieron una pequeña granja cerca de Quakertown en 1926. En una entrevista concedida a un periódico varios años después, recordaba que los habitantes de la localidad no estaban en absoluto encantados por su llegada. Algunos habían leído su serie «The Gargoyle» en *Weird Tales* y la consideraban una especie de bruja. «Había una misa negra en ella y, naturalmente, cualquiera que supiera algo acerca de las misas negras tenía que ser una bruja. Los jóvenes solían pasear por los alrededores de la casa, cogidos de la mano, como si fuera una gran proeza».

Los primeros años de Greye La Spina fueron bastante solitarios. Su marido poseía un negocio pequeño que producía poco y le requería largas horas de trabajo, de forma que tenía que vivir en Brooklyn la mayor parte del tiempo. En una carta a August Derleth de finales de los cuarenta, ella recordaba aquellos primeros años: «Paseaba con mi devoto Airedale y un revólver cargado».

Los motivos por los que Derleth publicó el primerizo serial de La Spina para *Weird Tales*, titulado *Invaders from the Dark*, no son muy bien conocidos. Seguramente fue porque había disfrutado leyendo las historias cuando aún era un adolescente que ansiaba convertirse en escritor. La carta de Derleth preguntando por la dirección de La Spina a Seabury Quinn fechada el 7 de noviembre de 1944 se ha perdido. Pero sí ha sobrevivido la contestación de Quinn del día 10 de ese mismo mes, desvelando que la vida de La Spina no había sido demasiado idílica: «Es una excelente persona que vive con su esposo lisiado en una vieja casa de piedra de Pennsylvania que data de bastante antes de los días de la Guerra Civil, que escribe mucho mejor de lo ordinario y que teje los tapices más maravillosos que puedas imaginar en su telar de mano. Ella y Robert (su marido) abandonaron Brooklyn en el auge del negocio de la escritura para irse a vivir a ese viejo lugar, con la idea original de la cría de faisanes para el consumo. La Depresión, y más tarde la guerra, dieron al traste con aquel negocio destinado al lujo, pero la escritura ha surgido con fluidez de su sencilla máquina de escribir, y la nueva dirección de *WT* le ha dado la oportunidad

para salir adelante y para sustentar su fe en ella misma y en el futuro».

Pero seguro que habría sido capaz de desarrollar muchos más argumentos y temas durante las más de dos décadas que se dedicó a las tareas de la granja y atendió su negocio de tapices, asuntos que le dejaron poco tiempo para la escritura. A resultas de ello, la mayoría de las más de cien historias y seriales que escribió fueron publicadas entre 1919 y 1926. Tan sólo varias docenas de cuentos aparecieron en los años posteriores. Las memorias de Quinn son un poco imprecisas. El negocio de Robert La Spina cayó víctima de la Depresión y, después de fijar su residencia permanente en Windy Knoll, contrajo la osteoporosis, una enfermedad degenerativa de los huesos, que sufrió durante casi veinte años más, hasta que los médicos lograron suministrarle una cura parcial.

La Spina envió a Derleth una pequeña biografía diciéndole que nació con el nombre de Fanny Greye Bragg el 10 de julio de 1880, en Wakefield, Massachussets. «Mi padre era un sacerdote metodista retirado de la Conferencia de Texas. Cuando me portaba mal, siempre me regañaban diciéndome con gravedad que era la Hija del Predicador (pero jamás me pude dar la gran vida por eso)».

Se casó por primera vez en 1898 con Ralph Geissler, con quien tuvo una hija llamada Celia dos años después. Su marido murió al año siguiente. Poco después de la muerte de su esposo, Greye emprendió su primer viaje al extranjero. «Contaba alrededor de veintiún años y tenía una entrevista personal con el rey, la reina y la princesa de la Corona de Grecia», escribió en una pequeña biografía que hizo para Arkham House. «La realeza posó para que les hiciera unas fotos pero un oficial británico de la marina, intentando captar el interés de la multitud, se las arregló para meter el codo dentro de la foto, estropeándomela. En Madeira, la hija del gobernador me llevó al palacio, permitiéndome pasar entre los centinelas con las bayonetas caladas que estaban vigilando a otros inquilinos no tan afortunados; también nos intercambiamos las direcciones. En Constantinopla, un guía turco me preguntó si quería ser su cuarta esposa. En Montecarlo perdí mi último franco, lo cual tampoco suponía un gran inconveniente ya que al día siguiente abandoné Francia con rumbo a Inglaterra, y allí los francos no servían para nada. Dormí en una tienda de campaña en Jericó, mientras unos árabes con sus típicos atuendos se agrupaban alrededor de la hoguera nocturna. Monté a camello en Egipto».

En 1910 se casó con Robert La Spina, un noble italiano. Entre ambos matrimonios, y más adelante, demostró sobradamente que era muy capaz de llevar varios trabajos como fotógrafa comercial, fotógrafa periodística, secretaria privada, administrativa y mecanógrafa de varios escritores, para poder vivir y mantener a su hija. Desde finales de la década de los treinta y durante la Segunda Guerra Mundial, fue entrevistadora del Departamento de Asistencia Pública de Doylestown, Pennsylvania, y después ejerció de secretaria y administrativa para la Ration Board[9].

«Cuando leí por primera vez el *Thrill Book* de Street & Smith durante la Primera Guerra Mundial», escribió a Derleth, «decidí ponerme a la labor y escribir mi primera

historia sobrenatural, la cual se la vendí a ellos, como prácticamente todo lo demás que les envié hasta que *Thrill Book* desapareció durante la huelga de impresores. Iba de un lado a otro vendiendo mis cuentos a varias revistas de diferentes tipos. Lo que más me gustaba era lo oculto y lo sobrenatural».

Su primer relato para *The Thrill Book*, «El lobo de las estepas» (1 de marzo de 1919), se ha convertido en un clásico de las historias de hombres lobos que, entre los coleccionistas, se cotiza tanto como «The Phantom Farmhouse», de Seabury Quinn. Lo he elegido para esta recopilación porque jamás ha sido reeditado. Aquel primer ejemplar de *The Thrill Book* también fue notable porque contenía el primer relato editado de Seabury Quinn, «Stone Image», que inspiró su larga saga sobre el Dr. Jules de Grandin, el detective de lo oculto, que fue tan popular para los lectores de *Weird Tales* durante más de dos décadas.

Al ganar el segundo puesto en el concurso de relatos de la revista *Photoplay* en 1921 (el primer puesto recayó en un prolífico escritor de revistas, ingenioso pero insustancial, llamado Octavus Roy Cohen), Greye La Spina obtuvo un premio de 2.500 dólares y consiguió bastante prestigio entre los lectores y editores. «Fue una época maravillosa», comentó en una entrevista para un periódico en 1946. «Me compré un coche, una radio, regalos… un montón de cosas». Y aunque también produjo bastantes obras de literatura general y algún que otro relato de detectives, su primer amor fue lo sobrenatural y terrorífico. El periodista que le hizo la entrevista dijo que ella «señalaba a las estanterías de libros repletas de volúmenes de literatura popular».

Como una de las primeras mujeres que escribió relatos de horror moderno, Greye La Spina merece más reconocimiento de lo que ha recibido. Aunque a veces las tramas son bastante convencionales y el estilo antiguo y melodramático, a la manera de la literatura gótica, fue capaz de superar sus propias limitaciones gracias al desarrollo de la atmósfera y a la fascinación de sus cuentos. Mi favorito, «The Devil's Pool» (*Weird Tales*, junio de 1932), es una de las historias más escalofriantes sobre hombres lobo escritas jamás y puede ser considerada casi un clásico. El autor y editor Joseph Wrzos escribió que uno de los relatos más terroríficos de La Spina, «The Rat Master», está sin duda basado en sus inquietantes experiencias con los atrevidos e implacables roedores que moraban en los alrededores de su casa de Quakertown.

Los cuentos de La Spina aparecieron, además de en *Weird Tales* y *The Thrill Book*, en varias revistas *pulp* o de temas generales como *Metropolitan, Black Mask, Ten-Story Book, Modern Marriage, Photoplay, Top-Notch Magazine, All-Story, Bull's Eye Detective, Saucy, Follies, Breezy, Snappy, Love Romances* y otras. Escribió unos cuantos relatos muy cortos para *The Thrill Book* bajo el seudónimo de Isra Putnam, y una vez le dijo a Derleth que también había utilizado otros seudónimos para varios cuentos y poemas publicados en *Weird Tales*, aunque no dio más detalles. No sé si esta última afirmación es cierta, pero hay varias firmas entre los autores habituales de *Weird Tales* que nadie ha identificado.

Pasaron 15 años antes de que Derleth pudiera arriesgarse a publicar *Invaders from the Dark* (1960). Fue uno de los muchos libros que se había propuesto editar durante la década de los cuarenta, cuando aún era un editor joven y optimista que ansiaba sacar a la luz varios libros escritos por los autores olvidados de *Weird Tales*, y cuyas historias había disfrutado cuando estaba en los comienzos de su carrera. Sin embargo, sabía, en lo más profundo de su corazón, que muchos no tendrían salida, y que tardaría años en vender la edición completa.

Pero *Invaders* le sorprendió. Casi la mitad de los 1.559 ejemplares de la edición se vendieron durante los primeros siete años, y la venta de la colección a un editor británico hizo que pudiera cubrir gastos e, incluso, liquidar algún dinero adicional a La Spina.

Como muchos de los escritores a tiempo parcial de sus días, La Spina no sabía mucho acerca de las leyes sobre derechos de autor. «August, no he renovado ni uno de mis *copyrights*», escribió a principios del año en que se editó *Invaders*. «Creo que me había hecho a la idea de que, si alguien escribía algo de su puño y letra, entonces tendría derechos sobre ello durante el resto de su vida. Confío plenamente en ti para que actúes y hagas lo que sea mejor, bajo tales circunstancias».

Derleth le aconsejó que revisara los cuentos y les añadiera lo suficiente como para poder hacer un nuevo *copyright*, añadiendo: «Eso detendrá a cualquiera que piense que la historia no tiene derechos de autor».

Después de vender la granja de Pennsylvania en los años cincuenta, Greye La Spina y su esposo se trasladaron a Brooklyn, Nueva York, a la casa de su hija y su yerno. Llevó consigo algunos de los telares que había utilizado durante toda su vida y siguió confeccionando delicados tapices y cortinas. También se llevó un baúl lleno de manuscritos, incluyendo numerosos guiones de teatro. Me pregunto qué habrá sido de ellos. Seguramente se han perdido, como la correspondencia que mantuvo durante décadas con Seabury Quinn, David H. Keller, Mary Elizabeth Counselman y otros autores del grupo de *Weird Tales*.

# EL LOBO DE LAS ESTEPAS

# GREYE LA SPINA

*Carta del Doctor Thomas Connors a Amdi Rubdah,*
*el hábil, Teherán, Persia*

A mi querido maestro, saludos:

No en vano he aprendido de usted algunos de los misterios que envuelven el alma humana durante su morada en la tierra. En la realización por primera vez de los antiguos encantamientos que usted me enseñó bajo las estrellas de Persia, he obtenido un vivo conocimiento de los poderes ocultos que habitan dentro del cuerpo y el alma aprisionada de los hombres, y me he dado cuenta con regocijo de la impotencia del Mal en su conflicto interminable con la Verdad, especialmente cuando la Verdad es poseedora del conocimiento, base de su poder.

Le adjunto una serie de cartas enviadas por mi amigo y colega, el doctor Greeley. Servirán de introducción al relato que sigue y le llevarán al atardecer del día en el que llegué a la casa de mi amigo.

*Extracto de la carta del Doctor Andrew Greeley*
*al doctor Thomas Connors*

Mientras compilaba el memorándum que sigue a continuación acerca del disolvente por el que me preguntabas, he tenido una aventura, ¡una aventura muy romántica para un anciano casado! En realidad tenía que haber sido un solterón empedernido como tú, Tom, el que hubiera ido galantemente al rescate. Myra le ha cogido tanto cariño a nuestra heroína que insiste en adoptar a la joven dama. Por supuesto, esto está fuera de toda duda hasta que sepamos más de la muchacha.

Supongo que ahora tendré que aplacar tu curiosidad. Unas dos semanas atrás me dirigía en coche a Riverside al atardecer para examinar a un paciente enfermo. Cuando me acercaba a los terrenos de una enorme casa de campo que solía ver cuando paseaba en esa dirección, escuché un aullido profundo e interminable con una nota temblorosa y estremecedora que era de lo más desagradable; fue cambiando poco a poco hasta convertirse en un gemido que me heló la sangre. El aullido era tan extraño que bajé la marcha del automóvil para poder escucharlo mejor, en el supuesto

de que el animal volviese a emitir aquel sonido.

Habría parado por completo de no ser porque una figura blanca que agitaba los brazos desesperadamente salió de detrás del seto y se echó encima de mí saltando al interior del coche en movimiento con una agilidad y una indiferencia ante el peligro que me dejaron anonadado. Se trataba de una joven muy hermosa. Tenía tal espanto reflejado en sus desorbitados ojos que cuando se puso a mi lado en el asiento y me ordenó que siguiera no lo dude ni un instante y obedecí su grito agónico.

—¡Por Dios, no se detenga! —me suplicó—. ¡Acelere, si valora en algo su vida!

Entonces escuché el ruido de un cuerpo pesado que salía de entre los arbustos y miré hacia atrás con un escalofrío de aprensión justo para descubrir un par de llameantes ojos rojos que venían detrás de nosotros a tal velocidad que estuve a punto de salirme del camino. Retomé el rumbo y aceleré, resoplando como un loco, mientras el salvaje aullido ululaba a nuestras espaldas. No sabría decir por qué tenía semejante terror a un simple perro grande, a no ser que la muchacha me hubiera contagiado su pánico, pero realmente sentía que el mismísimo diablo se precipitaba detrás de nosotros. Giré en dirección a casa en el primer desvío, con la sensación de que la bestia tan sólo dejaría de perseguirnos cuando llegáramos al pueblo; puedo asegurarte que no me detuve a mirar atrás después de aquel último vistazo.

Mi esposa se quedó muy asombrada al ver a su marido regresar a casa en compañía de una heroína al borde del desvanecimiento, pero estuvo muy ocupada mientras la muchacha iba de un ataque de histeria a otro. Todo lo que pudimos sonsacar de ella durante los siguientes días fue que se llamaba Vera Andrevik, que era huérfana y que sería totalmente inútil recabar alguna información más sobre ella. Insistió en esto último con una firmeza tan fuerte como inexplicable ya que, naturalmente, todo era por su propio interés.

Hasta que no logró serenarse y recuperar la normalidad tuvimos que contentarnos con la escasísima información que había accedido a darnos. De momento nos preocupaban sus extrañas manías. A pesar de que las noches eran sofocantes, ella se negaba a dormir hasta que las dos ventanas de su habitación estuvieran cerradas y las persianas venecianas aseguradas con cerrojo. Inspeccionaba por completo la casa todas las noches, verificando personalmente las puertas y ventanas de la planta baja. Sus misteriosas precauciones provocaban una intensa curiosidad en Myra y en mí mismo.

¡Si quieres saber algo más de una adorable y perdida heredera rusa, no dejes de comunicármelo! Por otra parte, si te preguntan por el paradero de una hermosa, aunque un poco desequilibrada, joven dama, házmelo saber igualmente. Como siempre,

ANDREW

*Carta del Doctor Greeley al Doctor Connors, fechada la semana después de la carta precedente*

QUERIDO TOM: Desde la última vez que te escribí nuestra visitante ha actuado de una manera tan extraña que te rogaría que te acercaras en cuanto tengas la más mínima oportunidad para darme tu opinión acerca de su estado mental. Mi esposa asegura que la muchacha está tan sana como yo, pero ya conoces a Myra; para ella todo es como le gustaría que en realidad fuese.

Vera Andrevik no nos ha dicho nada más, aparte de lo que ya te contaba en la última carta. Una noche me aventuré a preguntarle si podía darnos la dirección de su madre; se puso completamente pálida, mirándome con semejante expresión de espanto que me dejó anonadado; acto seguido cayó desmayada sin fuerzas. Por supuesto, Myra me regañó por mi brusquedad masculina; ella piensa que debo dejar en sus manos todo este asunto. Ambos estamos de acuerdo en que todavía no es conveniente preguntar a la muchacha y que aún tardará un tiempo en recuperar su supuesta normalidad emocional. Pero tú puedes juzgar por lo anteriormente expuesto si los asuntos del hogar y de la maternidad son o no son tabú.

En presencia de Vera le mencioné casualmente a Myra mi intención de investigar la residencia a la que pertenecía el perro. Vera se arrojó a mis pies descompuesta por el terror, suplicándome histéricamente que no entrara en los terrenos de la mansión. Me dijo que no podía explicarlo pero que si no hacía caso de su consejo nos expondría a tales peligros que no podía ni imaginar en mis más salvajes fantasías. Le prometí no ir, pero no fue sólo a causa de los ruegos y plegarias de Vera; había sentido tanto horror en aquel sitio que no me sentía capaz de tomar de nuevo la carretera que pasaba por allí. Para un viejo doctor de pelo gris ya era suficiente, ¿no es cierto? Los aullidos de aquel enorme perro de ojos rojos me habían afectado muy negativamente.

Mientras tanto, nuestra visitante se negaba a salir de la casa a no ser en el automóvil, y cuando lo hacía se tapaba con unos gruesos velos, a pesar del calor sofocante de estos últimos días. Por la noche seguía encerrándose en su habitación. Cuando se lo reprochaba ella argumentaba: «¿Cree que a mí me gusta, doctor Andrew? Sin embargo, tengo que hacerlo». Se negaba a darme más explicaciones; alegaba que no le importaba en absoluto que la considerásemos una lunática inofensiva. Yo no podía evitar decirle que actuaba como una loca al encerrarse todas las noches en aquella atmósfera sofocante sin un soplo de aire, pero no servía de nada.

Creo que ha estado sometida a una gran tensión nerviosa que, por el momento, no ha logrado quitarse de encima. Estoy muy interesado en conocer su opinión acerca de todo este asunto. Pero, por el amor de Dios, ¡no cometas el error de venir a casa sin

antes anunciármelo! Hemos tenido que insonorizar el timbre porque Vera siempre estaba al borde de un colapso nervioso cada vez que sonaba, tal es el horror que siente por sólo Dios sabe qué. Seguramente le daría un ataque cataléptico si te ve entrar en la casa sin previo aviso. Tuyo,

ANDREW

## *Del mismo al mismo*

QUERIDO TOM: deduzco, por el acusado tono místico que impregna tu última epístola, que has estado trasteando de nuevo con las artes prohibidas, en busca de los secretos insondables del alma. Déjalos en paz, amigo mío; jamás harán bien a nadie y es un negocio arriesgado y de lo más inquietante.

En vez de cavilar sobre hechizo mágicos, acércate aquí unos cuantos días y ayúdame a resolver ciertos problemas de química en mi laboratorio. Hace mucho tiempo que no me ayudas en mi trabajo de investigación.

Hay otra razón por la que quiero que vengas; se trata —como seguramente ya has adivinado— de Vera. Tom, la muchacha está sufriendo terriblemente. Me temo que, si no es capaz de relajar su mente, perderá completamente la cordura. Afirma que está tan sana como cualquiera de nosotros, pero que no puede contarnos los hechos que explicarían su extraña manera de actuar porque, si lo hiciera, pensaríamos que estaba loca. Luego se pone a llorar sin descanso y Myra tiene que esforzarse para que no caiga en la histeria.

Hoy estuvo a punto de darle un ataque en el coche, y casi por nada. Ella y Myra iban en el asiento de atrás. Un tipo vagabundeaba por la carretera y cuando paré el vehículo con un chirrido miró a Vera y sonrió de un modo triunfante y muy desagradable. Se trataba de un sujeto mal encarado, que llevaba un abrigo de pieles grises y una gorra del mismo color, por debajo de la cual le sobresalía el pelo en salvaje profusión. Sus cejas pobladas y negras formaban una línea recta bajo la frente, dándole un aspecto extraño y fiero que los ojos no contradecían; pensé que el color de estos últimos era casi granate, impresión que Myra ratificó. Tenía metido el pulgar de la mano que estaba más cercana a nosotros en el bolsillo del abrigo, y los otros cuatro dedos que sobresalían eran tan anormalmente largos que llamaban la atención; jamás había visto una mano tan rara.

Vera empezó a gimotear, agarrando a Myra como si estuviera dominada por un pánico incontrolable. «¡Siga, siga!», gritó enloquecida.

No tenía ninguna razón para contradecirla, especialmente ahora que el sujeto se había apartado de la carretera. El tipo se quedó allí, leyendo deliberadamente en voz alta la matrícula del coche; Myra pudo escucharle mientras pasábamos. ¿Por qué diablos haría eso? Fue culpa suya y sólo suya vagabundear en medio de la carretera, y

mi viejo coche ni tan siquiera le rozó.

Durante todo el camino de regreso, Vera no dejó de gemir lastimeramente, suplicándonos que no permitiéramos que «él» se la llevase. Sus ruegos desconsolados a la señora Myra —como llamaba a mi esposa, ya que jamás utiliza la palabra «madre»— eran suficientes como para hacer llorar a una estatua de piedra. Myra le aseguró que nadie se la llevaría sin su consentimiento, y finalmente acabó tranquilizándose. Pero aun así pasamos una mala noche, pues al anochecer un maldito sabueso se coló en nuestro jardín y se puso a aullar, afectándome los nervios de tal manera que llegué a pensar que reconocía en aquel aullido a mi amigo de los ojos rojos, del cual ya te he hablado anteriormente.

Vera se vio poseída por un terror incontrolable al escuchar aquellos aullidos, e insistió en acompañar a mi esposa en una ronda para cerrar todas las ventanas y puertas de la casa. Su miedo es contagioso; tanto Myra como yo nos habíamos dicho cientos de veces que no nos dejaríamos dominar por los nervios, pero el mero hecho de que tuviéramos que recurrir a semejantes afirmaciones suponía una evidencia suficiente de que los aullidos de aquel perro maldito y los temores infundados de Vera estaban perturbando nuestros sueños y llevándonos a un estado de gran excitación nerviosa.

Estoy empezando a relacionar el terror de Vera con aquel perro de apariencia feroz que fue detrás del coche la primera noche; no sé exactamente cuál es la conexión entre ambas cosas, pero la solución se presentara inesperadamente. Lo que complica todo el asunto es el efecto que tuvo sobre Vera la aparición en medio de la carretera de aquel extraño sujeto que casi se echó encima del coche esta mañana. ¿Acaso tiene algo que ver con todo este rompecabezas? Tuyo,

ANDREW

POSDATA: Acabo de abrir esta carta para añadir un acontecimiento reciente. El sujeto que estuve a punto de atropellar ayer ha resultado ser el tutor de Vera, un ruso de buenos modales llamado Serge Vassilovitch. Hace más o menos una hora se le hizo pasar a mi estudio. Bajo su sonrisa descubrí una hilera doble de dientes muy blancos y afilados, sobre unos labios gruesos tan rojos como los de una mujer que se los acabara de pintar. Un extraño aroma parecía rodear su figura que me resultaba muy desagradable, como de algo húmedo, mohoso, rancio, algo que me traía a la mente el hedor de las jaulas de los animales del zoológico. Seguramente, el espeso pelaje de su abrigo producía aquel olor. Por encima de todo, y a pesar de sus encantadores modales, su personalidad no era demasiado atractiva; por el contrario, me repelía poderosamente y sentía una repulsión instintiva por el sujeto.

Me dijo que gracias al número de la matrícula había conseguido descubrir mi dirección y que había reconocido a su pupila bajo los densos velos que llevaba, aunque no puedo entender aún cómo fue capaz de hacerlo ya que ni yo mismo habría

reconocido a mi propia esposa debajo de aquellos gruesos pañuelos con los que Vera ocultaba su hermoso rostro.

Vassilovitch me puso al corriente de los asuntos de Vera, aunque pude ver que no le hacía mucha gracia espolvorear los secretos de la familia en público. ¡Pobre Vera! Su historia es trágica. Su padre se volvió loco y terminó pegándose un tiro; su madre se tiró por una ventana a una muerte cierta empujada por un impulso demencial; la propia Vera está poseída, desde la muerte de su madre, por alucinaciones tan extrañas, tan singulares que su carencia de aplomo mental no puede ser puesta en duda por nadie que haya oído su historia.

—Pues ella cree —dijo el sujeto con tristeza— que las personas más allegadas y queridas la acosan. Afirma que yo soy su peor enemigo… ¡Yo, que siempre la protejo!

Me preguntó si nos había contado su historia, y pareció ponerse muy contento —si no me equivoco— cuando le contesté que habíamos sido totalmente incapaces de sonsacarle absolutamente nada. Sacudió la cabeza con tristeza.

—Si hubiera accedido a contarles su historia —explicó— habrían llegado a la conclusión de que está mentalmente desequilibrada.

Como ya te he dicho, Vassilovitch tenía unos modales exquisitos, pero me sentía tan incómodo en su presencia que tenía la sensación de no poder aguantar mucho tiempo a solas con él, así que balbuceé una excusa para abrir la puerta que da al vestíbulo. Una reacción estúpida y afeminada, si quieres llamarlo así, pero bien sabes que lo que llamamos intuición a veces se sustenta en una base firme, y yo sentía que Serge Vassilovitch no poseía una buena influencia. Por lo tanto intenté disiparla todo lo posible.

Después de sus explicaciones pensé que podría ver a Vera y que, a su vez, la muchacha tuviera la oportunidad de contarnos su propia versión de los hechos, tanto a mi esposa como a mí, ya que la habíamos alojado en nuestra casa, a pesar de ser una perfecta desconocida. Su tutor estuvo completamente de acuerdo y añadió, razonablemente, que estaba seguro de que, después de que ella nos contara su historia, nosotros nos sentiríamos muy contentos de que él volviera a encargarse de su cuidado.

Le dije a Myra que llamara a Vera, pero ella me contestó que no sabía dónde estaba la muchacha y que parecía haber abandonado la casa cuando vio que su tutor entraba en ella. ¡Vaya un lío! Y Vassilovitch parecía muy disgustado. Abrió aquellos labios rojos dejando ver los dientes blancos y puntiagudos para emitir una especie de gruñido amenazador, y preguntó a Myra si podía dar su palabra de honor de que no sabía el paradero de la joven. Finalmente, optó por irse, pero no sin antes asegurarnos que volvería dentro de uno o dos días. Myra creyó ver cierto tono de amenaza en sus palabras y modales. Esta sensación se hizo más fuerte pues no sabíamos con seguridad cuáles eran sus pretensiones.

Myra insistió con vehemencia en que Vera no estaba loca.

—Te aseguro, Andy —dijo—, que la muchacha ha sufrido un *shock* nervioso tan terrible que tiene miedo de que nadie la crea si cuenta lo que le ha pasado.

Parece ser que Vera se había escondido en la buhardilla, y como Myra no sabía exactamente dónde estaba decidió que le estaba diciendo la verdad a Vassilovitch cuando le contestó que no conocía el paradero de la joven. ¡Vaya una idea de la verdad que tienen las mujeres! Vera insistió en permanecer en la buhardilla, ya que, si quería, podría arrojarse desde una de las ventanas y morir al instante, como así nos explicó. Ya puedes sacar tus propias conclusiones sobre si quería o no volver al cuidado de su tutor.

Estoy muy preocupado y entristecido, Tom. No me siento capaz de enfrentarme solo a esta situación. Myra dice que Vera está tan cuerda como ella misma, y Vera se pone a llorar histéricamente cuando se le pregunta por el tema, gritando que preferiría morir antes que caer en las manos de Serge Vassilovitch.

Si no puedes venir, hazme saber tu opinión, Tom. Esté o no esté trastornada, su tutor clama que es menor de edad y que se la llevará a casa por la fuerza en cuanto la encuentre. Yo estoy convencido de que ella moriría antes de volver con él. Envío esta misiva por correo urgente. Apresuradamente,

ANDREW

## *Telegrama del Doctor Connors al Doctor Greeley, bien entrada la tarde del día en que se recibió la carta arriba expuesta*

Estaré sin falta contigo esta noche. No pierdas de vista a la señorita Andrevik bajo ninguna circunstancia.

TOM

## *Reanudación del relato del Doctor Connors*

Estudié a la muchacha durante la cena con suma atención. Todo lo que dijo o hizo sonaba verdadero. Llegué a convencerme de que estaba tan cuerda como cualquiera de nosotros, pero sentía una especie de tensión nerviosa que la rodeaba y vi un espíritu entusiasta que sufría bajo sus hermosos y tristes ojos. Sin embargo, en una situación de estas características nunca se pueden hacer juicios definitivos sin una observación detallada, y yo estaba seguro de que había algo que decir o hacer antes de que finalizara la tarde, de forma que pudiera dar con la clave del asunto. Además, había llegado a una conclusión en cuanto a la fuente del problema, la cual supongo que usted ya ha adivinado.

Tras la cena pasamos a la biblioteca, una habitación pequeña y acogedora. El doctor Greeley encendió la luz eléctrica, ya que la señorita Andrevik insistió en que todas las ventanas, especialmente las de la planta baja, estuvieran cerradas y aseguradas por la noche, y el anochecer estaba muy próximo y era bochornoso. Estuvimos hablando relajadamente de cosas sin importancia, hasta que sentí que había llegado la hora de abordar el asunto que me había hecho venir. Me volví hacia Vera, y estaba a punto de tocar el tema que todos teníamos en mente cuando escuché claramente —justo debajo de la ventana de la biblioteca que daba al porche— un singular gemido, una especie de bufido como el que podría producir un animal grande al olisquear a su alrededor.

Vera se quedó petrificada en la silla. Me incliné hacia ella instintivamente y cogí su mano; estaba sentado en la silla de al lado. Tenía la mano tan fría como el hielo, la pobre muchacha. El silencio reinó en la habitación mientras todos escuchábamos con atención.

Distinguimos el sonido de unas garras, almohadilladas en parte, que andaban sobre los tablones del porche; un ruido sordo como el de un animal —cualquiera que fuese— que saltaba la barandilla hacia el jardín; y luego estalló un terrible aullido que hizo botar a Vera en su asiento. Se deshizo de mi mano, se puso en pie y con un gemido de terror se tiró al suelo metiendo la cabeza en el regazo de la señora Greeley. Con la cara tapada no cesaba de gemir:

—¡Es él! ¡Es él! ¡No dejéis que se me lleve!

La señora Greeley me miró con una expresión medio desafiante mientras acunaba la cabeza de Vera con manos maternales. El doctor me observaba lleno de preguntas silenciosas que demandaban una respuesta. Se la di, sabiendo que, al mismo tiempo, ayudaría a que la pobre y atormentada muchacha recuperara el coraje perdido por los recuerdos de sus terribles experiencias.

—La señorita Andrevik no está menos cuerda que cualquiera de nosotros —dije en voz alta—. Voy a susurrar cuatro palabras en su oído, y son tan mágicas —añadí con tranquilidad— que podrá reunir el valor suficiente para contarme los secretos de su corazón y todo lo que no ha querido revelarnos por temor a ser considerada una demente.

¡Con cuánta rapidez la pobre muchacha irguió su pálido rostro en busca de mis ojos y de la ayuda prometida! Hice que se sentara de nuevo en la silla y luego, inclinándome sobre ella, le susurré al oído las cuatro palabras. Usted sabe, mi querido maestro, cuáles son esas palabras. Durante unos momentos se quedó tan rígida como si estuviera en trance; luego la sensación de repugnancia que flotaba sobre ella se esfumó con un sollozo de alivio, mientras la señora Greeley me miraba con miedo de que hubiese herido a la muchacha que ella había llegado a querer como si fuera su propia hija.

—¡Oh! ¿Cómo puedo agradecérselo? —chilló Vera—. Sí, ahora tengo el valor suficiente para contárselo, pues sé que lo entenderá. ¡Si tan sólo pudiera hacerse una

idea de mis propias dudas durante todos estos días acerca de lo que han visto mis ojos, doctor Connors!

Otro aullido, largo y estremecedor, estalló en nuestros oídos. La señora Greeley se volvió hacia mí intentando dar una explicación.

—Se trata de un perro grande —dijo—. Vi cómo se acercaba a nuestro jardín bajo las sombras del anochecer. Es muy grande, de color gris y peludo. Ha estado merodeando por el jardín toda la noche y su aullido es de lo más desagradable. No sé a quién pertenece, pero me encantaría que por las noches ataran a esa bestia — finalizó su explicación con cierto enfado.

Intercambié una mirada con la señorita Andrevik, cuyos ojos me expresaban lo que pensaba, y le contesté de la misma manera. Luego les dije a mis amigos las cuatro palabras que antes había susurrado en el oído de la joven y que habían hecho cambiar por completo su actitud, aflojándole la lengua y haciéndole perder el miedo a contar su historia. Era completamente normal que el doctor Greeley me lanzara una mirada penetrante y cargada de asombro; debía de pensar que me había vuelto loco. Su esposa se contentó con observarme llena de dudas.

—Ya veo que ninguno de los dos entiende mis palabras —sonreí tranquilamente —. Os lo explicaré más tarde. Pero ahora me gustaría saber todos los detalles concernientes al relato de la señorita Andrevik, de manera que pueda decidir qué acción adoptar. Todo depende. Me parece que aquí hay mucho más de lo que se ve en la superficie.

De nuevo nuestra conversación fue interrumpida por el lastimero y ominoso aullido que provenía del exterior. Vera se estremeció, pero ya no parecía tener síntomas de histeria; sabía que había encontrado a alguien dispuesto a protegerla; sus ojos llenos de agradecimiento me lo confirmaban.

—No creo que hayas oído un aullido como ése antes, Andy —le dije al doctor Greeley—. Pero yo he estado cazando por todas las regiones del mundo y, me creas o no, ése no es el aullido de un perro; lo que estás oyendo esta noche es el aullido de un lobo, un lobo realmente feroz, si no ando muy equivocado. El relato de la señorita Andrew sin duda iluminará todo este asunto, aunque no sólo necesitará de su coraje para contarlo sino también de vuestra disposición para creerlo. Antes de que empiece, quiero que sepa que voy a creerme todas y cada una de las palabras que salgan de su boca.

De nuevo busqué sus ojos y descubrí en ellos una elocuente expresión de agradecimiento. Luego le pedí al doctor que me acompañara de nuevo en una ronda por la casa, para estar completamente seguros de que las puertas y ventanas estaban cerradas. Encendí las luces en todas las habitaciones, argumentando tan sólo que era algo necesario, ya que no creía que fuera el momento de entrar en detalles; estaba empezando a sentir que, antes de que llegara la aurora, todos íbamos a ver cosas muy extrañas. Pero como usted me ha enseñado, querido maestro, hice uso de la Luz, en su forma artificial, para combatir a las fuerzas del mal que nos acechaban.

El relato de Vera, que he intentado reflejar aquí con sus propias palabras, comienza de la siguiente manera:

## *La narración de Vera*

Mis padres eran rusos y yo nací en Rusia. Mi padre empezó a ser mal considerado políticamente debido a ciertos asuntos personales, así que le aconsejaron que lo mejor era que abandonara el país. Convirtió todas sus posesiones en oro y nos fuimos los tres a América. Serge Vassilovitch, uno de los hombres con los que mi padre tenía tratos y el causante de su descrédito, nos siguió durante tres años. Ambos habían sido estudiosos de las artes ocultas, por las que mi padre se interesaba profundamente, y fue recibido con los brazos abiertos e invitado a vivir con nosotros.

Entonces tenía unos diez años. Hablaba el inglés con fluidez, ya que había tenido una institutriz, una mujer buena pero un poco simple. Tan sólo conocía la felicidad en mi corta vida, siempre veía a mi madre reír y a mi padre de buen humor. Sin embargo, recuerdo con cuánto asombro empecé a notar que el rostro de mi madre se ensombrecía cuando ella pensaba que estaba sola y con cuánta tristeza la sorprendí llorando más de una vez. Todo esto comenzó a suceder tras la llegada de Serge Vassilovitch.

Mi madre ocultaba todos sus problemas a mi padre, y hasta mucho después no supe la razón de sus lágrimas. Serge Vassilovitch amaba a mi madre y deseaba llevársela lejos de mi padre, a quien, sin embargo, ella seguía queriendo. Él le declaraba su amor una y otra vez, pero ella le rechazaba siempre. Por fin juró que mi madre caería en sus brazos tarde o temprano, lo quisiera o no, y durante algún tiempo la dejó tranquila. Entonces mi madre empezó a estar más triste y a llorar con mayor frecuencia que antes, pues mi padre había caído profundamente en el hechizo de nuestro maligno genio y cualquier cosa que Serge Vassilovitch le proponía era como una orden. Las cosas siguieron así durante cuatro años más. Yo había crecido lo suficiente como para sentirme una mujer y una compañera de mi querida madre, pues contaba veinte años cuando el asunto alcanzó su clímax.

Mi padre había profundizado tanto con Serge en el estudio de las artes ocultas que fue nuestra perdición. Noche tras noche indagaban en impíos volúmenes de magia, aunque estoy segura de que Serge sabía que a mi pobre padre le movía tan sólo la curiosidad y no un deseo malsano. Estaba tan atado al maligno hechizo de aquella encarnación de Satán que finalmente llegó a un punto en el que no podía dar marcha atrás, y llegó a creerse absolutamente todo lo que le decía Serge, incluso para desviar las sospechas de lo que le sucedía a mi querida madre. Mas tarde descubrimos que había redactado un testamento en el que nombraba a Serge como mi tutor y dejaba en sus manos todo lo que en realidad nos correspondía a nosotras por ley; pueden hacerse una idea de cuán ciegamente confiaba mi padre en aquel ser maligno.

Un día la insana pasión de Serge traspasó el límite; los años que había pasado conteniéndose le habían enloquecido aún más. Cogió a mi madre y empezó a besarla y a abrazarla hasta que ella perdió las fuerzas y cayó desfallecida, presa de la vergüenza. Por fin se volvió hacia él y luego le dijo que no pasaría un día más sin que su marido supiera cómo su mejor amigo había abusado de su confianza. Serge se rió delante de ella con desdén. Mi madre le pidió que abandonara la casa de una vez por todas, y él pareció acceder a su petición. Pero ella no se lo creyó del todo, y su momentánea generosidad para intentar tapar todo el asunto y que mi padre no se enterara fue la causa de su perdición.

A la mañana siguiente encontramos en los alrededores de la casa el cuerpo de un niño que parecía haber sido mordido por un perro salvaje. Nosotros no teníamos ningún sabueso, con lo cual nadie podría sospechar de nosotros. Pero mi padre se encerró durante horas con Serge después de aquel descubrimiento, y luego permaneció en su estudio sin permitir que nadie le viera. Por la tarde fue al dormitorio de mi madre donde ambas estábamos haciendo punto y nos besó con tanta delicadeza y gravedad que sentí como si algo especial fuera a suceder. Puso en el regazo de mi madre un paquete envuelto, pidiéndola que no lo abriera hasta que las circunstancias parecieran demandarlo. ¡Extraña petición! Mientras mi madre aún estaba mirando con cara de asombro el paquete envuelto escuchamos un disparo sordo. Corrimos a abrir la puerta de la biblioteca. ¡Oh, mi pobre padre! Había muerto, una víctima inocente de aquel demonio innombrable cuya perversa influencia había arruinado nuestras vidas. Aún sujetaba en la mano el revólver con el que había esperado salvarnos de lo que temía sería nuestro destino.

Cuando superamos la horrible tristeza de aquella experiencia mi madre intentó irse conmigo, pero nuestro severo e implacable guardián se negó a dejarme partir y mi madre no quería dejarme allí sola con él, ya que ahora sabía, gracias a la carta de mi padre, todo el mal que albergaba Serge.

La carta de mi padre fue un terrible secreto que mi madre guardó para sí durante el año que pasamos juntas. Durante ese año mi madre fue torturada de todas las maneras que se puedan concebir por Serge Vassilovitch. Aterrada por lo que pudiera pasarnos, tanto a ella como a mí, jamás me dejó sola ni un momento, a pesar de que, aun en mi presencia, aquel monstruo jamás dejó de insistir para que cayera en sus brazos, con un cinismo tal que, por sí solo, ya era suficiente para revolver el alma de cualquier mujer. Fue hacia el final de aquel primer año de viudedad cuando mi madre descubrió el verdadero significado de la carta de mi padre; y todo gracias al propio Serge.

Mi pobre padre había sido víctima de un maligno complot y se había quitado la vida en la creencia de que así expiaría su crimen no premeditado. Por culpa del hechizo al que Serge Vassilovitch le tenía sometido, había llegado a pensar que, debido a las artes mágicas que ambos practicaban juntos y por causa de ciertos poderes malignos, tenía la facultad de transformarse en un lobo. Fue el propio Serge

el que mató al niño y luego mostró a mi padre el cuerpo destrozado, declarando que, bajo la forma de un lobo, mi pobre padre había asesinado y desgarrado al inocente. Imagínense la consternación y el horror de aquel hombre honesto al pensar que se había dedicado al estudio imprudente de unas artes mágicas que le habían hecho cometer semejante atrocidad. Su remordimiento era terrible. Sentía que, si de manera inconsciente había cometido un crimen así, podría volver a matar a alguien más en el futuro. Creía que no existía otra solución y, como el hombre honesto y noble que era, decidió aplicarla, sin conceder ni tan siquiera a su querida esposa la oportunidad para disuadirle.

El horrible relato de su supuesto crimen formaba el núcleo de la carta que había dado a mi madre. ¡Si hubiera hablado con ella antes de dar aquel último paso! Mi madre sabía que había permanecido toda la noche a su lado. Acusó a Serge, pero éste se rió diabólicamente y admitió que había mentido a mi padre, empujándole así a quitarse la vida.

—Simplemente allané el camino a su heredero —dijo con sorna.

Anonadada por el horror de aquella revelación, mi madre intentó escapar conmigo, pero Serge había proclamado a los cuatro vientos que estaba loca; nos detuvieron y se nos obligó a regresar. El odio y el desprecio se apoderó de su corazón mientras soportaba aquella rutina diaria. Pero una noche, mientras estaba sentada al lado de mi madre haciendo punto, sentí que Serge me miraba de extraña manera. Me observaba con tan horrible expresión que de repente me embargó un miedo atroz y me levanté con un grito, corriendo a los brazos de mi madre. Me apretó contra sí y habló de tal manera que aún me parece estar oyendo sus palabras.

—¿No tienes suficiente con una víctima? —preguntó.

—Bueno —se volvió con insolente indiferencia—, estaba pensando si, después de todo, no sería mejor el fruto que la flor.

Se produjo una larga pausa. Luego mi madre dijo con una voz extraña y dura:

—Está bien, tú ganas. Deja que pase esta noche en paz.

Y aún me abrazaba mientras su trabajosa respiración la hizo estremecerse de los pies a la cabeza.

Serge se marchó lentamente, con una sonrisa siniestra que dejaba entrever sus dientes agudos y blancos, envuelto en un aire triunfal.

Mi madre cerró la puerta. Atrancó la ventana. Luego se sentó, hizo que me pusiera a su lado y me susurró al oído toda la terrible historia. Yo la escuchaba, con el cerebro obnubilado, aunque creía que lo que me estaba contando no era cierto y que la mente de mi madre estaba herida por la trágica muerte de mi padre.

Poco a poco, sin embargo, y debido a la tremenda seriedad con la que me hablaba, a la carta de mi padre y a mis propias sensaciones de miedo y pavor cuando estaba en presencia de mi tutor, empecé a dar crédito a sus palabras. Sólo veía un camino a seguir: intentar escapar, aunque muriésemos en la tentativa. Mi madre tenía muy claro que prefería poner fin a su vida que caer en aquellas zarpas malignas y,

aunque no me decía nada, yo estaba segura de que no me dejaría atrás. Entre susurros maquinamos un plan para escapar aquella misma noche. Tenía el optimismo de la juventud y pensaba que encontraría algún medio para mantener a mi madre y a mí misma. A pesar de su ansiedad, mi madre volvió a sonreírme con dulzura por primera vez en muchos meses.

Cuando la casa quedó completamente en silencio nos dirigimos a escondidas hasta el tejado del porche y mi madre se deslizó por uno de los pilares hasta el suelo, extendiendo luego los brazos hacia mí. Me encontraba a medio camino cuando escuché el grito agónico y cargado de horror de mi madre.

—¡Vera, Vera, vuelve! ¡Sálvate! ¡El revólver! ¡Dios mío, es el lobo de las estepas!

Mientras me gritaba pude ver la enorme figura de una gran bestia peluda que saltaba hacia ella de entre las sombras, arrojándola al suelo. Algo irguió la cabeza en el lugar en el que ella yacía, sus gritos silenciados para siempre, y yo desperté de mi apatía y del miedo mortal que me tenía petrificada y trepé de vuelta a la ventana de mi habitación, lejos del horror de aquellos ojos terribles y fieros, rojos y malignos, que me miraban sobre el cuerpo muerto de mi desdichada madre. Estaba empezando a perder la conciencia, pero me las arreglé para volver a mi habitación, y apenas había cerrado la puerta y corrido el cerrojo cuando oí el golpe sordo de un pesado cuerpo sobre el tejado del porche.

Las palabras de mi madre resonaban en confuso cerebro:

—¡Sálvate, Vera! ¡El revólver…!

Miré alocadamente a mi alrededor bajo la luz de la vela. Vi el revólver sobre la mesa de trabajo de mi madre y lo cogí, gritando a la Cosa que se quedara fuera:

—Si intentas entrar, dispararé. Estoy armada.

La Cosa husmeó durante un rato alrededor del marco de la ventana y luego saltó al suelo. Notaba que mis sentidos me abandonaban y caí de espaldas sobre la cama de mi madre, inconsciente.

Cuando amaneció pude escuchar gritos, el sonido de pasos que iban de un lado a otro y unos golpes sobre mi puerta. No me atreví a abrir; tenía un miedo terrible a todo y a todos en aquella espantosa casa. Escuche los gritos de horror de mi tutor al descubrir el cuerpo desgarrado de mi madre, y sentí que no me sería posible soportar aquellos momentos de intenso sufrimiento. No podía concebir cómo sería capaz de sobrellevar aquel día sin perder completamente la cabeza; recuerdo que varias veces perdí la conciencia durante breves periodos de tiempo.

Al atardecer escuché la voz dura y autoritaria de mi tutor detrás de la puerta.

—¡Abre la puerta de una vez, chica estúpida! —ordenó.

Guardé silencio.

—Si no abres la puerta ahora, Vera, tendré que derribarla.

—Si intentas entrar —contesté con desesperación—, tengo una bala lista para ti.

Se rió con desprecio.

—El hambre te hará salir pronto —comentó en voz alta—. Pero sería mucho

mejor para ti que abrieras cuanto antes.

Sentía que sus palabras ocultaban un misterio demasiado terrible de explicar. Pero permanecí firme. Estaba convencida de que entre Serge y el lobo de las estepas había alguna maligna conexión.

Al rato pareció irse, pues ya no oía ningún sonido. Pero poco después escuché que algo estaba husmeando entre las rendijas de la puerta y que unas garras afiladas arañaban los paneles de madera. ¡Había enviado a la Cosa que mató a mi madre! ¡Qué despiadado era! Antes había oído hablar del lobo de las estepas, pero pensaba que sólo era una superstición, sin embargo mi intuición me decía que lo que estaba al otro lado de la puerta no era un perro.

Le grité que se fuera, y finalmente así lo hizo, pero tan sólo para trepar hasta mi ventana, y aullar y husmear y arañar las persianas.

—¡Vete! —grité de nuevo, con un miedo frío congelándome el corazón—. Si algo intenta atravesar la ventana dispararé en cuanto lo vea.

Los aullidos se desvanecieron. Un silencio ominoso se hizo dueño de la situación. Tan sólo pude escuchar el golpe sordo de la bestia al aterrizar sobre el suelo, delante del porche. Pueden imaginarse la noche tan horrible que pasé, sabiendo que a lo mejor la Cosa acechaba debajo de mi ventana. Nada más amanecer miré a través de las rendijas de la persiana y lo vi por primera vez. En un enorme lobo, peludo y gris; salió de entre los arbustos y se quedó quieto, con las fauces abiertas y babeantes, mirando hacia mi ventana con esos ojos rojos y malignos. Sentía que aquellos ojos podían traspasar las lamas de la persiana y que me observaban mientras yo le espiaba. Levantó la cabeza y emitió un profundo, espantoso aullido.

Luego, mientras miraba, pensé que la vista me estaba engañando, pues de repente se puso de pie como un hombre. Según la luz del sol iba tomando fuerza, el espeso pelaje se fue convirtiendo en una prenda más civilizada, y entonces, bruscamente, en el lugar en el que antes había estado el lobo, apareció mi tutor, mirando hacia mi ventana con una expresión venenosa reflejada en su maligno rostro. Esta vez no perdí los nervios, pues supe lo que tenía que hacer. Recordé todas aquellas viejas historias infantiles acerca del lobo de las estepas que me habían contado durante mi niñez en Rusia. Sabía que en América nadie creía en hombres lobo y que nadie me creería a mí si decía que mi tutor era uno de ellos, incluso era probable que me tacharan de loca, como había sucedido con mi madre. Sólo podía hacer una cosa: tenía que escapar, aunque me costara la vida.

Aquella tarde vi que Serge iba a caballo camino abajo y pensé que era mi oportunidad; pero no fue así. La institutriz, con la pena reflejada en sus ojos, me hizo volver, llamando a uno de los criados para que la ayudara. Me di cuenta de que me tenían encerrada como si estuviera loca, así que regresé y me encerré en mi cuarto. Me sentía débil por la falta de alimento, pero no me atreví a abrir la puerta de nuevo por temor a que mi tutor regresara. Al anochecer volvió a cercarse a mi puerta.

Por entonces lo tenía todo planeado. Le dije que, si me dejaba sola durante diez

minutos después de la puesta del sol, abriría la puerta. Oí que reía suavemente para sus adentros, y supe lo que estaba pensando; él aún no sabía que yo estaba al tanto de lo que era; pensó que yo estaba preparaba para recibir a un amante odioso y, sin duda, estaba elucubrando cómo destrozar mi cuerpo con sus zarpas metamorfoseadas y sus blancos y afilados dientes.

Me dijo que como prueba de mis buenas intenciones debía entregarle el revólver. No me esperaba aquello, pero aun así estaba decidida a seguir con el plan.

—No quiero abrir la puerta ahora —contesté—. Pero te lo arrojaré por la ventana.

—Muy bien, Vera —asintió mi tutor. Oí cómo se alejaban sus pasos hacia el recibidor y supe que se dirigía afuera con la intención de recoger el arma.

Tomé el cepillo que tenía un mango de plata de la mesa de mi madre, abrí la ventana con precaución y cuando oí sus pasos que avanzaban por el camino de grava del jardín lancé el cepillo con todas mis fuerzas, arrojándolo todo lo lejos que pude dentro de los arbustos. Él corrió para recogerlo. Y entonces abrí la puerta y bajé hasta el camino de entrada, agradeciendo a Dios que esta vez no hubiera nadie que me detuviera y rogándole que apareciera alguien del exterior que pudiera salvarme del destino terrible que me esperaba, a no ser que también me quitara la vida.

Apenas había perdido de vista la casa cuando oí un terrible y prolongado aullido de furia. Supe que el lobo de las estepas había encontrado mi puerta abierta y el cuarto vacío. Agarré el revólver, dándome por perdida, cuando escuché el automóvil del doctor Greeley en la carretera. Ya conocen el resto de la historia.

## *Reanudación del relato del Doctor Connors*

La pobre muchacha apenas se atrevía a mirar a los ojos de sus amigos cuando terminó de contar su increíble historia, pero después se volvió con una expresión de súplica hacia la señora Greeley, que evitaba sus ojos y me miraba inquisitivamente. Le contesté con un gesto de asentimiento y luego me volví hacia Vera.

—Mi querida señorita Andrevik, no tengo motivos para no creer en su relato, pues yo mismo he sido testigo de tan terrible metamorfosis en Persia. La licantropía está en decadencia porque los lugares deshabitados y solitarios del mundo —que son los parajes ideales para las fuerzas espirituales del bien y del mal— cada vez están más poblados, y por ello tales manifestaciones son día a día menos frecuentes. Puede descansar tranquila sabiendo que no la creo una demente, y hasta que pueda explicar a nuestros amigos con mayor detenimiento todo este asunto, ellos tendrán que confiar en mis palabras acerca de su buena salud mental; de otra manera jamás habría logrado superar la terrible experiencia a la que se ha visto sometida.

Luego Vera nos dijo que, al ser una menor, seguramente su tutor podría reclamarla legalmente. A lo cual contesté que tan sólo podíamos hacer una cosa: hacer desaparecer aquella amenaza del mundo para siempre. Seguro que entiende

perfectamente que estuviera dispuesto a realizar aquella tarea; el único problema era que si disparaba al lobo sólo quedaría el cadáver de un hombre, de acuerdo a las leyes de la licantropía, y tampoco me gustaba la idea de ir a la caza de Serge Vassilovitch y dispararle a sangre fría —aunque fuera un asesino— y a la luz del día, para asegurar su transformación posterior en lobo, aunque fuera la única manera de salvarme del cargo de asesinato. Lo único que podía hacer ante tal dilema era matar al lobo y luego utilizar cierta fórmula que usted me enseñó a usar bajo ciertas condiciones especiales, según la cual podía transformar permanentemente en lobo el cadáver de Serge Vassilovitch. Por supuesto que las autoridades se asombrarían mucho al encontrar una bestia de semejantes dimensiones en el pueblo, pero no podrían objetar nada a su muerte, especialmente si antes había atacado a alguno de nosotros, que era lo que tenía en mente si se me presentaba la ocasión. Mi objetivo era acabar con él antes de que pudiera hacer daño a nadie, ya fuéramos nosotros o alguien del exterior.

Di órdenes al doctor y a la señora Greeley de que no perdieran de vista a Vera y de que mantuvieran puertas y ventanas cerradas, especialmente por la noche. Aconsejé a Vera que se retirara y que intentara dormir tranquilamente, con la confianza de que alguien que entendía sus problemas velaba por su seguridad. Cuando la señorita Greeley acompañaba a la muchacha escaleras arriba mi amigo se volvió hacia mí y con severa gravedad exigió una explicación de mi «estúpido galimatías». Se la di, mi querido maestro, se la di, muy completa y detallada. Cuando los primeros rayos del sol nos hicieron saber que nuestra guardia había terminado aún estaba explicándoselo a mi escéptico amigo. Le prometí que vería la transformación, y él admitió que aquello sería una prueba suficiente para probar mis «teorías». Se negaba a creer que yo mismo hubiera visto semejante metamorfosis con mis propios ojos.

Durante los tres siguientes días nos mantuvimos cerca de la casa, y al atardecer del tercero vi al lobo de las estepas merodeando detrás de unas matas de arbustos en el jardín; estaba convencido de que esa noche se desarrollaría el último acto de la función. Me había procurado todos los artículos necesarios y esperé con impaciencia la llegada de la oscuridad. Había quitado todos los objetos móviles de la biblioteca, de forma que pudiera disponer de suficiente espacio libre. Hice que el doctor Greeley se situara detrás de una de las ventanas francesas con el revólver listo y coloqué un silloncito en el extremo más alejado de la habitación, ocultándome tras él. Dejé la ventana sin atrancar, de manera que, al más leve empujón, se abriera de par en par.

Habíamos decidido que cuando entrara el lobo, como sin duda haría, a no ser que fuera más cauteloso de lo que yo pensaba, el doctor Greeley cerraría de inmediato la ventana, encendiendo la luz al mismo tiempo. Si la criatura se daba la vuelta y le veía, no tendría más remedio que disparar; si no era así, yo dispondría de una estupenda oportunidad para llevar a cabo mis planes y terminar con aquel terror nocturno de Rusia. Ambos estábamos también armados con un machete de caza, por si acaso nos veíamos obligados a enfrentarnos cara a cara con el lobo.

Todo sucedió como lo había planeado. Apenas llevábamos quince minutos en posición cuando escuchamos el sonido de unas garras avanzando por el porche, y poco después una especie de bufido en la ventana, la cual, con un pequeño empujón, se abrió por completo. La luna se había elevado sobre las copas de los árboles y su tenue luz iluminaba la habitación, haciendo innecesaria cualquier otro foco de luz. Vi que el animal dudaba en el umbral durante un rato; luego entró en la habitación de un brinco y se dirigió hacia la puerta que daba al recibidor.

Por un momento mi corazón se detuvo, atemorizado. ¿Se nos había olvidado cerrar aquella puerta en nuestra ansiedad porque entrase el lobo? No, la bestia se paró de nuevo delante de la puerta cerrada y empezó a andar de vuelta a la ventana. Mi amigo la cerró rápidamente, pero al hacerlo su figura se recortó claramente bajo la luz de la luna y pude ver al hombre lobo. Salí de mi escondite, apunté mi arma y disparé casi al mismo tiempo que el doctor Greeley. A día de hoy aún no se cuál de los dos disparos hizo blanco mortal, ya que ambos afectaron a partes vitales del cuerpo. La enorme bestia gris se retorció en el aire con un movimiento convulsivo mientras un terrible aullido de dolor y rabia salía de sus fauces. El doctor Greeley se echó a un lado justo a tiempo de evitar al lobo que, con la agonía de la muerte, lanzaba zarpazos hacia el lugar en el que había estado mi amigo; luego cayó sobre el suelo, estremeciéndose en un último espasmo.

Encendí la luz y ambos nos acercamos cautelosamente al animal muerto. Luego me volví hacia el doctor, debo confesarlo, con una expresión de triunfo y señale lo que yacía sobre el suelo de la biblioteca. Enfundado en su abrigo de piel gris, manchado ahora de rojo, el cuerpo de Serge Vassilovitch nos miraba con ojos furiosos y granates, completamente muertos.

El doctor Greeley observaba la escena sin poder dar crédito a lo que veía, y luego se volvió hacia mí con una expresión de total incredulidad.

—Habría jurado que era un lobo —dijo lentamente y embargado por el terror.

Me reí.

—Dentro de poco verás, con tus propios ojos, la transformación de este asesino muerto en el cuerpo de un lobo —le prometí.

—Ver es creer —replicó.

El ruido de los disparos había atraído a las dos mujeres, y oímos sus voces que nos llamaban desde el recibidor. Abrí una rendija en la puerta para decirles que todo iba bien y que habíamos acabado con el lobo. Luego añadí que lo mejor era que se retirasen a la habitación de arriba durante un rato y que no bajaran bajo ninguna circunstancia. Aunque el doctor Greeley aún no se daba cuenta de la seriedad de este mandato, vi que Vera Andrevik entendía lo que estaba a punto de hacer, pues sus ojos se abrieron, asustados, y acto seguido se llevó a la señora Greeley, cerró la puerta y oí cómo se alejaban sus voces mientras subían las escaleras en dirección al cuarto de Vera, donde, estaba seguro, ella retendría a Myra hasta que yo acabara mi hechizo.

Cerré la puerta y las ventanas. Luego puse en práctica las enseñanzas que usted

me mostró, querido maestro, poniendo dentro de un círculo al asesino muerto y situándonos mi amigo y yo en el interior de otro círculo doble. Coloqué el brasero en posición, vertí los polvos que había preparado en las brasas encendidas y convoqué por tres veces al Espíritu del Mal. A la primera invocación un silencio mortal cayó sobre nosotros, helándonos los corazones; a la segunda se produjo una ráfaga de viento huracanado que no parecía venir de ningún sitio y cuyo centro era la casa, sacudiéndola como si acabara de producirse un terremoto; a la tercera… ¡oh, mi querido maestro y profesor, hizo bien en enseñarme a controlar mi alma de los embates del miedo! Cuando sentí la cercanía de la esencia del mal materializándose temí por mi amigo e hice que se arrodillara en el círculo interior y que se cubriera la cabeza con las manos. Luego me prepare mentalmente y levanté la cabeza para afrontar lo que estaba a punto de llegar. ¡Fue mucho más horrible de lo que había imaginado!

De más allá de la profunda oscuridad que ahora reinaba en la habitación emergieron unas fuerzas invisibles que empujaban y trataban de romper el círculo mágico que nos protegía. Supe que cualquier síntoma de debilidad por mi parte les permitiría entrar. No me atreví a confiar en mis propias fuerzas y desde las profundidades de mi alma solicité la ayuda de Adonai para que me concediera el valor y las fuerzas necesarias. Y así fue… ¡así fue! Pero el Mal se hacía más y más poderoso, y me di cuenta de que tendría que recurrir a todas las fuerzas de mi voluntad para mantener lejos de mi corazón el miedo que el círculo mágico no podía aplacar, debilitado por mi debilidad. Mantuve mis ojos fijos en el cuerpo que yacía en el otro círculo.

La luna ya no iluminaba a través de las ventanas, pero una luz parecía surgir del lugar en el que mi amigo y yo estábamos arrodillados. También el brasero chisporreteaba de cuando en cuando, lanzando pequeñas lenguas de fuego. Cuando me di cuenta de que ya no podría aguantar más, me dirigí en voz alta al Mal que merodeaba en la oscuridad circundante.

—En el nombre de Adonai, yo te invoco, poderoso Espíritu del Mal, porque no puedes negarte a obedecer al poder supremo. En el nombre del Inefable te conjuro por tres veces para romper el hechizo que hace que este cadáver que antes era un lobo se transforme en hombre después de la muerte. Por su propia elección se convirtió en una bestia, y como bestia debe permanecer. ¡En el nombre de Adonai, te lo ordeno, no vuelvas a darle forma humana! ¡En el nombre de Adonai, te lo exijo, que siga con la forma de la bestia que eligió asumir! ¡En el nombre de Adonai, no le auxilies de nuevo, ni vivo ni muerto! ¡Y ahora, fuera de aquí!

Mientras invocaba el nombre del Poderoso sentí un renovado vigor y coraje, y noté cómo el poder fluía dentro de mis venas, y supe que mis palabras eran autoritarias.

Miré el cadáver que yacía a mi lado y descubrí que la transformación había empezado, así que di unos golpes en el hombro de mi amigo. El doctor levantó la

cabeza con cautela; tenía el rostro ceniciento y demacrado, pues había sentido muy cerca de nosotros la influencia del Mal y, al igual que yo, no estaba preparado para resistirla y superarla. Sus ojos se dirigieron al otro círculo mágico y, bajo el suave resplandor del brasero, vi cómo se dilataban llenos de asombro e incredulidad.

Juntos vimos la transformación del cuerpo de Serge Vassilovitch en el lobo de las estepas, con cuya forma permanecería para siempre. ¡Por fin mi amigo se ha convencido de que mis «teorías» no son inventadas!

Cuando la metamorfosis terminó sentí como si mi espíritu se inundara de luz y alegría, y supe que el Mal que nos rodeaba, el cual había invocado para llevar a cabo este trabajo, estaba a punto de partir. Una nueva ráfaga de viento azotó la casa, desapareciendo del mismo modo que había sido engendrada y, mientras se esfumaba, la luz de la luna se abrió paso entre las nubes que la tapaban, brillando con todo su esplendor e iluminando el cuerpo del gran lobo gris que yacía en el interior del círculo mágico. Salí de nuestro propio círculo y encendí la luz.

Los ojos de mi amigo se encontraron con mi sonrisa y me impresionó ver todo el terror que aquella experiencia había dejado en su mirada.

—Mi querido Tom —dijo finalmente—, estoy totalmente de acuerdo con *Hamlet*. Existen cosas más extrañas de lo que pensamos. Es mejor dejarlas en paz, viejo amigo.

Ambos reímos, pues la terrible experiencia había pasado y nuestros espíritus perdían poco a poco aquella sensación de repugnancia.

Al día siguiente entregamos el cuerpo del lobo a las autoridades. Sugerí que a lo mejor había escapado de alguna atracción de feria, y ellos aceptaron semejante explicación.

La señorita Andrevik fue adoptada legalmente por mis amigos, los Greeley, y la fortuna de su padre le fue finalmente devuelta tras la inexplicable desaparición de su tutor, Serge Vassilovitch. Ahora es una muchacha tan alegre como puede esperarse de una joven que ha tenido que soportar una experiencia tan terrible y espeluznante. Debo añadir que su extrema juventud y el amor que todos le profesamos seguramente la ayudarán mucho a recuperar su alegría infantil que tan horriblemente le habían arrebatado.

No tengo más que decirle por ahora, maestro, excepto que uno de estos días haré que Vera me acompañe para recibir sus bendiciones. Todavía no he hablado con ella, pero nuestras miradas dicen mucho más de lo que nuestros labios están dispuestos a admitir.

Saludos, oh Amdi Rubdah, de su pupilo,

THOMAS CONNORS

# ARTHUR J. BURKS

# [1898-1974]

Arthur J. Burks fue un consumado escritor profesional de las revistas *pulp*; era capaz de producir cualquier tipo de historia que se le pidiera. Como ejemplo de su versatilidad podría servir perfectamente el siguiente artículo publicado en la revista *New Yorker* el 15 de febrero de 1936, titulado «Burks de los *pulp*s»:

«La media de palabras escritas al día por Burks es de cuatro mil. Pero cuando la situación lo requiere, Burks puede triplicar o cuadruplicar esa cantidad. Por ejemplo, una vez *Sky Fighters* se puso en contacto con él a las diez de la mañana y le pidió tres cuentos, que hacían un total de unas doce mil palabras. A las seis de la tarde había terminado de escribirlos, y el señor Burks ganó doscientos cincuenta dólares en un solo día de trabajo. Jamás releía sus relatos, ya fuera recién escritos o tras su publicación, y tampoco le importaba lo que los editores hicieran con ellos».

Uno de sus colegas de profesión decía que Burks estaba tan concentrado cuando se sentaba delante de una máquina de escribir que nada ni nadie podía distraerle de su trabajo. Contaba que Burks una vez se encontró una máquina de escribir en un bar muy ruidoso que solía frecuentar, y que apostó con uno de sus colegas a que sería capaz de escribir un cuento de un tirón y vendérselo al editor en tan sólo media hora. Varias horas después, tras teclear su historia y conversar con varios de los clientes del bar, agrupó las hojas escritas a toda prisa y caminó unas cuantas manzanas hasta llegar a las oficinas de un editor de revistas *pulp*. A los quince minutos estaba fuera con un cheque en el bolsillo.

El columnista del *New Yorker* que presentó a Arthur J. Burks a sus lectores con el párrafo anteriormente expuesto sobre sus capacidades productivas, también escribió:

«Como en un trance, nos encontramos en una suite del Hotel Knickerbocker hablando con el as de los escritores de las revistas *pulp*. El escritor *pulp* es aquel que escribe para esas numerosas revistas impresas en papel de mala calidad (*Horror Stories, Detective Tales*, *Livid Tales, Ace Sports*, y otras muchas). El escritor con el que estábamos hablando era el señor Arthur J. Burks. “¿Es cierto”, le preguntábamos, “que usted escribe un millón y medio de palabras al año?”. “Por supuesto”, dijo el señor Burks, añadiendo con desdén, “Un millón y medio es lo normal. Hay un montón de escritores *pulp* que producen más que eso”. Según parece, el señor Burks no es el escritor *pulp* más prolífico, pero sí el más versátil; con la misma facilidad e indiferencia nos dice: “de policías, animales, Oeste, misterio, terror, aviones, de la Guerra Mundial, aventuras, seudociencia”. Hace una pausa para respirar. “Y sobrenaturales”, añade. Según sus estimaciones, ha escrito unos mil doscientos

relatos para un total de doscientos cuarenta revistas desde que vendió su primer trabajo en 1924».

La prolijidad de algunos de los escritores de las revistas *pulp* de los años treinta es materia de leyendas. Nadie pretendía que sus obras tuvieran demasiado valor literario; escribían para hacer dinero y entretener a las masas, como la televisión lo hace hoy en día. Pero siempre existían excepciones. «Un escritor *pulp* que no sea capaz de escribir cuatrocientas líneas en una semana no merece ese nombre», decía Burks, que no veía la necesidad de disculparse por escribir para una audiencia de veinticinco millones de lectores. Se trataba de una buena suma de dinero para aquellos oscuros días de la Depresión, desde luego bastante más de lo que se solía pagar por cualquier empleo de oficina. Las ganancias del editor jefe de una revista *pulp* estable estaban un poco por encima de la media, con un salario aproximado de 125 dólares por semana, y uno no puede menos que preguntarse si envidiaban la habilidad para ganar dinero de hombres como Arthur J. Burks.

Sin embargo, no todos los escritores *pulp* tenían la imaginación y la disciplina mental necesarias para trabajar sin descanso un año tras otro; pero Burks parecía estar a sus anchas en este competitivo ambiente. Seguramente el único escritor que superó a Burks fue H. Bedford Jones. Según se comentaba en un artículo del *New York Times*, solía levantarse por la mañana y encender un tocadiscos en el que sonaba la misma canción una y otra vez, y luego iba de una máquina de escribir a otra, generalmente cuatro o cinco, escribiendo las correspondientes novelas o relatos a un mismo tiempo.

Burks trabajaba vivía la mayor parte del año en una habitación del Hotel Knickerbocker, de Nueva York. Los veranos se trasladaba a Connecticut con su esposa (que hacía de agente comercial del propio Burks) y con su vieja máquina de escribir Underwood. Su obra apareció publicada con su propio nombre y con otros varios seudónimos, incluyendo Estil Critchie (que transformaba en «Esther Critchfield» cuando escribía para las revistas *pulp* de tema amoroso), Burke MacArthur, Teniente Frank Johnson, Teniente Scott Morgan, Spencer Whitney y sin duda muchos otros.

El uso de los rangos militares como seudónimo no era por simple capricho, ya que Burks había sido cabo del Cuerpo de Marines de Estados Unidos. Después de licenciarse en 1919 ingresó en la reserva con el cargo de subteniente. Aquel mismo año empezó a trabajar como administrativo de la Oficina del Censo, en el Departamento Comercial de los EE UU, Washington, DC. Volvió a la actividad militar con el Cuerpo de Marines en 1921. Después de trabajar en el centro de adiestramiento de reclutas de Parris Island, Carolina del Sur, fue enviado a la República Dominicana, donde participó en la elaboración de mapas de la república y como miembro del departamento de inteligencia hasta 1924.

Aunque había empezado a escribir en 1920, no fue hasta su destino en el Caribe, donde la gente del lugar y las leyendas del vudú prendieron en su imaginación,

cuando comenzó a vender sus cuentos a *Weird Tales*. Muchos de estos relatos, con frecuencia considerados de lo mejor de su obra en el campo, formaron la base de la recopilación que Arkham House editó en 1967 con el título de *Black Medicine*.

En 1924 Burks residió una breve temporada en Haití, antes de ser destinado a San Diego, California, como ayuda de campo del General Smedley D. Butler, con quien más tarde colaboraría en un libro. Cuando Butler fue destinado a China en 1927, Burks le acompañó, ayudando en la producción de una película rodada en el interior de la Ciudad Prohibida de Pekín. Burks renunció al Cuerpo de Marines en 1928 y se trasladó a Nueva York. Allí se lanzó a una carrera como escritor a tiempo completo que duró 13 años, y en la cual produjo todo tipo de literatura imaginable para las revistas *pulp*, logrando escribir entre uno y dos millones de palabras por año. Fue uno de los fundadores del Gremio de Escritores Americanos a principios de los años treinta, el cual presidió durante cuatro años. En seguida se abrieron sedes en casi todas las ciudades más importantes del país. Durante esa década Burks también escribió para los periódicos y el sindicato, al igual que para la radio y las compañías cinematográficas.

Burks volvió al ejército cuando Estados Unidos entró en la Segunda Guerra Mundial, esta vez con el cargo de capitán, y de nuevo fue destinado a Parris Island, donde se le promovió a mayor y estuvo encargado de supervisar los entrenamientos básicos de cerca de 17.000 hombres y oficiales. En 1944 fue enviado a Cuba para adiestrar a los marines en las tácticas de guerra anfibia y para el combate de asalto a navíos y la destrucción de barcos a la hora de atacar las principales islas en poder de los japoneses. Volvió a la reserva en 1946, con el rango de teniente coronel.

Por aquel entonces, la carrera de Burks como escritor *pulp* estaba llegando a su fin. Siguió escribiendo para las revistas, hasta que éstas desaparecieron en el olvido, pero empezó a interesarse en otros temas. A finales de 1946 Burks pasó varios meses en la Misión Franciscana Alemana, cerca del río Cururú, al norte del Matto Grosso, en Brasil, en donde aprendió que los indios mundurucú de aquella zona jamás habían padecido el cáncer. Volvió a Brasil en 1947 y residió allí durante todo un año, recolectando cerca de 400 especies de plantas que eran utilizadas por los mundurucú con fines médicos. Estas muestras fueron desecadas y remitidas al Instituto Sloan Kettering de Investigación del Cáncer, en Nueva York. Durante su segunda estancia en Brasil escribió el bosquejo de un libro sobre la misión, que más tarde, en 1951, fue publicado con el título *Bells Above the Amazon*. Fue seleccionado por la Asociación de Bibliotecas Americanas como uno de los quince Libros Religiosos Excepcionales del Año. La atmósfera cultural que absorbió durante su estancia en Brasil influyó en varios de sus últimos relatos, como «Black Medicine» y «Fórmula rítmica».

En 1948, Burks se trasladó a Paradise, Lancaster Co., Pennsylvania, donde residió hasta la fecha de su muerte, acaecida en 1974, escribiendo libros, artículos y relatos ocasionales para las revistas, dando conferencias y llevando un programa de radio seis días a la semana para la WLAN de Lancaster. Más adelante se interesó por las

cuestiones metafísicas y fue ordenado ministro de la Alianza Espiritual Cristiana y de la Iglesia de los Ángeles de la Sabiduría a lo largo de su vida, Burks escribió o colaboró en unos 35 libros, incluyendo 7 volúmenes que desarrolló en China con la princesa Der Ling, primera dama de la Emperatriz Dowager Tzu Hai de China. También hizo de «escritor fantasma» en muchos libros y artículos de revistas que aparecieron bajo el nombre de personas famosas.

A pesar de la prodigiosa cantidad de su obra escrita, Burks es recordado sobre todo por un pequeño número de cuentos sobrenaturales, la mayoría de los cuales fueron publicados al comienzo y al final de sus días de escritor *pulp*. Mientras tanto, produjo muchas otras obras lineales de horror para varias revistas sobrenaturales. Como señala Robert Kenneth Jones en *The Shudder Pulp*s, la mayoría de los cuentos de Burks son piezas típicas. Están repletas de voces espectrales, caras fantasmagóricas que aparecen en las ventanas, ojos ardientes que miran en la oscuridad, perros que aúllan misteriosamente en la lejanía y maldiciones que anuncian los terribles acontecimientos que van a tener lugar.

Stefan Dziemianowicz ha escrito que Burks fue «un maestro en el desarrollo de estos clichés de manera tan efectiva que no necesitaba hacer uso de la verbosidad que la mayoría de sus colegas necesitaban para dar interés a la historia». Con frecuencia se citan «Voodoo» y «Black Medicine» como ejemplo, a pesar de que ambos relatos son poco más que una somera descripción de los truculentos rituales del vudú.

Y precisamente en eso, según mi punto de vista, reside uno de los principales defectos de Burks: sus cuentos típicos generalmente transcurren durante un periodo de tiempo en el cual se introduce la historia al lector mientras la acción ya está desarrollándose, finalizando con la misma brusquedad con la que han comenzado. La mayoría de sus relatos no están bien situados en el tiempo porque se esforzó muy poco en pulir o estructurar la trama. Esto hace que algunas de sus mejores historias queden un tanto empañadas. «Fórmula rítmica» (relato incluido en esta antología), y los primeros cuentos que escribió para *Weird Tales*, no dan la sensación de que fueran escritos simplemente para conseguir algo de dinero; y sin embargo, seguramente sí fue ése el principal motivo.

La afirmación de Burks acerca de que jamás releía sus cuentos, ya fuera en manuscrito o tras su publicación, parece ser cierta. En enero de 1947, cuando se hallaba en tratos con Derleth sobre la edición de una antología de sus cuentos, escribió: «Prefiero que usted seleccione los cuentos. Debo de estar haciéndome viejo pues no me acuerdo de ninguna de esas historietas, ni de «A Broken Lamp-Chimney» ni de «Voodoo». La noche pasada leí «Ghosts of Steamboat Coulee» en *Who Knocks* [una antología editada por Derleth] y me resultó un cuento totalmente nuevo. Está claro que pertenezco a una generación anterior».

Unos meses más tarde añadió: «Tengo una idea para un artículo en el *Writer's Digest* basado en… esas viejas historietas… escritas antes de que supiera, o esperara, hacer dinero con la literatura. Eran *mías*. Todos esos millones de palabras que produje

y vendí desde 1930 en adelante, los editores asumían que estaban escritas por mí. En su tiempo significaron un montón de dinero, pero podían haber sido escritas por cualquiera».

Desde un punto de vista histórico, Burks fue uno de los escritores *pulp* más coloristas de su tiempo; y posiblemente fue así gracias a los numerosos viajes que hizo y a la cantidad de experiencias que tuvo lejos de las páginas de las revistas *pulp*. Todo esto le sitúa junto a escritores de la talla de Arthur O. Priel, Gordon MacCreagh y Theodore Roscoe, que viajaron y explotaron las junglas primitivas y ciertos lugares subdesarrollados del mundo antes de que fueran mancillados por la civilización moderna.

# FÓRMULA RÍTMICA

## ARTHUR J. BURKS

Russ Creavey había pasado la mayor parte de su vida en las junglas de Brasil. Había trabajado muy duro en sus proyectos, aunque jamás había conseguido demasiado dinero ni fama, a veces ni tan siquiera lo suficiente para poder vivir decentemente, aunque lo último, la fama, le dio suerte y se casó con dos ricas mujeres, una después de la otra. Asesinó a las dos con el *sapkaure*, una fórmula de los indios mundurucú. Apenas nadie había sospechado. Ambas mujeres, después de darle todo el dinero que demandaba y asegurarle ante cualquier futura necesidad, le hicieron beneficiario de sus cuantiosos seguros de vida. Este hecho habría sido suficiente para que la ley actuara en consecuencia si la ciencia médica no hubiese informado que ambas muertes fueron producto de un «ataque al corazón». Las compañías de seguros no pusieron ningún reparo al pago de ambas cantidades.

Los asesinatos se habían producido en un lapso de varios años y los seguros de vida fueron contratados en distintas compañías.

Era un hombre libre, independiente, más de lo que jamás había soñado. Podía equipar y financiar la expedición al Amazonas más grande que uno pudiera imaginar, si ése era su deseo.

Russ Creavey tenía cincuenta años, era un hombre paternal, de pelo canoso y todo un caballero. Su nombre era bien conocido en los medios científicos. Como etnólogo no tenía rival. Pronto descubrió que el trasfondo científico era una estupenda tapadera para el crimen. El enfoque científico también descartaba cualquier remordimiento de conciencia. Sus dos ricas esposas, gracias al dinero, habían pretendido atarle, quitarle la libertad. Sobre todo habían intentado apartarle de la selva.

Mató a Hermine, su primera esposa, con la que se había casado a los cuarenta y cuatro años de edad, y luego pasó dos deliciosos años en la jungla, sin apenas acordarse del dinero que le había dejado. Había sido en el Cururú Alto, en las tierras inexploradas de los Waiaunen, donde se encontró por vez primera con Hakaiapömpö, el curandero, que le había enseñado el ritmo del *sapkaure*, el ritmo asesino que el anciano había descubierto y cuyo secreto guardaba celosamente pues podía matar a sus enemigos sin que nadie le acusara o le condenara al exilio.

—Pongo aceite de *chiririshep* en el café —le dijo a Creavey—, o se lo receto y hago que sus esposas se lo administren. Luego, por la noche, con sumo cuidado, hago uso del ritmo. ¡Hay que ser muy cauteloso para no hacer ruido y que alguien te descubra!

Creavey quería saber más.

—Cuando la víctima está dormida —dijo Hakaiapömpö—, tan sólo tienes que usar la palma de la mano, así, subiendo y bajando el ritmo. Eso hace que su abdomen vibre en *este* punto particular y acomoda el ritmo de su corazón. Cuando está sintonizado puedes incrementar el ritmo de las palmadas. Los latidos del corazón se incrementan hasta un punto en el que ya no puede resistirlo, y sufre un ataque.

Creavey pensó que, de funcionar, podría tratarse del crimen perfecto. No le creyó hasta que el viejo Hakaiapömpö se lo demostró con un prisionero gaiapo.

Generalmente, cuando Creavey volvía a Estados Unidos, después de algún viaje espectacular, solía actuar de manera brusca e impaciente con las mujeres que le asediaban cuando daba alguna charla en los clubes, o que le escribían al hotel. Había tenido varias oportunidades de casarse por dinero. Pero no lo había hecho. Ahora, conocedor del ritmo secreto del *sapkaure*, ya no tenía reparos en casarse por dinero. Hermine incluso se lo hizo más fácil de lo que esperaba; no dejaba de fastidiarle, haciendo que deseara matarla; le mimaba en público, y hacía propaganda en los periódicos de todo el dinero que se gastaba en él y en sus expediciones científicas. Ansiaba la fama, como la mayoría de las mujeres que le habían molestado en anteriores ocasiones.

Hakaiapömpö le había proporcionado la corteza en polvo del *chiririshep*. No le había explicado nada a Hermine. Tan sólo echó un poquito en el té antes de que se fuera a la cama, esperó a que se durmiera, y empezó a batir las palmas de la mano con el ritmo preciso y cuidadoso del *sapkaure*. El viejo Hakaiapömpö había sido un profesor meticuloso, que no dejó de enseñarle hasta lograr la perfección. Era como un hechizo. En seguida supo cuando despertó la mente de Hermine. Le sonrió burlón nada más abrir los ojos, unos ojos nublados por la droga. Al principio ella no se dio cuenta de lo que la iba a hacer. El palmoteo de las manos era lento, balsámico, apacible, hasta que el corazón se acompasó al ritmo, luego incrementó la velocidad y los latidos comenzaron a sofocar a la víctima hasta que el corazón se paró del todo. Fue divertido hablar a Hermine mientras moría.

Sus ojos mostraban entendimiento. Le suplicaban. Le decían que estaría de acuerdo con todo lo que él quisiera. Pero él sabía que era mejor no darle ninguna oportunidad. Si lo hacía ella le quitaría todo el dinero que le había dado y cancelaría su póliza de seguros.

La conocía muy bien en asuntos de dinero. Le daba miles de dólares en público y se los quitaba luego en privado.

Tardó cerca de una hora, en el transcurso de la cual cualquier interrupción por parte de alguien podría haber terminado en catástrofe —aunque no pensó en ello hasta más tarde—, pero finalmente su corazón se detuvo, el cuerpo se relajó y los ojos dejaron de mirarle acusadoramente. Resultó algo cansado, pero el crimen le había hecho rico.

Sin un momento de duda llamó al médico personal de Hermine. No había marcas en el cuerpo. Le dijo al doctor que había estado leyendo hasta tarde, mientras

Hermine permanecía en su dormitorio, y que luego la había encontrado muerta cuando fue a acostarse.

—Un ataque al corazón —dijo el doctor—. Estaba predispuesta a ello.

La segunda afirmación ayudó. Ni tan siquiera lo sabía. La suerte parecía estar de su lado, después de no haber tenido ninguna en las finanzas. Después del funeral de Hermine, cuando pudo volver a la selva sin levantar sospechas, fue directo al nacimiento del río Cururú para encontrar al viejo Hakaiapömpö, si es que aún estaba vivo. El anciano había escapado de otros muchos asesinatos. Russ Creavey no había olvidado el dialecto mundurucú. Una vez había pensado que, si alguna vez se casaba, sería con una de las familiares de Hakaiapömpö. Así se lo había dicho y el viejo estaba encantado. Ahora, con una sonrisa en los labios, Russ Creavey volvió a proponérselo.

—No —dijo el indio—, ahora no. Podías tener la tentación de practicarlo, pues ya conoces el secreto. Con un asesino en la familia es suficiente. Además, ¡quiero demasiado a mis parientas femeninas como para exponerlas a la muerte!

Russ Creavey pasó seis meses con el anciano en su *maloca*, sólo para descubrir que echaba de menos la civilización, mucho más de lo que la había echado en falta en sus anteriores *años* de viajes por la jungla. Volvió a casa. Se produjeron las habituales entrevistas y charlas…

¡Y Karen!

Hubo otras además de Karen, pero ella era la más persistente, la que más se interesó en su trabajo y la que más dinero tenía. Así se lo dijo ella. Sus investigaciones privadas confirmaron sobradamente aquella afirmación. Había estado casada con anterioridad dos veces, lo cual no le importó hasta que, después de la boda, empezó a compararle de manera bastante desfavorable con sus dos anteriores maridos.

Empezó a practicar el ritmo de nuevo, concediendo a Karen todos los caprichos que se le antojaban hasta que consiguió que se hiciera un seguro de vida en el que le dejaba más dinero incluso que la propia Hermine. La contó la historia de su vida, hablando con respeto de su primera esposa —tuvo que hacerlo ya que su anterior boda fue un acto público y él era un personaje famoso— y contándole todos los detalles que ella quería conocer sobre las expediciones en las que había participado. Pero no le dijo cómo había muerto Hermine, ¡hasta el momento en el que ella estaba muriendo de la misma manera!

Estuvo con Karen casi dos años. Luego practicó el ritmo del *sapkaure* en ella. Se despertó y descubrió que no podía moverse ni hablar, tan sólo oír y sentir.

—¡Estoy harto de ti, querida! —le dijo Russ Creavey—. Esto mismo le hice a Hermine cuando ya no podía soportarla. Eres la única persona en el mundo que lo sabe.

Sintió el horror en el cuerpo de ella, lo vio en sus ojos, lo oyó en el creciente latir de su corazón mientras sus experimentadas manos palmeaban apenas sin producir ruido, llevando a su cuerpo al sitio adecuado, siempre al sitio adecuado… subiendo… bajando… golpeando suavemente…

Hasta que sufrió el ataque y falleció, haciéndole dos veces más rico de lo que ya era, a menos que le descubrieran. Sus dos esposas habían muerto de un ataque al corazón, y lo llamasen como lo llamasen, este simple hecho habría traído consigo un aluvión de preguntas si su importancia hubiera sido menor en los círculos científicos. Simplemente, nadie cuestionaba a Russell Creavey.

Por segunda vez escapó de la acusación de asesinato. Se hallaba «roto por el dolor», como decían los periódicos, y deseando volver a la selva, pero esta vez para permanecer allí. Todo lo que aprendiera allí lo haría público; todo lo que recolectara lo enviaría allá donde pudiera ser útil a la humanidad. Haría que las muertes de Hermine y Karen, se dijo a sí mismo con ironía, tuvieran algún significado. No existía ninguna razón por la que no pudieran ser mártires de la ciencia, aunque nadie excepto él lo sabría.

Cuando pasó un periodo de tiempo suficiente informó a la prensa sobre los detalles de su siguiente expedición al nacimiento del Cururú. Le urgía volver a ver a su maestro del crimen. Ambos se entendían a la perfección. Había mujeres y muchachas en la tribu muy atractivas. El anciano no se opondría a que se casara con alguna que no fuera de su familia. Si finalmente se cansaba —sonrió cuando la idea le vino a la mente—, a lo mejor Hakaiapömpö podía ocuparse con sus propias manos de deshacerse de ella. De cualquier manera, tenía que hablar con él de todo eso. Esta vez, comunicó a la prensa, dejaría la civilización para siempre. Acabaría sus días en la selva. Su foto, sus poses más distinguidas, dieron la vuelta al mundo.

Era completamente natural que tanto los hombres como las mujeres interesadas en sus proyectos contactaran con él. No pensó nada raro cuando Leslie Deane, una exploradora notable con algo menos de cuarenta años de edad, le solicitó una entrevista. Se había cruzado varias veces con él en regiones extranjeras, dijo, aunque no mencionó dónde. Él sabía bastantes cosas de la mujer. Era tan famosa en su especialidad como él lo era en la suya; más incluso, ya que se trataba de una mujer.

—Seguramente está celosa —pensó cuando decidió recibirla—. Intentará conseguir dinero a costa de mi nombre. Estoy seguro de que va a proponerme algo. Todo el mundo tiene algo que pedir.

Sin duda se trata de la típica mujer con apariencia hombruna, brusca, que aprieta la mano al saludar con dedos huesudos. Seguramente existía alguna buena razón por la cual no se había casado, aunque ya se había encargado de apuntar que estaba demasiado ocupada explorando todos los rincones del mundo. Sin duda era una mujer dura. Pero había una cosa que compartía con la mayoría de los científicos: apenas disponía del dinero suficiente para alimentarse, vestirse y pagar un lugar de residencia. Lo había investigado antes de concederle la entrevista.

—Es posible que busque dinero, pero no, no puede ser eso; pensará que soy tan pobre como ella.

Últimamente no se había hecho ninguna mención reciente en los periódicos sobre su herencia.

Leslie Deane le sorprendió. Vio unas fotos, supuestamente suyas, que habían aparecido en los periódicos y revistas, y se asombró. Vestía con elegancia, parecía más joven de lo que era, no tenía el pelo gris, ni llevaba gafas y no parecía una científica. Era tan diferente de lo que había imaginado que creyó necesario probar sus conocimientos técnicos con varias preguntas. Estaba perfectamente cualificada. Incluso más que él mismo.

—Estoy encantado de que haya venido a mí —le dijo—. No creo que me precipite si le pregunto qué es lo que quiere.

—Se lo diré —respondió ella—. Quiero ir a la selva con usted.

No lo preguntó. Fue una afirmación. Tras marcharse, al acabar la entrevista que finalmente duró varias horas, se preguntaba cómo era posible que hubiera vivido sin su compañía durante tantos años. No le sonsacó dónde se había cruzado antes con él. Jamás se le ocurrió pensar, por ejemplo, que a lo mejor también conocía a Hakaiapömpö. Como si realmente no hubiera más tonto que un viejo tonto, se olvidó por completo de semejantes cosas. No recordaba dónde la había pedido en matrimonio o si simplemente ella le había envuelto en sus brazos, llevándole al juzgado más cercano.

No quería absolutamente nada de él, le dijo, salvo la oportunidad de avanzar en sus trabajos y pasar el resto de su vida a su lado. Conocía y amaba la selva —especialmente las africanas, aunque esta vez su destino era Venezuela— y podía pasar años y años en ellas sin ningún problema.

No quería nada, siguió insistiendo, aun cuando él puso a su nombre todas las cuentas bancarias, le dio sus talonarios de cheques y se hizo un seguro de vida ya que las primas a su edad eran *muy cuantiosas*.

¿Cómo, en el nombre de todos los cielos, había considerado alguna vez casarse con una mujer mundurucú «hasta-que-la-muerte-nos-separe»?

Fueron en barco para tardar más en llegar, una semana. Hubo días de holganza y noches completamente perfectas. Estaba locamente enamorado de ella.

Y así siguió hasta que recibió el primer, y último, *shock*.

La quinta noche desde la partida, se despertó y descubrió que era incapaz de moverse. Tan sólo podía pensar, oír y sentir; y lo que oyó fue la suave y dulce voz de Leslie Creavey.

—Esto va a ser un golpe muy duro para ti, Russell —canturreó—. Pero también fue un golpe para mí descubrir el polvo del *chiririshep* en tu macuto y darme cuenta de que el hombre que había estado siguiendo durante tantos años había asesinado a sus dos esposas. ¿Tienes alguna razón para llevarlo ahora contigo, querido? ¡Ah, claro, no puedes responderme más que con los ojos! ¡Y debo decir que no parecen

muy amistosos!

Fuera, en medio de la noche, podía oír el murmullo del Atlántico tras el ojo de buey. Generalmente aquel sonido le relajaba. Ahora parecía rugir dentro de sus oídos. Su Leslie continuó:

—Una mujer en mi posición —dijo— tiene que cuidar de sí misma o si no está perdida. Seguiré con tu trabajo, por supuesto, durante más años de los que tú habrías podido vivir, ya que eres viejo. No puedo decir que lo sienta; ¡creo que estoy empezando a aburrirme del matrimonio y, desde luego, de ti!

Conocía a la perfección el ritmo del *sapkaure*.

Siguió hablando y él escuchó todo lo que decía, aunque no podía hacer nada. Afortunadamente, su corazón no fue capaz de soportar tanto como lo habían hecho el de Hermine y Karen.

—Por supuesto, Hakaiapömpö no me habló de ti —fueron las últimas palabras que pudo escuchar—, ¡a pesar de que fui alumna suya más tarde que tú!

# RAY DOUGLAS BRADBURY

# [1920-2012]

Poco puede añadirse a los numerosos comentarios críticos que se han escrito sobre la figura de Ray Bradbury, sin llegar a ser redundante, sobre todo si tratamos de la sensación de maravilla y pavor con las que impregna sus relatos, y el entusiasmo que muestra en toda su obra. Pocos escritores de nuestros días poseen la habilidad de transformar un cuento de ciencia ficción de una revista *pulp* en una pequeña obra de arte. Esto se basa en el hecho de que, en los últimos cuarenta años, libros como *Crónicas marcianas* y *Fahrenheit 451* han llegado a convertirse en lecturas obligadas en muchas universidades y colegios de habla inglesa.

E. F. Bleiler, en el artículo correspondiente del libro *Science Fiction Witers* (Scribner's, 1982), hace esta interesante valoración de la obra de Bradbury: «Quizás la palabra "encantamiento" es la que mejor define la obra de Bradbury, encantamiento en el sentido de que parece hechizar a sus lectores. Los deleita, los embruja, los cautiva completamente con sus evocaciones verbales, con sus visiones de un pasado intemporal, de un futuro seductor y de un presente desafiante. Su entusiasmo es contagioso, la respuesta emocional profunda y la percepción de su intuitiva vida interior parece intensificar lo meramente ordinario. Por otra parte, su habilidad para comunicar este entusiasmo, percepciones o emociones hacen de él una genuina *rara avis*, un escritor que es respetado al mismo tiempo por sus colegas y amado por sus lectores. Es un fenómeno realmente extraño».

Bleiler añade que Bradbury no alcanzó el éxito con demasiada facilidad. «No llegó de la noche a la mañana, acompañado de fama y fortuna. Más bien fue fabricándolo "paso a paso", trabajando cada uno de sus cuentos, destruyendo un montón de páginas que consideraba de poca calidad».

Podemos percibir el entusiasmo de Bradbury en la carta que escribió a Derleth el 4 de marzo de 1950: «Las anteriores 8 semanas han sido increíbles. He vendido 2 cuentos de ciencia ficción a *Collier's*, otro a *The Post*, otro a *Esquire*, otro más a *Coronet*, un relato a *Charm*, otro al *Philadelphia Enquirer*, 4 a los *pulps*, 3 a la radio y otros 4 a diversas antologías. ¿Estoy empezando a parecerme un poco a Derleth? Pero me apresuro a añadir que, aunque parezco muy prolijo, la mayoría de estos cuentos fueron escritos a lo largo del año pasado y ahora los he vendido en una racha de buena suerte, casi todos en enero. La ciencia ficción está creciendo como un monstruoso pastel, gracias a Dios, y creo que todos vamos a beneficiarnos mucho de ello. Qué extraño resulta pensar ahora en la casa de mi abuela, allá por el año 1928, cuando era un simple huésped lleno de acné de mi abuelita y ella, con sus largas

piernas encima de los brazos de un sillón orejero, se despatarraba leyendo tranquilamente *The World of Giant Ants*, de A. Hyatt Verrill, en los primeros números de *Amazing*, mientras yo, con ocho años de edad, esperaba a su lado para coger el ejemplar en cuanto pudiera y devorarlo, sin imaginar que 22 años más tarde me ganaría el pan de cada día gracias a la temprana afición que despertó en mí una mujer prácticamente iletrada».

No puedo añadir mucho a lo que ya se ha escrito sobre Ray Bradbury, pero sí puedo documentar cómo se publicó el primer libro de Bradbury, *Dark Carnival*, en Arkham House, cuando el escritor aún era muy joven y demasiado impaciente. La asociación de Bradbury con Derleth comenzó unos meses después de la edición del libro de H. P. Lovecraft *The Outsider and Others*, cuando un admirador le escribió la siguiente carta fechada el 23 de noviembre de 1939:

«Yo, como muchos otros admiradores, conozco y adoro la obra de HPL. Yo, como muchos otros, tenía miedo de que este libro no fuera tan espléndido como realmente lo es… El libro es mucho *mejor* de lo que esperaba… Es un tributo viviente a alguien que murió demasiado joven. La prueba de su genio en un solo volumen. Espero con impaciencia la edición de los otros dos libros».

Bradbury seguía diciendo que tenía amigos comunes con Adolph de Castro, que antaño había colaborado con Ambrose Bierce en varios cuentos, y que Castro le había prometido darle unas cuantas cartas que había recibido de Lovecraft. Así que Bradbury las copió para Derleth y Wandrei, por si querían incluirlas en los volúmenes de cartas de HPL que ambos estaban proyectando. Y de esta manera comenzó una correspondencia, esporádica pero muy interesante, que duró toda la vida de Derleth, y que con frecuencia abarcaba otros temas aparte de típicos sobre la literatura sobrenatural y de ciencia ficción, ya que Bradbury también era un coleccionista de literatura regional y contemporánea, de poesía, tiras cómicas de los periódicos y le gustaba la música sinfónica, todo lo cual encajaba a la perfección con los gustos de Derleth.

Al igual que en Derleth, las raíces de Bradbury estaban en el Medio Oeste; la importancia sentimental de este hecho se ha incrementado en Bradbury durante los últimos años. Nació en Waukegan, Illinois, el 22 de agosto de 1920. El padre de Bradbury perdió su empleo como encargado del tendido de cables para una compañía eléctrica durante los primeros años de la Depresión, y se trasladó brevemente con su familia a Arizona y luego a Los Ángeles, donde Bradbury aún vive hoy en día.

Derleth correspondió a la petición hecha por Bradbury a principios de los años cuarenta sobre la inclusión de varios relatos suyos en *Futuria Fantasia*, una revista de aficionados que Forrest J. Ackerman y él mismo editaban, a pesar de que ninguno de los dos tenía un centavo. Por aquel entonces, Bradbury ya había decidido que quería ser escritor. Alquiló una pequeña oficina en un gueto de Los Ángeles, que pagaba gracias a un trabajo temporal que había conseguido en los alrededores, y empezó a producir todo tipo de historias para las revistas *pulp*: sobrenaturales, de ciencia

ficción, policíacas y de misterio.

Bradbury no era un escritor demasiado rápido, le explicó a Derleth, porque quería que su obra tuviera calidad. Aquella actitud llamó pronto la atención de los productores de programas de radio como *Suspense* y el *Molly Mystery Theater*, y de los editores de varias revistas superficiales pero de gran circulación. Derleth se sentía muy impresionado con los relatos que Bradbury estaba escribiendo y pidió al joven escritor que le enviara una selección de los mejores para una antología que estaba preparando para Rhinehart (*Who Knocks?*, 1946). Cuando Derleth los leyó, le dijo que bien podían ser el núcleo de una futura recopilación de cuentos para Arkham House. Hasta entonces, Derleth había ido sobre seguro, publicando tan sólo escritores ya conocidos por el público.

«Quiero agradecerle su sugerencia sobre la posibilidad de que Arkham House intente publicar en años futuros una antología de cuentos de Bradbury», contestaba el joven escritor el 27 de enero de 1945. «Espero seguir produciendo historias con la calidad necesaria para que ese volumen sea una realidad. Tendré que corregir algunos de mis primeros cuentos y modificarlos a mi presente manera de pensar y escribir, si es que van a ser reeditados algún día».

Pero la edición de *Dark Carnival* puso a prueba la paciencia de Derleth, a pesar de que ya estaba habituado a las manías de las personas creativas. Entusiasmado ante la publicación de su primer libro, Bradbury exhibió cierta volatilidad; no sabía exactamente qué relatos quería incluir en la recopilación. El contenido del volumen fue cambiando de día en día durante dieciocho meses; Bradbury incluyó varios cuentos recientes que reemplazaron a otros antiguos, pero siempre sin estar completamente seguro y lleno de dudas sobre su valor literario. Aunque no se conservan todas las cartas de Derleth a Bradbury, aquél hizo copias de algunas, y se puede percibir su creciente frustración mientras el joven autor hacía cambio tras cambio. Incluso cuando el libro estaba en la imprenta, la autocrítica de Bradbury provocó un sinfín de cambios.

En parte el problema pudo haber sido provocado por los pocos conocimientos de Bradbury sobre los costes de producción y las dificultades que conlleva la edición de un libro. Por entonces contaba 25 años y tan sólo llevaba cuatro como escritor profesional. Pero su carrera estaba siendo meteórica. Bradbury era muy solicitado por los editores de las revistas *pulp* y las de entretenimiento. Por su parte, él estaba ansioso de mantener la misma calidad y originalidad en sus relatos, y con frecuencia expresaba su frustración en las cartas que escribía a Derleth. El pasaje que sigue a continuación, datado el 15 de junio de 1946, es muy característico:

«Cuando dices que *Weird Tales* ha editado más relatos “no característicos” que cualquier otra revista *pulp*, me siento inclinado a estar de acuerdo, pero sólo si hablamos de los días de Farnsworth Wright. No entiendo de ninguna manera cómo puedes defender a *Weird Tales* después de que echaran tan descaradamente a Wright de su puesto hace varios años e instauraran una política comercial mucho más

rastrera. Jamás perdonaré al tesorero de *Weird* (supuestamente Delaney) el trato que dio a Wright. No conozco bien los hechos, pero he oído lo suficiente para sentirme muy enojado. De acuerdo, todo es agua pasada. Sí, pero la nueva política económica persiste… ¿Y qué ha pasado con Clark Ashton Smith?, ¿está trabajando en otra cosa? ¿O es cierto, como me han rumoreado, que *Weird* ya no acepta su trabajo? Y si en verdad es cierto, ¿qué clase de revista es *Weird* hoy en día?

»… Wright era el hombre adecuado para ese puesto. Dirás que debería callarme porque han publicado muchas obras mías que se "salen de la norma". Bueno, es posible que sea verdad, pero siempre existía la presión para convertirme en un escritorzuelo cualquiera. Y eso no estaba bien porque entonces no tenía dinero y la tentación era muy grande. Ahora que he conseguido cierta estabilidad financiera puedo seleccionar y elegir lo que quiera, pero entonces la presión era terrible y estuve muy cerca de convertirme en el típico escritor hambriento de buhardilla, y creo que eso era algo nauseabundo e insoportable».

Unos meses antes, Bradbury hizo un viaje alrededor de México. En Ciudad de México se encontró y estuvo desayunando varias veces con John Steinbeck. Se lo describió a Derleth de la siguiente manera: «… era un hombre muy grande, tímido, de buen carácter que, desafortunadamente, adoraba el alcohol, lo cual hacía que su conversación fuera a veces un poco confusa. Tenía un enorme perro pastor de ojos azules que se llamaba Willie y que era casi tan grande como el propio Steinbeck. Me asombraba encontrar a Steinbeck con semejantes resacas. Espero que sepa contenerse o de otra manera se arruinará la vida. Tenía el típico rostro colorado y lleno de venas de los alcohólicos, pero de vez en cuando se podía ver un destello del verdadero Steinbeck. Me sentía realmente interesado en él, y me preguntaba si la fama, el dinero y la habilidad para escribir bien harían que me convirtiese en algo parecido. Con toda su fama y fortuna, Steinbeck, sin embargo, no es plenamente consciente y muestra una timidez exagerada; o por lo menos así era cuando le conocí… También William Faulkner es un sujeto malhumorado que, según creo, se da a la bebida. Me gustaría saber algo más de Hemingway. Dios, ¿es que no hay grandes escritores *felices*?».

Derleth le contestó: «Diría que tu experiencia con Steinbeck y sus borracheras viene a resaltar una cuestión entre todas las demás: no bebas más de lo que haría cualquier buen caballero».

Finalmente, Bradbury entregó *Dark Carnival* para su publicación en junio de 1946, acompañándolo de la siguiente nota: «Dark Carnival está completo después de grandes tensiones. Mi vida privada durante los últimos seis meses ha sido un infierno y eso no ayuda a desarrollar un trabajo continuo y productivo. Hay momentos en los que pienso que habría que castrar y encadenar a sus máquinas de escribir a todos los buenos escritores, todo sería mucho más sencillo».

Bradbury también le anunció que intentaría vender las nuevas historias escritas para Dark Carnival a «*Harper's, Atlantic* y otras revistas». A finales de noviembre, cuando *Dark Carnival* estaba a punto de ir definitivamente a la imprenta, Bradbury

volvió a sustituir varios relatos. Pero lo realmente divertido no había hecho más que empezar. Apenas un mes antes de que el libro saliera a la venta, Bradbury recibió un telegrama del editor británico Hamish Hamilton preguntándole por la posibilidad de publicar una edición inglesa de Dark Carnival. Más tarde se supo que el editor de *Atlantic* le había recomendado el libro a Hamilton. Bradbury se carteaba con Don Congdon, un editor de Simon & Schuster, sobre una novela que estaba escribiendo, y le mencionó la propuesta de Hamilton. Unos días después Bradbury escribió a Derleth contándole los intereses de Hamilton y las condiciones financieras que Congdon le había sugerido que solicitase.

Pero Otis Adelbert Kline, el escritor de revistas *pulp* retirado que se había convertido en un agente literario de éxito y que representaba a Derleth y a Arkham House para los temas con los países extranjeros, ya estaba metido en el asunto. Derleth le contestó el 12 de mayo de 1947: «Debo decirte que simpatizo con tus deseos de sacar el máximo provecho de tus obras, pero tienes que aprender a dejar en manos de tus editores esa tarea. Tengo que decir que es muy bonito y fácil para el señor Congdon, de Simon & Schuster, sugerir los términos económicos de *Dark Carnival*; ellos *no* son los editores del libro y si lo hubieran publicado, en los términos económicos que dicen, yo, sabiendo cómo está el mercado del cuento corto, me comería un ejemplar entero, página por página. Nuestro contrato es lo suficientemente ventajoso, mucho más ventajoso que con cualquier otro libro de Arkham House que hayamos publicado hasta el momento. Congdon está en lo cierto cuando dice que Hamilton es un editor bueno y fiable; como ya sabes, yo mismo te lo dije».

Derleth prosigue: «Es verdad que puedes vetar cualquier edición para el extranjero, pero sólo con nuestro beneplácito. Nosotros no nos opondremos a tus deseos en ese tema, pero debes entender que el veto a un acuerdo que ya hemos tomado perjudicará notablemente nuestro prestigio en el mundo editorial, y ese veto (que sé que no vas a poner) no sería legal en estos momentos en el sentido de que no necesitamos aceptarlo, y serviría, si le sucediera a cualquier editorial de primera línea —no a una pequeña casa como Arkham House— para que el resto de los editores desconfiaran de ti, algo que todos queremos evitar. El editor, más que ningún otro, rehúye a los escritores problemáticos, como ya sabes». El contrato que Kline negoció con Hamilton superó las cantidades que Congdon había sugerido a Bradbury.

En su apuro por mantenerse a flote durante los periodos de poca creatividad, Bradbury fue demasiado entusiasta y empezó a vender los cuentos de *Dark Carnival* a varias revistas y antologías, sin hacer caso de las condiciones contractuales al no avisar a Arkham House para que se encargara de llevar a cabo las ventas o escribir a Derleth para que sus agentes las negociaran. Bradbury también quería escribir a los agentes de Derleth notas personales «para que no se olvidaran de sus tareas», decía. «Me caso el 50 de septiembre, así que, naturalmente, he tomado un repentino interés en los asuntos financieros. ¿Crees que Hamilton hará efectivo su adelanto sobre el

libro antes de finales de septiembre? Desde luego, sé que los últimos problemas que ha habido en Gran Bretaña lo harán prácticamente imposible».

Al verle tan preocupado, Derleth permitió que se quedara la suma completa que Donald Wollheim había pagado por la reimpresión de un cuento de *Dark Carnival*, renunciando a su porcentaje estándar del 50 %. Además, como el anticipo de Hamilton no llegaba, Derleth le dio una suma como avance por los derechos de edición del libro. Bradbury se lo agradeció: «Ha llegado tu cheque por los derechos de edición, y realmente no sé cómo agradecerte todas las molestias que te has tomado para ayudarme… en el mismo reparto de correo en el que llegaba tu carta he recibido la noticia de que *The New Yorker* por fin ha comprado uno de mis cuentos».

Aparte de la constante necesidad de hacer dinero, Bradbury también buscaba el reconocimiento de su obra, y siguió intentando vender los relatos incluidos en *Dark Carnival* en el mercado de las revistas a través de varios contactos que había ido haciendo. De nuevo Derleth tuvo que darle un toque de advertencia. «Espero que no estés entrando en contacto con personas conflictivas. Las cosas ya son lo suficientemente difíciles para mí sin necesidad de más conflictos».

Unos meses más tarde, el 17 de enero de 1948, Derleth volvió a enviar a Bradbury una nota expresándole su desconcierto. «Tengo miedo de que no hayas seguido mis consejos y estés negociando por tu cuenta la reedición de cualquier cuento de *Dark Carnival*… de acuerdo con el contrato que firmaste, esas negociaciones tienen que ser hechas por nosotros y no son legales a no ser que sea así».

Entre los «contactos» que Bradbury había hecho se encontraba la Harold Matson Agency y, en concreto, Don Congdon, que había abandonado Simon & Schuster y ahora estaba trabajando para Matson. De nuevo surgieron problemas contractuales. Derleth le envió la siguiente nota, breve y seca, el 5 de abril de 1948: «Ya hemos pasado por esto… no hay razón para que tengamos que volver a ello una vez más. Lo he sabido por medio del señor Congdon, y me he sentido insultado y furioso; ha estado ligado el suficiente tiempo al mundo editorial como para saber a qué atenerse, y que piense que soy tan tonto como para dejarme engañar tan fácilmente es un insulto a mi persona y a mi integridad… Congdon sabe de sobra que nuestro contrato es estándar… Sus crecientes dudas sobre la veracidad del tema son una desfachatez y un vano intento de robo».

Una semana más tarde, el asunto seguía en el candelero, y Derleth decía: «Como ya he reseñado anteriormente, no tengo ningún interés en entorpecer el éxito de tu carrera como escritor. Tan sólo digo que tienes que atenerte a los términos del contrato; recuerda esto, Ray, muchos escritores de indudable talento han fracasado porque los editores se negaban a trabajar con ellos, debido a que eran demasiado escandalosos, o críticos, o simplemente causaban un montón de problemas. Buenos escritores los hay a patadas, literalmente… Lo siento, estoy enfadado. Realmente lo estoy. Si eres capaz de ponerte en mi lugar durante un minuto, estoy seguro de que

entenderás el motivo».

Derleth se sintió frustrado muchas veces tratando de no traspasar esa delgada línea que separaba el escritor del amigo. Siguiendo con la misiva anterior, Derleth señala otros ejemplos en los que Bradbury llevó a cabo sus propios tratos sin contar con Arkham House. «Y así es el tema», concluye. «Te aseguro que estarás encantado cuando vendamos por completo la edición de *Dark Carnival*, y los derechos de edición reviertan en ti. No estoy ni mucho menos enfadado contigo; te deseo todo lo mejor, pero tengo que ser franco al admitir que me disgustan las conductas poco éticas, aunque sean bienintencionadas. Siempre he procurado ceñirme a una conducta ética muy estricta, y soy lo suficientemente mayor como para sentir que los demás tienen que hacer lo mismo. Todavía tengo que conocer, de entre todos los editores que he tenido, alguno que sepa ponerse en mi lugar. Yo, sin embargo, podría entender tu insistencia en negociar por tu cuenta los derechos de los cuentos que ahora mismo están en nuestras manos si fueran los únicos que has escrito, o la única obra que eres capaz de realizar; pero la cuestión es que ahora mismo estás produciendo un material mucho más importante que el contenido en DC… y me resulta totalmente inexplicable. Y a veces me llena de furia».

No parece que estas tensiones desaparecieran por completo en el futuro. Derleth seguía en sus trece sobre los términos legales del contrato y los procedimientos aceptados por la industria, mientras que Bradbury tenía un punto de vista completamente diferente. Hubo una profunda sensación de relax cuando en 1953 la edición de *Dark Carnival* se vendió del todo y Derleth devolvió los derechos de edición a Bradbury. Algunos años después Derleth le escribía a Nelson Bond: «Los asuntos del negocio me irritan. He respetado todos mis contratos religiosamente, pero a veces algunos autores y agentes me incordian tanto que me niego a publicar ningún material nuevo que provenga de ellos, como, por ejemplo, Ray Bradbury, que sigue siendo un buen amigo y corresponsal, pero del que jamás editaré más historias debido a las restricciones que imponen sus agentes literarios».

Derleth y Bradbury continuaron carteándose amigablemente hasta finales de la década de los sesenta. A principios de aquella década Bradbury visitó por última vez Sauk City y, tras llegar a Nueva York, escribió: «Ésta es una nota tardía para agradecerte tu hospitalidad y la visita tan estimulante que he disfrutado. Lo he pasado estupendamente paseando contigo, viendo tu hogar, tu biblioteca, escuchando música y bebiendo licor. Nueva York, desgraciadamente, no es tan estimulante como Sauk City, y resulta extraño decirlo. Todo es un poco febril, superficial y salvaje. Creo que has sido muy sabio al permanecer en Wisconsin».

# EL PEQUEÑO ASESINO

# RAY BRADBURY

## Capítulo Uno
## EL TERCER ELEMENTO

No podía saber realmente cuándo se le ocurrió la idea de que iban a asesinarla. Durante el último mes apenas había habido algunas señales sutiles; cosas tan enterradas en ella como las mareas marinas, como si debajo de aquella calma perfecta de agua cerúlea que invita al baño, y tras dejar que las olas acaricien tu cuerpo, descubriéramos que los monstruos moran justo debajo de la superficie, criaturas invisibles, hinchadas, de muchos tentáculos, de aletas afiladas, malignas e inexorables.

Una habitación flotaba a su alrededor como un efluvio de histeria. Unos instrumentos afilados se mantenían inmóviles en el aire, y había voces y personas con máscaras graves y blancas.

Mi nombre, pensaba. ¿Cuál es mi nombre?

Alice Leiber. Lo recordaba. La esposa de David Leiber. Pero eso no la consolaba. Estaba sola con aquellas personas pálidas que murmuraban en silencio, y sentía mucho dolor y náusea y miedo de la muerte.

Me están matando delante de los ojos de todo el mundo. Esos médicos, esas enfermeras no se dan cuenta de las cosas ocultas que me han ocurrido. David no lo sabe. Nadie lo sabe excepto yo y… el asesino, el pequeño verdugo, el pequeño criminal.

Me estoy muriendo y no puedo decir cómo. Se reirían de mí y dirían que estoy delirando. Verán al asesino, lo acunarán, lo querrán y jamás le harán responsable de mi muerte. Aquí estoy, ante Dios y ante los hombres, muriéndome, y no hay nadie que pueda creer mi historia, todos dudarían, me tranquilizarían con mentiras, me enterrarían en la ignorancia, llorándome y dejando sin castigo a mi verdugo.

¿Dónde está David?, se preguntó. ¿En la sala de espera, fumando un cigarrillo tras otro, escuchando los largos tictacs de un lento reloj?

El sudor surgió por todos los poros de su piel al mismo tiempo, y con él un grito de agonía. Ahora. ¡Ahora! Intenta matarme, aulló. Inténtalo, inténtalo, ¡pero no moriré! ¡No moriré!

Había un agujero dentro de su interior. Un vacío. De repente ya no existía el

dolor. Cansancio. Oscuridad. Se acabó. Se acabó. ¡Oh, Dios! Se dejó caer a plomo, golpeándose contra un vacío negro que se abría a otro vacío negro y a otro y a otro y a otro y a otro más…

Pasos. Sigilosos pasos que se aproximan. El ruido de la gente que intenta no hacer ruido.

Desde lejos, una voz dijo:

—Está dormida. No la molestéis.

Olor a franela, una pipa, cierta loción de afeitar. Sabía que David estaba de pie a su lado. Y detrás el olor inmaculado del doctor Jeffers.

No abrió los ojos.

—Estoy despierta —dijo suavemente. Fue una sorpresa, un alivio, poder hablar y no estar muerta.

—Alice —dijo alguien, y era David al otro lado de sus ojos cerrados, mientras le cogía las manos fatigadas.

¿Quieres conocer al asesino, David? pensó. Para eso estás aquí ahora, ¿no es así? Te oí decir que querías verlo, así que no tengo más remedio que mostrártelo.

David se inclinó hacia ella. Alice abrió los ojos. La habitación se aclaró. Apartó la manta con una mano fatigada.

El criminal miró a David Leiber con su pequeña carita roja y unos ojos azules y calmos. Su mirada era profunda y chispeante.

—¡Vaya! —exclamó David Leiber, sonriente—. ¡Vaya si es un bebé hermoso!

El doctor Jeffers esperaba a David Leiber el día que fue al hospital a buscar a su mujer y al recién nacido. Le dijo que se sentara en una silla de su oficina, le ofreció un cigarrillo, encendió otro para él, se sentó en el borde de la mesa, fumando solemnemente durante un buen rato. Luego se aclaró la garganta, miró a David Leiber a los ojos y dijo:

—Tu esposa no quiere al niño, Dave.

—¿Qué?

—Ha sido muy duro para ella. Todo el proceso. Necesitará mucho amor este año próximo. No he querido hablar antes del asunto, pero en la sala de partos se puso histérica. Dijo cosas extrañas. No las repetiré. Tan sólo diré que no se siente unida al niño. Es posible que podamos aclarar todo este asunto con un par de preguntas —dio una calada al cigarrillo y luego prosiguió—: ¿Es un niño «deseado», Dave?

—¿Por qué lo dices?

—Es muy importante.

—Sí, sí. Es un niño «deseado». Estaba planeado. Lo hicimos juntos. Alice estaba tan feliz hace un año, cuando…

—Mmm… eso complica el asunto. Porque si el niño no hubiera sido planeado, sería un simple caso de mujer que rechaza la maternidad. Y eso no cuadra con Alice. —El doctor Jeffers se quitó el cigarrillo de los labios, se acarició el mentón con la mano y chasqueó la lengua—. Tiene que haber algo más, entonces. A lo mejor se

trata de algo oculto desde la niñez y que ahora sale a flote. O pueden ser las simples dudas y desconfianzas pasajeras de cualquier madre que haya soportado los dolores insólitos del parto y se haya visto tan cerca de la muerte como Alice. Si es eso, el tiempo acabará curándola. Pensé que era mi obligación decírtelo, Dave. Te ayudará a ser condescendiente y tolerante con ella. Si dice algo acerca de… bueno… acerca de que le hubiera gustado que el bebé naciera muerto, no hagas mucho caso, ¿de acuerdo, hijo? Y si las cosas no marchan bien, venid los tres a verme. Siempre me gusta ver a los viejos amigos, ¿eh? Bien, toma otro cigarro por… mmm… por el bebé.

Era una resplandeciente tarde de primavera. El coche zumbaba a lo largo de las anchas avenidas perfiladas de árboles. El cielo azul, las flores, una brisa cálida. Dave no paraba de hablar, encendió un cigarrillo, siguió hablando. Alice le contestaba directamente, en voz baja, tranquilizándose a medida que avanzaban. Pero no abrazaba al bebé con fuerza, ni calidez, ni tan maternalmente como para mitigar el extraño dolor que Dave sentía en la mente. Parecía llevar encima una simple figurita de porcelana. Intentó mostrar alegría.

—Cómo le llamaremos? —preguntó.

Alice Leiber miraba los verdes árboles al pasar.

—Todavía no —dijo—. Prefiero esperar un poco hasta dar con un nombre especial. No le eches el humo en la cara.

Ambas frases surgieron juntas, sin pausas ni modulación del tono entre ambas. La última frase no era un reproche de madre, no mostraba interés ni irritación. Le había venido a los labios y se limitó a soltarla.

El marido, nervioso, arrojó el cigarro por la ventanilla.

—Lo siento —dijo.

El bebé dormía en el regazo de la madre, los reflejos del sol y las sombras de los árboles le cambiaban el rostro continuamente. Abrió los ojos con un brillar de flores azules de primavera. Unos sonidos húmedos brotaron de la boca pequeña, rosada y elástica.

Alice le echó una mirada rápida. Su marido sintió cómo temblaba.

—¿Frío? —preguntó.

—Un escalofrío. Mejor cierra la ventanilla, Dave.

Era algo más que un escalofrío. Cerró amablemente la ventanilla hasta el tope.

La hora de la cena.

La luz de las velas ejecutaba extrañas danzas de luz y sombras sobre la mesa grande del comedor. Era bueno y familiar comer juntos de nuevo; la amistad, la dicha de compartir la última tostada y pasarse el salero, o comentar los distintos sabores.

David Leiber había traído al niño desde su cuarto, sosteniéndole en un ángulo raro, sujeto por un montón de almohadones, en la recién comprada silla alta.

Alice miraba los movimientos de su cuchillo y tenedor.

—No es lo suficientemente mayor para esa silla —dijo.

—Pero es bonito tenerle aquí con nosotros —dijo Leiber, contento—. Todo es divertido. Incluso en la oficina. Los pedidos me llegan hasta la nariz. Si no me ando con ojo haré otros quince mil este año. ¡Eh! ¡Mira al pequeñajo! ¡Se le cae la baba por los mofletes!

Se inclinó un poco para limpiarle la saliva con su servilleta. Por el rabillo del ojo se dio cuenta de que Alice ni tan siquiera miraba. Terminó de limpiarle.

—Supongo que no era demasiado interesante —dijo, volviendo a la comida. Un pequeño enfado comenzó a brotar en su interior—. Pero cualquiera pensaría que a una madre le interesan las cosas de su hijo, ¿no?

Alice levantó el mentón con brusquedad.

—No hables de ese modo. ¡No delante de él! Más tarde, si quieres.

—¿Más tarde? —gritó—. Delante, detrás de él, ¿cuál es la diferencia?

Se calló de repente, tragó saliva, se arrepintió.

—Está bien. Vale. Sé lo que sucede.

Después de la cena, ella le dejó que llevara al bebé arriba. No se lo dijo. Simplemente le dejó.

Al bajar la encontró al lado de la radio, escuchando música. Tenía los ojos cerrados y una expresión ausente, pensativa. Dio un respingo cuando él apareció.

De pronto estaba sobre él, encima de él, dulce, suave; la misma mujer de siempre. Nada había cambiado. Sus labios lo buscaron y lo retuvieron. Se quedó atónito. Rió, inesperada, profundamente. Algo helado en su interior comenzó a derretirse, como el miedo del invierno que desaparece con la primavera, así sus propios miedos se desvanecían. Ahora que el bebé no estaba en la habitación sino en el cuarto de arriba, ella empezó de nuevo a respirar, a vivir. Era libre. Y este hecho hizo que él volviera a preocuparse, pero se contuvo, quería disfrutar de su contacto. Ella susurraba, precipitadamente, sin dejar de hablar.

—Gracias, gracias, querido. Por ser tú mismo siempre. ¡Tú mismo, tú, y nadie más! ¡Alguien digno de confianza, siempre tan digno de confianza!

Tuvo que reírse.

—Ya me lo decía mi padre: «¡Hijo, cuida de tu familia!».

Fatigada, Alice dejó que su cabello negro descansara sobre la mejilla de él.

—Y lo has hecho con creces. A veces me gustaría que todo fuera como cuando estábamos recién casados. Sin responsabilidades, sólo nosotros dos. Sin… sin bebés.

Le apretó las manos con una extraña palidez en el rostro, demasiado intensa. Daba la sensación de que quería contar un montón de cosas pero que no se atrevía a hacerlo, así que dijo lo primero que se le vino a la mente.

—En nuestras vidas ha entrado un tercer elemento. Antes sólo éramos tú y yo. Nos protegíamos el uno al otro, y ahora protegemos al bebé, pero él no nos protege. ¿Lo entiendes? Cuando estaba en el hospital tuve tiempo para pensar en muchas cosas. El mundo es algo maligno…

—¿Lo es?

—Sí. Pero las leyes nos protegen. Y cuando no existen leyes, entonces el amor nos protege. Mi amor te protege de mí, para que no te haga daño. Nadie es más vulnerable a mí que tú mismo, pero el amor te ampara. Yo no te temo, porque el amor aplaca tus iras, tus instintos antinaturales, tus odios y tus tonterías. Pero… ¿qué ocurre con el bebé? Es demasiado pequeño para saber lo que es el amor, las leyes del amor, o cualquier otra cosa, hasta que le enseñemos.

—Entonces le enseñaremos.

—¡Y mientras tanto seremos vulnerables!

—¡Vulnerables! ¿A un bebé?

Se apartó de ella y rió suavemente.

—¿Acaso un bebé conoce la diferencia entre el bien y el mal? —preguntó ella.

—No. Pero la aprenderá.

—Pero un bebé es algo tan nuevo, tan amoral, tan falto de toda conciencia —insistió.

Se detuvo. Dejó de abrazarle y se volvió bruscamente.

—Ese ruido. ¿Qué ha sido ese ruido?

Leiber miró alrededor de la habitación.

—No he oído nada.

Alice se quedó mirando la puerta de la biblioteca.

—Ahí dentro —dijo lentamente.

Leiber cruzó la sala, abrió la puerta y encendió todas las luces.

—No hay nada —dijo. Volvió a su lado—. Estás agotada. A la cama ahora mismo.

Juntos apagaron las luces y subieron despacio por la escalera silenciosa, sin hablar. Cuando llegaron arriba ella se disculpó.

—Todas las tonterías que he dicho, querido. Perdóname. Estoy agotada.

Él lo entendía, y se lo hizo saber.

Alice se detuvo delante de la puerta del cuarto del bebé, indecisa. Luego abrió el pomo de bronce con resolución, entrando dentro. Dave contempló cómo se acercaba a la cuna poco a poco, con mucho cuidado, miraba dentro del capazo y se ponía rígida, como si la hubieran golpeado en el rostro.

—¡David!

Leiber entró, se acercó a la cuna y miró dentro.

La carita del bebé estaba muy roja, brillante y húmeda. Hacía gestos con la diminuta boquita rosa. Los relucientes ojos azules parecían querer salirse de las órbitas. Agitaba las manos en el aire.

—Oh —dijo Dave—, ha estado llorando.

—¿Sí? —Alice tuvo que sujetarse a la cuna para no caer—. Yo no le he oído.

—La puerta estaba cerrada.

—¿Por eso respira con tanta dificultad? ¿Por eso tiene el rostro tan colorado?

—Claro. Pobre pequeñín. Ha estado llorando solo en la oscuridad. Si sigue

llorando podría dormir en nuestra habitación.

—Le vas a malcriar —dijo su esposa.

Leiber sintió su mirada mientras transportaba el capazo al dormitorio. Dave se desvistió lentamente, sentado en el borde de la cama. De pronto levantó la cabeza, juró en voz baja, chasqueó los dedos.

—¡Maldita sea! Olvidé decírtelo. Tengo que volar a Chicago el viernes.

—Oh, David —parecía una niña pequeña que acabara de perderse—. Me da miedo quedarme sola. Tengo miedo. No sé de qué. No me creerías si te lo contase. Supongo que estoy loca.

—Los criados te harán compañía —razonó Dave—. Lo único que tienes que hacer es llamarlos. He ido retrasando este viaje desde hace dos meses y ya no puedo postergarlo más.

Dave se había acostado. Alice apagó las luces; él la oyó caminar alrededor de la cama, apartar la colcha y meterse dentro. Olió el cálido aroma de mujer a su lado. Habló.

—Si quieres que lo retrase unos días más, a lo mejor podría…

—No —dijo ella, poco convencida—. Vete. Sé que es importante. Es que no puedo dejar de pensar en lo que te acabo de decir. Lo de las leyes y el amor y la protección. El amor te protege de mí. Pero el bebé…

Tomó aliento.

—¿Qué te protege de él, David?

Antes de que pudiera responder, antes de que pudiera decirle que todo aquello eran tonterías, tratándose de niños pequeños, ella encendió la luz bruscamente.

El bebé estaba completamente despierto dentro del capazo, mirando fijamente a Dave con sus ojos profundos, azules y vivarachos. Los cerró. Las luces se apagaron de nuevo. Ella se acurrucó al lado de Dave, temblorosa.

—No está bien tener miedo de tu propio hijo —Los susurros de Alice se hicieron más agudos, rápidos y fieros—. ¡Intentó matarme! Ahora está aquí, escuchando lo que decimos, ¡esperando a que te vayas para volver a intentarlo! ¡Lo juro!

Dave no pudo contener los sollozos de su esposa.

—Por favor —acertó a decir, intentando tranquilizarla—. Basta. Basta. Por favor.

Lloró en la oscuridad largo rato. Consiguió serenarse mucho más tarde, acurrucada a su lado. Su respiración se hizo más suave, cálida y regular; los músculos del cuerpo se relajaron y cayó dormida. Dave se adormiló.

Y justo cuando sus párpados empezaban a cerrarse lentamente, hundiéndose en las profundidades del sueño, escuchó unos sonidos extraños y suaves, vigilantes.

El ruidito producido por unos labios elásticos, diminutos y húmedos.

El bebé.

Y luego… Dave se durmió.

## Capítulo Dos
## SONIDOS DEL CORAZÓN

A la mañana siguiente el sol resplandecía. Alice sonrió y David Leiber hizo oscilar su reloj sobre la cuna.

—Mira al bebé. Qué vivaracho. Qué cosita más bonita. Claro. Claro. Vivaracho y bonito.

Alice sonrió. Le dijo que no se entretuviera y que cogiera el avión a Chicago. Intentaría ser una chica valiente. No tenía que preocuparse. Cuidaría al niño. Oh, sí, claro que sí, lo haría. Dijo esta última frase con un acento peculiar, que David Leiber ignoró.

El avión se dirigió al este con el joven Leiber dentro. Hubo un montón de cielo, un montón de nubes y sol, y luego Chicago apareció por el horizonte. Leiber cayó en un torbellino de ventas, planes, banquetes, reuniones, llamadas telefónicas y conferencias, tomando de cuando en cuando algún vaso de café hirviendo. Pero todos los días escribía cartas y enviaba telegramas repletos de cosas bonitas para Alice y el bebé.

La tarde del sexto día que llevaba lejos de casa, recibió una llamada de larga distancia. Los Ángeles.

—¿Alice?

—No, Dave. Soy Jeffers.

—¡Doctor!

—Cálmate, hijo. Alice está enferma. Será mejor que regreses en el siguiente avión. Tiene neumonía. Haré todo lo que pueda, hijo. Si hubiera pasado un poco más de tiempo desde el parto… Necesita recuperar fuerzas.

Leiber colgó el teléfono abatido. Se levantó tambaleándose. La habitación del hotel se difuminó hasta desaparecer.

—Alice —dijo acercándose a la puerta—. Alice. ¡Espérame!

El avión voló hacia el Oeste y California fue aproximándose, y a través de las hélices que no paraban de girar se fue materializando el cuerpo de Alice tendido sobre la cama de su cuarto, la figura del doctor Jeffers resaltando contra la ventana por donde se ponía el sol, y los sentidos de Leiber mientras caminaba lentamente, acercándose a la cama, se hicieron cada vez más reales hasta que todo quedó perfectamente definido, intacto, claro.

Nadie dijo nada. Alice sonreía débilmente. Jeffers comenzó a hablar, pero David apenas se enteró de nada.

—Tu mujer es una excelente madre, hijo. Está más preocupada por el bebé que por sí misma…

Un músculo de la mejilla de Alice se contrajo y en seguida se puso tenso.

Alice empezó a hablar. Lo hizo como cualquier otra madre. ¿O no? ¿No había un cierto matiz de rabia, miedo y repugnancia en su tono? El doctor Jeffers no se dio cuenta, pero tampoco estaba atento.

—El bebé no se dormía —dijo Alice—. Creía que estaba enfermo. Simplemente descansaba en la cuna, observando. Bien entrada la noche se puso a llorar. Muy fuerte. Estuvo llorando toda la noche. No podía calmarle. No podía dormir.

El doctor Jeffers asintió.

—Estaba agotada a causa de la neumonía. Pero le he administrado sulfamida y ya está a salvo.

Leiber podía verlo.

—¿Y el bebé?

—Sigue tan fuerte y alegre como un toro.

—Gracias, doctor.

El doctor salió de la habitación, bajó las escaleras, abrió la puerta de entrada sigilosamente y se marchó. Leiber escuchó cómo se iba.

—¡David! —se volvió hacia el susurro de ella—. Ha sido el bebé, otra vez. Intenté mentirme a mí misma… convencerme de que era una tonta. Pero el niño sabe que estoy recién salida del hospital. Así que se puso a llorar toda la noche. Y cuando no lo hacía se quedaba demasiado tranquilo. Si encendía la luz, allí estaba él, observándome.

Leiber se sobresaltó. Recordaba que él también había visto al bebé, despierto en medio de la oscuridad. Bien entrada la noche, cuando todos los bebés deberían estar durmiendo profundamente. Se quitó la idea de la cabeza. Era una completa locura.

Alice siguió.

—Iba a matar al niño. Sí, iba a matarlo. Tan sólo una hora después de que te fuiste me acerqué a su habitación y puse mis manos alrededor de su cuello, y estuve así, mucho rato, pensando, asustada. Luego le eché la manta encima y le di la vuelta y le apreté, y luego le dejé así y salí corriendo de la habitación.

Dave intentó hacerla parar.

—No, déjame terminar —dijo, con la voz quebrada y la mirada perdida—. Cuando salí del cuarto pensé: «Es muy fácil». Todos los días muere algún bebé de asfixia. Nadie lo sabría. Pero cuando volví a ver si estaba muerto, David, no fue así. Vivía, sí, y se había dado la vuelta de nuevo, y sonreía y respiraba. Después de aquello, no pude volver a tocarle. Le dejé allí y ya no volví, ni para alimentarle, ni verle, ni hacer nada. A lo mejor la cocinera se encargó de él. No lo sé. Todo lo que sé es que su llanto no me dejaba dormir y que me quedaba pensando la noche entera, paseando de una habitación a otra, y que ahora estoy enferma —casi había acabado —. El bebé está recostado en su capazo y piensa en la manera de matarme. De una forma simple. Porque sabe que yo lo sé todo acerca de él. No le amo, no hay protección entre nosotros, ni la habrá jamás.

Dejó de hablar. Sufrió un desmayo y cayó dormida. David Leiber permaneció

largo rato a su lado, incapaz de moverse. Tenía el cerebro congelado dentro de la cabeza.

Sólo se podía hacer una cosa al día siguiente. Y la hizo. Fue hasta la oficina del doctor Jeffers y le contó todo lo que había pasado, escuchando las pausadas respuestas del doctor.

—Tienes que tomarte todo esto con mucha calma, hijo. Es muy normal que las madres odien a sus retoños algunas veces. Nosotros lo llamamos ambivalencia. La habilidad de odiar mientras se ama. Los amantes se odian el uno al otro con frecuencia. Los niños detestan a sus madres…

Leiber le interrumpió. Jamás había odiado a su madre.

—Tú no lo admitirías, claro. La gente detesta admitir que odia a una persona querida.

—Así que Alice odia al bebé…

—Como mejor se podría definir es que se trata de una obsesión. Ha ido un paso más delante de la simple ambivalencia. La operación de cesárea trajo al bebé al mundo, y casi hizo que Alice lo abandonará. Ella culpa al niño de haber estado tan cerca de la muerte y, ahora, de su neumonía. Está proyectando sus problemas, achacándolos al único objeto que tiene a mano. Todos lo hacemos. Nos tropezamos con una silla y echamos la culpa al mueble, no a nuestra torpeza. Erramos un golpe de golf y decimos que es por culpa del césped del club, o de una bola mal hecha. Si el negocio va mal culpamos a Dios, al tiempo, a la suerte. Todo esto demuestra lo que ya te he dicho. Ámala. Es la mejor medicina del mundo. Haz todo lo posible por mostrar tu cariño, dale seguridad. Busca la manera de hacerle ver lo inofensivo e inocente que es el niño. Haz que sienta que el nacimiento del bebé ha merecido la pena. Al poco tiempo, ella se tranquilizará, olvidará todas esas cosas sobre la muerte y empezará a amar a su retoño. Si no es así, ven lo antes que puedas y yo te recomendaré un buen psiquiatra. Vete tranquilo, y borra esa expresión del rostro.

Cuando llegó el verano, las cosas parecían más tranquilas y fáciles. Leiber trabajaba mucho, inmerso en sus negocios, pero jamás olvidaba ser cariñoso con Alice. Ella daba largos paseos, recuperaba las fuerzas, jugaba al bádminton de vez en cuando. Apenas volvió a sufrir un ataque de nervios. Parecía haberse deshecho de todos sus miedos. Excepto cierta medianoche en la que un súbito viento de verano azotó la casa, cálido y fuerte, sacudiendo las hojas de los árboles como si fueran los cascabeles de una pandereta. Alice se despertó, temblorosa, y se acurrucó en los brazos de su marido, dejando que la consolara mientras le preguntaba por qué estaba mal.

Ella habló.

—Hay algo en la habitación que nos vigila.

Dave encendió la luz.

—Estabas soñando otra vez —dijo—. Pero estás mejor. Hace ya tiempo que no estás tan asustada.

Alice suspiró cuando su marido volvió a apagar la luz, y se quedó dormida de repente. Él la abrazó durante un buen rato, pensando en la criatura tan dulce y extraña que era.

Escuchó cómo la puerta del dormitorio se abría unos centímetros.

No había nadie en el umbral. No existía ninguna razón para que se abriera. El viento había cesado.

Esperó. Estuvo como una hora despierto, recostado en la oscuridad.

Luego, a lo lejos, aullando como un pequeño meteoro que se hunde en las vastas y negras inmensidades del espacio, el bebé empezó a llorar en su cunita.

Era como un sonido pequeño y solitario en medio de las estrellas y la oscuridad y de la respiración de la mujer que tenía en sus brazos y del viento que empezaba a soplar de nuevo entre los árboles.

Leiber contó hasta cincuenta. El llanto continuó.

Por fin, deshaciéndose suavemente de los brazos de Alice, salió de la cama, se puso las zapatillas y la bata, y caminó de puntillas fuera de la habitación.

Iría a la planta baja, pensó con cansancio, y calentaría un poco de leche, la subiría y…

La oscuridad se arremolinaba a su alrededor. Su pie resbaló y se hundió. Resbaló en algo suave. Se hundió en la nada. Extendió las manos, agarrando desesperadamente la barandilla. Consiguió parar la caída. Se irguió. Maldijo. Esa «cosa suave» que había hecho que su pie resbalara, caía escaleras abajo, dando golpes y arañazos hasta quedar quieto en el piso de abajo. Le latía la cabeza. El corazón estaba a punto de salírsele por la boca, latiendo con fuerza y asustado.

¿Por qué la gente tenía que dejar las cosas tiradas en medio de la casa? Cogió con sumo cuidado el objeto que había estado a punto de hacerle caer de cabeza por las escaleras.

Sus manos se helaron. Se le cortó la respiración. El corazón dejó de latirle un par de segundos.

La cosa que tenía en las manos era un juguete. Una muñeca de trapo grande y pesada que había comprado, casi en broma, para…

*Para el bebé.*

Alice le llevó en coche al trabajo a la mañana siguiente.

Paró el auto sin previo aviso, lo acercó a la cuneta y paró. Luego se volvió en el asiento y miró a su marido.

—Quiero irme de vacaciones. No sé si tú puedes ahora, querido, pero, si no puedes, por favor déjame ir sola. Podemos contratar a alguien para que cuide al niño, estoy segura. Pero tengo que salir. Pensé que lo estaba superando, esta… sensación. Pero no, y no puedo permanecer en la habitación con él. Me mira como si también me odiase. No puedo ni tocarle. Sólo quiero irme lejos antes de que algo suceda.

Dave salió del coche, dio la vuelta hasta el asiento de ella, y la hizo callar.

—Lo único que vas a hacer es ir a un buen psiquiatra. Y si él está de acuerdo con lo de las vacaciones, entonces vale. Pero esto no puede seguir así. Siempre tengo el estómago hecho un nudo.

La apartó del asiento y arrancó el coche.

—Conduciré el resto del camino.

Alice agachó la cabeza, estaba intentando contener las lágrimas. Levantó los ojos cuando llegaron a la oficina.

—Está bien. Concierta la cita. Hablaré con quien quieras, David.

La besó.

—Eso es hablar con sentido común, querida. ¿Crees que puedes conducir de vuelta a casa?

—Claro, tonto.

—Hasta la cena, entonces. Ve con cuidado.

—¿No lo hago siempre? Adiós.

El coche desapareció. Dave permaneció en la cuneta, viéndola partir, mientras el viento arremolinaba su cabello largo, oscuro y sedoso. En el piso de arriba, un minuto después, telefoneó a Jeffers y ambos concertaron una cita con un psiquiatra de toda confianza. Eso es lo que hizo.

Estuvo inquieto en el trabajo durante toda la jornada. Todo parecía complicarse y no dejaba de pensar en Alice, cuyo rostro se mezclaba con todo lo que hacía. Se le habían pegado muchos de sus miedos. Ahora él también estaba casi convencido de que el bebé no era del todo normal.

Dictó cartas muy largas y poco inspiradas. Tenía que revisar unos envíos en el piso de abajo. Necesitaba hacer ciertas preguntas a los dependientes, y así todo. Al final de la jornada, lo único que quedaba era un profundo cansancio. La cabeza le latía con fuerza. Estaba deseando llegar a casa.

Mientras bajaba en el ascensor se preguntaba qué sucedería si le contaba a Alice lo que había pasado con el muñeco con el que había tropezado en las escaleras la pasada noche. ¡Dios, seguro que se hubiera puesto histérica! No, no podía contárselo. Y, después de todo, no era más que un pequeño accidente.

La luz del sol aún se demoraba en el cielo mientras volvía a casa en un taxi. Paró cerca de su casa de Brentwood y caminó sobre la acera de cemento, disfrutando de la luminosidad que teñía el cielo y los árboles. La blanca fachada colonial de la casa parecía anormalmente silenciosa y deshabitada, y luego, casi sin darse cuenta, recordó que era jueves y que los pocos criados que podía contratar de cuando en cuando tenían el día libre. También libraba la cocinera y tanto él como Alice tendrían que hacer la comida o ir a cenar a algún sitio.

Inspiró profundamente. Un pájaro cantó en alguna parte. El tráfico quedaba relegado a la gran avenida, una manzana más allá. Metió la llave en la cerradura de la puerta. El pomo giró entre sus dedos, bien aceitado y silencioso.

La puerta se abrió. Dave entró, puso el sombrero y el maletín en la silla, y empezaba a quitarse la chaqueta cuando se le ocurrió mirar hacia arriba.

Los últimos rayos del atardecer que entraban por la ventana alta lucían en la escalera. La luz del sol daba de lleno sobre una muñeca de trapo que estaba despatarrada en un ángulo extraño a los pies de la escalera.

Pero la muñeca no le importaba.

Tan sólo podía mirar a Alice, mirarla, y se sentía incapaz de moverse.

Alice, que estaba tirada en la misma posición grotesca, rota, extraña, en ese ángulo imposible. Yacía al pie de las escaleras, como una muñeca desvencijada que yo no quería jugar nunca más, nunca.

Alice estaba muerta.

Le sujetó la cabeza con sus manos, le acarició los dedos. Abrazó su cuerpo. Pero ya no viviría. Ni tan siquiera podía intentarlo. Pronunció su nombre, en voz alta, muchas veces, e intentó, una y otra vez, apretándola contra su cuerpo, darle algo del calor que había perdido; pero todo fue inútil.

Se levantó. Debió de haber llamado por teléfono. No lo recordaba. De repente se vio a sí mismo en el piso de arriba. Abrió el cuarto del bebé, caminó hasta la cuna y miró inexpresivamente en el interior. Le dolía el estómago. No dejaba de temblar.

Los ojos del bebé estaban cerrados, pero su carita estaba colorada, humedecida por el sudor, como si hubiese estado llorando muy fuerte durante largo rato.

—Está muerta —dijo Leiber al bebé—. Está muerta.

## Capítulo Tres
## MI HIJO, LUCIFER

Luego empezó a reír, débil, suavemente, durante mucho tiempo, hasta que el doctor Jeffers vino caminando en medio de la noche y le abofeteó varias veces en las mejillas.

—¡Acaba con esto! ¡Serénate, hijo!

—Se ha caído por las escaleras, doctor. Se resbaló con la muñeca de trapo y cayó. Yo también estuve a punto de caer la pasada noche. Y ahora…

El doctor le sacudió.

—Doctor, doctor, doctor. Qué divertido —dijo Leiber distraído—. Al… al fin tenía un nombre para el niño.

El doctor no dijo nada.

Leiber puso la cabeza entre sus manos y pronunció las palabras.

—Voy a bautizarle el próximo domingo. ¿Sabes qué nombre voy a ponerle? Le voy… le voy a llamar… ¡Lucifer!

Eran las once de la noche. Un montón de gente extraña había venido y luego se había ido de la casa, llevándose con ellos la llama esencial… Alice.

David estaba sentado en la biblioteca con el doctor.

—Alice no estaba loca —dijo, lentamente—. Tenía buenas razones para temer al niño.

Jeffers suspiró.

—Ahora estás siguiendo sus mismas pautas de conducta. Ella culpaba al bebé a causa de su enfermedad, y ahora tú le maldices por la muerte de ella. Se resbaló con la muñeca, recuérdalo. No puedes echarle la culpa.

—¿A Lucifer quieres decir?

—¡Deja de llamarle Lucifer!

Leiber sacudió la cabeza.

—Alice escuchaba cosas por la noche. Cosas que se movían por los pasillos. Como si alguien nos espiara. ¿Quieres saber qué eran esos ruidos, doctor? Te lo diré. ¡Los hacía el bebé! ¡Sí, mi hijo! Mi hijo de cuatro meses, mientras se arrastraba de noche por los pasillos en tinieblas, escuchando lo que hablábamos. ¡Escuchando cada palabra!

Se agarró a los brazos de la silla.

—Y si encendía las luces, el bebé es un objeto muy pequeño, se podía ocultar fácilmente detrás de los muebles, de la puerta, contra la pared… fuera de la vista.

—¡Quiero que dejes de pensar así! —gritó Jeffers.

—Déjame decir lo que pienso o me volveré loco. Cuando estuve en Chicago, ¿quién hizo que Alice no pudiera dormir, agotándola, haciendo que cogiera la neumonía? ¡El bebé! Y al ver que Alice no moría, intentó matarme a mí. Fue muy sencillo. Dejó la muñeca de trapo en medio de las escaleras, luego se puso a llorar hasta que su padre se levantó, cansado de su llanto, y decidió bajar a la cocina para preparar un poco de leche caliente, y entonces resbaló. Una burda trampa, pero muy efectiva. No pudo conmigo. ¡Pero mató a Alice!

David Leiber dejó de hablar un momento para encender un cigarrillo.

—Tendría que haber sido yo. Tendría que haber encendido las luces en medio de la noche, todas las luces, y habría descubierto al bebé, con los ojos muy abiertos. La mayoría de los niños duermen constantemente, todo el tiempo. Éste no. Siempre estaba despierto… pensando.

—Los bebés no piensan —apuntó Jeffers.

—Pues entonces permanecía despierto haciendo lo que quiera que haga con su cerebro. ¿Qué diablos sabemos de las mentes de los recién nacidos? Él tenía muchas razones para odiar a Alice; ella sospechaba de él, sospechaba que no era un niño normal. Algo… diferente. ¿Qué sabes realmente de los bebés, doctor? Lo normal. Desde luego, sabes que muchos recién nacidos matan a sus madres en el parto. ¿Por

qué? ¡Porque odian que les obliguen a salir a un mundo tan asqueroso como éste!

Leiber se inclinó hacia el doctor, muy serio.

—Todo encaja. Supón que algunos recién nacidos, de entre todos los millones que hay, tienen la facultad de moverse nada más venir al mundo, que pueden ver, oír, pensar, de la misma manera que muchos animales e insectos pueden. Muchos insectos son autosuficientes desde el primer momento. La mayoría de los mamíferos y aves también lo son a los pocos días. Las crías de los hombres tardan años en hablar y apenas pueden sostenerse en pie hasta pasado un tiempo.

»Pero uno entre millones y millones… ¿Extraño? Completamente despierto y capaz de pensar, de manera instintiva. ¿No sería la coartada perfecta para ocultar cualquier cosa que el bebé quisiera hacer? Intentaría no llamar la atención, ser un niño normal, llorón, ignorante. Con muy poco esfuerzo podría arrastrarse por los pasillos oscuros de una casa, escuchando. Y le resultaría muy fácil colocar obstáculos en las escaleras. Le resultaría muy fácil ponerse a llorar toda la noche para que su madre enfermara de neumonía. ¡Le resultaría muy fácil, justo antes de salir al mundo, llevar a cabo una serie de maniobras para provocar una peritonitis en su progenitora!

—¡Por todos los Santos! —el doctor Jeffers se había puesto en pie—. ¡Lo que dices es repugnante.

—Sí es repugnante, sí. ¿Cuántas madres han muerto al dar a luz? ¿Cuántas han sucumbido ante pequeños accidentes? Pequeñas criaturas rosadas cuyos cerebros se rigen por una oscuridad escarlata. No podemos ni imaginario. Cerebros elementales y diminutos, alimentados por la memoria racial, llenos de odio y crueldad, sin otro pensamiento que la autoconservación. Y la autoconservación, en este caso, consiste en la eliminación de la madre que sabe la clase de horror que ha traído al mundo. Y yo te pregunto, ¿qué otra criatura hay en el mundo más egoísta que un recién nacido? ¡Ninguna! ¡Nadie es tan egocéntrico, asocial y egoísta, nadie!

Jeffers frunció el ceño y sacudió la cabeza, impotente.

Leiber apagó el cigarrillo.

—No digo que el bebé tenga un poder sobrehumano. Simplemente el suficiente para arrastrarse un poco. Para escuchar todo el tiempo. Para llorar a altas horas de la noche. Con eso es suficiente, más que suficiente.

Jeffers intentó ridiculizarle.

—Pues entonces di que se ha cometido un asesinato. Todo asesinato tiene una motivación. Dime qué motivación puede tener un bebé.

Leiber estaba preparado para responder.

—¿Existe alguna criatura más dichosa, feliz, cómoda, bien alimentada, descansada, segura que un bebé en el vientre de su madre? Ninguna. Flota entre líquidos oscuros y soñolientos, intemporales, cálidos y silenciosos. Todo es como un sueño. Y entonces, bruscamente, se le obliga a nacer, se ve forzado a salir, siendo expulsado a un mundo ruidoso, indiferente, egoísta, frenético y despiadado donde se le obliga a moverse por sí mismo, a tener que cazar para alimentarse, a buscar un

amor desaparecido que antes era incuestionable, a encontrar confusión en vez de la antigua paz interior. ¡Y al recién nacido le molesta! Lo odia con todas las fibras de su cuerpo diminuto y blando. Le molesta el aire frío, los grandes espacios, la súbita desaparición de todas las antiguas cosas familiares. Y en los nimios filamentos de su cerebro lo único que el recién nacido siente es egoísmo y odio porque el encantamiento se ha hecho añicos de repente. ¿Y quién es la responsable de que este hechizo se haya hecho pedazos bruscamente? La madre, por supuesto. Y el bebé ya tiene a alguien a quien odiar, y odia con todos y cada uno de los tejidos de su cerebro. La madre le ha expulsado, le ha rechazado. Y el padre tampoco es mejor. Mátale de igual modo. Él también es responsable.

Jeffers le interrumpió.

—Si lo que dices es cierto, entonces todas las mujeres del mundo temerían a sus hijos recién nacidos, los rechazarían, los odiarían.

—¿Y qué más da? ¿Acaso el bebé no dispone de la coartada perfecta? Dispone de la ciencia médica, que le protege. Se mire por donde se mire, es una criatura indefensa, sin responsabilidades. Pero el bebé nace odiando. Y las cosas suelen ir a peor con el tiempo. Al principio el niño recibe muchas atenciones y cuidados maternos. Pero, según va pasando el tiempo, las cosas cambian. Al principio tiene mucho poder. Poder para que sus padres le hagan carantoñas y tonterías, para que salten de gozo cuando él hace cualquier ruidito. Según va pasando el primer año, el niño siente que incluso ese poder ya no sirve, que desaparece para no volver jamás. ¿Por qué no sujetar ese poder que tiene? ¿Por qué no intentar mantener su posición mientras aún dispone de todas las ventajas? Cuantos más años pasen más difícil será expresar su odio. Ahora es el momento adecuado para golpear. Y después, este niño, secretamente consciente, irá ganando conocimientos día a día, aprenderá cosas nuevas… sobre el dinero, la posición, la seguridad. El niño se dará cuenta de que el dinero puede proveerle de todas las cosas confortables, cálidas y seguras. Y entonces, claro está, haría cualquier cosa para destruir al padre, cuyo seguro de vida de veinte mil dólares está puesto al nombre de la madre del hijo. Aunque admito que el bebé todavía no es lo suficientemente mayor como para pensar en eso. El dinero aún no lo motiva. Pero sí el odio. El tema del dinero llegará más tarde, no ahora. Pero será a causa del mismo deseo, el deseo de volver a esa calidez, soledad y comodidad perdida.

La voz de Leiber era muy baja y suave.

—Mi pequeño bebé, recostado en su cunita por las noches, con el rostro humedecido, colorado, y la respiración entrecortada. ¿Por el llanto? No. Por haber gateado trabajosamente fuera de la cuna, por arrastrarse largo rato entre los pasillos oscuros. Mi bebecito. Quiero matarlo.

El doctor le dio un vaso de agua y varias pastillas.

—No vas a matar a nadie. Vas a dormir durante veinticuatro horas. El sueño hará que cambie tu forma de pensar. Tómate esto.

Leiber se tragó las píldoras y dejó que le llevaran a la cama, llorando mientras sentía cómo le acostaban.

El doctor le dio las buenas noches y abandonó la casa.

Leiber, solo, se vio empujado al sueño.

Escuchó un ruido.

—¿Qué… qué ha sido eso? —dijo, apenas sin energía.

Algo se movía en el pasillo.

David Leiber se durmió.

A la mañana siguiente, el doctor Jeffers fue en coche hasta la casa de Leiber. Era una mañana deliciosa, y se había acercado para decirle a David que se tomara unos días en el campo para descansar. Leiber debería estar aún durmiendo en el piso de arriba. Jeffers le había suministrado los suficientes sedantes como para hacer que permaneciese inconsciente al menos quince horas.

Llamó al timbre. No obtuvo respuesta. Los criados aún no habían vuelto pues era demasiado pronto. Jeffers fue a la puerta trasera y la encontró abierta. Entró. Dejó su maletín médico en la silla más cercana.

Algo blanquecino se desplazó fuera de su vista en la parte superior de las escaleras. Una especie de movimiento. Jeffers apenas pudo percibirlo.

La casa olía a gas.

Jeffers corrió escaleras arriba y se precipitó en el dormitorio de Leiber. Leiber yacía en la cama, sin moverse, y la habitación apestaba a gas, al gas que siseaba saliendo de una de las tuberías que había junto a la puerta. Jeffers cerró la llave, abrió todas las ventanas y corrió de vuelta a la cama.

El cuerpo estaba frío. Había muerto hacía unas horas.

Tosiendo violentamente y con los ojos lagrimosos, salió de la habitación. Leiber no podía haber abierto la llave del gas por sí mismo. No podía. Los sedantes le habían hecho efecto, no tenía que haberse despertado hasta el mediodía. No se trataba de un suicidio. Pero ¿había otra posibilidad?

Jeffers permaneció en el pasillo durante unos minutos. Luego se acercó a la puerta del dormitorio del bebé. Estaba cerrada. La abrió. Se acercó a la cuna.

Estaba vacía.

Se quedó mirando el capazo durante casi medio minuto, luego se puso a hablar, sin dirigirse a nadie en particular.

—La puerta del cuarto se cerró sola. No pudiste volver a la cuna, donde estarías a salvo. No habías planeado que la puerta se cerrase sola. Algo tan simple como una puerta puede arruinar el mejor de los planes. Te encontraré en algún lugar de la casa, escondido, pretendiendo hacer algo que realmente no es cierto.

El doctor parecía aturdido. Se pasó la mano por el rostro, sonrió.

—Estoy hablando como David y Alice. Pero no puedo correr riesgos. No estoy

seguro de nada, pero no puedo correr riesgos.

Bajó las escaleras, abrió su maletín médico sobre la silla, cogió algo del interior y lo sujetó con la mano.

Algo se arrastraba por el pasillo. Algo muy pequeño y silencioso. Jeffers se volvió rápidamente.

—Tuve que operar para traerte a este mundo. Ahora supongo que también tendré que operar para sacarte de él…

Subió media docena de escalones en dirección al pasillo superior, con decisión y seguridad. Levantó su mano a la luz del sol.

—¡Mira, chiquitín, mira! ¡Una cosita brillante… una cosita bonita!

Un escalpelo.

# HOWARD WANDREI

# [1908-1956]

Howard Wandrei vivió bajo la sombra de su hermano Donald Wandrei y de los numerosos seudónimos con los que publicó gran parte de su obra literaria. También vivió bajo las sombras de sus demonios interiores, de los que nunca llegó a escapar por completo: un tenebroso mundo lleno de violencia, encarcelamiento, arrepentimiento, problemas domésticos, sospechas y alcohol que le llevó a la tumba a la temprana edad de cuarenta y seis años.

Los detalles de la vida de Howard Wandrei no han salido a la luz hasta hace poco, gracias a la fascinación que D. H. Olson ha sentido siempre hacia el clan de los Wandrei; estos detalles nos recuerdan muchas veces a cualquier versión de serie B que Hollywood hizo en la década de los treinta de las novelas de James M. Cain. En muchos aspectos Howard fue incluso aún más niño prodigio que Donald, era creativo, artístico, parecía alimentar una inteligencia superior. Pero le faltaba disciplina. Los hermanos Wandrei crecieron en un ambiente muy permisivo que no motivó a los niños a desarrollar su inteligencia. Al contrario, Donald vivió en una especie de ensoñación durante casi toda su vida, mientras que en Howard predominó el aburrimiento, que le llevó al crimen durante su adolescencia.

Todo parecía indicar que Howard seguiría los pasos de su padre, un destacado abogado de St. Paul, Minnesota. Leía, con gran fascinación, los libros de leyes de su padre, y llevaba sus propios registros de las actividades criminales de St. Paul, lugar bien conocido en aquellos días por ser una de las mecas de la corrupción, donde los políticos y la policía colaboraban con los gángsters de los bajos fondos repartiéndose los beneficios obtenidos. El primer coqueteo de Howard con el crimen se produjo en 1921: él y varios chicos de la vecindad formaron una banda llamada El Club del Triángulo. Durante los dos años que existió el club, sus miembros, todos ellos adolescentes, estuvieron implicados en varios delitos insignificantes y ocasionales.

En el otoño de 1927, siendo estudiante de segundo curso en la Universidad de Minnesota, Howard Wandrei cayó de nuevo en las garras de varios estudiantes para formar una banda. Todos buscaban emociones fuertes. «Como un verdadero aficionado», escribe D. H. Olson, «Howard parecía querer hacer que la vida imitara al arte, y recopilaba todas sus experiencias en un diario». La banda se dedicó a sustraer coches, robar en las casas y en las oficinas, intentar comprar drogas ilegales y también parece que estuvo implicada en varios atracos. Su perdición llegó justo después de robar en la casa de Clifford L. Hilton, la noche del 28 de diciembre de 1927. Hilton era un destacado miembro de la justicia de la Corte Suprema estatal y un

importante abogado del Estado de Minnesota.

Aquel robo no fue considerado un simple hecho aislado, ya que las ropas de la hija de Hilton estaban hechas pedazos; eso hizo que se sospechase del compañero de habitación de Howard Wandrei. La policía registró el cuarto de Howard y encontró un revólver y un diario. También descubrieron muchas otras cosas robadas por toda la casa. Howard fue condenado a pasar tres años en el reformatorio de St. Cloud. La familia no pudo evitar el escándalo y los periódicos incluso publicaron varios párrafos sacados del diario de Howard en los que se detallaban sus actividades criminales.

Pero este encarcelamiento hizo que la vida de Howard cambiara de rumbo. Empezó a escribir y a desarrollar sus habilidades artísticas con el material de dibujo que le enviaban los miembros de su familia; tocó el violín en la banda de la prisión y dio varios cursos extensivos. El 22 de septiembre de 1930 obtuvo la libertad condicional, después de pasar 21 meses en el reformatorio. Su hermano Donald le presentó a una joven llamada Constance Colestock, con quien se casaría más tarde, y volvió a la universidad para acabar sus estudios.

A finales de 1935, Howard y Connie se trasladaron a Nueva York, donde esperaba ganarse la vida como escritor y artista. Casi desde el principio empezó a verse acosado por problemas financieros y profesionales. Le costaba mucho vender sus relatos a las revistas *pulp* porque los editores de las publicaciones que compraban los cuentos de su hermano Donald no estaban muy inclinados a que el apellido Wandrei apareciera más de una vez en cada número. Esto obligó a Howard a adoptar varios seudónimos: Howard Von Drey, doctor Howard W. Graham y H. W. Guernsey (siendo este último una deformación del apellido de soltera de su madre, Garnsey). Más adelante también firmaría con los nombres de Robert A. Garron y Robert Cole.

Howard Wandrei vendió sus cuentos en diferentes mercados y revistas, incluyendo *Detective Fiction Weekly, Pocket Detective, Popular Detective, Black Mask, Weird Titles, Astounding, Esquire, Detective Actino Stories* y *Unknown*. Su media estaba en 20 ventas por año. Esta cantidad no puede considerarse muy alta para los estándares de un escritor de revistas *pulp*, pero en total fueron más de 300 relatos, casi tres veces más de los que produjo su hermano Donald.

Howard también escribió una importante cantidad de poesía que quedó inédita, siguió llevando su diario y continuó creando sus delicados y originales dibujos, para los que había poca demanda. También empezó a beber en exceso. No sabemos si fue a causa de la frustración que sentía por no poder vender sus dibujos o sus poemas a las revistas, o por las envidias que habían surgido entre ambos hermanos y la creciente rivalidad profesional que había forzado a Howard a escribir bajo otros nombres. Pero los efectos de la bebida le hicieron tener varias disputas conyugales y con frecuencia la policía tenía que llamar a la puerta de su hogar. En 1944, después de ocho tormentosos años de matrimonio, Connie cogió a su hija Suzi y volvió a Minnesota.

En 1940 Howard comenzaba a sentir los primeros efectos producidos por el exceso de alcohol. La calidad de sus cuentos empezó a verse mermada y las ventas bajaron notablemente. Se las arregló para vender muchos de sus trabajos a la revista *Spicy*, un producto del grupo Trojan Publications, que era famosa por su «sexismo». Trojan colindaba con las revistas *pulp*, y también colindaba con la legalidad. Muchos escritores importantes de las revistas *pulp* escribían para el grupo *Spicy*, que pagaba bien y a la entrega del trabajo. Sin embargo, como el grupo tenía una reputación más que dudosa, la mayoría de ellos usaban seudónimos, excepto algunos como E. Hoffman Price y Hugh B. Cave, que siempre utilizaban sus nombres verdaderos.

A comienzos de la Segunda Guerra Mundial, ambos hermanos intentaron escapar de su dependencia del alcohol y de su creatividad rutinaria alistándose en el ejército. Pero sólo Donald lo consiguió; Howard fue rechazado por haber estado en prisión. A partir de entonces Howard cayó en picado. Tuvo varios accesos de neumonía, que se complicaron con afecciones hepáticas, y que estuvieron a punto de acabar con su vida en varias ocasiones. Después, en 1946, un problema aún peor estaba a punto de llegar.

Parece ser que durante varios años los editores de Trojan, Wilton Matthews y Kenneth Hutchinson, habían estado envueltos en un chanchullo especial. Periódicamente recortaban los cheques de varios escritores, pero no por los cuentos que ya habían escrito. Los editores adelantaban los cheques, ponían sus nombres en ellos y los hacían efectivos. A principios de cada año, los editores interceptaban los certificados de ingresos e impuestos del año fiscal antes de que fueran remitidos a determinados autores. Pero un año se olvidaron de cambiar el que enviaron a T. W. Ford. Aquel certificado reflejaba muchas más ganancias de las que realmente había ingresado, y Ford contactó con el editor de Trojan Frank Armer. Armer inmediatamente hizo una auditoría y llamó al abogado del distrito a su oficina.

Durante varios meses el abogado del distrito y el interventor general del Estado investigaron todos los cheques cancelados. Mientras tanto, Matthews hacía todo lo posible para entorpecer la investigación. Quemó muchos de los registros financieros y cheques de Trojan, incluso escribió a los autores en plantilla para que hicieran lo mismo ya que les estaban investigando por un problema con las obscenidades que solían publicar y no quería que se vieran envueltos. Desafortunadamente, Marthews olvidó quemar los cheques de Wandrei. Como muchos de estos cheques eran anticipos por historias que aún no había escrito, el interventor asumió que Howard también estaba implicado en el asunto. Aunque más adelante se probó que no era así, Howard tuvo que soportar varios años de vergüenza, investigaciones e interrogatorios antes de que se pusiera luz al asunto.

A finales de la década de los cuarenta, Howard se trasladó a la casa familiar del 1152 de Portman Street. Según pasaban los años cada vez vendía menos historias, y ya no podía mantenerse por sí mismo. A principios de los cincuenta, todos los hijos de la familia Wandrei habían acabado trasladándose al hogar de su madre: Donald, su

hermana Jeannette y el hermanastro David. La muerte del padre, Albert Wandrei, en 1942, dejó a su viuda con la casa totalmente pagada, un importante seguro de vida y una inversión financiera que daba beneficios continuos. Los hermanos reñían con frecuencia y no se hablaban. Durante un corto viaje a Nueva York en el otoño de 1952, Howard fue atropellado por un conductor que se dio a la fuga, produciéndole heridas de gravedad. Se le concedieron tan sólo dos años más de vida, ya que le diagnosticaron una diabetes aguda además de una cirrosis en estado muy avanzado. Pero ni la total abstinencia de alcohol ni una dieta muy cuidada lograron prolongar su vida más allá del 5 de septiembre de 1956. La tarde de aquel día sufrió una hemorragia en el esófago y murió.

Howard Wandrei se pasó la mayor parte de los últimos seis años de su vida recuperándose de una crisis nerviosa que le había sobrevenido cuando se trasladó de casa. «Además de escribir», dice Olson, «Howard encontró otras maneras de expresar su talento creativo. Volvió a la escultura y el dibujo. Se interesó en el proceso artesanal de la orfebrería y se aficionó a los inventos».

A pesar de sus numerosos problemas familiares y personales, Howard Wandrei se las arregló para llevar a cabo una relativa vida normal a través de su correspondencia con otros escritores y amigos. Muchos, como el propio August Derleth, eligieron no entrometerse en sus problemas personales e intentaron animarle para que concentrara sus energías en la escritura y el arte. Cuando Howard intentó recuperar sus habilidades literarias, Derleth le ayudó revisando sus escritos y seleccionando dos de sus cuentos para varias antologías.

Durante más de una década, desde mediados de la década de los cuarenta, Arkham House anunció la edición de un libro de cuentos de Howard Wandrei titulado *Time Burial*. Pero jamás se llegó a terminar dicha recopilación debido a sus continuas recaídas. A principios de los cincuenta, Arkham House pasó por graves problemas y *Time Burial* tuvo pocas posibilidades de publicarse por aquel entonces. (*Time Burial* fue publicado finalmente en 1995 por la editorial Fedogan & Bremer, 40 años después de que fuera anunciado).

Como el nombre de Howard Wandrei jamás apareció en ningún libro de Arkham House, excepto por los dibujos que hizo para varios volúmenes y portadas, sospecho que algunos lectores se preguntarán por qué ha sido incluido en este libro. Hay varias razones. Fue un miembro del clan de los Wandrei y amigo de Derleth durante mucho tiempo, quien a su vez había querido publicar una recopilación con sus cuentos. Además, su obra ha sido completamente ignorada y a un editor enrevesado (¡yo mismo!) le parecía conveniente que su nombre estuviera junto al de otros escritores que antaño había conocido. D. H. Olson me proporcionó el relato que sigue a continuación y aparece publicado aquí por vez primera.

# GEORGE ESTÁ BIEN

# HOWARD WANDREI

La cuestión sobre Lenin es su lealtad inquebrantable hacia un solo amo. Es una de las cosas que no entiendo; el silencioso, fuerte, seco gran danés era del doctor George Parr, y jamás he visto a Parr mostrar ningún afecto por la bestia. Normalmente, no me interesan los perros, pero odio a ése en particular porque me da miedo; además, fuera por lo que fuera, no resultaba muy agradable estar en compañía de Parr; había estado pensando que acabaría mi bebida y me iría, y que Parr seguiría allí bebiendo, taciturno, inalcanzable y autosuficiente.

Parr y yo estábamos sentados en unos taburetes del bar de Scully, en la parte baja de la ciudad. Detrás de la barra colgaba un letrero: «Pregunta por Scully». Si preguntas por Scully cualquiera de los tres camareros vendrá al instante a ver si quieres otro trago. Es más sutil que agitar el vaso, y el siguiente siempre es tan bueno como el anterior. Tenía las rodillas levantadas debajo de la barra del bar y los pies apoyados en el travesaño más alto del taburete, de manera que estuviese lo más lejos posible de Lenin. Componíamos una estampa que se parecía a una especie de pesadilla de segunda mano. Accidentalmente, podía pisar su cola en forma de látigo, o simplemente empujarle al pasar, y aquella bestia cobriza me haría trizas el tobillo. Fue la única vez que oí salir algún sonido de aquel animal; soy un hombre cansado; el mismísimo Parr me dijo que era a consecuencia de mis violentos sueños, y una de las cosas que no me deja descansar bien es el gruñido de Lenin. Estaba tumbado a sus anchas, con la barriga apoyada sobre el entarimado lleno de serrín, y la violencia continuada de aquel gruñido sordo parecía provenir del propio suelo.

Parr miró hacia abajo y luego a los dos que se aproximaban a nosotros desde la puerta, que estaba muy cerca. Un hombre y una mujer; ninguno de los dos miró al perro. Lenin se irguió con un movimiento que fue a un mismo tiempo rígido y fluido, y se quedó en medio, bloqueándoles el paso, sin dejar de gruñir. Sólo podíamos oírlo nosotros, pero se trataba de un sonido realmente aterrador, como el que puede emitir un animal enloquecido por el odio. La mujer era guapa; volvió casualmente el rostro y sonrió a Parr.

Parr saludó con la cabeza.

—Abajo, Lenin —dijo con calma—. George está bien.

El animal volvió la cabeza y se retiró lo suficiente para dejar que el hombre pasara sin rozarle con sus terribles fauces. Pero, a pesar de la belleza de la mujer, que era más bien voluptuosa, a ambos les envolvía un extraño halo de preocupación que hizo que no pudiera dejar de mirarlos cuando se sentaron a una de las mesas, al otro

extremo del bar. Quería echarle otro vistazo a la cara del hombre; no daba la sensación de que él estuviera acompañándola sino, más bien, de que ella le guiaba. Pensé que era ciego.

—¿Les conoces? —pregunté.

—Ése es George Forth Courtney —la voz de Parr no tenía entonación.

Reconocí el nombre. Un arquitecto brillante. Courtney había desaparecido de circulación cuando estaba en lo mejor de su carrera.

—¿Y la mujer? —pregunté.

—Mi esposa, Margaret. —Su voz no mostró emoción alguna.

Debería haber tenido la boca cerrada.

Miré a Lenin, demasiado avergonzado para atreverme a pedir disculpas. Tumbado de nuevo en el suelo cubierto de serrín, el sabueso de Parr dormitaba sin moverse, guardando las espaldas de su dueño. Parr me miraba con una sonrisa maliciosa dibujada en el rostro.

—Después de todo —dijo—, no sabes una mierda acerca de mí, ¿no es así?

Todo lo que pude mascullar fue una especie de disculpa acerca de que muy poca gente sabe realmente lo que le pasa al vecino.

—Padres e hijos, y todo eso —dije.

Mientras tanto, había entonado la contraseña a Scully y estaban llenándonos los vasos otra vez. Sabía que Parr había sido un gran cirujano y que su nombre había dejado de aparecer en la prensa un poco antes de que le conociera. No eran mis asuntos. El estar forrado de dinero ya era una buena razón para abandonar la cirugía tan joven.

—Sabia respuesta —remarcó—. Supongo que piensas que soy una buena persona, o algo parecido, y que con eso ya es suficiente. ¿Qué pensarías si te dijera que he matado a alguien?

Entrecerró los ojos, que brillaron con una especie de curiosidad morbosa.

—Supongo que te refieres a… —empecé.

—No, no me refiero a un error quirúrgico —se anticipó—. Jamás he perdido un paciente durante una operación. ¿Qué te parece? Mis manos son muy hábiles a la hora de salvar vidas en una mesa de operaciones y, sin embargo, he destruido una. Y no fue en la mesa de operaciones. Eso pensabas, ¿no? Pues no, en ese caso hubiera habido testigos, y además se trataba de uno de los especímenes más saludables que he conocido. Bueno, lo entiendes, ¿no? Maté a un hombre.

Le sonreí como un idiota porque no me creía lo que estaba diciendo; pero me equivocaba; cuando fui a coger mi vaso lo derramé sin querer y tuve que preguntar de nuevo por Scully. Empezaba a disgustarme; no quería saber absolutamente nada de los asesinatos de Parr, pero él estaba lanzado.

—Estás sonriendo como un idiota —dijo—, así que probablemente no me crees. Pero es posible que cambies de idea.

—Te creo, pero ¿por qué no hablamos de otras cosas?

—No. Atiende, por favor.

Estaba lanzado.

Todos los veranos, me dijo, solía ir a Billson con Margaret. Billson está a pocos kilómetros de Middletown y es más un sitio de paso en medio del camino que un verdadero pueblo. Está en la unión del sucio camino con la carretera y se trata de una de esas tiendas que venden de todo, mientras que, al otro lado, en diagonal con la carretera principal, también hace las veces de granja. El destartalado camino serpentea durante casi un kilómetro hasta desaparecer en una zona boscosa de las colinas en donde Parr poseía una bonita casa, no muy lejos del granero remodelado donde aún vivían Billson y su esposa. A partir de la casa de Parr, el camino se enderezaba, subiendo unos cuantos cientos de metros por la colina, cubierto la mayor parte del trecho con guijarros y piedras descascarilladas. Más allá de la casa de Courtney, en el hombro de la colina, el camino degeneraba en una serie de ondulaciones pedregosas que desembocaban en una carretera asfaltada, siendo la ruta más corta entre Billson y Middletown.

Tenían el pequeño valle sólo para ellos. Detrás de la casa de Parr había unas pistas de tenis y un campo de tiro. Tanto él como Courtney tenían magníficas colecciones de armas y ambos eran muy buenos tiradores. Un poco por debajo de la casa de Parr los tres hombres, Courtney, Billson y el propio Parr, habían vaciado una parte del terreno y erigido una represa de cemento para crear una bonita piscina para su uso personal y de sus invitados. Entre todos poseían las tierras que se extendían entre ambas carreteras principales y solían ir juntos en busca de setas, o para limpiar la zona de las víboras típicas de la región y de las marmotas que solían merodear las plantaciones de tomates de Billson. Tiempos idílicos aquéllos.

Aquella narración se parecía sospechosamente a un bosquejo de historia que yo mismo había escuchado, leído y escrito antes. Todo encajaba excepto el hecho de que mi amigo Parr estaba envuelta en ella. Pero las semejanzas acabaron pronto.

Hablaba de una manera muy precisa y hacía pequeños movimientos con las manos, muy expresivos, moviendo los dedos como si estuviera usando un escalpelo. Prosiguió:

—Courtney estaba enamorado de Margaret. Yo podía entenderlo porque ella es muy hermosa. ¿No crees?

Hablaba de una manera tan meticulosa y calma que yo no me sentí alarmado; asentí mientras me aclaraba la garganta de forma que no tuve que decir nada. Aproveché para mirar en la dirección en que ella se encontraba; sus ojos eran aterciopelados y sólo prestaban atención a Courtney, al otro lado de la mesa; estaba seria y era muy hermosa, y llevaba un vestido corriente de un verde profundo con un corpiño elástico que acentuaba las espléndidas formas del torso y los pechos. Los labios rojos tenían una forma cautivadora y se movían insinuantes mientras hablaba con Courtney. Varios clientes del bar la miraban de cuando en cuando pero a ella no parecía importarle el interés que despertaba. Sin duda estaba acostumbrada a la

situación.

—Courtney y yo tenemos el mismo nombre —dijo Parr—. George. Cuando ella se dirigía a cualquiera de los dos pronunciaba el nombre exactamente con la misma entonación. En realidad no me di cuenta de lo que estaba pasando hasta que empecé a pensar que ella decía «George» de la misma manera. El asunto venía de lejos, pero hasta entonces jamás había… mmm…

—Caído en la cuenta.

—Sí, eso es. Caído en la cuenta. Ya sabes, a todo el mundo le halaga que admiren a su mujer; pero cuando ella corresponde ya es otra historia. No podía creer que Margaret fuera capaz de hacerme eso; estaba tan seguro que no quise hacer el ridículo preguntándole por el tema. Y, al mismo tiempo, tenía miedo de que ella pudiera admitir que era cierto. Llevábamos casados dos años; estoy seguro de que ambos nos queríamos por igual, y jamás había llegado a pensar que pudiera perderla.

»Yo me iba a Nueva York en coche todas las mañanas hacia las siete y media. Courtney trabajaba todo el tiempo en su estudio colina arriba, y yo nunca sabía si estaba en Billson o en la ciudad. Después de un par de intentos, dejé de ir a buscarle por la mañana temprano, para ver si quería venir conmigo a la ciudad, porque odiaba tener que despertarle. Cuanto más pueda dormir un hombre en estos días, mucho mejor. Margaret solía venir conmigo en el coche y pasaba la jornada en la ciudad, haciendo cualquier cosa, pero después de un tiempo fui capaz de afeitarme y prepararme el desayuno por mí mismo y ya nunca la despertaba. ¿Estás casado, Guernsey?

Me encogí de hombros, si eso significaba algo para él.

—Bueno, te diré: la cosa más bonita que he visto en mi vida era cuando miraba a Margaret por la mañana, aún dormida, con el pelo alborotado sobre la almohada, negro, sedoso y ondulado, y los labios entreabiertos. Me encantaba quedarme un rato simplemente mirándola. Solía reírse de mí porque me gustaba ver cómo se cepillaba los dientes. Creo —dijo Parr con gravedad— que la amaba demasiado. ¿Piensas que es un error permitir que una mujer sepa que dependes totalmente de ella?

—No tengo ni idea. Sigue.

Parr siguió torturándose con meticulosidad.

—Para mí es indecente que una mujer pueda sentirse cansada del amor que le profesan. La novedad no puede ser más importante. De cualquier manera, supongo que fue por mi trabajo, ya que ellos estaban juntos todo el día y, a veces, dos o tres, cuando tenía que quedarme en la ciudad.

»Una mañana me encontré a Billson. Estaba sentado en una roca, cerca del garaje, con un rifle en las rodillas, esperando a las marmotas que se estaban comiendo sus tomates. Intercambiamos unas palabras, como siempre. Pero sentía algo extraño y misterioso en sus maneras, y me dio la sensación de que durante las últimas semanas había actuado como si algo le preocupase cada vez más. No fue muy adecuado por mi parte pero me salió espontáneamente, sin pensar. Fue una de esas cosas endiabladas

que a veces hacemos los hombres. Le dije: “Seguramente éste es el último verano que paso aquí, Billson, pero puedes venir a verme a la ciudad, ¿no es así?”.

»Pareció verdaderamente asustado por un minuto, y luego me preguntó qué pasaba. Todo lo que le dije fue: “Pensaba que ya lo sabrías… lo de Courtney y Margaret; así que me tengo que ir cuanto antes”.

»En realidad, yo no estaba seguro de que Courtney y Margaret tuvieran una aventura hasta que se lo dije, y luego supe que había sido así desde hacía tiempo. Al principio, Billson se quedó estupefacto. Luego debió de pensar que estaba intentando sonsacarle, y él no era de esa clase de tipos. Se levantó de la roca sin decir ni una palabra, me dio la espalda y se fue con el rifle al hombro. Aún recuerdo el brillo del sol sobre el cañón de aquel rifle mientras Billson caminaba de vuelta a su casa. Fue la última vez que vi a Billson, y eso que éramos buenos amigos. Me quedé bastante aturdido porque su silencio demostraba que algo sabía.

»Ideé un plan para descubrir a Courtney.

»Una tarde dejé una receta a un farmacéutico de Middletown como tapadera. Le dije que era muy importante y que me llamase a las once en punto si yo no podía ir a recoger la fórmula antes.

»Aquella noche, después de la cena, Courtney, Margaret y yo estábamos tomando unas copas en mi casa. Lo hacíamos con frecuencia. Courtney era una buena compañía. Después de las diez y media simulé estar muy cansado y me excusé. Margaret también se levantó. Cuando Courtney desapareció colina arriba, ambos nos fuimos a la cama. A las once en punto sonó el teléfono y bajé las escaleras para responder. Era el farmacéutico de Middletown, pero le dije a Margaret que se trataba de una operación de apendicitis muy urgente, que era un asunto muy delicado porque el propio doctor Tal-y-tal, que me acababa de llamar, no se atrevía a operar. Estaría fuera toda la noche y le telefonearía desde Nueva York al día siguiente.

»No era en absoluto algo infrecuente. Cuando estaba en activo me llamaban de vez en cuando por alguna emergencia, y si me encontraba lejos o las circunstancias lo hacían necesario podía perfectamente quedarme en el hospital o alojarme en algún hotel en vez de tener que regresar a Billson para volver a levantarme por la mañana temprano.

»Mi coche pasó rugiendo al lado de la casa de Courtney y más allá de la colina como si tuviera mucha prisa, y seguí sin pararme porque podía verme hasta que desembocase en la carretera asfaltada de Middletown. Era una noche tranquila; no había luna, pero las estrellas brillaban tanto y eran tan abundantes que el cielo parecía lleno de escarcha. No tenía ninguna duda de que Courtney reconocería mi coche por el sonido del motor, aunque no estuviera mirando en esos momentos.

»La luz de su estudio estaba encendida cuando pasé. Mientras rodaba por la carretera de Middletown me lo imaginé sirviéndose una copa, mirando, a lo mejor, colina abajo y preguntándose por qué motivo me había ido con tanta prisa. Desde su casa, mirando entre los árboles, él podía ver una de las ventanas de nuestro

dormitorio, y nosotros abarcábamos casi todo su estudio. Mientras conducía, ni demasiado rápido ni demasiado despacio, me dio por pensar en todo eso. Como la casa de Courtney estaba en una elevación del terreno, podría ser peligroso encender y apagar las luces como señal, ya que ésta se vería a mucha distancia. Sin embargo, si se producía alguna señal, sería Margaret quien la llevase a cabo, y ahora sé cómo la hacía. Teníamos una lamparita de bronce para leer en el dormitorio que cumplía perfectamente con aquel cometido. Por supuesto jamás utilizarían el teléfono, en aquella zona todas las centralitas tenían filtraciones.

»Para darles suficiente tiempo conduje hasta Middletown, recogí la fórmula y emprendí el regreso. Cuando llegué a Billson no había nada de tráfico por lo avanzado de la hora, así que apague las luces y dejé que el coche se deslizara silencioso mientras recorría el trecho empinado que iba desde la carretera a la casa de Courtney. Todas las luces estaban apagadas y pensé que se había ido a la cama y que yo era un tonto de remate al haberme creído toda esa historia.

»Resultaba terriblemente difícil conducir con la luz de las estrellas. Aquella noche los grillos cantaban de una manera tan estruendosa como no había oído antes. Debía de haber millones. Su incesante chirrido me mareaba y sabía que estaba teniendo mucha suerte al no salirme del camino. Nada más pasar la casa de Courtney —apenas una sombra recortándose contra las estrellas— resolví que la trampa había sido una estupidez, y me sentí tan avergonzado que volví a encender las luces del coche. No sabía lo que iba a decirle a Margaret sobre mi inesperado regreso, excepto que había sido un completo idiota. Y seguramente ella se reiría de mí, lo cual, por alguna razón, no me parecía nada desagradable.

»Eran unas luces muy potentes, hechas para alumbrar bien el campo por la noche, y Courtney trastabilló como si hubiera chocado contra algo sólido. Acababa de salir de mi casa y subía la colina de regreso. Se paró, protegiéndose los ojos del resplandor, pegado al murete que bordeaba la casa. Se trataba de un muro de piedra de casi dos metros de alto en aquel punto.

»Seguramente que ambos habían sentido que yo no estaba muy normal aquella noche, como si tuviera algo raro en la cabeza, y decidieron que era demasiado arriesgado pasar juntos toda la noche; pero se había retrasado justo lo suficiente. Tenía el pedal del acelerador apretado y el coche caía por la colina como una piedra, recto hacia donde él estaba. Seguro que eso le hizo darse cuenta de quién era y de lo que iba a suceder.

»Intentó alcanzar el otro lado del camino, desde donde podría haber trepado por la cuneta, pero yo llegué antes. Volvió a correr de vuelta al muro para intentar escalarlo, pero antes de que pudiera llegar arriba y saltar al otro lado, yo tendría tiempo de atropellarlo, y él lo sabía. Estaba en mis manos. El camino era como un pasadizo entre la falda de la colina y el muro, y él estaba atrapado. Disfruté del momento —dijo Parr— porque sabía que Courtney no quería morir y que su cerebro estaría completamente aterrorizado.

»Antes de que el coche le golpease hizo algo totalmente inesperado. Saltó. No sobre el muro sino hacia arriba, con todas sus fuerzas. Pude ver los músculos de su cuello contraídos a causa del esfuerzo; tenía el rostro de una gárgola.

»Yo me agaché. Rozó el capó del coche con aquel portentoso salto. Estaba encogido y dio con los tacones de los zapatos en el parabrisas. El golpe lo lanzó hacia delante, haciendo que se estrellara contra el techo del coche y catapultándole en el aire».

Parr partió la pajita del interior de la copa vacía sin ningún gesto melodramático. Lo había hecho con toda la intención del mundo, y Scully nos llenó de nuevo las copas y recogió la pajita rota sin prestarnos mayor atención.

—El coche iba tan rápido que no pude detenerlo hasta más allá de la entrada. Cogí la linterna de la guantera y volví atrás. Courtney estaba tirado todo a lo largo en medio del camino; cuando le iluminé con la linterna no se movía. Volví al muro para echar un vistazo a la casa; no había ninguna luz encendida ni pude escuchar ningún sonido, así que regresé al lugar en el que estaba Courtney. Estaba tan muerto como un corderito. Se había ido. Le examiné de arriba abajo y resultó muy extraño porque no tenía ni un solo hueso roto. Ni tan siquiera tenía una fractura en el cráneo, y sin embargo se había ido. El *shock* había acabado con él.

Parr hizo crujir los dedos. El chasquido sonó como el interruptor de una luz al ser presionado y Lenin desvió la nariz en dirección a Parr breves segundos.

—Le cogí y le llevé por el camino hasta la casa. Siempre dejábamos abierta la puerta de atrás. Había un sofá enorme en el salón y le dejé allí; excepto por un pequeño hilillo de sangre que le corría por la boca parecía estar profundamente dormido.

»Había un reloj de carillón en el recibidor, con un gran péndulo que marcaba los segundos, y jamás tuve tanto miedo de un objeto inanimado como aquella vez. No dejaba de mirarlo. La caja del reloj me recordaba a un ataúd, y el tictac lento y parsimonioso sonaba como si algo con zapatos de madera se acercara paso a paso hasta donde yo estaba.

»Tenía una especie de laboratorio que había construido con los restos de la vieja leñera. Allí había una nevera pequeña con suero para las picaduras de serpientes, vacunas, varios preparados que había hecho con setas venenosas con las que estaba experimentando y algunas otras cosas.

»Le puse una buena dosis de adrenalina, a pesar de que llevaba muerto más de cinco minutos. Sabes cómo se hace, ¿no?

Negué con la cabeza; se me ocurrió mirar en uno de los espejos del bar y recuerdo que me sorprendí al comprobar la expresión funesta que tenía en el rostro, y que me pregunté si siempre tendría la misma apariencia cuando escuchaba algo con atención.

«Se necesita una aguja muy larga que se clava directamente en los músculos del corazón, en el ventrículo izquierdo. Suena drástico, pero no produce ningún daño. Nada le pasa a nuestro hombre, sigue perfectamente muerto y entonces dejamos de

insistir porque *no queremos* que vuelva. Se producen unos cambios irrevocables en el sistema nervioso y en la estructura cerebral. Existen casos auténticos de hombres que han revivido después de cinco minutos, o más, de haber fallecido; muy pocos sobreviven y la mayoría de los que lo consiguen son simples cosas animadas. Imbéciles.

»Así que lo dejé; no tuve el menor éxito a la hora de conseguir que Courtney reviviera. Aparte del tictac del reloj no había ningún otro sonido; miré las agujas para ver cuánto tiempo llevaba siendo un asesino, y creo recordar que eran un poco más de las doce. Y allí estaba Margaret en el umbral de la puerta.

»Iba en sandalias y vestía un camisón de crepé, tan bella como alguien recién salido de un sueño. Tenía los pulmones inflados y debía de haber estado allí unas doce o trece oscilaciones completas de aquel maldito péndulo; el camisón le caía en pliegues como si estuviera labrado en mármol de Carrara. No me prestó ni la más mínima atención. Yo no estaba allí.

»Luego dejó escapar el aire de los pulmones, que se llenó con el nombre de Courtney. "¡*George!*", dijo.

»Sólo una vez. No era mi nombre, no fue por el terror que le producía lo que acababa de hacer, ni tan siquiera se trató de un grito demasiado fuerte. Pero fue mucho más doloroso que cualquier chillido, y contenía tanta pena, tanta añoranza, que supe que yo no le importaba lo más mínimo. Eso da que pensar, ¿no? —preguntó Parr muy serio—. La sutil diferencia que pueden alcanzar las distintas maneras de gritar.

»Courtney abrió los ojos mientras ella corría por la habitación hasta el sofá en el que yacía. Echó los brazos sobre la cintura de ella, como si fuera un privilegio a compartir sólo entre ellos —Parr echó un trago—, mientras me miraba con una expresión de odio difícilmente imaginable.

»Abandoné Billson antes del amanecer, como era lo habitual, y me instalé permanentemente en Nueva York. Mientras salía del camino de Billson para tomar la carretera principal, Lenin me alcanzó. Le había dejado atado en el porche delantero, pero él había conseguido romper la correa y no hubo manera de hacerle volver».

Parr levantó el vaso unos centímetros y volcó el contenido sobre la barra del bar con un golpe rápido y definitivo.

Contemplé la figura delgada y melancólica de Parr en el mismo espejo en el que se reflejaba mi rostro. Lenin seguía tumbado en el suelo, debajo de nosotros, y había comenzado a emitir de nuevo aquel gruñido profundo y prolongado. Volví la cabeza y vi que Margaret Parr y Courtney se encaminaban a la salida. Aquella vez le eché un buen vistazo al rostro de Courtney. Era más corpulento que Parr, bien proporcionado, con unas facciones delicadas que le daban aspecto de santo. Tenía un pelo castaño, cálido, brillante y bien recortado, y uno podía imaginar perfectamente que a cualquier mujer le gustara acariciarlo con sus dedos.

Debo decir que, mientras que Parr era un hombre interesante, Courtney era

irresistiblemente atractivo. El único defecto eran sus ojos, un poco femeninos y sin ningún brillo, vacíos de toda inteligencia. Caminaba como una piedra inanimada, y su piel tenía la transparencia del mármol.

Con aquella simple mirada pude ver lo suficiente de esa especie de zombi. Me bebí el resto de la copa y le dije a Scully que me sirviera otras tres, una detrás de la otra. Sería el aperitivo, pues me dije que aquella noche era tan buena como cualquier otra para acabar borracho perdido.

Mientras Margaret pasaba a mi lado, aspiré el aroma sutil y excitante que la acompañaba, y me puse una mano en la nariz para evitar que aquel perfume se mezclara con la asfixiante frialdad de la tumba.

Junto a mí, Parr pronunció en tono grave:

—Abajo, Lenin. Abajo.

# MARY ELIZABETH COUNSELMAN

# [1911-1994]

Era una mujer muy atractiva, ingeniosa, inteligente y liberal. Como corresponsal, Mary Elizabeth Counselman podía mezclar todo ello y charlar de temas frívolos al mismo tiempo que hacía algún comentario mordaz sobre sí misma, o sus obras, y compartir los problemas universales que todos los escritores tienen a la hora de perseguir lo que ella llamaba «¡el asunto más difícil y enrevesado del mundo!».

Excepto por la aparición ocasional de alguno de sus cuentos en varias antologías, Mary Elizabeth Counselman es una autora olvidada para las generaciones contemporáneas. En conjunto, todas las mujeres que aparecieron en las páginas de *Weird Tales*, con sus cuentos y poemas —Greye La Spina, Dorothy Quick, Allison V. Harding, Everil Worrell, G. G. Pendarves, C. L. Moore, Hazel Head, Eli(zabeth) Colter y Amelia Reynolds Long—, no abrieron nuevos caminos en el campo de la literatura sobrenatural, pero subieron la calidad media de escritura de las revistas *pulp*.

MEC, que era como solía firmar sus cartas, tenía veintiún años y era estudiante de la Universidad de Alabama, en Birmingham, cuando vendió su primer cuento a *Weird Tales* a finales de 1932. «The House of Shadows» apareció en el ejemplar de abril de 1933 y fue un comienzo prometedor. Farnsworth Wright confiaba lo suficiente en su talento como para comprar otros tres relatos más al año siguiente, además de varios poemas de terror. Su quinta historia, «The Three Marked Pennies» (agosto de 1934), se convirtió en uno de los relatos más populares de todos los que publicó *Weird Tales*. Ha sido reeditado y traducido en más de treinta antologías. Counselman señalaba en una larga entrevista para *The Alabama Sunday Magazine* (29 de octubre de 1967) que había escrito el relato cuando contaba quince años.

Counselman vendió más de cien relatos y cuentos largos durante su carrera literaria. La mayoría son historias sobrenaturales o de fantasmas, aunque también escribió algunas de policías y misterio. Nueve de sus deliciosas fábulas de la jungla fueron recopiladas en un pequeño libro de edición propia titulado *African Yesterdays* (1977). En el prólogo nos describe cómo el folclore africano estimuló su imaginación cuando era muy joven e influyó en su futura carrera de escritora.

«En el Profundo Sur se entremezclan las creencias cristianas y el vudú, como en Haití y Jamaica. He crecido con esas supersticiones y leyendas, leyendas que tanto los blancos como los negros medio creían medio ridiculizaban. Las costumbres de cualquier raza siempre me han intrigado, pero me he sentido especialmente fascinada por las creencias africanas. Pues sus raíces descansan en los primeros tiempos de

nuestro planeta… Mis personajes nativos me son muy próximos y queridos… están modelados a partir de los negros, descendientes directos de aquella raza natural, los antiguos "afros" de la jungla.

»¡Ríe con ellos! Búrlate de sus costumbres absurdas, inculcadas por sus reyes tribales y curanderos, de la misma manera que la ley y el clero lo hacen con las nuestras. Sonríe ante sus raras creencias, pero celebra también sus victorias, victorias conseguidas por medios mágicos y el uso de una astucia animal, que jamás podrá ser aprendida en los libros.

»Estos relatos íntimos sobre la vida en las aldeas de la selva están basados en retazos y pequeños recuerdos de los cuentos que me narraban mis antiguas "mamás", "tatás" y "totós" negros a los que conocí y amé. Cada historia está basada en una leyenda tribal o creencia…».

La afición de Counselman por lo sobrenatural y fantasmagórico era tan profunda que de pequeña le rogaba a su madre que por la noche le contara cuentos de fantasmas en vez de historias de hadas.

Counselman también publicó varios cientos de poemas, muchos de los cuales aparecieron en revistas populares como *The Saturday Evening Post, American Magazine, Ladies' Home Journal, True* y *Collier's.* En 1984 hizo una recopilación de sus preferidos en otro libro de edición propia titulado *The Face of Fear and Other Poems*.

Entre finales de la década de los cuarenta y principios de los sesenta, un gran número de sus cuentos sobrenaturales más conocidos fueron adaptados para la televisión en Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña. Intentar hacer una bibliografía de su obra, incluso simplemente recopilar todos sus cuentos, puede llegar a ser una tarea muy difícil hoy en día, ya que admitió, en una entrevista que le hicieron en un periódico de principios de los cincuenta, que había publicado varios bajo los seudónimos de John Starr y Sandra McCrory en muchas otras revistas, como *Planet Stories, World Digest, Shure-Fire Detective, Jungle Stories, Everybody's, Avon Fantasy Reader…*

Mary Elizabeth Counselman nació el 19 de noviembre de 1911 en Birmingham, Alabama, en la quinta generación de una familia americana que llegó en 1607 con la «Colonia Jamestown», y que ella describía como «una alegre mezcolanza de muchas nacionalidades: británicos, franceses, escoceses, alemanes, nórdicos, con una pizca de sangre india cheroke trasmitida por uno los antiguos pioneros». La familia se trasladó a Gadsden, Alabama, durante su juventud, lugar en el que residiría casi toda su vida.

Después de graduarse en la universidad, trabajó de periodista durante casi una década para varios periódicos de Alabama, pasando una larga y provechosa temporada en el *Journal-Constitution* de Atlanta, Georgia. Regresó a Gadsden en 1940, de vuelta al caos familiar, como contó a Derleth en una carta fechada el 3 de abril de 1942. Su madre estaba pasando una crisis nerviosa debido al confinamiento de su padre en un hospital de Virginia a causa de «depresión clínica». Counselman se

había gastado sus ahorros en la compra de un barco de vapor a palas de 46 metros y 130 toneladas, y luego «tuve que endeudarme aún más para hacerla salir [a la madre], con la promesa de que jamás tendría que depender de nuevo de los erráticos estados de ánimo de papá. ¡Pero esa promesa me asustaba terriblemente! ¿Sería capaz de cumplirla, teniendo en cuenta la cantidad de cosas que pueden ocurrir en el gran azul? … Así que… como la mayoría de las mujeres, pensé que un marido era la solución. Tenía un montón de pretendientes. Pero el río me cautivó y me tranquilizó, y yo quería quedarme a vivir en él».

Eligió a uno de sus pretendientes, llamado Horace B. Vineyard, porque necesitaba a «alguien en el que apoyarme», pero no tenían nada en común. A él le gustaba la música *country*, mientras que ella adoraba la clásica, y años más tarde se arrepintió de haberse casado. Horace Vineyard fue víctima de una «neurosis de guerra» durante su servicio en la Armada de EE UU, y ella tuvo que aguantar durante décadas sus abusos físicos y con el alcohol. A pesar de que Derleth y otros amigos le aconsejaron repetidas veces que se divorciara o que pusiera en tratamiento a su marido, ella soportó sus problemas personales con calma, refugiándose en la escritura y en una correspondencia sumamente ingeniosa.

Counselman cambió el nombre del barco de vapor, que antes se llamaba «Slipalong», por el de «Leota», y lo dejó amarrado a la costa ribereña de Gadsden. Comenzó a recuperar su carrera de escritora con «paciencia trabajadora», como ella decía. Había empezado a declinar tras la muerte de Farnsworth Wright, el editor de *Weird Tales*, y la quiebra de varias revistas de Estados Unidos e Inglaterra. Escribió a Derleth contándole que había pasado tres difíciles y solitarios años a bordo de su destartalada casa flotante durante la Segunda Guerra Mundial, cuidando de su bebé y de su madre, mientras se esforzaba en escribir algo por las noches para pagar las facturas e intentar conservar una pizca de cordura.

Le dijo que había estado trabajando en una novela, después de «vender 30 relatos y cuentos largos» sin la ayuda de ningún agente, y le pedía consejo sobre la estructura y los detalles técnicos: «¿Podrías transmitir unas pocas palabras de aviso y consejo a una antigua escritorzuela de *Weird Tales*? Te estaría muy agradecida, y te *prometo no dedicarte* mi primer libro… pero no quiero las típicas respuestas, me gustaría que me dijeras la verdad ya que conoces por experiencia propia el tema». No sabemos los consejos que Derleth le dio, ni tampoco qué comentarios hizo de los párrafos que le había enviado. Sólo sobreviven las cartas de Counselman de la correspondencia que mantuvo con Derleth durante treinta años, excepto media docena de Derleth que éste copió al carboncillo. Pero a juzgar por el resto de las cartas en este sentido, parece ser que Derleth la estuvo animando.

Durante años ambos escritores comentaron y discutieron la calidad de los cuentos, y se alternaban a la hora de darse «agudos» consejos sobre cuestiones personales. Nada más iniciada su correspondencia, ella le dijo: «El matrimonio saboteará tu escritura de la mañana a la noche, August». Más adelante, refiriéndose a

su combativa relación con Marcial Lee Masters, la temperamental hija de Edgar Lee Masters, le dijo que casarse con ella significaría invitar a su casa a una pantera negra y no a una linda gatita. También él lo sabía.

En noviembre de 1958, cuando ambos estaban recopilando una serie de cuentos para una futura antología de Arkham House, ella se mostró en desacuerdo con la agrupación que Derleth había dispuesto entre los que le gustaban mucho, los que pensaba que podrían valer con unas cuantas correcciones y los que no le gustaban. «¿¡¡Y cómo te *atreves* a decir que "muchos de mis cuentos parecen escritos por una vieja gárrula que no sabía cuándo tenía que dejar de hablar"!!? Fueron escritos por una *joven* gárrula que no sabía cuándo tenía que dejar de hablar».

Intercambiaron muchas bromas entre sí, como la descrita en este párrafo de una carta de Counselman fechada el 3 de septiembre de 1947: «Desde luego que me gustaría hacer una recopilación de historietas fantásticas para ti; pero sin ser espiada. Con sinceridad, me siento incapaz de trabajar en condiciones cuando siento tus bufidos a mi espalda. No es que sea una delicada flor que necesite toda clase de mimos, pues hasta la fecha ya he trabajado para 38 editores diferentes. Pero ninguno ha sido tan crítico como tú, tanto profesional como personalmente. ¿Qué pasa? Confieso que estoy desconcertada. ¿Te importaría explicármelo?».

Derleth le contestó: «Te aseguro que no ha habido ni la más pequeña disminución de mi sincero interés y buenos sentimientos hacia tu persona. Y sin embargo, tu cabeza se rige por un extraño proceso mental que tiende a mezclar mis reacciones como editor con mi existencia personal, como si todo ello formara parte de las pesadas tareas que conllevan la edición de libros. Tu actitud parece llena de resentimiento hacia las críticas. Me doy perfecta cuenta de que, con mucha frecuencia, parezco adoptar un aire paternal al tratar con las mentes infantiles de los autores. También creo que estoy algo irritado ante los argumentos contra mis decisiones editoriales; puedo estar equivocado; se me puede llegar a convencer de lo contrario; pero nadie me hará cambiar de opinión con argumentos tan puramente emocionales, que son la suma y la sustancia de lo que me has dado…».

Descontenta por el retraso de Derleth en la edición de su libro, *Half in Shadow*, Counselman vendió en 1946 a la editorial británica Consul su propia recopilación de cuentos, que fue publicada en tapa blanda. Aunque ella rompió con Derleth un poco irritada, pronto volverían a intercambiar su habitual correspondencia. Derleth siguió animándola en su trabajo y de vez en cuando compraba alguno de sus nuevos cuentos para las antologías que editaba. En 1978, mientras ordenaba el gran número de manuscritos que Derleth conservaba, el editor de Arkham House James Turner sacó a la luz una edición americana de *Half in Shadow*, basada en la selección de cuentos que Derleth había elegido muchos años atrás. Los coleccionistas se han preguntado muchas veces por qué el contenido de la edición inglesa es diferente al de la americana. Les sugiero que decidan por sí mismos qué versión es mejor.

Además de escribir literatura de ficción y poesía, Counselman daba charlas en

numerosas conferencias de escritores del sur de Estados Unidos, y periódicamente en la Universidad de Alabama. También tenía muchas otras aficiones, aparte de la escritura, incluyendo la astronomía, para la cual se valía de un telescopio que había adquirido cuando era una joven reportera. También hizo sus pinitos con la astrología y la percepción extrasensorial. Coleccionaba hierbas y plantas exóticas, y piedras semipreciosas, especialmente amuletos, talismanes y objetos de buena o de mala suerte. Tenía muchos seguidores en el Profundo Sur que la ayudaron e incitaron en sus extraños hábitos de coleccionista.

Sus admiradores le enviaban toda clase de objetos, desde cabezas de serpientes de Florida hasta cabezas reducidas de Sudamérica y cráneos humanos, que ella exhibía orgullosa en su estudio. A veces se juntaba con más de veinte gatos en casa, y a ella le gustaban especialmente los gatos negros porque le hacían recordar la Fiesta de Halloween. En 1967 compró una casa-barco de nueve metros de largo y la dejó amarrada en los muelles de Town Creek, cerca de Albertville. Quizás quería olvidarse del pasado y disfrutar finalmente de las tranquilas aguas del río, cosa que no pudo hacer durante su juventud. Un periodista señaló que el interior de la casa-barco estaba decorado con sus colores favoritos: el naranja y el negro.

Counselman intercambió una larga y prolífica correspondencia con varios de sus colegas de *Weird Tales*, incluyendo a Greye La Spina, Dorothy Quick, Seabury Quinn y Harold Lawler, y con otros escritores de ciencia ficción como Groff Conklin y Don Wilcox. Su correspondencia con todas estas personas, según se hace referencia en las cartas con Derleth, estaban llenas de chismorreos sobre el mundillo de las revistas *pulp* y los editores, a los cuales criticaban sin piedad. Habrían sido una fuente muy rica de información histórica sobre la era de las revistas *pulp*.

Es muy triste saber que jamás podremos leer esas cartas. A pesar de los numerosos intentos de la Gadsden Public Library por hacerse con todos los legajos de Mary Elizabeth Counselman, su hijo acabó humillándola por última vez. Arrojó a la basura todos sus escritos, papeles y cartas.

# ALGO VIEJO

## MARY ELIZABETH COUNSELMAN

Fue una boda casera. Quizás, si se hubiera celebrado en una iglesia, incluso en la capilla pastoral, todos aquellos terribles sucesos no habrían tenido lugar. En la santa atmósfera de una iglesia, erguidos delante del altar, cuando Celia dijo: «¡Sí, quiero!», habría estado a salvo de la Fuerza maligna que…

Pero fue una boda casera. Celebrada en el enorme salón de Mitchell, que habían desprovisto de muebles excepto por las sillas que habían traído del auditorio de la ciudad y las flores que colgaban de las paredes. Los invitados ya se habían sentado, de cara a la ventana desde la que el pastor celebraría la ceremonia. Conversaban en susurros, que se desvanecieron cuando Mary McPherson, al lado del piano, comenzó a cantar «O Promise Me» con su voz dulce de contralto.

En la biblioteca, Bob Hanson, el joven asistente del conservador del museo, se sostenía primero en un pie y luego en el otro. Sonreía débilmente a su «hombre preferido» de pelo blanco, que era a un mismo tiempo su superior y su tío. Walter Ferris le devolvió la sonrisa, palmeándose el bolsillo de la chaqueta.

—¡Sí, sí, tengo el anillo! —se sonrió—. Está aquí. Además —añadió con sorna —, tengo otros *seis anillos* conmigo, por si acaso el que le compraste se pierde.

Ante la mirada confundida de su sobrino, el conservador sacó una pequeña cajita de piel y la abrió, mostrando media docena de curiosos círculos de metal con una piedra semipreciosa.

—Fui corriendo hasta Peabody de camino hacia aquí —le explicó—, y él me dio la mercancía que había llegado de Londres. Son bonitos, ¿verdad?

El novio asintió ausente, aflojándose un poco el cuello de la camisa. Quizás por décima vez en los últimos tres minutos, volvió a mirar el reloj, murmurando algo acerca de las torturas medievales como condición inevitable para hacer que dos personas se casaran felizmente. Luego empezó a ponerse nervioso cuando la puerta del estudio se abrió dando paso a una niña con un vestido blanco lleno de volantes y una cesta cargada de pétalos de rosa que se balanceaba en sus manos. Sonrió a su futuro cuñado y le cogió la mano con afectación, mostrando una hilera de blancos dientes.

—¡Bob! Celia me ha dicho si tú o el señor Perris le podéis dejar algo del museo. Algo pequeño, algo para que lo pueda llevar de adorno. Mary le ha dado una liga para la «rifa» y ella ya tiene algo «nuevo» y «azul» en su ropa interior. Pero no algo «viejo»… —la niña, una copia de siete años de su hermana, dijo la frase de un solo tirón—. ¡Celia no va a empezar la ceremonia si no lo tiene! ¡Mamá dice que trae mala

suerte!

Ambos hombres rieron, agradecidos ante cualquier cosa que relajara la tensión de la espera. Ferris se acercó al teléfono sonriendo, de pronto recordó el estuche de piel que había vuelto a meter en el bolsillo. Lo cogió y, aún sonriendo, volvió a abrirlo, observando detenidamente los anillos que había dentro: uno sirio del siglo V con un ágata veteada, otro irlandés de metal retorcido, un anillo de cuero inglés, uno indio hecho de hierro y plata. El canoso conservador del museo miró las joyas brevemente, luego eligió un anillo de pesado metal negro, de forma hexagonal y con un extraño símbolo grabado en cada lado. Se lo tendió a la muchachita de las flores con una reverencia exagerada.

—¡Aquí tienes, querida! Seguramente es la reliquia más vieja de nuestra colección, un antiguo anillo de compromiso babilónico, según parece por su aspecto. Puedes decirles a los novios —añadió con un guiño de sus ojos azul pálido— que la inscripción reza, más o menos: «*Mía, amantísima; mía por toda la eternidad*». Muy romántico, ¿no? —volvió a hacerle un guiño—. No le digas a tu hermana que te lo he dado yo. Dile que fue Bob, ¿vale?

La muchachita de las flores asintió con la risita cómplice de un conspirador. Pronto desapareció de nuevo por la puerta del estudio, y en seguida comenzaron a entrar los primeros miembros del cortejo. Bob se enderezó como el condenado que marcha a la silla eléctrica y sonrió a su tío tímidamente.

—¡Ya no hay quien me salve! —se quejó mientras caminaban juntos hacia el altar donde se iba a celebrar la ceremonia. El grueso pastor miraba complaciente a los invitados mientras esperaba a que la novia llegara andando ceremoniosamente, cogida del brazo de su padre.

Entonces apareció, una figura pálida y rubia envuelta en satén blanco con una guirnalda de capullos naranja encima de la corona del velo. Si llevara en las manos una pequeña Biblia blanca de tela en vez del ramo de orquídeas y lilas del valle… Pero lo que llevaba Celia era un ramo, y sonreía tímidamente a su hermanita, que bailoteaba delante esparciendo los pétalos de rosas. En la mano derecha llevaba un único anillo, y Bob se dio cuenta de que se trataba del antiguo y pesado aro. Sonrió, lanzando una mirada de agradecimiento a su tío. El viejo granuja no le subiría el sueldo para que pudiera comprarle un diamante, además de la pequeña casita de campo que Bob había construido para Celia. Pero en el último minuto sí era capaz de tener un detalle y dar a la novia de su sobrino un antiquísimo anillo de compromiso que seguramente le costaba al museo una cantidad de cinco cifras. Su sobrino siempre había sospechado que el viejo Walter Ferris estaba en una guerra continua consigo mismo, batallando entre lo que quería ser, un duro ejecutivo, y lo que en realidad era, un soñador sentimental.

En ese momento Celia se detuvo junto a él, y el joven asistente del conservador no pudo mirar más que su rostro, delicioso y encendido.

—Queridos míos —entonó el pastor—, nos hallamos aquí reunidos, a los ojos de

Dios, para unir a este hombre y a esta mujer…

Bob suspiró, guiñando amablemente el ojo a la muchacha que estaba a su lado. De repente, se puso muy serio e intranquilo al observar en el rostro de su amada una expresión asustada. No le estaba mirando a él, sino un poco más allá, detrás de su tío, a un sitio sombrío que estaba al otro lado del altar. Tenía la garganta contraída, como si estuviera intentando con todas sus fuerzas acallar un grito que le salía del alma. Bob siguió su mirada, pero no pudo ver nada. Luego se dio cuenta de que Celia estaba tirando del anillo que llevaba en el dedo, como si quisiera quitárselo. Ese simple hecho ya era por sí solo desconcertante, pues el objeto era casi dos veces más ancho que su fino dedo. Y sin embargo, ahora no podía sacárselo, ni tan siquiera girarlo. Mientras tiraba del anillo con desesperación, una fina gota de sangre resbaló por debajo del metal oscuro y formó una manchita roja en la falda de satén blanco.

—Robert Edward Hanson, ¿quieres a esta mujer por…? —preguntaba el pastor con voz sonora.

Bob contestó con un murmullo ausente mientras contemplaba la mano de la novia. Celia le miró con una expresión de impotencia, y susurró:

—Querido, el anillo… ¡no puedo quitármelo! ¿Qué hago? Está muy apretado…

Su futuro marido se acercó con un gesto protector que hizo que las mujeres más mayores suspiraran como recordando viejos tiempos.

—No te preocupes, querida —murmuró Bob en respuesta, a la vez que sonreía—. Ya lo sacaremos después. ¿Te hace daño?

—¡Sí! —susurró Celia—. El dedo se me está hinchando. ¡Me aprieta muchísimo!

—Celia Anne Mitchell, ¿quieres a este hombre…? —proseguía el pastor, con el ceño fruncido por la interrupción.

—¡Sí, quiero! —dijo la novia, y luego emitió un gritito que reprimió con rapidez.

De nuevo Bob, y también su tío, vieron cómo tiraba del anillo, y en seguida dos gotitas más de sangre salieron de debajo y resbalaron hasta caer sobre la blancura inmaculada del vestido de novia.

Luego, tras unas palabras breves y rápidas, terminó la ceremonia, y la pareja de jóvenes subió al coche de Bob, riendo y tratando de esquivar la lluvia de arroz que caía sobre ellos. Celia, debajo de un sombrero de paja azul pálido que tenía unas flores rosa sobre el ala, se acurrucó contra su esposo mientras se alejaban en el coche, del que colgaban un reguero de latas tintineantes y viejos zapatos atados al parachoques trasero.

—¡Gracias a Dios se ha terminado! —rió la muchacha, sofocada—. Se supone que ahora puedes echarme el brazo por encima. ¡Por fin solos! ¡También es parte de la ceremonia!

Bob obedeció, y recitó el «Por fin solos» con tan poca emoción que Celia le pellizcó el brazo.

—¡Mi caballero! —dijo, luego su expresión se suavizó al mirar abajo, al anillo enorme que llevaba en la mano derecha, que parecía poco elegante e incómodo en

comparación con la delgada banda de platino que brillaba en el dedo de la mano izquierda.

—Pero en el fondo eres un romántico —suspiró—. Oh, Bob, ha sido muy bonito que me dieras este anillo tan, tan viejo de la colección. Un anillo babilónico de compromiso, dice tu tío. ¡Y la inscripción es perfecta!

Su marido tragó saliva avergonzado, y luego decidió que aquélla sería una de las pocas cosas que no le revelaría nunca. En vez de eso palmeó su mano.

—Lo elegí para ti —mintió alegremente—. ¡Recuerda que no me ibas a dejar gastar los ahorros para la nevera! Eres una persona frugal, ¿no es así, mujercita mía? —bromeó, luego frunció el ceño—. Pero llegué a asustarme durante la ceremonia. Con el anillo, quiero decir —señaló el aro negro que ahora parecía suelto en el dedo de la mujer. Me pregunto cómo se te hinchó de esa manera. ¿Crees que puede tratarse de algún tipo de alergia al metal?

Celia se encogió de hombros, quitándose el sombrero y apoyando la cabeza en el hombro de él.

—Mmm… Nervios, supongo. Pero parecía… parecía que estaba más *prieto*. Y… luego…

Se calló, riendo y encogiéndose de nuevo de hombros.

—¡Bah, por el amor de Dios! ¡No he vuelto a ver al coco en una esquina oscura desde que tenía la edad de Betsy! —Celia parloteaba alegremente—. Bob… No debemos esperar mucho tiempo para tener un hijo. Me gustaría tener un…

—¿El coco? —interrumpió Bob asombrado—. ¿Qué quieres decir…?

—¡Oh, los nervios otra vez! —la muchacha le restó importancia—. Fue cuando el pastor inició la ceremonia… Y luego otra vez, cuando dije: «*¡Sí, quiero!*». Detrás del piano, en la esquina oscura. Yo… yo creo que vi algo. Eso es todo.

Se rió alegremente, pero el hombre percibió un pequeño escalofrío que recorrió sus brazos desnudos y que le puso la carne de gallina.

—¿Qué viste? ¿El fantasma perverso de tu pasado? —se mofó con simpatía—. ¿A alguno de esos pobres muchachos con el corazón destrozado que se arrojaron por algún puente cuando leyeron la tarjeta de invitación de nuestra boda?

Celia hizo una mueca y luego bajó los ojos, insegura. De nuevo sintió un pequeño escalofrío, como si la rozara una ráfaga de viento helado.

—No. Era… Bueno, ¡al principio parecía un perro! Un sabueso enorme y peludo, como un san bernardo. Y… su color era de un gris oscuro, excepto la *cabeza*… —se estremeció visiblemente, acurrucándose más al hombre que estaba al volante y sujetándole el brazo que tenía sobre su hombro—. ¡Pero no quiero volver a hablar de eso! —rogó—. ¡Sólo ha sido una fantasía estúpida! Toma, querido, guárdamelo. Es muy pesado y se me resbala continuamente. ¡No quisiera perderlo nunca! «*¡Mía, amantísima; mía por toda la eternidad!*» —repitió lentamente lo que decía la inscripción, luego deslizó el anillo dentro del bolsillo de Bob.

El pequeño hotel de montaña que habían elegido para pasar la luna de miel estaba colgado en una cresta cubierta de laureles que dominaba cinco estados. Mientras penetraban en el vestíbulo y se acercaban al mostrador de la recepción, apareció como caído del cielo un hombrecillo de aspecto benévolo que chasqueó los dedos en dirección a un portero negro que estaba medio dormido.

—¿La suite nupcial? —murmuró mientras guiñaba un ojo a Bob, de manera que todos los que estaban en el vestíbulo se dieron cuenta—. ¡Los Hanson, claro! Aquí está su reserva. Sí, sí —añadió con malicia, sin dejar de hablar en susurros—. ¿Luna de miel? ¡Les alegrará saber que nuestra suite nupcial es a prueba de ruidos! ¡Nadie podrá escuchar las dulces palabras que sin duda le dirá a esta encantadora muchacha!

Nada más cerrar la puerta, cuando el sonriente portero se hubo marchado unos minutos después, Bob y Celia estallaron en carcajadas y se fundieron en un largo beso. Permanecieron abrazados durante un rato, mirando la ancha puerta francesa que se abría sobre un pequeño balcón. Por debajo, las montañas aparecían tapizadas del verde de las copas de los árboles, completando la ilusión de que se encontraban solos en un minúsculo planeta suspendido sobre la tierra. La muchacha suspiró.

—¡Oh, Bob, me siento muy feliz de haber podido reservar la suite nupcial! Mamá y papá pasaron aquí su luna de miel, creo que ya te lo dije. Y… y por eso es por lo que quería tanto… —se detuvo bruscamente, mirándole por el rabillo del ojo—. ¿Querido? —susurró—. Devuélveme el anillo, me gustaría tenerlo un rato mientras vas abajo y me traes un paquete de cigarrillos, o lo que sea. ¿Vale? ¡Es parte de la ceremonia! Después pediremos que nos suban la cena y veremos la puesta de sol. ¡Te quiero tanto, Bob!

Se arrojó feliz a sus brazos y luego le empujó riéndose hasta la puerta.

Bob le entregó el anillo y se marchó, con una sonrisa dibujada en el rostro.

Como le había pedido su esposa, estuvo vagabundeando por el vestíbulo del hotel durante casi media hora.

*(Si no lo hubiera hecho así, a lo mejor… Pero hay tantos «si…», como Walter Ferris me recalcó después, cuando me narró aquella extraña historia).*

En realidad, había empezado durante la ceremonia. Pero, para Bob, todo comenzó cuando llamó a la puerta de la suite nupcial.

Su esposa Celia no abrió la puerta. El sol se había puesto detrás de las montañas y algunas estrellas diminutas comenzaban a brillar en el cielo. Bob llamó de nuevo, un poco más fuerte, a la vez que pronunciaba el nombre de su esposa. Se produjo una respuesta, una voz chillona y áspera, que le gritó en un lenguaje que no había oído jamás. Era una voz femenina. Se parecía a la de Celia y sin embargo no era suave ni melodiosa como la de ella. Pudo distinguir una o dos palabras: «*ziggurat*» y «*shimtu*», seguidos de una ristra de sonidos que parecían una especie de cántico: «*inuma iluawelum*…».

Bob, asombrado y muy nervioso, comenzó a aporrear la puerta, temeroso de los sonidos que provenían del interior. Se trataba, como describiría luego, de un sonido

susurrante, como si se hubiera levantado un viento muy fuerte, aunque en el exterior la noche era tranquila y cálida, con relámpagos esporádicos que iluminaban el cielo por el sur. Dos veces escuchó «una especie de sonido profundo, horrible, como el gruñido de un mono, pero acompañado de retazos de palabras».

Luego, desesperado, empezó a empujar la puerta con todas las fuerzas de sus hombros. Se abrió de golpe al tercer impacto y el joven recién casado estuvo a punto de caer, seguido de cerca por el portero y el recepcionista de rostro amable que habían oído el barullo desde abajo.

Celia yacía en la amplia cama de matrimonio, envuelta en un *negligé* de color verde pálido que colgaba hecho jirones. La sangre salía de su magullada boca y apenas había una porción de su cuerpo, delgado y casi desnudo, que no tuviera una marca de violencia. Estaba boca arriba, gimiendo, con los ojos medio cerrados. Pero, como los tres hombres descubrieron mientras corrían a su lado, la expresión de su rostro no mostraba dolor o pánico, sino un *éxtasis* indescriptible, ¡una *felicidad* salvaje, casi histérica! Movió los magullados labios, pronunciando una sencilla palabra; cuando Bob se inclinó sobre ella, su joven rostro se crispó en una mueca horrible.

—¿Campana…? —repitió Bob—. ¿Qué campana, querida? Ah, ¿no podías llamar pidiendo ayuda? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo es posible que… que ese demonio… o lo que sea…?

Se volvió hacia el aterrorizado recepcionista y miró detrás de él la fila de huéspedes que curioseaban desde el umbral.

—¡Hagan algo! —chilló Bob—. ¡Llamen a la policía! Mi… mi esposa ha sido…

Prefirió no pronunciar aquellas terribles palabras, luego puso la mano de Celia en su mejilla, maldiciendo y hablándole suavemente a un mismo tiempo.

Mientras lo hacía, el enorme anillo babilónico resbaló de su dedo y fue rodando hasta el pie de Bob. Una sección de su parte exterior en forma de hexágono se abrió y el joven marido recogió el anillo distraídamente, mirando el compartimento oculto. En su interior, enmarcado en un delgado triángulo de oro, había una pequeña pieza de tejido que en un primer momento le pareció seda mezclada con un hilo negro más basto.

Luego Bob vio que el médico del hotel se abría paso entre la gente y cerraba la puerta de la habitación tras él. Ordenó que todos se fueran, excepto el angustiado marido, y se inclinó sobre la muchacha semiinconsciente que ahora empezaba a gemir y estremecerse de dolor. Luego se volvió hacia Bob con el ceño fruncido y los labios contraídos.

—¿Usted ha hecho esto? —le preguntó con frialdad—. Joven, le recomiendo que visite a un psiquiatra y que anule su matrimonio de inmediato… Si usted… Es un veterano, ¿no? A veces, hay determinados momentos en los que la fatiga del combate…

—¡Basta! —Bob estalló—. ¡Yo me encontraba en el vestíbulo! Alguien ha debido

de llamar después de que me fuera. Y Celia abrió la puerta, creyéndose que era yo. ¡Está claro que nadie pudo haber subido por la balconada!

El médico siguió mirándole, desconcertado pero aún sin creerle del todo. Sacudió su canosa cabeza, se encogió de hombros e intentó calmar al joven de buena apariencia, que podía, o no, ser un lunático.

—Está bien, está bien, muchacho. Tranquilícese. Mi nombre es Markham. He sido el médico de este hotel desde hace dieciocho años, pero jamás me había encontrado con nada… Dígame —soltó—, ¿tiene algún rival o enemigo que sea capaz de…? Esto ha sido hecho por una mente trastornada, obviamente. Un… un maníaco sexual, con marcadas tendencias sádicas. Yo no le recomendaría —añadió amablemente— que su esposa se moviera en varios días. La ha… la han arañado con saña. No tiene heridas graves y lo peor ha sido el *shock*. Pero… ¿quiere que avise a alguien?

—¡No! ¡Sí! A mi tío, Walter Ferris, el conservador del museo estatal —dijo Bob distraído, pasándose la mano por el pelo—. ¿Por qué, por qué la habré dejado sola, aunque solo fuera unos minutos? —gimió—. Quería estar a solas un rato, como todas las novias. Y yo… yo…

El doctor puso una mano sobre su hombro.

—Claro —dijo amablemente, aunque con una expresión de cautela en los ojos—. Ahora, hijo, dígame, ¿sufre de dolores de cabeza con frecuencia? Mmm, ¿pérdida de la memoria? ¿Pesadillas recurrentes en las que usted…?

Bob Hanson sacudió la cabeza, mirando fijamente al médico.

—¡Por Dios santo! —gritó—. ¡Usted piensa que yo le hice eso a la pobre Celia! ¡Que soy… un enfermo mental y que no recuerdo nada…! ¡Pero sí lo recuerdo! Hablamos del paisaje y de que pediríamos que nos subieran la cena. Luego me… me fui abajo a por un paquete de cigarrillos, porque Celia quería desvestirse…

—Sí —dijo el doctor con calma—. Pero el recepcionista me ha dicho que usted ha estado en la habitación con su mujer desde casi una hora antes de que bajara al vestíbulo solo. Y que parecía nervioso, según uno de los porteros —sonrió—. Bueno, eso es normal en un recién casado. Pero… —la sonrisa se desvaneció.

Bob se le quedó mirando boquiabierto, con una expresión de dolor en los brillantes ojos azules ante la mirada del hombre.

—¡Pero… no puedo haberlo hecho! ¿Cómo voy a hacerlo? —avanzó hacia el médico y le cogió por los hombros, como si fueran la única cosa sólida de todo el hotel—. ¡Doctor! Una vez… cuando era un niño, me caí de un poni. Me golpeé en la cabeza. ¿Es posible que eso…?

—Puede ser —asintió el médico con delicadeza, y luego se dio cuenta de que el joven cada vez estaba más nervioso—. Usted ha sufrido un *shock* terrible. ¿Qué le parece si se hospeda en la habitación contigua a la mía durante esta noche? Y por la mañana… Qué anillo más raro tiene ahí —cambió bruscamente el tema de la conversación en un esfuerzo por hacer olvidar al recién casado todo el horror de los

últimos acontecimientos—. Es muy antiguo, ¿no? —siguió hablando tranquilamente —. Tiene un escarabajo genuino de la tumba de Ramsés. Y un ídolo maya… Qué pequeño y qué horrendo. ¿Le importa si le echo un vistazo?

Bob Hanson bajó la vista tristemente hacia su mano, que todavía sujetaba el anillo babilónico que su tío había regalado a la novia. El médico lo cogió y lo observó por todos sus lados, examinando detenidamente el fragmento de tela que se ocultaba en el compartimento secreto.

—¡Vaya! —murmuró—. ¡Muy interesante! ¡Un anillo para el pelo! Y de los comienzos de la cultura babilónica, según estas escrituras cuneiformes.

Hablaba en un tono suave y bajo, llevándose lentamente a Bob Hanson de la habitación en la que yacía su joven esposa, semiinconsciente y maltratada.

Poco a poco condujo al aturdido muchacho a una habitación que el portero acababa de abrir. Bob se hundió en la cama, bebiendo agradecido de la botellita de brandy que Markham le había puesto en los labios.

Luego, una vez más, hundió su cara entre las manos.

—¡Celia! —gimió—. Tan dulce e inocente. ¿Por qué le han hecho esto? Estoy seguro de que no ha besado a más de un par de chicos en toda su vida, en alguna fiesta escolar o algo así. Crecimos juntos. Yo… yo jamás le haría daño por nada del mundo.

El doctor suspiró. En contraste con el joven sano que estaba sobre la cama, parecía cansado y mustio, y sus ojos eran sombríos, acostumbrados a ver toda clase de sufrimientos humanos. También había visto una buena cantidad de crímenes y criminales, y había pasado varios años trabajando en un asilo del Estado. Observó a Bob con cautela, fijándose en cómo se retorcía los dedos como si fueran pequeñas culebras.

—No se preocupe —le tranquilizó—. El guardia del hotel está vigilando a la puerta de la habitación de su esposa. Nada más puede… herirla esta noche. Pero creo que lo mejor es que duerma aquí, hasta que se haga alguna investigación sobre… sobre lo sucedido. Estoy seguro —añadió amablemente— de que usted no quiere que vuelva a repetirse, suponiendo que sea cierto que padece algún tipo de esquizofrenia. Doble personalidad, ¿entiende? Una especie de Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

El joven se quejó de nuevo, sacudiendo la cabeza con violencia.

—¡Pero yo *no* soy así! ¡Lo recuerdo *todo*! Alguien ha forzado la puerta…

—No. Eso es imposible, señor Hanson. Ya lo he comprobado.

Bob miró hacia arriba, asustado por la fría seriedad que emanaba de las palabras del médico.

—No —el viejo doctor destruyó sus últimas esperanzas, con toda la amabilidad de la que pudo hacer uso—. Una de las doncellas estuvo limpiando al otro lado de la habitación durante todo el tiempo que usted dijo haber pasado en el vestíbulo, mientras su mujer estaba sola. Ningún *intruso* pudo entrar en el dormitorio durante su ausencia sin que la doncella lo viese. Y es obvio que nadie sería capaz de subir a la

habitación por la balconada. Hay una caída de casi veinte metros hasta las copas de los árboles.

Bob se hundió tras escuchar las tranquilas palabras del doctor; tenía los ojos completamente abiertos con una expresión de incredulidad. Movió la cabeza de un lado a otro lentamente, incapaz de creerlo. Luego, mientras el médico se encogía de hombros, se arrojó boca abajo sobre la cama, ahogando su llanto.

—Está bien —dijo con brusquedad—. Notifíqueselo a mi tío, por favor. Él hará… hará todo lo que usted crea necesario. Se ocupará de mí y de llevar a Celia a casa.

Cerca de la medianoche, después de que el joven Hanson hubiera caído en un sueño inquieto gracias a los sedantes, el doctor salió de puntillas de la habitación, llevando consigo el anillo que Bob había recogido cuando resbaló de la maltrecha mano de su esposa.

El doctor Markham sacudió la cabeza. Era un caso muy extraño y trágico. Leyó con ironía la romántica inscripción que figuraba en el anillo de compromiso, traduciendo los extraños símbolos de un pesado volumen que había encima de su mesa. «*Mía por toda la eternidad…* » El médico lanzó un gruñido. No podía hacer nada más, excepto ingresar al joven y agradable muchacho en un hospital psiquiátrico después de que hubiera avisado a sus familiares de la salvaje agresión que había perpetrado a su joven esposa.

Markham se sentó delante de la mesa de trabajo y suspiró, examinando el pesado anillo despreocupadamente mientras le daba vueltas al asunto. El metal era muy oscuro, de un negro curioso y *pulsante* que parecía inflarse y expandirse como el humo. Curioso, aplicó una gota de ácido sobre uno de los seis lados exteriores del objeto, y descubrió que estaba hecho de hierro y oro, y de otro tipo de metal que estaba más allá de sus conocimientos. Abrió el compartimento secreto y observó durante un rato el delgado tejido de fina seda mezclada con otro material negro y más basto que había en su interior.

Impulsivamente, abrió su navaja y extrajo una muestra de ambos tejidos, poniéndolos acto seguido bajo el microscopio. Como sospechaba, los dos eran restos de cabello, pero combinados de extraña manera. Descubrió que la muestra que parecía seda amarilla era, efectivamente, pelo humano. Pero los filamentos negros y bastos pertenecían a algún tipo de animal, quizás un perro o un mono. Markham, que había esperado encontrar los restos del cabello de una pareja de antiguos amantes, se sintió perplejo ante este descubrimiento. Decidió contárselo al joven Hanson a la mañana siguiente; luego se dijo a sí mismo con ironía que, en vista de los acontecimientos, aquella combinación entre lo bestial y lo humano era de lo más apropiado.

Entonces, bruscamente, entrecerró los ojos. Una idea demencial había surgido en su cabeza, tan fantástica que no se atrevía a mencionársela a nadie.

Se levantó de la silla, subió las escaleras hasta el piso de arriba y entró en la habitación de la joven, tras saludar distraídamente al guardia del hotel que dormitaba en la puerta. Markham se sentó con cuidado encima de la cama, tomó el pulso a la muchacha y frunció el ceño al contemplar de nuevo los arañazos y moratones que tenía en el cuello y los hombros.

Luego, con gran cautela, deslizó el enorme anillo en su dedo y aguardó. La espera no fue muy larga.

Casi al instante, la expresión calmada de la joven desapareció dando paso a una excitación calenturienta, a una especie de éxtasis mezclado con miedo, horror y repulsa. Empezó a agitarse y mascullar en sueños, y Markham tuvo que acercarse mucho para conseguir descifrar sus palabras: una extraña combinación entre el inglés y lo que pudo reconocer como sumerio, ¡la antigua lengua de Babilonia!

—¡Ai! ¡Phogor! —gimoteaba la joven—. ¡Ven! *E-Im-Khur-sag*… ¡los altos parajes del viento! La escalera ondulante me llevará a… *¡Ai! ¡Belpeor! ¡Tu sierva… espera tu… placer…!*

Celia emitió un grito de repente y, delante de los ojos atónitos de Markham, comenzó a surgir un enorme moratón rojo sobre la piel del esbelto cuello de la muchacha. Pronto apareció otro sobre uno de sus hombros desnudos, mientras la joven se estremecía y gritaba de nuevo.

El doctor se secó la frente, ahora perlada de sudor. Aunque la noche afuera se mantenía clara y en calma, escuchó un sonido susurrante, como si se hubiera levantado un viento muy fuerte. Por debajo y a través del rugido, escuchó una voz profunda y gutural en la que se podían apreciar palabras y frases espantosas que impregnaban el aire de la habitación como una blasfemia. Markham tragó saliva, se agachó con rapidez y sacó el anillo del dedo de Celia, el anillo que se había contraído, dejando una profunda marca en su carne.

—¡Buen Dios! —el médico pronunció con un estremecimiento—. Jamás… jamás habría pensado que tuviera el privilegio de contemplar un caso genuino. ¡Un estigma! ¡Un estigma histérico! Sin duda. Pero ¿cómo se ha producido?

Recorrió con sus dedos los arañazos y moratones que presentaba el cuerpo de Celia, y frunció los labios con una mueca silenciosa de asombro. ¡Algunas heridas estaban sangrando! Y las uñas, que hacía tan sólo un rato arañaban desesperadamente el aire a su alrededor, se encontraban ahora rotas, como si hubieran tropezado con algún objeto sólido. Markham las examinó más de cerca, abrió su navaja y sacó algo de debajo de una de ellas. ¡Un pelo! ¡Un pelo negro y basto, exactamente igual al que había encontrado en el anillo! Pero a lo mejor la propia Celia Hanson había hurgado en aquel compartimento secreto antes de que tuviera lugar el extraño ataque.

El doctor Markham volvió a sus habitaciones y permaneció sentado durante un rato, pasando la mirada por los voluminosos tomos de su librería: obras de referencia que versaban sobre las reliquias antiguas a las que era aficionado. Hacia el amanecer se desperezó con una sensación extraña y alerta. Cuando se hubo despertado del todo

sintió que alguien más estaba en la habitación.

Markham, desde la mesa, volvió la cabeza en silencio. Una mano tanteaba el cajón que estaba a su lado, revolviendo entre las medicinas. Escogió un frasquito que tenía una calavera dibujada en la etiqueta, advirtiendo que se trataba de un medicamento peligroso.

El doctor se irguió, agarró la mano e hizo que soltara el frasco. Con un movimiento experto hizo que el joven Bob Hanson se sentara en una silla al mismo tiempo que daba un puntapié al frasquito de veneno, que fue rodando hasta perderse debajo de la cama. El muchacho le miró desesperanzado y totalmente abatido.

—¿Por qué me ha detenido después de lo que he hecho? —musitó—. ¡He sido yo, nadie más pudo entrar en la habitación! ¿No se da cuenta? ¡Tengo que proteger a Celia! Ella intentaría entenderme, perdonarme. ¿No se da cuenta de que es la única solución?

—Excepto —interrumpió Markham— si miramos los hechos y empleamos el sentido común y algo de imaginación. Tranquilícese, muchacho —dijo con suavidad —. No ha sido usted. No sé lo que ha pasado… usted no tiene síntomas de desorden mental. Pero…

Los ojos de Bob se abrieron de par en par. Saltó de la silla.

—¿Le han cogido? El… el hombre que…

—No hay ningún hombre —dijo Markham, dándole unas palmaditas en el hombro—. Mi joven amigo, tengo muchas razones para pensar que los arañazos y moratones de su esposa son… estigmas. Es decir, que han sido causados por la histeria y la autohipnosis. Se trata de un fenómeno médico muy difícil de observar a lo largo de cualquier carrera profesional. Aunque hace poco se publicó un caso, el de una tal Theresa Neumann en la cual se reproducían las heridas de Jesús en la cruz todos los Viernes Santos. También hubo otro caso en el pueblecito de Vilar Chao, Portugal, acaecido a una muchacha llamada Amelia. Siempre que recitaba el rosario le aparecía en la frente una gran cruz roja.

»Existen otras clases de estigmas, aunque predominan los producidos por el fervor religioso. Hubo una chica polaca, Eleanor Zugun, cuyo cuerpo se llenaba de arañazos y heridas cuando aseguraba que una criatura fantasmal, un *poltergeist*, la atacaba. Tenía las manos atadas y era continuamente vigilada por un grupo de médicos, pero las heridas seguían apareciendo, unos arañazos y desgarrones terribles en las mejillas y el cuello.

El joven Hanson parpadeó, profundamente asombrado.

—Pero —espetó— ¿no pretenderá decirme que Celia…? ¡Ella no es una mujer histérica! ¿Quiere decir ahora que es ella, y no yo, la que necesita ayuda mental?

El canoso doctor le contempló en silencio y en sus ojos oscuros también se apreciaba el desconcierto.

—Quizás —dijo con calma— en mi informe médico pondré que su joven esposa temía el matrimonio de manera inconsciente, aunque en la realidad confía y ama a su

marido. ¡Psiquiatras! Nosotros, los científicos —sonrió con ironía—, somos muy reacios a aceptar todos estos hechos tan extraños como si fueran una verdad médica. Pero… —añadió lentamente—, personalmente yo creo que, durante el corto espacio de tiempo que dejó a su esposa sola en la habitación y teniendo en cuenta su estado emocional, ella se hizo especialmente hipersensible a… a lo que la Sociedad Americana de Investigación Médica llama psicometría.

—¿Psico…? —repitió Hanson, atónito—. ¡Vaya! ¡Algo he oído acerca de eso! Hace poco se hicieron unas pruebas de percepción extrasensorial en Harvard. Es lo contrario de la clarividencia, ¿no es así? Un medium en psicometría puede tener algún objeto en sus manos y sentir el pasado, o ciertos sucesos que tuvieron lugar en el pasado y que están íntimamente relacionados con ese objeto.

Markham asintió.

—¡Exactamente! Y yo he observado que a ella le ha ocurrido lo mismo durante su…, llamémosle trance, si lo prefiere. Una señora, una quiromántica regordeta que tenía una tienda en las afueras de Miami, era capaz de describir los detalles de un asesinato con sólo sostener el objeto con el que se había cometido. Incluso podía dar una descripción muy detallada del asesino. Más tarde se le acusaba del crimen, aunque con pruebas más reales que las que aportaba la simple psicometría. Nuestras autoridades no son muy proclives a creer en semejantes historias. Pero «lo que se piensa lleva a lo que se hace», como se suele decir. Estos actos están impresos en el metal, la madera y la piedra, de la misma manera que la radiactividad permanece impregnada en ciertos lugares. Todo el mundo puede sentirlo a veces, especialmente en momentos de gran emoción. Pero algunos son más receptivos que otros, más predispuestos a ello.

—Señor Hanson —terminó el médico—, creo que su mujer es una de esas personas, y que revive una experiencia que está fuertemente impresa en el antiguo anillo babilónico que le entregó. Usted lo llama anillo de compromiso, y seguramente eso es lo que es… pero de una manera más espantosa.

El doctor tembló visiblemente, luego prosiguió:

—He examinado con suma atención la inscripción cuneiforme. ¡Resulta mucho más siniestra que romántica! Si a ello le añadimos lo que su esposa musitaba en sueños cuando deslicé el aro en su dedo, creo que el objeto es un anillo de compromiso de alguna joven novia de la antigua Babilonia. Una muchacha virgen de la ciudad de Peor, en el Tigris.

»Existía una antigua costumbre religiosa, como seguramente usted sabe, entre los adoradores del dios Baal, que en babilónico es Bel, el *señor* o *poseedor*. Se trataba de un rito espantoso. Justo después de la boda se obligaba a la joven novia a que se sentara en el templo y se entregara al primer extraño que arrojara sobre su regazo un puñado de plata. Ella no podía negarse a ese primer recién llegado, aunque fuera un ladrón leproso. Después, y sólo después, la novia podía marcharse legalmente con su marido. Era una práctica tan inimaginable que los cananeos llamaban al dios «el

señor de la vergüenza», o «*Baal-ze-bub*», el «señor de las moscas».

»El extraño, por supuesto, representaba a Bel. Un monstruo peludo e indecente con cuerpo de bestia y el rostro lujurioso de un viejo. Pero a veces, si la muchacha era muy hermosa e inocente, el propio dios reclamaba sus primeros frutos, que era como se denominaba a aquella práctica.

Bob Hanson, que escuchaba con suma atención, se estiró el cuello de la camisa mientras absorbía las palabras del doctor Markham.

—¿Y… Celia? —se forzó a pronunciar su nombre—. ¿Ella… ella…?

—… revive la experiencia de la joven novia de Peor —asintió lúgubremente el médico—. Por medio de la psicometría. ¡Una experiencia verdaderamente espeluznante! ¡No es de extrañar que su cuerpo se vea afectado físicamente, hasta el extremo de mostrar esas terribles heridas! De todas las deidades impías de la antigüedad, Bel, o Baal, fue conocido y despreciado por su obscena brutalidad. La mayoría de los profetas de la cristiandad predicaron en su contra y quemaron sus templos: Daniel, Isaías, Jeremías. No exageraban lo más mínimo cuando proclamaban que los ritos de Bel era una «abominación».

El joven Hanson temblaba descontroladamente.

—¡Mi pobre Celia! —gimió—. Tendremos que hospitalizarla. ¡Pero la esperaré! ¡La… la ayudaré a olvidar esta terrible experiencia aunque me cueste el resto de mi vida!

El doctor Markham sonrió, dando unas palmaditas cariñosas en la espalda de Bob.

—Pero no creo que dure mucho —dijo con alegría—. A no ser que esté muy equivocado… —Miró por la ventana y descubrió que el sol comenzaba a brillar, límpido y cálido, sobre las cimas montañosas—. Casi me atrevo a afirmar que su hermosa mujer está a punto de despertarse, hambrienta y preguntándose dónde se ha metido su marido. ¿Quiere que vayamos a verla?

El joven asintió impaciente y al rato ambos se encontraban delante de la cama de Celia. Ella miró a Markham, cubriéndose el desgarrado *negligé* con las sábanas. Luego, mientras el doctor le cogía la muñeca con una agradable sonrisa, se relajó un poco y le hizo una mueca a Bob.

—¡Oh! ¿Usted es el médico? ¡Vaya! ¿Me he desmayado la pasada noche o algo así? ¡Pobre Bob! Debió de desesperarse llamando a la… —gimió débilmente, dejándose caer de nuevo en la cama—. ¡Pero me siento espantosamente mal! ¡Y esas terribles pesadillas…! —el rostro de la novia se retorció de pavor—. ¡Era… era como una especie de perro! ¡Lo mismo que vi durante la boda! ¡Agh! Se… se acercaba a mí, y… yo estaba aterrorizada, y sin embargo… —movió la cabeza de un lado a otro, como intentando recordar algo que permanecía oculto—. ¡Ay, todo está mezclado!

Bob se acercó rápidamente a la cama y ella estiró ambas manos y cogió la suya con una sonrisa trémula.

—Oh, querido —se disculpó—. No quiero asustarte. Pero… pero me sentía como

drogada. No podía levantarme. ¡Tan sólo soñaba una y otra vez con esa… con esa extraña y antigua ciudad! Las calles estaban llenas de una multitud de gente que se agrupaba alrededor de un edificio enorme y muy alto. Algunos hombres con trajes de ceremonia bailaban una especie de danza *renqueante*. Luego… —se estremeció—. Luego uno de ellos arrancó de los brazos de su madre a un pobre bebé y… ¡y estrelló su cabeza contra una gran piedra de seis lados! ¡Era espantoso! Pero yo no podía despertar… Luego una… una muchacha joven, con una corona de flores en la cabeza. ¡Se… se parecía a *mí*! Había una larga hilera de ondulantes escalones que subían desde el exterior a aquella torre enorme. Subí y subí, mientras el gentío aullaba debajo. Luego se abrió una puerta. Y una habitación inmensa se iluminó con un extraño resplandor verdoso, ¡una habitación decorada únicamente con unas pinturas espantosas sobre las paredes! ¡Esas… esas pinturas hicieron que me ruborizara! También había un enorme diván y joyas azules y doradas, amontonadas entre los cojines. ¡Y el viento… el viento aullaba sin cesar! Luego yo… yo…

Celia se detuvo, pero al rato continuó, con la respiración sofocada por el horror.

—Yo… miré arriba, y aquella Cosa se acercaba, hablando con una horrible voz gutural… *¡y era a mí a quien buscaba!*

Gimió débilmente y escondió la cabeza en la almohada. Bob Hanson miró con desesperación al doctor Markham. Pero el médico negó con la cabeza. Con mucho cuidado, levantó las sábanas y dejó al descubierto el cuello y los hombros desnudos de la muchacha, que antes estaban llenos de moratones y arañazos.

El joven Hanson miró atónito. ¡Las heridas habían desaparecido! Volvió a mirar al doctor Markham a los ojos, boquiabierto. Pero de nuevo el viejo y sabio médico sacudió la cabeza, y se dirigió inadvertidamente hacia la puerta.

—Todos estamos muy afectados por los nervios y las pesadillas —dijo con suavidad—. Yo no me preocuparía demasiado por todo esto, jovencita. Relájese durante unos días, ¡y disfrute su luna de miel! ¡Se encontrará bien en cuanto tome el desayuno en compañía de su amado! Volveré más tarde. ¡Mucho más tarde!

Cerró la puerta tras de sí, sonriente, y caminó por el pasillo de vuelta a sus quehaceres habituales. El anillo, el maligno anillo de Bel-peor, todavía estaba en su bolsillo, y pensaba enviárselo por correo a Walter Ferris junto con el relato de todo lo que había sucedido, como el joven Hanson le había sugerido. Bob podría decirle a su esposa que lo había perdido. Lo que fuera, con tal de que no volviera a tenerlo cerca y pudiera volver a deslizarlo en su dedo, como muchos siglos antes de Cristo había hecho aquella otra joven novia de Peor.

Markham frunció el ceño. Había muchas otras premisas sobre este caso que aún no comprendía, ¡y muchas más que ni tan siquiera se atrevía a comprender! Aquel cabello negruzco y basto en el compartimento secreto del anillo, por ejemplo, y los restos del mismo que había encontrado en las uñas de Celia. A lo mejor se podría explicar de alguna manera racional…

Pero lo que no podía explicar era que los filamentos rubios que estaban

entremezclados con el cabello oscuro fueran, tras observarlos al microscopio, exactamente idénticos al cabello de Celia, ¡a pesar de que estaban encerrados en el interior de aquel antiguo anillo babilónico desde hacía tres mil años!

# JOHN RAMSEY CAMPBELL

# [1946]

Se ha dicho que a August Derleth siempre le irritaba que los escritores usaran sin permiso los nombres propios que aparecen en los Mitos de Cthulhu de H. P. Lovecraft. Jamás demandó a nadie por ello, pero se servía de los derechos de edición y de su formidable presencia en la comunidad literaria para disuadir a los que se aficionaban a esa práctica. Sabía perfectamente que, si demandaba legalmente a los infractores, estaría caminando sobre una capa de hielo muy fino, ya que podía demostrarse que Lovecraft siempre había animado a otros escritores amigos como Henry Kuttner, Robert Bloch, Clark Ashton Smith, Robert E. Howard, Rev. Henry S. Whitehead, Robert Barlow, Donald Wandrei y al propio August Derleth a experimentar y ampliar el campo de los Mitos de Cthulhu.

Sin embargo, C. Hall Thompson, un escritor muy popular, se hizo el blanco de su ira al publicar dos cuentos en *Weird Tales* que eran unos plagios descarados de los temas lovecraftianos. La publicación de ambos hizo que Derleth enviara una nota muy seca a Lurton Blassingame, el agente literario de Hall, fechada el 3 de mayo de 1947:

«Querido señor Blassingame: Una de las cosas que con frecuencia olvida un agente literario es el uso de los derechos de propiedad de otro autor al que se está plagiando. Hace varios meses descubrimos que alguien había abusado de los derechos de propiedad de ciertos personajes de la obra de H. P. Lovecraft, de quien somos sus editores, en un cuento de C. Hall Thompson [“Spawn of the Green Abyss”, noviembre de 1946] aparecido en *Weird Tales*. Pensando que a lo mejor se trataba de una simple casualidad, el señor Wandrei y yo mismo decidimos dejar pasar el tema. Sin embargo, ahora volvemos a descubrir los mismos hechos en el nuevo relato del señor Thompson, “The Will of Claude Asher”, publicado en el ejemplar de julio de *Weird Tales*. Además, la utilización de estas propiedades literarias no contribuyen en lo más mínimo al desarrollo de la historia, excepto para conformar la atmósfera del relato; la obrita se sustentaría perfectamente por sí sola sin necesidad de recurrir a la ilegalidad.

»… Nos sentimos obligados a requerir del señor Thompson su conformidad con nuestro punto de vista, y que en futuros relatos deje de utilizar toda propiedad intelectual a nuestro cargo; si, con anterioridad, se ha llegado a vender algún cuento que haga uso de ella, deberá revisarse antes de su publicación. Si el señor Thompson quiere hacer uso literario de la propiedad intelectual del señor Lovecraft, su obra… tendrá que pasar antes por nuestras manos. Creemos que el señor Thompson es un

escritor competente y que la utilización del legado intelectual de Lovecraft es totalmente innecesaria para que sus cuentos tengan éxito que, por otro lado, nos parecen bien escritos y desarrollados».

Con referencia a los relatos de Thompson, Stefan Dziemianowicz escribe: «Son para partirse de risa. No sólo hace uso de los nombres de los sitios sobre los que escribía Lovecraft, sino que también entremezcla largos argumentos e historias secundarias sacadas de los cuentos de Lovecraft, conformando el batiburrillo más monstruoso y torpe que he visto. Los aficionados a los Mitos de Cthulhu no le deben nada a este tipo».

Es muy posible que Derleth se dirigiera especialmente a Thompson porque no quería que los Mitos acabaran convirtiéndose en una parodia, lo cual habría dado lugar a que surgieran un montón de imitadores y también habría hecho que Arkham House tuviera más dificultades a la hora de recuperar su enorme inversión en la figura de Lovecraft. El propio Derleth estaba escribiendo por entonces relatos de los Mitos de Cthulhu para *Weird Tales*, en un esfuerzo por mantener activos de cara al público los temas lovecraftianos. (Hoy en día, escribir cuentos de los Mitos de Cthulhu se ha convertido en una especie de industria artesanal muy en boga, tan sólo un poco por debajo de las numerosas imitaciones y pastiches que se hacen de las historias de Sherlock Holmes). Con el paso del tiempo, Derleth fue suavizando sus postulados, incluso empezó a animar a los escritores jóvenes a que recogiesen los temas de Lovecraft y les dieran nuevos enfoques y perspectivas. Esto es lo que sucedió con el escritor J. Ramsey Campbell. Al principio de su correspondencia, Campbell preguntó a Derleth por el caso de C. Thompson Hall, y Derleth le respondió que había dado permiso a Hall para que escribiera sus pastiches ya que antes se lo había solicitado.

Campbell se presentó a Derleth el 16 de agosto de 1961: «Soy un gran admirador de la obra de HPL, y últimamente he leído varios pastiches de los Mitos de Lovecraft. Desde luego, nadie mejor que usted mismo para criticar semejantes obras, y me pregunto si no le importaría perder un poco de su tiempo comentando algunos de mis propios relatos».

La respuesta de Derleth, fechada el 19 de agosto, fue algo reservada: «Yo más bien diría que es necesario que veamos esos pastiches de los Mitos de Lovecraft porque a) el material de Lovecraft tiene derechos comerciales y está protegido y b) es completamente necesario que Arkham House apruebe la edición de cualquier obra de ese tipo antes de que salga al mercado. Esto es así porque si no hacemos una selección previa entonces el mercado se inundaría de imitaciones baratas e influiría negativamente en Lovecraft y su obra».

Los postulados de Derleth son, cuando menos, divertidos. Para proteger los Mitos de Lovecraft estaba usando los mismos argumentos que los representantes legales de Adrian y Dennis Conan Doyle utilizaron cuando intentaron, sin éxito, que no se publicaran los relatos del detective Solar Pons, del propio August Derleth, en 1945,

argumentando que restaban categoría a las historias de Sherlock Holmes escritas por sir Arthur Conan Doyle.

El 6 de octubre, Derleth volvió a escribir a Campbell: «He recibido sus cuentos, aunque sólo he tenido tiempo de leer un par de ellos. No quiero comentarlos en profundidad hasta que no los haya leído todos, pero creo que son buenos. Sin embargo, creo que hay una cosa que debería cambiar sin dudarlo, y sé también que Wandrei, como poseedor de los derechos, insistirá en ello; se trata de cambiar el escenario de sus cuentos a otro que no sea el del propio Lovecraft. Lo que quiero decir es que puede mantener los dioses, los libros, etc., pero que debe crear una geografía propia. Esto otorgaría a sus obras mucha más autenticidad y serían más un aditamento a los Mitos que una simple copia, y hasta es posible que nosotros considerásemos publicar aquí su libro en una edición limitada.

»Lo que le sugiero es que establezca una región en la zona costera de Inglaterra y cree su propio entorno. Esto no conllevará cambios apreciables en sus cuentos y sin embargo les otorgará una nueva dimensión mucho más adecuada y además hará que el lector no se avenga a compararlos con los de Lovecraft, ya que tal comparación no sería tan buena si usted no dispone de sus propios nombres para los lugares en los que transcurren los cuentos».

El 18 de octubre, Derleth ya se había leído todos los cuentos en orden. Aunque sabía que Campbell tan sólo se los había enviado con la esperanza de que se los criticara, Derleth le escribió: «… a pesar de que no quiero asegurarlo, creo que usted ha escrito un libro que Arkham House podría publicar. Habría que hacer algunos cambios, ya que existen dos importantes defectos en el manuscrito». Acto seguido se dedica a repasar algunos cambios y correcciones que pensaba que Campbell debería llevar a cabo. Más tarde, cuando Campbell le preguntó por qué le había comentado todos los cuentos excepto uno, Derleth le contestó que el que faltaba no necesitaba ninguna modificación.

Seguramente, Derleth se sentiría tremendamente desconcertado cuando, cuatro días después, Campbell le confesó que tenía 15 años. «Bueno, como tan sólo tienes 15 años —la misma edad con la que yo publiqué mi primer cuento en *Weird Tales*—, seguramente tienes por delante una prometedora carrera como escritor. Pero no te dejes atrapar; lo que quiero decir es que procures no depender sólo de la escritura para vivir. Yo lo hice, y tuve que solicitar ayuda de mis padres durante diez años; no te lo recomiendo; cuando acabes el colegio consigue un buen trabajo, que no sea muy absorbente, y escribe todo lo que puedas… Estoy seguro de que veremos tus cuentos en un libro de Arkham House, y eso te hará muy feliz, aunque no ganarás un montón de dinero, más o menos alrededor de 700 dólares… Tómate tu tiempo con el manuscrito, pero en cuanto lo hayas terminado… quisiera verlo».

Así comenzó una prolífica correspondencia que duró diez años y que tiene ciertas semejanzas con las *Screwtape Letters* de C. S. Lewis, las cartas entre un diablo joven y otro mayor. Sus misivas no tenían mucho que ver con las nuevas obras que

Campbell producía, pues Derleth consideraba que el escritor tenía la suficiente inteligencia para criticarse a sí mismo, así que evitó darle consejos que podrían cambiar el rumbo de su obra futura. También había una especie de relación padre-hijo sobre las películas y libros que a ambos les gustaban, y sobre la frustración que suponía el paso del tiempo y los inconvenientes de la vida.

El libro de Campbell se publicó en 1964 con el título *The Inhabitants of the Lake and Less Welcome Tenants*. Aunque de vez en cuando Derleth compraba relatos y poemas de autores nuevos para sus antologías y revistas, el libro de Campbell fue el primero de un escritor novel que se publicó en Arkham House. S. T. Joshi, especialista en la figura y la obra de Lovecraft, ha escrito: «Varios escritores expresaron su asombro y envidia cuando vieron que una de las más prestigiosas casas editoriales de literatura sobrenatural había publicado el libro de un muchacho de dieciocho años. Sin embargo, Campbell sintió que ya había dicho todo lo que tenía que decir en el idioma de Lovecraft y se puso a trabajar violentamente en otro tipo de historias completamente diferentes».

John Ramsey Campbell nació el 4 de enero de 1946 en Liverpool, Inglaterra, en el seno de una familia problemática cuyo matrimonio se iba deteriorando rápidamente. Las disputas y peleas entre los padres a veces llevaban a la violencia física del padre contra la madre, y de ambos por separado. El padre residía en la parte de arriba de la casa, y el joven Ramsey y su madre lo hacían en el piso de abajo; rara vez hablaban entre ellos. Joshi asegura que la educación de Ramsey Campbell «parece haberle predispuesto para escribir historias de horror, especialmente el tipo de terror desconcertante que trata sobre estados psicológicos anormales con una intensidad bastante molesta; pero esa ligereza en el tono seguramente enmascara una niñez y adolescencia muy dolorosas».

Pocos años después del nacimiento de Campbell, su madre comenzó a dar muestras de esquizofrenia; sin embargo, se las apañó para alimentar el interés de su hijo por la escritura y en especial su creciente afición por la literatura y el cine de horror. Aunque en la superficie hay evidentes similitudes educacionales entre Lovecraft y Ramsey Campbell, este último poseía una fuerza interior que le permitió salir airoso de la influencia irracional de su madre.

Podríamos decir que el interés de Campbell por la lectura y la escritura de literatura sobrenatural ya estaba firmemente arraigado cuando tan sólo contaba seis años de edad y vio un ejemplar de una revista de *Weird Tales* en el escaparate de un quiosco de prensa. Campbell finalizó su primera obra literaria a la edad de once años: una colección de veinte cuento cortos de fantasmas que envió a Boardman & Co., editores de programas de televisión. El director de la compañía le contestó animándole, y le dijo que sus relatos «estaban muy bien escritos y eran realmente prometedores», y que debería seguir escribiendo. Cuatro años después, Campbell mostró la suficiente habilidad y madurez para impresionar a August Derleth, uno de los editores más críticos y exigentes del negocio.

Campbell abandonó los estudios superiores poco después de publicar su primer libro. Hizo caso del consejo de Derleth y aceptó un trabajo que no era demasiado absorbente, aunque, por su situación familiar, deseaba abandonar su casa cuanto antes. Consiguió un trabajo de oficinista en el Inland Revenue Service; más tarde consideró dejarlo pronto y estudiar por las noches para obtener el graduado.

Unos años después cambió de trabajo y empezó a trabajar en una biblioteca de Liverpool; siguió escribiendo en sus ratos libres. En 1973, dos años después de casarse, decidió dedicarse a la escritura a jornada completa. Su segundo libro para Arkham House, *Demons by Daylight*, acababa de ser publicado con excelentes críticas. Más tarde, Campbell admitiría que, de no haberse casado con Jenny Chandler, la hija del escritor de ciencia ficción A. Bertram Chandler, en 1970, seguramente habría terminado como su madre, sin un ancla en la vida.

En las notas sobre *Demons by Daylight*, en el libro *Sixty Years At Arkham House*, S. T. Joshi escribe: «A pesar de su delgadez, se trata de uno de los libros más importantes que Arkham House ha publicado… estos cuentos sitúan definitivamente a Campbell como el líder en el campo del género sobrenatural y a la cabeza de las tendencias modernas de la literatura de horror, con su énfasis en la sutileza y la ejecución, su tratamiento de los temas políticos, sociales y sexuales, y su mezcla entre el horror, la sicología y la fantasía».

A sabiendas de que tendría que escribir novelas si quería obtener algún reconocimiento en el campo literario, Campbell abandonó casi por completo su prolífica carrera de escritor de cuentos y produjo *The Doll Who Ate His Mother* (1976), libro que no se vendió muy bien. Su segunda novela, *The Face That Must Die*, es un relato espeluznante sobre un asesino en serie. Lo escribió justo después de acabar su primera novela, pero fue rechazado por numerosos editores debido a que la violencia que contenían sus páginas era demasiado gráfica. Acabó publicándose en 1979 después de varias juiciosas correcciones.

Las más de 15 novelas que Campbell ha escrito desde principios de los ochenta se encuadran más bien en la vena de la literatura de horror popular que tanto fruto ha dado a escritores como Stephen King, Peter Straub, Clive Barker y un buen número de imitadores. Aunque ninguno de sus libros ha alcanzado las enormes cotas de ventas de sus principales competidores, se suele considerar a Campbell como el escritor de horror más consumado y hábil de nuestros días. Sin duda su obra será recordada mucho después de que la de King y otros caigan en el olvido. Creo que Derleth habría disfrutado mucho del éxito de la crítica hacia la obra de Campbell, ya que validaría su propia opinión personal y la fe que depositó en aquel joven de Liverpool, al que creía capaz de convertirse en un maestro de la moderna literatura de horror, a un nivel muy superior de lo que él llamaba «escritorzuelos de *fanzines*[10]».

# PROPIEDAD DEL ANILLO

# JOHN RAMSEY CAMPBELL

Cuando Alan Swift despertó se sintió frío y atenuado como una hoja de estaño. Uno de los dedos de su mano derecha estaba constreñido; sacó a duras penas la mano de debajo de las sábanas y se encontró con un anillo que jamás había visto antes. Levantó la cabeza, atónito, pero la habitación no giró de un lado a otro; la fiesta no había dejado secuelas. Mmm, la fiesta… eso lo explicaría todo. Vio a su alrededor las paredes grises y descascarilladas. En un segundo recordó el porqué. La luz del sol se filtraba desde un cielo cristalino y azul, y él yacía de espaldas bajo la luz e intentaba encontrar una explicación al anillo.

Todos los sucesos de la noche anterior se mezclaban, oscuros y difusos, como paletadas de tierra confluyendo en el interior de un foso. Chris había estado trabajando; Alan había acabado al fin la novela infantil, aunque no estaba muy satisfecho, y ella había cogido el manuscrito para comenzar a trabajar en las ilustraciones. ¿Luego? Un pub, varios estudiantes que conocía y envidiaba por su aparente y despreocupada vitalidad, y su rápido sentido del humor, una fiesta, una muchacha y una hora de esa apresurada conversación con la que uno intenta conseguir una amistad o algo más antes de que llegue el alba. No, sólo amistad, no más. Chris es más. En realidad, estaba seguro de que fue la muchacha la que se acercó a él. A ratos parecía hermosa aunque vacía como la porcelana china, y otras veces brillaba y latía con fuerza… quizás después de que intercambiaran los anillos, para tocarse, como suele ser habitual en las fiestas. Sus iniciales estaban grabadas en el anillo; sin ningún rastro de sí mismo en la billetera se había sentido anónimo. Y ahora no podía recordar el nombre de ella, ni su cara ni su voz; con dificultad pudo desenterrar tres palabras, impersonales, átonas, como una simple cita: «propiedad del anillo».

Seguía tumbado. No tenía hambre. El día de junio fluía sobre él, sin pedirle que participase. No encontró razón alguna para romper el hechizo. Pero volvió a mirar al anillo, la turbia figura de la banda, como una serpiente o quizás como parras enrolladas, el difuso rostro de la muchacha, impasible, mientras le ponía el anillo. Seguramente ella no le había dicho: «Me lo quito, querido, no quería que él lo llevase». Seguramente se trataba de un fragmento de conversación. Pero se sentía preocupado, insatisfecho, despierto. Se levantó perezosamente y caminó hacia el lavabo. De manera automática se quitó el anillo antes de lavarse. Después de todo, no parecía haber sido una fiesta muy divertida. Además, debería saber que ya no necesitaba ningún tipo de fiestas, ahora que tenía a Chris.

Mientras la luz del sol inundaba su interior, los rostros cambiantes de la fiesta palidecieron hasta desaparecer. Empujó el anillo dentro del dedo y se marchó.

Chris jamás decía «hola», el saludo brotaba de su interior. Por encima de la plaza en donde ella esperaba, vestida con una blusa y pantalones de sport, los coches corrían libres colina abajo como brillantes abalorios de colores, desembocando bajo una límpida estatua blanca.

—¡Hola! —gritó Alan—. ¿Siguen esperándonos las paredes?

—Se descubren ante nosotros.

Su rubia cabellera se sacudió a su espalda, a pesar de que no hacía viento, mientras le tomaba de la mano y le llevaba bajo los brillantes soportales de las tiendas, un poco más allá de la plaza.

—Vacaciones —dijo ella. Su voz sonaba como un arroyuelo—. He pensado en Ibiza. El sol en las parras y el arco iris sobre los *hippies*.

—Es más tarde de lo que crees, ya sabes. Dos meses.

—Pero no se trata de un viaje organizado. Nada de autobuses programados ni hoteles empapelados en color marrón.

—Sí, es cierto.

Sus respuestas le parecían tristes y sin brillo. Generalmente, Chris la animaba, haciendo que brillara con luz propia, y sin embargo ahora sus palabras parecían salir a duras penas de un montón de barro.

—No estoy despierto aún —se disculpó mientras llegaban a la vista de la tienda que era propiedad de… ¿cómo se llamaban? ¿Tom y Anne? Y de pronto recordó algo que sucedió la primera hora de aquella confusa fiesta. No parecía muy adecuado mencionarlo ahora —casi habían llegado a la tienda—, pero en vez de hablar del anillo dijo:

—La noche pasada he tenido una idea para otra novela.

—Bueno, cuando el piso esté listo y me traslade, podremos trabajar juntos en la próxima novela.

—No estará listo hasta que no vayas tú —dijo Alan con diligencia.

Dentro de la tienda unas aves representadas en tarjetas en relieve cantaban silenciosamente, había ciervos pintados en razones de colores rojo, blanco y azul, y una cajita que representaba las notas musicales de un concierto de Mozart.

—Ya conoces a Ted y a Arlene —dijo Chris—, y seguro que vosotros no os habéis olvidado de mi prometido.

Ted se apartó el pelo y desenrolló sobre el mostrador un pliego de papel pintado para la pared; varias águilas caían en picado bajo la luz misteriosa de un cielo crepuscular.

—¡Oh, Ted! —gritó Chris—. ¿Cuánto has tardado en hacerlo?

—Casi una semana. Un poco más de lo corriente pero quería que fuese algo

especial. Yo hice el cielo y Arlene las águilas.

—Oh, Alan, mira —suspiró Chris.

—Sí, es muy bonito —dijo Alan—. Sí que lo es.

—Lo vamos a poner hoy —dijo Chris a los otros—. ¿Podríamos poner un poco de pasta de almendra para mejorar ese pegamento horrible?

—Aquí tengo una cosa que quería enseñarte —recordó Arlene. Movió la silla de ruedas entre un montón de papelorios hasta llegar cerca de la ventana. Chris miró lo que señalaba Arlene: una huevera de color azul que tenía dentro un tesoro de luz. Unos paseantes finísimos escalaban boca abajo por las curvas del objeto hasta desaparecer.

—Es precioso —dijo Chris—. Es la imagen más intensa que he visto nunca.

—Es más que eso —interrumpió Ted mientras envolvía el papel pintado—. Es perfecta porque refleja su pensamiento, sencillo e íntimo.

—Es una criatura —dijo Chris.

—Hay ciertas diferencias entre una criatura y una creación —apuntó Alan.

—Bueno, es más que una imagen —insistió ella.

—¿Qué representa?

—A nosotros, claro —respondió Arlene.

Cuando Alan abría la puerta del piso, Chris le preguntó:

—¿Dónde está tu anillo?

Le temblaba la mano y, tras abrir la puerta, la ocultó detrás de la espalda.

—Lo regalé durante la fiesta —dijo.

—Bueno, no importa. Tú eres tú, y no un anillo.

Los rollos de papel pintado se balanceaban delante de él como ladrillos mal colocados y tuvo que atravesar corriendo el saloncito, pasar delante de los pósters semicaídos de Dick Bruna y los retazos de papeles que había en una mesita baja, hasta llegar al dormitorio. Una vez allí, arrojó los rollos de papel pintado encima de la cama sin hacer. Chris estaba desenvolviendo el pegamento y lavando un recipiente de plástico.

Chris fue al dormitorio y puso una tira del papel pintado en medio de la pared, como si fuera una ventana o una tira de ámbar sobre la que se sostenían las águilas.

—Empezaremos desde aquí —dijo.

Alan se levantó de la cama con esfuerzo, intentando recuperar la vitalidad de la noche pasada, la intensidad y el vértigo de su conversación.

—Me voy a concentrar en lo que veremos desde la cama —apuntó.

—Desde luego que sí. Ambos lo haremos.

Las águilas ascendían por la habitación con un diseño irregular.

—Esta pasta me da hambre —dijo Chris.

La pasta estaba fría pero la habitación entera olía como una tahona.

—Mira, esa pared se llenará de la luz del sol en una hora —dijo Chris—. Comamos.

—¿A estas horas?

—Estoy hambrienta.

—Supongo que es una buena razón.

La luz del sol se reflejaba en una esquina de la mesita baja. Chris había preparado un panaché al curry; su tenedor iba del plato a la boca completamente lleno. Alan comía con la mano izquierda; tenía la derecha abierta a un lado, que había retirado del sofá a causa de su textura rasposa. Sentía el arroz en la boca como si estuviera tragando un puñado de pastillas hinchadas; la carne pasó a través de su esófago como una hilera de piedras deslizándose por la corriente de un arroyo. Por muy lento que comiera, sabía que tarde o temprano tendría que ir con Chris al dormitorio. Para pegar el papel en la pared, ¡por el amor de Dios! Pero no, pensó Alan con calma, no había otra cosa que deseara más.

Tal y como Chris había previsto, la pared del dormitorio estaba iluminada por el sol. En la base del enyesado desnudo había restos y tiras de un viejo papel pintado. Alan sintió una extraña e indefinible simpatía por el antiguo enlucido, como si el pegamento y el nuevo papel pintado fueran a sofocar la pared desnuda.

—Recuérdame que busque unos gemelos para ti —dijo Chris—. Hay un montón de cosas maravillosas y extrañas en las tiendas de antigüedades ahora mismo.

Le miró con los ojos entornados mientras se recostaba en la cama.

—¿Estás enfermo? —preguntó—. Normalmente no sueles estar tan apagado.

Alan sacudió la cabeza sobre la almohada como si fuera una roca nadando en medio de la melaza.

—Vamos, ven y coge una tira de papel. Así te espabilarás.

Alan la miraba mientras cogía un rectángulo de color que ondulaba en el aire y le daba una sola sacudida, como si fuera el ala rota de un murciélago. Cuando alisaba la superficie encolada sobre la pared, Alan se estremeció.

—Vamos, Alan —dijo ella sin volverse—. Por favor.

Alan se apoyó en la mano izquierda, levantándose, remiso aún a dejar la cama. Se inclinó sobre el recipiente plástico pero sus manos insistían en no moverse; se imaginó que estaba cubierto de pegamento desde la cabeza a los pies, como hundiéndose en un pantano.

—Esa esquina no está limpia —dijo—. Yo la haré.

Nada más raspar el yeso con el metal de la espátula ésta cayó al suelo. Sus huesos parecían encogerse de la angustia.

—Mi cabeza —gimió.

—¿Estás herido? —gritó Chris, apareciendo detrás de una tira de papel.

—Lo haré —dijo indistintamente y fue dando rumbos hasta el salón.

Pasados diez minutos se levantó del sofá; se sentía arder como una estatua de color negro bajo el sol. Se apoyó en una esquina sombreada de la habitación. Las

paredes se erguían sólidas, soportándose unas a otras. En la habitación de al lado, Chris seguía poniendo el papel sobre la pared; el ruido que hacía al alisar las tiras encoladas sonaba como si le estuvieran dando palmaditas en la frente. Ella no debería. La pared era blanca y cálida. Debería dejarla tal cual.

Al rato se acercó a él.

—¡Alan! —dijo con voz acusadora.

Sus sonidos llenaban el aire visiblemente. Entornó los ojos, le cambió la expresión del rostro. Estaba desconcertada, nerviosa. Alan cerró los ojos mientras sus dedos trabajaban infatigablemente ante los bruscos cambios de su cara.

—¿Te encuentras bien? —insistió ella.

Alan asintió; la piedra pasó a través de su esófago.

—¿Quieres que haga un café?

Ahora sus labios tenían que moverse, librarle de la necesidad de pensar.

—Como quieras —dijo.

Chris se encogió de hombros y llenó la cafetera eléctrica. El cristal se iluminó, cálido y suave. Se obligó a sí mismo a dejar la pared y aproximarse al dormitorio. Cuando llegó a los pies de la cama se dejó caer de espaldas, cayendo inerte sobre las sábanas.

—Alan, pase lo que pase —apuntó Chris—, no seas tan melodramático.

Tenía los pies y las rodillas apretadas, las manos extendidas a los lados y los ojos cerrados.

—No me importa si estás de mal humor —dijo Chris—. No soy la más indicada para hablar de ello. Pero apenas hablaste a Ted y Arlene, y tampoco querías discutir sobre nuestras vacaciones. Da igual si es por Ted y Arlene. No importa. Tampoco importa si estás muy apagado. Sólo si empiezas a preocuparte, y yo estoy empezando a preocuparme. ¿Seremos capaces de hablarlo? Y si no, ¿por qué seguir?

Entró en el dormitorio y miró la cama.

—Oh, Alan —dijo—. ¿Es que no te importo?

Sus labios se movieron aunque no salió ninguna palabra de ellos; donde tenía que haber estado su cerebro tan sólo quedaba una roca.

—No te he oído —dijo Chris. Se arrodilló al lado de la cama y miró hacia abajo.

Era como una materia delgada que cepillaba su parte superior, una materia similar a la que estaba encapsulada. Luego un apéndice suave y cálido se movió en la punta, volviendo rítmicamente. Por debajo había un orificio que se abría y cerraba, dentro del cual se movía una pieza de esa sustancia suave y vibrante.

—Alan, sé que no se trata de mí.

Las vibraciones le inquietaban. Tenían que parar. Se preparó para moverse por última vez antes de encontrar la paz, una paz sin tiempo en la que pudiera volver a meditar, y el apéndice suave se cerró entorno a una de las extensiones modeladas en sus extremos, sin emerger aún.

—¡Alan, mira el anillo! ¡Oh, Alan, mira el rostro!

Intentó moverse, pero la paz lo había atrapado. Nada importaba.

Ella se arrojó sobre el anillo, sobre la mano. No se podía mover. Furiosa, desesperada, intentó arrancarle el anillo y tiró de él. Rasgó un trocito de carne y la sangre comenzó a manar del dedo. Le cogió la muñeca con la otra mano y tiró con fuerza. La piel se desgarró y el anillo cayó junto con ella de espaldas al suelo. Mientras se levantaba trabajosamente se acercó el anillo a los ojos, pero apenas pudo reconocer la cara.

—¿Alan? —le llamó desesperada, con los ojos bañados por el sol—. ¿Alan?

La sangre fluía por su dedo. La sangre se estaba moviendo, caliente bajo la luz del sol. Su sangre se movía. Él se movía.

# SEABURY QUINN

# [1889-1969]

A finales de 1931, en lo más crudo de la Gran Depresión, el futuro de *Weird Tales* parecía excepcionalmente sombrío; el editor Farnsworth Wright y el director de *marketing* Arthur Spengler luchaban contra las intenciones de la empresa editorial de cerrar por segunda y última vez la revista. Unos días antes del cierre, previsto en noviembre, la novela en varios seriales de Seabury Quinn, titulada «The Devil's Bride», apareció sin previo aviso en sus páginas. Wright sabía que era algo especial y convenció al editor jefe para que la diera una oportunidad.

El nombre de Quinn en una portada de *WT* siempre había hecho que las ventas se incrementaran en el pasado, y la garantía de que se iban a publicar seis episodios del detective de lo oculto Jules de Grandin podría significar un montón potencial de nuevos lectores que salvarían la revista de su desaparición. El tiempo se encargó de demostrar que fue una decisión correcta, ya que la revista continuó editándose durante 23 años más. Si *Weird Tales* hubiera desaparecido entonces un gran número de escritores jóvenes y prometedores jamás habrían publicado sus obras; muy pocas revistas publicaban material fantástico y de horror en aquellos tiempos. Los que intentaron competir con *Weird Tales* fueron a la quiebra cuando el mercado se colapsó o simplemente desaparecieron por inercia.

Durante un cuarto de siglo Seabury Quinn fue toda una institución en *Weird Tales*. Los lectores no podían esperar al siguiente número para conocer con qué clase de monstruo tendría que enfrentarse el doctor Jules de Grandin. Fue el maestro indiscutible del horror en la revista, el colaborador más prolífico. Su popularidad eclipsó claramente a la de H. P. Lovecraft y Clark Ashton Smith, y sus cuentos fueron reflejados en más portadas que los de cualquier otro escritor.

Entre marzo de 1923 y marzo de 1952, *Weird Tales* publicó un total de 159 relatos escritos por Quinn. Se incluye una novela en seriales, 13 cuentos de crímenes o monstruos humanos y 92 relatos con las aventuras de un pequeño detective francés de lo oculto, cuyo nombre proviene de la calle «Jules», en Washington, D.C., lugar en el que nació el propio Quinn el Día de Año Nuevo de 1889, mientras «de Grandin» hace referencia a su segundo apellido.

Aunque fue escritor a tiempo parcial la mayor parte de su carrera, Quinn vendió 550 historias a las revistas *pulp* de distintos géneros, incluyendo relatos de misterio y de detectives, varias aventuras fantásticas y una o dos historietas descabelladas del Oeste. Sin embargo, lo mejor de su obra son las historias de horror y fantasía negra. Podría decirse que Quinn era similar a Lovecraft (o incluso aún más instruido) en el

conocimiento y la lectura de leyendas sobrenaturales, religiones bárbaras, misticismo, brujería, necromancia y ritos fúnebres, ya que poseía una enorme biblioteca con viejos libros versados en la materia.

Comenzó a desarrollar este interés en el tema a la edad de 11 años, cuando su tío Thomas Quinn le regaló un ejemplar de *Drácula*. Desde entonces siempre conservaría un montón de historias horribles en la cabeza, como dijo un periodista del *Times Herald* de Washington, publicando más de cuatro millones de palabras repletas de literatura «horripilante». Su primer cuento publicado no fue «Stone Image» (*Thrill Book*, 5 de enero de 1919), como se suele creer, sino «Demons of the Night». Quinn lo menciona en una entrevista que le hicieron en 1949 para un periódico local, asegurando que fue publicado en 1917, aunque no dice dónde. Comentaba que el cuento trataba de un vampiro que roba el reloj y la cartera de un hombre, y tan sólo deja su nombre —Alma Du Boise— en una lápida.

Quinn se graduó en derecho por la Universidad de Washington, aunque apenas ejerció esa profesión durante unos pocos años. Uno de sus últimos casos, antes de que lo alistaran a la fuerza para servir durante la Primera Guerra Mundial (donde decía haber pasado «un maldito buen tiempo»), trataba sobre aspectos de la ley relacionados con cadáveres, asunto que tuvo una gran influencia en su posterior carrera profesional. Tras licenciarse del ejército, Quinn descubrió que no le interesaba mucho la práctica de la abogacía, y comenzó a trabajar como periodista y escritor liberal.

Al poco, retomó brevemente la abogacía y se le asignó un caso de injurias contra *Casket & Sunnyside*, una de las industrias punteras en la edición de revistas funerarias. Ganó el caso y la empresa le contrató para dirigir su departamento legal. Varios años después se convirtió en su editor. Por las noches, cuando no estaba escribiendo, enseñaba jurisprudencia mortuoria en la Escuela Renaud de Embalsamar, en Nueva York, y más tarde publicaría el primer texto estándar sobre la materia, *An Outline of Mortuary Jurisprudence*. Cualquiera puede consultar este libro en la Biblioteca Pública de Nueva York.

Quinn y el editor jefe de la *Casket & Sunnyside* coexistieron a duras penas durante casi una década, según el doctor Seabury Quinn, Jr., un profesor de historia teatral, drama y escritura retirado (Universidad de Ohio). «Mi padre era demasiado purista para la ética de la editorial y muy rígido en cuanto a la publicidad de la misma. Cuando el editor jefe le ordenó que utilizara los anuncios para dar publicidad a sus editoriales, mi padre se negó».

En una ocasión, Quinn rehusó que los fabricantes de determinados ataúdes anunciaran que su producto era completamente hermético al agua. Para probarlo, el propio Quinn se encerró en uno de los ataúdes impermeables e hizo que lo sumergieran en un lago que había en las cercanías. En menos de diez minutos el ataúd comenzó a sacudirse de un lado a otro, indicando que algo iba mal. Subieron rápidamente la caja a la superficie y abrieron la tapa. Quinn se irguió en medio del

ataúd inundado de agua, miró al presidente de la compañía y dijo: «Me parece que su oferta no se ajusta a la realidad».

En 1935 Quinn tuvo una disputa salarial con el editor jefe y se despidió. El editor quería recortarle el salario anual de 3.000 a 2.000 dólares. Su habilidad como escritor le permitió sobrevivir malamente un par de años al final de la Depresión. Pero al año de dejar la revista, Quinn se convirtió en editor adjunto y columnista de *The De-Ce-Co Magazine*, una publicación de Dodge Chemical Co., empresa líder en la comercialización de líquidos y fluidos de embalsamar.

Por un periodo de más de veinte años, Quinn escribió alrededor de 800 artículos e historias noveladas de extrañas defunciones que encontró en diversas fuentes escritas, firmadas con su propio nombre y bajo el seudónimo de Jerome Burke. A ellas hay que añadir 550 narraciones cortas y un número increíble de editoriales y artículos que tuvo que escribir para *Casket & Sunnyside*. La Dodge Chemical Co. aún reedita los artículos de Quinn hoy en día. Si se menciona el nombre de Quinn a cualquier director viejo de funeraria, como yo mismo he hecho, en seguida será reconocido. También se ha descubierto recientemente que, al mismo tiempo que Quinn escribía para la Dodge Chemical Co., también era un activo colaborador de *The American Funeral Director*.

A causa de sus conocimientos editoriales y de leyes, Quinn fue destinado a la inteligencia militar durante la Segunda Guerra Mundial, prestando servicio en una unidad que operaba en la Andrews Air Force Base, en Arlington, Virginia. Tras la guerra volvió a sus tareas periodísticas y de escritor, hasta que el ejército volvió a requerirle para que volviera a su antiguo cargo durante el conflicto en Corea. A pesar de que superaba con creces la edad de jubilación, Quinn permaneció en el puesto hasta principios de 1960, cuando una serie de dolencias dañaron su vista y su movilidad.

El interés de Quinn en la literatura comenzó a declinar después de la Segunda Guerra Mundial, pero durante la década que va de 1940 a 1950 escribió algunas de sus mejores obras, incluyendo una fascinante novela de necromancia titulada *Alien Flesh*, que no fue publicada hasta después de su muerte. Su estilo era muy maduro y la habilidad para desarrollar personajes y caracteres le situaba en un nivel superior a muchos de sus colegas. Uno de mis cuentos favoritos de este periodo es «Bon Voyage, Michele», y por eso lo he incluido en esta antología.

En su introducción a *30 Years at Arkham House* (1969), Derleth escribió que sólo tres libros fueron subvencionados por sus correspondientes autores. Menciona las dos antologías del doctor David H. Keller, aunque esto es erróneo; los 2.500 dólares que Keller prestó a Derleth fueron aparte de la publicación del libro de Keller. El otro libro subvencionado por su autor fue *Roads* (1948), de Seabury Quinn, una pequeña fantasía clásica sobre el origen de las navidades.

*Roads* era una de las narraciones favoritas de Quinn, y alargó considerablemente el original que había aparecido por vez primera en el número de enero de 1938 de

*Weird Tales*. Cuando Quinn le pidió a Derleth que publicara el libro en Arkham House, éste lo rechazó, explicándole que, sin embargo, le gustaba mucho aquel libro que había ido ampliando durante años con la idea de publicarlo. Por entonces acababa de sacar al mercado una publicación cuatrimestral de fantasía llamada *The Arkham Sampler* que estaba resultando ser otro fiasco en las ya de por sí escasas fuentes de ingresos de Arkham.

Sin embargo, ansioso por ver un libro con su nombre en la portada, Quinn convenció a Derleth para que le dejara pagar los costes de impresión, mientras que Arkham House tan sólo se encargaría del tema de la distribución. Ambos compartirían los beneficios al 50%. Se llegó a un acuerdo y Quinn acorraló a su viejo amigo el ilustrador Virgil Finlay para que se encargara de la portada y las ilustraciones interiores. A pesar de su apariencia tranquila, Quinn era una persona bastante dominante. Una década antes bombardeaba con frecuencia a Finlay con sugerencias sobre cómo debía ilustrar las portadas de *Weird Tales* para sus narraciones. Y siempre tenía algún consejo que dar a Wright sobre la manera de llevar su revista. La gran cantidad de cartas que nos han quedado de su correspondencia con Finlay dejan bien a las claras estas tendencias autoritarias.

El 9 de septiembre de 1949 apareció uno de los artículos periodísticos más interesantes sobre la personalidad de Quinn. Su título era: «Qué hombre tan horrible» (*What A Horrible Man*):

«Estaba sentado en su oficina rodeado de pequeños demonios lascivos, murciélagos disecados y muchachas hermosas que eran arrastradas por hombres mono. Leía libros como *The Other World, The Devil, The Dust of Egypt, The Crouching Beast, Grey Face*. Y también escribía narraciones como:

*The Gentle Werewolf* que trataba de una mujer lobo que amaba a un mortal hasta su destrucción eterna, o

»*And Gives Us Yesterday*, sobre una madre que deseaba que su hijo volviera pronto y el diablo le concedía su deseo, y cuando el hijo volvió resultó ser un verdadero diablo y la pobre madre deseó entonces estar muerta, o

»*The Merrow*, sobre una sirena irlandesa que se encuentra con unos amantes en la playa y les besa y les succiona la vida (“el aliento vital salía de él y penetraba en ella. El aliento, el alma, la vida…”), y al día siguiente los encuentran “ahogados” en la playa, o

»*The Vampire’s Kith & Kin*, que cuenta cómo De Grandin atrajo a un vampiro dentro de una botella con el método de llenarla con sangre de pollo, por la cual los vampiros sienten una especial predilección.

»Ese Jules de Grandin es ahora mismo uno de los personajes más antiguos de su obra: ha estado investigando lo oculto por los relatos de Quinn desde 1923, y aún sigue en plena forma. Como su creador».

Efectivamente, Jules de Grandin se ha convertido en uno de los personajes legendarios de la literatura de ocultismo. En 1966, Derleth publicó *The Phantom*

*Fighter* bajo el sello de su filial Mycroft y Moran, siendo una colección que reunía once aventuras de De Grandin. Quinn reescribió algunas de ellas quince años antes porque decía que había perdido vigencia. A mediados de los setenta, Robert Weinberg editó cinco antologías en rústica con otras aventuras de De Grandin.

Quinn siempre fue muy pragmático con su obra. Decía que tan sólo la había escrito para ganar dinero. La mayoría de la gente con la que he hablado del tema opina que sus relatos son «brillantes». Mi colega S. T. Joshi los cataloga de «Formularios y derivativos, estos cuentos no merecen demasiada consideración», en la entrada del libro *The Phantom Fighter* para *Sixty Years of Arkham House*. Sin embargo, Joshi y yo disentimos vehementemente sobre los méritos de la obra de Lovecraft.

Hacia el final de sus días, Quinn estuvo menos apegado a sus posesiones y trasladó la mayoría de ellas fuera de su apartamento de Washington, D. C. Incluso pagó a un librero para que se llevara su enorme colección de libros y revistas *pulp*. El inmenso archivo que contenía las cartas que intercambió durante más de 40 años con muchos de los escritores de *Weird Tales* y con otros que colaboraron en diversas revistas *pulp* fue arrojado a la basura. Lo único que quedó fue un pequeño armario con las copias al carboncillo de sus manuscritos.

Tras la muerte de Quinn, su segunda esposa se trasladó a Boston, donde tanto ella como el pequeño armario desaparecieron para siempre. El doctor Seabury Quinn, Jr. no ha vuelto a saber de su madrastra desde hace más de veinte años. Espero que el pequeño armario no esté ahora mismo cubierto de algas descansando en el fondo del puerto de Boston.

# BON VOYAGE, MICHELE

## SEABURY QUINN

—Podéis quedaros, si os apetece; yo me vuelvo al cuartel a emborracharme —Fontenoy Kern hizo un gesto taciturno con la cabeza en señal de despedida hacia Amberson y yo—. De todos los…

—¿Qué es lo que te pica? —gruñó Amberson—. El viejo nos hizo honores con la comida, ¿no es cierto? Y tampoco puedes quejarte de la calidad y cantidad del champán…

—Eso es precisamente lo que me molesta —cortó Kern—. Música, comida, champán… hace que me sienta condenadamente nostálgico y eche de menos a mi familia. Deberíamos olvidarnos de los Heinies y evitar que vuelvan a romper nuestra paz, ¿o no? Deberíamos poner a los Frogs[11] en su lugar, ¿no es cierto? ¿Por qué no nos envían de vuelta a casa? Me alisté en el ejército para luchar, no para hacer de policía en un país que está tan tranquilo como uno de esos pequeños pueblecitos de Long Island. Daría lo que fuera por volver a ver las luces de Broadway sobre Herald Square. Como no vuelva pronto a casa, yo, por todos los diablos… ¡mirad!

La banda del regimiento destinada a la fiesta del general en el castillo de Bückensdorffer estaba interpretando una melodía desenfrenada con nostálgicas reminiscencias de América:

*Espera y me verás con mi-i-i amado,*
*Luciéndole ante la concurrencia.*
*Él es especialmente apuesto para mí…*

La sala del castillo había sido transformada en un salón de baile; sus suelos de roble pulimentado brillaban como el satén, las flores y las ramas de verdes árboles festoneaban las paredes. Debajo de la espiral de la enorme escalera los músicos estaban cómodamente instalados entre un enramado verde y las parejas danzaban alegremente alrededor de la principesca habitación. Los hombres, por supuesto, vestían su uniforme de color oliva, pero las mujeres —empleadas de la Cruz Roja, funcionarias de la U.S.O[12]. y unas cuantas trabajadoras civiles del Cuerpo de Señales— habían celebrado la ocasión para desprenderse de sus ropas de trabajo y vestirse con trajes de noche. Era increíble el cambio que se producía en ellas. La mayoría de las mujeres no están diseñadas para vestir ropas de hombre ni «prendas» masculinas. Las chaquetas destacan en demasía sus caderas; si llevaran pantalones nos sentiríamos disgustados de que la naturaleza hubiera diseñado las rodillas

femeninas con una tendencia a intercambiar saludos a cada paso y que el porcentaje de canillas discordantes es preocupantemente elevado. Pero vestidas con faldas de fiesta, iluminadas por los brillantes coloridos de los trajes y parloteando sin cesar, resultaban completamente femeninas después de meses de estar semiocultas tras unos disfraces masculinos, y parecían tan seductoras como un jardín de flores frescas. Las que parecían corrientuchas y vulgares cuando vestían uniformes de diario ahora resultaban bonitas con sus trajes de noche, las que eran simplemente bonitas parecían hermosas, y las pocas que se salían de la media ahora eran unas verdaderas bellezas. De repente, en un instante, como por arte de magia, todo el glamur se disolvió, como si una bandada de gorriones se apagara y desapareciera ante la llegada de un cardenal o una tangará; los rostros de las mujeres se apagaron, sus ojos dejaron de brillar, la sala de baile pareció hundirse en una oscuridad malva, como para acentuar la exquisitez de la mujer que estaba en las escaleras.

Se detuvo en el descansillo de la gran escalinata, una visión envuelta en blanco, un vestido de noche blanco sin ningún tipo de ornamento que se ceñía ajustadamente sobre su increíble y delgada cintura, modelando sus caderas y cayendo en una suave curva sobre sus pies calzados con unos zapatos plateados. Sobre los hombros llevaba un manto de color gris platino que ocultaba uno de sus brazos tras los pliegues. Con la otra mano se echaba la capa hacia atrás y vimos el brillo de una esmeralda enorme engarzada en oro verdoso sobre la blanca perfección de su índice.

Pero si su figura y vestuario ya de por sí resultaban deslumbrantes, su rostro quitaba por completo la respiración. No llevaba ningún tipo de maquillaje excepto el rojo brillante de los labios, tenía unos deliciosos hoyuelos debajo de los pómulos, los ojos de un gris nebuloso y una mirada distante como si pudiera reconocer los sufrimientos de los lugares ocultos del mundo, y, por encima de todo, una cabellera de pelo brillante que apilaba sobre su cabeza como una corona imperial. A la luz de las altas velas que había a un lado y a otro de la escalinata, aquella mujer refulgía como plata recién acuñada.

—¡Por todos los diablos! —repitió Kern, con algo más que devoción—. ¿Quién es?

—Michele Mikhailovitch —respondí, añadiendo de manera gratuita—, es rusa.

Por una vez, Kern no contestó con alguna respuesta ácida a mi banalidad.

—¿La conoces? —me preguntó, casi temblando.

—Mmm. Apenas. Es una refugiada de la Rusia Blanca, doctorada por la Universidad de San Petersburgo que se trasladó de la Cruz Roja británica a la nuestra en París y que acaba de llegar de Tréveris. ¿Te gustaría conocerla?

—¿Po… podrías presentármela? —me preguntó con timidez.

Le miré sorprendido. Nunca había sido muy generoso en su trato con las mujeres, pero aquella belleza rubia de Rusia más que deslumbrarle le tenía completamente hechizado. Amberson me guió un ojo.

—Tocado —susurró—. Échale al sofá y enciende el fuego.

La mujer bajó lentamente por la ondulante escalera como haciendo una entrada triunfal, esbelta, llena de gracia, con una belleza misteriosa reflejada en su delicado y pálido rostro y en los labios carmesí, como si llevara una máscara.

La banda comenzó a tocar el Vals de Missouri mientras nos abríamos paso entre los bailarines en dirección a la escalinata en la que Michele Mikhailovitch parecía suspendida, una figura semejante a aquellas que los griegos adoraban.

Una pequeña sonrisa de reconocimiento iluminó sus grises y nebulosos ojos cuando me incliné ante ella.

—*Tiens, cher collègue* —me saludó—, *c'est véritablement vous?*

La fina mano que extendió delante de mí era tan blanca como un trozo de marfil esculpido, y la enorme esmeralda engarzada en oro verdoso se hizo más patente por contraste. Mientras me llevaba su mano a mis labios pude oler el fresco perfume a rosas de su piel.

—¿Le importa que le presente al mayor Amberson y al capitán Kern? —le pregunté mientras daba un paso hacia atrás y señalaba a mis compañeros.

—¿Cómo lo lleva? —preguntó el mayor Amberson con frialdad. A Amberson no le gustaban los rusos. ¡Pero Kern!

—*Enchanté, Mademoiselle* —intervino mientras se inclinaba y tomaba la mano que ella le tendía, y deliberadamente la daba la vuelta y apretaba sus labios contra ella. No la invitó a bailar, tan sólo alargó los brazos hasta que ella se dejó llevar con naturalidad entre ellos, como un pajarillo que retorna al nido.

—Vaya. Parece que nuestro joven amigo está realmente colgado… otra vez —dijo Amberson mientras se alejaban de nosotros. En la vida civil había sido teniente de la policía de Nueva York y se había traído consigo al ejército su cinismo. Era el superior de Kern en la policía y las frecuentes y deplorables aventuras amorosas de su joven asistente le habían llevado al borde del suicidio y el caos.

—Supongo que voy a tener que soportar un montón de cháchara sobre esa Michele Mikhailovitch durante uno o dos meses —añadió sombrío—. ¿No podrías hacer algo al respecto, suministrándole algún tipo de medicina, doctor?

—No creo que sirva para nada —gruñí—. Dicen que la única cura posible para el amor es el matrimonio, y me da la sensación de que Kern parece estar dispuesto a probar semejante tratamiento.

—¡Por Dios! ¿No pensarás que ese joven estúpido se va a casar con ella? Se acaban de conocer y…

—Pues yo creo que esta vez va en serio, y yo diría que ella también está por la labor. Ninguno de los dos conoce a nadie más en el castillo.

Estuvieron bailando con las mejillas pegadas, lo que en aquellos días estaba considerado de lo más atrevido. Los ojos de la muchacha permanecían cerrados y sus largas pestañas dibujaban una media luna sobre las blancas mejillas. Tenía los labios entreabiertos y su boca era suave y tentadora. Kern tenía la típica expresión estúpida que se suele observar en los idiotas más consumados y en los jóvenes enamorados.

Yo tenía la sensación de que intentaban alargar en lo posible aquel momento porque sabían que jamás se les volvería a presentar una ocasión semejante durante el resto de sus vidas, al menos ninguna tan cercana al éxtasis como entonces.

El vals terminó y en el silencio que siguió a los aplausos de los presentes llegó desde el exterior aullido muy triste: ¡Aaooo-aaooo-aaooo! El sonido se elevó sobre la silenciosa alfombra de nieve que cubría la noche, subiendo y bajando de tonos, gemido-aullido, gemido-aullido, desesperados, suplicantes, resonando como el grito de un espíritu condenado, feroz y salvaje, como una llamada a todos los demonios del infierno.

—Parece el aullido de un perro hambriento —dijo Amberson—. ¿Por qué no le meten un tiro a la criatura y acaban con su dolor? ¡Qué diablos!

El Bückensdorfferschloss estaba muy lejos de las modernidades, las velas y unas cuantas lámparas de aceite eran su única fuente de iluminación, y mientras el gemido quejumbroso seguía elevándose en el aire nocturno una parte de los asistentes a la fiesta abrieron la enorme puerta de entrada, dejando que se colara en el interior una ráfaga de viento helado que apagó de golpe las velas de la sala de baile.

La oscuridad se hizo impenetrable, abismal. Los troncos que ardían en el enorme hogar arrojaban destellos amarillos sobre las piedras de la chimenea, pero la oscuridad que se cernía un poco más allá del borde chispeante parecía aún más negra en contraste.

—¡Luz! ¡Por el amor de Dios, que alguien encienda una luz! —oí el ruego desesperado de Kern.

Se encendieron una docena de fósforos y mientras las velas volvían a despedir un fulgor anaranjado pudimos ver a Kern en el centro de la sala sosteniendo a Michele Mikhailovitch. Yacía inconsciente en sus brazos con la flacidez de una muñeca rota, la cabeza caída hacia atrás, los brazos extendidos sobre el suelo, el pelo brillante luciendo como una pálida llama alrededor de su rostro totalmente desprovisto de color.

—¿Podría verla, mayor? —me preguntó mientras la llevaba en brazos a la escalinata—. Se desmayó justo cuando el perro empezó a aullar y…

—Ven —hice que fuera delante de mí—. Llévala a la primera habitación que encuentres y busca un poco de brandy. La examinaré.

Tenía el pulso tan acelerado como el motor de un avión a tope de revoluciones y, tras levantarle los párpados, vi que las pupilas estaban totalmente vueltas hacia arriba y que no se podían ver.

—Dime qué ha pasado exactamente —le pregunté mientras se acercaba con el coñac.

—No lo sé con seguridad, señor. Bailaba como un ángel en los cielos cuando el maldito sabueso empezó a aullar y entonces ella se puso a temblar y se quedó completamente fría, como si hubiera cogido un catarro repentino… o estuviera muerta. Susurró algo parecido a «*mon rêve*», y luego otra cosa, como «*óborten*».

¿Qué piensas que quería decir?

—¿Qué dice cualquier persona que está a punto de desmayarse? —apunté—. *Rêve* significa sueño en francés, pero…

—*Le rêvé, le rêvé terrible!* —gimió la muchacha desde la cama—. *Mon Dieu, la rêvé des loups!*

Me agarró por la camisa como si se estuviera ahogando y sujetara una cuerda para evitar hundirse.

—¿Se ha ido? —suplicó lastimeramente—. El *volkodlák*…

—Todo está bien —la tranquilicé mientras sujetaba su cabeza con una mano e introducía un poco de brandy entre sus labios con la otra—. Se encuentra en el castillo de Bückensdorffer, y el recinto está lleno de oficiales y soldados. Nada puede hacerle daño.

Su mano se fue relajando poco a poco y dejó de asirme la camisa.

—He sido tan estúpida como para desmayarme —se disculpó—, pero ese aullido espantoso, *comme un loup mourant de faim*, y de pronto la oscuridad…

—Era un sonido horrible —asentí—, como el aullido de un «perro hambriento», tal y como usted dice. A mí también me desagradó.

Hizo un esbozo de sonrisa, forzado, pero lo suficientemente tolerable como para parecer real. Luego me respondió.

—Michele Mikhailovitch es muy tonta, *cher Majeur*. Le pide disculpas por todos los inconvenientes que haya podido causarle.

Kern le tendió la mano.

—Será mejor que vuelva al cuartel y descanse un poco —le dijo—. Llamaré a un coche y me ocuparé de que llegue sana y salva a sus habitaciones…

—¿No le supondrá mucha molestia? —Sus ojos se volvieron hacia él, pidiéndole perdón de antemano.

—¿Molestia? ¡Ja! —Su carcajada sonó reprobatoria—. Si acompañarla supone una molestia, *Mademoiselle*, entonces me encantaría estar molesto toda la vida.

—*La, la, flatteur méchant!* —censuró ella alegremente—. Vamos, *Monsieur le Capitane*, su brazo, si es usted tan galante como para acompañar a una estúpida *infirme*.

El general había celebrado el aniversario de Washington y seis días después marzo llegó con una epidemia de gripe y todo tipo de desórdenes gástricos e intestinales que hicieron presa en un gran número de personas. El viento aullaba como un alma en pena día y noche, llevando consigo una nube de aguanieve, el frío se pegaba a nuestros huesos como un perro hambriento. Estaba trabajando siete, a veces ocho horas diarias; las ambulancias no daban abasto con los enfermos, los hospitales estaban colapsados por la aparición de nuevos casos, de manera que tuvimos que poner catres y camillas en los pasillos y en todos los rincones, y aún

necesitábamos más espacio.

Michele Mikhailovitch trabajaba a destajo junto con el resto de las mujeres y a veces ayudaba también a los hombres, y a pesar de todo, de las enfermedades, de las intervenciones quirúrgicas y de la muerte, conservaba su calma, como si estuviera sustentada por algo más poderoso que su simple fuerza natural.

A veces veía a Amberson y Kern, y comprobaba el cambio que se había producido en la manera de actuar del joven. De alguna manera, parecía más maduro, como si hubiera dejado repentinamente atrás la adolescencia.

—Sí, es un hombre distinto, y ha cambiado a mejor —me comentó su jefe durante uno de esos escasos momentos que tenía para descansar—. Esa muchacha rusa ha hecho maravillas en él. Me gustaría poder importar una docena para que se encargaran de cambiar los estúpidos cerebros de mis oficiales. Me arrepiento de todo lo que pensaba sobre ella. Lo único —hizo una mueca cómica torciendo las comisuras de sus labios—, lo único es que me parece demasiado bueno como para que dure mucho. Si él la deja, yo… yo voy a masacrar a ese joven mequetrefe, y no digo «a lo mejor».

Tres semanas después volví a encontrarme con él en el vestíbulo del Metropole. Tenía el ceño fruncido y mordía el cigarro con furia, como si estuviera luchando con él.

—¿Qué sucede, mayor? —le pregunté.

Me dirigió una mirada sombría.

—Se trata de ese joven estúpido de Kern.

—Vaya por Dios. ¿Qué ha hecho ahora? Se ha ido con otra chica…

—Ya te dije que no se podía esperar nada bueno de su aventura con la dama rusa. Ella le ha dejado y él no puede soportarlo. Se pasa todo el día enfurruñado y por las noches no hace otra cosa que emborracharse. Ahora mismo está en el bar, bebiendo sin parar. ¿Por qué no te acercas un rato y miras a ver qué puedes hacer? Si entro yo no voy a poder evitar darle un bofetón, tan cierto como que Dios creó a los monos.

—Tú eres su comandante. Si le hablas seriamente, entonces…

—Lo que haga en sus ratos libres no es de mi incumbencia oficial. Además, no tengo la calma suficiente para discutir con él —su mirada sombría y angustiada me dijo más que cualquier palabra suya—. El pobre chico tiene el corazón destrozado, y necesita un médico… o eso creo. Venga, intenta inculcarle algo de sentido común, ¿lo harás, doc?

Kern estaba sentado frente a una pequeña mesa del bar, con un vaso enorme de *wein und branntwein* delante. *Wein und branntwein*, una mezcla a partes iguales de jerez y coñac, una mezcla que, comparada con las que se solían hacer durante los días de la Prohibición, era lo mismo que comparar la leche con el whisky, y había sobradas evidencias de que aquél no era el primer vaso de la noche.

—Hola —saludó con desgana, mientras apuraba de un golpe las últimas gotas de aquella potente mezcla—. ¿Quieres un trago?

—Sólo uno —asentí—. Una copa de Gertwiller. Luego nos vamos a casa. Estás bebiendo demasiado, hijo, y…

Sus ojos se tornaron desafiantes.

—Me gusta beber. ¿Es que no puedo? A cualquier hombre le puede apetecer beber y ser sensible de vez en cuando; pero si ama a una mujer, hip, ¡entonces nunca!

—¡Eh! Fritz, o como quiera que te llames —agarró a uno de los camareros cuando pasaba por su lado—, *zwei wein und branntwein*, y date prisa, ¡hijo patizambo de una cocinera de barco!

—*Ist gut, Herr Hauptmann* —respondió el camarero con una sonrisita cómplice, pero el odio brilló en sus ojos como un cuchillo afilado.

Era mi oportunidad.

—Mira —le puse la mano en el hombro—, el general ha ordenado que no fraternicemos con el enemigo, pero también ha prohibido que insultemos a la población. Estás borracho e insultas a civiles alemanes. Levántate y vamos al cuartel.

Se pasó la mano por el rostro y me miró con los ojos apagados y rebeldes.

—Los oficiales de otros cuerpos no pueden dar órdenes a los soldados de línea —me recordó—. Yo soy de infantería y tú del cuerpo médico. No tienes ninguna jurisdicción sobre mí.

—Precisamente por eso —apunté—. Estoy en el cuerpo médico y tú eres un típico caso psicopático.

Se quitó mi mano del hombro.

—Me voy a quedar aquí hasta estar completamente borracho, y ni tú ni nadie puede evitarlo. Denúnciame por insubordinación, si te apetece.

—De acuerdo —me puse en pie—. Si quieres quedarte aquí y arruinar tu vida, y deshonrar ese uniforme americano delante de enemigos civiles, no puedo detenerte. Pero…

—¡Fuera! —gruñó—. ¡Váyase al infierno! ¡Estoy harto de los sermones!

Poco después de la medianoche me despertó un golpeteo insistente en mi puerta.

—¡Largo! —dije medio dormido—. Vuelva al hospital y dígales que yo le he dicho…

—Soy Kern, mayor —me llegó la respuesta desde detrás del panel—. ¿Puedo entrar?

No había ningún otro en toda Alemania al que deseara menos ver que a Fontenoy Kern.

—Si vienes en busca de problemas has llamado al sitio correcto —le aseguré—. Como si no fuera suficiente el espectáculo que has montado en el Metropole…

—Lo sé, señor. Me he comportado como un absoluto imbécil, y quiero disculparme…

—Y tienes que venir a golpear a mi puerta y estropear el primer sueño decente que he podido tener desde hace dos semanas —le interrumpí con aspereza—. No podías haber esperado hasta mañana…

—Por favor, señor —su voz y su rostro mostraban un sincero arrepentimiento—, no sólo he venido a implorar su perdón. Quería hablar con alguien y usted es el único con el que creo que puedo hacerlo.

Pensé que estaba enfermo. Enfermo del corazón, enfermo de los nervios y al borde de un ataque de histeria.

—Está bien —acepté a regañadientes—. Entra y escupe lo que sea. ¿Quieres un poco de brandy?

Le eché una medida mientras él miraba la botella con ansia.

—Sólo uno, ¿de acuerdo?

Dio un sorbo de coñac y depositó el vaso en la mesa con lentitud.

—Y ahora, dime qué es lo que te corroe por dentro. La falta de seguridad que mostraba en sí mismo no era propia de su carácter habitual.

—¿Qué sabe de mí, señor? —me preguntó.

—Mmm. —Llené mi pipa más de lo habitual, no porque tuviera ganas de fumar sino porque quería meditar mi respuesta—. Sé que te hirieron en Catigny. En el hospital saqué la suficiente metralla de tu cuerpo como para hundir un bote de remos. Conseguiste la Cruz de Guerra laureada y la Médaille Militaire. No está mal. Odio ver que lo has estropeado todo.

Dejó de lado mi reprimenda con un gesto cínico.

—No me refería a mis logros militares, señor. ¿Qué sabe realmente de *mí*?

—Bueno, si te refieres a eso, nada. Hablas como un neoyorquino con un doctorado en Harvard…

—Yale —corrigió— Y, antes, por la Phillips Andover. Nací con una herradura de diamantes alrededor del cuello…

—¿De verdad? —repliqué con ironía—. He asistido a cientos de partos durante toda mi carrera, pero ninguno tenía una joya en…

—¡Por favor, señor! Quiero decir que mis padres tenían una fortuna considerable; el Aperitivo de Manzana de Kern, ya sabe… aunque jamás los conocí. Mi padre murió en un accidente de coche tres meses antes de que yo naciera, y mi madre falleció dos horas después, y por lo que sé no tengo ningún otro pariente en el mundo. Los tutores y sirvientes se encargaron de criarme, de que conociera a las personas adecuadas, fuera a los colegios adecuados e hiciera las cosas adecuadas. Ellos no me hubieran dejado que fuera a un campo de entrenamiento, ni que me alistara en el ejército. Y el reclutamiento obligatorio fue el golpe de suerte más grande de mi vida. Hasta que no ingrese en el ejército tan sólo conocía dos tipos de personas, los que hacían cosas por mí para que se les pagase y los que esperaban ser recompensados. Pero yo simplemente era un novato más en Camp Upton y, gracias a Dios, conseguí abrirme paso por méritos propios, y no por ser el hijo de Morgan y Fiona Kern.

Levantó el vaso y se lo llevó a los labios, aunque volvió a bajarlo sin probar su contenido.

—Sé que usted y Amberson y todos los demás piensan que soy un chalado que va

de una mujer a otra regalándoles toda clase de presentes extravagantes. Usted cree que soy un estúpido, un idiota debilucho y susceptible. Pero tiene que pensar que yo estaba solo, que ansiaba el amor como una planta ansía la lluvia y el sol, y que me siento tremendamente agradecido por cualquier muestra de amor desinteresado, como un perro vagabundo al que se le palmea la cabeza.

»Pero nunca dura, ¿no es cierto? Enamorado, despechado, enamorado de nuevo… es el triste sino de Kern, ¿verdad? Y así era. ¿Y sabe por qué? Porque tarde o temprano, generalmente temprano, las mujeres descubrían que yo era el heredero del famoso Aperitivo de Manzana de Kern, y comenzaban a hacer planes y proyectos con el dinero. Yo no quiero comprar amor… puedo conseguirlo fácilmente en las callejuelas de Montmartre. El amor no vale nada a no ser que se dé desinteresada, libremente, sin cadenas. ¿Lo entiende?

Le observé con creciente interés. Podía imaginarme su niñez y adolescencia carente de amor y comprensión, atendido por simples mercenarios. No era extraño que fuera tan cínico.

—Entonces encontré a Michele —la expresión de su rostro era como el romper del alba tras una noche tormentosa—. Ella era una refugiada de la revolución. Lo había perdido todo, el hogar, los padres, la fortuna… todo. Yo tampoco disfrutaría jamás del amor de una madre y de la compañía de un padre. Éramos como dos almas gemelas vagando en medio de un bosque oscuro. Era desolador y terrible. Y de repente la encontré, y ya no estábamos solos ni teníamos miedo. No permití que se enterara de quién era en la vida civil, que los Aperitivos de Manzana Kern no significaran nada para ella, y ella me aceptó tal y como soy: Fontenoy Kern, un simple capitán de infantería de Estados Unidos que no tenía ningún trabajo en perspectiva cuando acabara su servicio militar. Al fin lo había encontrado, lo que tanto había estado buscando desde que era un renacuajo que lloraba pidiendo compañía en el cuarto de los niños, o que se levantaba aterrado en medio de la oscuridad sabiendo que no podía recurrir a nadie para que le diera un poco de cariño.

—Entiendo —asentí.

—Y luego… —sus ojos estaban llenos de amargura y desesperación— ella me envió esto hace diez días.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un trozo de papel doblado.

> Mi querido amigo: Creo que es mejor que no nos volvamos a ver más. Por favor no pienses que estoy enfadada contigo o que no mereces todo mi cariño, pero será mejor que no sigamos intimando.
>
> Sinceramente,
> Michele Mikhailovitch.

Leí la breve misiva un par de veces. Había una nota de irrevocabilidad, como si

fuera una cuestión imponderable, igual que el gesto de tapar con una sábana el rostro de un cadáver.

—Eso es todo —rompió mis pensamientos sobre el mensaje—. No quiere verme ni hablar conmigo. No contesta a mis cartas. Se ha deshecho de mí como de una patata caliente, y sin ningún tipo de explicación.

—Tiene que haber una —intervine—. Apenas la conozco, pero no es una persona a la que le guste flirtear. Si ha decidido terminar con tu amistad…

—¡Amistad! Se trata de amor. Y también por su parte. Por Dios, si hubiera sentido sus labios entreabiertos cuando me besaba, su cuerpo estremeciéndose sobre el mío…

—A lo mejor se trata de eso precisamente. Quizás eras demasiado ardiente…

—¡Ardiente! ¡Ja! —Su carcajada sonó como un ladrido—. Nadie puede conseguir que una chica sea ardiente si ella no quiere, y estoy aquí para decirle que jamás, en toda mi vida, he experimentado un beso como el suyo; me estremezco sólo de pensar en ello.

—Bueno, entonces debo de ser un poco tonto para pensar así, pero la veré en el hospital mañana o pasado mañana e intentaré descubrir qué es lo que va mal. No es del tipo de mujeres que se dejan invadir su intimidad, pero a lo mejor sí puede contarle a un colega médico lo que jamás le diría a su amante. Además, soy lo suficientemente mayor como para ser su padre.

—¿Lo hará, señor? —La esperanza dio vida a sus tristes ojos—. Eso haría que tuviera dos deudas impagables con usted. La primera por presentármela y la segunda…

—No me des las gracias por adelantado, hijo. Seguramente permanecerá tan fría como los campos helados de sus estepas nativas, o me abofeteará por mi impertinencia. Puedes echarte otro trago. Sólo un dedo. Luego, a la cama.

—Ha un caso nuevo para usted, mayor Carmichel —dijo Tillary, el supervisor de planta, mientras me embutía en mi bata blanca y me preparaba para empezar mi turno a la mañana siguiente—. El capitán Kern desea verle. Está en el pabellón G.

El pabellón G estaba destinado a las emergencias.

—¿Qué hace allí? —le pregunté—. Parecía encontrarse perfectamente bien cuando…

Me interrumpí. Quizás era mejor que nadie supiera nada acerca de nuestra conversación en mis habitaciones la pasada noche.

—No lo sé, señor —Tillary consultó su boletín—. Le trajeron a la una y diez con múltiples heridas incisas en las manos y el rostro. Parecen mordiscos de perro. Se le han tomado muestras de sangre y se le ha vacunado contra la rabia…

—¡Por todos los Santos! ¡Voy para allá! —le interrumpí—. Búsqueme en el pabellón G si se me necesita para alguna otra urgencia.

—Ya le he dicho con pelos y señales lo que sucedió —oí la voz de Kern mientras abría la puerta de su habitación. Weinberg le replicó con sarcasmo:

—… y entonces el gran lobo malo le dijo al Pequeño Caperucito…

—¡Mayor! —Kern me llamó mientras le devolvía el saludo a Weinberg—. ¿Estaba borracho cuando le dejé anoche?

—N… no —respondí—. Habías estado bebiendo por la tarde, pero cuando nos dimos las buenas noches te encontrabas sobrio, más o menos.

—Entonces está chiflado —apuntilló Weinberg—. Ya tenía mis dudas sobre su estado mental antes de todo esto —se tocó expresivamente la sien con un dedo—. Dígale a Carmichel todo lo que me ha contado, Kern.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté—. Tu cara…

—Sí, ya lo sé. Mi más querida tía, si hubiera tenido alguna, no sería capaz de reconocerme con todos estos vendajes. Me mordió un perro; estuvo a punto de acabar conmigo, ¡por todos los diablos!

»Había pasado cuatro bloques de barracones en la Kommandanten Strasse cuando oí algo a mi espalda, y nada más volverme para mirar un enorme pastor alemán saltó sobre mí. No había ladrado, ni gruñido, ni hecho ningún tipo de aviso antes de atacar. Saltó sobre mí y se lanzó sobre mi cuello. Intenté protegerme con las manos y se enzarzó con las mangas de mi abrigo, pero afortunadamente llevaba el que está forrado de piel de cordero y eso bastó para que aquella bestia no me clavara los dientes en la garganta.

»Jamás había visto una criatura semejante, señor. Ya había tenido varios encuentros desagradables con perros salvajes y siempre se escapaban, para volver luego a la carga, ante mis golpes, pero esta bestia permaneció firme sobre sus patas traseras, luchando como si se tratara de un ser humano, arañándome el rostro con sus zarpas, que es donde más heridas tengo. No emitió ni un solo ladrido ni se puso sobre sus cuatro patas en ningún momento.

»Todavía estaba un poco atontado —gruñó con tono de disculpa—, y la bestia era tan grande y pesada como un hombre, así que no pasó mucho tiempo hasta que consiguió tirarme al suelo. Cada vez que intentaba morderme yo me las arreglaba para interponer mis brazos delante de sus mandíbulas, así que mi abrigo sufrió bastante más daño que mi propio cuerpo, pero empezaba a estar muy cansado…

—¡Aquí viene lo bueno! —se burló Weinberg—. ¡No es una simple tarta, es toda una pastelería!

—Otro perro vino corriendo —prosiguió Kern, haciendo caso omiso de la interrupción—. No era ni la mitad de grande que la otra bestia que me atacaba, y se trataba del animal más bello, de color gris plata, que he visto nunca. Creo que era una hembra de pastor escocés. Y lo que le faltaba en peso y tamaño lo compensaba con su ferocidad, pues saltó sobre la otra bestia con gran furia y determinación. Hundió sus

colmillos en el cuello del animal y gruñía y tiraba de él como un cachorro de la raíz de un árbol. La bestia se olvidó de mí por unos instantes y atacó a la hembra, pero ésta le tenía bien cogido y gruñía sin cesar, y justo entonces escuché que alguien venía y pedí ayuda.

»Se trataba de una patrulla de guardia, y mientras se acercaban ambos perros desaparecieron en la oscuridad. ¡Vaya! Pensé que no iba a contarlo esta vez.

—Cuéntale al mayor lo que te dijo el perro grande —le urgió Weinberg mientras me guiñaba un ojo.

—Yo no he dicho que me hablara —se defendió Kern—. He dicho que me lo *parecía*, como si los gruñidos que emitía mientras intentaba morderme el cuello fueran palabras.

—Está bien, chico, como quieras. Cuéntale entonces que es lo que *parecía* estar diciéndote.

Kern tenía una expresión terca, y pude ver un destello de resentimiento en el rostro cubierto de vendas.

—Daba la sensación de que no paraba de gruñir algo así como: *Amerikander schwein!*

—¿No te lo dije? —se mofó Weinberg—. Si quieres hacerme creer que este chico no estaba borracho es que tú tampoco te encontrabas en muy buenas condiciones, Carmichel.

El timbre del pasillo sonó seis veces seguidas. Era mi señal.

—Habrá que decírselo al general Board —bromeé—. Ahora tengo que ir a ver a otro hombre que ha discutido con un perro.

Mi broma estuvo a punto de convertirse en realidad. Pero no se trataba de otro hombre, sino de Michele Mikhailovitch que se encontraba ahora en la sala de curas y que tenía el hombro amoratado y con cuatro heridas incisas que cualquiera hubiera podido reconocer que habían sido producidas por el mordisco de un gran perro. La enfermera le había aplicado permanganato de potasio, aunque a ella parecía preocuparle mucho la sustancia empleada para la cauterización.

—¿Habría que poner un poco de nitrato de plata o será suficiente con aplicar un poco de electricidad? —me preguntó.

—¿Cuándo ha sucedido? —me interesó.

—Un poco después de la medianoche, en la Kommandanten-Strasse. No podía dormir y salí a dar un paseo…

—¿Fue un pastor alemán?

—Sí. Uno muy grande.

—¡Pues debían de ser dos! El capitán Kern también fue atacado por una bestia semejante más o menos a la misma hora.

—Sí. Lo sé… Quiero decir que ya lo he oído —se corrigió rápidamente—. A lo mejor fue el mismo animal.

—Mmm. Me temo que sí. No parece un buen asunto. Es posible que la bestia

tuviera la rabia. Enfermera —me volví hacia la asistente—, tome una muestra de sangre y llévela al laboratorio, luego prepare una vacuna.

—Sí, mayor. ¿Tengo que… *¡Oh!* —exclamó de repente; Michele se había caído de la silla como un fardo.

—Tranquila —dije, mientras la ponía en la mesa y levantaba un poco sus pies. Respiraba entrecortadamente, pero incluso mientras me inclinaba sobre ella su respiración se fue haciendo más y más lenta hasta que al final pareció detenerse. Le tomé la muñeca. Su pulso era apenas perceptible, pero al rato dio un respingo y su respiración volvió a hacerse más regular y profunda. Esa manera de respirar podría significar una grave dolencia cardíaca o algún tipo de afección pulmonar, intoxicación o ataques de nervios. Estaba claro que no podía tratarse de los pulmones o el corazón, pues sabía positivamente que, antes de ingresar en el servicio, se hacía un examen médico muy completo a todo el personal. Desde luego, no estaba bebida, lo cual sólo nos dejaba el ataque de nervios como posible causa.

—¿Qué? —le pregunté mientras ella murmuraba con dificultad.

—*Je suis perdue… mon rêve affreux… volkodlák…*

Entendí la parte francesa: «Estoy perdida… mi sueño espantoso…». Pero la rusa, si es que lo era, no tenía ningún significado para mí. Y lo que había dicho… de pronto me vino a la mente. Eran casi las mismas palabras que había pronunciado la noche en la que se desmayó en los brazos de Kern, mientras bailaban en la fiesta del general.

Algo se había quedado clavado en su subconsciente, como una aguja séptica; seguramente algo que tenía que ver con su desmayo cuando estaba con Kern. Era un caso para un psiquiatra, pero yo quería llegar al fondo del asunto.

—Esta paciente está peor de lo que pensábamos —le dije a la enfermera—. Asígnele una cama y ocúpese de que no sea molestada. Si pregunta por mí hágamelo saber al instante.

—¿Hablas ruso? —le pregunté a Weinberg durante el almuerzo—. He oído decir que tu padre es de Kiev.

—Un poco —se arremangó la bata y echó un buen trago de su cerveza espumosa y fuerte—. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué significa *óborten* y *volkodlák*?

La sonrisa desapareció de sus negros e inteligente ojos, y entrecerró los párpados.

—¿Dónde lo has oído?

—He oído esas palabras un par de veces últimamente, y las dos fueron de boca de Michele Mikhailovitch —Le hablé brevemente sobre la fiesta del general y de todo lo que había sucedido en el hospital aquella mañana.

—¡Por todos los diablos! Y Kern jura que la criatura le habló mientras era atacado.

—¿Qué demonios quieres decir? —le urgí—. Te pregunto por el significado de un par de palabras rusas y tú empiezas a divagar sobre…

Se frotó el mentón con una mano, como si estuviera intentando descubrir algo fuera de su campo de visión.

—Podría ser —murmuró—. Las condiciones de hoy en día son muy similares a las de la Guerra de los Treinta Años…

—¿Te importaría dejarte de divagaciones y decirme qué significan esas dos palabras? —insistí.

—¿Eh? —parecía estar perdido en las nubes—. Claro, claro; *óborten* es bastante difícil de traducir literalmente. Significa cambio, cambio de forma, de figura o de naturaleza. Volkodlák es más sencillo. Significa hombre lobo. Esto es lo que lo hace tan interesante.

—¿Interesante?

—Desde luego. Creo que nos encontramos en medio de un caso de sueño psicótico, Carmichel. ¿Qué tenemos hasta ahora? —extendió los dedos y comenzó a señalárselos uno a uno—: Primero, un perro se pone a aullar en medio de una noche de nieve, precisamente la clase de noche en la que se supone que los hombres lobo hacen sus rondas. Una muchacha, rusa creo recordar, y para los rusos las leyendas sobre los hombres lobo son tan verdaderas como para los irlandeses las que versan sobre las almas en pena, se desmaya al oír el aullido y musita algo acerca de malos sueños y hombres lobo. Segundo, un pastor alemán, que es primo carnal de los lobos, ataca a un hombre en una callejuela oscura, y el sujeto asegura que le ha *hablado*. Se supone que los hombres lobo son capaces de hablar, y también de ladrar y gruñir, como ya sabes. Por último, nos encontramos con la misma muchacha, a la cual ha mordido un perro y que de nuevo se desmaya y musita algo sobre un sueño terrible y hombres lobo. Todos los hechos concuerdan. Ahora sólo hay que ordenarlos.

Le miré completamente asombrado.

—A lo mejor en el fondo sabes de lo que estás hablando, pero…

Sacudió la cabeza con impaciencia.

—No, no lo sé, querido colega, pero estoy intentando ver un rayo de luz entre la niebla. Rusia, más aún que las Montañas Hartz, es la patria nativa de los hombres lobo. Allí son tan corrientes como los mendigos en un cenador. Todo el mundo cree en ellos, aunque no lo admita. Lo cual quiere decir que Michele Mikhailovitch también, aunque no lo sepa y se resista. En algún momento, probablemente durante su niñez, un lobo la asustó, o quizás tan sólo fueron los cuentos pavorosos sobre hombres lobo. Eso le causó un trauma psíquico, que fue incrementándose en su subconsciente con el pasar del tiempo.

»Últimamente ha trabajado mucho; se encuentra al borde del colapso físico y mental. Ya sabes lo que pasa: un hombre puede trabajar todo el día y toda la noche

sin darse cuenta de la fatiga, pero en cuanto se sienta sus músculos se relajan y puede llegar a dormirse tan profundamente como si hubiera entrado en coma. Lo mismo sucede con nuestros nervios. El cansancio producido por el exceso de trabajo, vestirse de fiesta y volver un poco al mundo civil, era todo lo que necesitaba para caer en ese estado. Cuando aquel perro se puso a aullar en los campos que rodean el castillo hizo que algo despertara en su subconsciente, causándole una pérdida transitoria de los sentidos y… bueno, ya has visto cómo se ha desmayado y Kern te ha contado lo que ella le dijo.

—Sí, pero…

—Ahora vamos a eso. Ella y Kern han estado muy unidos el uno al otro. Sin duda ella le contó algo sobre su niñez y la fobia que tiene a los lobos, o a los perros aulladores. Cuando un hombre está enamorado sus sentidos se encuentran anormalmente alerta. Cualquier cosa que diga su amada es tan importante como las escrituras para él. Recuerda y atesora todo lo que ella le cuenta. Aunque sea inconscientemente. Así que —asintió con la misma solemnidad que un chino mandarín—, cuando el pastor alemán atacó a Kern el recuerdo de aquel terrible sueño —su *rêve affreux*, como ella dice— afloró de su subconsciente y ahora está convencido de que la bestia le habló mientras intentaba morderle la garganta.

»Se trata de uno de esos casos asombrosos que ocurren a veces, no con mucha frecuencia, afortunadamente. Una especie de contagio mental, como la caza de brujas que asoló Salem en 1692 o la epidemia de histeria que se hizo dueña de Europa durante la Guerra de los Treinta Años cuando la gente, completamente agotada física y mentalmente, creía que había hombres lobo detrás de cada matorral. Hubo una plaga de licantropía a finales del siglo XV y principios del XVI. Da la sensación de que ahora tenemos lo mismo aquí, aunque a pequeña escala. Me gustaría saber en qué acabará todo esto.

Weinberg y yo cenamos con Michele en su habitación aquella noche. Fue un menú más bien festivo que habíamos encargado en el cercano Café zur Nekke: ostras en vinagre, panecillos salados, salmón ahumado, pollo y manzana al horno, unos pastelillos y, para acompañarlo todo, una botella de Roederer.

Parecía tan feliz como una niña la mañana de Navidad mientras el camarero extendía el mantel y sacaba un plato tras otro de su cesto. Luego, una vez terminada la cena, encendimos unos cigarrillos y me dediqué a observarla mientras Weinberg servía media pulgada de brandy Meukow en unas gruesas copas. A pesar de su extrema delgadez —estaba casi en los huesos— se la veía encantadora como una figurita de porcelana china. Vestía un *negligé* de color marfil con las mangas muy anchas pero lo suficientemente escotado como para dejar ver el profundo valle que se abría en la base del cuello y las pequeñas concavidades debajo de las clavículas. Llevaba recogida aquella maravillosa cabellera en un tirante moño que le caía por la espalda, dejando al descubierto sus bien formadas orejas en las que lucía un par de aguamarinas. Las joyas parecía afectar al color de sus ojos, de tal manera que, en vez

de gris nebuloso, parecían ahora de un color violeta verdoso, como las zonas sombrías del océano. Y sin embargo, en su apariencia había algo más que simple fragilidad y belleza. Poseía esa innata, extraña e indefinible atracción a la que Eleanor Glynn se referiría más tarde como «Eso» y a la que un joven cualquiera calificaría de «¡guauuu!».

El brandy hizo que sus pálidas mejillas tomaran un poco de color y añadió algo de brillo a sus extraños ojos eslavos.

—Creo que casi me siento feliz, *mes amis* —nos dijo con una suave sonrisa mientras se recostaba de nuevo en los almohadones.

—¿Casi? —repitió Weinberg—. ¿Y por qué no del todo, *Mademoiselle la Doctreuse*? Es usted joven —no es nada malo, simplemente afirmo lo que usted ya sabe—, hermosa y tiene el amor devoto de un joven valiente, bueno y…

—*Hélas!* —la sonrisa desapareció de su rostro como una ola de las arenas de la playa, como si una sombra se hubiera asentado de nuevo bajo los óvalos de sus ojos violáceos—. No es cierto, amigo mío. Soy una de esas condenadas a trenzar los cabellos de Santa Catarina. El matrimonio me está denegado y ¿de qué sirve el amor si una no puede entregarse totalmente y tomar lo que se le entrega?

Weinberg sacudió la cabeza con impaciencia. Ahora había más en él de médico que de persona civil, así que prescindió de toda formalidad y le espetó:

—¿Por qué no puede casarse? Kern está locamente enamorado de usted y cualquiera puede darse cuenta de que a usted le pasa lo mismo. Usted no es un trozo de hielo, ni una *femme glacial*…

Su exclamación fue como el grito de un animal.

—¿Yo fría… yo frígida? ¡*Bon Dieu*, ojalá lo fuera! —se apretó el pecho con dramatismo—. Yo le amo… estoy consumida por el amor que le profeso. ¿No se da cuenta de lo mal que me siento… de cómo me duelen las manos por los clavos de un amor imposible? —extendió sus manos temblorosas hacia nosotros como para mostrarnos unas heridas inexistentes—. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer con respecto al amor y al matrimonio si estoy loca?

Su voz se crispó ante esta última palabra, como si le raspara en la garganta.

Weinberg me miró con las cejas levantadas, asintiendo lentamente. A ella le dijo con suavidad:

—Díganos lo que le preocupa. Quizás podamos ayudarla.

—Nadie puede ayudarme —suspiró con tristeza—. No estudié medicina sin motivo. Reconozco la demencia precoz en cuanto la veo, en los demás o en mí misma. Alucinaciones visuales, voces…

Weinberg la interrumpió con brusquedad.

—El mayor Carmichel y yo también somos médicos, y sé más de su caso de lo que usted cree. La línea que separa las alucinaciones de las fantasías inducidas es con frecuencia muy delgada, pero existe, y sólo un experto puede determinar en cuál de los dos lados se encuentra el paciente.

»Usted ha estado trabajando mucho. Está cansada, con frecuencia en un estado de semiamnesia. Y en esos momentos es el subconsciente el que toma las riendas, y nos hace soñar con los ojos abiertos, y usted ya sabe que los sueños pueden parecer muy vividos y reales. Existen esqueletos terroríficos y extraños encerrados en el armario de nuestro subconsciente, memorias aterradoras de la niñez, cicatrices psíquicas que creemos que el tiempo ha cerrado, incluso recuerdos de sueños terribles. Cerramos la puerta y negamos su existencia, pero a veces consiguen romper esa puerta. A veces son demasiado poderosos y…

—¿Pudiera ser —la esperanza afloró a sus labios—, pudiera ser que lo que yo creo que son alucinaciones en realidad fuesen tan sólo sueños?

—Por supuesto. Y es muy probable que así sea. Háblenos de ellos, por favor.

—Todo comenzó la noche del baile —empezó, hablando con esa lenta pronunciación tan perfecta y esa ausencia de acento que dejaban bien a las claras que la lengua nativa de su madre no era el inglés—. Me había comprado un vestido de noche pero no tenía ningún chal que fuera a juego. Usted sabe dónde me alojo en la Breitauer-Strasse. La casa pertenece a la familia von Kechele, una madre y sus dos hijos, que fueron oficiales de la Guardia Prusiana. Gustav es ahora camarero en el Metropole y Rudi sigue en la casa, con su madre; ambos han sido muy corteses conmigo. Demasiado corteses, pienso a veces. No es normal que las personas conquistadas traten a sus dominadores de esa manera.

»Pero, como iba diciendo, me encontraba delante del espejo, pensando en llevar el chal del trabajo sobre mi vestido de noche cuando Frau von Kechele subió las escaleras con un hermoso chal de piel en el brazo.

»—*Schön gut'n Avenid, gnädiges Fräulein* —dijo sonriente—. ¿Va al baile de esta noche en el castillo de Bückensdorffer, *nicht wahr*? ¿Y todavía no tiene nada para ponerse encima?

»—Así es, y odio llevar el chal del uniforme de trabajo —pero ella me interrumpió con otra sonrisa.

»—*Natürlich*. ¿Y por qué no se pone esto, si lo desea? —me tendió aquella preciosa capa de piel.

»Se trataba de una prenda muy hermosa y me sentaba a la perfección, como si estuviera diseñada para mí. Mientras me la echaba sobre los hombros notaba cómo se pegaba a mi cuerpo, como si tuviera vida propia.

»—Debe llevarla con buena salud —me dijo Frau von Kechele y mientras me miraba en el espejo el cristal pareció hacerse transparente, como una cascada de agua, y de repente, aunque no supe cómo, me encontré dentro.

—¿Dentro? —Weinberg repitió asombrado.

—Sí, como Alicia en ese libro encantador de Lewis Carroll. Caminaba —o flotaba— bajo el brillante resplandor de la luna llena, y yacía sobre la nieve, apretada contra ella. No sentía frío, ya que estaba cubierta de pieles de la cabeza a los pies.

»Desde la lejanía me llegó claramente un extraño sonido, no se trataba de una voz

humana, sino que era una especie de lamento profundo y armónico que sólo pueden producir dos tipos de animales: los perros y los lobos. Se metió dentro de mis oídos y me produjo una sensación tremendamente extraña. Era como si me identificara con aquel sonido, como si perdiera mi propia personalidad, mi yo, si eso significa algo para ustedes, y con esa sensación también se hizo presente una especie de odio amargo, terrible, aplastante, mortal, hacia toda la humanidad.

»Entonces, de repente, me hallaba de pie corriendo sobre la nieve. No me apoyaba sobre las manos o los pies, sino que parecía avanzar rozando la superficie helada con la velocidad del viento, y sentía en mis fosas nasales el aroma de la nieve reciente. Quería cantar, gritar de regocijo y, sin pensarlo, eché la cabeza hacia atrás y lancé un salvaje aullido de placer.

»El sonido actuó como un jarro de agua fresca sobre el rostro de una persona inconsciente, ya que no se trataba de ningún sonido que hubiera podido producir un ser humano, sino de un profundo y vibrante aullido de lobo.

»Mientras permanecía allí, estremecida, tres grandes lobos se acercaron al trote a mí desde un bosquecillo de pinos, y aunque parecían unas bestias normales y corrientes en todos los sentidos, yo sabía —no me pregunten por qué— que en realidad eran Gustav, Rudi von Kechele y su madre.

»El más grande de los tres —debía de ser Gustav— llegó hasta donde yo estaba y se restregó contra mi hocico y me lamió. Era como una especie de caricia. Me gustó.

»Luego empezó a alejarse al trote, echando la cabeza hacia atrás para mirarme, y yo le seguí hasta que nos paramos en medio de un sendero del bosque para descansar. Nos tumbamos sobre las agujas de pino, y yo me sentía tensa y nerviosa, no exactamente enojada, sino más bien eufórica, con una sensación de que algo violento y exultante iba a suceder. Entonces vi que ellos nos seguían.

»Se trataba de dos campesinos, dos granjeros, y mientras avanzaban trabajosamente sobre la nieve salían de sus fosas nasales pequeñas nubecillas de humo, como si estuvieran fumando. Prácticamente a cada paso que daban se detenían y miraban a su alrededor asustados, y de repente supe cuál era la causa de su miedo. ¡Nosotros! Aquellas criaturas humanas nos temían, y con un sentimiento feroz y salvaje salté delante de ellos mientras la bestia que me acompañaba sacó la lengua y dio un brinco.

»Jamás olvidaré el grito de pánico que emitió el hombre que estaba más cerca mientras yo saltaba sobre él y clavaba mis colmillos en su garganta. Era un ser insignificante. Lo derribé como si fuera un bebé, y cuando sentí que la sangre de sus venas corría por el interior de mi boca me volví completamente salvaje. Mordí y desgarré y le arañé con las zarpas de mis patas delanteras, y por fin, cuando dejó de agitarse, le cogí entre mis fauces y di unas tremendas sacudidas, como un pequeño terrier puede hacerlo con una simple rata. El sonido me exaltaba, como a un soldado cuando escucha las notas de una corneta.

»De repente, el viento empezó a soplar con fuerza. Levantaba pequeñas nubes de

nieve delante de mí, y apenas podía distinguir los árboles ni la maleza, ni a la bestia que me acompañaba ni al pobre sujeto que había lacerado hasta la muerte. Y allí estaba de nuevo, delante del espejo, con la suave capa de piel echada sobre los hombros y Frau von Kechele sonriéndome. Y ahora parecía tener una mueca de reconocimiento y complicidad. Como diciendo:

—Sabemos lo que sabemos, ¿no es así, *liebes Fraülien*?

—Aquella noche, durante el baile del General, volví a oír al lobo, y sentí horrorizada que me estaba llamando y que no podría resistirme a su requerimiento, como las ratas y los niños del flautista de Hamelin, que eran incapaces de desobedecer la llamada de la flauta.

»Empujé al capitán Kern, pero justo cuando me disponía a obedecer el requerimiento, el más viejo mecanismo de defensa de toda mujer vino en mi ayuda. Me desmayé.

Sus ojos grises verdosos se tropezaron con los míos durante un segundo.

—¿Usted cree en el amor a primera vista, mayor?

—Claro, querida —asentí—. Yo mismo lo he experimentado.

—Entonces lo entenderá. El primer roce de sus dedos hizo que desapareciera toda mi resistencia. Cuando me tomó la mano y le dio la vuelta para besarme la palma me sentí anonadada y casi me desmayo. Antes de que empezáramos a bailar el primer vals ya sabía que él sentía lo mismo. No se trata de lo que generalmente llamamos amor. Es mucho más poderoso y terrible. Jamás le había visto antes, hasta aquella noche él tampoco me conocía ni había oído nada de mí, y sin embargo allí estábamos, dos extraños que habían nacido en lugares completamente diferentes y lejanos, y que de repente se ansían el uno al otro, que anhelan la proximidad de sus cuerpos y labios, con un deseo tan viejo como el mundo.

»No tuve que animarle. No era necesario. Él no podía resistirse a mí, de la misma manera que yo no podía resistirme a él; nos vimos empujados el uno al otro como el imán atrae al hierro, y ningún poder terrestre podía separarnos.

»Y entonces, dos noches después, volví a tener aquel sueño atroz. Estaba tumbada en la cama, medio dormida, cuando escuché el aullido de un lobo debajo de mi ventana, y tuve que levantarme y responder. Y a pesar de que luchaba con todas mis fuerzas, de nuevo sentí ese odio terrible y mortal hacia toda la humanidad que nublaba mi mente mientras me deslizaba desde la ventana hasta caer en la nieve.

»Volvió la noche siguiente, y la siguiente y la siguiente. Todas las noches soñaba que recorría las colinas, los bosques y los campos nevados con Gustav, Rudi y su madre hasta que al final me sentí como el sacerdote de la *Morte Amoureuse* de Gautier, que soñaba todas las noches que era el amante de la cortesana Clarimonde hasta que llegó un momento en el que ya no sabía a ciencia cierta si era en realidad el sacerdote que soñaba todas las noches que era un galante mujeriego, o el pervertido sin escrúpulos que soñaba que era un pobre sacerdote de parroquia. Había llegado al extremo en el que ya no sabía si era una mujer que soñaba que en verdad era una

loba, o la loba que soñaba ser una mujer.

—Dígame —preguntó con aparente despreocupación—, ¿no es cierto que las leyes ordenan que cualquier suceso en el que se observen heridas de bala debe ser reportado a la Policía Militar?

—Desde luego —respondí con cierta sorpresa.

—¿Y usted recuerda que Rudi von Kechele haya declarado que tenía un disparo de bala en su hombro izquierdo?

Lo pensé durante unos instantes y luego respondí:

—Sí, así fue —asentí—. Recuerdo haber visto el informe, aunque yo no le examine personalmente.

—Y —sus pupilas se dilataron hasta cubrir casi por completo el iris—, ¿recuerda también que un centinela fue atacado por varios lobos una noche del mes pasado a la entrada de Ehrenbreitstein?

—Recuerdo que el mayor Amberson me comentó algo sobre ese asunto, aunque habló de perros policía, seguramente unas pobres bestias mal alimentadas que se habían asilvestrado…

La risa que interrumpió mis palabras sonó como un grito de dolor.

—¡Oh, no, mi querido amigo, no se trataba de perros! Ni tan siquiera de lobos. Eran *volkodláki*… hombres lobo.

—¡Lo sé porque yo era uno de ellos! Podían haberle derribado y matado sin problemas pero justo cuando se disponían a saltar yo me puse a aullar y el centinela se dio cuenta. Cuando regresamos a casa aquella noche ellos me arañaron con sus zarpas y casi me quitaron la vida por haber avisado al soldado.

Weinberg intervino con brusquedad.

—¡Basta! Está diciendo tonterías. Usted sabe que no pudo estar allí aquella noche. Simplemente, está mezclando ambas cosas. Sabía que a Rudi le habían disparado y también tenía conocimiento del ataque de los perros al centinela.

—Eso es lo que pensaba —asintió con un suspiro—, pero sea lo que sea me estoy volviendo loca, si es que no lo estoy ya.

»¿Cómo es posible que sueñe continuamente con que soy una mujer loba, con tanta fuerza que todo se hace realidad? No puedo estar cuerda.

»*Alors* —levantó los hombros con un gesto de fatalidad—, escribí una carta a mi amado diciéndole que no podía seguir con él. ¡Si se pudieran hacer una idea de lo que me costó escribir esa misiva! Parecía que la pluma se alimentaba con la sangre de mi corazón, *mais que voulez-vous?* Nosotros, los rusos, amamos con el corazón, el cuerpo y el alma. Me hubiese gustado darle hijos, hijos fuertes, y dulces hijas que llevaran su apellido y le llamaran padre. ¿Cómo voy a traerles a este mundo bajo esa maldición?

»*Nichevo*… no es posible. Muchas mujeres también han amado y ahora sus corazones se han convertido en cenizas. Conservaré el roce de sus manos, el recuerdo de sus besos y de su voz, y me los llevaré a la noche de locura en la que me sumerjo.

Weinberg se enjugó los ojos y yo casi estaba a punto de llorar cuando ella terminó de hablar. Es terrible ver morir a un hombre, pero es mucho peor ver a alguien sin esperanzas.

—Esos sueños… —empecé, pero me detuve en medio de la frase tras contemplar la mueca de desesperación que apareció en sus ojos.

—La pasada noche —murmuró con una voz tan tenue y cortante que perecía herir nuestros oídos— no se trató de un sueño. ¡Era… era una verdadera *volkodlák*!

»Un poco después de medianoche volví a escuchar el aullido debajo de mi ventana. “No responderé”, me dije a mí misma. “Lucharé, lo venceré…”. Entonces, de repente, me vi afuera, sobre la nieve, corriendo Kommandanten-Strasse abajo, y en seguida pude oír un gruñido y a un hombre que juraba. Sentí que la piel se erizaba en mi espalda y ese odio insensato y salvaje hacia toda la humanidad volvió a apoderarse de mí. “¡Él es sólo un hombre y tú una loba. Salta sobre él, muerde, desgarra con los dientes y las zarpas!”. Una voz parecía gritar en mis oídos, pero también escuché otra que poco a poco se iba haciendo más fuerte: “Loba o no loba, ése es Fontenoy Kern, al que has abrazado y amado, al que todavía amas. ¡Sálvale!”.

»Hundí mis mandíbulas en la garganta del otro lobo y le sujeté, incluso después de que se volviera y me lanzara una dentellada en el hombro, y, *grace á Dieu*, tuve las fuerzas suficientes para no soltarle hasta que llegaron los guardias.

»Cuando desperté esta mañana, el camisón y las ropas de cama estaban chorreantes de sangre, y mi hombro estaba tan mal que tuve que venir aquí para que me lo trataran.

»Y ahora, caballeros, ¿díganme qué les parece?

Weinberg me miró con la frente fruncida y las cejas levantadas.

—Le cedo la palabra, mayor.

—Todos los hechos parecen apuntar a lo que hemos estado diciendo —argumenté —. El flautista a lo mejor tarda en presentar la factura de sus honorarios, pero lo hará, tarde o temprano, y con intereses. Michele está muy cansada, mortalmente cansada. El trabajo que lleva en el hospital es lo suficientemente duro como para acabar con cualquier persona, y aunque nunca lo ha mencionado, su huida de Rusia y los terribles peligros de los que ha escapado a duras penas tienen que haber dejado una huella indeleble en su subconsciente. Ha estado sometida a unos sueños terribles y recurrentes en los que aparecían lobos. Lo uno se acumula a lo otro. Huye de la revolución para caer en una vida atormentada. Ahora está a salvo, pero el recuerdo de aquellos días terribles todavía la persigue. Sus sueños siempre están unidos a la venganza, una especie de simbología sustitutiva. Ha sido perseguida sin piedad, ahora es ella la perseguidora. Se trata de una simple compensación psíquica, como una persona débil que sueña que es un gran luchador, o el tullido que imagina ser un atleta.

—Pero las heridas de mi hombro…

También tenía respuesta para eso. Al menos una que me satisfacía.

—Sin duda, un perro la atacó mientras andaba dormida. Pero estaba tan absorta en su sueño, en su fantasía lobuna, que incluso el dolor del mordisco no fue suficiente para hacerle recuperar la conciencia, transformándose al momento en la mordedura de un lobo. Todos estos sueños han resultado extremadamente vívidos y convincentes. Por eso usted imaginaba haber luchado contra un lobo para salvar a Kern. Unos cuantos días de descanso absoluto, una buena alimentación y Fontenoy Kern, es todo lo que necesita para recuperar completamente la salud.

Hicimos la última ronda y ya estaba firmando en la hoja de registro cuando me llamaron para una operación urgente de apendicitis. Weinberg me estaba esperando cuando dejé la sala de operaciones.

—¿Qué te parece si le echamos un vistazo? —sugirió—. Si el somnífero que le administré le ha hecho efecto debería estar durmiendo como un bebé.

Una enfermera tremendamente nerviosa y excitada se cruzó con nosotros mientras caminábamos por el pasillo que daba a la habitación de Michele.

—¡Mayor Carmichel, capitán Weinberg —exclamó—, la doctora Mikhailovitch se ha ido!

—¿Ido? —dijimos a coro—. ¿Adónde?

—No lo sé. No puedo entenderlo. Había pasado toda la tarde durmiendo plácidamente, pero hace cinco minutos, cuando miré en su habitación, ya no estaba allí —el gesto de preocupación que había en su rostro se transformó en una expresión de asombro—. Su ropa de noche está a los pies de la ventana, y también las zapatillas. El *negligé* está sobre la silla y toda la ropa de vestir permanece colgada en el armario.

Revisamos la habitación sin mucha esperanza. Como había dicho la enfermera, las ropas de Michele estaban intactas, incluso las zapatillas y el camisón.

—Por Dios, ha salido con este frío espantoso sin llevar… —empezó a decir Weinberg, pero yo le interrumpí:

—Tiene que haber alguna pista. Evidentemente, ha estado escribiendo antes de irse, ya que el tintero está abierto y la pluma aún gotea. El papel secante. A lo mejor… —puse el papel secante delante del espejo y observé con atención lo que había impreso en su blanca superficie.

«Es de vital importancia… buscar… Breitauer-Strasse…».

—¿Qué diablos significa todo esto? —me pregunté.

—Ni lo sé ni me importa mucho —intervino Weinberg—. Lo principal es encontrarla antes de que coja una neumonía. Vamos.

Saltó por la ventana abierta y fue a aterrizar sobre la nieve.

—¿Ves eso? —se arrodilló, encendió un fósforo y pudimos ver un rastro de pies

descalzos impreso en la nieve fresca—. Fue por allí. Corría. ¡Qué diablos! La marca de la parte de atrás del pie está mucho más marcada que la de los dedos.

Llegamos a una esquina del edificio en la que el viento, al rebotar contra las paredes, había barrido la nieve del pavimento en un espacio de unos cuatro metros. Las huellas se detenían al borde de la zona despejada y desaparecían repentinamente; aunque revisamos todo el perímetro como un par de sabuesos fuimos incapaces de descubrir dónde volvían a comenzar.

—Los pasos se dirigen siempre en la misma dirección, no se vuelven hacia ningún lado —murmuré—. Es como si le hubieran salido alas o algo así.

—Sí. Alas… o algo parecido —asintió—. ¿Mira esto? —se arrodilló y volvió a encender otro fósforo, protegiendo la llama entre las palmas de las manos.

Miré por encima de su hombro.

—Huellas de perro —decidí—. De uno bastante grande. Diría que se trata de un collie o de un pastor alemán.

—Sí. Eso parece, sin duda.

—Bueno, ¿qué se te ocurre? —No me gustaba el tono severo e inexpresivo de su voz.

—Me gustaría saberlo —respondió con tono cansino—. Sé que no puede ser cierto; pero hay tantas cosas que no deberían serlo…

—¡Vaya! ¿Qué hacen, muchachos, jugando a las canicas? —un coche de la brigada frenó repentinamente tras doblar la curva y Amberson salió del asiento del contiguo al del conductor. En la carrocería del vehículo figuraba la inscripción P.M. entre varios subfusiles Thompson, rifles y bombas lacrimógenas.

—Mmm, hola, mayor —Weinberg se irguió mientras se sacudía la nieve de las rodillas—. Pues no, no jugábamos a las canicas; estábamos buscando algo.

—Yo también. Creo que algún Fritz está planeando algo. ¿Queréis acompañarme? No nos vendría mal tener un par de matasanos cerca por lo que pudiera pasar.

—Ha sido una coincidencia increíble —nos confió mientras me sentaba a su lado y Weinberg saltaba a la parte de atrás—. Estaba a punto de irme cuando oí unos arañazos en la puerta. Al principio no les presté mayor atención, pero no cesaban, y entonces escuché a un perro que gimoteaba en el exterior. Cuando abrí la puerta me encontré con un enorme collie blanco que temblaba sobre la nieve. Tenía una nota en la boca.

—¿Una nota?

—Sí. Un trozo de papel dirigido a mí. Aquí está.

Gracias a la luz del cuadro de instrumentos pude leer:

Mayor Amberson,

Es de vital importancia que inspeccione el 735 de la Breitauer-Strasse. Los alemanes planean un golpe para mañana, justo antes del crepúsculo y han reunidos armas para el levantamiento en la dirección arriba mencionada.

—No sé si alguien está intentando tomarme el pelo —admitió—, pero no quiero correr ningún riesgo.

—Mmm? —dije ausente. Había algo familiar en la escritura de la nota. Aquella misiva infantil aunque imperiosa… mi memoria emitió un clic, como la recámara de un rifle al ser cargado. La nota de despedida que Michele había enviado a Kern, el mensaje incompleto que había quedado impreso sobre el papel secante en la habitación de la que ella había desaparecido, ¡y *además*, se alojaba en el 735 de Breitauer-Strasse!

—¿Dices que un perro te la ha dado?

—Un collie grande de color blanco. Tenía los ojos más tristes que…

—¿Era una hembra…?

—Sí, y llevaba la nota con tanto cuidado que parecía que hubiera sido adiestrada para ello; la sujetaba con los labios contraídos, como para evitar que la tinta se humedeciese.

—¡Alto! —se volvió hacia el conductor y luego hacia los hombres de la parte de atrás—. Todos fuera, muchachos. Fin de trayecto. Tossourian, coja tres hombres y rodee la casa. Tienen —miró su reloj— siete minutos. Si alguien intenta entrar o salir ya saben lo que tienen que hacer. Cuando escuchen mi silbato, o un disparo, entren. El resto, vengan conmigo.

Cuando salimos del vehículo y pisamos el pavimento nevado me puse a observar el edificio. Más allá del cruce de la calle había una zona de sombra que se encontraba fuera del radio de luz de la farola más cercana, y entre las sombras vi unas figuras aún más densas; un rayo de luz se reflejó en una bayoneta. Amberson asintió satisfecho.

—Todo listo. Hay centinelas en cada esquina y las patrullas vigilan a cada lado de la calle. Si realmente Fritz pretende hacer algo se va a encontrar con un buen montón de plomo caliente y frío acero.

—¿Crees que son necesarias tantas precauciones? —pregunté dudoso—. Todo está tranquilo y los nativos siempre han sido amistosos…

—Esos *kamerad* pueden tendernos una emboscada —me interrumpió—. Nos odian y cualquiera de ellos estaría encantado de poner arsénico en nuestro café o clavarnos un puñal en la espalda. Tan sólo somos un puñado de hombres, y estamos rodeados de una población vengativa y traicionera, y por los veteranos de un ejército desmovilizado pero no desaparecido. Finalizamos la guerra un año antes de lo necesario, teníamos que haberlos aplastado, derrotado de tal forma que jamás se les ocurriera volver a empezar. Seguro que se levantan en otros diez o veinte años y nuestros hijos tendrán que retomar el trabajo en donde nosotros lo dejamos. Venga, vamos.

La siniestra fachada frontal del edificio estaba tan silenciosa como un mausoleo. Parecía deshabitado, como si nadie hubiera vivido en su interior desde hacía tiempo.

Y sin embargo, a pesar de esa tenebrosa soledad, existía una cierta cualidad

expectante, como si esperase que algo sucediera con la respiración contenida, algo brusco, trágico y violento.

—Preparados para romper la puerta si no abren —ordenó Amberson y acto seguido golpeó el panel frontal con la culata de su pistola.

El cerrojo debía de estar descorrido, pues tras recibir el impacto del arma la puerta se abrió lentamente y todos nos quedamos mirando el vestíbulo, tan oscuro y vacío como una cueva.

—Tenga cuidado con la linterna, sargento —advirtió Amberson—. Mantenga el brazo estirado, de manera que si ellos disparan tan sólo le alcancen el brazo. —Luego gritó—: Salgan con las manos en alto. ¡Policía militar!

La babel de gritos y salvajes aullidos que se elevó de la parte baja sonó como una respuesta a sus requerimientos. Gruñidos, aullidos salvajes y ladridos de temor y furia surgieron bajo las escaleras, como si una jauría de perros se estuvieran peleando.

—¿Pero qué diablos…? —empezó a decir Amberson, pero Weinberg le interrumpió histéricamente—: ¡Rápido! ¡Bajemos! ¡La están atacando!

Apartó a Amberson y se lanzó escaleras abajo, volviéndose un momento para indicarnos que le siguiéramos y desapareciendo luego en medio de la oscuridad.

Le seguimos, y mientras rompíamos la negrura con la luz de la linterna vimos tres bestias enormes que tenían cercada a otra más pequeña y de color blanco que estaba contra la pared, defendiéndose con fiereza, gruñendo desafiante, y que lanzaba dentelladas cuando los otros se acercaban a ella, sosteniéndose a veces sobre sus cuartos traseros.

En cuanto entramos en el sótano las tres bestias dejaron de atacar a la otra y se volvieron desafiantes hacia nosotros para, acto seguido, como perros callejeros, desaparecer rápidamente por la puerta más alejada.

—¡Déjeme su rifle! —Weinberg arrebató el arma al sargento y corrió hacía el oscuro recinto que se abría al final de las escaleras—. No deben escapar… —El estallido de los disparos reverberó en las paredes del estrecho corredor y el humo de la pólvora impregnó nuestras narices como si fuera ácido.

—¿Por qué desperdicias las balas en una simple banda de malditos perros? —Amberson increpó a Weinberg mientras le devolvía su arma al sargento—. No era necesario…

—Creo que sí —interrumpió Weinberg—. Echa un vistazo —señaló más allá del recinto y luego se acercó a la bestia blanca.

La criatura parecía terriblemente asustada, y se agachó hasta que rozó el suelo con su panza, moviendo la cabeza de un lado a otro mientras emitía un gemido suave y lastimero. Weinberg extendió la mano para acariciar su cabeza, y luego la bajó hasta situarla al nivel del hocico del animal.

—¿Quieres que volvamos? —preguntó con suavidad—. El camino está despejado ahora, y mañana…

La bestia emitió un lamento muy débil, medio humano medio animal, y luego

esquivó su mano y salió corriendo escaleras arriba.

—¡Bueno, tengo la sensación de ser un estúpido ignorante! —exclamó Amberson —. ¿Qué sabes de todo esto?

En las escaleras vimos la figura de un hombre en medio de la oscuridad. Estaba desnudo, demacrado, casi petrificado, despatarrado sobre los escalones, y cuando emplazamos la luz de las linternas sobre él descubrimos que se trataba del camarero del Metropole, el que había mirado a Kern con un odio mortal.

—Por todos los diablos, ¿cómo ha llegado hasta aquí? —demandó Amberson—. Es Gustav von Kechele. Era teniente de un regimiento y… ¿qué es eso que hay un poco más allá?

—A no ser que me equivoque mucho, se trata de Rudi Kechele —dijo Weinberg.

Así era. Al igual que su hermano, tenía varios disparos en la espalda, y se había arrastrado hasta el inicio de la escalera antes de morir.

—Tiene que haber otra… la hembra —añadió Weinberg—. No puede haber ido muy lejos. Disparé a ciegas y…

—*¿Disparaste?* —interrumpió Amberson—. A lo único que has disparado es a una manada de perros sarnosos.

—Es posible que no —la mueca de Weinberg denotaba sarcasmo—, pero me apuesto lo que sea a que encontrarás a la hembra no muy lejos de aquí.

Y así fue. Estaba tendida sobre un charco de sangre que manaba de una herida de bala que le atravesaba el pecho. No se trataba de una mujer joven, aunque se conservaba bien y seguía siendo atractiva de una manera algo salvaje, con un cabello largo y rubio, una piel suave y clara, amplios pechos y uñas bien cuidadas.

—Efectivamente, es Kriemhild Kechele —concedió Amberson—. La familia al completo, pero cómo diablos…

—No preguntes, viejo amigo —interrumpió Weinberg—. El caso es que ahí están todos. Eso es lo que importa. Ve en busca de munición y más armas. Carmichel y yo tenemos algo importante que hacer —me agarró por el hombro, empujándome descaradamente hacia la puerta.

Un disparo rompió el silencio nocturno mientras salíamos de la casa.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Weinberg.

—Acabo de disparar a un perro, señor —respondió uno de los soldados de la RM. que estaba en la calle—. Salió corriendo de la casa como un murciélago que escapara del infierno, y sé que los Fritz los utilizan de vez en cuando para llevar mensajes…

—¿Le diste?

—Me temo que no, señor. Al menos, no se paró…

—Bendito sea Dios por eso. Vamos, Carmichel. Tenemos que llegar antes que ella.

—¿Quién? —corrí tras él intentando no quedarme atrás.

—Será mejor que no malgastes el aire y corras —se volvió hacia mí—. Te lo contaré todo cuando lleguemos.

—Señor —la enfermera se tropezó con nosotros mientras corríamos por el vestíbulo en dirección al cuarto de Michele—, la doctora Mikhailovitch ha vuelto a su habitación. Le han disparado, señor. Está malherida. Me pregunto qué…

—Mejor no lo haga —la interrumpió—. Prepare el quirófano. Tenemos que operar.

La herida era muy fea. La bala había atravesado su espalda por el omóplato, siguiendo un curso oblicuo hasta salir justo debajo de la clavícula izquierda. Tenía el hombro destrozado por el proyectil y el orificio de salida mostraba terribles heridas por las esquirlas de los huesos que se habían roto. No había mucha sangre sobre la piel, pero por su boca manaba un hilillo del fluido rojo que denotaba una hemorragia interna. —*Habet*-Weinberg encogió los hombros con resignación.

—No servirá de nada operar. ¿Qué te parece? ¿Le suministramos una mezcla de *digitalis* o morfina y acónito?

—Intentémoslo primero con la *digitalis* —respondí sin esperanza mientras colocaba una almohada a su espalda—. No se puede hacer mucho más.

—Fontenoy —murmuró entre delirios cuando los estimulantes le hicieron efecto —. Tráiganlo, por favor.

—Por supuesto —prometió Weinberg mientras pulsaba el timbre de llamada—. Por favor, enfermera, traiga ahora mismo al capitán Fontenoy —ordenó—, y tenga lista una hipodérmica con un cuarto de morfina y tres sextas partes de acónito.

—San Nicolás se lo agradecerá mucho si llega a tiempo —susurró Michele mientras la enfermera abandonaba la habitación—. Esta noche, después de que se fueran escuché que alguien arañaba en la ventana y al mirar descubrí que se trataba de Gustav. Todavía no se había transformado por completo en un lobo; su cuerpo aún conservaba la forma humana, aunque estaba cubierto de un espeso pelaje, y el rostro y la cabeza eran completamente lobunas. Me sonrió burlonamente y me dijo que debía dar gracias a todos los santos por haber sido escogida para su manada de lobos, ya que al salir el sol mañana ningún hombre ni mujer del Ejército de Ocupación en Coblenza estaría con vida. Habían almacenado armas en la casa con vistas al levantamiento y…

La tos interrumpió sus palabras, pero encontró las fuerzas suficientes para proseguir.

—Los Kechele han sido una familia de hombres-lobo desde hace generaciones, y cuando dejé que me pusieran encima aquella capa de piel de lobo caí en su poder. Pero no me di verdadera cuenta de que era una mujer lobo hasta que Gustav me mordió al intentar defender a mi amado. Después de aquel mordisco mi caso era irrecuperable. Nada podría curarme la infección.

»Tenía que prevenir al Ejército, pero ¿cómo? Si les decía que Gustav me lo había contado todo, entonces ustedes pensarían que se trataba de un sueño o una alucinación. El mayor Amberson era mi única esperanza, pero ¿cómo podía ponerme

en contacto con él? De pronto supe la respuesta. Si me convertía en loba podría ir corriendo hasta su cuartel y entregarle la nota. Así que garabateé el aviso y dejé que la fuerza del lobo fluyera por mis entrañas, repitiéndome una y otra vez: “Eres una loba, Michele Mikhailovitch, no eres una mujer sino una loba. Adopta tu forma natural, Michele Mikhailovitch”.

Acto seguido empecé a sentir ese picor especial en mi piel que siempre se produce antes del cambio, y luego agarre la nota y salí por la ventana. Cuando se completó el cambio puse la misiva en mi hocico y corrí en busca del mayor Amberson.

»Se la acababa de entregar cuando vi que Gustav corría por la nieve tras mis pasos. Por entonces ya se había transformado por completo en un lobo, aunque pude reconocerle, y también a su hermano y a su madre. No me atacaron sino que se limitaron a rodearme y me obligaron a seguirles hasta la casa. Luego…».

—No siga —ordenó Weinberg con suavidad—. Reserve sus fuerzas. Kern vendrá en cualquier momento.

—Sosténgase con firmeza sobre las piernas y no desfallezca, compañero —le susurró a Kern mientras el ordenanza le hacía entrar en la habitación de Michele—. Está muy malherida. Tan sólo le puedo prometer dos o tres horas más.

No hablaron mucho. No necesitaban ninguna clase de palabras mientras se miraban a los ojos con las manos cogidas, en una hermosa comunicación que sólo conocen los enamorados. De vez en cuando, alguno de los presentes daba unos pasos por la habitación, la tomaba el pulso y luego le administraba un estimulante hipodérmico. Cuando esto sucedía ellos apenas reparaban en nosotros, como si fuéramos meras sombras en la pared. Estaban completamente centrados el uno en el otro, ajenos a todo, como si fueran el último hombre y la última mujer en un planeta agonizante.

Las primeras luces del alba se colaron por la ventana abierta como un espíritu errante. El mundo estaba ahora más frío, la luz parecía más gris. El fantasma de una sonrisa cansada se dibujó sobre sus labios cetrinos.

—Adiós, *douchka*… querido… —susurró—. Gracias por amarme… gracias por todo…

Sobre la oscuridad del cielo oriental brilló un rayo de luz, como si los cielos se abrieran lentamente. El mundo parecía completamente quieto, como si contuviera la respiración bajo su manto de nieve, pero en la habitación del hospital se mezclaron dos sonidos: el llanto de Pontenoy Kern que lloraba de esa manera brusca, sollozante y sin lágrimas del hombre que no está acostumbrado a ello, y las plegarias en judío de Nathan Weinberg con su birrete religioso sobre la cabeza.

Nos costó un poco, pero al final conseguimos un ataúd del ejército en la intendencia.

—Habría resultado una profanación permitir que la enterraran en un ataúd corriente —insistió Weinberg.

Un embalsamador de la Sección de Enterramientos se encargó de prepararla, cambiando la fría expresión de la muerte y transformándola en otra más dulce, como si estuviera soñando. Luego la vistieron con su uniforme de la Cruz Roja y la depositaron delante del altar que había en la capilla del hospital con un lirio blanco en la mano y la bandera a su alrededor.

Pasó la medianoche y dio la una. Oímos el relevo de la guardia, y a lo lejos cantó un gallo.

—Vamos —dijo Weinberg mientras apagaba el cigarrillo—. Le prometimos a Kern que los acompañaríamos a ambos y además —sonrió de una manera entre avergonzada y desafiante— quiero darle esto. Se lo merece —de su bolsillo sacó la Croix de Guerre que había ganado por su valentía ante el fuego enemigo en Catigny.

La capilla estaba tan silenciosa que podíamos oír el tictac de nuestros relojes y el discurrir de las horas mientras permanecíamos en pie delante del ataúd. Unos pasos por delante de mí, Weinberg separó un poco la bandera, descorrió las cerraduras del ataúd y se inclinó para colocar la medalla sobre su blusa.

—¡Señor Dios de Israel! —le oí decir con suavidad.

—¿Qué es esto? —estaba mirando por encima de su hombro, y luego—: ¿Quién se ha atrevido a hacerlo? ¡Llamen a los guardias!

—Por el amor de Dios, Carmichel, tranquilízate —suplicó—. ¡No llame a la guardia!

—¡Pero es una profanación… un sacrilegio! —estallé.

Dentro del ataúd donde debería estar Michele Mikhailovitch yacía, con la cabeza apoyada sobre una almohadilla, una hermosa bestia blanca, una loba tan blanca como la nieve, serena y tranquila, como si estuviera durmiendo.

—¡Tranquilo! —repitió con un susurro imperioso—. Tenga la forma que tenga sigue siendo la misma persona, una hermosa y valiente dama que merece todo nuestro respeto.

Depositó la medalla sobre el blanco pelaje de la loba y se volvió hacia la concurrencia levantando la mano en un saludo a la bandera.

—*Bon voyage*, Michele Mikhailovitch —murmuró con la voz estremecida—, mujer o lobo, fuiste una valiente. Que el dios de Abraham, Isaac y Jacob te acoja en Su regazo y sea gentil contigo.

# NELSON BOND

# [1908]

Si a Robert Bloch se le recuerda principalmente por esa mezcla especial de terror y humor en muchos de sus cuentos sobrenaturales, seguramente Nelson Bond será recordado por sus estrambóticas historias de fantasía y ciencia ficción, muchas de las cuales aparecieron en las páginas de *Blue Book*, la publicación más selecta de las revistas *pulp*. En el mundo de Bond, lo real, lo surrealista y lo irreal confluyen con frecuencia de una forma maravillosa que no se halla presente en ningún otro autor de los últimos sesenta años.

Tomemos a Pat Pending, el «inventor» chiflado cuyas aventuras fueron narradas por Don Mallory, un joven administrativo de la Oficina de Patentes de Estados Unidos, en Washington, D.C. O al ingenioso Lancelot Biggs, astronauta, que es capaz de hacer volar su cohete a la velocidad de la luz con unos cuantos repuestos. O al mago loco Mr. Mergenthwirker y sus seguidores, esas criaturas sin cuerpo que tantos problemas causan con sus diabluras. O al reservado «Cuadrículas Sam» McGhee que, a pesar de no tener ningún hueso verdadero, sin embargo posee un corazón de oro y un talento especial para mezclarse con extraños personajes. Nelson Bond creó otros personajes para series menores, pero siempre parecía saber dónde se encontraba el límite a partir del cual la narración perdía su gracia, y entonces paraba.

Bond publicó 257 historias repartidas en 68 revistas diferentes entre 1935 y 1958. Un poco menos de la mitad eran de fantasía y ciencia ficción; las demás conformaban una mezcla de géneros convencionales (si eso es posible) que incluían relatos de crímenes, misterio y deportivos, pues Bond también podía ser una persona seria. Durante el pasado medio siglo se editaron siete recopilaciones con lo mejor de su obra y sus relatos han aparecido en más de cien antologías. Jamás escribió una novela larga, aunque *Exiles of Time* (1949), que tenía más de 40.000 palabras, fue publicada por *Amazing Stories*, *Fantastic Adventures* y *Blue Book* durante la década de los 40, convirtiéndose en su única novela.

Bond prefería con mucho los relatos cortos y cuanto más los corregía más cortos llegaban a ser, hasta que, según sus propias palabras, estaban en su justa medida. «Uno de los mis axiomas a la hora de escribir es que las buenas historias no se escriben sino que se reescriben. Puedo dictar un relato y Betty [su esposa] lo pasará a máquina, luego lo reviso y siempre queda más corto, pues suelo suprimir muchos párrafos. La historia tiene que encajar perfectamente. Estoy a gusto con las 10.000 palabras, bien con 5.000 y estupendamente con 2.500. El Bond más corto siempre es el mejor». Esto nos puede dar una idea de su manera de trabajar, muy en

contradicción con la de la mayoría de los escritores de otras revistas, que alargaban sus historias por motivos económicos. Pero la obra de Bond era tan apreciada por los editores que siempre se encontraba entre los escritores mejor pagados, incluso cuando sus relatos eran más cortos de lo que se suponía que deberían ser.

Nelson Bond ha sido, y aún es, un personaje notable. Como escritor, ahora tiene 91 años [2000], es una de las tres leyendas vivas de la era de los *pulp* que aún permanece entre nosotros. Los otros son Jack Williamson y Hugh B. Cave. Todos han avanzado en el mundo digital y se mueven por Internet, sólo Bond ya no escribe relatos para su publicación.

Nelson [Slade] Bond nació el 23 de noviembre de 1908, en Scranton, Pennsylvania, y creció en Filadelfia. Asistió a la Marshall University, en Huntington, Virginia, de 1932 a 1934. Comenzó a interesarse por la escritura cuando estaba en sexto grado. «Tenía una profesora que nos mandaba escribir ensayos sobre temas estúpidos como "Qué hice el viernes pasado"», rememora. «Cuando me devolvió el primero, tras corregirlo, vi que tenía una "S", Le pregunté qué significa esa letra y ella me contestó que no sabía qué poner a un trabajo que era mejor que "E", de excelente, así que puso una "S", de superior. Fue entonces cuando empecé a escribir *realmente*. Aquello me dio el empujoncito final».

Cuando estaba en el instituto, Bond convenció al editor del *Philadelphia Inquirer* de que era gran aficionado al teatro, y que quería ser un crítico teatral. De esta manera consiguió entradas gratuitas y escribió los reportajes sobre las funciones. Durante los años que pasó en la Marshall University, Bond trabajó escribiendo tiras cómicas para el *Huntington Herald Advertiser*. También fue el editor del periódico de la universidad, *The Partenon*.

Tras graduarse, Bond entró en la empresa de publicidad de su padre y en una agencia de relaciones públicas, y en el verano de 1934 se le ofreció el cargo de representante de campo de uno de los clientes de la agencia, la Provincia de Nova Scotia. Bond acababa de contraer matrimonio y las expectativas de una luna de miel y un buen empleo en Nova Scotia eran excitantes. Los antepasados de sus actuales habitantes habían llegado a América en el siglo XVII, y se establecieron en Connecticut. Pero cuando estalló la revolución americana de 1776, y siendo leales al Imperio Británico, adoptaron el bando erróneo. [«El bando erróneo, desde luego», añadía Bond]. Después de la guerra se les confiscaron sus bienes y tierras y fueron exiliados a Nova Scotia.

El trabajo de Bond en Nova Scotia era muy sencillo: beber, comer y entretener a las celebridades que estaban de vacaciones, luego escribía historias sobre ellas y una agencia de prensa contratada por la Provincia se encargaba de publicarlas en periódicos y revistas. Cuando su destino anual finalizó en 1955, Bond siguió escribiendo indirectamente para la misma agencia de prensa, que le pagaba un sueldo fijo algo más alto que el que obtenía al escribir para otras revistas como *Ladies Home Journal*, siempre y cuando las historias tuvieran que ver con Nova Scotia. Bond

recuerda que muy pronto se dio cuenta de que la escritura le podía reportar más dinero que las relaciones públicas, así que se arriesgó a dedicarse a ella a tiempo completo.

Mientras se hacía un nombre en el mundo de la literatura *pulp*, Bond siguió escribiendo artículos periodísticos para mantener a su familia. En 1938, sin embargo, existía una gran competencia, y hacia 1943 ya había escrito tres cuartas partes de los relatos que produciría durante toda su vida. Disgustado por ciertas adaptaciones a la radio de sus cuentos, Bond decidió que él podría hacerlo mucho mejor, así que comenzó a escribir guiones por su cuenta. El cambio no fue nada difícil. Ya había escrito varios actos teatrales y criticado numerosas obras al principio de su carrera; conocía a la perfección los requerimientos dramáticos que atraían la atención de la audiencia.

Entre 1943 y 1944 escribió 46 dramas policíacos de media hora para ABC's *Hot Copy*, además de otras obritas humorísticas para *The Dr. Christian Show, Author's Playhouse* y *Curtain Time*. En los años venideros también escribiría guiones para *The Black Book, Ford Theatre, Make Believe Time, The Sheriff Show, Mystery on the Air, Dimension X, Molle Mystery Theatre, Escape* y otros programas clásicos de la radio.

Luego, en 1946, apareció la televisión. Bond acababa de adaptar «Mr. Mergenthwirkerys Lobblies» (una de sus historias más populares de fantasía) para una serie de la radio, y se le pidió que también la adaptara para la televisión. «Lobblies» fue la primera obra escrita para la televisión que se emitió en una cadena. La cadena, recuerda Bond, tan sólo emitía para Boston, Nueva York y Washington. «La presentación se hizo con tanto detalle que incluso había público en el estudio», dice Bond, «y editaron su propio programa. Desafortunadamente, no queda ninguna copia del show, ya que en aquellos días no existían las cintas de grabar».

Luego añade con pesar: «Seguramente fue una oportunidad de oro y yo la tiré por la ventana». Después de que se acabara la representación, el director le dijo a Bond. «Éste es un nuevo medio de masas. ¿Por qué no se une a nosotros y empieza a trabajar en ello?». Pero Bond rechazó la oferta porque estaba ganando más dinero haciendo guiones para la radio. El susodicho director, Fred Coe, llegó a ser el presidente de la NBC.

A principios de los años cincuenta, mientras las revistas desaparecían con rapidez de los mostradores, y la radio y los teatros se encontraban en plena decadencia. Bond abandonó estos mercados y se concentró en la televisión. Le entristeció especialmente la retirada de Donald Kennicott, que fue el respetado editor del Blue Book, de la McCall Corp., durante más de 25 años. «Estoy seguro de que la revista caerá en picado tras la marcha de Don», dijo Bond. También proclamaba que siempre iba donde se presentaban mejores expectativas y más dinero. «Creo que era tanto por el dinero como por los intereses, aunque también estoy de acuerdo con Samuel Jonson en eso de que sólo los idiotas escriben únicamente por dinero».

Luego, incluso la televisión empezó a cambiar. Las obras dramáticas y teatrales

fueron reemplazadas por comedias sin sentido. «Y empecé a dejar de ganar tanto dinero como hasta entonces. Así que me fui a Hollywood y fracasé por completo… No disponía de contactos ni sabía cómo escribir para la gran pantalla».

Después de mantener contacto con Derleth durante varios años, Bond le escribió el 18 de diciembre de 1964: «He pasado un año en Hollywood, y allí he tenido el placer de encontrarme con los viejos amigos como Bill Fay, Bill Cox, John y Ward Hawkins, Bob Bloch, Ray Bradbury y muchos, muchos otros… pero todos, absolutamente todos, me contaron la misma cantinela: "Era maravilloso cuando escribíamos lo que *queríamos* escribir para el *Blue Book, Colliers, The Post*, aquellas revistas tan queridas y ahora muertas…". En la actualidad tienen que estar a las órdenes de esa nueva simiente de monstruos conocidos como los editores de guiones, bastardos nada creativos que presumen de decirle a un escritor cómo tiene que contar una historia».

En 1959, Bond dejó el cine y la televisión, y abrió una agencia de relaciones públicas en Roanoke, Virginia. Volvió a escribir a Derleth en el mes de diciembre de ese mismo año: «Revisando nuestra vieja correspondencia, he descubierto ahora que me sentía muy optimista acerca de la televisión la última vez que te escribí. Ese entusiasmo se ha esfumado por completo. La desaparición del mercado literario y la masiva estupidez de los programas de televisión me han obligado a abrir una agencia de relaciones públicas hace 15 meses. No es tan divertido como escribir, pero sí más rentable».

Derleth compartía la misma aversión que Bond a escribir guiones para la televisión. Su breve estancia en Hollywood, en 1953, sólo hizo que deseara olvidarla lo más rápidamente posible: «Me dio la oportunidad de entrar en contacto con demasiada gente inculta que estaba convencida de saber más que cualquier escritor creativo, un tipo de personas que aborrezco».

Uno de los sucesos que más enojó a Bond durante sus últimos años como guionista de televisión fue protagonizado en 1957 por el actor Orson Welles. Aquel año Bond descubrió que existía toda una nueva generación que ni había oído ni sabía nada acerca del famoso show de radio de *The War of the Worlds* (1939) que tanto había aterrorizado a sus padres.

«Revisé los archivos y escribí un guión para la televisión titulado "The Night America Trembled"», me explicó el mismo Bond, «describiendo los sucesos de aquella noche. Como Orson ya no era joven ni guapo como en aquella época no podía hacer que se interpretara a sí mismo, pero le escribí para que narrara la historia.

»Al tratarse de un programa televisivo, toda la acción tenía que ser visual. Pero mientras tanto los actores estaban escuchando las palabras de la obra en la radio y, por lo tanto, tenían sus propias reacciones. Así que, cuando envié el guión al Estudio Uno de la CBS les hice saber que, como autor, era totalmente responsable del guión *excepto* de las escenas que se desarrollan entre la gente que está escuchando la obra emitida por la radio… y así lo estipulé cuando firmamos el contrato.

»La CBS le ofreció a Orson el papel de narrador, pero él se negó, argumentando que prefería hacer la obra él mismo. Graham MacNamee aceptó el papel. La obra se emitió con gran éxito. Pero poco después me llamó la CBS desde Nueva York y me dijeron: "Westinghouse, CBS y tú habéis sido demandados por Welles, individual y colectivamente, por una cantidad de dos millones de dólares cada uno por violación de los derechos de autor".

»Mi respuesta fue inmediata y simple. Les dije: "Lean el contrato". No puedo afirmarlo, pero luego me dijeron que Westinghouse y la CBS habían pagado cierta cantidad a Orson… aunque yo no tuve que hacerlo».

Bond continuó con su negocio de relaciones públicas hasta 1965, fecha en la que sufrió un fuerte ataque de úlcera por el que tuvo que ser ingresado en un hospital. Durante su convalecencia reflexionó sobre la importante y numerosa colección de libros que poseía. «Mi familia no tiene la más mínima idea del valor que pueden alcanzar muchos de esos ejemplares», y tenía miedo de que si los libros eran entregados a un subastador, éstos serían vendidos por una cantidad muy inferior a su verdadero valor. Tras darle el alta, comenzó a catalogar su colección de libros y otros objetos que había ido adquiriendo a lo largo de su vida, y se le ocurrió que el negocio de la compra y venta de libros raros podría reportarle lo suficiente como para abandonar todo el tema de relaciones públicas.

Durante el último cuarto de siglo, Bond se convirtió en un librero muy conocido, miembro de la Asociación de Libreros Anticuarios, de la que hoy es miembro emérito. Unos meses antes de la muerte de Derleth, Bond le confesó el placer que sentía en el negocio de la compraventa de libros. «El negocio de los libros me encanta. Al principio me reportaba poco pero ahora se ha convertido en mi principal fuente de ingresos… Las personas que se dedican a los libros antiguos son excelentes… amigables, colaboradoras, inteligentes e increíblemente honestas. Es el *único* negocio en el que los compradores pueden pagarte más de lo que les has pedido por un libro, simplemente para no aprovecharse del neófito. ¡Imagínate!».

En 1966 comenzó a hablar con Derleth sobre la publicación de un libro suyo en Arkham House, cuyo título iba a ser *Nightmares and Daydreams*. De acuerdo con la correspondencia entre ambos, Derleth dio libertad plena a Bond para seleccionar los cuentos; Derleth no solía ser nunca tan liberal con la mayoría de los escritores. Le escribió: «El contenido del libro me parece bueno y adecuado, y estoy seguro de que no habrá nada que me disguste. Siempre me han encantado las historias de Bond y creo que se encuentran por encima de la media general, también he seleccionado muchas para mis antologías, como ya sabes».

Al contrario de muchos otros escritores *pulp* de su tiempo, que fueron incapaces de adaptarse a la era moderna, Bond se comportaba como un verdadero camaleón, reinventándose a sí mismo varias veces cuando las circunstancias de la vida lo requerían, y lo hacía con la misma sabiduría e inteligencia con la que reinventaba sus relatos de fantasía, convirtiéndolos en pequeñas gemas repletas de una deliciosa

imaginación. A pesar de que en una entrevista para la revista *Locus*, en octubre de 1998, Bond contaba que había escrito tantos, o más, relatos de deporte y policíacos como de fantasía y ciencia ficción, jamás se consideró a sí mismo como un escritor de ciencia ficción: «Siempre me consideré un escritor de literatura fantástica».

Muchos nos preguntamos cuáles son sus planes para reinventarse a sí mismo en estos momentos, ahora que estamos a las puertas del nuevo milenio.

# EL SEÑOR DE COTSWOLD

# NELSON BOND

Brannock estaba en lo cierto. Completa, perfecta, absurdamente en lo cierto. Tenía que escribirle y contárselo. Cuando sugirió por primera vez Gloucestershire, yo me reí de la ocurrencia. Pensaba que la campiña inglesa, como cualquier otra cosa, había dejado las puertas abiertas a la invasión de la civilización moderna, que había sido engullida por las glotonas fauces de esta maldita Era Industrial.

Le dije:

—¿El campo, Brannock? Estás loco. Ya no existe «el campo». Los pueblos imitan a las ciudades, las aldeas intentan asemejarse a los pueblos, incluso los simples cruces de caminos son imitaciones en pequeña escala de la Quinta Avenida con la Calle Cuarenta y Dos. Muéstrame una pequeña granja y yo te enseñaré los anexos de Broadway con una radio emitiendo las canciones de última moda, aparatos eléctricos que ordeñan a las vacas de manera automática, y que se encargan de lavar los platos y limpiar la casa. Y la esposa del granjero, que usa cremas hidratantes para mantener sus manos suaves y lleva puesto lo último en moda que ha comprado por correo al precio de 14,95 dólares.

Brannock bostezó.

—En América sí. Ya ves, Peter, esta gran nación tuya en realidad no es ninguna nación. Es una especie de atavismo homólogo. Una copia de las ciudades estado de los antiguos griegos. Quítale el cascarón a cualquier neoyorquino y te encontrarás con un emigrante de Kansas o un sueco de Minnesota. Tras la charla presuntuosa de cualquier californiano podrás descubrir el acento de Iowa. América es demasiado grande, demasiado espaciosa. Eso hace despertar el ansia por conocer nuevas tierras en sus habitantes. Su afán de cambio les ha ido llevando a una ciudad única e inmensa, representada en la propia Nueva York, cuyos alrededores incluyen Washington, Texas y Florida.

—Si no te gusta —le interrumpí—, ¿por qué no regresas a tu casa? Allí…

—No me malinterpretes, Peter. Me gusta esto. Mucho. Por eso he renunciado a mi patria nativa y he hecho de América mi hogar. Pero tú buscas reposo y paz. Sentirte tranquilo y a solas. Y yo te digo que eso no puedes encontrarlo aquí, en América, pero que aún sí *puedes* hacerlo en Inglaterra.

—¿En qué parte de Inglaterra?

—En varios lugares. Dorsetshire. The Chilterns o West Riding. En los Cotswolds… —hizo una pausa y luego asintió—. Sí, conozco esa región. Una pequeña parte llamada Cotswold-cum-leigh. Aquí, te la mostraré…

Tomó un atlas de la estantería. Lo estudiamos juntos; al final, puso el dedo sobre un pequeño punto.

—Aquí está. A veintidós kilómetros del tren más cercano. La última vez que estuve allí aún no habían asfaltado la carretera de acceso. Aunque no creo que tengas ningún problema para llegar hasta allí. Puedes alquilar un coche o un caballo.

Rumié la propuesta.

—Parece mi solución. Me gusta cómo suena. Y realmente necesito paz y tranquilidad. Tengo una novela en mente, pero soy incapaz de escribirla aquí, en Nueva York, con el teléfono sonando a mi espalda cada quince minutos.

Brannock rió.

—No te molestarán las llamadas telefónicas en esa región boscosa, Peter. A las personas que allí viven no les gusta desperdiciar palabras. A veces he llegado a pensar que se comunican telepáticamente. Pero, en serio, es un lugar excelente, excepto que…

Dudó.

—¿Sí? —le desafié a seguir.

Brannock parecía avergonzado.

—Bueno, nada. Supongo que es una tontería, eso es todo.

—Venga. ¿Excepto qué? No me digas que acabas de recordar que el lugar es una colonia de leprosos.

—No. No se trata de eso. Pero, bueno, se rumorea que Cotswold-cum-leigh es un poco… ¿cómo decirlo?… *siniestro*.

—¿Qué quieres decir con eso de *siniestro*?

—Bueno, es una especie de leyenda. Algo sobre una carrera de los antiguos dioses, o una majadería por el estilo. Los habitantes creen en ello a pies juntillas. Por supuesto, todo es mentira.

Sonreí burlón.

—Claro que no. Pero gracias, Brannock. ¡Eres un vendedor excelente!

Parecía asombrado.

—¿Eh? —dijo.

—Ese toque místico —argumenté—, ha hecho que me decida. Cotswold-cum-leigh, un lugar en el que nadie habla, pero que posee una fuerza maligna que acecha en el entorno… Estupendo, ¿cuándo puedo tomar el barco?

Brannock me habló con cierta ansiedad.

—Mira, Peter, no seas tan frívolo con todo eso. Ya sé que la mayoría de esas viejas leyendas son cuentos de viejas, pero al mismo tiempo sabemos que *pueden* existir fuerzas extrañas y extrañas criaturas…

Pero yo ya estaba al teléfono. El *Isle Royal*, me decía en esos momentos un empleado con voz aburrida, partía para Inglaterra el siguiente martes.

Y aquí estoy, en la posada de la pequeña aldea de Cotswold-cum-leigh. La travesía tardó cinco días en cruzar el Atlántico y el viaje en tren desde Londres me

llevó un día más. Y sin embargo, aquí sentado delante de la chimenea, escribiendo en mi cuaderno de notas, siento como si hubiera atravesado el túnel del tiempo hasta retroceder tres o cuatro siglos. El patrón de la hostería parece haber salido de las páginas de *Tristam Shandy*[13], plúmbeo, dogmático, solícito. Quizás también un poco desconfiado hacia «este descerebrado autor» americano que reside en su posada.

Pero esas cosas no me preocupan. Disfruto con la sensación de antigüedad que me rodea, que me atraviesa, que me toca con dedos casi tangibles. Una sensación que parece emanar de las decrépitas y crujientes vigas de madera de roble del techo, de los cristales de vidrio de las ventanas esmeriladas que se estremecen bajo el viento borrascoso de marzo, de los suelos vetustos y la chimenea susurrante, del brillo deslustrado de la repisa de peltre del hogar, del olor de la vida y de la muerte, del odio y del amor, del crecimiento y de la decadencia, olores que se mezclan extrañamente en este lugar. Siento que aquí, en esta misma habitación, los hombres gritaron despavoridos a causa de un terror espantoso, o se encogieron ocultándose en los rincones más sombríos, con la esperanza de escapar de una visión obscena y terrible…

Pero todo esto es ridículo, por supuesto. Me estoy dejando llevar, como pronosticó Brannock, por el ambiente místico de un paraje increíblemente antiguo. ¿Paraje? Me pregunto cuál.

Mañana buscaré una agencia de alquiler. Tiene que haber alguna casita de campo en los alrededores para arrendar.

*Cotswold-cum-leigh*
*17 de marzo*

¡Bueno, he tenido suerte!

Cuando, hace tres días, escribí en mi cuaderno de notas que tenía la esperanza de encontrar alguna casa de campo en alquiler, no sabía la tarea que me esperaba.

Estos cotswoldos —¿o sería más apropiado llamarlos cotswoldianos?— evidentemente no creen en el mercado de la oferta y la demanda. Construyen sus casas para ellos mismos, para sus hijos y para los hijos de sus hijos, y siempre, siempre, ha sido así, ¡amén! Cuando pregunté por algún sitio que pudiera alquilar, todos me miraron con una expresión de completo desconcierto, como si les estuviera pidiendo que abrieran el sepulcro de sus abuelos y me vendieran los huesos como marfil.

Durante tres días mi búsqueda fue infructuosa. Pero hoy la fortuna me sonrió. He encontrado un sitio a cinco kilómetros del centro de la aldea. ¡Y *qué* sitio!

¿He dicho ya que estaba buscando una casita de campo? Anston Hollow está lejos de ser una simple casita de campo. Es toda una heredad solariega,

una vieja casona llena de recovecos en la que vivieron los descendientes de los señores feudales cuando desaparecieron sus castillos. Una estructura enorme y vetusta con un porche lleno de columnas y una cúpula rococó. Ventanas desnudas que no dejan de observarte con la fría persistencia de un monstruo silencioso. Su apariencia es ahora triste y apagada; necesita con urgencia una capa de pintura, contraventanas y puertas nuevas, y varios arreglos en el tejado.

No estoy haciendo una descripción muy halagüeña, lo sé, pero es ese tipo de casa. Tan fea que hasta parece hermosa. A Hogarth le habría encantado. A mí ya me encanta. Es la antítesis de todo lo que he visto en mi vida.

También tiene tierras, ¡muchas! Acres y acres de pastos que se extienden desde la casa hasta el camino. Un bosquecillo de alerces, olmos, álamos temblones y otros árboles que no soy capaz de identificar, y que se aprietan a la derecha de la casona, mirándola de frente. El bosquecillo, al igual que los pastos, se encuentran descuidados y ralos.

Pero contrataré a alguien para que se ocupe de ello. Debajo de las hierbas y matorrales muertos pronto crecerá un manto de hierba verde y fresca.

La parte norte de mi propiedad —vaya, estoy empezando a hablar como un verdadero señor feudal— es la menos atractiva. Hay una veta caliza en las proximidades y antiguamente se abrió una cantera, dejando a la luz las rocas blanquecinas. A resultas de ello, me he convertido en el propietario de una cantera abandonada de piedra caliza.

No es muy agradable a la vista. Debo decir también que podría resultar peligroso, ya que tan sólo hay doscientos metros de hierba entre la casa y un vertiginoso precipicio de más de sesenta metros. La cantera está llena de marcas y vetas, y por el fondo discurren lentos hilos de agua que van de charca en charca. Creo que alguien debería poner una barandilla protectora a lo largo del borde. Una simple cerca de madera serviría, y además no quedaría mal con el entorno rústico. Quizás después plantaría algún tipo de arbusto alrededor de la valla para que quedara oculta.

Estaba encantado con mi descubrimiento. Pero también me topé con la desconfianza del agente que se encargaba del alquiler, cosa ya natural en esta pintoresca región. Daba la sensación de que no *quería* que yo alquilase Anston Hollow. ¡Imagínense!

Yo le dije:

—Bien, señor Peabody —él lo pronunciaba «Pibbity», y de alguna forma se las ingeniaba para pronunciarlo como si sólo tuviera una sílaba—. ¿Por qué no me ha enseñado ese lugar antes? Si no hubiera ido andando por casualidad, si no lo hubiera descubierto y sabido que está deshabitado por mis propios medios, aún seguiría buscando una residencia.

En seguida dijo en tono de disculpa:

—Bueno, usted dijo que estaba buscando una *casita* de campo, señor Chandler…

—Pero la cantidad que me pide —dije— es incluso inferior a la que estaba dispuesto a pagar por un lugar más *pequeño*. ¡Noventa chelines al mes! ¿No es un importe razonable?

¡Razonable, sí! Era una ganga para un sitio así… y yo lo sabía. También él. Se sonrojó.

—No es un lugar muy puesto al día —insinuó—. No tiene baño y se encuentra en bastante mal estado.

—Pues instalaremos uno —me reí—, y haremos que el lugar sea un poco más habitable. Si yo me comprometo a arreglarlo, ¿estaría dispuesto a compartir los gastos al cincuenta por ciento?

—Supongo que sí —dijo arrepentido. Parecía a punto de decirme algo pero las palabras no terminaban de salir por su boca. Al final asintió—. De acuerdo. Al cincuenta por ciento.

—Estupendo —dije—. Me acercaré hasta Londres para comprar algunos muebles. Mientras estoy fuera, usted podría llamar al carpintero y al fontanero. ¿Bastará con dos semanas?

—Eso espero —dijo, luego añadió un poco abatido—: De acuerdo, señor. Dos semanas.

Eso fue todo lo que pude sacar de él. Los albañiles comenzarían al día siguiente. Tomaré el tren de las diez para Londres. Será mi primera experiencia en la compra de muebles para el hogar. Me siento tan nervioso e impaciente como un potrillo.

*Londres*
*27 de marzo*

Aún tengo que pasar cuatro días en el hotel; luego volveré a mi propio hogar, a mi casa solariega de Cotswold. El vendedor al que compré los muebles ya se ha ocupado de llevarlos a la mansión, y me dice que han sido convenientemente instalados.

Como siempre, dejé Cotswold sin pensar en todo. Pronto caí en la cuenta de que necesita ayuda. Un ama de llaves, una cocinera y alguien que se ocupara de los terrenos de la casa. Escribí a Peabody, pero él me contestó de manera cortante que no había podido encontrar a nadie en Cotswold-cum-leigh. Supongo que me había equivocado con Peabody. En esencia, es como cualquier otro casero americano. Su interés en la propiedad y en mí mismo se desvanece bruscamente en cuanto me convierto en el arrendatario. Tendría que buscar la ayuda por mis propios medios mientras estoy aquí, en la neblinosa ciudad junto al Támesis.

*Londres*
*30 de marzo*

Aún estoy de suerte.

Esta mañana, en la agencia de empleo, encontré justo lo que estaba buscando: una familia de tres miembros que serán mis criados mientras esté en Aston Hollow.

Se trata de los Dolphin. El padre, Josh Dolphin, fue sargento mayor del Ejército Británico durante la Segunda Guerra Mundial. Se trataba de un palafrenero sin suerte desde que la Gran Depresión terminó con la época dorada de la cría de caballos. Es fuerte, rubicundo y capaz. Será un estupendo jardinero y hombre-para-todo, si sé algo acerca del género humano, y creo que sí.

Su esposa, Martha, es una mujer seria, bonita, de unos cuarenta años, con una inteligencia viva y una lengua aún más viva. Haría las veces de ama de llaves y cocinera, mientras que su hija, Belle, sería la doncella. Belle podría acarrear algún problema. Es una muchacha bastante bonita y, me temo, demasiado animosa para vivir en el campo. Le encanta danzar e ir a las salas de baile, y se quejó mucho cuando su padre decidió trasladarse conmigo a una zona rural. Pero él es el cabeza de familia, y en seguida la hizo callar con una palabra cortante y un gesto de la mano. Esta noche tomarán el tren para abrir la casa y dejarla lista. Yo aún tengo unas cuantas cosas que hacer. Si fuera posible, me gustaría conseguir un dictáfono. También quiero ir a la Biblioteca de Londres para consultar ciertas obras antes de quedarme aislado en el mundo rural, inmerso en el círculo de mis propios pensamientos.

*Anston Hollow*
*31 de marzo*

¡Estoy sorprendido! Sorprendido, cautivado y embelesado. Desde el principio supe que Anston Hollow era la respuesta a mis deseos, pero hasta que no llegué aquí por la mañana y vi el lugar, ya completamente arreglado, no me había dado cuenta de que era maravillosamente perfecto.

Habían reparado el tejado, pintándolo de un profundo verde boscoso, un verde que encajaba a la perfección con el bosquecillo que crecía en los alrededores de la casa. Habían pintado las puertas y contraventanas del mismo color, mientras que el cuerpo principal de la casa mostraba un blanco brillante y alegre.

Se había instalado un moderno baño en uno de los antiguos dormitorios de

invitados. Disponía de una ducha del siglo XX emplazada en una habitación que aún guardaba ecos de los baldes de agua caliente al ser vertidos sobre un barril de madera.

También se había dispuesto un pequeño baño en las habitaciones reservadas para la familia Dolphin. Podía permitirme el lujo de no mirar por el espacio. Hay ocho habitaciones enormes en la planta baja de la casa solariega, seis dormitorios y dos baños en el primer piso, y un ático espacioso. Había dejado a disposición de los Dolphin tres habitaciones en la parte trasera. Lo único que les pedía es que me atendieran correctamente, que mantuvieran la casa y los terrenos en condiciones, y que no me molestaran mientras estuviera trabajando.

En cuanto al trabajo… bien, me podía permitir el lujo, al pertenecer momentáneamente a la «nobleza», de trabajar en la biblioteca. Allí había unos grandes ventanales que daban a la zona arbolada que podía considerar mis «bosques privados».

Cuando llegué a la casa me encontré con un montón de gente que se había agrupado a la entrada. Era algo muy poco corriente en este plácido lugar, en el que los vecinos no suelen ser demasiado curiosos. Dolphin, que había estado trabajando con las tijeras de podar en la pradera, se acercó rápidamente. Podía ver a Martha colocando las cortinas en una habitación del piso superior. Después de pagar al taxista que me había traído desde la estación, me encaminé hacia la entrada.

La multitud producía unos sonidos extraños y no dejaba de murmurar por lo bajo. No se trataba de amenazas ni nada por el estilo. Eran más bien unos sonidos incoherentes que expresaban descontento. Creí saber el motivo. No aprobaban que un americano —un extranjero— se hubiera apropiado de uno de sus viejos monumentos. Decidí tranquilizarlos en seguida, asegurarles que todo estaba bien, que la casa se encontraba en buenas manos y que no iba a emprender más obras de acondicionamiento en el lugar. Luego me volví hacia ellos y dije:

—Mi nombre es Peter Chandler. Ahora somos vecinos; espero que también lleguemos a ser amigos. Quiero que sepan que estoy tan orgulloso de Anston Hollow como ustedes mismos, y que haré todo lo posible para que siga formando parte de esta encantadora comunidad.

Fue un discurso algo forzado, el tipo de charla propia del mismísimo vicario de Wakefield, y me sentí un poco estúpido al pronunciarlo. Pero sabía que debía emplear el mismo lenguaje al que está habituada esta gente.

Mis palabras les impresionaron. Varios asintieron con aprobación y un murmullo recorrió la asamblea. Luego, el líder del grupo, un vejete de edad indeterminada, se acercó cojeando sobre sus muletas y croó:

—Eso no nos preocupa, señor Chandler. Lo que realmente queremos saber

es si usted tiene un natural curioso.

Sonreí. Parecía que quien realmente tenía un «natural curioso» era él mismo. Pero dije con calma:

—No demasiado, señor. Eso creo, al menos.

—Muy bien —dijo, más tranquilo—. No es bueno ser demasiado curioso en Anston Hollow. Será mejor que lo recuerde, joven.

Y tras esta críptica afirmación retornó al grupo en el que estaban sus vecinos. Fueron desapareciendo uno a uno. Esperé a que el último se perdiera camino abajo en dirección a la aldea, luego entré en la casa. Mi casa.

Así que aquélla fue mi «bienvenida oficial» a Anston Hollow. Una advertencia sobre la curiosidad. Me pregunto qué quiere decir. ¿Por qué, de entre la multitud de cosas que me *podrían* haber preguntado, lo único que querían saber es si era de «natural curioso»? A lo mejor sería una buena idea escribir a Brannock y preguntarle por el asunto. Él conoce la sicología de estos aldeanos…

*Anston Hollow*
*3 de abril*

Creo que, después de todo, no voy a necesitar escribir a Brannock. Estoy empezando a descubrir, sin su ayuda, por qué cualquiera que posea una naturaleza curiosa resultaría un fastidio para la buena gente de Cotswold-cum-leigh. ¡Y no sólo un fastidio sino una amenaza consumada!

Las advertencias de Brannock eran ciertas. Hay una atmósfera siniestra flotando sobre Anston Hollow. ¡Y creo que conozco el porqué! ¡La casa en la que resido fue el escenario de un violento crimen!

Las señales son inconfundibles. En el salón, Josh Dolphin y yo estábamos lijando el entarimado de roble. Se trata de un suelo magnífico. Tablones troquelados fijados con estaquillas. Había visto ejemplos de suelos de menor calidad perteneciente al siglo XVII que en las subastas alcanzaban varios cientos de dólares. Bueno, justo delante del hogar —un enorme agujero enmarcado en piedra caliza— encontramos, claramente visibles, unas manchas que no podían ser más que de una cosa. ¡Sangre seca!

Y no sólo eso, también vimos una serie de signos entrelazados impresos o tallados sobre la madera que había debajo de las enormes piedras. Una impronta de la letra M, aunque los bordes eran redondeados en vez de rectos. Una especie de monograma, como si dijéramos.

Me pregunto si se trata de una simple coincidencia, o si el antiguo propietario de Anston Hollow era en realidad un asesino sádico que, después de cometer el asesinato, dejaba su inicial en la escena del crimen.

Es un asusto inquietante. El descubrimiento de aquella mancha puso mis

nervios a flor de piel. Hoy no he podido trabajar. De nuevo he vuelto a sentir esa sensación extraña y estremecedora, como de horrores invisibles, que ya antes había apreciado en la posada de Cotswold. Tengo que intentar ganarme la confianza de los aldeanos, conseguir que me digan lo que ha sucedido en Anston Hollow en el pasado. Existe un misterio de algún tipo. Me intriga.

*Anston Hollow*
*5 de abril*

Bueno, por fin he vuelto al trabajo. Ya he escrito un bosquejo de mi nueva novela, y no tiene mal aspecto. Este lugar es estupendo para el trabajo creativo. Brillante, soleado, alegre. Cuando miro por la ventana del estudio, veo que los árboles están llenos de brotes, nuevos y verdes. Se acerca la primavera. Ahora sé lo que quería decir Browning cuando escribió: «¡Ah, estar en Inglaterra! Ahora que abril se acerca…».

Le he dicho a Dolphin que limpie los arbustos bajos del bosquecillo. La maleza no dejaría crecer a las flores jóvenes de primavera.

*Anston Hollow*
*6 de abril*

¡Bendita sea! ¡Retrocedo a los días de mis antepasados!

Se acabó el agua tan blanda y tratada químicamente que me suministran desde la ciudad, suponiendo que el informe del experto sea adecuado. Al limpiar ayer el bosquecillo, ¡Dolphin ha descubierto un pozo! Un estupendo, verdadero y antiguo pozo.

Sólo Dios sabe cuánto tiempo hace que fue excavado. Al principio, Dolphin pensó que se trataba de un mojón, incluso de un dolmen. Fue corriendo muy excitado hasta mi estudio para contármelo.

—Si se trata de un dolmen, señor Chandler —jadeó—, será muy valioso. Los aquitre… arcuitrect… los profesores esos del museo están interesados en los dólmenes.

Me contagió su excitación y me puse la Leica alrededor del cuello antes de seguirle para que me mostrara su descubrimiento. Pero no se trataba de un dolmen.

Las rocas estaban apiladas de una manera demasiado irregular, sin orden ni concierto. Y había demasiadas. Ocupaban casi diez metros cuadrados.

Tomé varias fotos del lugar, luego empezamos a cavar con mucho cuidado. Fue entonces cuando descubrimos el pozo. Y uno bastante profundo. El parapeto se había roto y había una cubierta metálica, oxidada por el paso

del tiempo, sobre una pila enorme de rocas; tras quitarla nos descubrimos mirando sobre un recinto lleno de agua oscura y burbujeante.

Miré hacia abajo. Él estaba justo sobre mi cabeza. Pude ver el reflejo de mi propio rostro —o una parodia distorsionada de él— que me observaba desde las profundidades ampulosas. Sonreí y el reflejo me devolvió la imagen con una mueca grotesca. Me volví hacia Dolphin encantado.

—¡Malditos sean los dólmenes! —dije—. Esto es mucho mejor; ¡un pozo! Justo lo que necesitábamos para dar un toque rústico a Anston. ¿Hay algún cubo en la casa, Dolphin?

Dolphin dijo que sí, pero también me previno acerca de beber directamente del pozo.

—Seguramente lo cerraron por algún motivo —dijo—. A lo mejor el agua no es buena.

Tenía toda la razón del mundo. Sin embargo, tomamos un balde y recogimos una muestra de agua. La he enviado a Londres para su análisis. Espero que sea potable.

*Más tarde*

Le he dado a Dolphin un rifle y le he ordenado que mantenga a los intrusos fuera de mi propiedad. Cuando regresábamos a casa, después de abrir el pozo, escuché una música que venía de los bosques. Gitanos, sin duda. En seguida reconocí la típica melodía aguda y monótona de una flauta. No pienso permitir que mi propiedad se convierta en un nido de vagabundos.

*Anston Hollow*
*7 de abril*

No he podido dormir bien la noche pasada. Esos gitanos deben de haber celebrado una de sus fiestas. Estuvieron tocando música durante toda la noche. A lo mejor la falta de sueño ha alterado mi estado de ánimo. La música no era mala, en realidad. ¡Pero resultaba tan condenadamente melancólica!

Al atardecer no estaba tan mal. Era una simple y suave tonada que surgía de una flauta, o del instrumento que fuera con el que se sirven los gitanos para producir música. Pero cuando estuvo oscuro, la melodía se hizo más pesada. Cada vez tocaban más y más instrumentos a la vez, hasta que al final parecía una orquesta sinfónica. Se trataba de la música más suplicante, triste y misteriosa que había escuchado en toda mi vida.

Incluso a los animales les disgustaba. Oí a los perros ladrando desde la granja de Matthew, mi vecino más cercano, que se encontraba a unos

ochocientos metros en dirección a la aldea. Aullaban, más bien. Hacia el amanecer se produjo un estallido último y triunfal del coro. La música acabó justo en la parte más álgida de una sollozante y única nota que parecía ser emitida por un alma en pena sometida a mil tormentos. Después, conseguí dormirme.

Es un fastidio, pero me temo que no puedo hacer nada. Los gitanos no se encuentran en mi propiedad. Dolphin rastreó a conciencia todos los alrededores ayer por la tarde, y no encontró ni rastro de ellos.

*2 p. m.*

Bueno, creo que alguien sí disfrutó del concierto de la noche. Durante el desayuno, que Belle servía, me preguntó:

—¿Ha estado escuchando la radio por la noche, señor Peter?

—¿Por qué? —dije—. ¿Has oído la música?

Sus ojos brillaron extasiados.

—¡Ah, sí! —dijo—. ¿No ha sido estupendo, señor?

—Si te gusta esa clase de música, pues supongo que sí —le contesté—. Aunque no era la radio. Se trataba de gitanos, que están acampados en algún sitio de los alrededores.

—¡Gitanos!… ¡Oh! —exclamó—. Da igual. ¡La música era estupenda!

De cualquier manera, no estaba dispuesto a pasar otra noche en vela para el deleite de mi doncella. A lo mejor los gitanos han acampado en la propiedad de Matthew.

Ningún informe de Londres todavía.

*Anston Hollow*
*8 de abril*

Vivo al lado de un loco.

Fui a visitar a Matthews la noche pasada. Tenía la intención de preguntarle si dejaba que los gitanos acamparan en sus propiedades, pero apenas había empezado a hablar cuando me cortó:

—¿Gitanos, señor Chandler? ¿Qué quiere decir?

—La música de anoche —contesté—. Seguro que la ha escuchado.

Sus ojos reumáticos se agrandaron con una luminosidad amarillenta.

—¿Música? —dijo.

—Sí. De flautas. O pífanos. Un condenado instrumento de viento.

Chilló como un cerdo en el matadero.

—¡Flautas! ¡Ha dicho flautas! ¡Estúpido, ha estado husmeando más allá!

—gritó.

—¡Hable con propiedad, hombre! —dije con aspereza—. ¿Qué quiere decir con eso de husmeando más allá? Tan sólo le he preguntado sobre…

—¡Fuera! —chilló—. ¡Váyase, antes de que lo traiga aquí! ¡Fuera!

Antes de que pudiera hacer nada me empujó hasta la puerta sin atender mis protestas.

Oí que cerraba con llave tras de mí, y luego el sonido de la madera contra la madera mientras colocaba en su lugar la pesada tranca. Me di la vuelta y regresé caminando hacia casa muy enfadado.

La música —y ahora que lo pensaba, se parecía más a la de un caramillo que a la de una flauta— había vuelto a empezar. Podía oírla en los bosques que me circundaban mientras caminaba de vuelta a casa. No parecía provenir de ningún lugar en concreto. El viento era suave, casi en calma. Supongo que por ese motivo la música parecía venir de todas partes: de los bosques, de los pastos sombríos, de las mismísimas copas de los árboles.

Esta noche era más fuerte, más nítido y frenético, más persistente. Más molesto, al fin y al cabo.

Por la mañana me acercaría a la aldea para ver si alguien sabía qué era.

*Anston Hollow*
*9 de abril*

Este asunto está empezando a resultarme insoportable. Anoche, de nuevo, di vueltas y vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño por culpa de esa condenada cacofonía de sonidos aflautados. Por la mañana me levanté con los ojos enrojecidos, cansado, para descubrir que algún estúpido había dejado escapar su rebaño y éste había invadido mi preciosa pradera de césped.

La hierba que con tanto mimo habíamos repoblado estaba ahora aplastada y destrozada con las marcas de huellas de cientos de ovejas. ¡Maldita sea! Después del desayuno voy a ir hasta la aldea y voy a montar un buen número.

*Más tarde*

¿Qué diablos sucede en Cotswold-cum-leigh? Matthews se me ha adelantado y ha extendido alguna clase de embuste por el cual la gente me rehúye.

Nunca suele haber muchos transeúntes en la calle principal de la pequeña aldea. Pero hoy no había absolutamente nadie. Ni tan siquiera un ama de casa comprando. Ni un carretero que guiara a su renuente jamelgo sobre los rugosos adoquines. Ningún golfillo, y Cotswold, en esto sí, es bastante

prolífico a la hora de traer vástagos al mundo.

Fuera donde fuese me topé con puertas y ventanas cerradas, desde cuyo interior unas caras pálidas me espiaban con ansiedad. Las tiendas estaban silenciosas y apenas sin clientes. Sólo la posada parecía tener algún vestigio de su antigua actividad, pero también aquí descubrí una atmósfera gélida, temerosa y vigilante, como si algo fuera a pasar.

Me acerqué a la sala común de la posada para tomar una cerveza y le pregunté al posadero si había visto a Matthews. Me dijo que no. Entonces me interesé por saber si alguien se había quejado por culpa de la música de los gitanos. Por algún extraño motivo, mi pregunta hizo que le embargara un terror mortal. Me sirvió la cerveza con manos temblorosas, se dio la vuelta sin esperar mis dos peniques, y salió corriendo de la habitación.

Tan sólo había otra persona en el recinto. Se trataba del vejete que me había sometido a aquel extraño interrogatorio el primer día que me traslade a mi nueva residencia.

Le trasladé mis preguntas, aunque sólo obtuve vagas respuestas. Sí, había oído la música. Claro que conocía su procedencia, ¿acaso no lo sabía yo también? Y no, no creía necesario decirme qué era lo que la provocaba. ¡Quién iba a saberlo mejor que yo!

Me dirigí a él muy enfadado:

—¡Bueno, escúcheme, viejo, esto ya es demasiado! Juro que no sé nada acerca de esa música, y desde luego no lo que *usted* parece saber. No hay ninguna razón para que piense que…

—Le advertí —graznó— sobre la curiosidad.

—¡Pero, buen Dios! —rugí—. Creo que tengo derecho a ser inquisitivo ahora. No puedo dormir por culpa de la música. Y nadie quiere decirme quién es el responsable de ella. Un rebaño de ovejas ha entrado en mi propiedad y pisoteado mi césped…

—¿Ovejas? —me interrumpió.

—Sí.

Se puso en pie y fue hasta la puerta cojeando. Miró hacia atrás por encima del hombro.

—Debería volver a mirar, forastero —dijo—. Podrían no ser huellas de ovejas. ¿A lo mejor… cabras?

—¡No hay ningún rebaño de cabras en Cotswold! —estallé. Hablaba al aire. Se había ido.

Ahora estoy en mi mesa de trabajo, intentando concentrarme en la novela. Me encuentro estancado en mitad del primer capítulo. Es lo peor que he escrito hasta ahora. Y no me extraña. Apenas puedo concentrarme en mis

pensamientos. Todavía es de día, aún faltan un par de horas para que comience a anochecer, y sin embargo la música ya ha comenzado. Suena lejana y evocadora. Hay algo misterioso en esas tonadas gitanas. Es como si prometieran algo, algo indefinible y, sin embargo, escalofriante. La música sube y baja al suave compás del viento. En cierta manera es atractiva y repelente a un mismo tiempo. Me hace recordar cosas del pasado que sería mejor no volver a rememorar. De placeres exóticos apenas probados pero que es imposible olvidar. De fragmentos de sueños que pululan entre la suave y nebulosa melancolía de la ensoñación.

No me gusta. Es algo que me perturba profundamente.

*Anston Hollow*
*10 de abril*

Las ovejas, cabras, o lo que quiera que sean, volvieron a pisotear mi pradera anoche. Lo sé porque el pobre Dolphin estuvo todo el día de ayer trabajando como un perro para reparar todo el daño de la primera visita.

Es una lástima. Mucho peor, ¡es un crimen!

No debe volver a ocurrir. Voy a poner una cerca alrededor del prado.

Dolphin está preocupado. Cree que Belle no se encuentra muy bien. Al principio se quejó amargamente de ser recluida en el campo, lejos del bullicio y el trajín de Londres. Ahora se ha vuelto una persona taciturna, deprimida y sensible. Dolphin tienen miedo de que haga alguna tontería, de que huya de aquí.

Martha también está nerviosa. Tiene marcas bajo los ojos. Me temo que esa música nocturna nos está volviendo neuróticos.

¿Por qué me quejo de todo esto cuando en el exterior el mundo despierta con la primavera? Las flores tempraneras están en plena floración, los árboles comienzan a llenarse de capullos y se les ve magníficos con un fresco color amarillo verdoso. La brisa susurra que la primavera al fin ha llegado, que el sueño profundo del invierno toca a su fin. El aliento del sol parece más cálido, las mañanas son más brillantes y una fragancia delicada se desprende de todas las cosas en crecimiento. Incluso la melodía aflautada y distante parece ser parte de toda esta hermosura.

Siento un deseo casi pagano de dejarme llevar por la naturaleza. Quitarme las ropas, dar vueltas y vueltas sobre la hierba fresca, sentir, abrazar, besar la verde tierra.

*Anston Hollow*
*12 de abril*

Día lleno de decepciones.

Por la mañana llegó un correo de Londres con el resultado de los análisis. La muestra de agua del pozo es bastante pura, pero no llega a ser potable. Su contenido en sulfuros es muy alto. Lo he sentido mucho.

Pero no he perdido la esperanza. Tiene que haber un error en alguna parte, jamás he oído hablar de depósitos de sulfuro en esta zona de Inglaterra. Mi enciclopedia así lo afirma. He tomado otra nueva muestra y voy a enviársela a otro químico.

Dolphin y Martha han recibido un golpe aún más fuerte que el mío. Durante los últimos días, Belle se había comportado de una manera muy taciturna. Cuando nos levantamos esta mañana descubrimos que se había marchado, seguramente de vuelta a Londres.

Nos resulta imposible saber cómo o cuándo se fue. Tiene que haber sido durante la noche. La vida de Londres era demasiado atractiva para ella. Ni tan siquiera se llevó la maleta, tan sólo las ropas que llevaba puestas. Dolphin cree que piensa quedarse con su tía Cora, en Kensington. He escrito a su tía esta mañana, a petición del propio Dolphin, para que se ponga en contacto con nosotros en cuanto llegue.

Dolphin está deshecho, y muy avergonzado también. Le he dicho que no se preocupara tanto.

Podemos arreglárnoslas sin Belle y si ella está feliz en la ciudad, será mejor que se quede allí.

La tercera desilusión ha sido la incapacidad de la nueva cerca para mantener a las ovejas nocturnas fuera del prado. Mi otrora precioso césped está hecho una pena. Ovejas o cabras, tengo que acabar con esto de una vez por todas. Mañana por la noche, Dolphin y yo comenzaremos a relevarnos en la vigilancia de la propiedad. Unos cuantos disparos certeros desalentarán al insistente rebaño, creo.

*Anston Hollow*
*13 de abril*

La música nocturna parece sonar más cerca de la casa. Dolphin y yo vamos a descubrir dónde están los intrusos y si, por casualidad, han invadido mis tierras.

No han llegado noticias de Londres con respecto a Belle.

*Anston Hollow*
*14 de abril*

¡Hemos encontrado a Belle!

Después de todo no se fue a Londres. No se marchó por una razón muy simple. ¡La pobre muchacha está muerta!

Es mejor que empiece desde el principio. Anoche, Dolphin y yo estuvimos de guardia para asustar al rebaño que se dedicaba a pastar en mi pradera. Acordamos que yo haría el primer turno de 10 a 1 y que Dolphin me relevaría después.

No sucedió nada durante mi «guardia». Permanecí con la escopeta sobre las rodillas y la linterna preparada por si podía sorprender al rebaño vagabundo. La noche era agradablemente cálida. La música de los bosques —resultaba extraño que no pudiera determinar la dirección exacta de donde procedía— sonaba más alta, más vertiginosa de lo que nunca había sido antes.

Me enfurecía y, sin embargo, al mismo tiempo, me hechizaba y parecía llamarme.

Pero no sucedió nada. A la una en punto, Dolphin me relevó y yo me fui a la cama.

Tres horas después me desperté bruscamente. El restallar de un disparo me hizo recuperar la conciencia; Dolphin emitió un grito de furia desde el porche. Salté de la cama, me vestí a toda prisa y salí corriendo de la habitación. Josh perseguía inútilmente por la pradera una figura difusa y oscura que apenas pude distinguir.

Corrí detrás de él, sin darme mucha cuenta, en mi excitación, de que la música imperecedera había cesado, de que una calma espeluznante reinaba sobre Anston Hollow. Soy más rápido que Dolphin. Él tiene que estar agradecido por ello. Le cogí justo en el borde del precipicio de la cantera. Uno o dos pasos más y se hubiera caído de cabeza en las profundidades de aquel agujero lleno de escombros.

Le sujeté por el hombro y me puse a su lado.

—¡Mira por dónde andas, tonto! —le grité—. ¿No veías adónde te dirigías?

Entonces lo vio y empezó a temblar. La expresión de rabia desapareció de su rostro y fue reemplazada por otra de súbito terror.

—¡Por Dios! —musitó—. ¡Por Dios! No lo había visto, señor Peter. Muy agradecido —y luego, otra vez enfurecido—: Ni tan siquiera he logrado tocar la cosa, ¿verdad?

—Evidentemente no —dije—. ¿La cosa? ¿Qué era? ¿Una oveja? ¿Una cabra? ¿Sólo había una?

—No, señor. Había más de una, pero la que yo perseguía parecía ser la jefa del grupo. Tenía una apariencia… —me miró con cierto temor— algo humana, señor Peter.

—Eso es ridículo —gruñí—. No podías ver bien en la oscuridad. Pero

¿adónde ha ido? Tiene que estar por aquí cerca…

Iluminé el agujero con mi linterna, recorriendo todos sus lados. No descubrí nada. Entonces…

—¡Aquí, señor! —gritó Dolphin—. ¡Ilumine un poco más! Allí… ¿qué es eso?

Ya lo había visto. Aparte suavemente la luz y le dije:

—Dolphin, tal vez es mejor que regrese…

Pero él también había visto la figura tendida en la base del precipicio. Me agarró el brazo con nerviosismo.

—¡Belle! —se atragantó—. ¡Por Dios, señor! ¡Es Belle!

No podía consolarle tan sólo con palabras. Una línea de color salmón apareció por el horizonte oriental. La aurora.

—Voy a bajar —le dije con suavidad—. ¿Quieres acompañarme?

Bajamos por la cuesta, teniendo cuidado de no seguir el mismo destino de la desafortunada muchacha. Me atormentaba pensar que había estado allí mucho tiempo… quizás horas… gritando desesperadamente sin que nadie pudiera oírla. Pero cuando llegamos a su lado, este asunto dejó de preocuparme.

—No ha sufrido, Dolphin —dije—. Ha fallecido instantáneamente.

Apenas era un consuelo, pero era todo lo que podía decir. Su cuerpo estaba magullado, destrozado, roto por un montón de sitios. Uno de sus brazos estaba echado sobre los ojos, como si en el último y terrible instante, mientras se sentía caer sin remedio, hubiera intentado borrar de su vista aquellas rocas afiladas.

El cuerpo estaba medio inmerso en uno de aquellos charcos de agua estancada. Si no hubiera muerto de inmediato se habría ahogado. Pero no había transcurrido el tiempo necesario para que así fuera. Su rostro era una máscara gélida de espanto, como si supiera que su muerte resultaba inevitable. No había rastros de la tranquila resignación que se suele apreciar en el semblante de los abogados.

Dolphin cayó, lloriqueante, sobre su cuerpo. Se lamentaba una y otra vez, con el corazón destrozado.

—¡Mi hija! ¡Belle! Y yo estaba enfadado con ella. Dios me perdone…

Le aparté con delicadeza.

—Vamos —dije—. Debemos dejarla aquí hasta que lleguen las autoridades.

Se puso en pie a duras penas. Cuando empezamos a subir la cuesta se volvió hacia atrás.

—¡Ay! Dejarla así. Amaba las flores. Es una tumba adecuada para ella.

Apenas me había dado cuenta antes. Ahora descubrí que, en el sitio donde yacía, cubriendo el fondo de la cantera caliza, había una jungla de flores y

capullos. Unas flores enormes, cremosas y blancas con el corazón escarlata, que se agitaban y ondulaban bajo la suave brisa del amanecer. Algo en ellas me recordaba a Belle. Su piel suave y pálida era del mismo color que los pétalos, sus labios sonrientes tan escarlata como el corazón. Sus pequeños e impertinentes pasos como la danza impúdica de las propias flores…

*Más tarde*

Nunca he visto a una mujer tan destrozada por la pena como la madre de Belle. Dolphin no tenía el valor suficiente para decirle a su mujer que su hija había muerto, así que me pidió que lo hiciera yo mismo. Se lo dije con toda la delicadeza posible. Sus ojos se dilataron pero no pronunció ni una sola palabra. Durante unos instantes pareció mirarme, atravesar mi cuerpo, como si escuchara a alguien que le hablara desde una infinidad de kilómetros. El hielo de apoderó de sus ojos. Dio media vuelta y se alejó sin decir palabra.

Tengo la esperanza de que el tiempo pueda mitigar su dolor. Aún es joven y atractiva. Incluso conserva una bonita figura. La vida puede reportarle muchas cosas, si esta desgracia no consigue destruir todo su significado…

*Más tarde*

No parece suficiente que mi trabajo sea perturbado por la tragedia. ¡También tengo que soportar la charla estrafalaria de alguien que, por virtud de su cargo y hábitos, debería ser más respetable!

Primero vino el agente de la policía, que inspeccionó el cuerpo de Belle y certificó que había muerto por accidente. La habían traído hasta la casa. Una hora después llegó el sacerdote de la aldea para administrarle los últimos sacramentos.

Cuando terminó se reunió conmigo en la biblioteca. Le di la bienvenida. No podía trabajar… no después de todo lo que había visto.

—Hijo —empezó a hablar tan pronto como estuvimos a solas—, he venido para darle un serio consejo.

—Dígame, padre.

—Le aconsejo —dijo con gravedad— que haga las maletas y abandone Anston Hollow inmediatamente.

Fui incapaz de ver ninguna lógica en sus palabras.

—Seguramente usted no pensará que los aldeanos me vayan a hacer responsable de la muerte de Belle Dolphin, ¿verdad, padre? —dije—. No le entiendo.

—A veces, yo tampoco me entiendo del todo a mí mismo, hijo. No, no eres responsable de la muerte de la muchacha. No en el sentido habitual. Pero en otro más oculto quizás sí lo seas.

—¿Qué quiere decir?

Hacía pausas entre párrafo y párrafo, eligiendo las palabras con sumo cuidado. La luz del sol, que entraba por la ventana, hacía brillar su rostro con

una luz extraña. Como si estuviera sumido en profundas reflexiones, dijo:

—Esta casa no es buen lugar para vivir, hijo. En Anston Hollow actúan unas fuerzas siniestras.

Fuerzas siniestras. Sus palabras sonaban como las advertencias de Brannock y la cháchara del viejo en la posada. Entonces me acordé de lo que había descubierto.

—Es posible que haya algo de verdad en lo que dice, padre. Si los viejos pecados pueden hacer que una casa sea maligna, aquí hubo actos viles. He encontrado pruebas de un asesinato en el salón. Cuénteme algo sobre el asunto. ¿Quién lo hizo? ¿Cuándo fue?

—Sucedió hace muchos, muchos años. Antes de que nacieras, antes aún de que naciera tu padre. Pero la aldea no lo ha olvidado —me miró de manera extraña—. Yo tampoco había nacido, hijo. Pero he leído los… registros. ¡Y se dice que no fue cometido por una *persona*, sino por… algo del Exterior!

—Algo del… —me detuve, confundido—. Discúlpeme, padre, pero me extraña que *usted*, un hombre de la Iglesia, se atreva a reconocer la existencia de fuerzas sobrenaturales. ¡Usted, que cree en un Dios supremo y bondadoso!

—Un Dios bondadoso, sí. Pero que también piensa que el hombre es estúpido al no reconocer la existencia de otros dioses, menos amables, que gobernaron antes sobre la tierra…

Sé que parecía conmocionado. Exclamé:

—¡Padre!

—Soy un hombre viejo, hijo mío. Mis conocimientos no son muy vastos. Quizás pronto aprenda la verdad de estos misterios. Pero sí sé esto: que incluso Dios tiene enemigos. La fe, la luz y la verdad han barrido a muchos de ellos de la tierra. Pero aún hay puertas… —me miró con ojos sombríos—. Puertas que se pueden cruzar, si están abiertas.

»Hace años una de esas puertas se abrió aquí, en Anston Hollow. Un dios, uno muy maligno cuyo nombre no quiero ni pronunciar, atravesó el umbral para reclamar sus territorios. Y me temo que ahora, de nuevo, la puerta ha vuelto a abrirse».

Me incorporé de un salto.

—¡Esta conversación es de locos! —rugí—. No había ninguna puerta condenada ni ninguna ventana enladrillada cuando me trasladó a Anston Hollow. No he abierto ninguna «puerta». Todo esto forma parte de una conspiración para alejarme de Cotswold porque soy americano. Un extranjero. Me avergüenzo de usted, padre. Ha traicionado a sus hábitos. ¡Que tenga un buen día!

Se levantó con resignación.

—Está bien, hijo mío. Queda en paz.

Se fue. Gracias a Dios. Ahora estoy escribiendo todo esto muy indignado.

Con gusto le mandaría una nota al obispo, contándole la clase de sacerdote de tres al cuarto que tienen en esta parroquia. Los hombres como él son una desgracia para la Iglesia…

*Anston Hollow*
*Medianoche*

Me he tomado dos pastillas para dormir y ahora estoy esperando a que me hagan efecto. Mientras tanto, escribiré un poco.

Es medianoche, y en el exterior la luna está cubierta por tenues nubes que desfilan sobre su triste superficie como dedos fantasmales. El sosegado aire nocturno está lleno de misterio, una sensación indefinible de espanto. Supongo que es porque, a pesar de ser un hombre civilizado, no puedo olvidar que en la casa hay un cadáver.

¿Por qué será que nosotros, los vivos, tenemos tanto miedo de los inofensivos muertos? Tan fina es la línea que separa el Ser del No-ser. Reímos, besamos, hablamos, amamos y somos amados. Y entonces se produce un acceso de dolor, un desgarro, la rotura del hilo plateado. El rostro del que amamos empalidece, su cuerpo se torna rígido. Algo huye de la carne… y otra cosa, nueva, extraña y terrible, se apodera de aquel receptáculo ahora vacío…

¡Dios! ¡Estoy bostezando! Pronto me iré a dormir. Dormiré y olvidaré esa maldita melodía de flautas que se arrastra entre los bosques y prados con interminable insistencia.

Hay una nota extraña y nueva en la música de esta noche. Un sonido semejante al de una voz humana, que se eleva con una mezcla de angustia y éxtasis. La muerte de la pobre Belle me ha afectado más de lo que pensaba. Es como si las flautas hubiesen robado su voz… como si fuera ella la que canta esa melancólica melodía que llena la noche…

Estoy demasiado cansado para seguir escribiendo. Ahora debo dormir…

*Anston Hollow*
*16 de abril*

¡Me lo temía!

Martha está desquiciada por la trágica muerte de su hija. O eso es lo que nos tememos. Dolphin me despertó por la mañana, petrificado por el horror. Por la noche no había oído nada, pero Martha se había marchado.

La buscamos. No la encontramos por ningún sitio, pero descubrimos algunas evidencias en un lugar en el que sí había estado. La cantera en el que

habíamos encontrado el cuerpo destrozado de Belle. Allí encontramos el pañuelo y los zapatos de Martha. Huellas de sus pies y manos. Y…

¡Las flores, aquellas flores tan hermosas y raras que la naturaleza había sembrado generosamente alrededor del cuerpo de Belle, estaban rotas! Los capullos marchitos yacían retorcidos sobre el suelo. Los tallos secos estaban mustios. Aquellos pedúnculos recios y finos que con tanto orgullo mostraban las flores, habían sido cortados.

Es algo espantoso. Una mujer demente, sin zapatos y medio vestida (encontramos su falda en la base de la cantera) está vagabundeando sin rumbo por la región, con un ramo de flores mustias en las manos. He pedido a la policía que la busquen y que la traten con la mayor amabilidad cuando la encuentren.

*Anston Hollow*
*16 de abril*

Han encontrado a Martha. Su cuerpo, mejor dicho. Pues el alma de la pobre Martha ha ido en busca de su hija al más allá.

El grupo de búsqueda la encontró en los bosques que hay más allá de la casa. Quizás es mejor que esté muerta, pues se había vuelto completamente loca. Se había quitado toda la ropa y, cuando la encontraron, yacía boca abajo en medio de un fragante cúmulo de flores primaverales, como si intentara sentir en sus pechos la calidez de la tierra en su último y triste adiós.

La causa de su muerte es incierta. Tenía arañazos en el cuello y los pechos, y un gesto atormentado en los labios. Cerca de uno de sus pies había un trozo de madera desgajada; tenía una contusión amoratada en la frente. El agente sugirió que, en su delirio, debía de haber resbalado con la estaca de madera y, al caer, se produjo las heridas internas que le causaron la muerte.

No lo sabemos. Van a hacerle la autopsia. Mientras tanto, le he aconsejado a Dolphin que vuelva a Londres y que intente olvidar estos horribles acontecimientos. Su dolor es demasiado grande. Se negó violentamente ante la sugerencia de retornar a Londres, y juró que no lo haría mientras amenazaba con el puño a los árboles, los bosques y el cielo.

—¡La Cosa las ha matado! —gritó colérico—. Ahora lo veo claro. La música… las huellas… las flores…

Le tranquilicé como buenamente pude. Sabía cómo se sentía. Esa música eterna ha llegado a convertirse en algo insoportable. Y las ovejas… o cabras… Pero no debería extender su rabia a otras cosas inevitables como…

¿Las flores? Es curioso que ambas mujeres fueran encontradas en medio de un montón de flores, ¿no es cierto? ¡Pero no! Se trata de una simple coincidencia. Las flores no eran del mismo tipo. Las que rodeaban a Martha

eran más carnosas, doradas y grandes. Maduras, con un aspecto robusto.

Como la propia Martha.

*Anston Hollow*
*7 p. m.*

Josh ha tomado mi escopeta y se ha internado en los bosques. No sé cuáles son sus intenciones. Tengo miedo por él.

*Más tarde*

¡Si pudiera *hacer* algo! Estoy aquí sentando, esperando pensativo. El sonido de la flauta es más fuerte hoy. Cada vez se hace más embriagador, más venenoso, mientras el crepúsculo da paso a la oscuridad y las sombras falsas del atardecer son reemplazadas por la luminosidad plateada de la luna.

Me pregunto si Josh…

¿Qué ha sido eso? ¿Un disparo?

¡Tengo que averiguarlo! Como le haya ocurrido algo a Josh…

*Anston Hollow*
*17de abril*

Estoy empezando a verlo claro. Josh tenía razón. No supe entenderle cuando dijo que todo estaba relacionado: la música, las huellas, las flores…

¡Esos gitanos! Estén donde estén —no he sido capaz de localizar su campamento— son los únicos responsables de las muertes de Belle y Martha. ¡Y ahora… Josh!

Anoche oí un disparo. Salí corriendo hacia donde había sonado, con un revólver en la mano. Encontré a Josh —o lo que quedaba de él— en los bosques, a menos de doscientos metros de donde habíamos encontrado el cuerpo de Martha.

¡Fue horrible! Le habían golpeado hasta la muerte. Estaba, literalmente, reducido a un amasijo de pulpa. Como si un monstruo enorme y demoníaco le hubiera estado pisoteando deliberadamente con sus terribles pezuñas. Incluso su rostro era una máscara sanguinolenta e irreconocible.

Pero aún sujetaba en una mano mi escopeta, de la que tan sólo había salido un disparo. Pero no se trataba de ningún monstruo. Fueron los gitanos. Sé que estoy en lo cierto. ¿Quién más puede tocar, tocar y tocar esa triste melodía tarde tras tarde y noche tras noche? ¿Quién más puede tener rebaños desconocidos de entre los granjeros del lugar? ¿Quién más podría ser tan sádico y burlón como para arrojar los cuerpos de las mujeres que ha violentado y del hombre asesinado brutalmente en medio de un paraje

hermoso y bello? Pues también el cuerpo de Dolphin yacía entre las flores. Helechos recios y resistentes, dispuestos en una especie de formación militar…

¿Militar?

¡Ya basta! Ahora lo sé. Voy a ir a la aldea y hacer que busquen a esos criminales; pagarán por su vileza.

*Más tarde*

¿Qué sucede? ¿Soy la única persona viva en la desierta aldea?

Al poco de escribir la última anotación caminé hasta Cotswold-cum-leigh. Y… ¡no había nadie! Es un pueblo fantasma. Las puertas están cerradas, con los candados y las trancas echadas; mis pasos producían ecos sobre el adoquinado. No había ningún ser viviente a la vista. Tan sólo algunos gatos y perros vagabundos que se apartaban de mí en seguida, inquietos, como si los persiguiera.

Ningún pájaro trinaba desde los alerces, ninguna res pastaba en los prados. Hay signos de una huida precipitada. Huellas de carromatos en las callejuelas, restos de ropas y trapos arrojados al suelo, como si alguien se hubiera desprendido de ellos en su precipitada huida.

Intenté encontrar un teléfono. Pero no está bien forzar las puertas de las casas. Así que he regresado a Anston Hollow, y me pregunto… me pregunto…

Algo extraño va a suceder. Ya sé por qué no hay ningún animal en Cotswold. Todos se encuentran aquí, en mis campos. Vacas, ovejas, gallinas… incluso los moradores habituales del bosque parecen haber elegido estos parajes como su lugar de encuentro para alguna especie de ceremonia demencial.

En el camino de vuelta a casa me crucé con un hermoso cervatillo de ojos dulces y patas estilizadas, lleno de moras pardas y marrones. No se asustó ni un ápice. Ni tan siquiera se percató de mi presencia. Caminaba lentamente, como hipnotizado, fascinado por los bosques que se extienden en las cercanías de mi propiedad.

También había comadrejas. Conejos, ardillas, ratones. Y todos se dirigían, como atraídos por un imán, hacia el mismo sitio. Una especie de *Sabbath* secreto para bestias…

¡Escucho pasos en el exterior! Casi grité de alegría al oírlos. Se trata del párroco que, con la cabeza inclinada, se aproxima por el caminito de grava. Entonces, no estoy solo… no estoy solo…

Tengo que controlar mis emociones antes de que llegue. La música… esa sempiterna, melancólica, seductora y diabólica música… se ha introducido en

mi cerebro como el canto suave y atrayente de las sirena. Y —he de confesarlo— tengo miedo. Mucho miedo.

Ha llamado a la puerta. Tengo que abrirle…

*Más tarde*

¡No debería escribir esto!

Si alguien lo encuentra sería mi ruina. Más adelante, cuando todo esta locura esté olvidada, mis propias palabras me destruirán…

¿Destruirme? Ya estoy acabado. Ahora ya no importa lo que escriba. Tengo que contar todo lo que ha pasado…

El párroco llegó con una advertencia. Pero esta vez trajo pruebas. Cartas. Datos. Restos de un viejo diario destrozado, como en el que yo estoy escribiendo ahora. Tras saludarme me lo entregó en silencio. Tan sólo dijo:

—Léalo, hijo mío.

Lo leí. Y supe el porqué de todo lo acontecido. Me volví hacia él con ojos espantados.

—¿Es posible que todo esto sea… sea verdad? —apenas pude preguntar.

Él asintió lentamente.

—Todo es cierto, hijo. Nos enfrentamos al mal, a un diabólico mal de los tiempos pasados. Tú has abierto la puerta que libera al… Único —se persignó piadosamente—. Hay que volver a cerrarla, antes de que la región caiga bajo las atronadoras pezuñas del Maligno.

—¡Pero no hay ninguna puerta, padre! —grité—. Se lo juro, no he abierto…

Entonces abrí mucho los ojos. Con dedos temblorosos revolví en mi escritorio en busca de la carta. Por fin la vi. Se trataba de la contestación del químico londinense.

—¡Claro! ¡Ahora me doy cuenta! ¡Sí *hay* una puerta! ¡Dolphin y yo la abrimos! ¡El pozo!

—¿El pozo?

—En los bosques. Vamos…

Salimos juntos de la casa, cruzamos el prado y entramos en la fría serenidad de los bosques. Aún había mucha luz, pero el sol se iba tornando poco a poco de un color más rojizo, como una especie de rubí que se mantenía en el cielo antes de que la oscuridad nocturna se adueñase de todo. Las copas de los árboles se estremecían y lamentaban sobre nuestras cabezas. Unas pisadas tenues sonaron a nuestro alrededor. Entre las ramas parecían producirse unos extraños silbidos. Un perro vagabundo pasó delante de nosotros sin darse cuenta, atraído por la interminable melodía de flautas que sonaba en los bosques lejanos.

Llegamos al pozo. Le indique dónde estaba.

—Aquí —grité—. Aquí está la puerta. Dolphin y yo lo abrimos sin saber nada. Y ahora ha permitido a esa Cosa entrar en nuestro mundo. Él…

—¡No pronuncie Su nombre! —chilló el párroco, y luego, con más delicadeza—. Si no hubiera pasado nada, podríamos decir Su nombre sin temor, hijo mío. Pero aquí, en Su santuario —sacudió la cabeza—… es mejor negarle por completo. Vamos, empecemos a trabajar.

Se agachó, poniéndose manos a la obra. Se trataba de un anciano, arrugado por la edad, pero su amor por el bien era fuerte. Me ayudó a colocar la tapa de hierro sobre la boca de la Puerta. Casi la habíamos corrido hasta la mitad cuando paramos para descansar un poco…

No sé qué tipo de locura se apoderó de mí. Lo único que recuerdo es que el sol empezaba a ocultarse detrás de las colinas y que la oscuridad se apoderaba rápidamente del bosque como una sombra fantasmal. Y la música de la flauta, que antes sonaba más lejana, comenzó a aproximarse. Cada vez estaba más y más cerca, hasta que la tonada demencial sonó en el interior de mi cabeza, corriendo por mis venas con una efervescencia alocada.

Sentí un deseo irreprimible de dejar de trabajar; no sólo entonces, sino para siempre. Una voz terrible y seductora no dejaba de repetir en mi interior:

—Descansa. Descansa y juega. La Civilización es falsa. Sólo los bosques, los árboles y las flores tienen valor. Juega. Juega sin preocuparte de nada, por siempre, como los animales y las aves. Despréndete de esas ropas sofocantes y…

Empecé a ir más despacio hasta que me paré del todo. El bondadoso párroco se dio cuenta. También él dejó de trabajar. Me miró, con una expresión preocupada y temerosa reflejada en sus ojos. No era miedo *de* mí, ¡sino *por* mí! Suavemente dijo:

—Hijo mío…

Pero entonces estaba un poco mejor. Forcé una sonrisa y le dije:

—Estoy bien, padre. Sólo me he mareado un poco…

Volví a inclinarme, mirándole de reojo.

También él volvió al trabajo, agarrando la tapa metálica que cerraría de nuevo la Puerta. Cogí una pesada piedra. No se dio cuenta de que la estaba levantando por encima de su cabeza…

¡Pero yo no podía! Era como si una fuerza superior se hubiera apoderado de mis manos. Unas suaves campanillas sonaban en mis oídos, aquella voz demoníaca susurró:

—¡La cruz!

¡Ah, pero yo era más listo! Dejé la piedra y le pedí al párroco que se diera la vuelta. Cuando así lo hizo yo ya estaba de rodillas.

—No puedo hacer esto con las manos sucias —le dije—. He pecado,

padre. Absuélvame y así podré encerrar toda esta maldad con el alma en paz.

—Tenemos que darnos prisa, hijo —me rogó—. La oscuridad está cayendo. Debemos acabar la tarea antes de que…

—¡Absuélvame primero! —grité—. ¡Perdóneme! Estoy aquí, de rodillas ante usted. Deje que tome esa cruz con mis manos…

Sonrió pacientemente mientras se quitaba el crucifijo del cuello.

—Está bien, hijo mío. En el Nombre de…

Había llegado el momento. Con el crucifijo en el puño, levanté la roca y le golpeé. Y volví a golpearle. Una y otra vez. Sus ojos se encontraron con los míos antes de morir. No había ninguna censura en su mirada. Ningún reproche. Solamente pena y una profunda piedad…

Algo quemó la palma de mi mano como si allí ardieran todos los fuegos del infierno. Tiré el crucifijo al suelo, aullando de dolor. Pero no dejó ninguna marca. El sonido de la flauta se hizo más y más fuerte, como si estuviera sobre mí, dentro de mí. Formaba parte de mí mismo. Me reí alocadamente… como un demente…

¡Hace ocho horas! Eso sucedió hace ocho horas. Pero parece que hubieran pasado ocho siglos… ocho eones.

¿Cuántas vidas he vivido desde entonces? He sido la ofrenda de todos los mortales. He sido compañero de los prados, amigo y confidente de los árboles.

He vagabundeado por jardines y bosques, tan desnudo como cuando vine al mundo. He escuchado el murmullo cantarín de los arroyos y he entendido su mensaje.

He hablado con las aves, escuchado la risa vertiginosa de los cervatillos, los zorros y los topos.

He sentido la Naturaleza como un todo, la he amado, la he entendido, he sido parte de ella. He abrazado con mi cuerpo jadeante el seno de la tierra, he sentido sus frescos y verdes labios respondiendo a mi beso con la misma pasión. Todo eso y mucho más. He descubierto el místico significado de las flautas, he danzado al son de sus notas amargas y dulces…

Pero hay que pagar un precio.

Ahora estoy en el salón de Anston Hollow, esperando. Hay un precio que pagar.

Ya sé quién es. Sé quién atravesó la Puerta cuando Dolphin y yo —¿hace cuántos siglos?— la abrimos.

Y conozco sus métodos. Sólo hay una manera de pagar para aquellos que le han servido. Una noche de conocimiento y desenfreno. Y luego…

Era Syrinx, siglos atrás. También ella cayó ante los juncos musicales con

los cuales podría atraer a su próximo amante. Fue Belle. Aquellas flores sin tallo… la melodía nueva y limpia de las flautas a la noche siguiente…

Para las mujeres… la inmortalidad de un sonido dulce y ciego. Para los hombres que ven su rostro… la muerte. Dolphin le miró y falleció. Siglos antes, otro propietario de Anston Hollow contempló su rostro. Y en el suelo han quedado las marcas de…

¡Alto! ¿Sonido de pasos? Sí. Así es. ¡Ya viene! Puedo sentir su presencia en mis propios huesos, en las venas, en la sangre. La música seductora e interminable de su caramillo se acerca. Me estremezco, no sé si de miedo o regocijo. Le espero aquí, respetuoso, agachado, dispuesto. El repiquetear de sus pezuñas ya está más cerca…

El aire está cargado del perfume embriagador de miles de flores. El verde aroma de la primavera, la fresca promesa de un verano esplendoroso, la dulce sequedad del cálido otoño. Y, por encima de todo, el mohoso hedor de la bestia. La tosca, velluda esencia de la cabra.

Cerca. Más cerca. Las flautas suenan demenciales en mi cerebro. Mi pulso se acelera, el corazón se me desboca como el agua de una fuente que sale a borbotones, como el arroyo que baja de las montañas. La enorme puerta de roble se ha abierto. Un fuerte soplo de brisa que viene del exterior estremece los poros de mi piel y transmite a mi cuerpo desnudo todo tipo de horrores. Alzo la cabeza. Levanto la mirada lentamente, aterrorizado…

¡Es él! Veo sus pezuñas, sus grotescas, negras, increíblemente delgadas patas, sus muslos apelmazados. Me tiemblan las manos. No puede seguir escribiendo. ¡Está aquí! Mis ojos recorren su vientre, su pecho, hasta llegar a ese rostro menudo pegado para siempre a un demencial caramillo…

¡Esa barba escuálida! ¡Esas manos! ¡Ese rostro afilado de ojos danzarines! ¡Mi señor… Pan! *¡Pan!*

¡Aquí viene! Sus pezuñas de cabra se alzan. Esas pezuñas son como una M de acero… con los bordes redondeados. ¡No, señor… no! *A, culpe mea…*

*¡Pan!*

*Consulado de Estados Unidos, Londres*

30 de abril

David Brannock, Esq.,
C/o Club de Autores,
Nueva York, N. Y.

Querido señor Brannock:

Adjunto le remitimos el diario de Peter Chandler, cuya extraña muerte nos ha pedido que investigáramos.

Después de leer atentamente este extraño manuscrito se dará cuenta de que el señor Chandler se hallaba en un estado, como así lo ha constatado la investigación judicial, de irremisible locura. Las autoridades policiales están convencidas de que fue él mismo quien, bajo los influjos de ciertos ataques criminales, no sólo asesinó al párroco Jeremy de Cotswold, como él mismo ha confesado, sino también a los tres sirvientes de su propiedad.

Lo único que aún está confuso en todo este caso es el hecho de que el propio señor Chandler jamás podría haberse autolesionado ni causado las heridas que aparecieron en su cuerpo. Y no sólo está destrozado y lleno de arañazos, sino que también se encontraron unas pequeñas marcas con la forma de una «M» redondeada por toda su piel y en la sangre que había en el suelo.

La policía, ante la insistencia de los aterrorizados aldeanos, ha clausurado el «pozo» que tanto obsesionaba al señor Chandler. También se ha cerrado la investigación, pero si dispusiera de alguna nueva información se la haré llegar con gusto.

Sinceramente suyo
T.R. Elliot
Subsecretario, Consulado de EE. UU.

# VINCENT STARRETT

# [1886-1974]

«Le vi por primera vez en los pasillos abarrotados de la Librería Argus, luego en Deadborn Street, Chicago, lugar en el que más tarde me he encontrado con muchos otros literatos. Ben Abramson, un hombre tremendamente espléndido, el súmmum de cualquier librero, nos presentó y dejó que trabáramos amistad. Starrett era un autor distinguido que había escrito muchos libros y un periodista que narraba coloristas aventuras, mientras que yo era el autor de un puñado de historias policíacas y de terror; y, sin embargo, su entusiasmo e interés no habría sido menor que si le hubieran presentado al actual Premio Nobel de Literatura, y llenaba la librería de Ben Abramson con un aura que para mí nunca ha perdido». Así describía August Derleth su encuentro con Vincent Starrett en mi memoria biográfica, *The Last Bookman*, que data de 1968.

El año de su encuentro fue 1932. Poco después empezaron una correspondencia en la cual el joven Derleth, ávido por conseguir los libros y la obra de los autores que Starrett citaba en *Buried Caesar*; (1923), le solicitaba información sobre cómo conseguirlos. La mayoría de sus primeras cartas se han perdido en el tiempo; no debían de haber sido muchas, ya que Starrett fue famoso por su escasa correspondencia. Pero ambos personajes se encontraban de vez en cuando para cenar en el Chicago' Cliff Dwellers' Club, en donde Starrett presentó a Derleth a muchos escritores y periodistas.

Recordando sus reuniones celebradas durante los años cuarenta y cincuenta, Derleth prosigue: «[Starrett] siempre se encontraba a sus anchas cuando estábamos alrededor de una mesa hablando de libros y escritores, de personajes (literarios y de los otros) y del arte que suponía darles vida en las páginas impresas, de todo lo que rodeaba a la literatura y de todas aquellas materias relacionadas con el tema de las que Vincent Starrett parecía realmente bien informado. Podía hacer sentir a uno, al relatar todas sus peripecias como reportero, escritor y bibliófilo, que la vida literaria era infinitamente atractiva, y no necesariamente en el sentido estrictamente económico, ya que, como la mayoría de los verdaderos hombres de letras, pensaba que el dinero no era lo más importante… Si no hubiera estado ya convencido sobre este tema cuando le vi por primera vez, seguramente me habría decantado por este tipo de vida por el simple hecho de conocer a Starrett».

Ambos escritores perdieron el contacto en 1935. Feliz por la venta de su novela de misterio *The Great Hotel Murder* al editor Covici-Friede y a la revista *Redbook* para que la publicara por capítulos, al igual que los derechos cinematográficos a la

20th Century Fox, Starrett y Rachel Latimer, su compañera durante diez años, salieron de Los Ángeles para dar la vuelta al mundo. La pareja residió en Japón durante un mes entero, y su habitación fue registrada por agentes de la policía casi a diario. Luego tomaron un barco de vapor a Shanghai, China, desde donde se dirigieron en un abarrotado tren hasta Pekín. Durante los siguientes quince meses Pekín se convirtió en el lugar de residencia de los Starrett. Allí alquilaron una casa y contrataron a dos sirvientes, visitaron los templos lejanos que miraban sobre la Ciudad Prohibida y se mezclaron con las comunidades americana y británica que moraban allí. Se encontraron con el explorador Owen Lattimore, con el actor Warner Oland, que encarnaba al detective chino Charlie Chan en las películas, iniciaron una larga amistad con Lin Yutang, escritor chinoamericano, y con otros viajeros circunstanciales. Starrett se dedicaba a la caza de libros, escribió algunos artículos destacados sobre las culturas china y japonesa, y empezó a trabajar en su última, y más destacada, novela de misterio: *The Laughing Buddha*.

A principios de 1937, cansado de padecer de disentería y malaria una y otra vez, y preocupado porque los bombardeos de los japoneses cada vez eran más frecuentes y cercanos, Starrett decidió que era hora de volver. Como ya habían pagado su viaje alrededor del mundo en la Dollar Line Cruises, se embarcaron para Malasia y el subcontinente indio, y después pasaron por Roma, París y Londres. Regresaron a Chicago en agosto de 1937, dos años después de que iniciaran el viaje, cargados con cajones llenos de libros, recuerdos, y un buen montón de páginas manuscritas, que pronto encontraron salida en las revistas y en cuatro libros.

Starrett nació en el piso de arriba de la librería de su abuelo el 26 de noviembre de 1886, en Toronto; hecho que él siempre consideró premonitorio de su futura afición. A finales de los noventa del siglo XIX, su padre se trasladó con la creciente familia, que ya contaba cuatro hijos, a Chicago, con la esperanza de encontrar un empleo mejor remunerado. Starrett no fue buen estudiante en el colegio, siempre tenía la mente puesta en la colección de libros que había comenzado en Toronto. Era un lector ávido de historias de misterio y aventuras históricas, que le despertaron el deseo de viajar. Durante su último año en la escuela superior, Starrett y su compañero de clase Jack Chandler se propusieron ir a pie hasta el Roraime, una cumbre de las montañas de Venezuela. Fueron capaces de llegar hasta St. Louis antes de que sus padres tuvieran que enviarles dinero para que pudieran regresar en tren.

Incapaz de aguantar el trabajo nocturno con el editor George H. Doran (que más adelante, ya como Doubleday-Doran & Co., publicaría cuatro libros suyos), Starrett se embarcó como marinero en un barco mercante con destino a Inglaterra. Fue una mala experiencia, y cuando volvió a casa en 1905, empezó a trabajar como periodista novato en el *Inter-Ocean* de Chicago. Cuando el periódico se escindió, dos años después, Starrett entró en el *Chicago Daily News*, donde trabajaría durante once años como reportero de la sección de crímenes, articulista y, finalmente, corresponsal de guerra en México entre los años 1914-1915.

Siempre había soñado ser corresponsal de guerra y Starrett muchas veces había expresado su disgusto y temor porque éstas siempre finalizaban antes de que tuviera la oportunidad de enviar su primera crónica. Era un gran admirador de los libros de Richard Harding Davis, la quintaesencia del corresponsal de guerra de aquellos días, y pudo encontrarse con él a finales de abril de 1914, en el barco de guerra que transportaba un contingente de tropas y periodistas a Veracruz, México. También vio a Jack London en la cubierta, e intercambió algunas aventuras increíbles con ambos hombres en las regiones desiertas y polvorientas que rodeaban Veracruz, lugares que los periodistas solían frecuentar con la esperanza de conseguir alguna noticia importante para telegrafiar a la redacción.

La guerra estalló en Europa mientras Starrett aún seguía en su primer turno de corresponsal en Veracruz. Como se encontraba demasiado lejos para volver a Chicago a tiempo, y además había que hacer todos los preparativos del viaje, el redactor jefe del *Daily News*, Henry Justin Smith, destacó a otros dos periodistas y compañeros suyos: Harry Hansen y Ben Hecht. Aquello hizo que Starrett perdiera todo el interés por el periódico. Poco después, tras vender un cuento de misterio a *Collier's*, dejó el periodismo para dedicarse por completo a la literatura. Pronto descubriría que no era demasiado divertido acumular manuscritos rechazados. Al año, y por cuestiones económicas, se vio obligado a aceptar un trabajo editorial para un grupo de publicaciones semanales en Oak Park, Illinois. Lo que iba a ser meramente temporal se convirtió en un trabajo de cuatro años.

Aquéllos fueron los años del gran renacimiento literario de Chicago, cuando Carl Sandburg, Charles MacArthur, Burton Rascoe, Keith Preston, Hansen y Hecht, con los que Starrett había estado trabajando en el *Daily News*, comenzaban a socavar la literatura tradicional. Aunque formaba parte de aquel grupo irreverente, Starrett tenía su propia personalidad, y seguía a la caza de libros, escribiendo ensayos literarios y más poesía de la que se atrevía a imaginar. A finales de la década de los veinte ya había escrito y editado un buen número de libros, incluyendo algunas de las primeras recopilaciones de cuentos de Arthur Machen, George Gissing y Robert Louis Stevenson. También hacía incursiones en las revistas *pulp* de misterio para mantenerse a flote.

Starrett se casó por primera vez en 1909. La novia era una despampanante pelirroja llamada Lillian Hartsig que tocaba el piano en un club nocturno. En 1924, desilusionada y temerosa de haberse casado con un simple escribano, Lillian pidió la separación. Starrett había comenzado a relacionarse con una pequeña y atractiva profesora llamada Rachel Latimer.

Desde finales de los años veinte y hasta 1935 tuvo lugar una etapa muy productiva en la carrera de Starrett. Produjo varias historias repetitivas para las revistas *pulp*, dos libros de ensayo clásicos, *Penny Wise & Book Foolish* y *The Private Life of Sherlock Holmes*, una colección de relatos de misterio, *The Blue Door*, y seis novelas. Todas eran novelas policíacas excepto la primera, que se trata de una

deliciosa fantasía titulada *Seaport in the Moon*.

Valiéndose del simple hilo argumental en el que el protagonista es un antiguo recipiente que se dice contiene agua de la legendaria Fuente de la Vida, Starrett se las arregla para describir los extraños efectos que provoca en varios personajes literarios reales e históricos a lo largo de los siglos. Entre los protagonistas se encuentran el poeta-ladrón François Villon, Don Quijote, los tres mosqueteros, Edgar Allan Poe, el pirata Long John Silver de Stevenson y otros muchos hasta llegar a un librero de Chicago que usa el recipiente para gastar una broma monstruosa a un coleccionista muy rico y ávido que le desagrada especialmente.

*Seaports in the Moon* es uno de los libros favoritos de Starrett; aquellos que lo han leído afirman que se trata de una de las fantasías menos valoradas de este siglo [por el siglo XX]. La novela tuvo un éxito de crítica, sin embargo fue un fracaso comercial para la Doubleday. Durante la fiesta de presentación del libro que dio Doubleday, varios editores invitados le dijeron a Starrett que les hubiera gustado tener las agallas suficientes para arriesgarse a publicar ese libro. Molesto, Starrett se dedicó a escribir novelas policíacas que le reportaban muchos más ingresos.

Starrett no es particularmente famoso por ser un escritor de fantasía, de terror o de ciencia ficción. Aparte de *Seaports*, no puedo recordar más de treinta cuentos que encajen en esas categorías. Algunas de sus primeras historias sobrenaturales aparecieron en *Black Mask, Weird Tales* y otras revistas *pulp*. Las mejores son sin duda: «The Man in the Cask», «The Truth About Delbridge», «Penelope», «The Money Lender», «The Head of Charles the First», «Thirty Pieces of Silver», «The Quick and the Dead» y «La ventana abierta». También escribió un buen puñado de poemas que bordean lo sobrenatural. Derleth publicó muchos de los mejores en la revista *Arkham Sampler* y en varias antologías. Una recopilación con los cuentos sobrenaturales de Starrett apareció en 1965, en Arkham House, bajo el título de *The Quick and the Dead*, que Derleth hizo coincidir con la publicación en la editorial de la Universidad de Oklahoma de la autobiografía de Starrett, *Born in a Boohshop*.

Ambos comentaron casualmente la posibilidad de editar una recopilación con los mejores cuentos de misterio de Starrett de entre 1947 y principios de los cincuenta, pero Arkham House no se encontraba muy sobrada de fondos por aquel entonces. Derleth también recordaba el importante número de libros de Arkham House de los que Starrett había hecho publicidad en su columna *Books Alive*, que llevó durante muchos años en el *Chicago Tribune*, de su apoyo incondicional a las antologías de Lovecraft y de su defensa pública del propio Derleth cuando los hijos de Conan Doyle emprendieron acciones legales contra él con la intención de evitar que los cuentos de Solar Pons fueran distribuidos. (Asunto en el que fracasaron). Recuerdo que Derleth me comentó, por las fechas en las que el libro iba a publicarse, que la edición de *The Quick and the Dead* era una deuda que tenía desde hacía mucho tiempo por una amistad muy larga y duradera.

Starrett casi se convirtió en un ermitaño después de 1940. Las brillantes

recopilaciones de ensayos literarios, *Books Alive* (1940) y *Bookman's Holiday* (1942) fueron los últimos libros que escribiría, si exceptuamos su propia autobiografía y un libro infantil. Más adelante saldrían otros tres libros recopilatorios con material procedente de sus columnas en los periódicos, dos colecciones de poesía, otra con sus cuentos del detective Lavender y una reedición en tapa dura de *The Laughing Buddha* con el nuevo título de *Murder in Peking*.

Starrett apenas hablaba de su vida privada, pero sus dieciséis años de relación con Rachel Latimer le resultarían muy caros. Rachel era la prima de la novelista del Medio Oeste Margery Latimer, que Derleth había conocido en su juventud. Ray, que era como la llamaban siempre, tenía una mente frágil y en 1939 sufrió un ataque nervioso a resultas de que la primera mujer de Starrett, al ser católica, no le concedía el divorcio. Ray tuvo que ser internada en un hospital durante casi un año entero. A finales de los veinte, Starrett realizó varios viajes a Londres y París con vistas a conseguir el divorcio en Europa, pero pronto se dio cuenta de que allí las leyes eran aún más severas que en Estados Unidos.

Sintiéndose responsable de los males de Rachel, Starrett fue a Reno, Nevada, en enero de 1940, para aprovecharse de que allí las leyes sobre el divorcio eran menos restrictivas. Cuando su esposa legal recibió los papeles definitivos de divorcio, ésta ya no pudo hacer nada por evitarlo. Por fin libre, después de tantos años, Starrett sacó a Rachel del sanatorio y se casó con ella, con la esperanza de que saliera de su estado depresivo. Pero no fue así. Pasaría los siguientes veintinueve años entre ingresos y altas en el Elgin State Hospital.

A pesar de que en 1942 Starrett se encontraba en la cumbre de su carrera literaria y era un escritor muy popular, abandonó la escritura porque los cuidados diarios de su esposa le robaban casi todo el tiempo. Se concentró en la columna literaria que llevaba todas las semanas para el *Chicago Tribune Sunday Magazine of Books* hasta 1968, fecha en la que se jubiló, a los 82 años de edad, y tras escribir más de 1.500 columnas. Siguió escribiendo artículos ocasionales para la sección de libros del *Chicago Tribune Sunday Magazine*, pero la edad pronto le empezó a pasar factura. La muerte de Ray en 1969 fue un duro golpe y siguió echándose la culpa por la enfermedad mental que ella había sufrido y por la vida agridulce y difícil que ambos habían compartido.

Como la mera ocupación de columnista de críticas de libros no era demasiado onerosa, Starrett se vio obligado a escribir algún que otro cuento de detectives para incrementar sus magros ingresos. Durante aquellos años también revisó un buen número de sus viejos cuentos de misterio, que luego agrupó en seis partes y el King Features Syndicate se encargó de vender a los periódicos. Una de sus mejores colecciones de artículos apareció en *Gourmet*, bajo el título de «Memorable Meals»: veintiún artículos que versaban sobre los hábitos extraños en la mesa de varios escritores y personajes famosos a lo largo del tiempo. Finalmente, todos fueron publicados en un libro en 1995.

Aunque hoy en día la mayor parte de su obra de ficción creativa está completamente olvidada, sus numerosos libros de ensayos aún están vigentes y en prensa. Su libro más popular fue *The Private Life of Sherlock Holmes* (1933), y sigue editándose en nuestros días. Valiéndose de este libro como punto de partida, Christopher Morley, amigo íntimo de Starrett, colega escritor y librero, fundó el club Los Irregulares de Baker Street en 1934, una especie de adoradores de Sherlock Holmes que ha ido creciendo hasta alcanzar unas proporciones considerables, con secciones (o vástagos) en casi todas las esquinas del globo, desde Londres hasta Tokio.

Pensando que Starrett sería incapaz de renovar los derechos de edición de muchos de sus libros, o creyéndole muerto, varias editoriales comenzaron a reeditar sus libros de ensayos a principios de los setenta sin pagarle sus derechos de autor. Algunas, incluso, no fueron capaces de enviarle ni tan siquiera una copia del libro. Sólo Barnes & Noble actuó adecuadamente, pagando a Starrett lo que le correspondía por la reedición de sus libros.

Tras la muerte de Starrett en enero de 1974, cuando contaba 87 años de edad, la persona que hizo de albacea testamentario, y que había ayudado a Starrett durante sus últimos años, vendió, para beneficio propio, la mayor parte de los libros y papeles de Starrett a libreros anticuarios y a coleccionistas privados. Tras deshacerse de todo lo valioso, lo que quedó de la numerosa correspondencia de Starrett, sus detalladas anotaciones sobre temas bibliográficos, los recortes de periódicos y otros papeles fueron vendidos a la University of Minnesota’s Wilson Library.

Aún recuerdo mi primer encuentro con Starrett el sábado 27 de mayo de 1961. Había empezado a recopilar las obras de Starrett tras descubrir uno de sus libros de ensayos en una librería. Después de saber que aún se encontraba entre los vivos, le envié una pequeña nota para decirle cuánto había disfrutado con la lectura de sus libros. No esperaba ninguna contestación, pero sí la hubo, y a partir de entonces comenzamos una correspondencia errática. Me invitó a hacerle una visita si alguna vez pasaba por Chicago. La probabilidad de que aquello sucediera era bastante remota, así que reserve un billete de avión y volé hasta Chicago en compañía de una maleta llena con los tesoros de Starrett, y con la esperanza de que me los firmara. Aquella visita prendió la chispa de más de cuarenta años de idolatría literaria. En el siguiente pasaje, tomado de *The Last Bookman*, rememoro aquel primer encuentro:

«Vincent me aguardaba en la sala de espera mientras bajaba varios tramos de escaleras. Hizo un gesto amistoso tras un enorme y delgado cigarro, y me dio la bienvenida.

»Su hogar era un apartamento bastante grande, repleto de fascinantes reliquias de civilizaciones pasadas, una variopinta mezcla de libros y “cosas” que tan sólo podrían ser apreciadas por una persona que perteneciera mental y cronológicamente al siglo anterior.

»Sólo se podía acceder desde el salón al cuarto en el que Vincent escribía. Se

trataba del típico estudio de cualquier librero, sin ningún tipo de orden, aunque pronto me di cuenta de su habilidad para encontrar cualquier panfleto insignificante entre los rincones más oscuros y escondidos del recinto. Estaba encantado con aquella atmósfera grotesca y añeja. Unos pocos minutos después de bajarme de un moderno taxi parecía haber atravesado sin darme cuenta un espejo mágico, como si hubiera viajado en el tiempo hasta la habitación de un hombre que sólo viaja en calesas tiradas por caballos.

»En el estudio no había ningún mueble actual, excepto dos sillas de color verde y una pequeña mesa con una lámpara de lectura. A mi izquierda, ocupando toda la pared, se encontraba un enorme armario chino. Tenía muchísimos cajones y puertas en los que había esculpidos gárgolas y efigies que desafiaban toda descripción. Detrás de mí se encontraba una estantería acristalada con los "libros especiales" de los que jamás se desprendería. A la derecha había un archivador lleno de referencias bibliográficas. También había unos cuantos más apilados a la izquierda de la puerta de entrada. En la pared de enfrente se hallaban otras dos librerías que se sostenían sobre una mesa. En ellas estaban los ejemplares de todos los libros que había escrito, junto con los de otros amigos escritores que admiraba. Entre estas dos estanterías estaba colgado un antiguo pergamino chino, deslucido a causa del humo de los cigarrillos. Había otras curiosidades de procedencia china por todo el recinto, y montañas de libros y revistas ocupando el suelo de la habitación. Las paredes, las puertas y los libros estaban llenos de pequeños trozos de papel repletos de "anotaciones" y colocados con total anarquía. Las persianas estaban cerradas.

»Jamás he vuelto a ver una habitación semejante. Era un lugar encantado, mágico, misterioso, inolvidable».

Vincent Starrett fue el último librero de verdad de nuestro tiempo.

[Para aquellos lectores que se han preguntado por mis continuas referencias a cierto «poeta muerto», por fin he descubierto de quién se trata. Es Edgar Savage. Y Edgar Savage es Vincent Starrett. Starrett empleó este seudónimo para firmar varios cuentos y poemas a principios de los años veinte. Más adelante también lo usaría en algunos relatos de crímenes que escribió para *Real Detective Tales & Mystery Stories*. Starrett a veces nombraba al «poeta muerto Edgar Savage» en su columna *Books Alive*, citando algunos poemas que él atribuía a Savage. Starrett también mantuvo durante mucho tiempo en la sección de libros del *Chicago Tribune Sunday* otro engaño. Pegada a muchas de sus columnas semanales sobre libros se encontraba otra más pequeña titulada «A Little Anthology», firmada por un tal «Autolicus». Un «Autolicus», para aquellos que no están familiarizados con la palabreja, es aquel que no se deja escapar ningún detalle, ni los más insignificantes. Aquella columna mostraba citas cortas de los libros y escritores sobre los que Starrett trataba en *Books Alive*. Más de 1.800 citas fueron finalmente recopiladas en forma de libro varios años

después con el título de *A Little Anthology*].

# LA VENTANA ABIERTA

# VINCENT STARRETT

## 1

La propiedad de Fortinbras consistía en cinco acres de extraordinarias tierras boscosas. En el corazón de este bosque en miniatura, el legendario doctor Fortinbras se había escondido de la mirada del resto de los mortales. Un laberinto de vegetación ocultaba la casa decrépita y repleta de ventanas abuhardilladas, y ésta, a su vez, ocultaba la figura siniestra del viejo médico.

Se contaban extrañas historias sobre Roland Fortinbras y su existencia de ermitaño, aunque ninguna se acercaba a la realidad ni de lejos. Pero las habladurías crecían en torno a él, cosa que sabía y le atemorizaba.

Las salidas y entradas de esta extraña morada en las afueras boscosas no fueron calculadas para disipar la curiosidad, y sin embargo, las investigaciones del doctor eran tan secretas y delicadas que siempre rechinaba los dientes y gruñía con enfado cuando, con el telescopio, desde una ventana alta, descubría a los vecinos curiosos que a veces escudriñaban a través de la cerca.

Las excursiones a las tierras de Fortinbras eran bastante esporádicas, pero en una hermosa tarde o durante las vacaciones siempre aumentaba el número de merodeadores y curiosos. El estado de ánimo del doctor siempre era inversamente proporcional al estado del tiempo y de las listas del paro. Temblaba de rabia cuando veía a sus torturadores a través de las lentes y sabía, en lo más profundo de su corazón, que el fin de su tenencia estaba a la vuelta de la esquina. Se hubiera sentido tremendamente feliz instalando una ametralladora en uno de los tejados y descargándola sobre ellos, pero semejante empresa, pensó, tan sólo le traería más publicidad.

—¡Esas dulces damiselas! —solía murmurar—. ¡Esas dulces perezosas[14]! Con cuánta gracia señalan cotillean. Me las comería encantado.

Y luego hacía un gesto horrible con la cara que ningún niño inocente debería ver.

Un portalón enorme, adornado con figuras grotescas, daba paso a los prados de Fortinbras. Permanecía abierto todo el año, como si invitara a los curiosos. Cuando la oscuridad comenzaba a hacerse más densa en los atardeceres estivales, los espíritus juveniles más osados solían divertirse esprintando unos cuantos metros hacia el interior del recinto y luego se mofaban sonoramente en medio de las tinieblas

reinantes. En cierta ocasión un párroco vecino suyo le había llamado. Cuando se dio cuenta de que no se trataba de ningún paciente, el doctor Fortinbras se comportó de manera bastante desagradable.

—¡Maldito sea! —había gritado furioso—. ¿Acaso le he molestado alguna vez? Entonces, ¿por qué se empeña en fastidiarme con sus invitaciones? ¡Maldición, le azuzaré a los perros!

Pero nunca nadie había visto ningún perro en el lugar. La gente solía decir que, si alguna vez había habido algún chucho en el recinto, seguramente habría huido tiempo atrás de los cuidados del doctor Fortinbras.

La servidumbre del doctor parecía consistir en un hombre y una mujer, igualmente desfavorecidos, y un montón de gatos autóctonos. El hombre y la mujer siempre iban y venían de un lado a otro en un estado aparente de sumisión, y jamás se los había visto después de oscurecer. En cambio los gatos eran bastante escandalosos; *siempre* después de oscurecer. Si el amo de la casona era muy poco atractivo, sus criados y mascotas apenas le superaban en eso. Con todo lo visto, no era extraño que la gente se preguntara y dijera cosas que hubieran parecido más normales si nos encontráramos en la Edad Media, en cuyos violentos tiempos el doctor Fortinbras sin duda habría sido quemado en la hoguera.

Pero lo más insólito de todos estos misterios era una ventana que se abría en la esquina sureste del piso bajo de la casona. Lo que resultaba extraño de aquella ventana era que siempre estaba abierta. Sólo se podía ver desde un lugar situado más allá de los terrenos de Fortinbras, y este era la ventana superior de una casa que se erguía un poco más al este.

Lo que primero atrajo la atención de la señora Bunter, que ocupaba la casa situada al este, sobre la ventana abierta del doctor, no era nada concreto, pero su vigilancia se había convertido en un tema de conversación. Algo se había estremecido en el silencio de su alma al contemplarlo, como si una mano secreta hubiera descorrido las cortinas del marco y un rostro espantoso se hubiera asomado. No había ocurrido nada de eso, por supuesto; tan sólo se trataba de una sensación que se había adueñado de la sensible señora Bunter al observar aquella ventana perpetuamente abierta.

Ése era su misterio. Mañana tras mañana, tarde tras tarde, noche tras noche; en primavera, verano, otoño e invierno; siempre abierta. Después de verla la primera vez, la señora Bunter se mantuvo ojo avizor. Por las noches, a veces lucía un tenue destello detrás de las ondeantes cortinas, una luz suave y comedida, como la de los hospitales.

—Yo diría —comentó uno de los confidentes de la señora Bunter— que tiene miedo de los ladrones.

—¡Ladrones! —exclamó la señora Bunter—. Ningún ladrón vivo atravesaría esos campos tenebrosos después del atardecer, dan verdadero espanto. Incluso a mí me cuesta dormir con esos árboles espiándote sin descanso más allá de mi ventana. No, no, querido, seguiría a salvo de los ladrones aunque dejase abiertas todas las ventanas

desde enero a diciembre.

Y sin embargo, en esto, la señora Bunter no estaba en lo cierto. Dos ladrones habían atravesado la ventana abierta en dos ocasiones distintas, y ninguno había vuelto a salir… Se había sentido un murmullo obsceno entre los árboles aquellas dos noches.

## 2

Pero los vecinos del doctor Fortinbras tampoco sabían decir a ciencia cierta por qué sospechaban tanto de su persona. La simple visión de la figura arrugada del viejo doctor, con su rostro pálido y sus ojos vigilantes como los de las aves, les producía escalofríos. Al principio, el asunto seguramente no habría ido mucho más allá de la simple observación de la señora Bunter, que decía que el doctor «se asemejaba a cualquiera de sus cadáveres»… una imagen tremendamente pictórica.

El primer incidente que realmente tuvo en qué sustentarse fue la desaparición de la mujer empleada por el doctor.

Aquella mujer malhumorada, aunque capaz, se había convertido en casi todo un mito. Sus idas y venidas eran casi tan irregulares como las del propio doctor. Sus ocupaciones, fueran las que fuesen, pasaban inadvertidas a la gente. A veces iba al mercado, y siempre pedía despojos para los gatos, extraña costumbre que más tarde sería materia de comentarios. Era de mediana edad, sólida y huraña. Se daba por sentado que el animal masculino que cuidaba de aquellos campos era su esposo.

Su desaparición sacudió a la comunidad más por ser la primera vez que el doctor Fortinbras rompía su silencio que por su propio significado. Mandó una breve nota a la prensa local, explicando la causa del fallecimiento y el deseo de la mujer de ser enterrada en su propiedad. A la luz de las siguientes palabras acerca de sus largos y fieles servicios, aquel deseo parecía bastante razonable. El breve comunicado terminaba con unas cuantas líneas de agradecimiento y tributo a la desaparecida, y la información de que los servicios funerarios serían privados.

Al día siguiente de aquel anuncio, un grupo de jovenzuelos y haraganes se dedicó a espiar entre las rendijas de la verja desde un lugar adecuado, y de aquella guisa pudieron ser testigos de la ceremonia final. Fue primitiva en su simplicidad. El doctor y el marido de la mujer muerta —si realmente lo era—, transportaron el sencillo y liso ataúd, y lo emplazaron dentro del agujero que, milagrosamente, había aparecido excavado en la tierra de la noche a la mañana. Lo cubrieron de tierra y volvieron a la casa. Los jovenzuelos que habían estado contemplando la ceremonia se la describirían por la noche a sus padres.

—El doctor parecía sentirse así… —dijo uno de los más imaginativos. Y dio su propia versión del doctor Fortinbras, benigna y críptica, mientras echaba tierra dentro de la tumba—: ¡Apesadumbrado y alegre a un mismo tiempo!

Esto, creo yo, es lo que dio comienzo a las habladurías más serias. Pronto los vecinos empezaron a creer, en lo más profundo de sus corazones, que la mujer había sido asesinada. Existían varias versiones sobre este tema, pero la mayoría de los parroquianos atribuían el crimen al doctor Fortinbras. La señora Bunter, que evidentemente leía novelas de detectives, se aventuraba a pensar que se había valido de un sutil y desconocido veneno. Por supuesto, nadie hablaba abiertamente de sus suposiciones. Después de todo, el doctor había publicado una declaración muy detallada de todo el caso.

El marido de la mujer —la relación fue establecida por el propio comunicado del doctor— llevaba muy bien su pérdida. Su ocupación principal consistía en la vigilancia errática de los campos, durante la cual solía recoger la basura desperdigada, imitar a los pájaros y asustar de cuando en cuando a los niños que curioseaban detrás de la verja. Se trataba de un sujeto vigoroso, que desprendía un tenue aroma a ron y con una especie de horrenda jovialidad que resultaba tan desagradable como el silencio taciturno del doctor. Ofrecía Whisky y tabaco de mascar a las niñas y se ponía a blasfemar a niños imaginarios que andaban por los árboles cuando se percataba de que una mujer paseaba cerca.

El segundo episodio de importancia fue la desaparición de este vigoroso individuo durante un montón de días y su posterior reaparición con unas muletas. Antes de que desapareciera había sido un sujeto vigoroso y completo, pero después se comprobó que, tras su vuelta, ya no era así. Su poderoso torso estaba ahora hundido y colgaba como un péndulo entre dos travesaños de roble. En ese breve espacio de tiempo, el pobre sujeto había perdido la pierna izquierda desde el hueso de la cadera.

—Mi criado —explicó el doctor, que aquel día había ido él mismo al mercado, aunque sólo compró una caja de cerillas— ha sufrido un terrible accidente. He conseguido salvarle la vida, pero a costa de su pierna. Aún estoy algo preocupado por él, pero creo que hemos detenido la gangrena.

Era obvio que quería que su historia fuera del conocimiento público. Nadie conocía mejor que el propio doctor Fortinbras la mentalidad de las personas. Las sospechas estaban arruinando su vida privada.

El doctor intentaba acallar las vagas suposiciones que se habían estado formando sobre su persona; y lo mismo hizo un mes más tarde, cuando el criado perdió otro miembro: el brazo que correspondía a la pierna desaparecida. *¡Gangrena!* El doctor ya se lo temía. Haines, pobrecillo —ése era el nombre del sujeto—, no pudo curarse del todo. Con franqueza, el doctor no pensaba que sobreviviera.

Tres mujeres que estaban en la tienda cuando el doctor hizo estas declaraciones corrieron a casa tremendamente excitadas.

El doctor Fortinbras tenía razón. Los muchachos de los alrededores habían visto lo que quedaba de Haines. A partir de entonces los pájaros pudieron cantar tranquilamente en sus ramas. En la puerta de entrada, un montón de pillastres encaramados en ella esperaban que, de un momento a otro, saltara sobre ellos un

cuerpo sin piernas ni brazos desde la mata de arbustos más cercana.

Pero Haines al fin se quedó en silencio. Una carretilla sirvió para transportar el tosco ataúd hasta el cementerio privado del doctor, y Fortinbras se encargó de oficiar los últimos servicios a su criado con una mansedumbre resignada.

Las terribles sospechas de la comunidad por fin se hicieron eco.

—Si, de una manera u otra, te haces con un cadáver, pronto tendrás otro encima —ésa era la opinión del carnicero local, que tenía una manera de hablar muy rosca y profesional.

—¿Y eso qué significa? —le preguntó su joven aprendiz.

—Significa que el doctor se ha cansado de experimentar con gatos —contestó el carnicero.

—¿Quieres decir que…?

—No estoy afirmando *nada* —explicó el teórico—. Lo único que digo es lo que yo pienso. ¿Quién estuvo con ellos antes de sus muertes? ¿Cómo murieron? ¿Quién los enterró en su propio camposanto? ¿Quiénes eran? Y, ya que estamos en ello, ¿quién diablos es ese doctor *Fortin-brass*[15]?

El joven asintió.

—No sabemos nada —estuvo de acuerdo. Al rato preguntó—: ¿A qué clase de experimentos te referías?

—A mí no me lo preguntes —dijo el carnicero—. Yo sólo corto carne de vaca, de cerdo y de cordero.

## 3

Y entonces, Ailie Rutherford desapareció.

Ailie tenía seis años, casi siete, y estaba muy grande para su edad. Era bonita y popular, y también uno de los tormentos juveniles que se encaramaban a las puertas que daban a las tierras de Fortinbras. Además, se trataba de la hija del clérigo. Su desaparición causó un gran revuelo.

Un día, la pequeña señorita Rutherford no volvió a casa tras salir del colegio. Al principio no se la echó en falta, luego *sí*, y tras de varias horas de nervios se organizó una búsqueda que pronto se extendió más allá de los límites de la ciudad. Se envió una descripción de la niña a más de quince comisarías, y todos los patrulleros y detectives, y un grupo especial de investigadores de la Oficina Central, se puso manos a la obra.

Hubo teorías para todos los gustos, a cual más desagradable. Se publicaron en la última edición de los periódicos vespertinos, estremeciendo los corazones de las madres que residían en la ciudad. Durante un buen número de días, cientos de escolares permanecieron en sus casas, sin atreverse a cruzar imaginarias líneas dibujadas en sus propios jardines. Mientras tanto, la desconcertada policía trabajaba

sin descanso y docenas de inocentes fueron a parar a las cárceles.

Durante un tiempo nadie se acordó del doctor Fortinbras; entonces, la gente comenzó a pensar en él, todos al mismo tiempo. En este estado de cosas se desarrolló la segunda visita del padre de Ailie Rutherford a la «casa de los bosques», que era como la gente empezaba a llamarla.

En esta ocasión, el doctor no amenazó al clérigo con echarle a los perros; se tragó su rabia y escuchó lo que tenía que decirle el visitante. Luego sonrió mecánicamente y le contestó que no había visto ni oído nada acerca la niña desaparecida. Sus terrenos, dijo, eran demasiado vastos; si las autoridades pensaban que la niña se había perdido en ellos y, a lo mejor, causado alguna herida, serían bienvenidas y podrían investigar lo que quisieran. Él mismo les ayudaría en lo que pudiera.

—Como he elegido vivir en soledad, porque me desagrada el contacto social, me temo que la gente piensa cosas raras de mí —dijo el doctor—; ¡pero no crea que soy un ogro, mi querido señor!

—Perdóneme —se disculpó el clérigo—. Pero entienda que estoy trastornado.

Sin embargo, la búsqueda que se llevó a cabo en los campos de Fortinbras, encabezada por el doctor en persona, no dio resultado alguno, como ya había presagiado el propio doctor Fortinbras. Y los días siguieron pasando…

Transcurrieron quince días desde la desaparición de Ailie Rutherford, cuando un brioso joven, que contaba con gran sentido del humor y una labia implacable, saltó de una en una las escaleras que daban a la excéntrica y vetusta mansión, y golpeó la puerta principal con los nudillos. El doctor Fortinbras, que había perdido a sus sirvientes, se vio obligado a contestar la llamada él mismo.

El joven pronunció correctamente el nombre del médico, poniendo un énfasis especial a la última sílaba. El doctor admitió su identidad y, tras un momento de duda, invitó al visitante a entrar.

El joven se sentó en la consulta, cruzó lentamente las piernas y echó una mirada socarrona al médico. Durante unos instantes se observaron en silencio. Luego los ojos del doctor parpadearon; el miedo comenzó a perfilarse en su rostro grisáceo. El joven se carcajeó.

—¿El principio del fin, doctor? —sugirió amablemente.

El doctor Fortinbras se irguió bruscamente y le miró desde arriba.

—Dígame su nombre y qué le trae aquí —dijo con tosquedad—. Y sea breve, por favor. Mi tiempo es valioso.

—Soy Curtis, del *Morning Record* —contestó el visitante—. Y usted sabe lo que me trae aquí.

—Sí —gruñó el doctor con furia—, supongo que sí —sus ojos relampaguearon —. Está buscando información acerca de la mocosa Rutherford. Ya le he dicho al estúpido de su padre…

—¡Canicas! —exclamó el reportero—. ¡Bolas de béisbol, bolas de tenis y cuarenta a cero! Empecemos por el principio, doctor. *Conozco* la historia. Lo único

que quiero es su confesión. ¿Dónde está Ailie Rutherford?

El doctor volvió a hundirse en la silla. Levantó una mano temblorosa y la miró sorprendido.

—No lo sé. Y ya que insiste en molestarme, sólo puedo decirle que…

—Está bien —dijo el reportero—. Ya que lo ha preguntado, se lo diré —encendió un cigarrillo y luego, bruscamente, preguntó—: ¿Dónde están Ryan y Bailey?

El doctor Fortinbras casi se ahoga. De nuevo se incorporó de un salto y agarró el respaldo de la silla.

—¡Por Dios! —susurró—, ¿de qué está hablando?

—Sus ladronzuelos —dijo el periodista, expulsando el humo del cigarrillo hacia el techo—. Seguramente no se habrá olvidado de ellos, ¿verdad? —rebuscó en una libreta de notas—. Ryan cayó en su trampa para moscas el 14 de junio del año pasado. Bailey el 3 de noviembre. Desde entonces nada se sabe de ellos. Sus familiares se lamentan de la pérdida.

—¡Usted está loco! —exclamó el médico.

—Es posible. Pero la locura otorga una visión especial. ¿Quiere que le diga lo que veo? Veo a un hombre viejo y arrugado, lleno de malicia, como un personaje de los cuentos. Está poniendo un montón de ladrillos dentro de un ataúd y clavando la tapa. Ahora cava una tumba. Es medianoche. Al amanecer enterrará el ataúd en la fosa, lo cubrirá de tierra y pondrá arbustos encima. Poético, ¿verdad? Si tengo tiempo lo pondré en verso algún día. Pero ¿por qué tantas molestias, doctor? Como ve, le tengo pillado. ¿Me lo va a contar ahora o luego, más adelante, a la policía?

El rostro del doctor estaba blanco, sus ojos brillaban atemorizados. Le temblaban los dedos.

—¿Qué quiere saber?

—Todo, si no le importa. ¿O preferiría escuchar mi historia?

Los ojos del reportero se iluminaron con un brillo cruel y triunfal. Levantó la barbilla con el típico gesto de un actor cinematográfico. Se inclinó hacia delante y el doctor Fortinbras sintió que comenzaba a disolverse ante aquella mirada amenazante y burlona. Recuperó la compostura con gran esfuerzo.

—Sí, dígame lo que cree saber.

—¡De acuerdo! Primero sobre sus ladronzuelos. Eran dos, si mis informaciones son correctas. A lo mejor se pregunta de dónde he sacado toda esta información, doctor. De sus propios criados, de Ryan, el vigilante y novio de Bailey. Ryan y Bailey formaban pareja. También había otros, doctor, que no cayeron en su trampa para moscas. He oído rumores, he hecho indagaciones y obtenido respuestas sumamente interesantes. Sé que Ryan y Bailey jamás llegaron a abandonar esta casa.

El doctor se pasó la lengua por los labios.

—¿Por qué no se lo ha contado a la policía? —gruñó—. ¡Es tan probable! Un ladrón entra en mi casa, le golpeo en la cabeza y luego… ¿qué hago luego? ¿Conservo su cuerpo en alcohol? ¿Lo diseco? Inténtelo de nuevo, señor… ¿cómo ha

dicho que se llama?

El periodista sonrió.

—Se lo diré a la policía, tengo tiempo de sobra —prometió—. Les contaré una historia muy interesante. El asunto de la niña Rutherford será su perdición, doctor. Olvidémonos de los ladrones. Nadie se preocupa demasiado por un par de ladronzuelos desaparecidos.

—¿Eso es todo?

—¡Oh no, claro que no! ¡Se ha olvidado de mi visión? ¡El viejo arrugado y el ataúd lleno de ladrillos! ¿Y qué le sucedió realmente a sus criados, doctor? ¿Están con Ailie Rutherford?

—Está loco de remate —dijo el médico.

—Todo lo contrario —sonrió Curtis—, soy un periodista muy despierto. En cuanto empecé a sospechar de usted me puse a vigilar sus anteriores lugares de residencia, doctor. Fue toda una revelación. Pasé un agradable fin de semana en Woodstock, Kansas. Allí fueron siete, ¿no es así? ¿Qué fue del hiño de los Connor, doctor? ¿Y de Minnie Aldrich? ¿Y de Lois Canfleld? ¿También puso sus cuerpos en alcohol?

El doctor Fortinbras se estremeció. Levantó de nuevo la mano en un gesto de protesta. Pero el reportero se lo estaba pasando en grande.

—¿Qué sucedió en Cambridge, Iowa? ¿Y en Fairmount, Wisconsin? ¿Y a los gemelos Walden? ¿Y a la hija de aquel otro clérigo en Michigan? ¿También los disecó, doctor? ¿Se encuentran ahora aquí, en su museo privado?

El doctor Fortinbras permaneció en silencio sobre la silla. Cuando el periodista terminó de regodearse, el doctor murmuró:

—¿Qué quiere saber?

—Me gustaría saber exactamente qué fue de todas y cada una de esas personas. Estoy seguro de que no todas están enterradas. Ha llevado a cabo algún tipo de experimento con ellas, ¿no es así, doctor?

—¿Qué me ofrece a cambio?

—¿Ofrecerle? Bueno, yo lo había pensado. Podría escapar mientras yo vuelvo a la redacción, escribo el artículo y lo mando a la imprenta. Después de todo, tengo miedo de ir a contárselo a la policía. No creo que usted pueda ir muy lejos, y tampoco quiero que lo haga. Sin embargo, le debo algo por la historia, y ésa es mi oferta. Tiene dos horas, quizás tres. La otra alternativa es que yo se lo comunique inmediatamente a la policía y que usted intente escapar mientras estoy al teléfono. Le atraparán antes de que vaya muy lejos. Seguramente irá a parar a la horca hacia octubre.

El doctor Fortinbras se puso rígido. Habló con cierta ironía.

—Creo que la primera alternativa es más atrayente —admitió, y durante unos momentos cerró los ojos como meditando. De pronto dijo—: Muy bien, se los mostraré. Venga conmigo.

El periodista se irguió de un salto y le siguió.

—Sin trampas —advirtió—. ¿Adónde me lleva?

Caminaban por un pasillo solitario que descendía hacia la parte posterior de la casona. Parecía terminar en una habitación enorme que ocupaba toda la planta de la edificación.

—A mi museo, tal y como usted lo ha llamado —dijo el doctor—. Sus suposiciones son tremendamente acertadas, señor Curtis. Por su propio bien, espero que tenga nervios de acero, ya que… ¡todos están allí!

## 4

La desaparición de Walter Curtis, el reportero estrella en asuntos policíacos del *Morning Record*, fue algo más que una simple noticia. El periódico tenía mucho dinero, y se anunció que recompensaría generosamente al que descubriera el paradero del periodista desaparecido.

Curtis no se había puesto en contacto con la redacción el día que fue a visitar al doctor Fortinbras, y a la mañana siguiente no se supo nada de él. Tenía fama de ser un joven que sabía valerse por sí mismo y, al principio, el director estaba más irritado que preocupado. Confiaba plenamente en su reportero estrella. Sabía que sólo algo de suma importancia haría que su sabueso favorito no fuera a la redacción o, al menos, se comunicara con ella por teléfono. Sospechaba que andaba detrás de algo por el estilo. Pero como Curtis no había dicho adónde iba, el redactor se encontraba atado de pies y manos. Lo único que se sabía es que estaba trabajando en la investigación del misterio de la niña Rutherford.

Carson, el redactor local, hizo todo lo humanamente posible. Envió a la escena a otro reportero y le dio carta blanca, ordenándole que rastreara la pista de Curtis. Pero cuando transcurrieron dos días sin ningún tipo de noticias, Carson tomó una decisión. Dijo que la seguridad personal de Curtis era «más importante que cualquier maldito reportaje», y, en menos de una hora, la policía ya contaba con toda la información de la que disponían en el *Record*. No era demasiada.

Unos minutos después, un numeroso grupo de policías vestidos con su tosco uniforme se encaminaban a la residencia de Fortinbras, mientras un cordón de guardias fue emplazado alrededor de sus terrenos. Todo se hizo de forma muy rápida y precisa, bajo una intensa lluvia y en medio de la oscuridad. Era un atardecer gélido y deprimente.

Los detectives Linthicum y Mallory, flanqueados por otros cuatro policías y un batallón de periodistas del *Record*, se encaminaron por la avenida principal del bosque de Fortinbras e hicieron un alto al cobijo de los árboles. Se susurraron unas órdenes y luego se separaron. Dos de los policías fueron hacia la parte trasera de la mansión y otros dos se emplazaron en el porche, cada uno a un lado de la puerta. La brigada de reporteros se desplegó entre los árboles y permaneció frente a la casa,

excepto un tal Garfield —amigo íntimo del desaparecido Curtis— que se unió a los detectives Mallory y Linthicum. El trío de hombres se puso en marcha a través de la espesura. Mientras avanzaban una horda de gatos huían rápidamente de su cercanía.

Ni un rayo de luz rompía la pesada oscuridad de aquellos parajes, a pesar de que aún no era demasiado tarde. Los árboles que se erguían alrededor susurraban y crujían como siempre, la lluvia golpeaba con monotonía y constancia sobre las hojas. Al imaginativo Garfield le parecía que los árboles se juntaban inadvertidos en la oscuridad, como cerrando filas en torno a ellos. El maullido de los gatos añadía una nota de pesadilla a la aventura.

Al poco los tres hombres llegaron a la esquina sureste de la casa, como sombras, y permanecieron debajo de la ventana abierta. Estaba justo encima de sus cabezas.

—Voy a entrar —anunció Garfield con un susurro; pero el detective llamado Mallory negó con la cabeza.

—Linthicum es el más pequeño —dijo.

Linthicum asintió, mostrándose de acuerdo. Dio un paso adelante, se puso de puntillas y asió con los dedos la repisa de la ventana. Se subió a los hombros de Mallory y pudo ponerse al nivel de la ventana; al rato desapareció en el interior.

Garfield y el otro detective se quedaron esperando la reaparición de su compañero.

—¿Qué piensa, Mallory? —preguntó el reportero en voz baja—. ¿Cuál es su opinión de todo este embrollo?

—¡Asesinato! —la voz del detective sonó ronca y enojada, intentaba no hablar demasiado alto.

—Yo creo que es aún peor —dijo Garfield—. Verá, Mallory, he leído en algún sitio algo sobre una tribu de nativos que conservan la vida después de la muerte, ¿sabe a lo que me refiero? ¿Usted cree que ese diabólico doctor…? Pero, de cualquier forma, es un asesinato, claro. ¿Por que diablos Curtis no nos dejaría ningún mensaje?

—¿Cree que aún está aquí?

—¿Usted no?

—Seguro —dijo el detective con gravedad—. Baje la voz, señor Garfield.

—Yo también —dijo Garfield—, y presiento algo más. Lo he estado pensando desde que llegamos a este lugar. Recuerda las comidillas de los vecinos, ¿verdad? Aquí han muerto demasiadas personas. Primero la mujer, luego el hombre y ahora, a lo mejor, Curtis. Linthicum está ahí dentro, Mallory, y nosotros deberíamos estar con él. Se encuentra a solas con el doctor. Él…

El detective puso un mano en el hombro del periodista. Estaba inclinado hacia delante, escuchando con atención.

—¡Escuche! —dijo—. ¡Otra vez! ¿Lo ha oído?

Un grito lejano, que se repitió dos veces, atravesó la ventana hasta el lugar en el que se encontraban los dos hombres. De nuevo empezó, pero esta vez se interrumpió bruscamente.

Durante un instante ambos hombres titubearon, pero el grito no volvió a repetirse y Mallory, tras pronunciar un juramento, se encaramó a la ventana. Pero pesaba demasiado. Cayó entre maldiciones. Se puso a gritar a los hombres que estaban en el porche.

—¡Fuercen la puerta, Burns, Mulloy…! ¡Adentro!

—Súbame —Garfield le dio en el codo—. ¡Rápido, Mallory! ¡Ayúdeme a entrar por la ventana!

El corpulento detective levantó al periodista como si fuera una pluma y le empujó ventana adentro, luego corrió hacia las escaleras de la entrada.

Garfield cayó de pie sobre el alféizar de la ventana y se lanzó al interior de la oscura habitación con las manos por delante. De nuevo se puso en pie y comenzó a andar a tientas en medio de las tinieblas en dirección a unos vagos sonidos que venían de la parte de atrás. Siguió tanteando la pared con los dedos hasta que se encontraron un vacío, y luego atravesó cuidadosamente una puerta abierta. Ahora se encontraba en un pasillo que atravesaba la mansión longitudinalmente. Al fondo, recortándose sobre el suelo, había una línea de luz que indicaba la existencia de un recinto iluminado. Corrió en aquella dirección, tropezando con la pared en su rápida carrera; y mientras corría, la puerta principal, que estaba a su espalda, se abrió de golpe y cuatro policías entraron a toda prisa en el pasillo. Al mismo tiempo se produjo un estallido de maderas astilladas y el sonido de unas voces excitadas en la parte de atrás. La puerta posterior también había sido forzada.

Mallory y el resto de los policías corrían detrás de él. Se pegó a la pared y les dejó pasar. Oía las patadas y empujones sobre la puerta cerrada de la habitación secreta. Desde su interior creía oír una especie de golpeteo metálico y armónico, y luego un estruendo de cristales rotos.

La puerta se abrió de repente y entró pegado a los detectives, deslumbrado por un salvaje destello de luz.

Lo que sucedió a continuación fue como una pesadilla, ningún detalle ha quedado firmemente grabado en su memoria, aunque durante años toda aquella fantasía quedó impresa en su cerebro con increíble fidelidad…

Armarios metálicos y de cristal, como en un museo, repletos de toda clase de especímenes extraños… una vitrina llena de cráneos sonrientes, escalonados, como las cabezas grotescas que hay en los escaparates de las sombrererías… una selección de fotografías como las que se encuentran en los ficheros de la policía… y más allá, en una cocina enorme, fregaderos y cacerolas gigantescas, un horno de panza redonda y, lo más horrible de todo, una ingente cantidad de frigoríficos.

El cuerpo de Richard Linthicum yacía boca arriba al lado de un armarito lleno de instrumentos quirúrgicos, cuyo cristal había hecho añicos. El doctor estaba sentado inmóvil en una silla enorme; incluso en la muerte, sus ojos parecían desafiar a los invasores.

Poco a poco, cuando la vista se fue acostumbrando a la luz, Garfield comenzó a

mirar la vitrina de los especímenes. Estaban cuidadosamente envasados y etiquetados, para su correcta identificación. De otra manera habría resultado imposible saber a quién pertenecía. Una de las tarjetas, que estaba sobre el último envase de una hilera incompleta, le atrajo como un imán. Era una tarjeta de prensa del *Morning Record* que llevaba el nombre y la firma de su propietario.

—¡*Curtis*! —gritó.

Mallory pudo sujetarle justo antes de que cayera.

La edición matutina del *Record* mostraba unos titulares que estremecieron a la gente más que cualquier otro crimen en la larga historia de la ciudad:

> LA POLICÍA ASALTA UN CUBIL CANÍBAL – LA INVESTIGACIÓN DEL ASUNTO RUTHERFORD SACA A LA LUZ UN REPUGNANTE CASO DE REGRESIÓN – UN REPORTERO DEL *RECORD* VÍCTIMA DE UN MEDICO DEMENTE – EL DOCTOR FORTINBRAS SE SUICIDA

Aun así, el *Record* se mostró reticente a la hora de dar todos los detalles del suceso.

# AUGUST DERLETH - MARK SCHORER

# [1909-1971] [1908-1977]

«Murió demasiado pronto, y su fallecimiento dejó un profundo agujero en mi vida, a pesar de que, en los últimos años, no le veía con demasiada frecuencia. Fue una amistad extraña… Era un escritor extraordinariamente prolífico y estaba muy orgulloso de la enorme cantidad de libros que había publicado, cerca de 150 volúmenes antes de que le sobreviniera la muerte. Yo jamás fui tan prolífico. Pero también era un hombre muy disciplinado, y si yo he conseguido algo de esa disciplina ha sido gracias a él… Ahora le doy las gracias. Pero ¿por qué nunca decimos a la personas este tipo de cosas cuando aún están vivas?».

De esta manera describía Mark Schorer a August Derleth en *Pieces of Life*, una recopilación de ensayos publicada en 1977 por Farrar, Strauss & Giraux. Durante un periodo de tiempo muy breve, August Derleth y Mark Schorer fueron los colaboradores más prolíficos de *Weird Tales*, y, mirando hacia atrás, quizás también los más famosos. Pero se trató de una amistad precaria (si podemos llamarlo así) entre dos escritores. El párrafo que arriba figura, seguramente es lo más agradable que Schorer ha dicho de Derleth durante toda su existencia. Tengo serias dudas sobre su sinceridad, pues todo lo que he aprendido sobre Schorer revela que la sinceridad no era uno de sus puntos fuertes.

Aunque fueron a la Universidad de Wisconsin juntos, Schorer jamás mostró interés por Derleth, y aún menos respeto. Schorer era un hombre arrogante e interesado que, más adelante, mientras se ahogaba en el alcohol, se sentía angustiado por todas las personas a las que había pisoteado durante su carrera literaria y para subir el escalafón en la Universidad de California en Berkeley. Pero estos remordimientos sólo duraban hasta que los efectos del alcohol desaparecían por completo.

En cierta ocasión, un crítico afirmó que las mejores historias sobrenaturales de Derleth habían sido escritas en colaboración con Mark Schorer. No recuerdo cuáles fueron los motivos expuestos, pero tenían algo que ver con la imaginación superior y la mayor destreza de Schorer en cuestiones literarias. No me interesa lo más mínimo saber qué extraña y enrevesada lógica le hizo emitir un juicio semejante. Sospecho que algo tuvo que ver la postura antiderlethiana que adoptaron muchos críticos de la época.

Derleth y Schorer colaboraron en 24 relatos publicados. La mitad apareció antes de 1932 en *Weird Tales* y otras revistas, el resto fue editándose esporádicamente desde 1933 hasta 1947. Algunas fueron destruidas porque no había forma de

venderlas y Derleth archivó unas pocas en su estudio con la intención de revisarlas más adelante. Dos de estos últimos relatos no fueron publicados hasta más de setenta años después de que fueran escritos: «The kingdom in the Sea» (*New Horizons*, Arkham House, 1998) y la que sigue a continuación de este breve ensayo, «Un visitante del Exterior». Los mejores relatos en colaboración de Derleth-Schorer fueron publicados en 1966 por Arkham House, bajo el título de *Colonel Markesan and Other Unpleasant People*. Algunos de estos cuentos, entre los que se incluyen «Colonel Markesan» y «The Return of Andrew Bentley», fueron adaptados para el programa de televisión de Boris Karloff, *Thriller Theatre*.

Derleth y Schorer nacieron y se criaron en Sauk City, Wisconsin. Procedían de diferentes mundos sociales. El padre de Derleth era carpintero y su familia vivía modestamente en una pequeña casa con unos ingresos mensuales de 75 dólares. El padre de Schorer era el acaudalado propietario de la fábrica de conservas local en la que Derleth trabajaba después de la escuela y en los meses estivales. Mark Schorer no tenía que trabajar, disponía de una generosa aportación semanal que poder dilapidar. Ambos jóvenes no entablaron amistad hasta entrar en la escuela superior. Durante las clases de gramática eran duros rivales. A Derleth no le gustaba el carácter esnob y condescendiente de Schorer. Derleth aceptaba a sus amigos tal y como eran; Schorer se burlaba de ellos por ser hijos de pobres, granjeros iletrados y tenderos. «Caminaba por estas calles», escribió Derleth en una de sus cartas, «de una manera arrogante, sin dirigir la palabra a la gente “común”, al rebaño, que era como los llamaba. ¿Cómo iba a ser apreciado aquí? Era imposible. Mark es un extraño en su propio pueblo. Durante toda su vida ha utilizado a la gente en beneficio propio».

Se produjo un cambio muy profundo en sus relaciones cuando Schorer se enteró de que Derleth estaba escribiendo en secreto historias de fantasmas y que a la edad de 15 años había vendido su primer relato a la revista *Weird Tales*, después de que le rechazaran los 39 cuentos anteriores. Schorer también tenía ambiciones literarias, pero no sabía cómo encarar la tarea, y tampoco tenía la disciplina necesaria para empezar. La primera colaboración fue «The Elixir of Life» (*WT* julio de 1926), a la que siguieron «The Marmoset» (*WT*, septiembre de 1926), «The Figure with a Scythe» (*The Tryout*, enero de 1927), «The Black Castle» (WT, mayo de 1927), y una o dos más. La mayor parte de estas colaboraciones fueron escritas durante el verano de 1930, fecha en la que alquilaron, por 5 dólares al mes, una cabaña que constaba de una sola habitación cerca del río Wisconsin, y la amueblaron con una mesa, varias sillas, una máquina de escribir y papel. Pretendían producir un relato cada día y saturar la mesa del editor de *Weird Tales*, Farnsworth Wright, y también las de otras revistas del género.

Mientras Derleth seguía trabajando diariamente en la fábrica de conservas de la familia Schorer, ambos idearon un plan muy simple para escribir los relatos en serie. Derleth iría a la cabaña por las noches y, a la luz de una lámpara de queroseno, trazaría un boceto detallado de la historia. Schorer iría por la mañana y escribiría la

primera versión del relato. Esa noche Derleth lo completaría y reescribiría lo que Schorer había dejado sobre la mesa, y trazaría un nuevo boceto de otra historia a la que habría estado dándole vueltas durante su turno de trabajo en la fábrica de conservas. Luego se dedicaría a escribir sus propios relatos hasta altas horas de la noche, antes de caminar varios kilómetros de regreso a la casa de sus padres; cuando llegaba, apenas le quedaban unas horas de sueño antes de que rompiese el alba y volviera al calor sofocante de la fábrica de conservas.

Sin embargo, y a pesar de lo mucho que Schorer ansiaba escribir por su cuenta, no fue capaz de vender ningún relato firmado sólo con su nombre durante los siete años que siguieron a la publicación del primer cuento en colaboración con Derleth. Por entonces, Derleth ya había vendido cientos de historias, ensayos y varias novelas. Desafortunadamente para la reputación de Schorer, todos los cuentos de tema regional que finalmente pudo vender estaban basados en obras que Derleth había publicado años antes. No sólo copió los argumentos sin ningún tipo de recato, sino también párrafos, descripciones y diálogos completos, cambiando unas cuantas palabras aquí y allá para que el plagio no fuera tan evidente.

La primera persona que se dio cuenta de este robo intelectual fue Edward Klein, de Cincinnati. Mientras trabajaba en una tesis sobre los escritores contemporáneos de Wisconsin, en 1936, descubrió unas semejanzas tremendas entre las primeras obras publicadas de Derleth y los relatos que Schorer publicaría más adelante. Detalló todas estas similitudes en un ensayo de 109 páginas titulado «A Plagiarism of the Mind», del cual tengo una copia.

El 2 de junio de 1942, durante una reunión que Derleth mantuvo con la doctora Louise Phelps Kellogg, archivista de la State Historical Society de Wisconsin, en la que trataron sobre las correcciones que ella recomendaba para la versión final de la obra histórica de Derleth *The Wisconsin: River of a Thousand Isles* (editado un año después por Farrar & Rhinehart), la doctora Kellogg mencionó algunos comentarios que Schorer había hecho sobre Derleth la semana anterior y que a ella no le cuadraban en absoluto. Sabía que no eran ciertos. Derleth no quiso hablar sobre el tema, pero al día siguiente envió a la doctora Kellogg esta carta:

«Querida doctora Kellogg:

»… Sigo preocupado por la conversación sobre el señor Mark Schorer. Ayer no quise hablar mucho sobre el asunto, ya que había otras personas presentes en la habitación, pero, aunque no me gusta tratar este tema, pienso que usted tiene derecho a saber que los actos del señor Schorer tienen una explicación. Ya antes he sido víctima de sus calumnias; pensaba que había dejado pasar el asunto, pero ya veo que no es así… Me temo que está actuando deliberadamente, con la intención de ponerla en mi contra. Tiene derecho a saber los motivos por los que el señor Schorer actúa de semejante manera.

»En 1925, cuando empecé a vender mis cuentos mientras estudiaba en la escuela superior, el señor Schorer empezó a interesarse en la escritura. Como sus primeros

intentos resultaron baldíos, yo le animé permitiéndole colaborar conmigo en la creación de unos cuentos cortos, a resultas de lo cual nuestras colaboraciones comenzaron a ser publicadas en 1926. Esta situación duró unos cinco años, no siempre fue constante y únicamente estaba dirigida a la literatura *pulp*. Sin embargo, durante todo este tiempo, yo seguía experimentando con la literatura seria y acumulaba anotaciones e ideas sobre la Saga de Sac Prairie. Durante aquel periodo en el que colaboramos juntos me había dado cuenta —muy al principio, debo decir— que el señor Schorer carecía de imaginación; así que yo me ocupaba de inventar la trama principal y luego Schorer escribía la primera parte de la historia, mientras que yo escribía la segunda y corregía la versión Final. Esta falta de imaginación persiguió al señor Schorer de tal manera que, cuando ambos estábamos en la Composición 5 de Helen White, se vio obligado a pedirme ayuda con el argumento; yo le sugerí varios argumentos que él empleó en su obra, y es interesante observar que el final de una de sus historias, que yo le había dado, volvió a aparecer en las últimas escenas de su novela *The Hermit Place*, publicada en 1941. Por supuesto, el señor Schorer tenía libre acceso a mi mesa y durante aquel tiempo, mientras estábamos en la Universidad de Wisconsin, yo había escrito una o dos historias que indicaban que poseía el estilo de prosa y la imaginación necesaria para escribir algo más serio que simple literatura *pulp*. Una de las piezas que escribí por entonces se titulaba *Dawn*; se trataba de un relato sencillo e intrascendente que versaba sobre los anhelos de la mujer de un granjero por escapar de la monotonía de su trabajo. Un día estaba revisando los papeles del señor Schorer en busca de una de nuestras colaboraciones. Me topé con un relato titulado *The Ocean' Blue*, un cuento suyo; una simple mirada me bastó para descubrir sus similitudes con *Dawn*. Leí el relato inmediatamente y vi que era un plagio descarado. Tomé el manuscrito y se lo dije al señor Schorer.

»… Pero aquel plagio tan sólo fue el primero. Pasé por alto muchos, pero, después de que el señor Schorer volviera a tener acceso a mis notas y copiara cierto material en *A House Too Old*, la ruptura de la vieja amistad fue inevitable… El señor Schorer jamás pudo perdonar que yo le dijera cándidamente que ya no podía confiar en él, y de ahí sus comentarios como el que usted me transmitió ayer. Podríamos descubrir en el mundo de Schorer otras influencias aparte de la mía, y yo le sugeriría que estudiara detenidamente las obras de Margery Latimer, Thomas Wolfe y S. G. A. Rogers, este último sobre todo en relación con *The Hermit Place*, los anteriores en relación con varios cuentos cortos.

»… El señor Schorer sabe tan bien como cualquier otro que me conozca que, a pesar de la rapidez con la que trabajo, jamás "copio" de ningún libro, relato o poema… No soy fanfarrón ni descortés; puede que no sea un caballero en el sentido literal de la palabra, como el señor Schorer se ha ocupado de aclararme de vez en cuando, pero siempre estoy presto a reconocer la ayuda que se me presta, como usted bien sabe, y a citar mis fuentes históricas y literarias. Jamás encontrará esta honestidad en el señor Schorer».

Por entonces, las relaciones entre Derleth y Schorer se habían enfriado hacía tiempo. Tras más de una década de silencio, ambos reanudaron una correspondencia esporádica que apenas contenía más que unos pocos párrafos, y también se vieron en persona en contadas ocasiones durante las tres décadas siguientes. Schorer se graduó por Harvard y se trasladó a California para dedicarse a la enseñanza en la Universidad de California, en Berkeley. Escribió un puñado de novelas, varios estudios críticos y en 1961 publicó una exhaustiva biografía de Sinclair Lewis.

Derleth hizo una crítica positiva de la biografía de Lewis escrita por Schorer, aunque en privado le desagradaba que Schorer hubiera tratado al famoso escritor regionalista de una manera tan deferente y fría. Pensaba que el autor de *Main Street, Elmer Gantry* y otras obras punteras merecía un trato mejor. Cuando Schorer leyó el *Walden West* de Derleth, que fue publicado en el mismo año que su biografía, Derleth escribió a Philip Colehour, que había crecido y asistido a la Universidad de Wisconsin al mismo tiempo que ambos escritores: «Ha sido muy cuidadoso a la hora de escribirme sus comentarios para que no pueda ser citado; la frase más citable que ha vertido es: “no hay nada como esto”, que ya de por sí resulta demasiado ambigua para ser citada. ¡Así es él! Más tarde, cuando el *New York Herald Tribune* le preguntó por los tres libros más destacados del año 1961, se abstuvo de mencionar el mío, eligiendo en su lugar dos obras menores escritas por personas de su entorno que, y así lo admitió con franqueza, ¡quería que se sintieran en deuda con él! Todo esto es lo que contribuye a que Mark sea lo que es». Luego Derleth comentaba que la biografía de Schorer no había sido nominada para el Premio Pulitzer (aunque Derleth pensaba que sí debía de haberlo sido) porque no había tratado con las personas adecuadas.

Derleth hizo una serie de comentarios pragmáticos y muy interesantes sobre la figura de Schorer en sus cartas a Colehour, entonces profesor del East Texas State Teachers College. Por extraño que parezca, carecen de toda malicia, como este del 28 de enero de 1963:

«Mark siempre estaba centrado en sí mismo, no podía evitarlo; a veces tenía algún gesto de generosidad, pero no era lo normal en él. Quizás es ese fallo el que le impide escribir bien: sus personajes son fríos, no logran interesarnos ni nos sentimos reflejados en ellos. Su falta de afectividad hace que no pueda transmitírsela a ellos. No tendría por qué, pero, en este caso, ocurre así. Es despectivo con sus familiares —padres, hermanos, etc.— y éstos lo son con él. La última vez que estuvo aquí, en junio pasado, se pasó una hora entera quejándose de su familia. Después de que se fuera, me di cuenta de que sentía como si Mark hubiera muerto hace tiempo. Pero supongo que, para mí, en un sentido muy real, ya estaba muerto».

El 15 de julio de 1963, tras volver de California, donde había ido con sus hijos a Disneyland, Derleth le escribió de nuevo contándole una velada que había pasado con Schorer:

«Estuvimos cenando en su casa hace un mes… la velada fue opresiva y triste, pues Mark está muy avejentado… Y, lo peor de todo, es que está empezando a darse

cuenta de que no tiene ningún amigo de verdad porque jamás se ha ocupado de cuidar sus amistades. No dejaba de recordar el pasado cuando nos encontrábamos a solas, confesando la simpatía que sentía por mí, pero no nos entendíamos, ni podíamos evocar recuerdos mutuos porque para Mark los únicos recuerdos presentes tenían que ver con su propia vanidad. Al final tuve que decirle que no nos encontrábamos en la misma onda porque sus recuerdos eran distintos de los míos, y él se sintió asombrado porque ambos tenían que ver con los mismos acontecimientos… Por ejemplo, no se acordaba de haberme dicho que no podía ir con él al funeral de Margery Latimer ("¡No sabrías cómo comportarte!") en 1932, aunque Margery era más amiga mía que suya; y ahora se siente horrorizado [Margery Latimer era una prometedora escritora de literatura regional que murió en Chicago al dar a luz con treinta y pocos años]; tampoco se acordaba de no haberme invitado a su boda, aunque seguramente tampoco hubiera ido, ya que trato de evitar en lo posible los casamientos y funerales. Así que la velada, aunque su casa era hermosa y tranquila, transcurrió de una forma extraña, ya que, a pesar de que Mark vivía, respiraba, hablaba y se movía, para mí estaba muerto desde hacía tiempo y no podía reconciliar su manera de ser en Berkeley con la de su juventud, y allí estaba yo, sentado, intentando desesperadamente recordar cualquier detalle amable que hubiera tenido conmigo en el pasado, pero por mucho que lo intentaba sólo me vino a la mente uno que tuvo lugar antes de que nos conociéramos bien, cuando él tenía 16 años y yo 15, y pasamos un día en Madison, y cuando yo me quedé sin dinero, él lo puso por mí. Jamás volvió a suceder algo parecido. Era imposible. Aquel sujeto murió hace mucho, mucho tiempo».

Derleth sabía que nunca volvería a reconciliarse con Schorer. La escena que se describe a continuación, acaecida en California, en la que Schorer se compadece de sí mismo, se ha repetido demasiadas veces. En una carta a Colehour del 31 de octubre de 1951, Derleth recuerda:

«Un verano de hace varios años, dos, creo, se sintió muy generoso y vino en coche a hacerme una visita. Yo tenía compañía, como suele ser habitual, y él quería verme a solas. Así que subimos las escaleras donde podríamos estar tranquilos unos cinco minutos, y él empezó a lloriquear y disculparse porque me había "malentendido", [y] cosas por el estilo; pero lo que realmente quería decirme es que se sentía mal porque apenas tenía amigos de verdad, si es que tenía alguno, y que necesitaba saber si habría alguna manera de arreglar una amistad que él creía posible y deseable. Todo lo que hice fue sonreír y señalarle el calendario en silencio. En realidad él no me necesitaba; lo que necesitaba era la clase de amistad que sabía que yo podría darle cuando empezaba a sentir compasión de sí mismo».

Resulta incomprensible por qué Derleth siempre se mostró cordial con Schorer durante el resto de su vida. Sólo a dos personas relató los detalles desagradables sobre la figura de Schorer, la doctora Louise Kellogg y su antiguo compañero de escuela Philip Colehour, pero sólo después de que Colehour le preguntara repetidamente. Él

jamás habló del asunto voluntariamente, aunque fuera para desahogar su rabia. En la última frase de su carta a la doctora Kellogg, que yo no he incluido arriba, Derleth decía que planeaba archivar su copia de la tesis de Edward Klein sobre el plagio de Schorer en la Wisconsin State Historical Society. Pero nunca lo hizo. La metió en un archivo con sus papeles personales que permaneció oculto en su casa hasta 1977. Las citas sobre Schorer que he usado para este ensayo han sido recortadas severamente. Tan sólo son la punta de lanza de otras revelaciones mucho más devastadoras que es mejor que permanezcan en los archivos de Derleth… olvidadas para siempre.

# UN VISITANTE DEL EXTERIOR

## AUGUST W. DERLETH Y MARK SCHORER

Si no hubiera estado paseando por Sheridan Road a las tres de aquella tarde, y si Alice John, mi prometida, no hubiera estado en la plataforma de observación de la Torre de la Tribuna a las cinco, todo el asunto podría haber pasado inadvertido sin que nos hubiéramos dado cuenta de nada. Y un horror podría haber sido liberado sobre Chicago. Ya que, cuando iba a cruzar la intersección de la Avenida Wilson con Sheridan Road, me fijé en una pelea que estaba teniendo lugar en la parte de atrás de un autobús que iba en dirección contraria a la mía. Un hombre parecía estar forcejeando con otros dos individuos que, me dio la sensación, intentaban capturarle. Con un brusco movimiento, el sujeto consiguió liberarse, saltó a la escalerilla del autobús y luego se lanzó en medio del tráfico. Pero apenas se encontraba a más de un metro del autobús cuando se produjo un gran destello de luz en el lugar en el que debía estar el cuerpo y, un momento después, hubo un tremendo golpe en el capó de un coche que se dirigía hacia el este a menos de tres metros de la curva donde yo me encontraba.

Estaba en primera fila de la multitud que se había arremolinado en el lugar. El coche se había detenido y su conductor estaba fuera para ver contra qué había chocado. El cuerpo del hombre que se había arrojado del autobús yacía a un costado del coche. En la atmósfera había un olor acre y muy definido a ropas y cabellos chamuscados. Un policía se abrió paso entre el gentío y miró el cuerpo. Estaba claro que había que trasladar el cuerpo, ya que estaba interrumpiendo el tráfico; las bocinas de los coches aullaban en la avenida. El policía se inclinó para recoger el cuerpo y, con la ayuda del tembloroso conductor y de un peatón, logró arrastrar el cadáver hasta la curva. Lo primero que vi es que el rostro del hombre era, sin lugar a dudas, extranjero, seguramente oriental. Tenía los ojos abiertos de par en par, aterrorizados, como si contemplara un horror invisible.

Me estremecí, y estaba a punto de abandonar la escena, cuando me di cuenta de que había un sobre en el lugar en el que había estado tendido el cuerpo y, un poco más allá, una pequeña tablilla cuadrada rota por la mitad. Me detuve para recogerla. El sobre estaba chamuscado y apenas se podía leer lo que estaba allí escrito. El apellido estaba completamente borrado, todo lo que pude leer fue «Clark Str…». Una de las caras de la tablilla estaba lisa, por la otra había un extraño grabado de diseño geométrico, algo parecido a una tela de araña con un círculo y una estrella de cinco puntas.

—Curioso —pensé, y guardé el sobre y la tablilla dentro de mi bolsillo. Luego,

caminando con más rapidez, bajé por la Avenida Wilson y seguí andando durante un rato por Sheridan Road. Hasta que no había recorrido una distancia considerable no empecé a preguntarme cómo era posible que la víctima del accidente que acababa de contemplar estuviera chamuscada de aquella manera.

Un par de horas después me hallaba en el ascensor que subía hasta el piso veintiuno de la Torre de la Tribuna, lugar en el que se encuentra la oficina de Alice John. Ella no estaba en el despacho, y uno de los empleados me dijo que había subido a la plataforma de observación, en la azotea de la torre, junto con su compañera Hannah. Así que yo también subí. Las dos estaban allí, pero parecía que estaba sucediendo algo. Vi que Alice hablaba con Hannah, pero esta última no daba muestras de estar escuchándola. Hannah estaba inclinada sobre la barandilla de la plataforma, mirando hacia abajo, a la calle. Durante un rato Alice dejó de hablar; luego se echó hacia delante, con los labios apretados firmemente, y miró por encima de la pared occidental de la plataforma. Una multitud parecía estar congregándose un poco más allá de la Avenida Michigan. Hannah tosió con fuerza y miró a Alice. Su rostro estaba pálido.

—¿Qué crees que está pasando ahí abajo? —preguntó.

Alice John la miró durante unos instantes; luego sonrió, aunque su sonrisa no resultaba muy convincente.

—No seas tonta —dijo de manera cortante—; sé lo que estás pensando, pero no tiene sentido. Está demasiado lejos para tratarse de un hombre que haya caído desde la torre, Hannah.

—Sí —dijo Hannah, aún insegura—. Supongo que sí.

Entonces me vieron.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Se miraron entre sí. Luego, Hannah empezó a hablar.

—Un hombre acaba de desaparecer de esta plataforma. No creo que se haya caído, pero el caso es que ya no está aquí. Debería haberse tirado y sin embargo… No sé.

Alice y yo seguimos la dirección que Hannah señalaba con el dedo y vimos a lo lejos, en la Avenida Michigan, una gran multitud que interrumpía el tráfico y que se congregaba alrededor de un grupo más pequeño que había en el centro.

Era la clase de aglomeración que podría haberse congregado si alguien hubiera caído de la torre. Sin embargo, si alguien hubiera caído desde la plataforma de observación, habría ido a parar al parapeto que se extendía un poco más abajo y, aunque hubiera rebotado en él, aunque lo hubiera sorteado de alguna manera, habría caído directamente debajo de la torre ¡y no al final de la Avenida!

Alice John se retiró bruscamente de la baranda. Empezó a hablar con precipitación.

—El sujeto venía aquí todos los días… y solía mirar hacia el Oeste por el telescopio durante horas y horas, sin dejar que nadie más lo utilizara. Hannah y yo le

hemos seguido hoy, y le hemos estado espiando. Íbamos a pedirle que nos dejara usar el telescopio cuando sucedió algo. No sé exactamente de qué se trataba. Hubo un destello —como un relámpago— y de repente el hombre se puso a gritar de manera espantosa. Cuando volvimos a mirar se había ido.

Cuando Alice mencionó lo del destello de luz, pensé en el incidente similar que había tenido lugar en la Avenida Wilson, pero Hannah me interrumpió antes de que pudiera decir nada.

—¿Qué es eso? —preguntó. También ella había retrocedido y señalaba un punto en el muro, cerca del telescopio.

Alice y yo miramos, y vimos un garabato renegrido que en seguida me resultó familiar: una tela de araña con un círculo y la estrella de cinco puntas. Daba la sensación de haber sido escrito allí mismo, pues había restos de carbonilla. Aquella firma doblaba las coincidencias entre el «accidente» del que yo había sido testigo y el extraño suceso que Alice había contemplado.

—Lo hizo él —decía Alice—. Debía de tener una tea, o algo así.

Pero Hannah no estuvo de acuerdo.

—No puede ser —dijo—. No estaba ahí cuando nosotras llegamos, y no encendió ninguna tea mientras nos encontrábamos aquí. Ese destello de luz…

Hannah echó un rápido vistazo a la calle y luego se volvió hacia el extraño diseño. Entonces nos miró y dijo apresuradamente:

—Señor Carr, Alice, ¿por qué no bajamos y vemos qué es lo que anda mal?

La multitud había empezado a disiparse cuando salimos del vestíbulo del edificio, pero aún había pequeños grupos de personas que hablaban entre murmullos mientras nos acercábamos. Tres hombres se habían detenido cerca de la entrada del edificio, y pudimos oír algún que otro retazo de su conversación. Escuchamos con atención.

—Jamás había visto un cuerpo tan destrozado. Era horripilante; desearía no haberlo visto nunca… jamás podré quitármelo de la cabeza.

—Pues tú no has visto su *cara*… da gracias al Cielo de que haya sido así. No sólo era la *expresión*, que ya de por sí resultaba espeluznante… pero es que además estaba totalmente *chamuscada*, ¡como si el sujeto hubiera estado caminando dentro de una hoguera!

Sentí que alguien me agarraba con fuerza por el hombro y me volví para contemplar los ojos aterrorizados de Hannah.

—Era, era… —susurró—. ¡Sí *se* cayó!

—No pudo haberse caído desde aquí —dijo uno de los hombres—, pero tenía que haber algún tipo de descarga eléctrica o magnetismo estático en el lugar desde el que cayó. He oído que un reportero decía algo así.

—Bueno, ya veo que habéis visto bastante, pero podéis sentiros dichosos de no haber contemplado lo que vi yo. Me encontraba justo enfrente cuando levantaron el cadáver, y sus ropas se le desprendieron de una forma horrible. Pude verle la espalda y uno de sus costados, y las *marcas* que allí había. Ya lo leeremos en los periódicos…

si se atreven a publicarlo.

—¿Qué marcas? No escuché comentarlo a nadie.

—Supongo que nadie quería hablar de eso. ¡A mi tampoco me apetece mucho! ¿Puedes imaginarte cómo sería la marca de una mano o zarpa enorme de entre 30 y 50 centímetros? Soy demasiado imaginativo, creo, pero esas cosas me crispan los nervios. Varias líneas paralelas, como de unos dedos gigantescos, que medían más de treinta centímetros y que recorrían su espalda y parte del costado. *¡Y estaban impresas a fuego en la carne con una profundidad de unos tres centímetros!*

Me puse a su lado.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté.

—Que un hombre ha caído desde la torre —contestó uno de ellos.

Luego, una cuarta persona, que hasta entonces no había dicho nada, se adelantó un poco y dijo:

—No, no se ha podido caer desde allí. Y tampoco ha saltado; el parapeto que sobresale en el piso veintiuno habría detenido su caída. Alguien arrojó a ese sujeto, ¿de qué otra manera podría haber llegado hasta este lugar de la Avenida?

Mientras volvíamos al edificio y subíamos a la planta veintiséis, las dos mujeres permanecieron en silencio.

—Bueno, parece que nos hemos topado con un misterio desde dos ángulos diferentes —dije.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alice.

—He visto a un hombre que, aparentemente, se tiraba de un autobús en el cruce de la Avenida Wilson con Sheridan Road hace apenas dos horas. Una especie de accidente, creo. El sujeto saltó del autobús, y parecía tener una enorme carga eléctrica, por el destello que vi. Cuando cayó al asfalto, estaba terriblemente chamuscado.

Hannah se estremeció.

—Ya es suficiente —dijo—. Me estoy asustando, y no sé por qué. Los dos hombres sufrieron un terrible impacto lumínico, y ambos acabaron chamuscados…

—El mío era un oriental de algún tipo —dije.

Alice se volvió hacia mí con una mirada extraña.

—¿Crees que podría tratarse de un persa?

—¿Por qué? —pregunté.

Habló con precipitación.

—Porque nuestro hombre era persa, y porque si el tuyo también lo era, entonces creo que se trata de algo más que una simple coincidencia.

—Sé que hay algún tipo de conexión —dije—. Los signos que había en el muro de la plataforma de observación eran exactamente iguales a los que hay en una pequeña tablilla que se salió del bolsillo del accidentado y que yo recogí.

Saqué la tablilla para enseñársela a Alice y Hannah, junto con el sobre chamuscado. Fue en esto último en lo que Alice prestó mayor atención, y en la

dirección que allí figuraba.

Apenas fue capaz de susurrar una pregunta:

—¿Tam… también encontraste eso?

Asentí.

—Sí, junto con la tablilla.

Alice miró a Hannah.

—La noche anterior, aquel hombre dejó enfocado el telescopio en un punto. Hannah y yo intentamos determinar lo que había estado observando… ¡Era una casa de la calle North Clark!

Habíamos hecho el trasbordo en el piso veintitrés y ya nos encontrábamos tres plantas más arriba, en las oficinas del estudio de arquitectura donde Alice estaba empleada. Nos paramos nada más entrar y hablamos en voz baja.

—Estás muy pálida —le dije a Hannah, con una tímida sonrisa—. Si no te conociera mejor pensaría que habías visto a un fantasma.

Alice me interrumpió con un tono de voz seco y cortante que me resultaba ajeno a ella.

—Creo que se trata —dijo— de algo mucho peor que un… fantasma.

Leo J., el arquitecto para el que trabajaban Alice y Hannah, salió de su oficina. Nos miró por encima de sus lentes y sonrió.

—¿Ya estás aquí, Hannah? —dijo—. Necesito que tomes un dictado, por favor.

—¿Me va a necesitar para alguna otra cosa? —preguntó Alice.

—¿Con el señor Carr merodeando por aquí? —bromeó—. Creo que no.

Mientras descendíamos hacia el vestíbulo de la Torre de la Tribuna, le dije a Alice:

—Estoy empezando a pensar hay algo más en todo este asunto, Alice, algo que ni tan siquiera sospechamos. La casa de la calle North Clark parece ser el único punto de conexión entre los dos casos.

Alice asintió.

—El persa tenía el telescopio enfocado en ella, y había estado observándola con suma atención durante casi una hora. Creo que estaba mirando algo, o esperando para ver algo, mientras Hannah y yo le espiábamos. Ya había estado en la torre en otras ocasiones. Su sigilo despertó nuestra curiosidad.

—Conoces la casa —pregunté.

—Sí. Paso delante de ella todos los días de camino al trabajo.

Medité un rato; luego Alice, que también había estado pensativa, exclamó:

—Escucha, Don, ¡vamos hasta allí!

—¿Por qué? —inquirí.

—Tan sólo para echar un vistazo, a lo mejor descubrimos algo interesante, algo que pueda conectar ambos sucesos.

—De acuerdo —contesté sin dudarlo. Creo que el instinto de los detectives está presente en todos nosotros; al fin y al cabo, es otra forma de curiosidad.

Cuando llegamos a la calle, hice parar a un taxi.

Una vez dentro, Alice se inclinó sobre el conductor, dándole instrucciones.

—Vaya despacio por la calle North Clark. Ya le diremos dónde tiene que parar.

El taxi viró en la esquina y Alice se echó hacia atrás junto a mí. No habíamos avanzado mucho cuando Alice volvió a inclinarse y ordenó al taxista que parase. Salimos y le pedimos que nos esperara.

Un hombre, que nosotros pensamos que debía de ser el propietario, apareció en la puerta después de que llamáramos al timbre. Nos miró inquisitivamente tras la hoja exterior que hacía las veces de mosquitero.

—¿Tiene habitaciones? —le pregunté, pues había visto un cartel que anunciaba habitaciones en alquiler. Era lo único que podía decir, ya que no quería que se supiera el verdadero motivo de nuestra visita.

—Sí, señor. Pase, por favor.

—Gracias.

Fuimos a dar a un recibidor desierto.

—Queremos varias habitaciones —dije.

—El tercer piso está completamente vacío ahora. ¿Desean verlo? Hay cuatro habitaciones.

Subimos dos tramos de escaleras y llegamos a la tercera planta. Primero nos enseñó las dos habitaciones traseras y luego una de las de delante.

—¿Qué les parecen? —preguntó.

—No están mal —dije, y luego, curioso por ver todas las habitaciones—: Pero usted dijo que había cuatro.

—Así es. Pero el otro cuarto necesita papel nuevo en las paredes. Y la madera está un poco deteriorada. Estará lista para ustedes en unos cuantos días.

—Déjenos ver la otra habitación, por favor —exclamó Alice.

Cruzamos la puerta que faltaba y entramos en una habitación vacía, pero apenas llevábamos un rato dentro cuando vimos el ahora familiar diseño chamuscado en la pared: la tela de araña con la estrella de cinco puntas.

—¿Qué es eso? —pregunté casualmente.

—No lo sé. Lo dejaron sus antiguos inquilinos.

—Qué raro, ¿verdad? —dijo Alice.

—Sí, señora, así es. Pero los inquilinos también eran muy raros. Persas, siete… y todos vivían en esta habitación. Al final tuve que echarles; eran demasiado peligrosos. Encendían fuego en la habitación… y no siempre en el hogar de la chimenea —señaló las jambas de la puerta y la repisa de la chimenea.

«¡Fuego!» pensé, y en seguida me acordé de aquel peculiar resplandor que se había producido cuando murieron los dos persas. Decidí instintivamente que el fuego era la conexión. ¿Qué extraños sucesos habían tenido lugar en esta habitación antes de que nosotros llegáramos? ¿En qué extraño asunto me había visto inmerso de repente? Volví la vista y pude contemplar la Torre de la Tribuna irguiéndose más allá

de la ventana de la habitación.

En esos momentos sonó el timbre de la puerta. El dueño de la casa se dirigió hacia el recibidor.

—Discúlpenme. Miren lo que quieran. En un minuto estaré de vuelta.

Le oímos bajar las escaleras.

Alice estaba cerca de la pared, mirando la gran cantidad de símbolos que allí estaban dibujados. Yo examinaba la madera chamuscada. Justo entonces pensé que olía a humo, y un momento después, a pesar de que el dueño de la casa se encontraba abajo, sentí que no estábamos solos. No puedo explicar el porqué de aquella sensación; era un sentimiento del todo intangible. En ese mismo instante supe por primera vez que Alice y yo nos hallábamos involucrados en un asunto de una importancia siniestra. Que nos enfrentábamos a algo, o a alguien, que pretendía destruirnos, como ya había hecho con los persas. Pero entonces olvidé todas esas sensaciones de peligro, ya que Alice, sin previo aviso, se puso a gritar alocadamente. Giré sobre mis talones; en ese instante brotó una columna de fuego de la pared que Alice había estado examinando. Me abalancé sobre ella y la aparté de un empujón. La llama se perdió en el aire, luego volvió a aparecer de repente, y se dirigió hacia nosotros. La esquivamos de milagro, cruzamos la puerta y corrimos escaleras abajo. A medio camino nos encontramos con el dueño.

—¡Hay fuego en la habitación! —grité. El hombre se puso pálido.

—¿Fuego? —tartamudeó.

Pero nosotros seguimos corriendo escaleras abajo hasta salir del edificio. Mientras me acercaba al taxi, que aún seguía esperándonos, una especie de miedo se apoderó de mí. De nuevo no existía ninguna explicación, excepto que allí había algo tan sorprendente, tan inexplicable y poderoso —en aquel repentino estallido de fuego que había tenido lugar justo después de sentir que nos enfrentábamos a una fuerza desconocida— como para hacer que temblara de los pies a la cabeza acosado por un terror invisible.

Mientras nos alejábamos rápidamente del lugar, vimos por la ventanilla trasera del vehículo que el piso de arriba de aquella casa estaba completamente en llamas, unas llamas que se movían con una increíble velocidad. Fuera cual fuera la fuerza capaz de hacer aquello, parecía querer vengarse del casero, envolviéndolo todo en un fuego rojizo y un denso humo negro.

Sentí que Alice y yo nos enfrentábamos a un poder que no era totalmente de este mundo. Aquella sospecha hizo que, mientras nos dirigíamos a la Torre de la Tribuna, que era a donde le había dicho al taxista que nos llevara tras nuestra espantosa retirada, le dijera a Alice:

—Me gustaría contarle todo esto a Dave Windemere.

—¿Mi amigo, el investigador psíquico? —preguntó Alice, intentando recuperar la calma después de nuestra precipitada huida.

Asentí.

—Creo que es una estupenda idea —dijo.

Ya en el edificio, llamé a Dave Windemere desde una cabina telefónica y conseguí una cita para reunirnos en Frascatti's dentro de quince minutos.

Llegó antes que nosotros. Dave, todavía un hombre joven con sus treinta y pocos años, estaba sentado en la mesa de un rincón cuando Alice y yo entramos. Ante sus ojos tenía una edición extraordinaria del *American* y, cuando nos sentamos junto a él, señaló los titulares y dijo:

—Me habéis llamado por esto, ¿verdad?

Los titulares decían: *¡Cuatro asesinatos eléctricos! —y debajo—: ¡Los crímenes eléctricos de la semana culminan con el asesinato de la Torre de la Tribuna y el de Sheridan Road!*

—Tres —dijo Dave Windemere con sequedad—. Todos persas, como los otros dos. No creáis que intento asustaros pero, a no ser que alguien encuentre una manera de evitarlo, va a haber más crímenes. —Sonrió a Alice, que estaba muy pálida—. Ya he pedido la cena para todos, y sospecho que sabéis algo de primera mano sobre lo acontecido en la Torre.

Alice asintió con rapidez, y le resumió todo el asunto en unas cuantas frases. Luego, yo le conté lo que había visto en el autobús de la Avenida Wilson y le di el sobre y la tablilla rota.

—Sí —dijo Windemere, tomando la tablilla—. En todos los asesinatos, que la gente ha dado en llamar «eléctricos», ha aparecido el mismo signo. El primer contacto que tuve con todo este asunto fue por un crimen que tuvo lugar en Ravenswood a principios de esta semana. Un criado persa murió de la misma manera que en los asesinatos eléctricos. Me acerqué a ver el cuerpo y la mujer del dueño me comentó que el persa había venido de la casa de la calle North Clark. Fui allí en una ocasión y estuve con el casero. Allí se confirmaron mis sospechas. Siete persas habían ocupado la tercera planta. El dueño los había echado por sus extraños escarceos con el fuego, que ponían en peligro su vivienda. Parecía que estuvieran llevando a cabo algún tipo de ceremonia, y me dijo que una vez les había estado espiando desde la ventana de un edificio vecino. Aunque llevaba unos prismáticos de los que se utilizan en la ópera, no pudo ver mucho, pero confesó que se había sentido espantado. Contempló a todo el grupo realizando una especie de ceremonia delante de un rudimentario altar, como si estuvieran adorándolo. De repente, me dijo, algo les lanzó al suelo y se produjo un destello cegador. Justo después, el altar estalló en llamas. Desde entonces decidió echarles. Tuvo bastantes problemas para conseguir que se fueran, porque clamaban que la cosa a la que adoraban —ese fuego elemental — estaba ligada a ellos y a la casa, y que se vengaría de ellos con la fuerza de lo elemental. Por fin pudo echarlos, pero desafortunadamente no sabía adónde habían ido.

—Bien —dije con excitación—, pues el elemental, o lo que quiera que sea, se ha tomado cumplida venganza hace una media hora.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Windemere.

Le narré brevemente nuestra visita a la casa de la calle North Clark, junto con los extraños sucesos que allí tuvieron lugar y que, finalmente, me llevaron a contactar con él. Su rostro empalideció cuando le hablé del ataque que habíamos sufrido Alice y yo.

—¡Por Dios! —exclamó involuntariamente—. Entonces estáis metidos en esto. ¡Ahora mismo os encontráis expuestos a un terrible peligro!

Alice se puso un poco pálida, pero en seguida se recobró.

—¿Qué es un fuego elemental, Dave? —preguntó.

Dave Windemere frunció los labios.

—Un elemental —por fin comenzó a hablar con cierto recelo— es la fuerza que hay detrás de los elementos: aire, fuego, agua y tierra, o cualquiera de sus elementos; y aunque no tiene que ser necesariamente maligno, en este caso sí ha resultado particularmente perverso. Sospecho que ha habido algún tipo de error en las ceremonias que realizaron los persas, pero como mucho tan sólo podemos suponer las causas. El peligro reside en el hecho de que se trata de una cosa completamente intangible, y en que, tras eliminar a los persas, ahora podría atacar a cualquiera, sembrar el pánico en la ciudad. Tenemos que acabar con él antes de que eso suceda.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Alice.

Windemere sonrió con ironía.

—Sólo hay una manera, tenemos que exorcizar al elemental, pero, desafortunadamente, para llevar a cabo esta ceremonia, necesitamos a uno de los persas. Y aunque ya llevo una semana buscando, jamás he podido encontrar a ninguno de ellos antes de que fuera demasiado tarde. El lunes fue el asesinato de Ravenswood, al día siguiente eliminó al persa que estaba empleado en el Hotel Southside, y ya estamos a jueves y el número de víctimas asciende a cinco. Todavía quedan otros dos persas en algún lugar. He puesto un anuncio, pero aún no he obtenido resultados. Sin embargo, no pierdo la esperanza.

—Esa cosa actúa con gran rapidez.

Windemere asintió gravemente.

—Lo sé. Y eso significa que nosotros, también, tenemos que apresurarnos. De alguna manera, esos persas han convocado a la cosa desde el espacio exterior, y ahora ya no quiere regresar. Su poder crece con cada nuevo asesinato.

Alice se estremeció; pude sentir cómo temblaba. Windemere prosiguió.

—Y justo ahora —dentro de 60 minutos, para ser más exactos—, tengo que tomar un tren con destino a Madison por asuntos de negocio con la tienda. Volveré mañana al mediodía, pero incluso la pérdida de unas pocas horas puede resultar vital. Cuando el elemental se sienta libre —una vez que todos los persas estén muertos— será extremadamente difícil exorcizarle.

Alice seguía temblando.

—Comamos.

Estuve de acuerdo e intenté cambiar el curso de la conversación.

—La comida se está enfriando.

Pero no me apetecía comer nada.

Aproximadamente a las cinco de la tarde del día siguiente llamé a Alice.

—¿Eres tú, Alice? No digas nada. Escucha. Te llamo desde la Northwestern Station. ¿Puedes venir aquí en seguida? Estoy con Dave Windemere. Hemos descubierto el rastro de uno de los persas. Vienen en el expreso de las cinco y cuarto desde Madison. ¿Puedes esperarnos en las puertas de la entrada?

A las cinco y cuarto Alice se encontró con nosotros en la entrada de la Northwestern Station, sonriéndonos amigablemente.

—Espero que hayáis encontrado a uno —dijo.

—Pues sí —contesté entusiasmado.

—Contádmelo —se volvió hacia Dave Windemere.

—Bueno —empezó—. En realidad no es nada. La noche pasada, en el tren de Madison, estaba releyendo las noticias sobre los últimos asesinatos cuando me di cuenta de que enfrente de mí había un oriental, y que estaba visiblemente agitado. Entonces descubrí que estaba leyendo las mismas noticias. Sospeché que se trataba de uno de los persas de la casa de la calle Clark, así que me puse a su lado y me presenté.

»Al principio se negó a hablar del asunto, pero le convencí al asegurarle que lo único que pretendía era devolver al espacio exterior a la entidad maligna que su pequeño grupo de adoradores había convocado. Logré que me contara toda la historia: cómo habían invocado al elemental sin quererlo y lo habían encerrado en la casa de North Clark, y cómo habían escapado de su furia cuando consiguió liberarse. Él, y otro persa que vivía en la Avenida Wilson, eran los únicos supervivientes que quedaban. Conseguí que el sujeto accediera a verse conmigo aquí cuando regresara a Chicago esta noche, y estoy casi seguro de que terminaremos con este horror durante las siguientes doce horas. Si no es así, ¡sólo Dios sabe lo que puede ocurrir!

—¡Aquí llega el tren! —dijo Alice.

—¿Vamos en su busca? —pregunté.

—No os preocupéis, él nos encontrará.

La multitud empezó a llenar la estación. Había muchos jóvenes, hombres y mujeres, que acababan de ingresar en la Universidad de Wisconsin el día anterior. Algunos se reían excitados y otros hablaban a voces en la parte posterior del recinto. Fue esta conversación la que atrajo la atención de Alice sobre los estudiantes recién llegados. Se volvió repentinamente hacia Windemere.

—He oído que uno de los chicos decía «quemado como una patata frita», y a otro que comentó algo acerca de unas ropas en llamas.

Windemere se acercó al grupo.

—¿Qué ha sucedido, chicos?

—Un accidente en el camino —dijo uno de ellos.

—¿Accidente? —añadió otro—. ¡Fue un asesinato, puro y simple!

—No seas idiota. Fue un accidente. Seguro.

—Vamos, vamos, chicos. ¿Qué ha pasado?

Uno de los estudiantes avanzó un poco y empezó a hablar.

—Han matado a un tipo entre Beloit y Harvard. Electrocutado, según parece. Estaba tan churruscado como una patata frita. Un extranjero, o al menos eso me parecía; probablemente persa. Estaba en el descansillo enfrente de nosotros cuando, de repente, una corriente eléctrica surgida de no sé dónde le alcanzó, y ¡plaf! ¡estaba muerto!

—¿Una corriente eléctrica? —intervino un segundo estudiante—. Escucha, gran hombre, tú no te encontrabas tan cerca como yo cuando se lo llevaron, así que no has visto ni la mitad de lo que yo pude contemplar. Aquel sujeto estaba tan quemado como una patata frita, eso es cierto, y sus ropas habían quedado reducidas a cenizas por el fuego, pero en su espalda estaba impresa una maldita marca que, lo juraría, ¡no estaba allí antes, cuando aún vivía! Se trataba de una especie de tela de araña, con un círculo y una estrella en el medio. Y no podía tenerla cuando aún estaba vivo por que el símbolo estaba demasiado profundamente impreso en su carne, y nadie puede tener eso y seguir vivo.

—¡Venga ya!

—Es cierto —dijo otro—. Yo también lo vi.

Dave Windemere había oído lo suficiente. Se dio la vuelta con rapidez y regresó a donde estábamos Alice y yo, lo suficientemente cerca como para enterarnos de todo lo que habían dicho.

—¡Le ha pillado! —dijo sucintamente—. Tenemos que ir a la Avenida Wilson y acabar con la cosa antes de que encuentre a su última víctima… ¡Sólo Dios sabe cuando parará!

No nos costó mucho explicar la situación al persa que vivía en el 5134 de la Avenida Wilson, quien, a pesar de que le aterrorizaba la idea de tener al elemental que habían invocado enfrente, no puso ningún reparo en colaborar con los preparativos del exorcismo.

—Lo primero que debemos hacer es un sacrificio de sangre.

—¿Bastará con un gato? —preguntó el persa tras unos momentos de duda.

—Sí, el gato servirá. Cuando estemos listos para empezar habrá que matar al gato y verter su sangre en un cuenco, que servirá para atraer al elemental. Ya tengo todo lo demás: sal, incienso, alcanfor, sulfuro y resina blanca, que tendremos que mezclar para llevar a cabo el exorcismo final del espíritu que estamos a punto de convocar.

—¿Cómo… —balbució Alice de repente—, cómo vas a exorcizarle?

—Cualquier elemental puede ser exorcizado, pero antes tiene que materializarse. El mejor agente para conseguirlo es la sangre recién derramada, que tiene un atractivo especial para el ente y ayuda a su materialización. Entonces, cuando tenga una forma, podremos lanzar el exorcismo ayudándonos de las otras cinco sustancias

que ya he mencionado.

—¡Tendremos que cegar las ventanas! —exclamó el persa.

—Sí, aunque apenas entra luz por ellas. Necesitaré su fajín rojo para tapar esa lámpara de mesa, la luz roja vibra a un rango inferior y no afectará a la materialización. Una luz más fuerte la impediría. El persa y Windemere llevaron a cabo todos los preparativos. Cerraron los cortinones y los ataron a los extremos de las ventanas. Taparon la lamparita con la tela roja.

El persa abandonó la habitación, pero regresó al rato con un cuenco que contenía la sangre recién derramada de su gato. Puso el recipiente enfrente de Windemere, en el centro de la habitación.

Ni Alice ni yo nos sentíamos demasiado cómodos. Dave nos pidió que nos sentáramos en dos de los cuatro asientos que él había colocado en semicírculo alrededor del cuenco.

—Permaneced totalmente quietos; no os mováis, ocurra lo que ocurra. Sobre todo, manteneos a salvo, ya que, si estáis completamente convencidos, eso hará que vuestra seguridad sea mayor. Es una forma de autosugestión que resulta muy eficaz.

Se sentó en el semicírculo con una copa en la que había mezclado los ingredientes que antes mencionara; la copa estaba tapada con una tela de color negro.

—Tened cuidado —susurró—. No os mováis por nada del mundo, no importa lo que veáis o escuchéis.

Al persa se le notaba muy intranquilo bajo aquella luz tenebrosa. Se hubiera sentido mucho mejor si todo estuviera a oscuras; no podía dejar de pensar que era el cebo que atraería a ese adversario invisible. Alice confiaba plenamente en Dave y respiraba agitadamente consumida por los nervios; sin embargo, yo tenía miedo por ella, y me descubrí lanzándole continuas miradas.

Durante cerca de una hora no hubo ni el más mínimo sonido en la habitación; incluso el rozar de nuestras vestimentas, cuando alguno de nosotros cambiaba de posición, apenas era audible. No existía ninguna clase de movimiento, excepto un leve vapor que ascendía del cuenco que estaba en el centro de la habitación. Este vapor pronto se disipaba en medio de las tinieblas reinantes.

Y entonces, bruscamente, detectamos algo que nos era ajeno. Alice fue la primera en darse cuenta de este cambio apenas perceptible, y sentí su mirada nerviosa sobre nosotros tres mientras seguíamos contemplando el cuenco con los rostros inmutables. Durante un rato volvió a sentarse tranquila. Luego, de nuevo, sentí que volvía a mirarnos. El persa también se había dado cuenta, y entonces detecté una presencia extraña y volví a sentir la misma sensación que había tenido en la habitación superior de la casa de la calle North Clark. Todos, excepto Dave, mirábamos nerviosamente la oscuridad reinante.

Alice fue la primera en descubrir la sombra sobre el suelo. Vi que su mano se movía un poco hacia adelante, como señalando algo. La sombra parecía provenir de algún punto por encima del cuenco y, sin embargo, no había nada. La

contemplábamos fascinados. Fue creciendo y se situó sobre la figura del persa. Dave le miró, advirtiéndole con la mirada que no se traicionase a sí mismo. Al mismo tiempo, la sangre que había en el cuenco empezó a ascender en una especie de remolino. Espumaba y burbujeaba. El rostro del persa empalideció mientras aguardaba con una calma forzosa. De repente la oscuridad pareció llenarse de movimiento. Aumentó en intensidad, ondulando de un lado a otro, remolineando y circulando entre nosotros, como oleadas de un humo espeso. De las tinieblas surgió una luz espectral, y acto seguido, a lo que parecía ser una gran distancia, varias Figuras de fuego apenas visibles: triángulos, cruces, círculos, estrellas, rombos. Su resplandor latía en la oscuridad reinante; disminuyeron en intensidad y, de pronto, volvieron a brillar con fuerza. Escuchamos un sonido muy débil delante de nosotros, como un siseo sibilante.

De repente todo desapareció y volvimos a encontrarnos como antes. Luego la sombra volvió a tomar cuerpo lentamente, irguiéndose esta vez justo encima del cuenco. Dave se levantó muy despacio, sujetando en una mano la copa que ahora estaba descubierta y en la otra una cerilla con la que pretendía encender su contenido. La cosa fue elevándose en el aire, ensanchándose hacia los costados, como una nube de humo. Poco a poco, con suma lentitud, fue tomando forma en medio de un silencio aterrador. La sangre del cuenco disminuyó rápidamente. Las gigantescas extremidades de la cosa se movieron de un lado a otro en el aire.

De pronto, su cabeza repugnante y aterradora comenzó a hacerse visible. Lo primero que vimos fue un repentino foco de luz, que en el acto fue seguido por otro, paralelo al primero: los ojos de la criatura. Luego la luz roja brilló sobre unos colmillos blancos y en los babeantes labios del monstruo. El rostro espantoso y lascivo de la cosa se irguió en el espacio por encima de nuestras cabezas.

Con un movimiento rápido y repentino, Dave Windemere prendió el fósforo y lo acercó al contenido de la copa, arrojándoselo acto seguido a la cosa con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo profirió una serie de sonidos guturales que nos resultaban completamente extraños.

Y luego…

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Fuego!

Se produjo una tremenda llamarada y un destello deslumbrante que nos obligó a cerrar los ojos. Inmediatamente después hubo una explosión de calor. El persa dio un grito, se levantó, trastabilló y cayó al suelo de golpe. Dave quitó el fajín rojo de la lámpara. El oriental no estaba herido. En el suelo yacía el cuenco, vacío, y en la pared de enfrente se podían ver los restos de la copa. Alice se incorporó temblorosa. El persa empezó a farfullar su agradecimiento al triunfal Windemere, y yo seguí sentado contemplando el cuenco vacío.

—¡Se ha ido! —dijo Dave, despidiéndose del persa—. Y ahora me doy cuenta de que aún no hemos cenado. ¿Qué os parece si vamos a Henrici? Ya son las nueve en punto.

# Notas

[1] Henry S. Whitehead, *Jumbee y otros relatos de terror y vudú*. Traducción de Óscar Palmer. Valdemar, colección Gótica, nº 41, Madrid, 2001. <<

[2] Colmenilla: Hongo comestible de sombrerete aovado, consistente y carnoso, tallo liso y cilíndrico, y color amarillento oscuro por encima y más claro por debajo. (N. del T.) <<

[3] *Nightmare*. Pesadilla (N. del T.) <<

[4] *The Thin Man* (1934), dirigida por W.S. Van Dyke. En España se tituló: *La cena de los acusados*. (N. del T.) <<

[5] *Belly-boy*. Literalmente Chico-panza. (N. del T.) <<

[6] Henry S. Whitehead, *Jumbee y otros relatos de terror y vudú*. Traducción de Óscar Palmer. Valdemar, colección Gótica, nº 41, Madrid, 2001. <<

[7] «Bible Belt». Zona de Estados Unidos donde impera un fundamentalismo protestante. (N. del T.) <<

[8] *Panetela*. Cigarro puro largo y delgado. (N. del T.) <<

[9] Ration Board. La cartilla de racionamiento norteamericana durante y después de la II Guerra Mundial. (N. del T.) <<

[10] *Fanzine*. Término inglés para definir a las publicaciones (tipo revista o panfleto) hechas por aficionados con muy pocos medios materiales y sin ánimo de lucro. (N. del T.) <<

[11] Durante la I y II guerras mundiales, las tropas británica y americana se referían a los alemanes como «Heinies» o «Krauts». Los británicos llamaban a los franceses «Frogs» (ranas) desde las guerras napoleónicas debido a la pasión gastronómica de los franceses por estos anfibios. (N. del T.) <<

[12] U.S.O.: United Services Organization (Organización de Servicios de Estados Unidos). (N. del T.) <<

[13] Novela de Laurence Sterne publicada en nueve volúmenes entre los años 1759 y 1766. Se trata de una historia cómica y metafísica que relata la vida y hechos de Tristram Shandy, aunque éste no aparece hasta el quinto volumen. Está escrita con un estilo naturalista y cargada de personajes secundarios. (N. del T.) <<

[14] Juego de palabras que pierde su énfasis en la traducción al castellano: *¡The sweet laddies, the sweet lassies!* (N. del T.) <<

[15] Juego de palabras intraducible en el cual el autor añade una *s* al final del apellido Fortinbras, haciendo hincapié en la terminación *brass*, palabra inglesa que puede significar latón, metales, bronces, etc., pero también (en el sentido familiar) guita, lana, y capo, jeta, y caradura. También se le podría dar un significado general refiriéndose a instrumentos de metal en su conjunto. (N. del T.) <<